Memorias de Tierra Nueva

La décima elección

Tulio Dávila

Memorias de Tierra Nueva
La décima elección

Tulio E. Dávila

Arte de la portada: Jaime Choclote.
Diseño del título: Eduardo Ascorra.
Arreglos: Tulio E. Dávila.
Revisión de texto: Beltran Torrejon.

Todos los derechos reservados. Prohibida su venta, reproducción o transmisión por medio alguno, ya sea parcial o total, sin permiso expreso del autor.
©2019 Tulio E. Dávila.

A mis padres,
por su paciencia y comprensión.

Prólogo

Roger Sierra se asomó a la ventana con la pipa entre los dedos y contempló a la distancia la tenue línea azul sobre el mar. Era otro día más en la pequeña y heroica aldea sobre el acantilado y la vida parecía que seguiría su curso, como siempre. Después de todo, aún faltaban diez años para que la barrera abriese y todo lo que eso significaba.

Le dio dos pitadas a su pipa antes de regresar a los libros. Días anteriores tuvo la suerte de recibir la visita de uno de sus exalumnos en Bondadosa; este le trajo, entre otras cosas, unos escritos que hablaban sobre las hazañas de pasados elegidos, como también algunos relatos sobre lo que se intuía fue la vida en el viejo continente y la civilización que alguna vez existió. El maestro Sierra les enseñaba a leer y a escribir a los chicos de la aldea y precisamente la clase de ese día había llegado a su fin, viéndose con el espacio para dejarse absorber por la lectura. Salvo que escuchó el llamar a su puerta obligándole a levantarse para ver de quién se trataba.

Era la mujer del pescador que vivía en las playas al sur de los acantilados.

—Maestro Sierra —saludó la mujer—. Lamento molestarlo, pero recién llegamos a la aldea. Lamentablemente no alcanzamos la clase y mis hijos… bueno mis hijos…

El maestro Sierra comprendió la situación de la mujer. Ciertamente no era un viaje sencillo desde su solitario y aislado hogar en las playas hasta donde se encontraba la aldea.

—No se preocupe, señora —le respondió, agregando un gesto amable—. Déjeme ver a mis nuevos alumnos.

—Sí, por supuesto —asintió la mujer y se volvió—. Jonah, Leonore acérquense —detrás de ella se mostraron un niño de unos ocho años y una niña de la mitad de esa edad y estatura. Ambos tenían lagrimas en los ojos—. Ya dejen de llorar —les espetó la mujer—. Discúlpelos maestro, es que estaban emocionados de venir y cuando no alcanzamos la clase se pusieron muy tristes.

Roger Sierra se puso de cuclillas frente al chico y le regaló una media sonrisa.

—El que llores indica que sinceramente tienes hambre —le dijo, desordenando sus cabellos.

—¿Hambre? —preguntó el niño.

—De conocimiento —sonrió el maestro—. ¿Cuántos años tienen?

—Siete —respondió el chico y señaló a su hermanita—. Ella tiene cuatro.

—¿Y quieren aprender?

—*¡Sip!* —exclamó la pequeña Leonore—. ¡Quiero aprender muchas, muchas cosas!

Al maestro le gustó la inocencia con la que respondió. Se sentó en su sillón y les invitó a que hicieran lo mismo, frente a él.

—¿Qué es lo que te gustaría aprender? —le preguntó a la niña, quien miró a su hermano como si se preguntara lo mismo.

—Todo —aseguró el niño.

—Todo es demasiado para una sola vida —rio el maestro—. Yo he vivido demasiado y sé muy poco, pero puedo hablarles de lo que sé. Puedo hablarles de los antiguos dioses y de sus luchas, de los héroes que protegieron estas tierras y de los elegidos que los subsiguieron, de los temibles gigantes que traen la muerte consigo o de las bestias mágicas que lo devoran todo. También puedo contarles un poco sobre el viejo continente, lo que alguna vez fue y los demonios que ahora lo habitan. Puedo hablarles de lo que hay más allá del mar, al este, o de lo que al

menos se presume existe. Puedo hablarles de los grandes señores como de los pequeños. Como ven, puedo hablarles un poco de todo y aun así casi nada del mundo. ¿Con qué les gustaría comenzar?

—¡Los gigantes! —se apresuró Leonore en responder.

—Ya veo —meditó el maestro—. Después de los héroes, los gigantes son lo que más me piden de que hable. Será porque les tienen miedo.

—Yo no les tengo miedo —aseguró el pequeño Jonah, sacando pecho.

—Tener miedo no es necesariamente malo —reflexionó el maestro—. Hasta los hombres más valientes tienen miedo. Es prueba de que eres humano. Pero, déjenme decirles que existe algo más temible que los gigantes. No se habla de ellos, pero existen. ¿les gustaría saber de qué se trata?

La pequeña Leonore se aferró a su hermano.

—¿Algo que da más miedo que los gigantes? —preguntó con asustada vocecita.

—No tengas miedo —le recriminó su hermano—. Si te vas a poner así mejor no escuches al maestro.

—No —la pequeña Leonore sacudió la cabeza—. Aguantaré.

—No te preocupes, pequeña —rio el maestro—. Son solo leyendas.

—¿De qué se trata, maestro? —preguntó Jonah.

El maestro Sierra entornó los ojos con otra media sonrisa en los labios...

Robert 01

Robert se acomodó en el asiento conteniendo las ganas de ponerse de pie y estirar las piernas. Se sentía cansado, no solo por el largo viaje sino por tantas cosas que pasaban por su cabeza, mientras que afuera el bosque parecía siempre igual, árboles y más árboles bordeando un camino fangoso y olvidado.

«¿Realmente soy el elegido?», se cuestionó nuevamente, como venía haciéndolo desde que *sucedió*.

Miró al sacerdote que, despreocupado, dormitaba a su lado con la cabeza recostada en su hombro, los cabellos negros haciéndole cosquillas en el cuello y un hilillo de saliva escapándole del borde de la boca. Miró a Wender Carlyle, su guardia personal y maestro de armas que estaba sentado al frente de ellos; este frunció el ceño al ver al relajado sacerdote. El carruaje pasó por un montículo de tierra que los sacudió. El sacerdote abrió los ojos y, aún somnoliento, bostezó a la par que estiraba los brazos.

—Estamos a poco de llegar —dijo fijándose por la ventana.

—Sí, no falta mucho, dentro de poco veremos el lago —respondió Robert y notó que el sacerdote le miraba con aire entretenido—. Vine con mi padre hace unos años.

—Lo sé —aseguró el sacerdote—. Sé muchas cosas sobre ti, Robert. Después de todo es mi trabajo.

—¿Trabajo? —le preguntó incrédulo—. Pensé que estar al servicio de los dioses era más que un trabajo.

—Servir es un trabajo y de alguna manera todos los hombres sirven a los dioses. Incluso mi padre sirve a los dioses, a su manera.

Viktor Ele reemplazó a su padre como sacerdote de Layel después que se acusara a este de volverse loco. Era un hombre delgado, de ojos negros y pícaros; siempre con expresión relajada como si nada le molestase. Difícil de creer que cargara con esa piedra.

—Tu padre… —dijo Robert

—Señor —intervino Wender con tono de reproche y meneó la cabeza.

—No hay problema, maestro Wender —aseguró Viktor—. Robert, mi padre es mi padre y yo soy yo —se encogió de hombros—. Los dioses sabrán el porqué.

Los caballos relincharon y el carruaje se detuvo de improviso interrumpiendo su conversación. Robert se asomó por la ventana y Wender hizo lo mismo. No se veía más que los altos árboles del Bosque Dormido. Su maestro y protector tomó su espada.

—Señor, permanezca dentro —solicitó.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Ladrones.

El Bosque Dormido era un lugar alejado del camino oficial que, por sus características, era ideal para emboscadas. Por tanto, pocos se animaban a transitarlo. Wender estuvo en contra de tomar esa ruta, pero el sacerdote lo convenció de que el atajo era necesario.

Su maestro rozaba los cincuenta años; hombre aguerrido de reputación ganada a pulso al haber combatido hace años en las guerras por el dominio del Bosque Dorado. Muchos decían que de haber nacido en la época correcta sin lugar a dudas hubiese sido elegido por Layel. Por eso su padre estuvo de acuerdo en nombrarlo su maestro de armas y protector.

Wender abandonó el carro. Se le escuchó ordenarles a los guardias, que les acompañaban,

tomar posiciones. Otra cosa en que su maestro no estuvo de acuerdo fue en que los acompañasen pocos soldados. El sacerdote aseguró que mientras menos llamasen la atención, mejor.

Robert tomó la espada, se armó de valor y abrió la puerta.

—El maestro Wender te pidió que te quedaras —le dijo el sacerdote, recostando la cabeza. Aquella actitud despreocupada a veces podía resultar muy molesta.

—Tú quédate si quieres, yo iré a ver —le reprendió.

El sacerdote dejó escapar un bufido.

—Sería trágico que murieras antes de llegar a la ciudad.

Robert saltó sobre la tierra húmeda. Al mirar atrás encontró a uno de los hombres muerto al lado de su caballo con una flecha clavada a la altura del pecho. Fue a pararse al lado de Wender que pareció desaprobar su presencia.

—¡¿Quiénes se atreven a atacarnos?! —preguntó su maestro de armas y protector con ese vozarrón que haría temblar las rodillas de cualquiera—. ¡Muéstrense!

Y se escuchó las hojas secas de la tierra crujir y desde detrás de los árboles, a ambos lados del camino, aparecieron una veintena de hombres, más de lo que seguramente Wender esperaba enfrentarse y la mayoría de ellos tenían tensados los arcos y las flechas apuntaban a su dirección. Ellos, sin contar al sacerdote y al hombre muerto, eran siete. Una clara desventaja.

—¡Vaya, vaya! —exclamó uno de los hombres. Tenía la cabeza rapada, un cuerpo macizo y unos fuertes brazos que sostenían una enorme espada sobre los hombros—. Parece que el viejo cree que puede luchar contra todos nosotros.

El resto de esos hombres soltaron una carcajada.

—Escoria del camino —gruñó Wender.

—Gente con necesidades —rió el hombre, enseñándole sus dientes amarillos—. Mala suerte por ustedes.

Estaba claro que aquel sujeto era el jefe de aquella banda o al menos quien estaba a cargo. Robert tomó aire.

—¿Cuál es tu nombre? —encontró el valor para preguntar.

El hombre bajó la espada y examinó su filo.

—Qué modales los del señorito —comentó en sorna—. ¿Acaso no te enseñaron que debe presentarse primero antes de preguntar por el nombre de alguien?

—Señor —intervino Wender—. No les hable.

Pero Robert buscó tranquilizarse. Ciertamente era una muy, pero muy mala situación.

—Mi nombre es Robert Risco, de Literia, del Bosque Dorado. ¿Quién eres tú?

—La muerte-sirviente de Elkes —respondió el hombre y el resto de su compañía rio—. Y como la muerte que soy, soy impaciente. Los mataremos y nos llevaremos lo que tengan. Nada personal, Robert-de-Literia-del-Bosque-Dorado.

Wender se paró delante de Robert, sosteniendo la espada con ambas manos. No necesitó decirle nada para comprender que deseaba que se quedara detrás de él. Fueron unos instantes de tensión antes que aquellos ladrones comenzaran su ataque, casi como si en verdad la muerte estuviera esperando por sus almas.

—¡Esperen! —dijo Viktor, descendiendo del carro—. Mierda, está todo lleno de barro. Me ensuciare las sandalias.

Los hombres murmuraron entre sí al ver la túnica verde olivo que le cubría desde los pies a la cabeza.

—Oye Carter —le dijo el hombre más cercano—. Es un sacerdote.

«Carter», confirmó su nombre.

—Tengo ojos, hijo de mil putas —respondió Carter y agregó—. Buen sacerdote, a usted no lo tocaremos. Regrese dentro y no nos estorbe. No vaya a ser que por error una flecha le atraviese la garganta.

Viktor se sacudió la túnica y fue a pararse al lado de Robert.

—Agradezco el consejo, pero además de esa pobre alma —señalando el cadáver al lado del caballo— nadie más tiene que morir hoy.

Carter relajó el rostro y comenzó a reír. Sus hombres le siguieron.

—Eres bufón además de sacerdote —dijo—. Ya, mátenlos a todos menos al sacerdote.

—¡No querrán matar a un elegido! —declaró Viktor antes de que se disparara la primera flecha. Los hombres entornaron los ojos, aparentemente confundidos y dubitativos. Carter balanceó la espada y se rascó la cabeza.

—¿De qué hablas, sacerdote?

Viktor se aclaró la garganta y continuó.

—Cada cien años aparecen nuevos elegidos para combatir a…

—Eso lo sabemos —interrumpió Carter—. Sacerdote, debes creer que somos unos ignorantes —el hombre tasó a Wender con la mirada—. Es demasiado viejo.

—No, él —Viktor palmó el hombro de Robert.

«Mierda, mierda, mierda».

—¿Él? —preguntó Carter con incredulidad y se echó a reír. Risa que sus hombres acompañaron—. Pero si es un niño. ¿Cuántos años tienes, chico y qué arma es la que iras a buscar?

Las orejas de Robert se pusieron rojas. Algo que detestaba era que se rieran de él y supo que lo harían desde el comienzo. Sin embargo, era hijo de un Señor. Robert Risco de Literia.

—Dentro de poco cumpliré catorce y buscaré el Arco del Rayo —respondió adoptando una posición solemne.

Todos guardaron silencio tan pronto el chico dijo esas palabras. Cabía la posibilidad, una pequeña posibilidad de que, como hombres que respetaban a los dioses, no fueran a burlarse. Pero las risas estallaron.

—Que divertido eres, niño —dijo Carter tomándose del estómago—. Debí darme cuenta en cuanto mencionaste que venías del Bosque Dorado. Eres el pobre infeliz que irá por el Arco Irresponsable.

Robert se puso rojo, entre cólera y vergüenza. Cuando estuvo a punto de estallar y decirles que se vayan a la mierda, Wender buscó su mirada y meneó la cabeza.

—¡Tal como lo escucharon! —exclamó Viktor, asegurándose que todos escuchasen—. ¡Seguro comprenden la importancia de no interferir en los deseos de los dioses!

Los hombres dejaron de reír. Carter se frotó la cabeza rapada.

—Como digas, sacerdote —bufó sin retirar esa sonrisa.

—Carter —intervino uno de sus hombres—, ¿le vas a creer así nomás?

—Si el sacerdote está mintiendo será Elkes quien le pida explicaciones —afirmó y usó la espada como bastón—. Bueno, nuestro joven elegido tiene una… misión que cumplir —acompañó la última frase con una risilla—. ¡Ya escucharon muchachos, déjenlos marchar!

Viktor le dijo a Robert que debían regresar al carruaje. El muchacho aún deseaba decirle unas cuantas verdades, pero tuvo que tragarse su orgullo y obedecer. Wender se encargó de coordinar para que cubrieran con unas mantas al desafortunado. Cuando se pudiera lo enviarían con su familia para que lo enterraran con sus ancestros. Una vez todo estuvo listo, el grupo se puso en marcha. Robert miró por la ventana, Carter se despedía de él con una mano y con la otra sostenía

la enorme espada sobre sus hombros, además de una burlona sonrisa.

Escondió la mirada apretando los puños sobre las rodillas.

—¿Estás molesto? —le preguntó Viktor.

Robert volvió la vista hacia la ventana. Se contuvo un momento antes de dirigirse al sacerdote.

—Nadie respeta al portador del arco —murmuró—. Ser elegido por Layel es… es…

—Es un honor —intervino Wender.

—Pero escuchaste lo que dijeron —Robert llevaba guardándolo desde que fue elegido y necesitaba decirlo—. El Arco del Rayo es el arma menos confiable de todas. Ningún elegido ha conseguido liberar todo su potencial. Incluso esos bandidos sabían que es una broma ser elegido por Layel —volvió la mirada hacía la ventana y agregó con tristeza—. El Arco Irresponsable…

—Aun así, te dejaron partir —repuso Viktor—. Si realmente pensaran que el elegido por Layel es una broma no importaría matarte. Y no porque temieran ser catalogados como "infieles" —pasó el brazo por sus hombros—. No, mi joven amigo, ellos saben que el arco es un arma formidable y que es todo un honor ser su portador. Nadie más puede usarlo sin el consentimiento de Layel y tú fuiste elegido por él. Se pueden reír, pero en el futuro contarán a sus familiares y amigos la historia de cuando se toparon con el décimo elegido por Layel.

Wender asintió con los brazos cruzados. Robert miró a cada uno antes de volver a esconder la mirada.

—Saben tan bien como yo que Layel fue el esposo de…

Viktor lo detuvo allí mismo.

—Fue perdonado por los dioses. Por eso es que su arma quedó al servicio de la humanidad. Por eso cada cien años alguien hereda su legado.

«La historia de los héroes».

Se acomodó en el asiento y preguntó si le pudieran despertar cuando llegasen a la capital. Wender le aseguró que lo haría. Pensó en su madre, cuánto lloró cuando tuvo que dejarlo partir. En su padre, Señor de Literia, que fingió sentirse orgulloso porque su hijo se convertiría en leyenda.

«"Leyenda". ¡Cuánta maldad!».

Emprender una lucha donde casi era seguro que no se regresaría con vida, al menos ninguno de los elegidos por Layel que le precedieron regresaron con vida.

«¿Acaso ese es mi destino?, ¿morir en el campo de batalla devorado por una de esas… *cosas*, cargando un arma que no responde? Eso sí primero consigo el arma».

Recordó que, cuatro de los nueve elegidos que le precedieron lograron hacerse con el arma. Él era el décimo y aun debía emprender el viaje en busca del arco. Pueden tener el título de "elegidos", pero no dejan de ser mortales. Por tanto, pueden morir como cualquiera.

Wender y Viktor hablaron entre sí.

—Fue una suerte que esos ladrones fueran hombres de fe —dijo Wender a modo de reproche —. Te dije que este no era un buen camino.

—Pero es el más corto —respondió el sacerdote—. Si tomábamos la ruta principal hubiéramos demorado más.

Guardaron un momento de silencio. Robert tenía los ojos cerrados fingiendo dormir.

—Sacerdote —dijo Wender en voz baja—. ¿Estás seguro que Robert es el elegido por Layel? En el pasado han sido hombres que pasaban los veinte y con formación en el uso del arco. Él apenas está aprendiendo.

—Tú mismo lo viste, maestro Wender —le respondió con la misma intensidad de voz—. La

flecha cayó a sus pies. No hay dudas.

—Lo sé, pero es que… —el tonó de Wender guardaba cierta desolación—. Solo es un niño. Es un buen chico, es valiente, pero solo es un niño.

—Los dioses lo permitieron —Robert supo que el sacerdote estaba sonriendo—. Debemos confiar que fue la decisión correcta.

«Decisión de los dioses y la maldita flecha que cayó a mis pies».

*

Ese día estaba leyendo un libro sobre arquitectura que le trajo su madre. Ella sabía de sus deseos de convertirse en un gran arquitecto y le alentaba para que ese fuera su camino. Mientras otros chicos practicaban con la espada y el arco, él leía manuscritos sobre construcción de caminos, cómo construir cerca del mar y el estilo de viviendas de los hombres de las tierras heladas del sur. Quería aprender todo lo que pudiera antes de que a los dieciséis le dejaran partir a la ciudad de Bondadosa y aprender de los sabios, además de tener acceso a la biblioteca más grande que el mundo haya visto. La ciudad de Bondadosa era su destino, estaba seguro de eso.

Por ello, cuando el padre de Viktor llegó por primera vez no se preocupó ni por un momento. Mientras otros estaban entusiasmados con ser elegidos, aun cuando Layel tenía mala fama, no importaba. Para un campesino ser elegido era maravilloso; significaba que si conseguía sobrevivir le esperaría títulos y tierras. No parecían preocupados porque ningún elegido consiguió regresar, era como si estuvieran seguros que ellos serían los primeros, como si al final conseguirían escapar de la muerte. A Robert eso no le interesaba, por tanto, a lo largo de los años y cuando Viktor reemplazó a su padre, le tuvo sin cuidado. Como sacerdote designado para reconocer al elegido por Layel estaba allí para observar a los candidatos. La verdad, lo que se sabía era que el sacerdote es más un maestro de ceremonias que alguien con interferencia real. No importaba si él señalaba a un chico como el elegido, al final sería la flecha la que lo decidiría. Como maestro de ceremonias debía encargarse precisamente de eso, de la ceremonia.

La ceremonia era muy simple en realidad. Esa tarde el sacerdote reunió a todos los candidatos alrededor de la plaza y clamó por la venía de los dioses. Repasó la batalla de los héroes contra los gigantes, desde la primera ocurrida hace casi mil años, donde Layel luchó en todo su esplendor, y las subsecuentes cada cien años donde su arma pasó de mano en mano, hasta la última hace noventa y nueve años donde Gregory Senna, el último Layel elegido, murió “valientemente en combate”. Otra forma de decir que el Arco Irresponsable no ayudó cuando debía hacerlo.

Después de repasar la historia, sin ahondar demasiado en detalles, pasó a reclamar por la presencia de la flecha cuando el sol estaba por ocultarse en el horizonte y las sombras eran más largas. En teoría, porque ninguno de los presentes lo había visto nunca, cuando el sacerdote clamara por la elección de Layel una flecha surcaría los cielos y caería a los pies del elegido. En ese instante se debía proclamar su nombre e inclinarse ante él, porque había sido bendecido por los dioses.

La plaza de Literia y varias de sus calles estaban abarrotadas de jóvenes que vinieron de todos los rincones del Bosque Dorado esperando ser los elegidos. Debían acomodarse a dos metros del siguiente y recitar una oración al dios Terum, principal forjador del arco. Se debía repetir la oración, una y otra vez hasta que la flecha haya caído mientras que el sacerdote hacía lo suyo, una especie de cántico en la lengua del viejo continente. Para Robert todo eso era peculiar, por lo menos. Cientos de muchachos esperando convertirse en el usuario del Arco Irresponsable no

pasaba de parecerle una estupidez.

Viktor levantó la voz y Robert vio como la flecha surcó los cielos con una luz que opacaba a la del sol. Esta cayó a sus pies produciendo un estruendo tal que pareció que la tierra se hubiera partido en miles de pedazos. Cuando la conmoción pasó encontró la tierra quemada en un círculo perfecto y a él, temblando en el medio, ante la flecha dorada que poco a poco comenzaba a desvanecerse.

*

—Llegamos —escuchó decir al sacerdote.

Cuando abrió los ojos lo que vio le maravilló. Si bien hace seis años visitó la Ciudad de los Héroes contemplarla era una agradable experiencia. Desde el camino se podía ver el precioso lago Benevolencia al suroeste de la ciudad y el increíble puente de mármol que daba paso a las puertas de bronce. La ciudad de los Héroes estaba rodeada por enormes muros de roca pulida que en lo alto tenían torres de vigilancia cada doscientos metros. Al norte de la ciudad estaba los bosques reales, al este el Mar del Clamor, al sur un bosque menor junto al lago Benevolencia y en la orilla oeste del mismo un par de aldeas de campesinos. Desde el camino se podía ver las altas torres del Palacio Blanco y cómo el sol de la tarde las iluminaba de forma sobrecogedora, como estar viendo el arte de alguno de los sabios de la ciudad de Bondadosa.

Pronto alcanzaron el camino principal y al instante encontraron una gran caravana que se perdía en su extensión. Los guardias a caballo llevaban armaduras de impecable acero y cargaban lanzas con puntas de plata. Se tuvieron que detener para poder sumarse a la cola. Robert los veía pasar con atención; caballos magníficos, hombres magníficos, señores de todas partes.

Un hombre se acercó al carruaje, llevaba ropas finas que contrastaba con su rostro malhumorado.

—Identifíquense —ordenó. Wender se asomó a la ventana—. Tú eres —balbuceó el hombre.

—Acompañamos a Robert Risco de Literia. Elegido por Layel —declaró su maestro de armas.

—Elegido por Layel —reflexionó el hombre y se inclinó buscando el rostro del chico.

Viktor se interpuso.

—Yo soy Viktor Ele —le dijo con tono amable—. Como puede ver soy sacerdote, supondrá de quién.

El hombre se irguió frunciendo el ceño y nuevamente se puso nervioso al encontrar la recia mirada del maestro Wender.

—Tendrán que esperar el final de la caravana —comentó.

—No pensábamos hacer otra cosa —le respondió el sacerdote.

El hombre le hizo un gesto respetuoso a Wender y le regaló una última mirada de desprecio a Viktor antes de retirarse.

—Eres popular —le dijo Viktor a Wender.

—Tú no —respondió el maestro de armas.

—No le deben gustar los sacerdotes —aseveró, encogiéndose de hombros.

Robert reflexionó sobre el poco asombro en el guardia al saber que él era uno de los elegidos. No podía culparlo, si conseguía el arma sería el portador del Arco Irresponsable.

Soldados y carruajes desfilaron una tras otro. Robert reconoció el orgullo en aquellas miradas. Adelante, un carruaje con arreglos en oro se perdía a la vista.

«La elegida por Evangeline».

—Allí va —comentó.

—Seguramente —respondió el sacerdote.

—¿Cómo crees que sea?

El sacerdote fingió adoptar una posición reflexiva, con el pulgar e índice alrededor del mentón y arrugando la frente.

—Lo que es seguro es que es mujer—bromeó.

Por un momento, por un brevísimo momento, Wender sonrió.

—No juegues conmigo —le recriminó—. Hablo en serio. Dicen que para ser elegida por Evangeline debes ser una guerrera fenomenal.

La pequeña caravana se unió al final de la gran caravana real, como dejando en claro la diferencia entre ser una Evangeline y ser un Layel.

—Señor —intervino Wender—, Layel lo escogió porque usted es alguien muy especial.

«Solo soy un niño. Es lo que dijiste».

—Gracias Wender, pero conozco la importancia de ser elegida por Evangeline —pensó en la enorme caravana delante de ellos—. Siempre es alguien de la realeza.

—Eso dice lo limitado de sus opciones —intervino el sacerdote—. A diferencia de Layel que da oportunidad a cualquier nacido en el Bosque Dorado, la elegida por Evangeline no puede ser una “simple campesina”.

—Eso tendría relevancia si yo no fuera el hijo de un Señor.

—Sí, pero el anterior Layel fue Gregory Senna que antes de convertirse en elegido era un panadero de la aldea que ahora lleva su nombre. Es más, confirma que fuiste elegido no por la importancia de tu apellido sino porque los dioses vieron algo en ti.

«Sí, morir antes de conseguir el arco».

—Comprendo lo que dices —dijo Robert—, pero es sabido por todos que las mujeres Blondegold se sometieron a un duro entrenamiento para ser candidatas. Escuché que el entrenamiento es incluso tan difícil como los que se someten los candidatos a Volcano —recostó la cabeza sobre el vidrio de la ventana—. Y yo apenas estoy aprendiendo a usar el arco.

Viktor le empujo con el hombro.

—Señor —intervino Wender—, le aseguro que obtendrá el arma sagrada y se volverá un gran guerrero.

Robert se dio cuenta de cuánto le hubiese gustado a su maestro de armas nacer en el momento adecuado. Una lástima, pensó, Wender hubiese sido un extraordinario elegido por Layel, muy posiblemente el primero en utilizar correctamente el arma.

Atravesaron las puertas de bronce y entraron oficialmente a la ciudad. La caravana delante se dividió en dos, una tomó la ruta que llevaba hasta el palacio y la otra la que llevaba al templo de los dioses. El grupo de Robert se sumó a la segunda, era lo que correspondía. A medida que avanzaban comenzaba a sentirse nervioso. Los elegidos deben mostrar sus respetos a los dioses antes de la ceremonia de presentación como parte de la tradición y dentro de las leyes. Era un hecho que conocería a la elegida por Evangeline y a los otros elegidos. No podía negarlo, le intimidaba la idea, casi deseaba que hubiera alguien más de su edad entre ellos y, si los dioses eran benévolos, igual de inexperto.

Aunque la caravana real se dividió en dos, tuvieron que detenerse a varias calles del templo al no poder avanzar más. Al bajar del carruaje, Robert notó de inmediato que la gente los miraba con atención. Seguramente se percataron de qué elegido se trataba por el boca a boca; en La Ciudad de los Héroes había demasiadas orejas. Pronto comenzaron los murmullos y las risillas.

«Maldita gente».

Un soldado se acercó para informarles que debían esperar a su turno. La elegida por Evangeline iría primero. Parte de la tradición era que los elegidos mostraban sus respetos uno por uno.

—Una lástima —dijo Robert, una vez el soldado se retiró—, quería conocerla.

—La verá, señor —le respondió Wender—. Mañana los conocerá a todos.

Viktor se volvió hacía la otra dirección y su semblante cambió completamente. Parecía enfadado. Pronto Robert se percató del porqué al ver la figura del sacerdote que durante años vivió en el Bosque Dorado antes de Viktor.

—Señor Andrea —dijo Robert.

—¡Robert! —exclamó el sacerdote—. ¡Sí que has crecido! —le estrechó en un abrazo a lo que Robert no supo cómo responder—. Resultaste ser el elegido por Layel. ¡Felicitaciones!

—Gra-gracias —respondió al fin, el muchacho.

—Padre —le dijo Viktor.

—Viktor, hiciste un buen trabajo —palmó su hombro—. Felicitaciones a ti también.

Viktor hizo a un lado su mano. Y, a diferencia de su carácter habitual, estaba tenso, incomodo, pero forzó una sonrisa buscando lucir relajado.

—¿Terminaste tu misión? —le preguntó—. ¿Encontraste lo que buscabas?

—¿Por qué quieres saber? —preguntó Andrea en respuesta—. ¿Te sentirías mejor si resulta que tu padre no está loco?

—No preguntaba por eso —resopló Viktor.

«¿De qué hablan?»

—Maestro Wender —el viejo sacerdote se dirigió a él—. El tiempo es bueno con usted, en lugar de envejecer cada día está más joven.

—Maestro Andrea —respondió el maestro de armas con gesto respetuoso—. Que los dioses lo protejan siempre.

—Lo mismo digo —regresó a Robert—. Muchacho, quiero presentarte a alguien.

Se volvió e hizo un gesto con la mano y una joven se acercó. Debía rondar los veinte años, vestía una capa color violeta que le cubria el cuerpo entero, tenía el cabello rojo sangre recogido en coleta y los ojos de un intenso verde oscuro.

—Su nombre es Aura —dijo Andrea—, es mi aprendiz. Cuando supo que hablaría con el elegido de Layel insistió en que quería conocerte.

—Maestro Andrea —dijo la joven y bajo la mirada como para que no notaran lo roja que se puso.

—No seas tímida, niña —rio el sacerdote—. ¿Acaso no es verdad?

Aura levantó la cabeza y Robert volvió a encontrar esos ojos, verde oscuro, y esta vez fue él quien se puso rojo.

—Hola —dijo en voz baja—. Me llamo Aura. ¿De verdad eres el elegido por Layel?

Robert asintió muy nervioso.

—Sí...

El rostro de la joven pareció iluminarse.

—¡Increíble! ¡Es un verdadero honor estar ante usted!

Robert se sintió aún más avergonzado.

—No es ningún honor —murmuró mirando hacía un lado—. Primero tengo que obtener el arma sagrada.

Aura le tomó de las manos.

—¡Lo hará! —le respondió con emoción—. ¡Encontrará el arco y será un gran guerrero!

—Gra-gracias —respondió Robert sin saber que más decir.

El soldado de hace un momento se acercó nuevamente, esta vez para decirles que era su turno de presentar sus respetos. Andrea rió.

—Aura déjalo, tiene cosas que hacer.

Aura soltó sus manos, pero sus ojos no se despegaron de él y el muchacho fue incapaz de levantar la cabeza.

—Tenemos que irnos —dijo Viktor que no podía ocultar lo divertido que le parecía la situación. Mas volvió a mirar con seriedad a su padre.

—Adiós —se despidió.

—Un adiós sin emoción —respondió Andrea—. Viktor, más tarde necesitare hablar contigo. Es algo importante.

Viktor hizo como que no escuchó. Andrea no le dio importancia y se despidió de Wender, este le respondió con la misma amabilidad. Pronto se alejaron de la pareja. Robert se volvió para mirar a la joven quien tenía la mano en alto y una agradable sonrisa.

—Qué chica tan extraña —comentó.

—Pero muy bonita —agregó Viktor—. Algo me dice que lo notaste.

—¡Cállate!

Dejó todo eso a un lado cuando estuvieron en las puertas del templo. Antes de ser elegido aprendió sobre la ceremonia que tendría que realizar: cada elegido debía presentar sus respetos a los dioses, para ello debías hincarte ante las cuatro estatuas y agradecer a Terum, Korana, Sarilo y Elkes, recitar una oración pidiendo por su benevolencia y por la victoria ante el mal que pronto se cerniría sobre el mundo. Debía agradecer a Terum su sabiduría, a Korana por su bondad, a Sarilo por su ingenio y a Elkes por su favor en el campo de batalla. Luego de eso debía cortarse la palma de la mano y sangrar a los pies de cada dios y en cada vez decir: “Te ofrezco mi sangre y mi cuerpo. Soy tu siervo”. Una vez que se hubo terminado debías inclinar la cabeza, dar dos pasos hacia atrás y retirarte en silencio. Robert lo había practicado por pedido de Viktor e insistencia de su padre. Todo menos la parte de cortarse la palma de la mano.

Al entrar en el salón principal del templo -de columnas gigantes de mármol y pisos de cobre blanco- se sintió abrumado por la solemnidad del lugar y, sobre todo, por la cantidad de gente que atenta observaba. A diferencia de la comitiva real, donde los soldados impidieron el paso, muchos aprovecharon para curiosear y descubrir de qué elegido se trataba. Robert tuvo que atravesar el salón bajo aquellas miradas que parecían juzgarlo por lo joven que era y por la -mala- suerte que tuvo. Alcanzó el segundo salón, el destinado solo para los elegidos, y se encontró entonces ante las enormes estatuas de los dioses.

Primero estaba Terum, Señor de los cielos, de las altas montañas, de las bestias salvajes y de los animales del campo. Representado con un atuendo real, una corona dorada sobre la cabeza y una espada de acero antiguo en una mano.

A su lado estaba Korana, hermana y esposa de Terum, Señora de la tierra fértil, de los bosques y de la vida por nacer. Representada con prendas de doncella. En una mano llevaba una lanza de acero antiguo y al igual que Terum, una corona dorada sobre su cabeza, pero más sencilla.

Al otro lado de Terum, pero un paso más atrás estaba Sarilo, Señor de los ríos y mares, de las tierras heladas y de los vientos favorables. Representado con una armadura de batalla. Entre las manos sostenía un voluminoso sable de acero antiguo.

Y, por último, al lado de Korana, pero un pasó más atrás estaba el temible Elkes, Señor de la guerra y de la muerte. Representado con una túnica negra desde el mentón hasta los pies. En una

mano sostenía un hacha y en la otra un martillo, ambas gigantes y ambas de acero antiguo.

Robert se paró delante de la estatua de Terum y se preparó para presentar sus respetos. Lo hizo tal como lo practicó, pero tambaleando por los nervios. Sabía que atrás de él muchos ojos estaban sobre sí. Se detuvo cuando llegó a la parte en que debía cortarse la palma de la mano. La sangre de la elegida por Evangeline estaba sobre la sangre seca de los otros elegidos que antes se presentaron. Miró el filo del cuchillo, el dolor que vendría con él. Comenzó a temblar, en realidad no quería hacerlo, pero sabía que sería juzgado por los hombres y aun peor, por los mismos dioses. Tomó aire, buscó el valor, pero nuevamente se detuvo a último momento. Apretó los puños y deseó que alguien le sacara de ese aprieto. Con la demora escuchó el barullo a sus espaldas por la incomodidad de no saber qué pasaba con el chico.

—Niño, tardas demasiado —escuchó decir.

Se volvió y vio a un inmenso hombre, casi tan alto como las estatuas, que se acercaba raudo a él.

—Rayzer, no, ¿qué estás haciendo? —un sacerdote intentó detenerlo.

Vio que Wender se apresuraba a alcanzarlo a lo que Viktor intervino.

—Maestro Wender, es el elegido por Volcano —declaró el sacerdote.

«El elegido por Volcano».

No debía tener más de veinticinco años, de mirada amenazante, brazos enormes y musculosos, además de una larga cabellera rojiza.

—¿Acaso eres un cobarde? —le preguntó con desdén—. ¿Te da miedo cortarte o te da miedo sangrar? —Robert intentó decir algo, pero era incapaz de articular palabras, en lugar de eso atinó a mirarle con pavor—. Dame eso —le quitó el cuchillo y lo tomó de la muñeca levantándolo hasta que sus pies quedaron en el aire. —Abre la mano —. Robert se sacudió un poco—. ¡Abre la mano, cobarde o te cortare la verga!

Tuvo que obedecer. Tembloroso estiró los dedos y contuvo el aliento. El elegido por Volcano le cortó la palma; lo hizo rápido, pero aun así el dolor estuvo presente.

—¡Ah! —gimió.

—Listo —repuso Rayzer y le dejó caer—. Ahora termina, estúpido cobarde, para que un verdadero elegido presente sus respetos.

Se paró a un lado y cruzó los brazos. Robert sujetó su muñeca, el dolor era intenso y tenía la cabeza hecha girones. Se acercó a los pies de Terum con los ojos llorosos. Trató de recordar lo que debía decir, trató y trató.

—Te… te ofrezco mi… mi —murmuró con la voz quebrada.

—¿Estas llorando? —le preguntó el elegido por Volcano—. ¡Por los demonios de Elkes!, ¡es que los elegidos por Layel siempre serán unos inútiles! —se paró a sus espaldas y sintió su respiración sobre su cabeza—. Te ofrezco mi sangre y mi cuerpo. ¡Dilo!

Robert quiso salir corriendo, pero sus piernas no le obedecieron.

—Te ofrezco mi… sangre y mi… cuerpo...

—Soy tu siervo. ¡Dilo!

Otra vez se estremeció.

—Soy tu, tu siervo...

—Repítelo con el resto y como sigas llorando te meteré el cuchillo por el culo.

Robert trató de aguantar el llanto y controlar su cuerpo tembloroso, pero era imposible en el estado en que se encontraba. Derramó las escasas gotas de sangre a los pies de Korana e intentó darse prisa. Repitió las palabras de forma patética. Pasó a Sarilo, igual de lamentable. Llegó a Elkes y se apretó la herida para que sangrara un poco más.

—¡Termina!

Tomó aire y entre sollozos se apresuró.

—Te-ofrezco-mi-sangre-y-mi-cuerpo-soy-tu-siervo.

Rayzer, de un empujón, le arrojó a un lado del salón con suma facilidad, como si se tratara de un muñeco. Robert cayó de costillas, a su vez golpeándose la cabeza.

—Ahora lárgate —ordenó el hombre con desprecio—. Deberías regresar a casa con tu madre. No sirves para elegido.

El chico se levantó apenas y camino avergonzado, con los ojos rojos y el rostro bañado en lágrimas. No se animaba a levantar la cabeza, simplemente caminó aferrado a la mano herida. Alcanzó a Wender y a Viktor y se retiraron bajo la mirada penetrante de los presentes.

—Robert —dijo Viktor.

—No digas nada —respondió con un nudo en la garganta.

Robert solicitó que le llevaran al lugar donde pasaría la noche. El recinto destinado para el elegido por Layel estaba a la altura de los elegidos por los héroes, por detrás del templo de los dioses y alejado de las calles principales de la ciudad. Pidió que no le molestasen hasta el día siguiente.

—Señor —le dijo Wender.

—Maestro —respondió apretando los puños y apenas conteniendo el llanto—. De verdad, esto es un error.

Cerró la puerta tras de sí y se acostó en la cama. Se dejó llevar y lloró apenas conteniendo las ganas de gritar. Lloró lamentando su mala suerte, su patético accionar, la vergüenza que pasó, pero sobre todo que aquel tipo tenía razón.

Porque Rayzer sí era un verdadero elegido y seguramente su nombre se volvería una leyenda, como todos los elegidos por Volcano que le precedieron.

Y lloró y lloró hasta quedarse dormido.

*

Se levantó de entre ese mar de cadáveres, que se extendían en todas las direcciones y hasta donde alcanzaba la vista. Se irguió bañado en sangre y miró al cielo del mismo color. Caminó entre los cuerpos apilados unos sobre otros hasta alcanzar la colina ante sí.

Desde allí pudo observarlo todo. El horizonte que sangraba, las bestias negras que volaban, corrían y se arrastraban, y las sombras que venían, amenazantes, a por él.

Y, a su lado, estaba esa forma oscura, semejante a un hombre que ardía en llama negra, con los ojos como lunas plateadas y los dedos como dagas. La forma levantó el brazo y esta se extendió hasta formar una flecha que, inmediatamente, se la ofreció.

*

Robert despertó por los ruidos provenientes de la calle. Se asomó a la ventana y el sol estaba saliendo en el horizonte. Había dormido hasta el amanecer. Miró a la gente yendo de un lado a otro, hablando entre sí preocupados, incluso horrorizados.

Salió al pasillo, dos guardias custodiaban su puerta. Preguntó por Wender y estos respondieron que estaba en la planta baja. Bajó las escaleras, Wender hablaba con dos soldados reales. Cuando le vio hizo un gesto respetuoso.

—Señor Robert —saludó.

—Maestro Wender —los soldados reales se retiraron—. ¿Qué está sucediendo?

—Señor —su maestro y protector se aclaró la garganta—. Anoche asesinaron a un elegido.

Robert sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago. ¿Asesinar a uno de los doce elegidos? Eso estaba estrictamente prohibido, penado por los hombres y por los mismos dioses.

—¿Qué? —preguntó sin salir de su asombro—. ¿A quién?

Wender descansó la mano sobre la empuñadura de la espada que llevaba en el cinto.

—Al elegido por Volcano, señor.

Maisse 01

La joven se levantó de la cama ante el insistente llamado en la puerta. Tomó la bata para cubrir su cuerpo desnudo y se arrimó a la puerta. Rita, su dama de compañía esperaba del otro lado.

—Buenos días, Lady Maisse.

—¿Qué sucede, Rita? —le preguntó conteniendo un bostezo.

—Disculpe que la moleste, pero es que sucedió algo horrible.

No parecía una de las tonterías que acostumbraba impresionar a la ingenua Rita. Realmente parecía algo serio. La invitó a pasar.

—Dime que sucedió —solicitó.

La joven acompañante se llevó las manos al pecho como si fuera a ponerse a rezar.

—Un crimen atroz, mi señora, algo que no tiene perdón de los dioses.

Escuchó algunas voces acercándose desde el pasillo. Solo podría significar una cosa.

—¿Quién murió? —le preguntó.

—El elegido por Volcano, mi señora —respondió la joven.

Cualquier deseó de regresar a la cama se extinguió. Se apresuró a vestirse apropiadamente a la par que le preguntaba sobre sus hombres.

—La están esperando abajo —respondió la joven.

—¿Richard?

—Fue al templo, mi señora, dijo que necesitaba hablar con los Maestros.

—¿Y palacio?

—Su hermana y sus hombres está en el lugar.

Llamaron a la puerta y escuchó la voz de Hector, el capitán de su guardia personal, al otro lado. Ordenó a la joven que lo dejara pasar. La dama de compañía se mostró algo confundida porque su ama aún estaba vistiéndose.

—Por favor, encárgate que preparen mi caballo —le dijo.

La joven hizo una reverencia, abrió la puerta y Hector Campbell entró presuroso. Hector era un hombre alto y delgado, de hombros anchos y brazos largos. Tenía un rostro tosco y la cabeza con principios de calvicie.

Maisse se quitó la blusa que se había puesto para cambiarla por otra dejando sus pechos al descubierto.

—¿Que sabes? —le preguntó a al capitán de su guardia personal.

—Estaba en un burdel —respondió el hombre mirando la pared—. Le cortaron la garganta. La prostituta con la que estaba asegura que dejó la habitación para lavarse. Cuando regresó estaba cerrado por dentro. No vio a nadie.

Se detuvo para inspeccionar su rostro.

—¿Le cortaron la garganta?

—Es la información que tengo.

«Un final deshonroso para el elegido por Volcano», pensó.

Terminó de vestirse, pantalones y camisa de gruesa tela además de un saco de cuero. Se colocó la espada de acero antiguo en el cinto y se dispuso a marchar. En los patios del castillo le esperaban los oficiales de su guardia personal. Estos hicieron una reverencia casi al unísono.

—Bien —se paró frente a ellos con Hector a su lado—. Iremos al antro donde lo encontraron.

—Mi señora —dijo el hermano menor de Hector, Alan Campbell—, Los Dedicados ya se encuentran en el lugar junto a la guardia de la ciudad.

—Además —intervino Daniel Bear, su tercer hombre de confianza—. Su hermana ordenó que ningún elegido debía abandonar sus aposentos.

—Inteligente —dijo Maisse—. No se puede descartar que otro elegido sea asesinado —se calzó los guantes para montar—. Nos vamos.

—Pero… —intervino Hector.

La joven lo miró de reojo. El capitán de su guardia no se atrevió a insistir.

El prostíbulo quedaba en ese distrito de mala muerte que alguien creyó gracioso llamar Alegre Melancolía. Maisse se preguntó por qué el elegido por Volcano escogería esa calle en particular. Era sabido por cualquiera que Alegre Melancolía era una de las zonas más pobres de La Ciudad de los Héroes, llena de enfermos y ladrones.

«Seguramente creyó que al ser un elegido nadie se atrevería a hacerle daño», pensó Maisse. «No lo culpo, en mil años nadie ha matado a un elegido dentro de los muros de la ciudad. Hasta ahora».

Desmontaron a una cuadra de los Dedicados que custodiaban el paso. Su guardia completa sumaba veinte hombres. Maisse pensó que si otra fuera la historia ella se hubiese convertido en su Comandante y no su hermana. Los Dedicados era la guardia real de élite. Se encargaban principalmente de proteger a la reina, pero si era necesario se hacían cargo de alguna situación que ameritara su presencia, como la muerte de un elegido, por ejemplo. Se acercaron a ellos, los hombres se mantuvieron firmes hasta que se percataron de quién se trataba.

—Lady Maisse —dijo uno de los Dedicados—. No debería estar acá.

Hector se paró delante de él.

—Acaso te atreves a decirle lo que debe o no debe hacer —le recriminó.

El hombre trago saliva.

—No, no, me refería a que…

—Déjennos pasar—ordenó la joven.

El hombre regresó a los ojos furiosos de Hector. Se hizo a un lado escondiendo la mirada.

El prostíbulo quedaba a mitad de la calle. Era una construcción de dos pisos, con una puerta ancha en la zona baja y cinco ventanales en el segundo piso. Dentro estaban varios Dedicados junto a hombres de la guardia de la ciudad. Le informaron que afortunadamente su hermana acompañó el traslado del cuerpo al recinto de los sanadores, lo menos que se podía hacer por un elegido. Maisse solicitó que le mostraran la habitación donde lo encontraron. El dueño del local se acercó. Era un hombre gordo y de rostro grasoso que olía a flores silvestres. Le explicó que tuvieron que partir la puerta en dos para poder entrar debido a que tenía la cerradura colocada desde dentro. Vio el charco de sangre. El hombre adelantándose a cualquier pregunta le explicó que fue allí donde encontraron su cuerpo y que había una daga a su lado.

—¿Y la daga? —le preguntó al hombre.

—Se la llevaron junto al cuerpo —respondió este.

—¿Sus pertenencias también?

—Sí, aunque tenía los pantalones puestos.

—¿No estaba desnudo?

—Mi empleada dijo que ya habían terminado y ya se marchaba.

Maisse examinó el ventanal, los gruesos barrotes parecían no haber sido removidos recientemente y vueltos a colocar. Había una chimenea, al fondo de la habitación, con rastros de maderos carbonizados. Era la única habitación en el segundo piso que contaba con chimena.

—¿Encontraron la chimenea encendida? —le preguntó.

—Mi empleada dijo que la encendió a pedido de él —respondió este.

«Siendo del Paso debía odiar el clima frio de la capital».

Se asomó al agujero de la chimenea y observó el piso a sus pies. No había rastros de hollín ni mugre. Con el atizador removió lo que quedaba de los maderos, se asomó por el agujero y miró en el interior.

—La chimenea se estrecha al final —dijo el hombre comprendiendo lo que estaba buscando —. Un niño podría pasar o un hombre muy delgado.

«No, por acá no pasó nadie».

Hector se asomó a la puerta.

—Vamos al recinto de lo sanadores —le dijo Maisse.

—Como ordene —respondió este.

—Mi señora —le dijo el hombre frotándose las manos—. Los Dedicados dicen que mi empleada es la principal sospechosa, pero no creo que ella lo haya hecho.

—¿Cortarle la garganta a un tipo tan grande? —intervino Hector—. Imposible, aunque estuviera ebrio.

Maisse se acercó al hombre.

—¿Dijo tu empleada si vio a alguien más?

—No, mi señora, dijo que había algunos clientes, pero estaban acompañados, ocupados en lo suyo. Dijo que lo dejó por un breve momento. Le pregunté al resto de mis empleadas y no notaron nada extraño.

—Pero alguien debió matarlo —comentó Hector—. Para alguien entrenado hasta un suspiro es más que suficiente para cortarle la garganta a su objetivo. Posiblemente tus empleadas estaban fornicando o demasiado ebrias para notar cualquier cosa.

El hombre se volvió hacía Hector.

—Mi señor, si me permite, lo primero que les enseñó a mis empleadas es estar siempre alertas. Eso quiere decir que el cliente es quien bebe como si el mundo se fuera a acabar, no ellas. Y si estas fornicando no puedes cortarle la garganta a nadie.

Hector frunció el ceño, pero antes de que pudiera responder, Maisse intervino.

—Comprendo, mi señor. Por favor, continúe colaborando.

El hombre hizo una reverencia.

—Por supuesto, mi señora.

Dejó la habitación y bajó rápidamente las escaleras. Hector caminó detrás de ella.

—¿Qué piensas? —le preguntó el capitán.

—Necesito ver el cuerpo.

El recinto de los sanadores era el lugar donde los sacerdotes de la ciudad eran entrenados en cómo curar ciertas enfermedades, atención de heridas y la elaboración de medicinas, como tal era muy concurrido y apreciado por el servicio que brindaba a la población.

Dejaron los caballos a las puertas del recinto. La gente se hizo a un lado al verla. No necesitó decirle nada a los guardias que custodiaban la entrada para que la dejaran pasar. El cuerpo estaba en medio de uno de los salones, rodeado de Dedicados y sacerdotes sanadores.

—Lady Maisse —se acercó el más viejo de ellos y Sanador Mayor del recinto, el sacerdote Dickson—. Debería estar en sus aposentos.

—Maestro Dickson, estoy segura que comprenderá mi curiosidad —le respondió—. ¿Qué han averiguado hasta ahora?

El anciano se mostró dubitativo.

—Bueno…

La joven palmó su hombro.

—Lo veré por mí misma.

El cuerpo del elegido por Volcano estaba sobre una camilla en medio del salón. El corte en su cuello era como una boca más que le hubiera nacido de repente.

—Rayzer Greysun —le dijo el sacerdote Dickson—. El tercero de su nombre en ser elegido como Volcano y formidable como corresponde a un Greysun… La prostituta lo asesino. No cabe dudas.

Maisse examinó la herida con cuidado a la par que Hector le preguntaba al sacerdote por qué creía que ella lo hizo.

—¡No es lo que yo creo, es lo que sucedió! —respondió el anciano con suma seguridad—. Los Dedicados examinaron el lugar y llegaron a la conclusión de que nadie más pudo hacerlo.

—Pero la puerta estaba cerrada por dentro —comentó el capitán de su guardia personal.

—Debió encontrar una manera de poner la tranca —aseguró Dickson—. ¡Es una prostituta! ¡No temen a los dioses!

—Me gustaría ver la daga —dijo Maisse, ignorando el comentario del anciano.

La daga era de acero antiguo, del tipo de los guerreros de elite, con mango de oro y grabados característicos de la región del Paso del Gigante.

—Era el cuchillo de Rayzer —comentó el anciano. Cosa que Maisse ya sabía—. La prostituta debió aprovechar un descuido para tomarlo.

La joven observó su forma y la comparó con la herida. Acercó la punta de la daga a donde supuso que comenzaba el corte y siguió su trayectoria. Lo pensó un momento y dejó la daga al lado de la cabeza. Pasó a examinar el resto del cuerpo. Las cicatrices en el pecho eran prueba del duro entrenamiento que se sometió para convertirse en un Volcano; un tajo surcaba desde el hombro hasta las costillas. Miró los pantalones, metió la mano en uno de los bolsillos.

—Lady Maisse —dijo el anciano, ligeramente alarmado—. No debería tocarlo.

No encontró nada en ese bolsillo, rodeó la camilla para revisar el otro.

—¿Alguien revisó sus bolsillos? —le preguntó.

—No, mi señora —se aclaró la garganta—. Disculpe, pero revisar los bolsillos es costumbre de los ladrones.

—¡Cómo te atreves! —bramó Hector y el salón quedó en silencio.

—Está bien, Hector —intervino la joven—. Maestro Dickson, le aseguro que no tengo intenciones de robarle.

Se escuchó unas risillas, que pronto callaron cuando el anciano sacerdote lanzó una mirada de desapruebo.

—Por supuesto que no, mi señora, pero no es correcto hacerlo.

Maisse sintió algo y lo escondió entre los dedos.

—Comprendo lo que dice —se apartó del cuerpo. Tomo la daga y se la entregó al anciano—. Disculpe las molestias.

Se dispuso a retirarse a paso acelerado.

—Lady Maisse —le llamó el anciano cuando ya estaba cerca de la puerta—. Tenemos muchas esperanzas en…

—¿Sabe si los Maestros se han pronunciado? —le interrumpió. No necesitaba escuchar la frase completa. El hombre lo pensó un momento.

—Se pronunciarán esta tarde —dijo—, pero debieron informarle que están considerando posponer la ceremonia.

—Comprendo. Gracias por su colaboración, maestro Dickson. Debo regresar a mis habitaciones.

—¡Sí!, ¡sí! —celebró el anciano—. Es lo mejor.

Regresaron a los caballos y sus hombres montaron tan rápido como lo hizo ella.

—¿A dónde quieres ir ahora? —le preguntó Hector.

Maisse reviso lo que había obtenido de aquel bolsillo. Era una moneda de oro, por un lado, tenía grabado un símbolo rúnico y por el otro algo en un idioma antiguo. Lo ideal sería dirigirse donde los sabios en Bondadosa, donde seguro sabrían de qué se trataba, pero le tomaría algunas semanas de viaje y no contaba con ese tiempo. Podría ir a la biblioteca real, pero la búsqueda podría tomarle demasiado tiempo, incluso días. Necesitaba a alguien en la ciudad que pudiera saber sobre la moneda, pero… ¿quién?; todos los Maestros estaban en el templo y aunque pudiera hablar con ellos no le dirían de qué se trataba. Los Maestros eran demasiado celosos sobre la información que compartían. No, tendría que ser alguien con el conocimiento y que reniegue del status quo.

«Él», pensó, «el anciano que se obsesionó con el pasado de los héroes. Con una en específico».

—Hector —dijo—. Envía a alguien para que vaya en busca de Andrea Ele.

—¿Ese viejo? —frunció el ceño—. El Maestro Superior lo degradó a sacerdote sanador y eso que dicen que está loco. Maisse, no deberían verte hablando con alguien como él.

«Sí, puede que este loco, pero también es un erudito».

—Lo esperaré en la biblioteca de la ciudad —agregó.

Hector, visiblemente en desacuerdo, ordenó a su hermano que fuera por el sacerdote. El hombre, al igual que su hermano mayor pareció confundido, pero no le correspondía cuestionar una orden de su superior.

La joven cabalgó hasta la biblioteca. El edificio se ubicaba al este, en el distrito de Puerto Viejo. Saboreó la sal en el aire cuando se destinó a las escaleras de la biblioteca, edificio antiguo que no se comparaba a la biblioteca de Bondadosa pero que contenía gran cantidad de escritos de los últimos mil años. Pidió que solo Hector le acompañase, el resto de sus hombres se quedarían a custodiar la entrada con la orden de no dejar pasar a nadie más que al sacerdote. La biblioteca era vigilada por la guardia de la ciudad y el encargado de velar por ella era el Custodio del Conocimiento, maestro ordenado en Bondadosa. Maisse solicitó que le dejaran sola. El Custodio no estuvo nada contento, pero no iba a cuestionar una solicitud de su parte. Cuando estuvieron a solas le pidió a Hector que vigilase la puerta, mientras esperaba revisaría algunos libros y pergaminos.

—Esa moneda —dijo el capitán de su guardia—. ¿Por qué te interesa?

—Una corazonada —le respondió.

Buscó los escritos sobre el viejo continente y la civilización que desapareció. En los libros y pergaminos había información que ya conocía. Primigenia fue próspera y fértil durante miles de años. Con el tiempo desarrollaron una soberbia tal que renegaron de los dioses. Elkes convenció a sus hermanos que debían ser castigados y soltó a los gigantes. Los gigantes atacaron sus ciudades sin que pudieran hacer nada; como hijos de Elkes los gigantes no podían ser derrotados por armas convencionales. Primigenia fue devastada y los gigantes pusieron sus ojos en Tierra Nueva.

«Historia antigua».

Había pasado un buen rato cuando Hector se acercó. A su lado estaba Andrea Ele.

*

Después de dejar a Andrea, se destinó al templo. Como era de esperar el templo estaba colmado por las comitivas que llegaron de todos los rincones del continente, desde las islas del Guerrero, al norte, hasta las heladas tierras de Pilartica, al sur. Al verla se abrieron paso para que alcanzara el salón principal. Vio que los Dedicados resguardaban el salón.

—Hector —le dijo al capitán de su guardia en voz baja—, asegúrate que Andrea Ele pueda alcanzar el salón.

Hector frunció el ceño.

—¿Está segura? —le preguntó.

—Hazme ese favor.

Hector dio media vuelta y se retiró a la par que los Dedicados retiraban las lanzas para dejarla pasar. En el centro estaban formados los elegidos, hombro con hombro y por detrás de ellos los sacerdotes correspondientes. Delante de todos, la reina Willia, sentada en el sillón real que se trasladaba de palacio y se colocaba en el altar principal para la ceremonia. A la derecha del salón estaba su hermana, lady Beatrix Blondegold, junto a sus capitanes. A la izquierda el resto de los Maestros del templo.

—Bienvenida, Lady Maisse —dijo el Maestro Superior que estaba de pie junto a la reina—. La estábamos esperando. Por favor ocupe su lugar.

—Pido disculpas por la demora —se disculpó.

Cruzó el salón ante la atenta mirada de todos. Pasó al lado de Richard y se ubicó por delante de él y al lado de la elegida por Curiel, Tessa Meinhl.

—Bienvenida —le dijo en tono de reproche. Conocía a Richard desde niña, como sacerdote de Evangeline era serio en sus maneras y detestaba el desorden.

—Puede comenzar, sacerdote Jensen —dijo el Maestro Superior.

Jensen era el sacerdote de Volcano. Era un hombre delgado, de andar encorvado y ojeras muy marcadas. Camino hasta ubicarse entre el Maestro Superior y los elegidos.

—Reina Willia, Maestro Superior y elegidos por los héroes —saludó—. Seguro comprenden la pena que me aqueja. ¡Hoy se cometió un acto imperdonable! ¡Una deshonra a la memoria de Volcano y una ofensa directa a Terum que forjó su arma! ¡Alguien se atrevió a matar a Rayzer Greysun, guerrero elegido por el héroe protector del Paso del Gigante! ¡Confió que se ajusticiará al culpable, por los dioses y por los hombres! ¡Además de la pena, lo que me trae a ustedes es el pedido que deseó presentarles! ¡En casi mil años ningún Volcano ha faltado a la batalla! ¡Todos demostraron ser dignos del nombre que portaban! ¡La batalla que se nos viene no será más fácil que las anteriores, será incluso más difícil, más si no contamos con un héroe que porte con orgullo, valor y fiereza las Hachas de Fuego! ¡Por tanto, humildemente solicitó, como sacerdote de Volcano y a la memoria de Rayzer Greysun, se me permita regresar a Campotigre y suplicar a los dioses que otro candidato tome su lugar!

Las voces estallaron entre el público que eran vigilados por los Dedicados. Los Maestros del templo hablaron entre ellos.

—¡Silencio! —exclamó el Maestro Superior y las voces se acallaron paulatinamente—. Sacerdote Jensen, comprendemos su pesar y las razones de su solicitud, pero desde siempre una vez que un candidato ha sido elegido nadie puede ocupar su lugar, aunque fallara en el intento de encontrar el arma…

Los reclamos de la comitiva del Paso se hicieron escuchar. Maisse se concentró en su madre, en la forma en que analizaba la escena, sabía que al final se harían las cosas cómo ella lo

decidiera. No tardó en hacer que el Maestro Superior se inclinara para decirle algo. Los presentes que observaban, los que estaba discutiendo e incluso los representantes del Paso se callaron, de nuevo paulatinamente. El Maestro Superior miró con desconcierto a la reina. Su madre asintió con elegancia.

—Señores —dijo el Maestro Superior—, sin embargo, este es un hecho inaudito, sin antecedentes al respecto. No podemos suponer que cual será la voluntad de los dioses sin siquiera intentarlo —tal como predijo, se haría lo que su madre ordenara—. Por eso consideramos oportuno permitir al sacerdote Jensen realizar el viaje.

Voces de victoria y aplausos se escuchó desde la comitiva del Paso, olvidando el importante hecho de que no se contaba con el tiempo para esperar la llegada del nuevo candidato. Maisse pensó en intervenir ya que sabía que habló la reina y no el Maestro Superior. Nadie se atrevería a contradecirla.

—Mi señor, si me permite —se escuchó la voz de uno de los sacerdotes detrás de los elegidos. Miró a Richard con el rabillo del ojo.

—Su nombre es Viktor Ele —le habló al oído—, reemplazó a su padre como sacerdote de Layel.

«El hijo de Andrea».

—Adelante, sacerdote Viktor —dijo el Maestro Superior.

—La única duda es si debemos posponer la ceremonia de partida hasta que el sacerdote Jensen regresé, si los dioses lo creen conveniente, con un nuevo candidato para que se reúna con el resto de elegidos. La ceremonia de partida lo realizan todos los elegidos al mismo tiempo. Los que no lo hicieran no encontrarían el arma. Está escrito que los gigantes podrán atravesar el Mar del Paso aproximadamente dentro de siete meses. El viaje al Paso del Gigante, desde aquí toma meses para ir y meses para regresar. Los elegidos tendrían poco tiempo para buscar sus armas.

Jensen intervino.

—¡Me daré prisa para que no tengan que esperar demasiado!

Otra vez las voces, esta vez del resto de comitivas además de los del Paso. El Maestro Superior se volvió hacia la reina y, cuando estaba a punto de preguntarle, se escuchó hablar al elegido por Tu, Massa Gyo.

—Maestro —su voz hizo callar el resto de voces—. Cuando podamos ir por las armas, los gigantes habrán alcanzado el continente, dispersándose para arrasar todo a su paso. En lugar de una sola fuerza, como han hecho siempre los elegidos, tendríamos que actuar por separado. En lo que a mí respecta, me quedaría en Tierras del Guerrero para combatirlos. De ninguna manera permitiré que acaben con mi pueblo.

—Yo tampoco permitiré que maten a mi gente —dijo el elegido por Bravo, Ragnar Firecamp.

—Yo creo que, que… —balbuceó el elegido por Mondo, Aurelyus Myrdynn e inmediatamente escondió la mirada ante el reproche silencioso del elegido por Bravo.

—Cada quien tiene un viaje que realizar —dijo la elegida por Ruletx, Anneke Rohde.

—Es obvio que no se puede posponer —dijo el elegido por Kraster, Temple Imad.

—Sería una tontería —comentó el elegido por Enka, Leo Parta.

Nuevamente los murmullos entre la gente tras el cordón de los Dedicados. Jensen alzó la voz.

—¡Mis señores, hare todo lo posible en…

—¡Me gustaría! —exclamó la elegida por Sigi, Samara Storm y esperó a que se hiciera silencio—. Me gustaría escuchar lo que tiene que decir lady Maisse Blondegold… Después de todo, comandará la batalla.

Maisse encontró una media sonrisa en el rostro de la Storm. Su hermano y elegido por Sigurd,

Rodo Storm, tenía una expresión más neutra.

Maisse miró hacía el Maestro Superior y se volvió para mirar a los que observaban tras la línea de los Dedicados.

—Ciertamente no podemos ignorar el pedido del sacerdote Jensen —dijo—. Tampoco podemos posponer la búsqueda de las armas. ¡Propongo que el sacerdote acuda a Campotigre en busca de un nuevo elegido y que ruegue a los dioses le permitan ir directamente en busca de las Hachas de Fuego! El resto de nosotros haremos la ceremonia correspondiente como manda la tradición —miró a su madre, parecía orgullosa, como si estuviera hablando a través de ella. Lo odió. Ignoró las voces de la gente y continuó—. ¡Esta posiblemente será la batalla más difícil desde que los héroes pisaron la tierra! Necesitaremos toda la ayuda posible.

Hubo un silencio tal que se podía escuchar las corrientes de aire recorriendo el salón. El Maestro Superior dio un paso adelante e intentó tomar la palabra.

Pero alguien se le adelantó.

*

—Lady Maisse —dijo el capitán de su guardia—. El sacerdote Ele —Maisse enrolló el pergamino que tenía ante sí y le prestó atención al sacerdote. Andrea Ele hizo una reverencia. Maisse notó que detrás de él estaba una joven que no reconoció—. Insistió —agregó.

—Es mi aprendiz, lady Maisse —explicó el anciano—. Debe estar a mi lado para aprender.

—Gracias Hector —dijo y le indicó que se retirara.

El capitán de su guardia le regaló una mirada de desprecio al sacerdote antes de marcharse.

—Hector Campbell —comentó el sacerdote—. Valiente y honorable guerrero.

Maisse, ignoró el sarcasmo.

—Disculpe que le haya hecho venir, Maestro, pero necesitaba consultarle algo.

El anciano se sacudió la falda de la túnica.

—Es un honor, mi señora. Estoy a sus servicios, pero, si me permite la pregunta. Tiene a todos los sacerdotes de la ciudad a sus órdenes, ¿en qué le puede ser útil alguien que acusan de demencia?

La joven le dejó ver una sonrisa.

—Maestro, sé muy bien que no está loco.

Consideró enseñarle la moneda, pero volvió la vista hacía la chica detrás de él. Una provocadora mirada acompañaba una sonrisa que se esforzaba en mostrar.

—Sé que es su aprendiz, pero me gustaría hablar a solas con usted —le solicitó.

El anciano se frotó la barbilla.

—Comprendo —volvió a mirar a la joven—. Aura, déjanos solos por favor.

La joven asintió, hizo una reverencia, tan forzada como la sonrisa, y se alejó a paso acelerado.

Maisse le pidió al anciano que caminara a su lado.

—¿Usted ha estudiado la historia del viejo continente? —le preguntó.

—Entre otras cosas —respondió como si no importara.

—Sabe mejor que yo que hubo una civilización más antigua que Primigenia. Una que rendía culto a otros dioses.

El anciano pasó los dedos por algunos pergaminos apostados unos sobre otros.

—Usted es una persona instruida —respondió y Maisse hizo caso omiso a su tono condescendiente—. Sí, es lo que cuenta la historia.

La elegida se detuvo frente a otro cumulo de pergaminos.

—Sabe también que practicaban cierto tipo de magia de lo que casi no hay nada escrito.

El anciano sonrió.

—Eso no lo cuenta la historia —respondió. Maisse esperó a que continuara. El anciano tomó aire—. ¿Qué es lo que quiere saber?

La joven le enseñó la moneda y esperó su reacción. El anciano trató de disimular, pero notó su asombro.

—¿Conoce esos símbolos? —le preguntó.

—¿Dónde la encontró? —preguntó este, casi inmediatamente.

Maisse lo pensó un momento.

—Lo encontró uno de mis hombres.

El sacerdote agudizó la mirada, examinó ambos lados de la moneda y sentenció.

—Esta moneda era de uso corriente en Primigenia, estos son símbolos ordinarios.

Maisse se sentó al borde de una mesa repleta de libros y cruzó los brazos.

—Maestro Ele —le dijo—. Si pedí por su presencia es porque esperaba contar con su franqueza. Le volveré a preguntar, si su respuesta es la misma, entonces no hay nada más que decir. Disculpe las molestias y gracias por su ayuda.

El anciano lanzó la moneda y la atrapó en el aire.

—Ya que hablamos de franqueza, por qué no me dice dónde la encontró en verdad.

Entre los sabios era conocido que Andrea Ele tenía una mente privilegiada, además de que era muy perspicaz. Maisse supo que se daría cuenta si volvía a mentirle.

—Estaba en el bolsillo de Rayzer —respondió.

—En el bolsillo del elegido por Volcano —reflexionó—. Que interesante.

La joven ladeó la cabeza.

—Es su turno…

El anciano volvió a mirar la moneda. Esta vez no necesitó agudizar la vista.

—Sí, es más antigua que Primigenia —dijo—. Son símbolos rituales. Posiblemente usado para hechizos.

«Magia antigua».

El anciano jugo con la moneda entre los dedos y agregó.

—Hasta donde sé no se ha encontrado nada escrito sobre los rituales, procedimientos o detalles, solo se conoce el objetivo final.

—Maldecir —sentenció la joven.

El anciano sonrió con aire divertido.

—Espere, lady Maisse, sé lo que está pensando, pero que Rayzer lo tuviera en el bolsillo debió ser una coincidencia. Como le dije, no queda nada sobre los rituales y aunque lo hubiera, no es algo que cualquiera podría hacer.

—Pero existe la posibilidad —comentó y recordó el caso más conocido de uso de magia prohibida en el continente. Un nombre con el que el anciano estaba muy bien familiarizado—. Naril, por ejemplo —agregó.

El sacerdote lanzó la moneda con fuerza hacía arriba. Cuando cayó hizo el gesto de atraparla en el aire con cada mano. Maisse pensó que estaba en la derecha.

—A veces las cosas no son lo que parecen —dijo enseñándole la mano derecha y seguidamente la moneda en la mano izquierda—. Con la historia pasa lo mismo. Claro que quién querría hablar a favor de Naril. Tendría que estar loco, ¿no es así?

Maisse tomó la moneda de la palma de su mano y la guardó.

—Entonces, ¿cree que Naril no utilizó magia prohibida?

El anciano comenzó a reír.

—Disculpe, es que desde que estoy en la ciudad la única persona que me ha preguntado sobre Naril es precisamente la elegida por Evangeline.

Se escucharon pisadas acercarse. Pronto Hector se paró al lado de un estante.

—Lady Maisse, la requieren en el templo. Los Maestros se van a pronunciar.

La joven se puso de pie y le hizo una reverencia al anciano.

—Maestro Ele, gracias por su tiempo y por su honestidad.

Andrea Ele le devolvió la reverencia.

—Espero haberle sido de ayuda, lady Maisse, solo una cosa más. La última pregunta, tendrá su respuesta en el templo, aunque dependerá si es que se me permite hablar.

El anciano parecía muy seguro. Estaba claro que tramaba algo. Lo que fuera sería muy interesante. Dejó al anciano y cabalgó rumbo al templo.

*

—Lady Maisse tiene razón —Andrea Ele estaba al lado de Hector que empujaba a un Dedicado—. Se vaticina que la horda de gigantes que azotara las costas será el doble que hace cien años y con ellos criaturas que despertaran de un sueño de mil años, tanto o más peligrosas que los gigantes.

El Maestro Superior dejó ver su enojo.

—Sacerdote Ele, usted desistió de ser sacerdote de Layel, no tiene permiso para participar en esta reunión por tanto le ordeno que se retire. Aún es sacerdote porque los Sabios en Bondadosa hablaron por usted, pero si contradice mi autoridad consideraré retirarle el…

—Como elegida por Evangeline pido que se le permita la palabra —intervino Maisse.

El Maestro Superior quedó boquiabierto.

—Pero lady Maisse…

—Deseo escucharlo —sentenció.

—¿Qué haces? —le preguntó Richard, al oído. La joven lo ignoró.

El Maestro Superior miró a la reina Willia. Esta tenía toda su atención en su hija, como tratando de comprender sus intenciones. Tras unos momentos, miró al anciano y asintió.

—Por solicitud de lady Maisse, diga lo que tenga que decir —dijo el Maestro Superior con voz amarga.

Los Dedicados se hicieron a un lado. El anciano entró al salón con aires de triunfo. Podrían tildarlo de loco, pero nadie podría negar que era imposible ignorar su llamativa personalidad.

—Dejé de ser sacerdote de Layel porque sabía que mi hijo cumpliría cabalmente esa tarea —dijo parándose al lado de su hijo—. Pero no renegué ser sacerdote de un héroe. Aún lo soy.

Regresaron los murmullos y comentarios, todos dirigidos a la figura del anciano. El Maestro Superior tuvo que intervenir.

—¡Silencio! —exclamó y miró con enojo a Andrea Ele—. Podría explicarse… sacerdote.

El anciano caminó hasta pararse al lado del Maestro Superior y le regaló una sonrisa. Se dio media vuelta y extendió los brazos.

—¡Como sacerdote de Naril encontré a su elegida!

Aura 01

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el hombre de las cicatrices.

—Aura Freud —respondió la niña.

El hombre de las cicatrices miró al grupo con atención. Parecía contar en su cabeza: dos ancianos, dos niños y una niña. Sus hombres revisaron lo que había en la carreta, tomaron la carne seca y preguntaron por el pragma.

—No tenemos —respondió su padre.

—Solo tenemos la carne —respondió su madre.

Su padre tenía setenta y dos años y su madre setenta. No eran sus padres de nacimiento, la adoptaron a ella y a sus hermanos hacía unos años. Los quería, no los veía como otra cosa que no fueran sus padres, aunque no llevaran la misma sangre.

Y en aquella carretera desolada, de árboles cubiertos de nieve y vientos helados, estaba siendo asaltados por unos ladrones.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó el hombre de las cicatrices. No le gustaban sus ojos. Eran los ojos de alguien que no temía a la muerte.

—Es solo una niña —dijo su madre.

—¡No te pregunte a ti, vieja! —exclamó y su voz sacudió la nieve de los árboles.

—Diez, diez años —respondió la niña.

El hombre de las cicatrices pareció conforme.

—Podemos venderla a algún señor —le dijo uno de sus hombres—. Los niños pueden ser mano de obra.

—Ya lo sé, estúpido —nuevamente miró a la niña y le enseñó sus dientes amarillos—, pero me gustaría ser el primero en probarla.

—¡No! —exclamó su padre—. ¡No te atrevas a tocarla!

El anciano trató de abalanzarse sobre el hombre de las cicatrices, pero este sacó su espada y con un ágil movimiento se la hundió en el estómago.

Su madre soltó un grito de espanto. Rápidamente uno de los hombres le cortó la garganta y la empujó a un lado del camino. Sus hermanos, consumidos por el terror, comenzaron a correr. El hombre de las cicatrices tomó el cuchillo pequeño que llevaba en el cinto y la lanzó contra el menor de los dos. Se clavó en su espalda y le niño cayó sobre la nieve blanca, que se tiñó de rojo. A su otro hermano lo alcanzó uno de los ladrones y le hundió el cuchillo varias veces hasta que dejó de moverse.

Y Aura no podía creer lo que estaba pasando.

—Bien, pequeña —dijo el hombre de las cicatrices—, parece que solo quedas tú.

La tomó de la mano y la arrastró hacía el bosque a la par que encargaba a sus hombres, los tres que le acompañaban, que revisasen a los ancianos y tomasen todo lo que se pudiera vender.

La llevó consigo hasta detrás de unos arbustos cubiertos por escarchas de hielo. La arrojó sobre la nieve y le bajó los interiores manchados de orina.

—Niña, si algún día quieres ser una dama no puedes ensuciarte así —le dijo y sintió su horrible aliento sobre sí.

El hombre de las cicatrices miró su entrepierna, se relamió los labios y con rapidez se bajó los pantalones mientras que Aura tenía la mirada extraviada, como si su mente estuviera en otra parte, como si en realidad nada de eso estuviera pasando.

El hombre de las cicatrices puso sus manos frías sobre sus muslos y la obligó a abrir las piernas. Lagrimas rodaron por las pálidas mejillas de la niña.

De pronto, escuchó un sonido seco seguido de un quejido. Cuando miró hacía sus piernas el hombre de las cicatrices tenía un cuchillo saliéndole de la garganta. Cayó a un lado y notó al hombre que le ejecutó.

Tenía una barba negra y espesa cubierta con escarchas de hielo. Este le hizo el gesto para que guardara silencio. Y, como si estuviera cazando algún animal salvaje, se movió con sigilo entre los árboles. Aura se quedó acostada, sin atreverse a mover un solo dedo, pero escuchó como se libraba una batalla, como la sangre caía sobre la nieve y como se extinguía la vida. Seguido escuchó unos pasos y un instante después el hombre de la barba regresó. La mitad de su rostro estaba salpicada de sangre.

—Estás a salvo —le dijo ofreciéndole la mano.

La niña se limitó a mirarlo con los ojos muy abiertos. En cualquier momento intentaría hacer lo mismo que…

—Me llamo Mika Zeitum, pequeña pelirroja —dijo el hombre de la barba—. No te haré daño.

Sonrisa, alguien era capaz de sonreírle…

Se quebró en llanto. Se dejó llevar en aquel frío camino.

*

Aura se miró el guante negro en la mano izquierda y flexionó los dedos una y otra vez. Volvió a esconder la mano tras la capa y miró a los soldados. Sabía que no la dejarían pasar hasta que el viejo Andrea diera el siguiente paso.

Y sí que lo hizo.

—¡Como sacerdote de Naril encontré a su elegida!

Andrea era de temer. De una manera u otra todo estaba saliendo como lo predijo. No faltaba mucho para que hiciera su entrada al escenario.

—¡Andrea Ele! —bramó el viejo Maestro Superior—. ¡Usted se volvió completamente loco! ¡Mencionar ese nombre en este sagrado reciento-no tiene perdón!

Aura notó que todos a su alrededor estaban alterados. La reacción que se esperaba de aquellos que no tienen idea de nada. Ella lo sabía y Andrea lo sabía, por ello estaba calmo, incluso divertido con la situación.

—Pero —dijo Andrea con expresión relajada—, los dioses han creído conveniente permitir que Naril tenga una elegida.

—¡Ya basta! —rabió el Maestro Superior—. ¡Guardias, retiren a este hombre del templo! ¡Andrea Ele, por insultar a los dioses ordeno que se desconozca como sacerdote y viva en el destierro!

«Viejo, mejor será que te des prisa», pensó Aura.

Dos de los perros de la realeza, o como gustaban llamarse, Dedicados, se acercaron a Andrea. El viejo se volvió hacía la reina, que lo contemplaba con fría expresión.

—Mi reina —dijo con calma, pero asegurándose que todos lo escuchasen—, ¿está segura que quiere desterrar al sacerdote de una heroína?

La reina, aquella mujer de mirada fría, levantó la mano para que sus perros dejaran de moverse. Y fue sorprendente como con un gesto todos guardaron silencio.

—Sacerdote —dijo—, si lo que dice es cierto, si los dioses permitieron que Naril tuviera una elegida, entonces no podemos ignorarlo —la reina se puso de pie y fue como si todos sintieran la

necesidad de esconder la mirada, como si los estuviera reprendiendo de alguna manera—. Sin embargo, ¿quién lo designó como sacerdote de Naril? ¿Lo sabía usted? —le preguntó al Maestro Superior.

—Por supuesto que no, mi reina —respondió este—. Nunca se nombró tal cosa como sacerdote de… de...

—Lo hizo usted mismo, sacerdote —continuó la reina—. Lo hizo fuera del orden establecido. Fuera de las leyes de los dioses que son sagradas y que deben ser respetadas por todos, sin excepción.

—¡Así es! —intervino el Maestro Superior. La reina le miró con reproche por atreverse a interferir. Este bajó, patéticamente, la cabeza.

—Ante eso, sacerdote Andrea, está obligado a presentarnos pruebas que respalden lo que afirma.

«¡Al fin!».

—Por supuesto, mi reina —respondió Andrea.

Miró hacía la dirección de la joven. Aura se movió entre la gente para encontrar sus ojos. Cuando la vio, señaló hacía su dirección.

—Nos harías el favor.

Los perros de la reina la miraron con desconcierto. Se volvieron hacía su ama esperando alguna respuesta. Ella asintió y Aura entró al salón.

—¡Mi nombre es Aura Zeitum! —exclamó con orgullo para que todos la escuchasen—. ¡Soy la elegida por Naril!

Murmullos, murmullos y más murmullos. A Aura no le importó que se dijera que era una mentira. Estaba allí y era el momento de cambiar la historia.

La reina levantó la mano y, nuevamente, el silencio fue absoluto.

—¿Afirma que ella es la elegida? —le preguntó a Andrea.

El viejo asintió e inmediatamente se volvió hacía la gente.

—¡Es la verdad!

Aura no sabía si lo que quería era ganarse al público o provocarlos.

—Aura Zeitum —la reina dijo su nombre como si la estuviera regañando. Aura no se dejó amilanar.

—Mi reina —respondió como correspondía al protocolo.

—¿Eres la elegida por Naril?

Aura hizo lo mismo que Andrea. Se volvió para dirigirse a la gente.

—¡Lo soy! —exclamó.

Listo, la incertidumbre en sus rostros fue sublime. Aura lo estaba disfrutando. Durante siglos ninguna elegida por Naril se hizo presente en ese salón y allí estaba ella dispuesta a desenmascarar casi mil años de…

—Demuéstralo —solicitó la reina.

Otra vez el silencio, esta vez esperando la respuesta de la joven. Aura se sujetó el brazo izquierdo y se vio la mano cubierta por el guante negro. Miró al viejo. Quería que comprendiera que no iba a hacerlo. No se lo enseñaría a la reina ni a nadie.

—Mi reina —intervino Andrea—, siempre ha bastado con la palabra del sacerdote designado para el héroe.

—Pero a usted nadie lo designó —respondió la reina—. Si quiere que le creamos, la supuesta elegida debe demostrar que lo es.

—Estoy completamente de acuerdo, mi reina —agregó el Maestro Superior—. Jovencita,

¿tienes alguna prueba?

Y la tenía, lo estaba sosteniendo con la mano derecha. El brazo izquierdo parecía vibrar, pero nadie podría verlo porque lo tenía cubierto por la capa y debajo de ésta por vendajes. Regresó a Andrea, buscó que comprendiera que era lo último que quería hacer, pero incluso el viejo parecía decirle que lo haga. Contuvo el aliento, sostuvo con fuerza la capa, cerró los ojos y…

—No tengo —murmuró.

La reina regresó a su silla con aire de victoria.

—¿Puedes repetir lo que dijiste? —le preguntó el Maestro Superior incapaz de ocultar su satisfacción.

—¡No tengo cómo demostrarlo! —exclamó Aura mirando con desprecio al Maestro Superior —. ¡No tengo más que mi palabra y les juro que las Cadenas del Juicio se presentaron ante mí!

—No es suficiente —sentenció el Maestro Superior—. Andrea lo sabe —Andrea la miraba con resignación—. ¡Guardias, llévenselos! ¡Veremos que paguen por sus mentiras!

Los perros de la reina la tomaron de los brazos, ella se sacudió exclamando que la escuchasen mientras que Andrea Ele se mantenía en calma.

—¡Quítenme las manos de encima! —bramó—. ¡No estoy mintiendo!

En ese momento escuchó la voz de la última persona de la que esperaría dijera algo.

—Esperen —era la voz de la hija de la reina. La elegida por Evangeline.

—Lady Maisse —dijo un confundido Maestro Superior—. ¿Sucede algo?

Y aquella chica de cabellos negros y mirada orgullosa, dio un paso adelante y puso una rodilla sobre el suelo.

—Deseo interceder por ella —dijo y el silencio fue absoluto—. Como elegida a luchar por la supervivencia y la gloria de Tierra Nueva, solicitó que se le permita ir en busca del arma de Naril, como una igual.

Incluso entre los elegidos el asombro era palpable. La reina parecía no comprender nada de lo que estaba pasando. El Maestro Superior tomó la palabra.

—¡Pero, lady Maisse, es una mentira!

—Creo que es verdad —respondió la hija de la reina y se puso de pie—. No es mi deseo hablar en nombre de los dioses, pero creo que permitieron que fuera una elegida porque ésta será la peor batalla que afrontaremos.

Y, sin presagiarlo siquiera, la elegida por Curiel, la chica de los cabellos de plata y ojos cubiertos por una venda blanca con el sello del ojo de Nye en relieve negro, dio un paso adelante.

—También solicito que se le permita ir por el arma.

—Usted también, lady Tessa —dijo con incredulidad, el Maestro Superior.

—Ta-también yo —intervino el pequeño Robert.

La gente exclamó para que le permitieran ir, esclavos de la popularidad de la elegida por Evangeline y la elegida por Curiel.

—Déjenla ir por el arma —dijo, denotando impaciencia, la chica de los cabellos castaños y mirada afilada: la elegida por Sigi—. Retengan al anciano, encarcélenlo si es necesario. Si es verdad tendremos un arma más. Si es mentira no conseguirá nada y pueden matar al sacerdote por mentiroso. A ella pueden ponerle precio y dejar que se diviertan los caza recompensas. ¿Qué tal?

Aquello último fue dirigido a la reina, pero fue Andrea quien habló.

—Estoy de acuerdo. Si ella no obtiene las Cadenas del Juicio pueden cortarme la cabeza y dar de comer mis restos a los perros.

—¡Sí! —exclamó la gente—. ¡Déjenla ir!

La reina levantó la mano y, como era costumbre ante ella, obedecieron cerrando la boca. Se puso de pie y entrelazó los dedos.

—No podemos ignorar la solicitud de los elegidos —dijo—. Durante casi mil años han puesto su vida en riesgo por la gloria de la humanidad. Le debemos al menos escuchar sus voces. Por tanto, en mi calidad de soberana, permitiré que sea reconocida como elegida y vaya en busca del arma de Naril —La reina hizo un gesto hacía ella—. Sin embargo, como sugirió la elegida por Sigi de no conseguir el arma se tomarán las medidas respectivas. Aura Zeitum, toma tu lugar. Andrea Ele, acompáñela como su sacerdote.

Aura, al fin pudo respirar con calma.

Se paró al lado del pequeño Robert, le regaló una sonrisa y le pareció gracioso lo rojo que se puso. No podía ver a Andrea, detrás de ella, pero estaba seguro que el viejo desbordaba satisfacción. El Maestro Superior se vio obligado a continuar.

—En vista de los acontecimientos debemos proseguir —dijo con amargura en su rostro—. Pero no podemos saltarnos la tradición. Elegida, antes debes presentar tus respetos a los dioses.

Aura recordó que el viejo le habló sobre ese asunto.

Se dirigió al salón que solo podían pisar los elegidos. Y, allí estaba ella, en un lugar "sagrado", imposible para la gente común, ante las estatuas de los cuatro dioses a quienes los simples mortales debían rendirles culto. Miró hacía atrás, la gente parecía pequeña, diminuta y la miraban como si fuera una aparición. Miró al gran Terum, a la bella Korana, al sabio Sarilo y al temible Elkes y no pudo evitar sonreír. La fe en el continente estaba basada en esas cuatro deidades que consideraban justas y a la par complicadas. Ellos crearon las armas para combatir a demonios que ellos mismo crearon. ¿Tenía sentido eso?

—Hola —saludó.

Los observó por un momento, como esperando que alguna cobrara vida y devolviera el saludo. Tomó la daga y se cortó la palma de la mano derecha.

—Miren —dijo a los pies de Terum y dejó caer unas gotas de sangre—. Prometo luchar y seguir luchando hasta quedarme sin aliento —pasó a los pies de Korana—. Aun si debo dejarme la piel, si debo sangrar hasta la última gota combatiendo contra todo lo que se me oponga —dejó caer unas gotas a los pies de Sarilo—. Incluso si mi nombre sea maldito, si mi existencia pase al olvido y si mi ser sea condenado al sufrimiento en los abismos eternos —posó la palma ensangrentada por los pies de Elkes—. Lucharé hasta que al final gobierne este maldito lugar —retrocedió unos metros para ver las cuatro estatuas a la vez—. ¿No es eso lo que esperan de la elegida por Naril?

Se vendó la mano, al igual que las manos del resto de elegidos, y regresó a su posición delante de Andrea y al lado del pequeño Robert. El Maestro Superior la observaba como si fuera un insecto molesto revoloteando en la casa. La reina tenía una expresión solemne, pero Aura sabía muy bien que Willia Blondeglod detestaba la situación. No le importo. Lo único que importaba era que estaba allí, orgullosa y decidida a completar su misión.

La ceremonia prosiguió como le explicó el viejo Andrea. Primero, el Maestro Superior le dedicaría unas palabras a los dioses para luego dirigirse a los elegidos, quienes debían ponerse de rodillas y recibir el permiso para buscar las armas, como lo hicieron los trece héroes hace mil años, aunque se conocía por las crónicas que en las ceremonias anteriores se evitaba mencionar que eran trece. Naril era una mala nota al pie de la historia. Eso lo sabía cualquiera y cualquiera escupía al escuchar su nombre. Al menos así fue durante casi mil años.

—En mi calidad de Señor del templo y voz de los dioses en la tierra —dijo el Maestro Superior—, les otorgó el permiso para ir por las armas sagradas. Elegidos por los héroes

pónganse de pie.

Aura se puso de pie, junto a los otros once que conformaban la fila, y le escuchó agregar.

—Que los dioses los acompañen en su camino y se haga su voluntad.

—¡Qué así sea! —dijeron al unísono.

La reina se levantó de la silla a la par que el Maestro Superior inclinaba la cabeza.

—Tierra Nueva los necesita —dijo.

—¡Por la gloria de Tierra Nueva! —exclamaron los elegidos.

—Pueden partir.

Aura se miró la mano izquierda, flexionó los dedos y tomó aire. Andrea palmó su hombro y le regaló una sonrisa de satisfacción.

—Está hecho —dijo.

—Recién comenzamos —le respondió.

El viejo se paseó delante de ella, observando con atención a su alrededor.

—Fue arriesgado —aseveró acercándose a su oído—. Debiste enseñarles tu brazo.

Aura le dejó ver su confianza.

—Al final salió bien.

—Sí —el anciano estiró los brazos sobre la cabeza—, pero fue porque la elegida por Evangeline intercedió. ¿No crees que deberías agradecerle?

Lo sabía, no necesitaba repetírselo. Aura odiaba que gran parte de su victoria se debiera a ella, pero no se lo iba a decir. De ninguna manera a la elegida por Evangeline.

Y cuando se dio cuenta, Maisse Blondegold caminaba hacia ella. A su lado estaba su sacerdote.

—Maestro Andrea —saludó.

—Lady Maisse, agradezco su intervención —dijo Andrea—. Realmente es una persona honorable.

—Fue necesario —respondió la Blondegold—. Le aseguro que mis palabras fueron sinceras —cruzaron miradas—. Lady Aura, esperamos contar con su fuerza en la batalla.

Aura apretó los puños con fuerza y se tomó un momento para tranquilizarse.

—No soy una lady —respondió forzando una sonrisa—. Solo soy una campesina que fue elegida.

—Comprendo —respondió Maisse Blondegold con suma calma—. Debe saber que una vez conseguida el arma nos reuniremos en Paso del Gigante. Le deseo éxito en su viaje.

—Así será —respondió—. Nos veremos.

—Maestro Richard —intervino Andrea—. No tuve la oportunidad de felicitarle.

El sacerdote al lado de la Blondegold no se veía muy cómodo. Era un hombre alto, con los cabellos en corte elegante y barba bien cuidada.

—Lo mismo para usted, maestro Andrea —dijo—. Todo sea la voluntad de los dioses.

—Que se haga su voluntad —respondió el viejo con una expresión divertida. Cosa que pareció no ser del agrado de aquel sujeto.

—Lady Maisse, debemos retirarnos —dijo—. Debe atender algunos asuntos.

—Gracias por recordármelo —respondió la Blondegold—. Aura Zeitum, maestro Andrea — hizo una reverencia y dio media vuelta.

Aura se quedó observando como la elegida por Evangeline se retiraba. La forma en que derrochaba confianza y orgullo al caminar.

—Sabes Andrea… —le dijo al viejo sacerdote.

Pero antes de continuar se detuvo allí mismo. Estaba lista para decirle que la dinastía

Blondegold estaba destinada a desaparecer.

—¿Qué? —preguntó Andrea.

Aura meneó la cabeza.

—Nada —tomó aire—. Nos vamos.

En cuanto se volvieron notó que el pequeño Robert le miraba con atención. Parecía dudar si acercarse o no.

—Robert —le dijo en lugar de esperar—, gracias por apoyarme.

Robert tenía el cabello negro, era delgado, bajo de estatura y de expresión temerosa, aunque con algo de orgullo en sus ojos grises además de un rostro provilegiado. Cualquiera que lo viera no pensaría que se trataba del elegido por Layel, pero sí cualquiera lo encontraría sumamente atractivo.

—Sí, bueno, yo solo —dudó el muchacho y tardó un instante en continuar—. Lady Maisse es quien tiene todo el crédito.

—En serio, gracias —respondió la joven, ignorando eso último—. Oye, lo de ayer. Disculpa por no decirte que era una elegida.

—No, no, todo está bien —se apresuró en responder—. Entiendo que preferían tenerlo en secreto.

—Mi señor Robert —dijo Andrea—. Le deseo buena fortuna en su viaje.

—Maestro Andrea —respondió el muchacho—. Muchas gracias.

—Justo quería hablar con usted. ¿Me permite un momento?

—Sí…

El viejo palmó el hombro de la joven.

—Aura, ¿me harías el favor de esperar en la habitación?

Aura le dejó notar su desconcierto.

—Andrea…

—Lo sé, solo será un momento.

Confundida, dejó al pequeño Robert al lado de Andrea y el sacerdote Viktor, que se sumó a la pareja. Pasó entre la gente, entre las delegaciones que dejaron sus preparaciones para observarla con atención. Se mezcló entre los pobladores y a medida que avanzaba que poco a poco dejaron de señalarla para pasar a ignorarla por completo. Llegó hasta la posada donde se hospedaban y se apresuró a subir a su habitación.

Todo lo que necesitaba ya estaba empacado, lo urgente era conseguir un caballo. Tal vez eso era de lo que se estaba encargando el viejo, después de todo haría el viaje sola ya que los sacerdotes no deben acompañar a los elegidos. Los únicos que pueden acompañar a los elegidos son los compañeros asignados o todo un regimiento si así lo desearan.

«Seguramente la Blondegold llevara todo un ejército».

Sin embargo, ella estaba sola, así lo prefería, podía cuidarse sola y se movería más rápido. Se acostó un momento, no faltaba mucho para el anochecer, podría viajar un poco durante la noche.

Se quitó la capa que le cubría el cuerpo entero. Se frotó las vendas sobre el brazo izquierdo. Pensó en retirárselas, pero si necesitara moverse sería tiempo perdido volver a colocárselas. Se acostó en la cama recapitulando los hechos hasta ese momento. La aceptaron como elegida y debía partir hacía Las Cumbres del Retorno que era un mes y medio a caballo, más o menos. Pensó en las rutas alternas que podría tomar para llegar en menos tiempo. No, eso no era lo importante, lo importante era dónde buscar el arma. En casi mil años nadie fue nunca por las Cadenas del Juicio. En teoría el arma se encontraba en un pequeño templo a las espaldas del castillo en Camilia y solo aparecía ante la elegida y a nadie más. Ella debía encontrarse en el

lugar indicado y escuchar o prestar atención; no lo tenía muy claro. Supuso que no servía de nada darle vueltas.

Se quedó dormida. Cuando despertó las sombras eran largas y el sol estaba desapareciendo tras los tejados.

«Mierda, he perdido tiempo», se dijo y se apresuró en ponerse la capa. Escuchó entonces el llamar a la puerta. Por precaución tomo un cuchillo y se asomó. La recibió la sonrisa de Andrea.

—¿Esperaste demasiado? —le preguntó a la joven.

—Debo irme ahora —le respondió—. Supongo que me conseguiste un mejor caballo que el que usé para venir —regresó el cuchillo a donde lo tomó y se sentó sobre la cama—. ¿Y bien?

—Sí, te conseguí un mejor caballo —respondió Andrea Ele—. Más que eso, te conseguí compañía.

—¿Cómo? —lo pensó un momento y lo comprendió—. No viajare con ellos. Solo me retrasaran.

—Wender Carlyle es un gran guerrero. Es el guardián y compañero de Robert Risco —aseguró el anciano—. Los Bosques Dorados fronteriza con las Cumbres del Retorno. Basicamente tomaran el mismo camino y no tienes que ayudar al chico a encontrar el arma. Llegados al cruce puedes seguir tu camino.

Aura se tomó el brazo izquierdo, como si las vendas se estuvieran ajustando aún más, aunque era imposible sentirlo.

—Harán preguntas —le dijo—. No quiero responder preguntas.

—No tienes porqué —continuó el anciano—. Aura, el viaje puede ser peligroso y más si vas sola. Me quedaría más tranquilo si aceptas acompañarles.

—Mierda —murmuró—. Eso es jugar sucio.

—Hazlo por mí.

Aura suspiró y se puso de pie.

—Imagino que me están esperando.

El viejo sonrió.

—Sé que tienes prisa, pero eso no siempre es bueno. Partirán mañana por la mañana. Es lo mejor.

Aura se frotó la sien.

—¡Vamos Andrea! —le reclamó—. Sola me podría mover por la noche. Ahora, por viajar en grupo, debo adherirme a sus decisiones.

—Sí, pero si viajas sola varias espadas pueden acabar contigo —reflexionó el viejo—. En cambio, si estas acompañada hay más posibilidades de sobrevivir a una emboscada.

La joven buscó tranquilizarse.

—Como digas...

—Mira, yo tengo que ir a Bondadosa junto con el resto de sacerdotes de los héroes —se encogió de hombros—. Es la tradición.

—¿Estarás bien? Digo, esa elegida por Sigi sugirió que te encarcelaran.

—Tengo prohibido abandonar Bondadosa así que sí, de alguna manera seré como un prisionero —tomó sus hombros—. Estaré bien, niña, no te preocupes por mí y concéntrate completamente en hacerte con las Cadenas del Juicio —miró su brazo izquierdo—. Las cadenas te están esperando, claman por ti. Recuerda, ellas te guiaran.

—¿Partirás mañana? —le preguntó—. ¿Estarás para despedirme?

—¡Por supuesto que estaré cuando partas! —le aseguró—. Esta noche la ciudad está de fiesta. ¡Los elegidos parten por las armas sagradas! —dijo esto último imitando la forma de hablar del

Maestro Superior—. Beberé hasta perder la consciencia. ¿Quieres acompañarme?

Aura se asomó por la ventana. Ciertamente las calles estaban llenas de vida; colmadas de gente.

—Tal vez más tarde —le respondió.

—Seguro tienes mucho en qué pensar —dijo el anciano—. Te dejo entonces. Nos vemos.

—Nos vemos…

Andrea cerró la puerta tras de sí. Aura se sentó al borde de la ventana y se quedó observando las calles por largo rato. Pensó que ya que contaba con el tiempo podría darse un baño. La posada tenía un cuarto de baño al que se podía acceder por una única puerta que se podía cerrar por dentro. Las ventanas eran pequeñas y el arquitecto tuvo cuidado que quien se asomara desde fuera no pudiera ver nada más que los techos. Las hijas del dueño le alcanzaron jabones nuevos y perfumaron las aguas con esencia de jazmín, además se ofrecieron a ayudarle. Seguramente ya sabían que ella era una elegida y estaban más que dispuestas a servirle. Agradeció la cortesía, pero les dijo con amabilidad que prefería estar sola. Ellas se retiraron prometiendo que se asegurarían que nadie le molestase. El olor a jazmín era sublime. Se imaginó que Maisse Blondegold estaba acostumbrada a los baños perfumados y jabones nuevos. Claro que no en los cuartos de baño de una posada cualquiera sino en bañeras mil veces mejores que aquella. No, no pensaría en los Blondegold y disfrutaría el momento.

Se quitó la capa y las prendas debajo de esta hasta quedar desnuda. Comenzó a quitarse las vendas del brazo izquierdo. Estas cayeron a un lado, enrollándose como una serpiente. Se quedó mirando su reflejo por debajo del vapor, la forma en que su figura ondulaba con las olas, pero por sobre todo su brazo izquierdo.

Aun le parecía extraño, demasiado irreal, imposible que, por encima del codo hasta la punta de los dedos todo era metal; huesos, carne y piel fueron reemplazados por un acero tan formidable que las crónicas la señalaban como el mismo del que estaban hechas las armas de los héroes.

Era el regalo de Naril. El brazo destinado a portar las Cadenas del Juicio.

Jonah 01

Los tres se apresuraron en alcanzarle. El viejo pescador les esperaba a las puertas de la casa de Roger Sierra, el “Sabio de Corona”.

*

Cuantas veces estuvo a la mar, junto a su padre, preguntándose qué habrá al otro lado de la Barrera Azul y si alguna vez alguien se animaría a descubrirlo.

La Gran Barrera Azul separaba las aguas del Mar del Paso. La Barrera no era más que un denso vapor azulino que se elevaba posiblemente unos quinientos metros sobre el agua como una colosal cortina que se colocó como separación de los continentes. Los pescadores sabían que no debían atravesar la Barrera, quien lo hiciera nunca regresaría a casa. Jonah Remiz creció con esas historias, pero quería saber. Se preguntaba cómo serán las tierras en la otra costa; como se verá ese mundo. Por eso, cuando acompañaba a su padre, ardía en deseos de dirigir la pequeña embarcación hacía la Barrera y asomarse, al menos asomarse.

—Nunca —dijo su padre.

—Pero —insistió—, no hay peces de este lado. Imagina cuánto podríamos pescar si vamos a aguas más profundas —señaló la Barrera en el horizonte.

—Cuantas veces debo decírtelo. Sería una locura acercarnos. Esas *cosas* están allí, esperando y más ahora que falta menos de un año para que puedan cruzar.

—¡Por eso mismo! Los de Corona se irán al este y no tendremos a nadie a quien venderles la pesca. Debemos pescar la mayor cantidad posible, pero mira —el joven pescador señaló las redes vacías—. Nosotros también tendremos que irnos.

—Aun así, no me acercare a la Barrera y es mi última palabra.

Jonah contuvo las ganas de gritar. Supo que sería una pérdida de tiempo seguir discutiendo con su padre. Solo quería regresar a casa y pensar en cómo sobrevivir a la migración que dentro de poco llevarían a cabo.

Lanzaron las redes una vez más y no tuvieron más suerte que la anterior. El día llegaría a su fin y su padre decidió que era el momento de dirigir la embarcación rumbo a las costas, de regreso a casa.

Jonah no habló con él en el retorno. Se limitó a ver como la Barrera se volvía una tenue línea en el horizonte. Se preguntó si llegado el momento su padre no objetaría con que tuviera su propia embarcación. Ser capitán de su propio barco y navegar a donde él quisiera, aun si significase peligro de muerte.

Jonah divisó los altos acantilados a cada lado del Paso del Gigante. Aquellas moles de piedra cuyas cúspides se escondían entre las nubes. En la cima izquierda no había más que piedras y más piedras, mientras que la derecha daba acceso a tierras para sembrar. Precisamente en este estaba Corona; la aldea que era su principal cliente y que en unos meses se marcharían ante el inminente peligro.

Siguieron la línea de la costa, donde las olas rompían en las rocas, hasta llegar a la pequeña playa de arenas doradas antes de llegar a casa.

—Jonah —le dijo su padre—. Algún día…

Pero Jonah lo ignoró por completo al percatarse de algo sobre la playa.

—¿Qué es eso?

Agudizó la vista, su padre hizo lo mismo y antes que él, el viejo pescador se percató de lo que se trataba.

—Es un hombre...

Un náufrago, aparentemente. Estaba acostado inconsciente sobre la arena, como si las aguas lo hubiesen arrastrado hasta depositarlo allí. Su padre dirigió la embarcación hacía su dirección. Podría ser un hombre temeroso, pero no era cruel. Nunca ignoraría a alguien que estuviese en problemas. Jonah soltó el ancla y saltó sobre la arena para apresurarse en alcanzar al sujeto.

Era joven como él y no era alguien conocido, al menos no un rostro familiar de Corona. Sus cabellos rubios le llegaban hasta media espalda y su piel era demasiado blanca, como si nunca hubiese conocido el sol. Al volverlo notó que aun respiraba, aunque con dificultad. Junto a su padre le alejaron de la marea y trataron de despertarlo. El desconocido no reaccionó. Su padre pareció pensarlo un momento hasta que ordenó que lo llevarían a casa con ellos.

—Necesitamos calentar su cuerpo.

Lo subieron al bote y se apresuraron a llegar a casa.

Por fortuna no estaban lejos. Su padre construyó la casa al final de las playas, donde los acantilados se fusionaban con el mar. Como todas las veces, su hermana, Leonore, los estaba esperando en la entrada. Esta vez su sonrisa pasó a una mirada de preocupación cuando notó que Jonah y su padre traían sobre sus hombros el cuerpo de alguien inconsciente.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Qué pasó?

Le explicó a su hermana lo que sucedió. Su padre ordenó que le trajera unas mantas y que debía ponerlo cerca al fuego de la chimenea. Cuando Leonore fue a buscar las mantas le dijo a Jonah que le quitara la empapada camisa y pantalones. Desnudó al desconocido. Su cuerpo no tenía una sola cicatriz, cosa que solo se vería en alguien nacido en buena cuna, pero pensar en eso no serviría demasiado. Se apresuró a cubrirlo y lo dejó acostado sobre unas mantas, al pie de la chimenea.

—¿Ahora qué? —preguntó el joven pescador cuando su padre se sentó a su lado.

—Esperar que despierte —respondió este.

—Le prepararé un estofado caliente —explicó su hermana que se apresuró la tarea.

—Pero si no sabemos cuándo va a despertar —le increpó—, podría ser hasta un rato o varios días.

—Entonces preparare estofado caliente todos los días —refunfuñó ella.

Su hermana podría ser muy obstinada si se lo proponía, pero era parte de su encanto. Era una joven jovial y bondadosa entre sus virtudes, virtudes que cualquier hombre buscaría en una mujer. En parte eso le desesperaba. Temía que cualquier campesino idiota o lo que era peor, que un imbécil hijo de un Señor se fijara en ella.

—Ya basta —intervino su padre—. Prepara comida para todos —agregó dirigiéndose a su hija.

Un rato pasó y aquel hombre continuaba inconsciente. Jonah acompañó a su padre fuera de la casa y vio su rostro iluminarse cuando encendió su cigarrillo.

—No es de Corona —le dijo.

—No, no lo es —respondió su padre.

—Tampoco vimos rastros de embarcación alguna. ¿Crees que lo haya arrastrado la corriente?

—Podemos suponer muchas cosas, pero es nuestro deber cuidar de él hasta que despierte. Luego podrá regresar al lugar del que vino.

—Sí, tienes razón —se sentó a su lado y miró el cielo estrellado de aquella noche. Consideró,

sin darle demasiadas vueltas que debía comentarle sus planes—. Padre, después que la batalla haya terminado y podamos regresar. Pienso tener mi propio barco.

Su padre miró el mar, oscuro y susurrante. Jonah no supo si estaba de acuerdo o…

—Tenía tu edad cuando fui dueño de mi propio barco —dijo—. Tu abuelo se negó. Él quería que yo fuera agricultor y que me quedara arriba, lejos del mar, donde era seguro. Pero yo quería pescar, necesitaba esa libertad —le miró sin mayor expresión—. Entiendo lo que sientes, solo me preocupa que seas imprudente.

Sabía muy bien a lo que se refería.

—No haré nada que ponga en riesgo mi vida —aseguró y se sintió mal por mentirle.

Su padre le tomó del hombro.

—Es lo que un hombre de familia diría —le dijo y agregó, volviendo los ojos hacía el mar—. Ojalá fuera cierto.

Su padre lo conocía mejor que él. Ciertamente no podía ocultar sus deseos. No era un elegido, tampoco un soldado, por tanto, junto a los demás buscaría refugió hasta que la batalla contra los gigantes terminase. Pero no sería uno más en la historia. De eso estaba seguro.

—¡Papá! —llamó Leonore.

Se apresuraron en regresar a la casa. Leonore los esperaba junto a la puerta con cierta angustia tatuada en el rostro.

—¿Qué pasó? —le preguntó a su hermana.

—De repente comenzó a sacudirse —respondió ella.

Pero al observar al hombre, este seguía inconsciente donde lo dejaron.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sé lo que vi. Comenzó a sacudirse y se detuvo.

Su padre se acercó al hombre. Pareció examinarlo. Palmó su rostro y, al no obtener respuesta, comentó.

—Debió ser un espasmo. Puede que despierte durante la noche. Sera mejor que montemos guardia. Haré la primera.

—Yo haré la segunda —aseguró Jonah.

—Yo la tercera —aseguró su hermana.

Jonah la miró con desconcierto.

—¿Y si te ataca antes de que pudieras gritar? —le preguntó en reproche.

—Y si a ti te ataca antes de que pudieras defenderte —respondió ella, con enfado.

—Ya basta —su padre tomó una manta—. Leonore hará la tercera guardia. Nadie se hará el valiente. Si despierta alertamos al resto. ¿Entendido?

Jonah asintió con menos ímpetu que su hermana. Su padre se sentó junto a la chimenea comenzando su guardia. Los hermanos comprendieron que debían ir a dormir, pero Jonah no tenía sueño y sabía que su hermana tampoco dormiría. Curiosa como era seguramente estaba más que impaciente a que el hombre despertase.

—¿De dónde crees que sea? —le preguntó su hermana desde su cama, bajando el tono de la voz—. A lo mejor venga del norte, de Los Laberintios o del sur. Dudo que venga del este del Paso.

—De donde sea —le respondió—. Le preguntaremos cuando despierte y estemos seguros que no es peligroso.

—No creo que sea peligroso.

—¿Por qué lo dices?

—Por su rostro. No sé. No tiene el rostro de un asesino.

Jonah se giró hacia ella.

—¿Acaso has conocido a muchos asesinos?

Leonore le dio la espalda.

—Cállate.

A mitad de la noche su padre le despertó para que le reemplazara. Su hermana dormía en la cama junto a la suya. Jonah se sentó junto a la chimenea conteniendo varios bostezos. Estaba haciendo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos. Lo único que quería era recostar la cabeza y continuar el sueño donde lo dejó, aunque no recordaba de qué iba.

«¿Soñaba con el mar o cómo sería el viejo continente?», se preguntó.

Miró el fuego, la forma en que las llamas danzaban en el aire. Buscó que este le tuviera despierto, pero volvió a cerrar los ojos y se quedó dormido. Cuando su cabeza se inclinó lo suficiente se despertó confundido y volvió a mirar hacía la chimenea. Al lado de esta, el hombre estaba erguido mirándole fijamente.

Sus ojos eran de un violeta encendido, casi como si fueran llamas de ese color.

Todo deseo de dormir desapareció, pero tampoco pudo reaccionar como era debido. El desconocido permaneció inmóvil, observándole, a lo que Jonah buscó volver en sí, salvo que el desconocido reaccionó antes que él.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

Jonah se puso de pie y llamó a su padre. Éste se levantó al instante de la cama y corrió hacia él, sosteniendo un hacha que de inmediato sobresaltó al hombre. Leonore se acercó por detrás.

—Papá espera, que lo asustas —le increpó.

—No me hagan daño —balbuceó el desconocido.

—No te haremos daño —le respondió Leonore.

—Mientras no hagas nada estúpido —dijo Jonah.

Su hermana le miró con desaprobación.

—Te encontramos en la playa —dijo su padre—. Este es nuestro hogar.

—¿En la playa? —reflexionó—. ¿Dónde estoy?

—En Paso del Gigante —dijo Leonore—. ¿Cuál es tu nombre?, ¿de dónde vienes?, ¿qué te pasó?

—¿Mi nombre? —otra vez pareció reflexionar—. No lo sé. No recuerdo qué pasó.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —le preguntó su padre.

El desconocido se miró las manos.

—Que estaba en una playa y…

Jonah miró a su padre tratando de deducir qué podrían hacer. Leonore se apresuró a servir un poco de estofado en un cuenco.

—Debes tener hambre —le ofreció la comida.

El hombre miró a cada uno, dudando si aceptar o no. Encontró el rostro de Leonore y pareció que su amable expresión terminó por convencerlo. Tomó el cuenco y comió con prisas. Leonore le dijo que lo tomara con calma, que había más si quería. Su padre llamó a sus hijos a la entrada de la casa.

—¿Qué haremos? —le preguntó Jonah.

—No recuerda nada —recalcó Leonore—. Debemos ayudarlo.

—Hermana, podría estar fingiendo. Olvidarse de todo es demasiado raro.

—Pero no imposible —intervino su padre—. Falta poco para que amanezca. Por la mañana decidiremos qué hacer.

—Insisto —su hermana no iba a dar su brazo a torcer—. No le diremos que se largue porque

no le creemos. Si necesita nuestra ayuda es nuestro deber ayudarlo.

—Ya lo ayudamos rescatándolo de la playa —rabió Jonah—. Tenemos que ir a pescar. ¿Qué haremos?, ¿dejarlo contigo?, ¿llevarlo con nosotros? No podemos ser tan confiados.

—Pero tampoco lo dejaremos a su suerte —Leonore parecía muy decidida.

—Dije que veremos que hacer por la mañana —sentenció su padre—. Regresen a la cama.

—No, no has dormido nada y era mi turno de hacer guardia —dijo Jonah.

—En realidad es mi turno —afirmó Leonore.

—Ni hablar de dejarte con él, hermana.

—¡Ya basta ustedes dos! —su padre se aclaró la garganta—. Yo me quedare despierto. Ustedes vayan a la cama.

A Jonah no le gustaba que aún les tratara como niños. Él ya tenía diecisiete años y su hermana quince. Aun así, no quiso discutirle y su hermana menos.

Al regresar con el desconocido, este miraba el fuego con atención. Fue su padre quien le habló.

—Será mejor que descanses el resto de la noche. Hablaremos por la mañana.

El hombre asintió.

El pescador miró a sus hijos y con la cabeza les indicó el camino a sus camas. Jonah se acostó de mala gana. No tenía nada de sueño y aunque lo tuviera no iba a dormir con un desconocido en sus sentidos dentro de la casa. Y sabía que Leonore tampoco dormiría. Sería una larga espera hasta el amanecer.

Pero al contrario de lo que esperaba, se quedó dormido al poco rato. Se despertó asustado por ver la casa iluminada por el sol de la mañana y tanto su hermana, como su padre y ese hombre no estaban a la vista. Se levantó de la cama y se asomó a la puerta. Su padre estaba preparando en la orilla los materiales para la pesca mientras que Leonore y el desconocido le observaban a un lado.

Se acercó lentamente. Su hermana se percató de su presencia.

—Hermano —dijo ella.

—Hola —saludó el desconocido.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Padre ha decidido que hoy irá solo de pesca.

—¿Qué? —dejó ver su consternación—. Pero necesitarás mi ayuda.

—Lo hacía solo cuando eras un bebe —respondió su padre.

Miró al hombre y comprendió de qué se trataba. Se acercó a su padre para hablarle en voz baja.

—Sabes que necesitamos pescar todo lo posible. No tenemos casi nada para llevar a Corona.

—Sobre eso —cargó unas redes sobre los hombros—. Iremos el día de mañana, pesque o no pesque.

—Es dos semanas antes de lo planeado —buscó tranquilizarse—. Sabes que serían dos semanas menos para...

—De todas maneras, en estos días la pesca no es buena —refutó su padre—. Iremos a Corona para enterarnos de las ultimas noticias.

—Y por si alguien lo reconoce —agregó su hermana, sin que la escuchase acercarse.

—Ese no era el plan —insistió.

—Tenemos nuevos planes —señaló Leonore con una sonrisa.

La tensión entre ellos se iba acrecentando.

—No me gustan los nuevos planes —aclaró Jonah.

—Pues te tendrán que gustar —recalcó su hermana.

Su padre tomó la palabra.

—Es suficiente. Regresaré al atardecer —se dirigió al hombre—. Descansa hasta mañana. El viaje a la aldea es largo y extenuante.

—Sí, señor —respondió este.

El camino a Corona no era sencillo, desde la casa debían tomar el sendero por el acantilado, pasando por zonas muy empinadas, donde debías andar con sumo cuidado. El acantilado podría ser traicionero si le faltabas el respeto.

Jonah vio a su padre marcharse. Leonore le dijo al hombre que podía descansar si le apetecía, ella se encargaría de preparar las cosas para el viaje. Jonah dio su brazo a torcer y se asignó así mismo empacar los pocos granos y demás suministros que almacenaron con el tiempo. Por su lado, el desconocido se veía dubitativo. Le observaba a la distancia y para Jonah fue claro que quería ayudar de alguna manera. Al pensarlo, prefería eso que tenerlo a solas con su hermana.

—Podrías guardar eso —le indicó.

El desconocido pareció un niño a quien le asignaban una tarea de confianza. Comenzó a envolver entre pieles unas carnes saladas y amarrarlas con lianas que juntaron de árboles cercanos. Al mirarlo con cuidado, pensó en los destellantes ojos violetas que encontró cuando despertó. Ahora eran menos intensos y tranquilos.

—¿Recordaste algo? —encontró la oportunidad para preguntarle.

—No todavía —respondió—. Lo lamento. Sé que es un problema.

Se fijó que su hermana no estuviera cerca.

—Sí, lo es —le respondió—. Mira, mi familia es lo más importante para mí. No puedo fiarme de alguien del que no sé absolutamente nada así que será mejor para todos que comiences a recordar. Al menos tu nombre. De alguna manera necesitamos llamarte.

Jonah regresó a las tareas rodeado de una incómoda atmosfera. Por un lado, esperaba que su silencio significara que lo había comprendido.

—Mar —dijo el desconocido.

—¿Qué?

—No recuerdo mi nombre, pero por el momento puedes llamarme Mar.

No pudo evitarlo y se puso a reír.

—¿Qué clase de nombre es Mar? —le preguntó entre carcajadas.

—¿No te gusta?

—No es que no me guste. Es que no… No parece un verdadero nombre. ¡Vamos!, si tienes la oportunidad de elegir un nombre no te gustaría algo… no sé, más impresionante.

—¿Más impresionante que Mar? —lo reflexionó un momento, miró hacia la costa y concluyó —. Océano.

Otra vez se echó a reír.

—No te voy a llamar Océano —dijo conteniéndose un momento—. Ahora es demasiado…

—Entonces, ¿qué nombre me pondrías?

—No lo sé —terminó de amarrar unas bolsas de granos—. Tú ya tienes un nombre, solo debes recordar cuál es —notó en su rostro la desolación de quien es ignorado—. Realmente no recuerdas nada.

—Así es…

Jonah lo miró de arriba abajo. No tenía cómo probarlo, pero creyó en él. Dejó lo que estaba haciendo y le prestó atención.

—Perdiste la memoria —reflexionó—. Ahora mismo eres como una hoja en blanco. De

alguna manera tienes la oportunidad de comenzar de nuevo. Como si estuvieras comenzando de cero.

—Como si no tuviera pasado —comentó este.

Leonore se asomó por detrás, sonriente, complacida por la escena.

—Ese es un buen nombre —dijo.

—¿De qué hablas, hermana?

—Cero, es un buen nombre —continuó—. Podríamos llamarte así.

—¿Zero? —el desconocido lo pensó un momento y sonrió—. Me gusta.

Leonore se mostró satisfecha.

—Entonces te llamaremos Zero.

«Una tontería», pensó Jonah, pero le agradó el nombre.

—Como quieran —dijo disimulando estar molesto—. Continua con el trabajo.

El desconocido, ahora llamado Zero, se mostró contento y su hermana se marchó complacida.

Su padre regresó al atardecer apenas con unos cuantos peces que servirían para la cena, pero nada que pudieran llevar a vender a la aldea. Para ese momento Jonah se sentía más cómodo con Zero. No es que hubiera bajado completamente la guardia, pero su aparente inocencia era difícil de ignorar. Le contaron la historia de su nombre. Su padre rio y estuvo de acuerdo. Esa noche cenaron y se fueron a la cama. Jonah sabía que su padre estaría con un ojo abierto. Aunque parecía estar de acuerdo con ayudar al desconocido, era más cauto y desconfiado que él. Trató de quedarse despierto, pero el sueño terminó por vencerlo y despertó a poco de amanecer con un ligero temor de encontrar una trágica escena. Afortunadamente todos dormían plácidamente.

Partieron después de desayunar. Jonah sintió un nudo en la garganta y supo que Leonore apenas podía contener las lágrimas. Estaban dejando el hogar donde crecieron, donde estaban los recuerdos de su madre que murió hacía unos años víctima de la fiebre. Estaban dejando atrás la barca de su padre, la que posiblemente no volverían a ver. Se convenció así mismo que regresarían y fue lo que le dijo a su hermana.

—Cuando toda la locura pase recuperaremos nuestras vidas.

Pasaron el día entero recorriendo el camino del acantilado. Para la noche descansaron con más de la mitad del camino recorrido. Desde la saliente de rocas se podía ver el mar y como las estrellas se reflejaban en este. Encendieron una fogata, cenaron y se acostaron a dormir para continuar el camino, al amanecer.

Para el medio día estaban cerca de alcanzar la cima del acantilado. La vista era fenomenal. A pesar de que a lo largo de su vida recorrió ese camino varias veces siempre le impresionaba la vista que se tenía. La Barrera Azul se veía a lo lejos, delineando el horizonte y demarcando las aguas. Se detuvieron a la sombra para descansar un poco y recobrar fuerzas.

—¿Qué es eso? —preguntó Zero, señalando el horizonte.

—¿No sabes nada de la Barrera Azul? —le preguntó Jonah.

—¿Barrera Azul?

—¿Y sobre los gigantes?

Zero pareció consternado.

—¿Gigantes?

—Es cierto, tampoco recuerdas nada de eso —comentó Leonore y se acomodó a su lado. Jonah supuso que sería ella quien le daría la lección de historia. Y Así fue—. Zero, al otro lado del mar existió un continente llamado Primigenia. Allí vivieron gente que prosperaron en todo. Fueron extraordinarios agricultores y construyeron formidables ciudades y de ellos heredamos el conocimiento de los días, el tiempo y las medidas. Pero, así como prosperaron, con el tiempo, se

alejaron de los dioses y estos los castigaron.

—¿Dioses? —preguntó Zero.

—Ni siquiera eso recuerdas —comentó Jonah.

—Hermano —soltó Leonore—. Mira, los dioses crearon este mundo, crearon el mar, las plantas, los animales y a los hombres. Terum, Sarilo, Korana y Elkes rigen sobre nosotros y vivimos bajo su protección. En Primigenia se volvieron contra ellos, negándolos, adorando a falsos dioses. Como se volvieron rebeldes, los dioses decidieron que ellos ya no merecían vivir en la tierra que les obsequiaron. Crearon a los gigantes para que impartieran su justicia. Los gigantes devastaron Primigenia, mataron a todos los hombres, mujeres y niños. Destruyeron sus ciudades y los relegaron al olvido.

—Eso es horrible —se escandalizó Zero.

—Se lo merecían —intervino su padre—. Los dioses le dieron la oportunidad de redimirse, pero ellos se negaron. Sufrieron las consecuencias de su propia estupidez.

—Los gigantes pusieron los ojos en las ciudades al otro lado del mar —continuó Leonore—. Cruzaron el mar para hacer lo mismo. Pero nosotros no merecíamos ese castigo, salvo que no había manera de detenerlos. No podían desaparecer. Los dioses los crearon para ser invencibles. Viendo que correríamos la misma suerte, los dioses decidieron que los gigantes podrían cruzar el mar por corto tiempo, luego tendrían que regresar a Primigenia que, se convirtió definitivamente en tierra de gigantes. Durante miles de años pudieron cruzar el mar destruyendo todo a su paso. Y aunque era por poco tiempo Tierra Nueva no lo resistiría más. Se sumó también el hecho de que los gigantes solo conocían el deseo de destruir y destruir.

—Allí es cuando se creó la Barrera Azul —intervino Jorah, ansioso de participar. Leonore le miró con poca paciencia—. Hermana, déjame contar esa parte.

—¿La mejor parte? —refunfuñó ella.

—Deja que lo haga tu hermano —sentenció su padre.

Leonore hizo un puchero y miró en otra dirección.

—Los dioses decidieron darnos una mano, por así decirlo —continuó Jorah—. Se dice que Sarilo fue quien levantó la Barrera Azul, aunque algunos creen que fue obra de seres dotados de la capacidad. Como fuera, se levantó para que los gigantes solo pudieran cruzar en determinados momentos. Cada cierto tiempo una parte de la Barrera dejaría pasar a los Gigantes para que llevaran a cabo la misión para lo que fueron creados, pero eso no era suficiente. No había arma en el mundo que pudiera combatirlos y puesto así, todavía estábamos condenados.

—Por eso hace mil años...

—¡Hermana!

—Déjame contar esta parte, ¿sí?

Jonah miró a su padre quien fingía estar interesado en una gaviota que volaba a lo lejos.

—Está bien —se resignó ante el rostro ilusionado de su hermana.

—Hace mil años los dioses decidieron entregarles armas a trece guerreros. Cada arma tenía la capacidad de derrotar a los gigantes. Los guerreros acudieron de todos los rincones del continente, desde las tierras heladas al sur hasta tierras de espesos bosques al norte. El primer guerrero en enfrentarse a los gigantes fue el gran Volcano. El Paso del Gigante era el lugar donde llegarían y Volcano les hizo frente con quinientos soldados. Soportaron hasta que el resto de guerreros con sus ejércitos llegaran. Libraron una formidable batalla protegiendo a Tierra Nueva de lo que hubiera sido una segura destrucción y nuestra extinción. Los guerreros pasaron a ser conocidos como Héroes y las armas pasaron al servicio de la humanidad.

—Olvidaste mencionar que, a cambio de las armas, los dioses establecieron que cada cien

años la Barrera dejaría pasar a los gigantes —le increpó Jonah.

—No lo olvide —respondió Leonore—. Estaba a punto de llegar a esa parte.

—Debemos seguir —comentó su padre.

Se pusieron de pie, cargaron las bolsas con víveres y suministros, y continuaron siguiendo el sendero de roca con el borde del acantilado a sus pies.

—¿Eso ocurrió hace mil años? —preguntó Zero.

—Sí, pero como mencionó mi hermano —prosiguió Leonore—. Cada cien años la Barrera permite el paso de los gigantes y es cuando otra vez debemos combatirlos. Pero existe un detalle: a partir de ese primer encuentro son los héroes a través de las armas quienes eligen quiénes serán sus portadores. Doce elegidos que deben ir en su búsqueda.

—¿Doce? —Zero lució confundido—. ¿No eran trece?

—Originalmente eran trece —continuó Leonore—, pero una fue excluida porque se rebeló a los dioses.

—Su alma fue condenada a los dominios de Elkes —intervino Jonah—. Los Abismos Eternos.

—Se oye mal —comentó Zero.

—Es muy malo —aseguró Leonore—. Lo peor que puede pasarte al morir es ir a los Abismos Eternos. Tu alma es condenada a sufrir tormentos inimaginables por la eternidad.

—Por eso se llama Abismos Eternos —comentó Jonah y su padre le miró con desapruebo. Comprendió el porqué. No se debía hablar de los Abismos con ligereza.

—Entonces —Zero miró hacía la Barrera Azul—, quiere decir que dentro de poco los gigantes podrán pasar. Por eso no regresarán a casa en mucho tiempo.

Aquel comentario se escuchó amargo, pero era la verdad.

—Es demasiado peligroso —comentó Leonore.

—Regresaremos —dijo su padre y Leonore sonrió.

—Sí, regresaremos. Lo haremos.

Zero miró a cada uno y asintió con aire de alivio. Continuó caminando con torpeza sobre las rocas y comentó.

—Es sorprendente que sepan tanto.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Leonore—. Perdiste la memoria, pero seguramente sabías tanto como nosotros.

—Existe mucho que se desconoce —dijo Jonah—. Por ejemplo, cómo es el otro continente o cómo era la gente que vivía allí.

—Porque no se puede cruzar la Barrera —comentó Zero.

—Se puede —dijo Jonah mirando la espalda de su padre—. Son los gigantes quienes no pueden, pero los hombres si pueden.

—Entonces ha habido navegantes que…

Zero guardó silencio cuando el viejo pescador se volvió a mirarle.

—Cruzar la Barrera significa la muerte.

—Entiendo —balbuceó Zero, temeroso de la expresión que puso el padre de Jonah y Leonore.

Continuaron caminando, con un ambiente enrarecido entre ellos. Fue el viejo pescador quien rompió el silencio.

—Zero, cuando lleguemos a la aldea veremos a un anciano que estudió sobre enfermedades en Bondadosa.

—Bondadosa es la ciudad donde estudian los sabios —le comentó Leonore en voz baja.

—¿Qué estudian? —preguntó Zero.

—Libros —respondió Leonore con el mismo tono de voz—. En los libros están escritos muchas cosas del mundo.

—¿Ustedes han leído esos libros?

Jonah ahogó una risa.

—No, Zero —le dijo su hermana—. Nunca hemos estado en Bondadosa, pero se sabe que allí hay muchos libros.

—Como te decía —continuó el viejo pescador—, veremos al anciano y seguramente nos dirá cómo ayudarte.

—Entiendo —respondió Zero y se detuvo de improviso—. Gracias por lo que hacen por mí. De verdad estoy muy agradecido con todos ustedes.

Leonore se mostró muy contenta, Jonah le dejó ver una sonrisa y hasta el viejo pescador pareció complacido.

—Seguramente recuperarás la memoria — Leonore le tomó de las manos—. Ya lo verás.

Zero se ruborizó. Jonah comprendió la razón. Su hermana era muy bella, eso nadie podría negarlo. Curiosamente no le molestaba que él, como hombre, la viera a ella como mujer.

Un largo rato después, alcanzaron la cima del acantilado y con este la aldea conocida como Corona. La aldea no era extraordinariamente grande, más bien pequeña. En conteo rápido debían ser unas cincuenta personas, incluyendo ancianos y niños. Lo que hacía importante aquella aldea, y su valor en la batalla que se avecinaba, era que servía como punto estratégico para las tropas que atacaban desde lo alto del Paso del Gigante. Los aldeanos debían reunir provisiones para alimentar a los combatientes. Lo venían haciendo los últimos mil años. Jonah estaba al tanto que dentro de unas semanas los habitantes de Corona migrarían al este, como debían hacerlo ellos si querían sobrevivir. Jonah se encargó de explicarle a Zero todo aquello.

—¿Esos son los almacenes de granos? —preguntó este señalando las bodegas detrás de un gran corral de cerdos.

—Sí, así es —respondió Jonah, fijándose en que la gente les miraba con atención, sobre todo a Zero—. Parece que eres tienes admiradores.

—Son desconfiados de los extraños —dijo Leonore, que caminaba a su lado—. Siempre es posible que aparezcan ladrones buscando saquear la aldea.

—Pero esto es para la gente que va a la lucha —comentó Zero con cierta consternación.

—A los codiciosos no le interesan las batallas, a menos que saquen provecho de ello —dijo Jonah y se sintió orgulloso de lo sabio que se oyeron sus palabras.

Pero había algo más que afligía a la gente y notó que su padre se dio cuenta de lo mismo. Vio que se acercó Hugo River, aldeano que llevaba toda la vida en Corona, para hablar con él. Este saludó y celebró que se animaran a “dejar su aislamiento”. Su padre torció la boca y decidió ignorar eso último.

—¿Pasó algo? —le preguntó en lugar.

Hugo apretó los dientes.

—Mataron a Rayzer —respondió.

—¿Qué? —atinó a preguntar Jonah. Necesitaba asegurarse de que había escuchado bien.

—Llegó un mensaje. Lo mataron la noche antes de la presentación.

—Eso es imposible —le dijo su padre—. ¿Quién se atrevería?

—No es una equivocación. El anciano Serra recibió el mensaje. Aún tiene contactos entre los sacerdotes. El mensaje decía que Jensen regresará a Campotigre en busca de otro elegido.

—No entiendo nada —dijo Jonah—. Se sabe que el elegido de Volcano es solo uno.

—No solo de Volcano, de todos —agregó su padre.

—El anciano dice que nunca se ha intentado —continuó Hugo—. Dice que dependerá que Jensen tenga éxito.

—Una locura —balbuceó Jonah. Hugo preguntó por el desconocido que los acompañaba. Su padre se encargó de explicarle. Hugo, pareció dudar por un momento, pero luego asintió.

—Si alguien puede ayudarle, ese es el anciano.

Leonore se acercó presurosa. Saludó a Hugo, este le sonrió de forma idiota y alabó con torpeza su belleza. Leonore agradeció más por cortesía que por sentirse halagada y le susurró algo a su padre. Este asintió. Corrió hacia Zero y le pidió que le acompañase.

Jonah caminó detrás de ellos. Comprendió lo que su hermana quería mostrarle. Se pararon al borde del acantilado y bajo ellos, un abismo gris a sus pies.

—Este es el lugar donde se librará la batalla —dijo su hermana.

Zero se mostró impresionado por aquella visión. No era para menos. El acantilado del otro lado estaba a unos doscientos metros. Abajo, no se podía distinguir donde se unía el mar con la tierra, por las nubes y por la densa neblina gris debajo de esta, como si se desarrollara una tormenta bajo sus pies. El Paso del Gigante era un lugar tenebroso, donde yacían los huesos de miles de hombres y ninguno de gigante alguno.

—¿Qué altura tienen los gigantes? —preguntó Zero.

Jonah y Leonore se miraron. El primero se encogió de hombros.

—Dicen que varían de tamaño —respondió Leonore—. Los relatos dicen que mientras unos son de tamaños de casas, otros son del tamaño de castillos, incluso más.

—En otras palabras, se dice que no son de un solo tamaño y forma —intervino Jonah.

—Varían en fuerza, entonces —reflexionó Zero.

—Es posible —respondió Leonore.

—¡Chicos! —llamó el viejo pescador.

*

Roger Sierra fue un reconocido sacerdote cuyo nombre no era ajeno en ninguna ciudad importante. En sus días llegó a ser voceado para convertirse en Maestro Superior de Bondadosa. El cargo más importante seguido por ser Maestro Superior de La Ciudad de los Héroes. El anciano Roger tranquilamente pudo optar por alguno de los dos cargos, pero, por una razón que nunca explicó, decidió abandonar toda posibilidad para vivir en Corona. Se decía que tomó esa decisión para esperar la llegada de los gigantes. Lo cierto era que tanto Jonah como Leonore conocían de primera mano la sabiduría del anciano. Todo lo que le explicaron a Zero lo aprendieron de él debido a que durante años se encargó de instruir a los niños de la aldea. Se decía incluso que los chicos de Corona sabían más del mundo que los chicos de las grandes ciudades.

Entraron a la casa; esta apestaba a comida rancia y ropa sucia, pero era acogedora a su manera. A un lado tenía un estante lleno de viejos libros y una mesa repleta de hojas de papel desperdigadas, tinta y plumas para escribir. El anciano estaba sentado junto a la estufa revolviendo algo en una olla. Con el peso de los años sobre sus hombros giró la cabeza y aguzó la mirada para reconocer los rostros de quienes estaban en la entrada de su casa. En cuanto notó que se trataba de Jonah y Leonore, sonrió.

—Me preguntaba que me traería la brisa el día de hoy —comentó su viejo maestro.

—Maestro —saludó Jonah y Leonore se apresuró a tomarle de las manos.

—¡Maestro Sierra! —exclamó su hermana, con alegría—. Me alegra encontrarlo con buena

salud.

—Tú siempre tan despierta —celebró el anciano—. Pero sí que has crecido desde la última vez que te vi. Ambos. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, ¿tres años?

—Disculpe que no hayamos pasado a saludar antes —se disculpó Jonah.

—Disculpe maestro —se disculpó Leonore—. Después de la muerte de mamá tuvimos que adaptarnos a su ausencia —agregó con cierta tristeza.

El anciano maestro acarició su mejilla.

—Tu madre estaría orgullosa de ver la hermosa mujer en que te has convertido —dijo con cariño.

—Maestro —saludó el viejo pescador.

—Pescador —el maestro se fijó en él—, ¿a qué debo el honor de tenerte en mi casa junto a tus hijos?

—Anciano, necesitamos de tu sabiduría —respondió este y se hizo a un lado. Zero dio un paso adelante.

—Vaya —entrecerró los ojos—. Muchacho, acércate, mis ojos no son los mismos de cuando tenía tu edad.

Zero se paró a unos pasos de él.

—Maestro, lo encontramos en la playa —le explicó Jonah—. No recuerda nada de le que pasó, ni su nombre, ni de dónde vino.

—Esperábamos que pudiera ayudarle a recordar —agregó Leonore.

El maestro se frotó la barbilla.

—Bueno, si pueden contarme los detalles tal vez tenga una mejor idea.

Leonore se encargó de resumirle la historia. El maestro escuchó con paciencia hasta que le hizo un gesto para que se detuviera.

—Entiendo entonces que te trajo la marea —le dijo.

Zero miró a Leonore. Ella le indicó con la mirada que le respondiera.

—Así es, señor.

—Tu embarcación debió naufragar —continuó el maestro—. Si estabas acompañado tus compañeros murieron. Si estabas solo, bueno… estabas solo.

—No lo recuerdo.

—¿Dicen que no encontraron rastros de bote alguno?

—Sí —afirmó el viejo pescador.

—No recuerdo cómo llegué a esa playa —comentó Zero.

—Ese es el asunto —continuó el maestro—. No hay muchos pescadores en esta área. Tus amigos aquí presentes los conocen a todos, ¿no es así?

—Los Yellow y los Ferdinand dejaron de pescar hace meses —aclaró el viejo pescador.

—En ese sentido, podemos deducir que no eres del Paso. Puede que vengas de los Laberintio o de las Puertas, pero incluso las aldeas más cercanas están demasiado lejos para aventurarse hasta aquí. Y si la marea te trajo, desde tan lejos, debes ser una de las personas más afortunadas del mundo.

—¿A dónde quieres llegar? —le preguntó el viejo pescador, con impaciencia.

El maestro sonrió y regresó a Zero.

—Lo obvio es que viniste del norte o del sur, aunque ahora no lo recuerdas. Otra posibilidad, aunque imposible en teoría, es que vengas del otro lado.

—¡Maestro! —se escandalizó Leonore—. Por favor, no diga esas cosas.

—Tranquila, tranquila —sonrió el maestro.

—Se sabe que no hay hombres en el viejo continente —comentó Jonah.

—Por eso digo que es imposible, en teoría —continuó el maestro—. Si tuviera que imaginarlo podrías haber cruzado la Barrera Azul y sobrevivido de forma increíble. El mar se encargó de regresarte a Tierra Nueva y, la suerte, que ellos te encontraran.

«Un navegante», pensó Jonah, «alguien que vio la otra orilla».

Se dio cuenta que aquella teoría no era completamente imposible.

—No, no lo sé —respondió Zero.

El maestro se acercó a la estufa y comenzó a atizar los carbones.

—Existe una tercera posibilidad —dijo—. Una leyenda habla de que al otro lado existen seres que son capaces de adoptar nuestra forma, que son más peligrosos que los gigantes porque pueden confundirse entre nosotros. Claro que dudo que seas uno de ellos.

—Anciano —su padre se mostró muy afligido—. No lo trajimos para que lo acuses de ser un demonio. ¿Puedes ayudarlo o no?

Zero le hizo un gesto al viejo pescador. Era la primera vez que se tomaba esa libertad.

—Y, ¿sabes cómo llamaban a esos seres? —preguntó.

El maestro frunció el ceño.

—El nombre de esos seres no debe ser pronunciado —respondió.

Zero se inclinó hacia él.

—Porque su existencia debe ser negada, ¿verdad?

El maestro abrió los ojos tanto como pudo y torció la boca en extraña expresión.

—¿Qué eres?

Leonore se apresuró en sujetar a Zero del brazo, pero antes de que pudiera decir cualquier cosa este le dio un puñetazo en el estómago dejándola inconsciente. Jonah, junto a su padre intentaron reaccionar, pero Zero fue más rápido y le dio un codazo al viejo pescador, que le hizo caer de espaldas para también quedar inconsciente. A él le dio una patada en el pecho que lo arrojó casi hasta la salida de la casa.

Y, antes de que el maestro pudiera gritar, Zero lo tomó del rostro y lanzó su cabeza contra la pared. El ruido al estrellarse fue un cruel crujido y al verlo inerte Jonah supo que estaba muerto.

—Un Vanomet, anciano —dijo Zero, observando el cadáver del anciano maestro—. Así es como me llaman.

Zero se volvió hacía él y la intensidad de sus ojos eran los mismos de cuando lo encontró despierto aquella vez.

—Gracias por la hospitalidad —le dijo con una extraña sonrisa.

Leonore pareció comenzar a recobrar la consciencia.

—No —balbuceó Jonah.

Katta 01

El chico, de los ojos y cabellos azul oscuro, se sentó apoyando la espalda contra la pared y abrazando las rodillas. Afuera de la habitación, su padre y madre discutían acaloradamente. Cada palabra de su padre era como una daga en su corazón, mientras que su madre hacía cariñosos esfuerzos por defenderlo.

—¡Es un inútil! —exclamó su padre—. ¡Lo viste hoy!, ¡perdió contra un bastardo menor que él! ¡De qué sirvió ponerle tantos maestros si no es capaz de manejar si quiera una espada!

—Aprenderá, estoy segura —le respondió su madre—. Es inteligente y hábil. Aprenderá a luchar y será tan grande como sus ancestros.

«Ancestros…».

Desde que tenía memoria, cargó con el peso de ser un Vayo. La presión de estar a la altura de los que alguna vez fueron elegidos. Y, eso no era todo. Su padre ordenó que combatiera para "ver sus avances". El chico estuvo todo el tiempo nervioso. Esos nervios llevo a que su cuerpo no reaccionara y recibiera una paliza que lo dejó con la cara hinchada y heridas punzantes.

Pero no eran las heridas las que le dolían.

—¡Acéptalo, mujer! —gruñó su padre—. ¡Tiene diez años y parece de cinco! ¡No tiene fuerza, ni agilidad, ni dote alguno para la lucha! ¡Dentro de diez años se hará la elección y se puede ver que no lo conseguirá!

—Crecerá —su madre trató de argumentar—. Tiene sangre Vayo. Crecerá.

—¡No, no crecerá! ¡Sera un inútil toda la vida! ¡Debimos tener otro hijo para asegurar la elección, pero tus malditas entrañas no sirven para nada!

El chico odió aquellas palabras y supo que su madre lo odió también. Pero más que odiarlo se sintió humillada. Podía saberlo. Aquellos silenciosos sollozos gritaban impotencia. Escuchó a su padre marcharse maldiciendo su existencia. Escuchó a su madre marcharse para no volverla a ver.

Por la mañana, su tío Apoo Daze, hermano menor de su madre, entró en su habitación. Lo primero que vio fue su bien cuidada barba, debajo de unos tranquilos ojos negros.

—Prepárate, Katta, vendrás conmigo —le dijo.

*

Katta Vayo sostuvo el hacha con ambas manos.

—¿Entiendes por qué debo hacerlo? —le dijo al hombre arrodillado delante de él.

—Sí —respondió este, con lágrimas en los ojos—. Pero… no, no quiero morir.

Examinó su patético ser, sucio y maloliente. Un pobre infeliz a quien estaba obligado a ejecutar, por juramento.

—Robaste a tu señor —le dijo—. Faltaste a tu palabra de servirle y ensuciaste tu nombre.

—Necesitaba alimentar a mi familia —gimoteó el infeliz.

—Muere con honor, es lo último que puedes hacer.

El hombre se rompió en desesperado llanto. Katta levantó el hacha y apuntó a su cuello.

—Te daré una muerte rápida —trató de consolarlo.

Pero no resultó. Lloró como un niño indefenso y su llanto se escuchó en todo el calabozo, rebotando en las frías y mohosas paredes de roca. No tenía sentido esperar. Aquel sujeto no

encontraría el valor en sus rodillas; tal vez en el lugar que vaya después de la muerte. Dejó caer el hacha y su cabeza rodó a unos metros de su cuerpo.

Katta ordenó a los guardias que enviaran su cadáver con su familia. Limpió la sangre de su arma y salió de la celda. No le gustaba estar allí, pero su padre le "asignó", por decirlo de una manera, ser el verdugo de los condenados. Su lugar de trabajo era ahora ese, en lo que fueron las catacumbas de la ciudad. Las antorchas volvían más deprimentes aquellos agobiantes pasillos. No le gustaba el olor a enfermedad y muerte, tampoco los sonidos lastimeros de los prisioneros, pero no podía quejarse ni poner mala cara. No le daría ese placer a su padre. El resto del día no tendría que ajusticiar a nadie así que decidió regresar a casa y atender sus deberes como esposo. A medio camino de alcanzar la salida se fijó en la celda donde se encontraba una extraña mujer. Tenía los cabellos grises y andrajosas ropas, pero lo que llamaba la atención, por sobre lo demás, era que estaba sentada mirando los oxidados barrotes, como esperando algo.

—Cumpliste con tu deber, Katta Vayo, hijo de Rubbe Vayo. Debes sentirte orgulloso.

No reconoció su rostro, pero eso no era nada fuera de lo común. El Gran Tu era la capital donde gente de todos los rincones de Tierras del Guerrero iban a probar suerte.

—¿Te conozco? —le preguntó.

—No, pero yo a ti sí —le respondió la anciana—. Todos conocen a Katta Vayo, candidato a los brazaletes. Debes lamentar que al final eligieran a otro y que ahora te dediques a… esto —Katta la miró de arriba abajo. Solo era una anciana que buscaba molestarle. Decidió ignorarla y seguir su camino—. Aunque no fuiste elegido eres importante para el destino de este mundo —agregó la anciana en voz alta y Katta se detuvo.

—¿De qué estás hablando, mujer?

—Lo he visto —respondió con expresión relajada.

Uno de los guardias se acercó para susurrarle al oído.

—Señor, esa vieja está loca, no debería hablar con ella.

Katta volvió a mirarla.

—¿Cómo te llamas?

La anciana se levantó con una agilidad que contrastaba con su apariencia e hizo una reverencia.

—Abigail Tea —respondió.

Escuchó pasos acercándose. Vio que eran soldados de su padre.

—Señor Katta, su padre requiere su presencia —dijo uno de ellos.

Katta le dio un último repaso a la mujer y acompañó a los hombres hasta la salida de las celdas. Afuera, la vida retomaba su curso después de la visita de los candidatos. Atrás quedó todo el barullo y las calles atestadas de gente. De alguna forma aquello lo tranquilizaba.

Roca León era el hogar de los Vayo, la familia que regía en Tierras del Guerrero desde hacía cinco siglos. Deo Vayo fue el primer Vayo en resultar elegido por Tu. Sobrevivió a la guerra y cuando regresó derrocó a los Tee, quienes habían sido elegidos durante tres siglos seguidos, volviéndose señor de la región. Deo Vayo construyó el castillo en lo alto de la Colina del León. Levantó enormes paredes de roca y detrás de ellos hermosos jardines que rodeaban los terrenos. Era sobrecogedor ver el castillo desde lejos, como si allí viviera gente inalcanzable. Al menos eso le dijo, alguna vez, una amante. Siempre lo consideró una estupidez.

En los interiores del castillo, la primera en recibirlo fue Anne, su hermanita. Se alegró de verlo y él de verla. Su hermano Tilo debía estar entrenando. Desde que cumplió los ocho años era lo único a lo que se dedicaba. Eran hijos de otra mujer, pero Katta los veía completamente como sus hermanos y los amaba. Esa era una de las pocas verdades en su vida.

Entró al salón de reuniones. Anne se escondió detrás de él cuando vio la imponente estatua del león, Valen, adornando la pared norte. Su pequeña hermana siempre le tuvo pavor. Era más grande que cualquier hombre, con colmillos como brazos y una majestuosa melena con arreglos de oro. Su padre estaba sentado a unos metros. Katta revolvió los cabellos de su pequeña hermana y le pidió que fuera a prepararle un poco de té; sabía que ella era aficionada al té. Cuando se marchó y se quedaron solos, puso una rodilla en el suelo.

—¿Me mandaste a llamar, señor? —le preguntó en reverencia.

Rubbe Vayo se sentó sobre la enorme silla de bronce. Tosió dos veces y escupió a un lado. Escupir delante de alguien se consideraba una ofensa entre su gente, pero Katta se mantuvo tranquilo; sabía que su padre siempre buscaba provocarlo. Nunca fue muy afectuoso, en realidad lo detestaba. Los Vayo siempre fueron hombres enormes y fuertes. Su padre era un firme exponente de ese legado, con su rostro fiero y cuerpo macizo. En cambio, Katta era bajo y delgado.

—¿Cómo te va en las celdas? —le preguntó con brusquedad.

—Todo en orden —se limitó Katta a responder.

Su padre arrugó la nariz.

—Apestas a muerto.

—Le pido disculpas por ello… señor.

Rubbe Vayo chasqueó los dientes.

—No aprendiste nada en todo ese tiempo con tu tío —le recriminó—. Un hombre de Tierras del Guerrero jamás se disculpa.

Katta se puso de pie y miró esos ojos negros.

—Tiene razón —dijo reteniendo la mirada—. ¿En qué puedo servirle?

Su padre arrugó los labios.

—Esta mañana recibí noticias de Ree Gyo. Se niega a pagar el tributo correspondiente. Se atrevió a recordarnos que la familia de un elegido no tiene que pagar tributo —se puso de pie y caminó hacía la estatua de Valen—. Los Vayo tenemos sangre de león corriendo por nuestras venas. No tenemos por qué soportar impertinencias de nadie.

—¿Quiere que vaya a cobrar el tributo?

Rubbe regresó a la silla de bronce.

—Quiero que le recuerdes que nadie está por encima de nosotros —sus palabras retumbaron en todo el salón.

—Como ordene —respondió Katta y se retiró de inmediato.

Cruzó la ciudad para llegar a su casa donde la esperaba su esposa Natta y su amante Too. Natta tenía trece años y llevaba su hijo en el vientre. Too tenía diecinueve y era de los mejores guerreros de la región. Les comentó sobre la misión que le habían encomendado. El rostro de Natta se ensombreció más que cuando fue asignado como verdugo. Too se encargó de decir lo que ella no se animaba a decir.

—El viejo Ree te arrancara la piel y la usara para fanfarronear.

Katta acarició el rostro de su esposa y miró a su amante.

—No —le dijo—. Solo le daría una excusa a mi padre para arrebatarle sus tierras —regresó a Natta—. Estaré bien—. Ella asintió y le dijo en voz baja.

—Entiendo.

Katta besó su frente y se dispuso a preparar lo necesario. Too le tomó con violencia del hombro.

—¡Tu padre te detesta porque no fuiste elegido! —bramó con rabia—. Te degradó a verdugo

volviéndote la burla de todos. Ahora quiere deshacerse de ti. ¡¿Vas a aceptarlo sin más?!

Katta lo tomó de los brazos y le sonrió.

—No moriré —dijo con calma—. No soy tan débil —le dio un beso en los labios. Sabía como tranquilizarlo—. Regresaré antes que se den cuenta.

—Iré contigo —aseveró Too.

—Necesito que te quedes y cuides de Natta —le respondió.

—No voy a dejarte ir solo.

Katta se pasó las manos por los cabellos.

—Podrías simplemente hacerme caso.

Too se paró firme delante de él.

—¿Podrías tú?

Un instante de silencio hasta que Natta tomó la mano de su esposo y besó sus dedos.

—Iré donde mi madre y hermanos —dijo con suave voz—. Me quedaré más tranquila si Too va contigo.

Katta suspiró y asintió.

Poco después dejaron la ciudad.

Serían varios días a caballo hasta Colmillo Gigante, internándose en el esposo Bosque de los Huesos y atravesando las rápidas aguas del río Guu. La primera noche descansaron en un claro donde encendieron una fogata y comieron las partes del venado que trajeron consigo.

—Tengo que decirte algo —le dijo Too—. No quise decirlo frente a Natta porque no quería preocuparla, pero… tu padre espera que mueras.

—Lo sé —respondió Katta—. Mi muerte le daría una excusa para no entregar su ejército a Massa y mejor aún, atacar a Ree. Pero Ree no es estúpido, no caerá en su juego. Yo no caeré en su juego.

—Entonces… ¿qué vamos a hacer?

Katta se limpió la boca con el antebrazo y se acostó sobre las pieles de zorro que colocó sobre la dura tierra.

—Cumplir la misión.

Too se quedó mirándole un momento y luego suspiró.

—Estás loco...

—Mi padre —prosiguió Katta—, nunca me consideró un verdadero Vayo. A medida que crecí me lo dejó en claro. Lo único a que se aferraba era a la posibilidad de que resultara elegido. Yo sabía que no sería elegido. No porque me considerara inferior a Massa o cualquier otro. Algo dentro de mí me decía que los brazaletes no serían para mí. No fue ninguna sorpresa.

Aunque eso último, era una mentira.

—Katta —Too se acostó a su lado—. No te quiero cerca de tu padre.

Katta sonrió. Podía sentir su respiración sobre su rostro.

—Lo mismo me dijo Natta.

—Es porque es muy inteligente y se preocupa más que yo.

Katta le envolvió en sus brazos.

—Cuando se acabe la lucha con los gigantes. Cuando la locura haya terminado nos mudaremos a otro lugar. Un lugar que sea solo nuestro, sin nadie más alrededor que Natta, tú y yo.

Too le dio un beso apasionado y descansó la cabeza sobre su pecho.

—Un lugar solo para nosotros —susurró.

—Así será…

Por la mañana regresaron a los caballos y continuaron el viaje, deteniéndose solo para cazar. Por la noche cenaron y se acostaron frente a la fogata. Aprovecharon la soledad del lugar para entregarse al deseo. Rato después, Too dormía plácidamente mientras que Katta envolvía un delgado hilo en una ruedilla diminuta de bronce. Dejó la ruedilla sobre un brazalete de plata que apostó a un lado y, sin motivo aparente, o tal vez hipnotizado por las danzas de las llamas de la fogata, recordó las palabras de aquella anciana que vio en las celdas.

"Aunque no fuiste elegido eres importante para el destino de este mundo".

Posiblemente era como dijo el guardia, una vieja loca que solo quería burlarse de él. Se acostó para descansar antes de volver a la ruta, al amanecer.

Cruzar el río Guu no era una tarea sencilla sino se tenía caballos fuertes y obedientes. Las aguas bajaban desde la montaña, al norte, arrastrando consigo ramas y piedras. Debía cruzarse con cuidado porque cualquier movimiento en falso significaría ser llevado por la corriente, río abajo, donde posiblemente sería estampado contra las enormes rocas en el cauce. Cruzaron lenta y sin contratiempos los casi veinte metros de orilla a orilla. Una vez al otro lado debían cabalgar siguiendo el curso río arriba hasta donde estaba asentado la ciudad.

Colmillo Gigante quedaba al margen izquierdo del río, en la parte donde las aguas eran muchos más profundas y la corriente no era tan peligrosa. En la entrada se levantaba un arco inmenso donde estaban tallados representaciones de la batalla que sostuvo Higgo Gyo cuando fue elegido para portar los Brazaletes de Poder. Higgo Gyo fue el primer elegido después de Tu y gobernaron las Tierras del Guerrero por casi cien años hasta que fueron derrocados por los Tee, quienes gobernaron por trescientos años como elegidos hasta que los Vayo tomaron su lugar.

Pasaron por debajo del arco y cabalgaron hasta el castillo de la ciudad. A medida que avanzaban los pobladores le observaban con recelo. Algunos lo señalaban reconociéndolo, otros murmuraban tratando de saber de quién se trataba. Cuando estaban por alcanzar Rugido Intenso, castillo de los Gyo, unos guardias se les acercaron solicitando saber quiénes eran. Katta se presentó como lo que era, el hijo de Rubbe Vayo.

—Vine a hablar con tu señor —agregó.

Los hombres se miraron entre sí. Too se impacientó.

—¡¿Qué están esperando?! ¡Vayan y díganle a su amo que Katta Vayo solicita hablar con él!

Sorprendidos, uno de ellos habló.

—Espere aquí, se-señor Katta.

Pero antes de que pudiera retirarse se escuchó la voz de Broo, el mensajero de los Gyo.

—¡Katta!, ¡qué placer tenerte en nuestras tierras!

—Broo Mue —saludó Katta.

Broo Mue era un tipo de baja estatura -como él-, regordete y cabellos aceitados; siempre estaba perfumado, con prendas limpias y pulcra apariencia. Entre su gente, un hombre que olía así no era más que un sirviente, inferior a un guerrero, pero aquello no parecía importarle y su posición era más que la de un sirviente. Broo ordenó a los guardias que regresaran a sus puestos.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó con una sonrisa.

—Me gustaría una audiencia con tu señor.

—¡Por supuesto!, ¡por supuesto! —asintió varias veces—. Nuestro señor le recibirá con gusto, pero ahora mismo varios señores han venido a presentar sus respetos a la familia del elegido. Si no le importa esperar le atenderá en cuanto pueda. ¿O acaso mi señor vino a hacer lo mismo?

Miró a Too para que este no se dejara llevar por sus emociones. Sí, sabía que ese tipejo buscaba provocarlo, pero no hizo el viaje para discutir con alguien de su calaña.

—Serías tan amable de avisarle —solicitó.

Broo Mue hizo un gesto con la cabeza e indicó que se abrieran las puertas. Al igual que en el castillo de los Vayo, lo primero que se encontraba eran jardines de flores multicolores que alcanzaban las altas paredes de roca, además de un par de fuentes de aguas cristalinas. Desmontaron los caballos e ingresaron por la puerta de roble y enchapados de plata. Broo los guio a través de la enorme sala hasta otra puerta de roble. Una vez allí les solicitó que esperaran un momento.

Too encontró un espacio para murmurarle.

—Así que los señores vinieron a presentar sus respetos.

Katta comprendió el porqué de su tono. Broo regresó y les dijo que podían pasar. Al atravesar la puerta encontraron a los señores, que rodeaban el gran salón, mirándoles con atención. Too era más honesto con sus ojos, les miraba como retándoles. Katta, sin embargo, se enfocó en el viejo Gyo sentado al fondo del salón. No se podía negar que era un hombre intimidante. Aun sentado se podía notar lo imponente de su cuerpo que, a pesar de rondar los sesenta años, seguía siendo tan macizo y musculoso como el de los mejores guerreros de la mitad de su edad. Tenía unos ojos felinos que miraban a cualquiera como si fuera una presa potencial y una cicatriz que partía del mentón y llegaba hasta la mitad del pecho que le daba un aspecto intimidante.

—¡Bienvenido sea, Katta Vayo, hijo de Rubbe Vayo, señor de las Tierras del Guerrero! —dijo con aire de sorna.

Katta se paró a unos metros de él e hizo una reverencia con la cabeza.

—Gracias por recibirnos, Ree Gyo, señor de Colmillo Gigante. Espero no interrumpir.

—Por supuesto que no. Los señores decidieron compartir la felicidad de que Massa fuera elegido. Supongo que usted vino a hacer lo mismo.

Katta escuchó los murmullos de los señores, pero no prestó atención y esperó que Too no fuera tan imprudente como para hablar.

—Ciertamente no tuve la oportunidad de felicitar a la familia Gyo —respondió con calma—. Deseo que Massa tenga éxito defendiendo los intereses de nuestras tierras. Por el bien de todos.

El viejo Ree dibujó una sonrisa en su duro rostro.

—Intereses, chico —dijo—. ¿Y qué intereses te han traído a mi hogar? Espero que no sea el asunto del tributo porque creo que eso quedó muy claro —Katta guardó silencio, viendo fijamente aquellos ojos felinos. El viejo Ree chasqueó los dientes y se puso de pie—. ¡Señores! —exclamó—. ¡En el momento que mi hijo, Massa Gyo de Colmillo Gigante, fue elegido por Tu, por las antiguas leyes nuestra familia no está obligada a pagar tributo hasta la próxima elección dentro de cien años! ¡Rubbe Vayo no está de acuerdo y envió a su hijo para pedir lo que cree le pertenece! ¡¿Acaso eso es justo?! ¡¿Acaso Rubbe Vayo puede pisotear nuestras antiguas leyes si se le antoja?! ¡¿Debo permitir que eso suceda?!

Los señores alrededor, incluso los guardias en las puertas gritaron al unísono un rotundo ¡No! Too se impacientó, llevándose la mano al cinto y sosteniendo la empuñadura de su espada. Katta le miró y sacudió levemente la cabeza.

—¡Señor! —levantó la voz para que se hiciera silencio en el salón—. Mi padre no desea pisotear las antiguas leyes, ni yo tampoco. Las respetamos como cualquiera en este salón. Pero las leyes dicen que quien porte los brazaletes, su familia y descendientes quedan libres de pagar el tributo correspondiente. Massa aún no tiene los brazaletes en sus manos y hasta que eso suceda, tienen que pagar tributo.

El viejo Ree volvió a sentarse solo para inclinarse hacia delante.

—¿Pretendes insultar a mi familia, chico? —preguntó con tosquedad—. Los últimos quinientos años un Vayo fue elegido. Debiste ser el sexto, pero no fue así, ¿sabes por qué?

Porque mi hijo es mejor guerrero que tú. Los brazaletes ya le pertenecen a Massa y nadie se atrevería a ponerlo en duda.

Antes de que pudiera responder, las puertas del salón se abrieron, obligando a todos a mirar. Reza Gyo entró orgulloso.

—Reza, que bueno que regresaste de cazar —dijo el viejo—. Míralo chico, no puedes compararte a él. Reza pudo haber sido elegido en lugar de Massa, pero lamentablemente solo uno puede portar las armas. ¿Acaso vas a insistir?

Katta miró a Reza, era tan alto y temible como su hermano menor. Tenía los mismos ojos felinos de su padre y heredó también su duro rostro.

—No vine a poner en duda la capacidad de Massa —dijo y sintió la mirada de reproche de Too sobre sí. Comprendía el porqué, después de todo acababan de insultarlo ante el resto de señores—. Entiendo que cree tener la razón, pero no entiendo por qué duda de mi capacidad como guerrero.

El viejo Ree rio.

—Mírate, eres como un niño al lado de mi hijo.

Los señores en el salón rieron con él. Katta contuvo el aliento, tratando de mantener la compostura.

—Si eso es lo que cree, señor, propongo que veamos cuán cierto es —dijo Katta y se volvió para hablarle a los señores en el salón—. ¡Reto a Reza Gyo a combate singular! ¡Si gano, la familia Gyo seguirá pagando tributo aun después de que Massa encuentre los brazaletes! —regresó a los ojos del viejo Ree—. Si pierdo será como dice.

Too le tomó del brazo.

—Oye…

Katta le miró con seriedad y el viejo Ree soltó una carcajada.

—Deberías hacerle caso a tu compañero —aseguró—. No tienes oportunidad contra mi hijo.

—Entonces no tiene nada que temer —le respondió—. Tampoco estamos faltando a las antiguas leyes si todos estamos de acuerdo.

El viejo volvió a su dura expresión. Dejó su silla y se acercó a él.

—¿Tanto quieres morir? —le preguntó a poco de su rostro. Katta se mantuvo firme. El viejo esbozó una media sonrisa y abrió los brazos.

—¡Señores, ustedes son testigos! —exclamó—. ¡Es Katta Vayo, hijo de Rubbe Vayo, quien solicita el combate a cambio de que continuemos pagando tributo! ¡Está bien! ¡Si así lo quiere, que así sea!

Los señores estuvieron de acuerdo. Nadie se atrevería a oponerse. El combatir por reto pertenecía a sus antiguas leyes y debían respetarse, así como la posibilidad de llegar a un acuerdo firmándolo con sangre. Broo Mue hizo de mediador. Le preguntó cuándo le gustaría llevar a cabo el combate. Katta respondió que, si Reza estaba de acuerdo, sería de inmediato. No tenía sentido dejarlo para otro día. Reza aceptó y pronto los guardias se encontraron librando la plaza en el centro de la ciudad.

—Te volviste loco —le dijo un encolerizado Too—. Arriesgar tu vida así.

—¿No confías en mí? —le preguntó mientras se colocaba el brazalete de plata en la muñeca derecha.

Too se fijó en Reza. Este blandía al aire su enorme hacha de bronce.

—Al menos déjame combatir a mí —repuso su amante.

—Fui yo quien lo retó. Estaré bien.

Revisó la empuñadura de su espada buscando asegurarse de que el pequeño gancho estuviera

en su correcta posición. Cuando se sintió listo, pasó entre la gente para entrar en el círculo que formaron los señores y pobladores comunes, ansiosos de sangre. Reza estaba hasta el otro extremo, con sed de sangre en esos ojos felinos, propios de los Gyo. Broo Mue se acercó a Katta para pedirle su arma. Según las reglas, se debía colocar el arma del adversario detrás de cada uno. Clavaron su espada detrás de Reza y así mismo el hacha de Reza detrás de él. Reza levantó el puño en alto, lo que ocasionó que los pobladores gritaran su nombre una y otra vez.

—¡Reza!, ¡Reza!, ¡Reza!

El viejo Ree se puso de pie y todos guardaron silencio. Miró a cada uno y asintió.

Era el momento de comenzar.

Katta corrió a toda velocidad y cuando estuvo a un metro de aquel enorme hombre dio un salto hacia atrás para esquivar su puñetazo. Seguidamente se movió rápidamente hacia la izquierda y puso toda su fuerza en su puño derecho para golpear aquel rostro fiero, sin guardia que le protegiera. Y fue como si hubiera golpeado una roca.

Un hilillo de sangre salió de la boca de Reza. Este sonrió y con un giro rápido golpeó la frente de Katta con su antebrazo. El golpe hizo que Katta perdiera el balance, cayendo de espaldas, a lo que se levantó con premura y esperó a que le volviera a atacar. Se sintió mareado, el golpe le afectó más de lo que esperaba, pero se mantuvo concentrado mientras el mayor de los hermanos Gyo le observaba con despreció. Miró su espada, necesitaba que se le alejara lo suficiente como para ir por ella. Sabia que Reza era demasiado orgulloso para ir por su hacha, por más que le dejara el camino libre. Contuvo el aliento y volvió a abalanzarse. Esta vez se detuvo con la guardia en alto, prestó a recibir su golpe. Reza lanzó un puñetazo directo hacía su rostro. Katta se agachó rápidamente, esquivando el golpe y desde abajo se dispuso a arremeter directo al mentón. Pero el mayor de los hermanos Gyo inclinó el cuerpo hacia atrás y el brazo de Katta pasó de largo. Katta trató de recuperar la postura, salvo que sintió como este sostenía su antebrazo con su enorme mano izquierda, para levantarlo con suma facilidad, dejando sus pies a un metro del suelo. Katta buscó su rostro, pero Reza se le adelantó y le dio un cabezazo directo en la cara. Luego lo lanzó varios metros, rodando en la tierra y perdiendo el conocimiento por un breve momento.

La gente ovacionó la maniobra.

Katta se levantó algo confundido, tenía el ojo derecho cerrado y una herida en la mejilla desde donde brotaba sangre que pronto alcanzó su cuello. Con su ojo izquierdo vio como el mayor de los hermanos Gyo se acercó con una agilidad imposible para su tamaño. Katta alcanzó a adoptar la posición de guardia antes de que su enorme puño impactara directamente en su cara. De todas maneras, el golpe le hizo tambalear, perdiéndole de vista y reaccionando tarde para protegerse. Reza golpeó sus costillas, obligándole a bajar los brazos, a lo que aprovechó para darle un puñetazo en la mejilla derecha y otro golpe que vino desde abajo, directo a su mentón. Este último lo elevó un metro y medio del suelo y después sintió como si se le aplastara el pecho por otro puñetazo. Rodó sobre la tierra hasta quedar boca abajo, escupiendo una gran cantidad de sangre.

—¡¡REZA!! —exclamaron los pobladores.

Katta miró como su adversario caminaba hacia él, extendiendo los brazos, recibiendo las alabanzas. Buscó recobrar el aliento, reunir las fuerzas que se le escapaban con cada gota de sangre que brotaban de sus heridas y esperar todavia. Cuando Reza estuvo lo suficientemente cerca corrió a la izquierda, recorriendo una media luna hasta arrastrarse para tomar la espada. Reza Gyo ni siquiera intentó alcanzarlo.

Tomo la espada con ambas manos y pasó el pulgar por encima del brazalete. Mientras tanto

Reza iba por su hacha sin temor alguno. Tomó esa formidable arma de bronce, del tamaño de un hombre, y la hizo descansar detrás de su cabeza.

—Ven —le retó el mayor de los hermanos Gyo.

La gente enloqueció. Katta alcanzó a ver que Too sostenía con fuerza su espada. Parecía que estaba a latidos de intervenir. Sacudió la cabeza apenas, pero suficiente como para que él comprendiera. Regresó a esos ojos felinos.

Lanzó un golpe lateral con su espada a lo que Reza Gyo se defendió con el hacha a una sorprendente velocidad. El ruido del metal contra el metal resonó en todas las direcciones. Otra vez, metal contra metal, Katta intentando asestarle un golpe y su contrincante se limitó a defenderse. Fue claro para los presentes que estaba jugando con el hijo de Rubbe Vayo.

Katta lo volvió a intentar. Esta vez Reza aprovechó un agujero en su defensa para propinarle un puñetazo en el rostro. Katta trastabilló y trató de lanzar otro golpe de espada, que fue detenido por el filo del hacha y otra vez un puñetazo. Esta vez no pudo evitar poner una rodilla en el suelo.

Apenas si podía respirar, la sangre le cubría los orificios de la nariz y la cabeza le daba demasiadas vueltas. La visión en su ojo bueno se le puso borrosa, pero trató de calcular la distancia. Lanzó una estocada a la mitad de velocidad que hubiera hecho en condiciones normales. Reza hizo girar su hacha para golpear su espada. Katta soltó su arma y esta cayó a unos dos metros de distancia. Apenas si se dio cuenta cuando sintió otro puñetazo que lo volvió a elevar y un golpe con la culata del hacha que le arrojó de espaldas contra la tierra a sabiendas que, posiblemente, eran sus últimos momentos de vida.

Y vio al hermano del elegido, pararse como un gigante a sus pies, con el hacha sobre sus hombros. Este miró a un lado, posiblemente a su padre, como esperando su aprobación. Tomo el hacha con ambas manos y la levantó por sobre su cabeza.

—¡¡REZA!!, ¡¡REZA!!

Katta supo que era su oportunidad. Sujeto con fuerza el hilo que salía desde el brazalete, lo suficientemente delgado para que nadie lo notara, y jaló con fuerza haciendo que la espada se precipitara hacía él. La tomó en el aire y en un rápido movimiento, antes de que el hacha descendiera, se irguió del suelo y cortó su estómago. La sangre salió a borbotones, bañando el rosto del hijo de Rubbe Vayo. Reza torció el rostro en una mezcla de incredulidad y horror...

…Y se hizo el silencio.

*

Agitado, con el sol sobre su cabeza y sudando profusamente, se levantó ágilmente del suelo y volvió a levantar la espada.

—Una vez más —le pidió a su tío.

Apoo Daze sonrió satisfecho y se puso en posición de guardia

—Ven a mí entonces —le retó.

Practicaron con la espada por un rato más, hasta que la fatiga ordenó descansar, no sin antes alcanzar a colocar la punta de la espada a la altura del pecho de su tío y maestro.

—Bien hecho —le felicitó.

Katta se sentó sobre una roca y se secó el sudor de la frente. El sol comenzaba a ocultarse tras los muros del castillo. Su tío se sentó a su lado y contempló lo mismo que él.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —preguntó.

—Ocho años —le respondió Katta.

—Ocho años en los que no has parado de entrenar. Cuando llegaste eras un niño que ni siquiera sabía cómo usar una espada. No me mires así, esa es la verdad. Pero mírate ahora. Eres capaz de plantarle pelea a quien sea —palmó su hombro—. Tu madre estaría orgullosa.

Katta pensó en su madre, en la noche en que partió. No se sabía nada de ella, ni dónde estaba ni siquiera si aún estaba viva. Ocho años desde que dejó El Gran Tu. Ocho años que no veía a su padre.

Sabía que este se casó con otra mujer y que esta, antes de morir, le dio dos hijos. Un matrimonio por conveniencia para fortalecer la alianza con la familia Nore, pero un matrimonio al fin.

—Aún no es suficiente —comentó Katta—. Maestro, aún tengo mucho que aprender.

Su tío y maestro se puso de pie.

—Por supuesto —se sacudió las prendas—, pero no tengo más que enseñarte. Lo que te falta aprender te lo enseñará la experiencia —le miró con esos agradables ojos negros—. Es hora de volver a casa.

Katta se puso de pie, sorprendido, siempre pensó que regresaría a El Gran Tu para la elección.

—Maestro, pero la elección será todavía dentro de dos años.

Su tío y maestro le tomó de los hombros.

—Debes regresar y reclamar tu lugar como el heredero de Tierras del Guerrero —le dijo—. Seas elegido o no, lo decidirán los dioses, mas eres un Vayo. Eso no va a cambiar nunca.

Katta no supo qué decir. En realidad, lo sabía. Su padre se aseguraría de que nunca llegase a gobernar. Ese destino estaba reservado para su hermano menor.

—Preferiría quedarme hasta la elección —se animó a decirle.

—Y yo preferiría no envejecer —su tío y maestro rio—, pero las cosas son como son —miró hacia el sol que casi había desaparecido tras los muros del castillo—. Regresa a casa, Katta, con la cabeza en alto, siempre con la cabeza en alto. Pero recuerda esto. Habrá quienes te subestimarán. Dirán que no eres un león, sino un gato —le sonrió—. En cuanto lo hagan, habrán perdido.

*

Reza cayó con las entrañas desparramándose de la herida. Katta se puso de pie, jadeando y con torpeza. Miró a Ree Gyo. Este observaba la delgada línea que partía de la parte posterior de la empuñadura de la espada y alcanzaba el brazalete. Katta se irguió orgulloso.

—Esperaremos su envío —le dijo con la cabeza en alto.

Dejó al viejo y se dirigió, jadeante, donde Too. Este le siguió desde atrás mientras la gente se abría a su paso. Reunió fuerzas para montar el caballo y pronto comenzaron a cabalgar en dirección al gran arco de la entrada a la ciudad.

Cuando salieron de Colmillo Gigante, Too suspiró.

—Te arriesgaste demasiado —le dijo alcanzándole un trapo.

Katta se limpió la sangre del rostro.

—Tal vez, pero resultó —respondió.

Too se frotó la frente.

—La próxima ten más cuidado.

Los hombres se miraron y sonrieron. No era para menos, estaban de camino a casa, vivos y con la satisfacción de haber cumplido con éxito la misión.

—Tu padre no lo va a creer —aseguró Too—. Tal vez al fin te vea como lo que eres.

—Un gato con suerte —bromeó Katta.

—Un guerrero —Too detuvo al caballo. Katta tuvo que hacer lo mismo—. No importa si no fuiste elegido. Eres un verdadero guerrero.

Katta asintió.

Continuaron cabalgando hasta que volvieron a alcanzar el cruce del río. Después de lo que pasó cruzar no parecía tan atemorizante como cuando lo hicieron más temprano. Aprovechó para lavarse un poco y descansar. La herida en el rostro le punzaba y sabía que tendría el ojo hinchado, morado y ciego por varios días. En cuanto se sintió listo volvió a la montura. Con el enfriamiento comenzó a dolerle todo el cuerpo. Los golpes fueron peores de lo que imaginó.

«Después de todo se trató de Reza Gyo».

“Aunque no fuiste elegido eres importante para el destino de este mundo”, por alguna razón recordó las palabras de la anciana. Tal vez por haber ganado una pelea que de haber sido tan solo un poco diferente sería el quien hubiese terminado muerto.

—Cuando regresemos le pediré a Natta que prepare una gran cena de celebración —comentó Too desde adelante.

—Seguro que sí —le respondió.

—Se pondrá muy feliz —agregó volviéndose para mirarle—. Aunque odiará que hayas quedado tan feo.

Volvieron a reír mientras los caballos pisaban con cuidado el fondo del empedrado río. De pronto escucharon un silbido y Katta observó con horror como una flecha atravesaba la garganta de Too. Lo vio caer del caballo y ser arrastrado por la corriente.

Solo pudo mirar, sin poder hacer nada, sin siquiera tiempo para alcanzar su cuerpo. Una flecha pasó zumbando su oído. Cuando se fijó, con los ojos muy abiertos, descubrió que desde los matorrales en la otra orilla emergían hombres con arcos en las manos.

En reacción instintiva trató de dar la vuelta, pero vio que desde atrás también le estaban apuntando. Volvió a girarse, sacó su espada y le ordenó al caballo que se dirigiera a la orilla. Gritó con rabia mientras se acercaba a ellos, con las flechas pasado a un lado de su cabeza. Cuando estaba a unos metros, una flecha le impactó en las costillas. Soltó un alarido de dolor, pero trató de mantenerse en la montura. Otra flecha fue a clavarse en el pecho del caballo. El animal levantó las patas delanteras arrojando a Katta a las aguas. Rápidamente fue arrastrado por la corriente siendo arrojado contra las rocas del fondo una y otra vez.

Aun así, en toda esa locura, aun con la tragedia de haber perdido a su amante y sintiendo a la muerte venir por su tercera víctima del día, Katta recordó otra vez las palabras de la anciana.

“Aunque no fuiste elegido eres importante para el destino de este mundo”.

Ferd 13

Tomó aire y cerró los ojos. Pensó en el sonido de los dados golpeando el interior del cuero, el tiempo que demoró en golpear la mesa y el silencio después de este.

Abrió los ojos. Syrfyr Pyne esperaba su elección.

*

A la orilla del Gran Mar del Fin del Mundo, Ferd Foxcroft se sentó a lavar sus botas. Fue un arduo día de trabajo en el mercado. Le dolía la espalda y sus pies le estaban matando. Por ello cuando se quitó las botas fue uno de esos pequeños momentos de dicha simple y ordinaria, pero que tuvo que interrumpir porque necesitaba darse prisa y regresar a casa con su esposa. Tomó un puñado de arena y comenzó a restregar el interior del cuero. Escuchó que alguien se acercaba. En un primer momento temió que se tratara de un ladrón, pero pronto encontró a Vania Earthquake de pie a unos metros.

Vania era la hermana menor de su esposa. Tenía dieciocho años, enérgica como solo ella y gustaba de apostar en las tabernas. Tenía largos cabellos negros y unos preciosos ojos castaños, pero lo que el joven lamentaba era la cicatriz que partía de su frente y terminaba en su mejilla derecha.

Justamente utilizaba sus cabellos para cubrir la cicatriz en su rostro.

—Eres tú —comentó Ferd sin mucho ánimo.

—¿Aún estas enfadado? —preguntó la joven.

Su cuñada acostumbraba involucrarle en los líos en los que se metía. Lo último fue cuando estafó a un comerciante de cebollas en un juego de tablas. Todavía no le perdonaba que tuvo que jugar con el tipo, poniendo en riesgo su vida.

—Casi me matan por tu culpa —le respondió—. Discúlpame si aún estoy enfadado.

—Sabía que ganarías —aseguró ella—. Eres el tipo más afortunado del mundo.

—¿Afortunado? —bufó Ferd—. Si fuera afortunado sería señor de mis propias tierras y no tendría que vender camarones en el mercado.

Vania se sentó a su lado.

—Me gustan los camarones —dijo. Ferd la miró y no pudo evitar reír—. Así me gusta —agregó con una sonrisa—. Es mejor reír que lamentarse.

—Lo que digas —dejó las botas a un lado y se recostó sobre la arena—. ¿Necesitabas algo?

La joven abrazó sus rodillas.

—Quería ver el mar.

Se quedaron en silencio por un largo rato. Ferd concentrado en el cielo naranja del atardecer y en las aves que regresaban al nido.

—¿Crees que lleguen hasta aquí? —preguntó Vania.

—¿Quiénes? —preguntó Ferd en un bostezó.

—Los gigantes.

Observó su perfil, como el ojo que no estaba escondido tras los cabellos se concentraba en el horizonte.

—Esperemos que no —respondió—. Esperemos que ellos se encarguen de todo.

Vania levantó la vista al cielo.

—Si fallan los gigantes arrasarán con el continente. Nada los detendría en llegar a nuestra isla.

Ferd se recostó de costado.

—De nada sirve preocuparse por eso. Lo que tenga que ser, será.

—Ese es el problema —insistió—. La gente de aquí piensa igual. Están demasiado confiados de que los detendrán antes de que acaben con todo. Pero si no fuera así, ¿a dónde iríamos? ¿Deberemos aceptar la muerte así, sin más?

—¿Qué sugieres? —preguntó Ferd, impaciente—. No hay nada qué hacer. No se podría huir a ninguna parte. Incluso si tomaras un barco, tarde o temprano tendrías que llegar a puerto, pero no habría ninguno seguro. La muerte estaría esperando.

Vania se puso de pie…

*

Lluvia de Verano era una pequeña aldea de pescadores. Quedaba en la isla más oriental de Rocasangre y eran las últimas tierras donde podría encontrarse civilización, después solo era un inmenso océano que pusieron el certero nombre de Gran Mar del Fin del Mundo. Su casa quedaba cerca del puerto principal donde amarraban los botes pesqueros. Ferd trabajaba junto a su esposa vendiendo los camarones que uno de esos botes traía en las jornadas diarias. Devora no se quejaba, pero lamentaba no darle una mejor vida. Por ello esperaba reunir lo suficiente para comprar su propio bote y dejar de trabajar para otros. A diferencia de su hermana, Devora era menos impetuosa y más amable. La gente siempre las comparaba, cosa que detestaba. Para Devora, su hermana era maravillosa e invaluable, tal como era.

—Invite a Vania a cenar —le dijo cuándo se sentó a la mesa.

Devora se mostró contenta.

—Me da gusto que la perdonaras —asintió.

Recordó la conversación que tuvieron por la tarde y se arrepintió de haberle hablado de esa manera.

—No puedo estar enfadado para siempre.

Ella se sentó a su lado.

—Vania siempre ha sido muy peculiar —le dijo—. Solía pelearse con los demás niños, a veces más grande que ella. Pero no importaba qué, tú siempre ibas en su ayuda. Gracias por eso.

A Ferd le pareció extraño que hablara de ello.

—¿De dónde salió eso?

Devora tomó su rostro.

—Sé que te echas la culpa de lo que pasó —le dijo mirándole a los ojos—. No es tu culpa, no tienes que hacerlo más. Ella siguió adelante. Debes hacer lo mismo.

Aquellas palabras lo transportaron al gran árbol al final de la colina. El césped verde brillaba con el sol y el cielo era de un intenso azul. Ferd pareció flotar sobre el verde césped hasta que alcanzó el pie del árbol…

—Eso está en el pasado —dijo viéndose las manos—. Yo ya no…

Devora le dio un beso en la mejilla.

—Ella siguió adelante.

El joven se puso de pie y se acercó a la ventana. Se aclaró la garganta y comentó.

—La verdad, no creo que vaya a venir.

Su esposa cerró los ojos y sonrió.

—Está bien —se dirigió a la cocina—. Cierto, no va a venir. Mejor será que cenemos de una

vez.

Los días pasaron con la normalidad característica de la vida en la isla. Vania no se acercó al puesto de camarones, tal vez ocupada quitándole el dinero a los hombres de la aldea vecina. Ciertamente estaban acostumbrados a sus desapariciones. No eran por mucho tiempo y siempre regresaba con medicina para su madre. La madre de aquellas hermanas era una persona enferma de la que Vania se ocupaba, pero esa responsabilidad también le comprendía a Devora y a él como su esposo. Todo cambió cuando llegó a la casa con lágrimas en los ojos y el rostro desencajado.

—Mamá murió —le dijo a Devora aún con la bolsita de medicinas en la mano.

Además de sus hijas la gente que la conoció acompañó el proceso fúnebre. El sacerdote del pueblo encomendó su alma a Sarilo mientras colocaban su cuerpo en el centro de la pequeña barca, rodeada por paja seca y cubriéndola con flores. Devora y Vania tomaron las antorchas y encendieron la paja seca. Desamarraron las sogas y la barca fue arrastrada por la corriente, envuelta en llamas. La gente comenzó a retirarse y pronto quedaron los tres, observando la barca arder hasta que se hundió en las aguas. Devora lloraba sobre el hombro de Ferd y Vania tenía la vista en las aguas.

—Vamos a casa —le dijo Devora a su hermana.

—Me quedaré un poco más —respondió la joven de la cicatriz.

Y aunque Ferd quería quedarse, debió acompañar a su esposa. Mientras tomaban el camino se volvió a mirarla. Odiaba dejarla sola, pero comprendía que necesitaba esos momentos para reflexionar. Su madre enfermó hace unos años y durante ese tiempo se dedicó a cuidarla. Era un cambió que tendría que asimilar.

Esperaban regresar a la normalidad, porque la vida no puede detenerse y necesitaban vender los camarones. Estaban obligados a regresar a la rutina, la única rutina que conocían en la isla. Luego de dos días parecía que aquella muerte sucedió hace dos años. Devora era otra vez Devora y Ferd era Ferd como los camarones seguían siendo camarones. Y la vida hubiera seguido su camino sino fuera por la noticia que recibieron el tercer día. Vania no estaba en la aldea.

Al principio, tanto Devora como Ferd, supusieron que regresó a su rutina. Seguramente estaba en otra aldea, apostando a los dados, ganando o perdiendo, pero regresando a su propia rutina. Pero había algo, un detalle que lo volvía diferente. La pareja lo supo sin palabras. Por ello al anochecer fueron a la casa donde acompañó a su madre y descubrieron con desazón que realmente se había marchado.

—No va a regresar —dijo Devora, con voz entrecortada.

A Ferd le hubiese gustado decirle que se equivocaba. Que estaría de regreso en unos días, como siempre, pero al igual que ella conocía el significado de aquella casa vacía. La abrazó y le susurró al oído que todo estaría bien. No dijeron nada más y regresaron a su propio hogar.

Mas su hogar no era el mismo y no lo fue en los días posteriores, aunque se esforzaran por aparentar estar bien, nada parecía estar bien. Ferd no era capaz de hablarle a su esposa como le gustaría hablarle. Percibía su desazón y su propio pesar se sumaba al ambiente. Se volvieron unos desconocidos, forzados a convivir, sin nada más que miradas extrañas y sentimientos confusos. ¿En dónde estará?, se preguntaba continuamente sentado a la orilla del mar, imaginándola aparecer a su lado. Miraba las olas y regresaba a casa cuando las olas se llevarán esas preguntas, aun cuando quedaban rezagos al sentarse a la mesa.

Un mes después, mientras cenaban, Devora le pidió lo innegable.

—Tráela de vuelta.

Ferd sintió una punzada en el corazón. Los ojos de su esposa habían recobrado su brillo y de

pronto, otra vez, eran ellos.

Por la mañana, Devora le hizo prometer que no debía regresar hasta haberla encontrado.

—Será lo único que te pediré en toda la vida.

Ferd la abrazó, como aquel primer abrazó cuando le declaró su amor. Le dio un beso en los labios y se marchó sin mirar atrás.

Su primera y obligada parada fue en Campo Alto, la aldea vecina y la más grande entre las dos. Preguntó en las tabernas, posadas y mesas de juego si habían visto a Vania. Lamentó tener que referirse a ella como la joven con la cicatriz escondida tras los cabellos, pero era necesario si quería diferenciarla. Los pobres infelices que gustaban de apostar y emborracharse, de los que ella gustaba aprovecharse, le comentaron que la vieron partir hacia Rocasangre. Ferd imaginó que allí se encontraría. Tenía sentido. En las grandes ciudades se encuentran los peces gordos.

Y Rocasangre era la ciudad más grande de todas.

La ciudad capital estaba ubicada en el margen derecho de la isla y fue nombrada igualmente, como la isla y el archipiélago. Le tomó varios días en llegar a Rocasangre, para ese entonces la ciudad y sus inmediaciones comenzaba a llenarse de señores, debido a la migración ocasionada por la proximidad de los gigantes y a la batalla que se libraría. Los señores pagaban por terrenos que ocupar, produciendo un alza en el comercialización y resurgimiento de muchos negocios, entre ellos las posadas y, por ende, las mesas de juego. Se paseó por las diferentes posadas, preguntando por la joven de la cicatriz, pero nadie le daba referencia de su paradero o si quiera haberla visto. Fueron varios días de búsqueda hasta que se hartó de deambular, sin ideas de dónde continuar.

Se sentó a descansar en la plaza de la ciudad viendo a la gente, esperando encontrarla entre la multitud. Dos hombres se sentaron a unos metros. Al principio hablaban sobre unas mujerzuelas con las que estuvieron la noche anterior para luego hablar de la poca pesca en el noreste del archipiélago. Pensó en preguntarles si vieron a una joven con una cicatriz en el rostro que tal vez notaron tras sus cabellos, como venía haciéndolo desde que llegó, pero se detuvo cuando escuchó acerca de las apuestas que ocurrían en las mesas de Espuma y Sal, la segunda ciudad más grande del archipiélago.

Y, como una revelación, Ferd supo que debía dirigirse al sur de la isla.

Seis días después estaba en el puerto de Espuma y Sal. En el bote le dijeron que el punto de mayor movimiento sería al norte de la ciudad. Serpiente Hambrienta era una calle llena de prostíbulos y posadas. Entró a la posada más grande y la referente en mesas de juego. Era un lugar de un marcado olor a licor y sudor. Se acercó a la mujer que atendía y le pidió un plato de comida junto a una cerveza. Se sentó en una de las mesas y observó los rostros de los hombres que bebían y reían a su alrededor. La mujer colocó delante de él un trozo de carne de cabra asada y un tarro de cerveza caliente.

—Aquí tienes, cariño —le dijo con una sonrisa coqueta.

—Gracias —respondió—. Oye, estoy buscando a una joven, tiene el cabello negro peinado de tal manera que le cubre media cara.

La mujer lo pensó un momento.

—Muchas mujeres se peinan de esa manera. Lo hacen para ocultar los ojos morados de las palizas que le dan sus maridos —respondió.

—En el caso de ella es… Mira, le gusta rondar las mesas de juego. A lo mejor se pasó por aquí.

Esta vez la mujer pareció intrigada.

—¿Para qué la buscas? —le preguntó.

Ferd se aclaró la garganta.

—Soy un familiar. ¿La viste?

—¿Familiar? —la mujer se pasó el dedo por sobre el labio superior—. Puede que sí o puede que no. La información no es gratis, cariño.

El joven buscó en su bolsillo y sacó dos pragmas.

—He visto a una joven como la que describes —dijo la mujer, colocando los pragmas dentro de la blusa—. Estuvo aquí la noche anterior y la anterior. Al parecer le estuvo yendo bien en las mesas —la mujer señaló hacía el interior de la posada, lo que parecía un salón aparte —. Es posible que regrese esta noche.

—¿Por qué lo dices?

La mujer se inclinó hasta su oreja derecha.

—Hoy llegó un pez gordo y dicen que se pasara por acá —volvió a erguirse—. ¿Algo más, cariño?

Ferd meneó la cabeza y se quedó meditando en lo que dijo. Era posible que su búsqueda llegara a su fin. Terminó de cenar y bebió, lentamente, la cerveza sin quitarle los ojos de encima a la entrada de la posada. El tiempo siguió su curso y, cuando la luna estuvo en lo más alto, el ambiente cambió por completo.

Los hombres comenzaron a murmurar y rápidamente supo el porqué. Un formidable hombre entró por la puerta. Tenía una espesa barba roja debajo de una desproporcionada nariz y por encima de esta unos ojos fieros del color del oro. El hombre rio por algo y se dirigió al salón en soberbio andar. Ferd sintió la imperiosa necesidad de descubrir de quién se trataba. Se acercó a la mujer y le preguntó.

—¿Quién es él?

La mujer le miró como si fuera un niño ignorante.

—Es el capitán Syrfyr Pine —respondió—. Ha navegado por los mares helados del sur y ha estado en el límite donde las bestias marinas se devoran a los barcos. También es un adicto a apostar.

«Syrfyr Pine», pensó Ferd, «el pez gordo».

Se asomó al salón y vio muchas mesas donde las pragmas brillaban a la luz de los lamparines. Syrfyr Pine y sus hombres se sentaron en una mesa a la izquierda del salón. Ferd se acomodó en una esquina y se propuso observar. Un hombre retó al capitán a los dados. Syrfyr no tardó en ganarle la bolsa de pragmas que colocó sobre la mesa. Los hombres del capitán rieron cuando el tipo, desconsolado, salió del salón con la mirada clavada en el suelo. Otro tomó su lugar. Ganó el primer y segundo turno, pero luego se repitió la historia. Así con el siguiente a él.

—¡Es que no hay un solo hombre que me dé pelea! —clamó el capitán.

Ferd sintió un deseo casi incontenible de sentarse en esa mesa. Tenía cinco pragmas en el bolsillo que bien podría multiplicar y servirían para el regreso a casa. Estaba por sucumbir a la tentación cuando escuchó una voz familiar.

—Que tal una mujer…

Vania se mostró como en una aparición. Caminó entre los hombres del capitán, quienes la miraban como si fueran a lanzársela encima. El capitán se concentró en su ojo castaño al descubierto. Chasqueó los dientes y bufó.

—No bromees, niña. Regresa a casa con tu marido.

Vania dejó caer una gran bolsa sobre la mesa.

—Esperaba poder jugar contigo, capitán.

Syrfyr Pine se echó a reír y sus hombres rieron con él.

—Adelante, entonces —dijo y pidió un tarro de cerveza.

Ferd pensó en tomar a Vania del brazo y sacarla de ese lugar, pero sabía que de hacerlo sería mal visto por el capitán y sus hombres, poniendo en riesgo su vida de forma innecesaria. Después de todo, la bolsa llena de pragmas era demasiado como para dejarlo pasar.

El juego con los dados era simple. Jugaban a par e impar. Se colocaba dos dados dentro de un vaso de cuero y se ponía boca abajo sobre la mesa. Era completamente al azar, en teoría, pero lo cierto es que dependía mucho de los instintos y, como pudo observar, el capitán tenía los instintos muy afilados. Por otro lado, conocía las habilidades de Vania, era muy buena salvo que tenía un grave defecto. Se arriesgaba demasiado en los momentos en que mejor era ir con cuidado. Eso lo sabía muy bien.

Ferd se limitó a observar como Vania iba perdiendo turno tras turno. El capitán apostó con cautela al principio, pero luego, viendo que la joven jugaba como una principiante, apostó cada vez más, seguramente quería quitarle toda la bolsa lo más pronto posible. Cuando ya le quedaba pocas pragmas en la mesa, Vania se recostó en la silla.

—Sí que eres bueno, capitán.

Syrfyr Pine bebió de golpe la cerveza que quedaba en el tarro y pidió más, para luego regresar a su ojo castaño al descubierto.

—Espero que no te estés arrepintiendo.

Vania estiró los brazos.

—Al contrario, lo que tenga que ser será. Pero no quiero hacerle perder más tiempo-así que por qué no apostamos todo.

Los hombres del capitán se sorprendieron cuando la joven colocó, lo que quedaba en la bolsa, en el centro de la mesa. El capitán se frotó la barba.

—Como quieras —respondió con suma confianza.

Vania colocó los dados dentro del vaso y en cuanto golpeó la mesa dijo en voz alta, “par”. El capitán ladeó la cabeza y respondió con un “impar”, alzando aún más la voz. Cuando levantó el vaso los hombres que rodeaban la mesa quedaron sorprendidos. Ferd suspiró.

—Parece que tuve suerte —dijo Vania.

El capitán frunció el ceño.

—Otra vez —dijo—. Todo lo que tienes.

Vania asintió. Esta vez era el turno del capitán de poner los dados dentro del vaso. Golpeó la mesa y dijo, “impar”, a la vez que Vania decía “par”. Al levantar el vaso, la joven de la cicatriz había vuelto a ganar.

—Otra vez —dijo el capitán, con suma seriedad.

Nuevamente Vania ganó y pronto dobló el contenido de la bolsa con la que comenzó el juego. Syrfyr golpeó la mesa con tal fuerza que pareció quebrarse.

—Par —dijo. Vania le miró por un momento y asintió. El hombre levantó el vaso y, enfurecido, se levantó y le dio un puñetazo a uno de sus hombres—. ¡Me engañaste! —rabió regresando a ella y Ferd se preparó para intervenir—. Estuviste jugando conmigo todo este tiempo.

Vania guardó silencio, se limitó verle con neutra expresión. El capitán se movió como animal enjaulado. Se pasó las manos por los cabellos rojizos y regresó a su silla.

—Otra vez...

Sus hombres se miraron, parecían querer detenerlo, pero al mismo tiempo había miedo en sus ojos. Vania colocó los dados dentro del vaso y lo dejó sobre la mesa, con una lentitud y gracia que pareció flotar. Miró al hombre y esperó a que hablara. El capitán, lo pensó un momento,

chasqueó los dientes y dijo.

—Pa… ¡Impar!

Vania levantó el vaso y dijo.

—Parece que volví a ganar.

El hombre se recostó en el asiento. Sus hombres se alteraron, los murmullos se volvieron voces y las voces clamaron.

—¡La mujer hizo trampa!

Ferd miró la espada en el cinto de uno de ellos y pensó en tomarla.

—¡No tienes que pagarle, señor! —dijo otro de ellos—. ¡Todos vimos que hizo trampa!

—¡Sí! —exclamaron al unísono.

Mientras tanto, Vania miraba, sin denotar emoción alguna, al hombre delante de ella quien, en su lugar, tenía los ojos muy abiertos en terrible expresión. Uno de los hombres puso su mano en el hombro de Vania. Ferd se acercó a tomar la espada, pero se detuvo cuando escuchó la risa descontrolada de Syrfyr Pine.

—¡Por los dioses! —proclamó entre carcajadas—. No pensé en encontrarme a alguien como tú. Mujer, me has ganado. ¿Cómo te llamas?

—Vania Earthquake —respondió.

—No olvidare ese nombre.

Y, cuando estuvo por levantarse, Vania tomó su muñeca.

—Capitán —le dijo mirándole a los ojos—. Las hazañas de usted y sus hombres son legendarias. Ha hecho cosas que el resto solo soñaría. Nadie puede igualárseles en valor y audacia.

Syrfyr Pine dibujó una extraña sonrisa.

—¿Qué es lo que quieres, Vania Earthquake?

Vania colocó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos por delante de sus labios.

—Le ofrezco una última apuesta. Si usted gana, se lleva todo y yo serviré en su barco por el resto de mi vida.

Hubo un silencio tal que podía escucharse a las serpientes reptando en los matorrales de las afueras. Ferd y todos los presentes contuvieron el aliento.

—¿Y si tú ganas? —preguntó el capitán.

—Se lleva todo y nos permitirá navegar con usted.

Los hombres se miraron desconcertados. Parecían no comprender el porqué de una apuesta tan absurda. El capitán se frotó la barba.

—¿Nos?

Vania se inclinó a su izquierda y miró entre los hombres, hasta las sombras de la esquina donde estaba él.

—Puedes acercarte, Ferd.

Los hombres se volvieron a verle. Ferd sintió como si fueran a ejecutarlo. Temeroso se acercó a la joven. El capitán le miró como si fuera un insecto.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a Vania, al oído.

—Hola —saludó ella con una sonrisa.

—Te has vuelto loca…

—¿Y si ganas, a dónde se supone que tendríamos que llevarlos? —preguntó el capitán.

Ferd se quedó en silencio, pero en el fondo sabía lo que iba a decir.

—Más allá del Gran Mar del Fin del Mundo...

Otra vez el silencio, salvo que pronto las risas estallaron.

—Como dice tu amigo —bufó el capitán—. Te has vuelto loca.

Ferd se inclinó para hablarle al oído, pero Vania le hizo un gesto con la mano.

—Una cosa más —dijo—. No seré yo quien juegue.

El capitán arrugó la frente. Ferd contuvo el aliento a la par que Vania se puso de pie.

—No, no lo hare —se apresuró a dejarle en claro—. Vine hasta aquí para llevarte a casa. Devora te…

—Tienes que hacerlo —refutó ella—. Pongo mi vida en tus manos —se encogió de hombros —. Sin presiones.

El capitán se desbordó en carcajadas.

—¡Por los dioses! —exclamó—. ¡Que personajes son ustedes! —se frotó los ojos—. Está bien, está bien. Acepto la apuesta.

—Oye —murmuró Ferd.

—Hablaremos después —respondió ella.

Los hombres del capitán, la mujer de la taberna, los borrachos de turno… todos le observaban con atención. Nadie más jugaba en las mesas. Los presentes les rodeaban como si fueran un espectáculo. Ferd se sentó. El capitán tomó los dados y los lanzó dentro del vaso. Golpeó la mesa con este y le hizo un gesto con la mano.

—Adelante.

*

Ferd se volvió a sentar sobre la arena y prestó atención a los últimos rayos del sobre el mar. Las sombras eran más largas y daban otro aspecto al mundo.

—Espero que no estés hablando de…

Vania se volvió a mirarle.

—Sí, estoy segura que hay tierras más allá de donde nace el sol —declaró.

—¿Qué? —frunció el ceño—. Ahora si te volviste loca. Es sabido que solo hay bestias marinas que se devoran todo lo que se atreva a navegar sus aguas.

—Esos son solo cuentos —resistió creer—. La verdad está allá, esperándonos.

—Nadie que quiera morir lo intentaría, eso es un hecho.

Vania le sonrió.

—Tal vez, tal vez no sea la muerte lo que espera sino la gloria…

Ferd tomó aire, se puso de pie, se sacudió las prendas dispuesto a retirarse.

—Tengo que regresar. Tu hermana me está esperando.

—Hablo en serio.

—Sé que hablas en serio. Eres la única persona que conozco que haría algo con tan nulo sentido.

—Te digo que…

—¡No! —buscó tranquilizarse—. Haré de cuentas de que no tuvimos esta conversación. No serias tan egoísta como para preocupar a Devora con fantasías locas o dejar sola a tu madre, ¿verdad?

Vania bajó la mirada.

—No, no lo haría...

—Más tarde ven a cenar —le invitó suavizando la voz.

La joven ensayó una sonrisa.

—Estaría bien —respondió.

La dejó observando al mar, acompañada por sus pensamientos.

*

—Impar —dijo Ferd.

—Par —dijo el capitán, después de él.

Unos latidos después, levantó el vaso. Ferd sintió un nudo en el estómago. Syrfyr Pine se puso de pie y uno de sus hombres tomó las bolsas con pragmas. Los hombres hablaban entre sí, pero Ferd no podía escuchar nada, como si algo bloqueara sus oídos. No escuchó lo que dijo el capitán aun cuando vio moverse sus labios. Momentos después Vania se sentó frente a él y le tomó de la mano. Y poco a poco volvió a escuchar.

—Oye, oye… ¿estás bien?

Se encontró reflejado en su ojo descubierto. Su rostro estaba pálido, como si acabara de ver al mismo Elkes.

—¿Qué pasó?

Vania sonrió.

—Al parecer iremos más allá del fin del mundo.

Resta 01

Dejó marchar al caballo y tomó los harapos que le robó a aquel triste infeliz. Se colocó la capucha, ensució su rostro con tierra y comenzó a cojear de una pierna.

El pueblo estaba bajando la colina, a las afueras del Bosque Negro. Sabía que el chico se estaba escondiendo en alguna parte. Sabía que no estaba en Costa Gris. Aquello era una mentira para confundir a los caza-recompensas. No, Aurelyus no era estúpido.

Bosque Negro era el lugar perfecto. Los árboles eran altos y espesos. Hectárea tras hectárea sin pueblos cercanos. Era el único bosque de ese tipo de la región así que, aunque supieran que se escondía allí tardarían demasiado tiempo en encontrarlo. En unos meses los gigantes atacarían y todo se volvería un caos. Cuando sucediera podría moverse hacia las islas del mar del fin del mundo donde podría estar seguro y comenzar una nueva vida. Aunque también estaba la posibilidad de comenzar de cero, en Pilartica. La gran región helada le resultaría tentadora. Como fuera, debía encontrarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Resta lo conocía desde pequeño. Su primo no era bueno con las armas, estaba claro. Mas, confiaba que en su ser residía el alma de un guerrero. Después de todo, el legado de Mondo creyó en él y el arma lo eligió.

Mondo no fue como el resto de héroes y era de esperar que sus elegidos no fueran guerreros corrientes. No era como Volcano que elegiría al más imponente o Evangeline que elegiría a la más honorable. No, lo que los elegidos por Mondo tuvieron en común, a lo largo de casi mil años, fue la capacidad para sobrevivir. Mientras el resto buscaba actuar como héroes, el elegido por Mondo buscaba matar y no morir en el proceso. Y Aurelyus, siendo tan débil, era el sobreviviente por excelencia.

Recorrió las calles y prestó atención. En algún momento escucharía lo que necesitaba escuchar. Las noticias era que el Señor de Las Puertas de Elkes puso precio a la cabeza de su hijo. La opinión general era que estaban de acuerdo. Si un elegido escapaba de su obligación no merecía otro destino que la muerte. Pero que, al mismo tiempo consideraban la decisión de Dario Myrdynn como muestra de extrema frialdad. Después de todo se trataba de su hijo. Algunos decían que podría confinarlo a las mazmorras por el resto de su vida, alimentándose de ratas y lamentando el haber ignorado su deber. Que el chico era un cobarde estaba en boca de todos. Se decía incluso que se vio venir, que con solo verlo se sabía que era el Myrdynn fallido.

Así era como lo conocían.

La paciencia tuvo resultados. Escuchó sobre un vagabundo que desde hace poco se asentó en el bosque, al este, cruzando el río Yena. Cabalgó hasta la orilla del río, pagó a un viejo barquero para que la ayudara a cruzar y recorrió las costas siguiendo las huellas. Encontró una cabaña en apariencia abandonada. Había carbón en la fogata de la noche anterior y rastros de que alguien estuvo hace poco.

—¡Eres bueno escondiéndote! —alzó la voz—. ¡Pero te falta mucho por aprender! ¡Fue fácil seguir tu rastro!

—¿Resta? —escuchó la voz del chico—. ¿Resta eres tú?

—Aurelyus, he venido por ti.

El chico salió de su escondite, con los pardos cabellos enmarañados y el rostro sucio al igual que las prendas. Sostenía un cuchillo y estaba más delgado de lo que recordaba. Caminó hasta sentarse sobre uno de los troncos apostados alrededor de los restos de la fogata. Dejó el cuchillo

a su lado y se frotó los ojos…

—¿Vas a matarme? —le preguntó posando su mirada en él.

…aquellos ojos, verde claro.

—Depende —respondió—. Primero lo primero.

Resta le dio un puñetazo en pleno rostro. El golpe hizo que el chico cayera de espalda, con la nariz sangrando de inmediato. Aurelyus se tomó el rostro para esconder las lágrimas.

—Ahora, explícate —solicitó Resta.

El chico tembloroso y descolocado, se sentó frente a él.

—Tenía miedo —balbuceó.

—Ya lo sé, pero, ¿por qué huiste?

El chico escondió la mirada.

—En La Ciudad de los Héroes, en la presentación, cuando vi al resto de elegidos, me di cuenta que comparado con ellos no tengo nada que ofrecer. Me di cuenta que es indiferente si me escondo ahora o me escondo después. De todas maneras, no tengo oportunidad.

—¿Por eso decidiste renunciar al arma?

—Aun si encontrara el arma, no sabría qué hacer.

Resta examinó al muchacho. Tomó aire y se puso de pie. Aurelyus levantó la cabeza.

—¿Vas a matarme? —volvió a preguntar.

—Cómo dije, depende —Resta miró hacia donde debían dirigirse—. Te acompañare a buscar el arma. Lo que hagas después será cosa tuya. Si me dices que no tienes intenciones de ir te cortare el cuello aquí y ahora. Tú decides.

Aurelyus Myrdynn se puso de pie y se limpió las lágrimas…

*

Se levantó de la cama, cogió los pantalones y comenzó a vestirse en silencio. La miró de reojo y notó la forma en que ella le miraba, con cierta tristeza en sus ojos negros. Lady Sonya de Tyrr era una mujer tan bella como prohibida. Resta lo sabía y aún así se dejó llevar por el deseo.

Sobre todo, porque aun era Sonya Myrdynn.

—¿Irás? —le preguntó.

Resta se sentó al borde de la cama para calzarse las botas.

—Ni siquiera sabría por dónde comenzar a buscarlo —respondió.

—Ira al Bosque Negro.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé —Sonya puso su mano sobre la suya—. Ve por Aurelyus, por favor.

Resta se giró para verla y notó el clamor de una madre, preocupada por su hijo. Pero no era suficiente.

—Aunque lo encuentre, no puedo hacer nada si insiste en negar su misión —respondió

De pronto, ella sonrió.

—Te aseguro que no es como piensas —le replicó—. Aurelyus es más de lo que puedas imaginar. Más que su padre, más que cualquier otro elegido. No lo digo porque sea su madre. Te lo digo porque lo sé, pero no lo comprenderas hasta que lo veas con tus propios ojos.

*

El gran castillo de Arena Negra estaba ante ellos. El castillo se ubicaba a la orilla del mar

junto a la ciudad del mismo nombre. Tenía dos altos torreones a cada lado y un puente de piedra que se extendía por más de cien metros y que custodiaban dos estatuas de antiguos guerreros. Arena Negra era parte de Las Puertas de Elkes, pero parecía completamente distinta al resto de la región.

—¿Qué haremos aquí? —preguntó Aurelyus.

—Es claro lo que haremos —respondió Resta—. Necesitamos un barco.

El muchacho pareció sorprenderse.

—Pero Resta, sabes que Nero no daría uno de sus barcos al hijo de Dario Myrdynn. Dirá que no tiene ninguna obligación.

Lo que Aurelyus decía era cierto. Nero Colys odiaba a su señor, ni siquiera lo consideraba como tal, aunque cumplía con sus deberes ante él. Podría odiarlo, pero no era estúpido. No le declararía la guerra a menos que estuviera seguro de ganar y Dario tenía uno de los mayores ejércitos entre los señores de Las Puertas.

—Veremos.

En la puerta los recibió dos guardas armados. Preguntaron cuál era su asunto.

—Soy Resta Myrdynn y deseo una audiencia con su señor.

Los hombres se miraron y parecieron titubear. Uno de ellos respondió.

—Mi señor no se encuentra. Vuelva por donde vino.

Resta se bajó del caballo.

—No parecen hombres estúpidos —los miró directamente—. A lo mejor no escucharon bien. Vayan y díganle a Nero Colys que Resta Myrdynn quiere hablar con él.

Los hombres se volvieron a mirar. Uno de ellos pareció reconocer al fin su nombre y la fama que le acompañaba. Lo supo por cómo se torció su rostro.

—Espere aquí —solicitó este.

Después de un rato la puerta volvió a abrirse y esta vez un grupo de soldados salió a su encuentro.

—Nuestro señor los recibirá.

Entraron a una pequeña sala en el ala este del castillo. Encontraron la chimenea encendida y a Nero Colys de pie ante la ventana.

—¿Me podría alguien explicar qué es lo que Resta Myrdynn quiere en mis tierras? —preguntó el Señor de Arena Negra. Miró al muchacho y sonrió de forma grotesca—. Aurelyus Myrdynn. A los dioses sí que les gusta hacer bromas.

Resta le indicó al muchacho que se sentara en una de las sillas al otro extremo de la sala. Aurelyus fue incapaz de esconder el temor que le causaba ese hombre. No era para menos. A pesar de que ahora estaba gordo y calvo en su momento fue reconocido como un extraordinario guerrero.

—Me gustaría hablar contigo —le dijo Resta.

Nero Colys pasó de mirar a Aurelyus a prestarle atención.

—Y a mí me gustaría hablar con él.

Resta se rascó la nuca.

—Estoy seguro que sí, pero primero escucha lo que tengo que decir.

El Señor de Arena Negra chasqueó los dientes. Le guió a una habitación contigua donde se sirvió vino gris. Le ofreció un vaso; detalle que Resta aceptó.

—Seguramente me contarás una historia —bufó Nero Colys—. Al final me pedirás algo.

—Estás en lo cierto —repuso Resta—. La historia es que estoy acompañando a Aurelyus para que encuentre el arma. Lo que tengo que pedirte es que pongas a disposición un barco.

—Resta, tú no cambias —dijo sentándose en un gran sillón de piel—. Te conozco hace veinte años. Eres buen guerrero, mejor asesino, pero también muy engreído. Las noticias vuelan. Fue elegido por Mondo y huyó. Que ahora quiera ir por el arma no cambia ese hecho. ¿Por qué debería ayudarlo?

Resta se sentó delante de él en una silla de menor envergadura.

—Porque seguramente sabrás que Dario lo quiere muerto.

Nero se inclinó hacia él.

—No se trata de estar de acuerdo con el estúpido de tu tío —replicó—. Huyó de su deber. Es una grave falta.

—No huyó —respondió Resta con tranquilidad—. Solo se desvió de la ruta. Por eso queremos un barco. Para recuperar el tiempo perdido.

—Resta, no me trates como si fuera un idiota. Huyó, no hay otra forma de verlo. Debiste matarlo cuando lo encontraste. Bueno, comprendo porqué no lo hiciste. Después de todo es tu primo. Eres el único Myrdynn que soporto. Por esa razón te dejé entrar y por esa razón estoy dispuesto a hacer lo que no fuiste capaz de hacer.

Resta se recostó en el asiento.

—No matarás a Aurelyus, en lugar de eso nos ayudarás a llegar a las cuevas. La razón por la que lo harás es porque sabes tan bien como yo que si Mondo lo eligió para portar el arma que forjó el mismo Elkes… fue por algo. Su destino no es morir por mi espada o por la tuya.

Nero se levantó y se sirvió más vino gris.

—Eres bueno —rio—. Básicamente me estas pidiendo que vaya en contra de los deseos de Dario.

—Dario es el Señor de Las Puertas, pero no por eso deja de ser solo un hombre. Matar a un elegido es ir en contra de los deseos de los dioses.

«Siempre que este no intente matarte».

El señor de Arena Negra balanceó la copa de vino entre sus dedos.

—Realmente eres bueno…

Esa misma tarde embarcaron en uno de los navíos de los que los hombres de Arena Negra se sentían orgullosos. Era un embarcación angosta y larga diseñada para navegar tanto en mar abierto como por ríos estrechos. Esta característica les brindaba una ventaja sobre los enemigos o si deseaban atacar alguna ciudad. Nero asignó a una treintena de hombres y a él mismo para acompañarlos. La supuesta intención del Señor de Arena Negra era asegurarse de que el chico alcanzara lo más pronto posible el arma para de esa manera acallar las voces de su cobardía, con el agregado de verlo con sus propios ojos.

—Si ha de morir no será por mi espada ni por la tuya —Nero parafraseó sus palabras—. Sera porque un gigante lo pisó como una hormiga.

La densa neblina al oeste señalaba el lugar donde se encontraba la Barrera Azul. La neblina se perdía tanto al norte como al sur.

—Me pregunto si alguien, alguna vez, intentó cruzar al otro lado —comentó Resta dejándose llevar por una curiosidad que mantenía desde que era un chico.

—Al otro lado solo espera la muerte —respondió Nero—. Criaturas tan extrañas como imposibles viven en sus costas, además, claro, que un gigante se devoraría este barco como uno devoraría una pata de pollo, solo que no escupirían tus huesos.

«Aun así, sería interesante intentarlo».

Aurelyus se acercó y pareció armarse de valor.

—Mi señor, no tuve la oportunidad de agradecerle que…

—No me agradezcas nada —le interrumpió Nero—. Si estás vivo es porque Elkes lo quiso así y porque tu primo puede ser un grano en el culo si se lo propone.

Resta se aclaró la garganta.

—¿Cuál es el plan?

El hombre escupió por la borda.

—El plan es evitar que maten a este hasta que consiga el arma —miró al muchacho—. Imagino que tienes planeado no huir, ¿verdad?

—N-no, mi señor —balbuceó Aurelyus.

—Bien —se inclinó a su rostro—. Porque si lo haces te buscaré y te meteré mi espada por el culo. ¿Entendiste?

—S-sí, mi señor.

Resta se paró a su lado y cruzó miradas con Nero Colys.

—Nos dirigimos a la desembocadura del Testarudo —aseguró—. Desde allí remaremos contra corriente hasta el punto más cercano a la Cueva de Mondo. ¿Te parece el plan?

—Me parece bien —el Señor de Arena Negra dio una palmada —Ahora, me emborracharé hasta llegar a nuestro destino. Si tenemos que luchar es mejor estar preparado.

Lo vieron sentarse en la popa del barco y beber directamente de una de las botellas que estaban en las cajas que embarcó.

—¿Piensa luchar estando borracho? —le preguntó Aurelyus, en voz baja.

Resta le miró como quien mira a alguien que preguntó una estupidez.

—En el pasado hubo hombres que quisieron hacerse de Arena Negra. Nero los combatió; salió ileso de cada batalla y todas las veces había bebido tanto que no recordaba ni su nombre.

Aurelyus frunció el ceño. Era comprensible. Resultaba difícil imaginar que aquel hombre viejo, calvo y gordo pudiera ser un excelente guerrero.

—¿Lo conociste en el pasado? —le preguntó el muchacho.

—Más que conocerlo —se sentó y recostó la cabeza sobre la proa—. Fue el único hombre que fallé al matar.

Esperó que el chico fuera lo suficientemente inteligente para no hacer más preguntas.

—Esa caja — sin embargo, continuó—. Es demasiado grande para contener vinos.

Resta recordó que subieron esa caja en el puerto del castillo. Por sus características no podría ser otra cosa que un féretro, aunque ciertamente era demasiado grande para un hombre comun.

—¿Qué crees? —respondió denotando impaciencia.

Aurelyus pareció asustarse.

—¿Por qué traería un muerto?

«Esa no es la pregunta, sino de quién se trata»

Dejó al chico y se acercó al señor de Arena Negra. Tomó una botella de vino y se sentó a su lado.

—Por la bendición de Elkes —brindó.

—Porque el señor de la muerte nos haga llamar en combate —respondió el hombre.

Resta le dio dos golpecitos al féretro.

—¿Quién es el desafortunado?

Nero Colys se limpió, con el antebrazo, el vino de los labios.

—Un pobre infeliz que lo único bueno que hizo en la vida es servir de ofrenda en la muerte. ¿Por qué preguntas?

Resta Myrdynn se llevó la botella a la boca.

—Curiosidad.

—La curiosidad ha matado más hombres que una cogida con la mujer equivocada. Sobre eso. ¿No has pensado en casarte, tener hijos? Tus hijos llevarían ese apellido de mierda que tienes. Serian herederos dadas ciertas condiciones. Veo a ese estúpido chico y sé que no sobrevivirá —se inclinó para hablarle al hombro—. No me molestaría apoyar a un Myrdynn que valga la pena.

Resta arrojó la botella al mar y tomó otra de una de las cajas.

—Tenemos al heredero ante nosotros y posiblemente nos entierre antes que nosotros a él.

Nero se recostó y cerró los ojos.

—Por eso dije, dada ciertas condiciones…

En cuanto llegaron a la desembocadura del río y encontraron una neblina diferente a la de la Barrera. La sensación era diferente, parecía que la muerte estuviera en el aire.

Culo Testarudo era donde el río, con el nombre más ridículo imaginable, se unía con el mar. Lo llamaron así por un guerrero que prefirió arrojarse a las aguas antes que admitir que se equivocó sobre algo que ya nadie recordaba. Ni siquiera el nombre del guerrero importaba. Pasó tanto tiempo desde aquel día que solo lo recordaban como el guerrero testarudo. Resta se apoyó contra la baranda mientras los hombres de Nero Colys guardaban la vela y tomaban los remos. Ni siquiera el viento estaba a su favor. Las aguas en la desembocadura eran tan revueltas que grandes remolinos se formaban. Cualquier otro barco tendría mayores problemas, pero no un barco hecho por constructores de Arena Negra. Entró al río con una suavidad que parecía que estuviera sobre un mar tranquilo. Pronto se vieron rodeados por altos acantilados y el laberinto de cuevas comenzó a mostrarse tal como su nombre lo refería.

—¿Te da miedo? —preguntó Nero acercándose a Aurelyus—. No creo que los que buscan tu cabeza vengan por acá. De ellos no tienes que preocuparte. Esperarán cerca de la cueva de Mondo. Les importa menos que la vida de sus madres si vas por el arma.

—El oro. Lo sé, lo sé —aseveró Aurelyus—. Sé que mi cabeza vale más que sus madres.

Los hombres que remaban, rieron.

—Chico, no te hagas el listo —replicó Nero e inmediatamente sonrió—. Aunque es bueno que espabiles. Cualquiera se preocuparía si el elegido fuera tan… como tú.

Los hombres que remaban, rieron aún más.

—Silencio —replicó Resta.

Se hizo silencio cuando los hombres dejaron de remar y prestaron atención a la neblina. La neblina tenía su forma de hablar, desde la respiración de los acantilados hasta los cuervos que sobrevolaban sus cimas. Cuando se supo seguro miró a Nero. Este asintió y ordenó a sus hombres que volvieran a remar.

—Entramos a territorio de los Marqe —le murmuró al muchacho—. Párate firme, mantén la vista adelante y no hagas movimientos bruscos.

El chico asintió. No era para menos, creció escuchando las historias de aquellos antiguos guerreros. Los Marqe existieron desde mucho antes que los héroes, cuando los gigantes no tenían adversarios y arrasaban todo a su paso. Muchos pueblos desaparecieron y su legado con ellos. Pero no los Marqe. Sobrevivieron a esa oscura época, incluso se dice que llegaron a matar a varios de esas criaturas sin necesidad de ninguna arma sagrada.

Los Marqe adoraban a Elkes. Creían que era el dios más importante de los cuatro. No temían por la ira de Sarilo, ni Korana como tampoco de Terum. Se supieron siempre protegidos por el dios de la muerte. Se consideraban sus hijos, nacidos cuando el dios convertido en una montaña eyaculó sobre esas tierras. Por supuesto que Resta no creía en esas leyendas, pero si creía en la ferocidad de esa gente.

—Los Marqe no matarían al elegido por Mondo. No les tienta el oro —murmuró Aurelyus—.

Si ocurre algo puedo…

—Solo si obtienes el arma sagrada —aseguró Resta—. Ahora mismo eres para ellos como cualquier otro.

—Quiere decir que te clavarían un palo por el culo y te dejarían a que los cuervos te saquen los ojos —le dijo Nero, al oído.

Aurelyus se estremeció.

—Ya basta —replicó Resta—. Vista adelante y no se muevan.

«Mierda».

Figuras espectrales aparecieron de entre la niebla, con sus largas lanzas de cobre negro, al igual que sus vestiduras.

—Todo el mundo tranquilo —señaló Resta.

—No me molestaría luchar —bromeó Nero Colys.

—Entonces mejor hubieras traído más hombres —le respondió Resta.

—No te preocupes. Sé que esperabas que al darse cuenta de que se trata de un barco de Arena Negra no harían nada, no te equivocaste… Bueno, tal vez sí.

«Sí, es cierto».

La única razón por la cual escogió esa ruta era porque esperaba que respetaran la relación que tenían con los comerciantes de Arena Negra. Si Nero se hubiese negado estarían rumbo al camino oficial. Aventurarse con cualquier otra embarcación era una segura sentencia de muerte.

Aurelyus le miró con temor.

—Entonces, ¿qué haremos?

Nero les indicó a los hombres que remaran hacia la orilla. Amarraron la embarcación y bajaron al fango gris. Los Marqe eran hombres altos, fornidos, con la cabeza rapada y la totalidad del cuerpo cubierto por un polvo blanco que les daba un aspecto fantasmal. Uno de ellos se adelantó; era igual que sus compañeros y al mismo tiempo diferente, con un aire de poder que le envolvía.

El hombre habló en su propio idioma. Resta no conocía el lenguaje, pero esperaba que Nero hubiese aprendido algunas frases.

—¡Vamos! —bufó el señor de Arena Negra—. Sé que hablas el idioma común.

El hombre se acercó a Nero manteniendo una fiera expresión.

—Ese barco es de Arena Negra. Pocos hombres de Arena Negra tienen permiso para pasar. Conocemos sus rostros y ustedes no son ninguno de ellos.

—Esos hombres que mencionas son comerciantes —respondió Nero Colys—. Tienen permiso de ustedes para intercambiar su mercadería, pero antes necesitan el permiso de su señor para venir por acá. ¿Conoces al señor de Arena Negra?

—Aquí el que hace las preguntas soy yo —le recriminó el hombre—. ¿Cuál es su asunto en estas tierras?

Nero se frotó la barbilla.

—Tú debes ser Mancher —dijo—. Te reconozco porque eres como cuentan las viejas cuando quieren asustar a los niños. Mi nombre es Nero Colys.

El hombre arqueó las cejas.

—¿El señor de Arena Negra?

—El mismo.

El hombre le apuntó con la lanza.

—¡Mientes! —acusó y los Marqe se pusieron ansiosos—. El señor de Arena Negra es un guerrero. No un viejo que apesta a alcohol.

Resta miró con cuidado cada rostro. Estaban listos para abalanzarse contra ellos y se preparó para intervenir.

—Estás pensando en mi versión de hace treinta años —rio Nero Colys—. Hace treinta años tú ni siquiera estabas en las bolas de tu padre —extendió los brazos— ¡Yo soy Nero Colys!

Mancher. El segundo al mando después de Pyrer: Resta había escuchado hablar de él, al menos la referencia de su nombre. Era la primera vez que lo veía en persona.

—Señor de Arena Negra o no, no tienes permiso para navegar estas aguas, no sin nuestro permiso y no lo has solicitado como es debido —repuso el guerrero—. Nos quedaremos con dos de ustedes como ofrenda. El resto de ustedes se regresarán por donde vinieron.

Los hombres de Nero se pusieron nerviosos. No era para menos. Todos sabían lo que significaba ser "una ofrenda".

—Mancher no podemos hacer eso —respondió Nero con una insoportable tranquilidad.

Los Marqe se pusieron en posición de combate.

—¡Esperen!, ¡esperen! —Nero trató de calmarlos—. Tampoco venimos a luchar. Lo que pasa es que tenemos una misión muy importante y esperábamos contar con su ayuda.

Mancher frunció el ceño.

—¿Por qué habríamos de ayudarlos?

Nero se volvió y llamó a Aurelyus con una estúpida sonrisa. Aurelyus miró a Resta. Este asintió y el muchacho obedeció. Nero lo tomó del hombro.

—¡Les presento al elegido por Mondo!

Los Marqe levantaron la cabeza y parecieron prestar real la atención.

—Otra mentira —volvió a acusar, Mancher—. Por mil años los elegidos han recorrido la ruta de Mondo. Qué haría en estas aguas.

—No es una mentira —Resta se animó a intervenir—. Tuvimos que desviarnos porque unos infieles querían matarlo.

Mancher caminó hacía Resta.

—¿Tú quién eres? —le preguntó.

—El asignado como su guardián —respondió sin dudar.

Uno de los Marqe, un muchacho como de quince años le habló en su idioma. Comenzaron a discutir. Resta esperaba que el chico tratara de convencerlo de que decían la verdad, pero posiblemente le estaba diciendo que los mataran de una vez.

—¡Que mierda! —gruñó Nero —tomó a Aurelyus del brazo, sacó su cuchillo y le hizo un largo corte en el antebrazo. Aurelyus gimió de dolor. Los Marqe se pusieron nerviosos—. Como elegido sanara en la mitad del tiempo —agregó con una sonrisa mientras Aurelyus se cubría la herida y la sangre se filtraba entre sus dedos.

Mancher le hizo retirar la mano y examinó la herida.

—Si no se recupera, todos ustedes servirán de ofrenda —amenazó y seguidamente ordenó en su idioma que se llevaran a Aurelyus. Resta sabía que no podría detenerlos. Los Marqe lo iban a vigilar para observar con sus propios ojos como actuaba la recuperación de los elegidos.

Nero se sentó sobre una roca y le pidió a uno de sus hombres que le alcanzara un par de botellas de vino.

—Sabías qué hacer —le dijo Resta asegurándose que los Marqe vigilantes no le escuchasen.

El señor de Arena Negra se limpió el vino que se le escurría de los labios.

—Por supuesto, mi amigo. Apuesto que tenías el mismo plan.

Era cierto. Pensaba utilizar la extraordinaria recuperación que se adquiere cuando son elegidos, para convencerlos. Aun así…

—Sabes tan bien como yo que no te convencí —comento Resta—. Aceptaste por otra razón —se sentó a su lado—. ¿Quieres decirme qué está pasando?

Los hombres cruzaron miradas.

—Sabía que no podría engañarte por mucho tiempo —Nero bebió de la botella y la arrojó al río—. Sé que siempre fuiste alguien muy paciente. Donde otros se desesperarían tu mantenías la calma, como ahora. Bueno, sé paciente.

Resta se acercó a su oído.

—Si vas a hacer algo estúpido, será mejor que te asegures de matarme.

Nero Colys comenzó a reír. Rio tan fuerte que los Marqe quedaron intrigados.

—No quiero matarte. Al menos aún no me has dado razones.

—Lo mismo digo —Resta se puso de pie y caminó hacía los Marqe—. Quiero hablar con Mancher —los hombres mantuvieron una recia mirada—. Sé que me entienden. Díganle que me urge hablar con él.

El hombre de la izquierda le respondió.

—Mancher dijo que esperaran.

—Y yo digo que quiero hablar con él.

Los hombres se aferraron a sus lanzas.

—Amigos —se levantó Nero Colys—. Mantengamos la calma. Resta, ven a beber conmi…

Resta sacó su cuchillo y colocó la hoja en el cuello de uno de ellos. El resto de Marqe le apuntaron con sus lanzas.

—Me matarán, eso es seguro —les dijo a los hombres—, pero antes me llevaré a unos cuantos —quitó el cuchillo de ese cuello—. Díganle a su señor que quiero hablar con él.

Los ojos de aquel hombre mostraron una sed de sangre tal que parecía a punto de lanzarse contra él.

—Dije que…

Entonces se escuchó una voz nueva, grave y dura.

—Ya basta.

Y en el estrecho camino del acantilado estaba un hombre. Era fornido y blanco como una aparición. Resta lo reconoció al instante.

—Perter —dijo.

—Resta Myrdynn —dijo el hombre.

—Y yo soy Nero Colys —intervino Nero Colys en broma—. Es un placer tenerlo con nosotros, señor.

Perter era el que estaba por encima de Mancher y de Pyrer, por encima de cualquiera en realidad. Era el señor de los Marqe en persona. ¿Qué hacía fuera de la ciudad oculta?

—Resta, ¿por qué amenazas a mis hombres? Te creía más inteligente.

Resta pasó entre los hombres y se paró delante del Señor de los Marqe, que ordenó con un gesto que se lo permitieran.

—¿Dónde está Aurelyus? —preguntó con severidad.

—Demostró ser el elegido por Mondo, por tanto, partió inmediatamente hacia su destino bajo la protección de mi gente. Nos pidió que los acompañásemos.

Resta miró a Nero, este se encogió de hombros. Odió lo que estaba pasando, odió haber caído tan fácil en su juego. Contuvo la rabia y terminó por asentir.

—Vamos entonces —celebró Nero.

Los hombres de Perter trajeron caballos además de una carreta. El señor de Arena Negra les ordenó a sus hombres que colocaran las cajas allí. Resta pensó en hacer más preguntas, pero

sabía que sería un acto inútil.

—Vamos —dijo dando su brazo a torcer.

Si hubieran seguido la ruta del río hubieran demorado seis días en llegar a las cuevas, pero a caballo y con conocimiento del laberinto de riscos y cuevas, apenas tardarían dos días y ya no tendrían que preocuparse por los caza-recompensas. Resta cabalgó en silencio. No quería hablar con el maldito de Nero ni saber cuál era el trato que hizo con Perter. Porque eso era, un maldito trato que hicieron el Señor de Arena Negra y el Señor de los Marqe. Sabía que Aurelyus estaba con vida y barajó la idea de que le permitirían alcanzar el arma para luego quitárselo. El arma solo aparecería ante el elegido y, aunque se decía que nadie más que el elegido podría utilizarla, posiblemente esos hombres lo intentarían. ¿Acaso consideraban a Aurelyus tan inferior que sería un desperdicio dejársela? Como fuera, llegado el momento tendría que matar para escapar. Tendría que moverse rápido y encontrar la manera de llegar a Aurelyus para huir. Todo estaba color mierda.

Continuaron atravesando ese paisaje gris, cabalgando entre las cuevas antiguas y altas columnas de roca.

—Has estado muy callado —le dijo Nero—. ¿Estás molesto?

—No me presiones, Nero —respondió y el señor de Arena Negra se echó a reír.

—¡Vamos! Te dije que debes ser paciente.

—Entonces no importa si hablo o no.

—Mira, sé que parece todo extraño, pero te aseguro que en cuanto lleguemos lo comprenderás todo.

Resta le miró de reojo.

—Preferiría comprender ahora —sentenció e hizo que el caballo anduviera con más prisa.

Pronto se encontraron subiendo un empinado camino que parecía llevar a la cima de una colina de rocas sueltas. Cuando llegaron a la cima los caballos se detuvieron y Resta no pudo creer lo que sus ojos estaban viendo.

Desde lo alto observó, con estupor, un mar de lanzas.

—El elegido ya se encuentra dentro de la cueva —le informó a Perter uno de sus hombres.

—Bien —respondió este y se acercó a Resta—. cincuenta mil de mis valientes guerreros. Todos dispuestos a morir por el elegido por Mondo.

Entonces lo comprendió…

*

Resta se puso de pie. Terminó por calzarse la camisa de mallas y el saco de cuero negro. Volvió a mirarla. De alguna forma sabía que posiblemente esa sería la última vez que estaba con ella. Se inclinó para besarla.

—Regresa con tu esposo —le dolió pedírselo—. No le des motivos para librarse de ti.

Sonya Myrdynn le sujetó de la muñeca.

—Mi hijo hará historia, Resta —le dijo con suma seguridad, como si fuera una verdad indiscutible—. Lo que me pase no importa. Importa él. Ve y descúbrelo y, por favor, no te vuelvas su enemigo.

Ella le soltó la muñeca. Resta se quedó meditando sobre esto último, pero no vio necesidad de seguir hablando. Simplemente se marchó.

«Estamos hablando de Aurelyus, pero… y si tiene razón».

El camino al Bosque Negro sería largo y extenuante.

*

…lo comprendió por completo.

—Quería decírtelo —le aseguró Nero Colys.

—¿Cómo? —balbuceó Resta.

El Señor de Arena Negra palmó su hombro.

—En el barco quisiste saber quién era el infeliz que estaba dentro de la caja. Bueno, se trata del elegido por Volcano.

Rodo 01

Rodo Storm se sujetó en coleta los cabellos negros y miró con atención aquellas bolas de fuego surcar el cielo rumbo a su dirección. En el barco, los hombres esperaron en sus posiciones, nerviosos y preocupados de lo que fuera a ocurrir.

—¡Mantengan la calma! —exclamó.

Los hombres soltaron un "¡sí señor!" al unísono mientras se aferraban a sus espadas. Samara se paró a su lado. Tenía los castaños cabellos desordenados al viento y los despreocupados ojos color miel fijos en el peligro que se abalanzaba.

—Caerán en el agua —aseguró en bostezo.

Rodo le miró con desconcierto preguntándose cómo podría saberlo.

Las bolas de fuego siguieron sus trayectorias hasta que, efectivamente, cayeron en las aguas, produciendo un estruendo ensordecedor, levantando grandes olas y cubriéndolo todo con un caliente vapor. El barco se remeció haciéndoles trastabillar. Cuando se incorporaron vieron que los otros dos barcos que le acompañaban, o lo que quedaban de ellos, ardiendo sobre el mar del fin del mundo.

—¡Que rescaten a los sobrevivientes! —ordenó Rodo.

Samara se asomó a la baranda y señaló hacia donde cayeron.

—Mira, mira…

Lo que se hundía en las aguas eran bestias con cuernos de toro y brazos de oso. El vapor que desprendían daba a entender que sus cuerpos eran parte fuego.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Rodo.

—Asesinos de elegidos, hermanito —le respondió su hermana—, o crees que es una casualidad que vinieran por nosotros.

Pronto terminaron de desaparecer en las aguas verdeazuladas del océano y solo quedó una línea de vapor por sobre la superficie.

—Vinieron del oeste —comentó Rodo—, del continente.

—De cualquier parte del continente —corrigió Samara—. Seguramente atacaron a otros elegidos —se llevó el dedo índice al centro de los labios—. A lo mejor alguno murió.

—O a lo mejor fuimos los únicos a quienes atacaron.

—Lo dudo. Si alguien tiene problemas con los elegidos no vendrían por solo nosotros. Principalmente irían por la elegida por Evangeline —estiró los brazos—. Comparada con ella nosotros somos de segunda categoría.

Rodo lo pensó un momento.

—Entonces alguien nos quiere muertos, a todos.

—O algo —su hermana palmó su hombro—. Iré a dormir un rato. Que se dirijan a la isla.

Sangre y Sombra se mostró a la distancia, con la selva verde a las faldas del gran volcán sin nombre. Era la isla más pequeña de todas, pero la más importante y misteriosa; hogar de las armas sagradas y ubicada en el punto más lejano al noreste de Rocasangre. Llegar a ella, en otra época, en otro año y en otros tiempos, era una travesía imposible. Si la isla no desaparecía entre la bruma, fuertes tormentas azotaban sus aguas haciendo que cualquier barco o flotilla naufragase. Era sorprendente cómo las historias se volvían ciertas y cuando los elegidos por Sigi y Sigurd eran revelados, la isla volvía a aparecer en el horizonte.

—Despierten a Samara —ordenó Rodo.

Los hombres saltaron sobre la arena blanca con las espadas en mano preparados para lo que sea que saliera de esa selva. Rodo no podía culparlos. Crecieron con las leyendas de que en Sangre y Sombra habitaban inimaginables criaturas que se devoraban a los hombres y usaban los huesos como herramientas. Él mismo se mantuvo en guardia, prestando atención a las altas palmeras y a los espinosos arbustos al final de la playa. Samara, por su lado, se paró delante de todos y les dijo.

—Bueno muchachos, es el turno de ir por las putas armas. ¿Están listos?

—¡Sí, mi señora!

—No los escuché.

—¡SÍ, MI SEÑORA!

—Así me gusta. Cuando las consigamos, les prometo que bajo nuestro mando seremos invencibles. Por la gloria de Rocasangre.

—¡Por la gloria de Rocasangre!

Era increíble como su hermana podía motivarlos. Siempre tuvo esa capacidad. Cuando niños, el resto de chicos la seguían en los juegos y era quien animaba a todo el mundo. Parecía que nada le afectaba, siempre estaba en calma aun cuando su vida estuviera en peligro. En parte la envidiaba por ello.

—Rodo —se le acercó—, deja que ellos vayan delante.

Así era ella.

—Necesitamos a algunos para el retorno a casa.

—Designa entonces.

Rodo ordenó que cinco hombres se quedaran cuidando las embarcaciones, el resto, los diez hombres, se adentraron a la selva junto a ellos.

La agreste selva no mostraba camino alguno.

Decidieron dirigirse hacia el volcán, lugar que se sabía estarían las armas. El calor era insoportable y la humedad, junto con los mosquitos, les estaba volviendo locos. A uno de los hombres los mordió una serpiente. Le vieron volverse azul, los ojos inyectarse en sangre y convulsionar poco antes de morir. Dejaron su cuerpo allí, para recogerlo al retorno si es que los animales no se los devoraban antes. Cuando llegaron a la orilla de un río, un cocodrilo se abalanzó contra otro hombre y se lo llevó a lo profundo de las aguas.

—¡Mantengan los ojos abiertos! —ordenó Rodo y se acercó a su hermana—. No están acostumbrados.

—Riesgos del trabajo —comentó Samara—. Son conscientes.

Encontraron un punto donde cruzar el río, pero al otro lado un maldito tigre se lanzó contra otro desgraciado y le desgarró el pecho. Alcanzaron a matar al tigre, pero ya era demasiado tarde para el pobre bastardo. Los hombres comenzaron a ponerse nerviosos, murmuraban que la selva no iba a permitir que nadie más que los elegidos siguieran avanzando.

—¡No tengan miedo! —exclamó Rodo—. Solo mantengan los ojos abiertos.

Su hermana tomó la palabra.

—No mueran de manera estúpida. Son hombres de Rocasangre, no inútiles del continente, ¿o me equivoco?

—¡No, mi señora!

Pero a pesar de ellos dos hombres más murieron en el camino. Ambos murieron al caer por una grieta entre las rocas. Para cuando el sol se estaba ocultando llegaron al pie del volcán. Desde allí todo era cuesta arriba.

—Descansaremos esta noche —ordenó Rodo.

Libraron el monte circundante y encendieron una gran fogata con la esperanza de que el fuego alejara a las bestias. Se asignaron turnos de vigilancia y, espadas en mano, montaron guardia con los sentidos alertas ante cualquiera movimiento. Para su mala suerte comenzó a llover obligándoles a buscar refugio en una saliente de rocas. Apestaba a mierda de murciélagos y temían que fuera el hogar de serpientes. Rodo se mantuvo atentó, junto a los pobres infelices que estaban pendientes de la selva. Los relámpagos iluminaron el cielo nocturno y los truenos hicieron vibrar los huesos. Y, aun así, Samara continuó durmiendo plácidamente.

—¿Cómo puede dormir tan tranquila? —escuchó preguntar a uno de los hombres. Otro le respondió.

—Porque sabe que Sigi la protege, al igual que Sigurd a él.

—Cállate —intervino un tercero mirando de reojo a Rodo.

«Como si Sigurd fuera a protegerme», pensó Rodo.

Pero antes de que pudiera responder, un enorme brazo tomó al primero que habló y lo arrastró hacía la lluvia. Los hombres se pusieron de pie en sobresalto. El cielo relampagueó y vieron a un enorme oso que rugió enfurecido.

Rodo ordenó rodearlo y lamentó que las espadas no fueran lanzas y su tamaño no fuera de tres metros. El oso se abalanzó contra el siguiente y lo arrojó contra las rocas destrozándole la cabeza. Los hombres aprovecharon para darle estocadas. El oso hizo un giró rápido y clavó sus garras en un tercer infeliz abriéndole el estómago y desparramando sus entrañas. Rodo se abalanzó contra su espalda y le clavó la espada en la nuca, justo en la columna. El oso cayó gimiendo y terminó el trabajo dándole varias estocadas.

Para la mañana, apenas había dormido, quedaban dos hombres y Samara despertó, estirando los brazos.

—Buenos días —bostezó y se fijó en los cadáveres, y en los dos soldados que la observaban con los rostros palidos y ojerosos—. Parece que fue una noche divertida.

—Mi señora, deseamos regresar al barco —dijo uno de ellos.

Samara se puso de pie y sacudió sus ropajes.

—No, mis estimados guerreros, debemos continuar, sino la muerte de nuestros compañeros habrá sido en vano.

—Pero…

Se inclinó para acariciar el rostro de uno de ellos.

—¿Quieren regresar a casa y contarles a sus mujeres y a sus hijos que huyeron como cobardes?, ¿que tuvieron la oportunidad de hacer algo extraordinario y decidieron darle la espalda?, ¿que los dioses tuvieron sus ojos puestos en ustedes y se escondieron como alimañas? En algún momento a todos nos toca morir. Levántense y vayamos por las putas armas.

—Sí, mi señora.

Samara le murmuró a Rodo.

—Nuestro tío nos asignó los más cobardes. Era de esperar.

Y sí que lo era. Pristo Storm era el señor de Alta Bruma, hogar de los Storm desde la época inmediata a Sigi y Sigurd. Pristo preparó a sus hijos Everaga y Milo para que fueran elegidos y así recobrar la grandeza de los Storm, desde Severa y Hugo. Pero las cosas no salieron como esperaba y fueron sus sobrinos en quienes Sigi y Sigurd depositaron su confianza. Y Pristo detestaba a Samara más que nadie en el mundo. era más hábil que Everaga en la lucha y más astuta. En el fondo el viejo Pristo sabía que, de los Storm, ellos serían los elegidos. Por ello no fue sorpresa que solo les dieran tres barcos con los peores hombres que pudo encontrar.

Aun así, Samara era capaz de extraerles valor.

Comenzaron el duro camino empinado por sobre roca volcánica y el ambiente cambió drásticamente. De pronto el aire se volvió escaso y era difícil de respirar. El cielo, despejado cuando estuvieron en la selva, en ese momento estaba cubierto por densas nubes grises y todo alrededor apestaba a muerte. A su paso se veían huesos de bestias a medio enterrar y los buitres revoloteaban por sobre sus cabezas. Rodo iba delante, en el fondo deseaba que esos pobres infelices sobrevivieran. Samara iba atrás masticando un trozo de carne seca. Poco a poco el camino se puso más empinado y las rocas rodaban con más facilidad. El elegido por Sigurd temió que alguna roca comenzara a rodar, aplastándolos a su paso. Les pidió que tuvieran cuidado al caminar, que enterraran bien los pies en la tierra negra, prestos a esquivar ante una avalancha de tierra. Samara le miraba como si fuera a echarse a reír.

Llegaron a una planicie donde aprovecharon para descansar. Rodo calculó que si mantenían ese ritmo deberían estar en la boca del volcán antes del anochecer. En todo caso, ese mismo día debían haberse hecho con las armas.

Las armas, ni siquiera sabía cómo debía utilizarla, nadie lo sabía más que por registros. Desde los primeros elegidos, Rebel y Nano Deadsea y pasando por los subsecuentes se decía que en cada vez tardaron meses en aprender a utilizarlas. Aunque el concepto era sencillo, en la práctica no tenía puñetera idea.

El Cuchillo Rojo manipulaba la sangre y el Cuchillo Negro manipulaba las sombras. Rodo miró su sombra y pensó de qué manera lo haría. Cuando niños, su madre le contaba que Sigurd podía vencer a cualquiera, porque todos tenían sombra y porque con el Cuchillo Negro era el dueño de todas. Se decía que como Sigurd no hubo otro, que dejaba vulnerable al más gigante de los gigantes, que incluso podría derrotar a cualquier otro elegido si se lo propusiera… salvo a su hermana.

Sigi era otra historia, su ataque era directo y si tenías una herida, por mínima que fuera, estabas perdido.

—¿En qué tanto piensas, hermano? —le preguntó Samara.

—En nada —meneó la cabeza—. Deberíamos continuar.

—Bueno, mientras estabas en tu mundo esos dos decidieron morirse.

—¿Qué? —los hombres estaban recostados, cabeza con cabeza, sobre unas rocas, como si se hubieran quedado dormidos. Rodo revisó rápidamente sus cuerpos—. Pero si no tienen heridas.

—Es el aire —aseguró Samara mordisqueando un trozo de carne seca—. Está envenenado.

—¿Envenenado? —frunció el ceño.

—¿No te diste cuenta cuando los buitres dejaron de seguirnos? El aire está envenado, pero no nos afecta.

—Nadie nos dijo…

Samara sacó su cuchillo y le hizo un corte en el muslo a uno de los cadáveres.

—La sangre está más espesa —pasó sus dedos y la olió—. Definitivamente es veneno.

—Entonces, si hubiésemos subido con veinte hombres los veinte hubiesen muerto.

—Esta isla sí que es curiosa —su hermana se puso de pie—. No esperarías encontrarte a bestias salvajes.

—Te diste cuenta y no dijiste nada.

Samara se encogió de hombros.

—Necesitaba comprobarlo.

Rodo recordó que ella siempre fue así.

—¿Vamos por las armas? —le preguntó acompañándolo con un resoplido.

—Espera.

Samara observó con demasiada atención la sangre en sus dedos, algo poco frecuente en ella.

—Deja de perder el…

La sangre se juntó formando una pequeña esfera que flotó en su palma. Samara sonrió satisfecha.

—Creo que empiezo a entenderlo.

*

Samara y Rodo se apersonaron a uno de los salones personales del Señor de Alta Bruma para solicitarle que les asignara una flota. A Pristo Storm le acompañaban sus hijos, Milo y Everaga, además de sus principales capitanes. La idea era acudir a la presentación en La Ciudad de los Héroes y partir de inmediato en busca de las armas.

—No entiendo —aseveró Samara, después que Milo Storm, a nombre de su padre, se negara a su petición.

—¡¿Qué es lo que no entiendes?! —preguntó Milo, enfurecido—. Mi padre no tiene intenciones de darles un solo barco.

Rodo apretó los puños y esperó a que su hermana le diera una respuesta. Antes de que entraran ella le pidió que la dejara hablar y que pasara lo que pasara no se dejará llevar por las emociones.

—Ya veo, mi señor —aseguró Samara encogiéndose de hombros—. Entonces tendré que pedirle a los Hurricane que nos apoyen.

Los presentes dejaron notar su desaprobación.

—¿Van a mendigar por ayuda a los Hurricane? —rabió Milo Storm—. ¿Es que acaso quieren deshonrar el apellido que llevan?

Milo era la versión joven de su padre, fornido, recio e igual de directo. Era un sujeto orgulloso y como tal, odiaba tener ante sí a quienes eligieron en lugar de ellos.

—No seriamos nosotros quienes estaríamos deshonrando a los Storm —refutó Samara—. Somos los elegidos y nuestra propia familia nos niega el apoyo. ¿Cómo creen que lo verán el resto de familias? ¿Acaso son tan ingenuos para creer que Huger Hurricane no sacaría provecho de la situación?

—Todos aquí sabemos lo manipuladora que eres, Samara —comentó Milo, viéndole con desdén—. Si pretendes que hagamos lo que quieres...

Samara abrió los brazos.

—Yo no pretendo nada —aseguró—. Y lo que piensen de mí no cambia el hecho de que tengo razón. En fin, si prefieren podemos irnos y ya.

Uno de los capitanes buscó hablarle al oído a Pristo, pero lo mandó a callar con un gesto.

—Esperen —intervino este—. Accederé a su petición.

—¡Padre! —se alteró Milo.

—Son los elegidos, Milo —le respondió, denotando autoridad—. Pero será con una condición: si no consiguen las armas, no se atrevan a regresar.

«Maldito viejo».

—Me parece bien —asintió Samara.

Everaga Storm se aclaró la garganta.

—Has estado muy callado, Rodo —se dirigió a él—. ¿No tienes nada que decir?

Rodo paseó su mirada entre los presentes, antes de enfocarse en el Señor de Alta Bruma.

—Estoy de acuerdo —sentenció.

—Entonces, nos vamos —se despidió Samara, por los dos.

—Samara —le detuvo Pristo Storm—. Me gustaría hablar contigo a solas.

Los capitanes, así como Milo lucieron inquietos. Por su lado, Rodo pensó en decirle que de ninguna manera le dejaría a solas con su hermana.

—Por supuesto, mi señor —aceptó Samara.

—Samara —Rodo les dio la espalda y entrecerró los ojos ante su hermana, meneando ligeramente la cabeza.

—Estaré bien —le susurró, enseñándole esa sonrisa característica en ella.

*

Se sabía que el volcán no estaba activo y que tal vez habían pasado miles de años desde la última vez que hizo erupción. No era como el Sierra, hogar del arma de Volcano, que parecía a punto de hacer erupción en cualquier momento. No, este volcán sin nombre era como un guerrero que murió en batalla con una sonrisa en los labios ante la gracia de los dioses. Y dentro, en alguna parte, descansaban las armas sagradas.

Subieron la empinada pendiente donde el aire era más pesado y una neblina comenzó a envolverlos. Rodo se asomó al interior. Vio un camino de rocas que recorría la pared interior y se perdía en el fondo.

—Ahora debemos descender —comentó.

—Si quieres podemos quedarnos aquí. Es una hermosa vista —respondió su hermana.

—No bromees.

Comenzaron a descender y cada vez el trecho se hacía más angosto, la luz del sol comenzaba a escasear y la neblina se hacía más intensa. En un momento Rodo pensó en tomar la mano de su hermana para no separarse de ella. Pensó si los anteriores elegidos hicieron lo mismo.

En un momento ya no se podía ver casi nada.

—¿Samara?

Al volverse su hermana ya no estaba. Estaba solo, rodeado de esa neblina que era más espesa que antes y que parecía intentar absorberlo. Temió que Samara pisara en falso y cayera al fondo del volcán, temió por sí mismo y por la posibilidad de no encontrar el arma. No todos los elegidos lo consiguieron y él no tendría porqué ser especial.

—¡Samara!

Gritó con todas sus fuerzas, gritó y gritó hasta que le dolió la garganta, pero la única respuesta que obtuvo fue el tétrico silbido del viento. Descendió apoyándose en la pared de roca con la esperanza de alcanzar el fondo y toparse con su hermana. No moriría de esa manera, por supuesto que no. A Samara le esperaba la gloria. Era demasiada inteligente como para morir de manera tan estúpida. Continuó descendiendo, acelerando el paso, descuidando sus movimientos y tropezando de manera torpe. Cayó sobre unas piedras y rodó cuesta abajo hasta que su cuerpo flotó. Flotó sobre la neblina con el viento susurrándole al oído.

“Rodo Storm, las sombras esperan por ti”.

Le resultó imposible saber cuánto tiempo estuvo flotando o cuándo perdió el conocimiento. Cuando despertó estaba acostada sobre una cama de huesos. Podía verlo todo claramente. Los restos de cientos de hombres, tantos cráneos que era imposible de creer. Era un ambiente sombrío, gris y asfixiante. Se puso de pie y recorrió el lugar en busca de su hermana. No estaba nadie más que él y los restos de guerreros muertos a lo largo de la historia. Posiblemente tributos a Elkes, forjador junto a Sarilo de los cuchillos sagrados. ¿El señor de los muertos trataba de

hablarle?

—¡Samara!

Ahogó un grito que se perdió en las paredes de roca volcanica. Los huesos se resquebrajaron a sus pies, pero alcanzó a sentarse en un extremo. La temperatura descendió abruptamente y comenzó a temblar. Moriría congelado si no buscaba cómo salir. Pero no había ruta que seguir ni sendero posible, solo paredes de roca en vertical. Como se viera era una prisión. Aquellos infelices debieron correr la misma suerte. Recostó la cabeza y meditó si debía darse por vencido.

A lo mejor no pasaron la prueba. A lo mejor Samara estaba en una tumba igual.

«No».

Sacudió la cabeza.

—¡Quien sea, sea Sigi y Sigurd quienes decidieron nuestros destinos o el mismo dios de la muerte quien reclama para sí nuestras almas!... ¡No moriremos aquí! ¡Me escucharon!

Comenzó a aplastar los cráneos de pasados guerreros. Los pisó con fuerza y con una vehemencia tal que parecía desear destrozarse las piernas. Dio vueltas alrededor, en una extraña danza que crujía y retumbaba en todas partes. Cuando se sintió exhausto se dejó caer sobre los huesos, con los brazos abiertos y mirando hacía la neblina en lo alto.

—No crean que nos rendiremos —cerró los ojos—. Dominaremos el mundo.

Era imposible saber cuánto tiempo había pasado. Se sentía hambriento y, sobre todo, sediento. Le dolía el cuerpo y la cabeza le daba vueltas. Quiso reír por aquella situación. Nunca se le cruzó por la cabeza que moriría de hambre y sed. Pasó un corto tiempo o tal vez mucho más cuando el viento dejó de silbar y las voces se hicieron presentes. Voces graves, voces agudas, voces de hombres y mujeres. No podía entender lo que decían, pero estaba seguro que le hablaban a él. Y estaba seguro porque lo único que reconocía era su nombre entre todas esas palabras amontonadas.

“Rodo Storm”, “Rodo Storm”

—¡¿Qué quieren de mí?!

“Rodo Storm”.

—Ese es mi nombre, malditos. Muéstrense ante mí y verán de lo que soy capaz.

Pero las voces continuaron repitiendo su nombre entre aullidos y lamentos. Deseaba entender qué decían, necesitaba comprender por qué jugaban con él.

—Mátenme de una vez si eso es lo que quieren, pero déjense de tanta mierda —sacudió su espada, como si luchara con el aire—. No les tengo miedo.

“Rodo Storm”.

—Jódanse —guardó su espada y se sentó sobre los huesos—. Si creen que clamaré por mi vida, jódanse.

El tiempo golpeó con más fuerza sus sentidos y resistencia. Necesitaba beber agua y daría lo que fuera por una pierna de cerdo bien cocida. Se tocó las costillas que ya se marcaban en su piel. Al verse las manos encontró dedos huesudos y perdió dos dientes al morder una piedra creyendo que era una dulce mora.

“Rodo Storm”.

Pasaba el tiempo acostado sobre los huesos, sin ganas ni fuerzas para levantarse. Miraba la neblina, estaba familiarizada con ella. Sus pensamientos era un remolino de ideas sin sentido, a veces recordando el hogar, otras veces añorando la compañía de su hermana.

«Espero que al menos tú lo consigas».

“Rodo Storm, ¿estás listo para rendirte?”.

Fue la primera vez que las voces dijeron algo además de su nombre. Y esa pregunta le golpeó

como un puñetazo. Abrió los ojos y gritó con todas sus fuerzas.

—¡¡Jódanse!! —acompañándolo con una risa desquiciada.

“Rodo Storm, pídelo y te daremos la muerte”.

—Ya se los dije, mátenme si eso es lo que quieren, pero antes jódanse.

Y una roca de gran tamaño apareció de entre la neblina y aplastó su brazo derecho. Rodo gritó de dolor al sentir como le destrozaba los huesos.

“Rodo Storm, pídelo y te daremos la muerte”.

—¡¡No quiero morir!! —clamó apretando los dientes y perdiendo otros dos en el proceso—. ¡¡No quiero, no quiero morir, no quiero morir!!

Jaló con fuerza y terminó por arrancar la piel que quedaba todavía en su brazo. Se arrastró unos metros y sostuvo la herida sintiendo la sangre emanar profusa entre sus dedos. Sabía que iba a morir, con cada gota la vida se le extinguía. No pasó la prueba, no pasó la maldita prueba.

—No quiero morir —murmuró.

“Rodo Storm, pídelo y te daremos la vida”.

Rodo abrió los ojos.

—Quiero vivir…

—Rodo, oye Rodo…

La luz del sol le cegó la vista.

—¿Eres tú? —balbuceó.

Y vio sus ojos color miel sobre él.

—Por supuesto que soy yo —rio ella.

Rodo se acarició el rostro, acarició su brazo derecho que estaba de regreso y revisó que tuviera todos sus dientes.

—Al parecer pasaste por toda una experiencia —comentó ella.

—¿Dónde estamos? —preguntó él.

Samara se puso de pie.

—En la cima del volcán.

A diferencia de antes, la neblina había desaparecido y se podía ver la selva como una alfombra y el mar a la distancia. Rodo tuvo un nudo en la garganta, soportó las ganas de llorar. No iba a mostrarse débil ante ella, no más de lo que ya le enseñó.

—¿Qué pasó? —le preguntó confundido.

—¿Qué crees que pasó? Lo que se esperaría. El arma te puso a prueba para ver si eras merecedor —le señaló el cinto del pantalón—. Sobra decir que pasaste.

Rodo encontró sujeto a su cintura un vaina de cuero negro con grabados dorados adornándolo. Y dentro de la vaina un cuchillo de hoja negra y curva, cuyo filo centelló ante la luz del sol y que estaba acompañado por un mango de oro y plata.

Y sintió su poder, como si de pronto fuera dueño de él y no al revés. Sintió el peso del legado de quienes la portaron y la utilizaron para adueñarse de las sombras.

—El Cuchillo Negro —murmuró con asombro.

Samara le enseñó su arma.

—Mira.

—El Cuchillo Rojo...

Contempló el Cuchillo Rojo, tan hermoso, no, incluso más hermoso que el Cuchillo Negro. Ligeramente más grande, su filo fulguró con el color de la sangre, como lo que representaba, de lo que era dueño. Un arma increíblemente mortal si su portadora era capaz de utilizarla en todo su esplendor.

Y se trataba de Samara.

—¿Lo conseguimos? —le preguntó a su hermana.

Aun no lo podía creer. Necesitaba asegurarse de que no era un sueño o una ilusión y aún estaba muriéndose en el fondo de aquel volcán dormido.

—Por supuesto que lo conseguimos, hermanito.

No pudo retenerlo más y gruesas lagrimas rodaron por sus mejillas. Lloró por el peso de la historia sobre sus hombros. Nuevamente unos hermanos Storm eran parte del destino del mundo.

*

Esperó, rozando la impaciencia, a que su hermana retornara a sus habitaciones. Aunque era improbable que Pristo vaya a atentar contra ella, en cuanto la vio se sintió aliviado.

—¿Qué era lo que quería? —le preguntó de inmediato.

Samara colocó la llave en la puerta, abrió y le invitó a pasar con un gesto. De inmediato ella se quitó las armas y se acostó boca arriba en la cama, estirando los brazos.

—Estoy tan cansada —comentó con los ojos cerrados.

Rodo cerró la puerta y se paró al pie de la cama.

—¿Qué era lo que quería? —volvió a preguntar.

Samara entrelazó los dedos por detrás de la cabeza.

—Lo que todos quieren… poder.

Rodo frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Lo que te imaginas. El resentimiento hacia los Hurricane no ha disminuido ni un poco. Tiene planes…

Era cierto. Pristo detestaba a los Hurricane y ansiaba derrocarlos más que nadie.

—¿Qué le dijiste? —le preguntó ahora.

Samara abrió los ojos y le sonrió.

—Le dije que también tengo planes...

*

Los hombres celebraron su retorno. Clamaron sus nombres olvidándose completamente de los compañeros que murieron en el camino. Samara les dijo que debían dirigirse de inmediato a la capital.

—Debemos enseñárselo al señor de las islas, ¿verdad? —le preguntó su hermana, en tono juguetón.

Rodo atinó a asentir sin prestar verdadera atención. Aun necesitaba asimilar que era oficialmente el portador del Cuchillo Negro. Un elegido completo al igual que su hermana. Pero no tenía idea de cómo se utilizaba. Al verlo, fuera de su acabado grandilocuente, solo era un cuchillo más.

«Espera».

—¿No iremos de inmediato al Paso del Gigante? —le preguntó cuando se dio cuenta.

—No, hermanito —le respondió ella—. Tenemos algo más importante qué hacer.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás.

El viento fue favorable y el mar una bendición. Después de todo aquellas armas fueron

forjadas en parte por Sarilo, señor de los vientos y los mares. Era anecdótico al pensarlo, que Sarilo y Elkes se pusieran de acuerdo para forjar las armas de Rocasangre. Se decía que Elkes no se llevaba bien con Sarilo, con quien tuvo varios problemas en los comienzos del mundo.

«Cosa de dioses».

Alcanzaron Rocasangre en menos tiempo, mucho menos tiempo del esperado, como si la distancia se hubiese acortado. Cuando llegaron a la capital los hombres del barco se encargaron de proclamar la obtención de las armas, orgullosos y extasiados.

La gente, al principio confundida, pronto estalló en vítores coreando sus nombres.

—Nos dirigiremos de inmediato a Espuma y Roca —dijo Samara.

—¿Crees que nos estuvo esperando?

—Es irrelevante.

Dispusieron imponentes corceles para ellos, un regalo del señor de Rocasangre. Con ello quedó claro que estaba informado. Cabalgaron a paso lento, gozando el calor de la gente. Samara se veía orgullosa, saludando como toda una señora. Rodo, en cambio, no sabía cómo tomar tanta atención.

—Estas rígido como un palo —bromeó su hermana—. Relájate un poco y disfruta.

Ensayó una sonrisa y saludó forzadamente. La gente clamaba por ver las armas. Samara les enseñó el Cuchillo Rojo, levantándolo a lo alto. El clamor fue unánime. Todos esos infelices estaban extasiados.

—¡Los primeros en conseguir las armas! —exclamaron.

—¡Que los dioses protejan a los elegidos, los Storm!

«Elegidos. Un elegido que no sabe cómo se utiliza el cuchillo».

En el barco buscó practicar, pero sin frutos. Probó a tomar el cuchillo y tratar de alargar las sombras, incluso intento apoderarse de la voluntad de cada hombre en cubierta, sin resultados. Supuso que tardaría un tiempo. Esperaba que no demasiado.

Y su hermana, no la vio intentarlo ni una sola vez. Se preguntó si encontró la manera.

Pronto llegaron al gran castillo de Espuma y Roca. El hogar de los Hurricane desde hacía casi setecientos años cuando le arrebataron el título a los Storm. El castillo fue construido sobre un peñasco a un lado del delta del río Bellavista, con altas torres de vigilancia y enormes muros de piedra que lo hacían parecer indestructible. Las puertas de bronce se cerraron tras de ellos, pero las voces se siguieron escuchando del otro lado.

—¡Viva Samara y Rodo Storm!

Dejaron los caballos para que los llevaran a los establos. Rodo no tenía idea de cuánto tiempo se quedarían en la ciudad. Seguramente un par de días para preparar todo para el viaje. Seguramente su hermana quería asegurarse mejores hombres que los que les dio su tío. Huger Hurricane no podría negarse. Estaba obligado por las antiguas leyes a apoyar a los elegidos. Después de todo les esperaba una difícil pelea contra los gigantes.

Gigantes de sombras tan grandes como montañas.

A pasos de abrir las puertas del salón, donde seguramente esperaba el Señor de Rocasangre, Samara se detuvo.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—¿Recuerdas que antes de partir para la presentación hablé a solas con Pristo? —preguntó ella sin quitar la mirada de la puerta.

—Sí —se limitó, Rodo, a responder.

—Te dije que tenía planes, ¿verdad? —Samara le miró y Rodo asintió recordando la conversación en su habitación—. Bueno, tengo planes para ti —sonrió—. Dime, hermanito, ¿te

gustaría ser rey?

Temple 01

—¡Soy el elegido por Kraster! —exclamó Temple y se arrojó por el barranco.

Mierntras caía cerró los ojos y se aferró a la posibilidad de que los dioses le protegieran. De ninguna manera iba a morir en manos de ese hombre, menos entregarle los Guantes de Pliseron. Tuvo que luchar contra esas criaturas de fuego, donde perdió casi a todos sus hombres; hombres valientes que dieron su vida por él. Tuvo que atravesar el desierto de Metal sin agua ni alimentos y rozando el delirio. Tuvo que entrar al Cañón de la Muerte y pasar diez días en ese infierno, hasta que el arma se le hizo presente.

«¿Acaso pasé por todo eso para morir en manos de este hombre?».

Un hombre que fue capaz de matar hábilmente a los pocos soldados que le quedaban.

De ninguna manera moriría, pero a la vez supo que no podría ganar. Aun no sabía cómo utilizar los guantes y, al haber perdido su espada cuando estaba combatiendo, enfrentar a ese ser sería un suicidio. Si habría de suicidarse prefería arrojarse al barranco y esperar que los árboles le rompieran solo un par de huesos.

Lo primero que sintió fue una rama fracturándole la nariz, seguidamente todo fue un caos. Golpe tras golpe cayó dando vueltas, tratando de aferrarse y lacerándose en el proceso. Al fin cayó sobre la arena y por un momento pensó que estaba muerto, pero abrió los ojos y estaba aún en el maldito mundo, vivo y sonriente.

«Soy el maldito elegido por Kraster».

Consideró en seguir moviéndose, pero no sería sencillo, no en el estado en que se encontraba. Estaba al tanto que como elegido su cuerpo adquirió mejor resistencia, pero aquello sobrepasaba lo que podía soportar. Un dolor agudo en las costillas le indicó que varias estaban rotas y la sangre que brotaba de la nariz era un indicio que posiblemente su rostro no volvería a ser el mismo. Tampoco importaba, no se jactaba de ser el hombre más bello sobre la tierra. Como Señor de Desiertos Eternos no necesitaba ser apreciado por su apariencia.

*

—¡El arma hizo su elección! —exclamó Mungo, sacerdote de Kraster—. ¡Larga vida a Temple Imad, señor de Desiertos Eternos!

—¡Larga vida a Temple Imad!

Tuvo escalofríos en todo el cuerpo, pero aun así encontró la manera de ponerse de pie. Lo habían mordido un puñado de serpientes y, mientras otros yacían muertos o convulsionaban a punto de morir, él estaba vivo, sudando como nunca en la vida, con la boca reseca y la sensación de que su cuerpo estaba siendo devorado desde dentro. Aun así, sobrevivió a una de las pruebas más duras y la más mortal entre todos los elegidos. Aprendió que Kraster fue un hijo de puta y que no se lo dejaría fácil a quien intentase portar sus guantes.

Regresó a sus aposentos donde los siguientes días se recompuso de la prueba. En esos días alucinó con todo tipo de cosas. Se vio así mismo luchando contra el más colosal de los gigantes, una figura negra más grande que la montaña más alta y con brazos tan descomunales que se movían como monstruosas serpientes. Se vio luchando codo a codo con el resto de elegidos, con el incomprensible Ragnar Firecamp y la gran loba blanca, con la soberbia Maisse Blondegold y su centellante peto, y con la enigmática Tessa Meinhl que se encargaba de sanar las heridas. Se

vio así mismo portando los guantes que brindaban a cualquier espada con un veneno tan mortal que ni los gigantes podrían resistirlo. Creció con las historias de que los guantes eran el canal por el cual una espada, lanza o hacha común y corriente, se volvía extraordinaria. En sus visiones los Guantes de Pliseron obedecían su voluntad, cubriendo con un halo jade la espada que sostenía. Sonrió cuando le bastó una herida, minúscula considerando lo descomunal del gigante, para que este comenzara a desintegrarse por la capacidad del veneno de Pliseron. Abrió los ojos y su tía abuela tejía a su lado.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó con voz preocupada.

Se acomodó en la cama.

—Algo —viéndose las cicatrices de las mordeduras—. Parece que mi aspecto cambió.

Su tía abuela se sonrió.

—Te ves cómo alguien que acaba de regresar de la muerte. Debes tener hambre, haré que te traigan algo de comer.

—No todavía.

—¿Tuviste un buen sueño?

Temple recostó la cabeza y entrelazó los dedos.

—Una premonición, espero.

Su tía abuela se asomó a la puerta, se fijó que nadie estuviera del otro lado y cerró con llave.

—¿Qué sucede? —le preguntó al notar su desazón en su sabio rostro. Era una mujer fuerte, pero vulnerable a la vez. Eso siempre le agradó de ella.

—Hubiese preferido que otro fuera elegido —se sinceró. Temple frunció el ceño. Al perder a sus padres, Driesle Imad fue quien le crio. Durante mucho tiempo fue la Señora de Desiertos Eternos y cuando él cumplió dieciocho le entregó el título. En otras palabras, confiaba en él y él en ella—. Cuando decidí retirarme no dudé en que serías el señor que esta tierra necesitaba —continuó—. Aun si tu padre, que los dioses lo protejan, continuase con vida te hubiese elegido a ti.

—Aún lo seré —buscó tranquilizarla—. Cuando acabe con los gigantes regresaré para continuar gobernando la región.

Su tía abuela se sentó al borde de la cama y tomó su mano.

—Kraster fue un guerrero diferente, realmente diferente. No había un solo veneno sobre la tierra que podría matarlo, ni siquiera el de su propia arma. Pero no fue así con los que vinieron después de él. Aunque heredaron su capacidad y resistencia, el veneno de Pliseron, a la larga terminaba por acabar con sus vidas —acarició su rostro—. Temple, ser elegido por Kraster significa morir lentamente.

Temple le sonrió.

—Entonces seré el primero en morir de anciano.

—Eres joven —tomó aire—. Insensato ante el peligro.

Se sentó al lado de su tía abuela.

—No tía, no es eso —le habló con seguridad—. Conoces las historias sobre los anteriores elegidos y sus pruebas. Cada uno estuvo al borde de la muerte durante meses. Viste la cantidad de serpientes que me mordieron, incluso Mungo se sorprendió. Estudió el pasado y sabe muy bien que ningún elegido fue mordido por tantas serpientes y mírame. Pasó menos de una semana y estoy bien.

—Y como todo joven crees que tienes el mundo a tus pies —resopló su tía abuela—. Solo utiliza esos guantes lo menos posible. Que su veneno no te envuelva por mucho tiempo. Prométemelo.

—Lo prometo.

Su abuela regresó a la silla y a su tejido.

—Y bien, ¿cuál es el plan?

Temple se puso de pie.

—Ser el mejor…

*

Miró hacía la cima del acantilado y no vio al hombre, pero sabía que ese ser infiel, capaz de cometer tal atropello contra la voluntad de los dioses, estaba en camino a terminar el trabajo. Se levantó lo mejor que pudo y otro dolor se hizo presente, el de su pierna derecha que de inmediato supo que estaba rota.

«Mierda», pensó, «pero no puedo complicar más la situación».

Sabía que sanaría, lo jodido era que necesitaría tiempo. Y tiempo, con ese asesino tras de él, era lo que más necesitaba.

Y un caballo.

Necesitaba concentrarse. Lo primero era encontrar agua y en esa suerte de oasis seguramente habría una laguna. Lastimero, comenzó a caminar, cojeando y apoyándose en los árboles de gruesos troncos. Agradeció a la noche y las sombras que podrían esconderlo. Luego de, básicamente, arrastrarse por un rato su suerte comenzó a mejorar. Encontró una laguna pequeña como un espejo que reflejaba las estrellas del cielo nocturno. Se recostó sobre la arena y bebió evitando hacer demasiado ruido. Contuvo el aliento y sumergió la cabeza.

Por un momento el mundo se volvió otro. Al regresar a los sonidos del oasis, sus cabellos negros escurrieron las aguas, cayendo cual gotas de lluvia sobre la laguna. Miró su distorsionado reflejo. Sus ojos color mostaza eran los mismos, su nariz estaba ligeramente torcida y había moretones en sus mejillas, pero nada que el tiempo no sanase.

«El señor de Desiertos siendo cazado por un infiel, como un animal cualquiera».

Quiso reír por la ironía. Siempre se consideró un buen cazador.

Y se fijó en *algo* que estaba enterrado en la arena. Sumergió las manos y sacó de entre la arena el cráneo de un hombre. Seguramente algún infeliz que vino a morir en ese lugar. Su suerte volvió a cambiar al notar que se trataba de un soldado; sus ropajes estaban casi deshechos, pero lo más importante, que se sumó a su suerte cambiante, era que en su cinto había una espada. La levantó delante de su rostro. Estaba oxidada, el filo era un desastre, pero era una maldita espada. Miró hacia los árboles, consideró la molestia en sus huesos rotos y sonrió.

Soportando el agudo dolor alcanzó a subir a lo alto de un árbol y se acomodó entre las ramas de la copa, de tal manera que su cuerpo quedara oculto entre las grandes hojas. Con la laguna a sus espaldas, y buena visión de la zona, ganó la oportunidad de un ataque sorpresa. Sacó los guantes de la bolsa de piel que cargaba y volvió a sentirse conmovido por su belleza, tal como cuando se hizo con ellos. Estaban hechos de cuero negro, elaborado a partir de piel de la serpiente legendaria, Pliseron, hijo de Elkes de la cual se decía que una gota de su veneno era capaz de matar a un ejército entero. Sobre los nudillos estaban sus metálicas escamas y sus costuras fueron elaborados a partir de su elástica saliva.

Los Guantes de Pliseron realmente eran magníficos.

Calzó los guantes esperando que fuera diferente de la primera vez. Estaba consciente de que necesitaba despertar su poder, pero no tenía idea de cómo. Supuso que no se trataba solamente de desearlo, debía “emerger”, por decirlo de alguna manera, desde su interior. Se concentró en la

espada oxidada, en los guantes, nuevamente en la espada oxidada, pero nada. Pasó buena parte de la noche realizando pruebas sin sentido, imaginándose luchando contra los gigantes, viendo en su mente el halo jade envolviendo la espada.

Pero, nada.

Se sintió cansado. Necesitaba dormir al menos un poco. Sabía que dormir era clave para la recuperación de su cuerpo. Aunque su capacidad de recuperación era extraordinaria, dormir era completamente necesario. Se acostó sobre una gruesa rama, se aferró a la espada y cerró los ojos dejándose envolver por los sonidos que acarreaba el viento.

Y, con ellos, algunas preguntas.

«¿Quién era ese hombre?».

*

Mungo llamó a la puerta cuando Temple terminaba de arreglarse. Dentro de poco partiría para La Ciudad de los Héroes para hacer la presentación, como mandaba la ley.

—Te ves mejor —le dijo el sacerdote al no encontrar cicatriz alguna.

—¿Debo sentirme halagado? —bromeó en respuesta.

El sacerdote palmó su hombro.

—Nunca dude de que lo conseguirías.

Temple asintió.

—¿Algo que deba tener en cuenta para la presentación?

—Solo debes seguir el protocolo, nada más. Lo que me preocupa es el viaje. Por ley sagrada cualquiera, que atente contra un elegido es inmediatamente condenado a muerte y perseguido como un animal, además de ser repudiado por los dioses. Aun así, hay gente infiel, sin fe ni honor.

Temple consideró que se preocupaba demasiado.

—Nos acompañara un batallón de los mejores hombres —explicó—, más de lo que hubiera preferido para complacer a mi tía. Al margen de que sea el elegido por Kraster, hay que estar mal de la cabeza para atacar al Señor de Desiertos. Los ladrones de aquí hasta La Ciudad de los Héroes lo saben.

Mungo giró una silla y se sentó cruzando las piernas.

—No son los ladrones quienes me preocupan —replicó el sacerdote —. Existe la creencia de que basta las manos del elegido para utilizar los guantes.

—Conozco esos cuentos —aseveró—. Al quinto elegido, un infiel le arrancó las manos y consiguió cubrir de veneno su hacha, pero obviamente nunca pasó.

—Y hay quienes si creen que pasó —el sacerdote tronó los dedos—. Ser elegido es el sueño de todo guerrero. El anhelo de poder nubla la mente y elimina la razón. No les importa volverse alguien abominable con tal de volverse tan extraordinario como un elegido. Muchos hombres irán a la batalla contra los gigantes, pero están conscientes de que es una sentencia de muerte.

Temple terminó por calzarse las botas.

—Pueden intentarlo —se puso de pie y caminó hacia la puerta—. Te aseguro que nadie me cortará las manos.

*

Escuchó el canto de las aves que anunciaban el amanecer. Repuso en que durmió más de lo

deseado y de inmediato se fijó en el entorno. No encontró señales de que alguien pasase por allí ni que nadie anduviera merodeando.

«¿Acaso aquel infiel no deseaba terminar el trabajo?»

Un golpe de satisfacción le abordó al encontrar que sus huesos habían sanado lo suficiente para moverse mejor. Todavia sentía un agudo dolor en las costillas y en la pierna, pero nada que no se pudiera soportar. Se palpó la nariz y al tacto no hubo el mismo dolor que el de la noche anterior sino una leve molestia. Realmente su recuperación era cosa de los dioses.

Bajó del árbol, colocó la espada oxidada en su cinto y se dispuso a salir del oasis. Aun si ese hombre continuara su búsqueda ya se encontraba en condiciones de luchar y no podía esconderse para siempre. Lo primero que debía encontrar era un poblado donde hacerse de un caballo y provisiones. Luego de eso decidir si se dirigía al Paso o regresaba a casa y reunía nuevos hombres. Lo más sensato era regresar a casa y hacerse con nuevos guerreros que le acompañasen. Luego de ello dirigirse al Paso, como fue el plan desde el inicio.

Al alejarse del oasis este se volvió un punto de ensueño en ese mar de arena amarillezca. Pronto se perdió tras las dunas y se quedó enfrentando aquel desierto que tantas vidas se había cobrado en el pasado. Guiado por la posición del sol se dirigió al noroeste donde esperaba encontrar alguna aldea que no figurara en los mapas, pero si en las historias de los viajeros. En el pasado recorrió los desiertos, pero no esa ruta, no la ruta larga e inhóspita donde se encontraba. Era imposible saber dónde terminaba la región de los Desiertos Eternos, que gobernaba, y comenzaba la región de Las Puertas de Elkes, que gobernaba la familia Myrdynn. Aunque, al pensar en las familias que gobernaban la zona oeste del continente era el Paso del Gigante, donde gobernaba la familia Greysun, la que se suponía la más relevante. Recordó que Rayzer Greysun fue asesinado durante la presentación. Precedente de que los infieles eran una realidad.

—Rayzer siempre fue un idiota —tuvo la necesidad de escuchar su voz—. Un estúpido que se fiaba de sus músculos para atormentar a cualquiera. No es de sorprender, si uno lo piensa. Se ganó a muchos enemigos. Quiero decir, no es de extrañar que alguien lo asesinara. Ningún deseo más que matarlo por matarlo. Alguna puta a quien golpeó, tal vez, o un padre que quiso vengar la muerte de su hijo.

Al mirar hacia delante el horizonte ondulaba a lo lejos.

«Daría lo que fuera por tener un caballo».

Pensó en Ragnar, o la capacidad de invocar criaturas mágicas.

—En ese sentido Ragnar tiene ventaja. Si estuviera en mi lugar invocaría a Aplax para salir del desierto —se miró los guantes—. No, seguramente tendrá los mismos problemas que yo. Aprender a controlar las armas no es cosa fácil.

Y, de pronto, recordó la promesa que se hicieron cuando niños.

*

Su maestro le indicó que habían llegado. Le dolía el trasero de tanto cabalgar, pero al fin estaban allí. La cima del acantilado derecho, desde donde se podía ver la Barrera Azul en todo su esplendor y la aldea enclave en el otro acantilado. Pero no estaban solos, otro niño contemplaba lo mismo que él. Su maestro se inclinó y le dijo que aquel chico era Ragnar Firecamp, sobrino del señor de Los Laberintio y que, al igual que él, un día postularía a ser elegido. El chico se volvió, tenía una larga melena negra que ondulaba con el viento y que ocultaba por momentos sus grandes ojos verdes.

Se acercó y sonrió.

—Tú debes ser Temple Imad —le ofreció la mano—. Mucho gusto.

Temple miró a su maestro. Este asintió y se animó a estrechar la mano del muchacho.

—Mucho gusto —respondió en murmullo.

—Tenemos la misma edad —continuó Ragnar y rio—, pero eres más alto que yo.

Temple no supo que responder. Se limitó a esconder la mirada. Su maestro se acercó al maestro de Ragnar para hablar, dejándolos solos.

—Supe lo de tus padres —dijo el chico y Temple volvió a sentir ese malestar que llevaba acompañándolo desde que murieron hace algo más de cuatro meses—. Sabes, yo también perdí a mis padres. Mi mamá murió cuando me dio a luz y a mi papá lo mató un jabalí salvaje cuando estaba de cacería. No culpo al jabalí. Se estaba defendiendo. Las bestias no actúan por malicia. Eso me enseñó mi papá.

—Mis padres murieron en una tormenta de arena —balbuceó Temple.

—¡Eh!, ¿dijiste algo?

Temple meneó la cabeza.

—Na-nada.

—Eso no está bien —replicó Ragnar—. Si tienes algo que decir, dilo, no tengas miedo de hablar. Algún día serás el elegido por… por…

—Por Kraster.

—¡Sí, él! ¡Serás el señor de los venenos!

Temple escondió la mirada.

—No creo que llegué a convertirme en un elegido —volvió a balbucear.

Ragnar frunció el ceño.

—¡Serás un elegido! ¡Mira! —señaló al horizonte, donde estaba la famosa Barrera Azul—. Dentro de unos años los gigantes cruzaran el mar y tendremos que luchar. Defenderemos este mundo. La gente contará historias sobre nosotros, ¡seremos héroes! Yo me convertiré en el elegido por Bravo. ¡Seré el señor de las bestias mágicas! Ya puedo verlo, ¡el señor de los venenos y el señor de las bestias mágicas luchando codo a codo!

Temple esbozó una tímida sonrisa.

—Eres, eres divertido.

Ragnar le enseñó una gran sonrisa.

—Es porque me convertiré en el mejor elegido por Bravo de la historia. Estoy seguro de eso. ¿No te gustaría lo mismo?

Temple meneó la cabeza.

—No, no lo sé. No lo había pensado.

—¡Pues declaro que te convertirás en el mejor elegido por… por…!

—Kraster.

—¡Sí, él!

Temple volvió a reír.

—Pero —abrió los ojos animandose a preguntar—, ¿no te da miedo?

—¿Miedo? —le preguntó Ragnar en asombro—. ¿A ti te da miedo?

—Es que… —volvió a balbucear, pero encontró la manera de hablar con claridad—. Los gigantes podrían aplastarnos como, como a insectos.

Ragnar le tomó de los hombros.

—Entonces tendremos que ser más fuertes que los insectos —replicó con una sonrisa—. Además —y miró hacía la dirección donde conversaban sus maestros, como cerciorándose que no le escuchasen—. Cuando me vuelva elegido invocaré a Cielgrix. ¿Sabes de qué estoy

hablando? —Temple le miró con curiosidad y meneó la cabeza—. Cielgrix es un gigante de hielo. Duerme en un tempano de hielo, muy, pero muy al sur, hasta el borde del mundo.

—¡¿Quieres invocar a un gigante?! —preguntó con asombro y seguidamente se cubrió la boca cuando Ragnar le hizo el gesto de que guardara silencio—. ¿Cómo piensas encontrarlo?

—Primero invocare a Aplax, el águila ancestral, y volaré y volaré hasta encontrarlo. Cuando lo encuentre me subiré a su hombro para luchar contra los gigantes.

—Un gigante luchando contra otros gigantes —reflexionó en voz alta.

—Lo hará —respondió con seguridad—. ¿Te gustaría subirte a su otro hombro?

A Temple le fue difícil imaginar cómo sería el aspecto del gigante. Lo que alcanzó a imaginar fue así mismo sobre un gran hombro de hielo desde donde se podía ver todo.

—Me gustaría —dijo dejándose llevar.

—Entonces es una promesa —Ragnar estiró la mano para que la estrechase—. Cuando invoque a Cielgrix, un hombro estará reservado para ti.

Temple estrechó su mano y por unos momentos se quedó mirando aquel rostro lleno de confianza.

*

Se detuvo sobre lo alto de una duna. Divisó, primero con suspicacia y luego con alegría, lo que parecía una casa a la distancia. Estaba exhausto y sediento. Llevaba dos días caminando y necesitaba descansar. Se apuró en llegar a la cabaña ignorando el hambre y la sed. Se sintió aliviado cuando vio el establo. Un hombre salió a recibirlo, debía rondar los cincuenta años, delgado y barba de una semana.

—¡Por los dioses! —exclamó el hombre al notar la sangre seca en su camisa—. ¿Se encuentra usted bien?

—Mi nombre es Temple Imad —le dijo buscando mantener la compostura—. Soy el Señor de estas tierras, elegido por Kraster y estos son los Guantes de Pliseron —señalándole los guantes en sus manos—. Deme algo de comer, un poco de agua y un caballo. Veré que sea recompensado.

El hombre tardó un momento en salir de su asombro.

—¡Usted es Temple Imad! —abrió la puerta y se hizo a un lado—. ¡Por favor pase, pase!

Temple miró el interior de la cabaña, una mesa en el centro con dos bancas de madera, una chimenea donde estaba una olla sobre el fuego y encima de esta el cráneo de un buey de los desiertos.

—Siéntese —dijo el hombre y se apresuró a servir agua de uno de los tarros que tenía en una esquina. Temple bebió de inmediato—. Mi nombre es Richard.

—¿Vives solo aquí? —le preguntó estirando el brazo para que le sirviera más agua.

—Sí, desde que murió mi esposa. Antes vivíamos en la ciudad, pero decidimos venir aquí porque es más tranquilo —se dispuso a servirle un poco de estofado y lo puso delante de él—. Debe estar acostumbrado a mejores comidas. Disculpe por eso.

—No se preocupe —aseguró y al probarlo sintió que era lo más delicioso que había comido en la vida.

Richard se sentó a su lado.

—No crea que busco inmiscuirme, pero… ¿qué le sucedió?

—Muchas cosas —respondió sin quitar los ojos del plato—. ¿Tendrá un caballo disponible?

—Sí, tengo uno joven, solo que es algo lento.

—Estará bien.

El viejo continuó examinándole.

—Temple Imad —nuevamente el asombro—. Sabe, yo estuve en Solarena cuando fue presentado como Señor. Lamentablemente estaba lejos de donde estaba usted y no pude verlo bien, por eso no lo reconocí al instante, pero era usted. Pensé que esa sería la única vez en que estaría tan cerca ¡Ahora está en mi casa! ¡La vida sí que es curiosa!

—Ese día había mucha gente.

—No, no, no lo decía como para que me reconociera. Solo soy una persona ordinaria más. Usted, además del Señor de Desiertos Eternos, ¡es el elegido por Kraster!

Temple miró esos ojos que lo reconocían y se sintió complacido.

—Agradezco su bondad y, como le dije, veré que sea debidamente recompensado.

—No se preocupe por eso —Richard chasqueó los dedos—. Acabo de recordar, hace unos días estuvo aquí un hombre, me preguntó si lo había visto. Dijo que era un mensajero que necesitaba encontrarlo porque tenía un mensaje importante. En ese momento no creí que esta fuera la ruta que tomaría para dirigirse a los…

—¿Un mensajero? —le interrumpió y arqueó las cejas—. ¿Cómo era?

—Bueno, era de su estatura, tenía el cabello rubio y unos ojos muy violetas. Lo recuerdo porque era lo más llamativo en él.

Temple de inmediato se puso de pie.

—¿Cuándo hablaste con él? —le preguntó consternado. Richard pareció confundido.

—Hace una semana.

«Mierda»

Para Temple estuvo claro. Era él, el infiel que mató a sus hombres y que intentó matarlo a él.

—¿Algún problema, mi señor? —le preguntó Richard, confundido.

—¿Tienes un arma? —preguntó tomando el mango de la espada oxidada, espada que el hombre miró.

—Tengo, tengo un hacha en el establo.

Temple abrió la puerta, pero en cuanto lo hizo vio a “ese hombre” bajar de un caballo negro.

El maldito infiel de los cabellos rubios y los ojos violeta.

Cerró la puerta y se fijó en la ventana. En cuanto ese hombre entrara saltaría para buscar el hacha. Aquella oxidada espada no soportaría más de dos golpes antes de romperse.

—¿Mi señor? —dijo Richard.

La puerta se abrió de una patada y Temple saltó por la ventana. Se levantó de inmediato y buscó alcanzar el establo. Al lado de uno de los caballos estaba el hacha. La tomó y sintió la presencia del infiel sobre él. Se giró rápidamente y detuvo el golpe de la espada con el filo del hacha. Retrocedió un paso y soportó un segundo embiste que le dio la oportunidad de hacer un giro sobre sus pies para clavar el hacha en su espalda. El hombre reaccionó a tiempo y esquivó el ataque moviéndose hacia delante y aprovechando la pared para apoyarse y saltar hacia él. Temple volvió a soportar el embiste, pero el golpe le hizo caer de espaldas. Dio una voltereta y, al levantarse, corrió hacia las puertas. En las puertas arrojó el hacha al hombre quien le esquivó, pero le bastó ese momento ganado para salir del establo, detenerse, darse vuelta, sacar la espada oxidada y esperar… Solo tendría una oportunidad.

Cuando el hombre salió del establo, Temple aprovechó el lapso de sorpresa para lanzar una estocada, clavándole la espada oxidada en el estómago.

—¡Muere maldito!

Lo había conseguido, había conseguido ma…

—No es suficiente —le dijo aquel hombre.

—¿Qué? —balbuceó Temple sin salir de su consternación.

El hombre le dio puñetazo que le hizo caer de espaldas. Otra vez le había roto la nariz y la sangre nuevamente cubría sus labios. Le vio sacarse la espada del estómago y lanzarla lejos.

—¿Qué eres tú? —preguntó dentro de toda la confusión.

El hombre se acercó lentamente.

—Ya me lo habían preguntado antes —respondió sin mayor emoción en su rostro—. Soy quien se hará con todas las armas sagradas.

—Mis guantes…

Temple buscó ponerse de pie, pero, antes de que pudiera hacer algo, el infiel le cortó la mano derecha desde la muñeca. Vio su mano volar por los aires y caer a unos metros.

—¡AHHH!

Se tomó la herida y trató de correr. Lo intentó, su mente era un caos, el dolor era insoportable y apenas podía ver por las lágrimas. Pero el hombre le alcanzó. Le dio una patada en la espalda que le hizo caer, girándose para quedar boca arriba sobre la arena. El hombre le piso el brazo izquierdo y hundió su espada en su muñeca.

—¡MIERDA!

Fue el peor dolor que sintió en la vida. Se retorció arrojando sangre por todas partes. Respirando con dificultad se quedó boca arriba, viendo a ese maldito infiel tomar sus manos cercenadas, sacar los guantes de cada una y arrojar sus manos como si fueran basura.

—Como me hiciste perseguirte te dejare aquí a que te desangres.

El hombre se colocó los guantes en cada mano y sostuvo su espada, que se envolvió de inmediato en un halo jade.

Anneke 01

—¡Anneke!, ¡Anneke! —exclamó Nile.

Anneke Rohde tenía los ojos negros clavados en aquella bestia, mientras el viento helado revolvía sus largos cabellos azabache. Los cuernos del ciervo se pronunciaban hacía el cielo como gruesos y huesudos dedos, su cuerpo era una mole de grasa y músculos bajo un grueso pelaje gris, sus ojos eran dos enormes lunas negras, más grandes que el puño de los hombres y su patas eran tan fuertes que parecían capaces de arrancarle la cabeza a cualquier infeliz con mala suerte. Realmente era un magnifico ciervo.

—¡Anneke!

Sacudió la cabeza y tomó el hacha del cinto. El animal corrió hacia ella a toda velocidad y con furia en sus zancadas. Apuntó en medio de los ojos y lanzó el hacha que se clavó profundamente. El ciervo sacudió la cabeza soltando un gruñido que retumbó en todas direcciones, pero siguió su marcha haciendo que Anneke rodara a un lado. Pasó de largo y con la sangre bañándole medio rostro se viró y retomó su ataque. Nile le lanzó una espada. Anneke la cogió en el aire, dio un paso a un costado y en un rápido movimiento, con los cuernos del ciervo pasando a un lado de la sien, le cortó las patas a su paso. El animal gimió de dolor y se deslizó sobre el gris hielo del mar congelado. Anneke Rohde se acercó al animal y le dio punto final a su agonía hundiéndole la espada en la nuca.

—Bien —celebró Nile, cogiendo el hacha de entre los ojos de la bestia.

Anneke se inclinó para acariciar sus cuernos. Nile le entregó el hacha y, luego de mirar aquellos ojos negros, sin vida, se dispuso a la tarea.

Llegaron al poblado de Irina al atardecer. Los techos estaban cubiertos de nieve y carámbanos, que le daban al pueblo un cierto aspecto de abandono, a pesar de que allí vivían unas treinta familias. Irina se encontraba al este de la región en las orillas del mar helado. Los navegantes no podían acercarse y ningún comerciante se animaba a realizar un viaje tan largo con tan poca ganancia. Aun así, Irina fuente de inspiración de muchas leyendas. Un pueblo que sobrevivió al embate de los dragones de hielo.

Y allí estaban ellas, una joven con hacha y espada en el cinto junto a la que cualquiera vería como una pequeña niña con una espada que parecía de juguete, ambas con pieles de oso negro abrigándoles. A medida que avanzaban fueron seguidas por miradas duras y cargadas de desconfianza. Hombres y mujeres con hachas en mano.

—Aquí apesta a viejo —comentó Nile.

«Es cierto», pensó Anneke, «ningún joven a la vista».

Un hombre de espesa barba gris y ojeras negras se paró delante de ellas.

—Espera —se dirigió a Anneke—. ¿Quién eres y qué buscas?

Nile dio un paso adelante y la señaló.

—Ella es Anneke Rohde, elegida por Ruletx y buscamos un lugar donde pasar la noche.

Los que se acercaron, se miraron desconcertados por lo que acababan de escuchar.

—¿La elegida por Ruletx? —preguntó el hombre de la barba gris.

—Así es —Nile se mostró imperturbable.

Una mujer, delgada y alta dio un paso adelante.

—Podrías estar mintiendo —aseveró—. Sabemos que el arma de Ruletx está al sur, muy-muy

al sur. La elegida no tendría nada qué hacer en nuestro pueblo.

—No estamos mintiendo —agregó Nile—. Ella es…

—Rohde —el hombre de la barba frunció el ceño—. Nunca escuché hablar sobre la familia Rohde.

—Te lo digo, están mintiendo —aseguró la mujer delgada y alta.

—Es porque no somos señores ni nunca lo fuimos —dijo Anneke y alzó la voz para que todos le escuchasen—. ¡Vengo de un pueblo como este al oeste de la región! ¡Soy la primera en la historia de mi familia en ser elegida por Ruletx! —dejó caer una pequeña bolsa piel que llevaba junto a su espada y sacó un corazón más grande que su puño—. ¡Sí, debería estar en dirección al arma, pero vine hasta aquí porque quiero hablar con Baba Yekai!

—Eso es —musitó el hombre de la barba—. El "rey de los ciervos" no perecería ante cualquiera.

El asombro se apoderó de sus rostros. Se acercaron para observarla mejor, como si fuera algún tipo de novedad.

—Disculpa por dudar de ti —agregó el hombre de la barba gris—. Me llamo Gaugar, soy el jefe del pueblo. Serán bienvenidas en mi casa. Tendrán una cama donde descansar y comida para sus estómagos.

—Les agradeceríamos —guardó el corazón dentro de la bolsa—. No nos quedaremos mucho tiempo.

Gaugar las guio hasta su casa, que no era diferente en estado y arquitectura a las de las demás salvo que ligeramente más grande. Llevaron a los caballos a los establos, corceles del sur, diferentes a los demás caballos del continente que más parecían perros. Una vez que prometió alimentar a los animales se dirigieron a la casa, allí les presentó a su esposa, Zapar, que esperaba en la entrada. No ocultó su emoción al enterarse de que era la elegida por Ruletx. Dentro se sentaron frente a la chimenea. Zapar comenzó a arreglar dos camas, que explicó pertenecían a sus hijos que fueron de cacería.

—Dejamos al ciervo enterrado en la nieve —dijo Anneke—. Lo encontraran al norte, a mediodía de viaje, pero mejor dense prisa antes de que lo encuentren los zorros.

—Organizaré un grupo por la mañana —aseguró Gaugar—. Nos servirá de mucho.

Zapar les sirvió un poco de caldo de pescado. La pesca era el principal recurso de la aldea. Hacían un agujero en la parte más delgada del hielo y, con arpones y paciencia, conseguían atrapar algunos.

—Disculpe —dijo Zapar—. Quería preguntarle qué se siente ser elegida.

—Mujer —bramó Gaugar.

—No, no, está bien —comentó Anneke—. Soy una guerrera, Zapar, seguiría siendo guerrera aun si no hubiera sido elegida.

—Entiendo, entiendo —se sentó a su lado—. Pero dicen que cuando eres elegida por Ruletx tu cuerpo cambia. Te vuelves resistente al frio y puedes congelar lo que tocas. ¿Usted puede hacer eso?

Nile soltó una risilla.

—No puede hacer nada de eso, pero se volvió más engreída, eso es seguro —bromeó su compañera.

Anneke le regaló una mirada de reproche.

—Solo son historias. Sigo siendo igual a antes de ser elegida —acotó.

—Sí, pero también dicen que sucede después de que encuentras el arma. Dicen que Ruletx podía congelar a gigantes enteros con solo tocarlos. No todas las elegidas, después de ella

pudieron. Escuché que Negif Ivaniuff fue la única que consiguió casi las mismas habilidades que Ruletx —cuando dijo ese nombre Nile dejó de prestarle atención al plato y la miró fijamente.

—Negif no podía congelar nada —aseguró su compañera, con cierta molestia—. Como dice Anneke, solo son historias.

—Negif fue una elegida sobresaliente —intervino Gaugar—, su leyenda ha llegado incluso hasta nuestros oídos. Pero seguramente usted será tan grande como ella.

Anneke asintió, más por amabilidad que por estar de acuerdo.

—Las elegidas siempre dieron todo por nuestra gente. Me esforzaré para estar a la altura.

Gaugar alabó sus palabras y Zapar las dejó comer. La noche cubrió la costa helada y pronto se encontraron acomodándose en las camas. Nile se quedó dormida casi al instante. Por su lado Anneke regresó al fuego de la chimenea, donde observó las llamas por largo rato.

—¿No puede dormir? —le preguntó Gaugar.

—No tengo sueño —respondió y aprovechó para preguntar—. ¿Qué sabes de Baba Yekai?

Gaugar colocó un leño en el fuego.

—Baba es muy renuente de encontrarse con la gente. Si no la hubiera visto cuando niño pensaría que ella solo es un mito. Algunos dicen que la vejez le alcanzó de la peor manera y que si antes era difícil, ahora es casi imposible tener una audiencia con ella. ¿Habrás escuchado algo?

—Por eso te pregunto.

—Igual irá a buscarla.

—Necesito su consejo.

Gaugar atizó el fuego.

—Tal vez tenga suerte.

—Esperemos que sí.

El hombre se volvió para mirar a Nile, quien continuaba dormida en la cama.

—Disculpe que le pregunte, pero… ¿por qué su única compañera es una niña?

Anneke le miró con condescendencia. No podía culparlo, con sus cabellos rubios, ojos verdes y rostro bonito Nile no parecía una guerrera a quien temer.

—Créeme, ella es más que suficiente —le aseguró.

—¿En serio? —el hombre no ocultó su incredulidad—. Debe tener a lo sumo diez años.

—Estaremos bien. Por otro lado, no vimos niños en la aldea.

Gaugar se limpió las aletas de la nariz.

—Hace poco vino un emisario del señor de estas tierras. Se llevó los pocos niños que teníamos para que sirvieran en su casa y a cambio recibirían entrenamiento en combate. Mentí cuando dije que mis hijos fueron a cazar, discúlpeme por eso. Sabemos que crecerán mejor en esa casa que acá.

Anneke sabía que era una costumbre frecuente. Aun así…

—¿No los extrañan?

Gaugar miró hacía la cama donde dormía su mujer.

—Los extrañamos, pero sabemos que estarán bien. Crecerán y aprenderán en el proceso. Si los dioses lo permiten, algún día regresarán, después de volverse buenos guerreros.

Anneke pensó en el entrenamiento que recibió; cómo acompañó a su maestra para vivir en la segunda ciudad más importante de la región dejando a su abuela en la aldea. Pensó en lo que sintió cuando, después de varios años, pudo volverla a ver.

—Así será —le sonrió.

—Gracias, elegida.

—Llámame Anneke.

—Gracias, Anneke.

Cuando fue a la cama notó que Nile le miraba fijamente y notó como meneaba lentamente la cabeza. Anneke le preguntó entre los labios, “¿qué?”. Nile torció la boca y respondió en voz baja.

—Nada.

Anneke dejó cualquier debate para después. Fue un día pesado y necesitaba dormir.

Sintió la presencia de alguien aun antes de que le pusiera una mano encima. Tenía el hacha en mano y se detuvo a poco de su cuello cuando abrió los ojos y se percató que se trataba de Nile.

—Ven conmigo —dijo ella.

Anneke se levantó de la cama y caminó detrás de su compañera, sigilosa y mirando a la pareja anfitriona dormir abrazados sobre la cama. Afuera, el sol comenzaba a brillar sobre el mar congelado.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Nile se colocó el hacha en el cinto. Anneke hizo lo mismo.

—Si te digo que tenemos que irnos de inmediato, me discutirás el porqué. Te mostraré la razón.

—¿Qué?

—Solo, sígueme.

Nile caminó delante de ella, recorriendo lo que parecía un sendero improvisado en la nieve.

—Anoche, la historia de los niños me dio una mala espina —explicó Nile—. Escuché sobre el señor de estas tierras y no toma niños bajo su cuidado. Apenas si soporta a sus hijos —cuando estaban a unos doscientos metros de la aldea se detuvo.

Anneke descubrió con horror huesos carbonizados sobre la nieve. Los huesos formaban montículos a medio enterrar que atestiguaban un campo de muerte que le hizo estremecer.

Nile tomó un cráneo de entre los restos.

—Esto fue lo que en realidad pasó.

Contó quince montículos, huesos de diferentes tamaños, pero ninguno de hombre adulto. Caminó entre ellos conteniendo el aliento. Era difícil de imaginar que alguien encontrara razones para cometer tal atrocidad. Se llevó la mano al cinto y sostuvo su hacha.

—¿Qué mierda hicieron?

Nile escarbó entre la nieve, negra por el carbón.

—Los sacrificaron.

Era cierto, tuvo que aceptarlo al notar la ropa que no terminó por quemarse en su totalidad. Prendas del tamaño de una niña y hachas de madera con la que jugaría un niño.

«¿Cómo pudieron?», rabió con impotencia.

Ambas escucharon pasos en la nieve. Cuando se volvieron, Gaugar y Zapar estaban a unos metros, junto a un buen número de pobladores, sosteniendo hachas y arpones.

—Así es —sentenció Gaugar—. Los sacrificamos por el bien del pueblo.

Nile sacó la espada y se paró delante de ella.

—No es nuestro problema —dijo—. Es asunto suyo. Nosotras seguiremos nuestro camino.

—Quemaron a sus hijos por el bien del pueblo —comentó Anneke, con el hacha en mano—. ¡Quemaron a sus hijos por el bien del maldito pueblo! ¡¿En qué mierda estaban pensando?!

—Tranquilízate —le espetó Nile.

—¡En nuestra supervivencia! —replicó Gaugar—. Se ha vaticinado que este será el peor ataque de los gigantes en mil años. Se ha vaticinado que llegarán hasta acá. Podremos engendrar más hijos, pero para eso debemos sobrevivir.

—Creen que los dioses los protegerán —Anneke tomó uno de los cráneos y se los enseñó—. ¡Este es el resultado de su cobardía!

—Anneke —le recriminó Nile.

—Puedes odiarnos, elegida —Gaugar bajó su arma e hizo el gesto para que el resto lo hiciera —. Puedes seguir tu camino y odiarnos, luchar contra los gigantes, morir ante ellos y odiarnos hasta el último momento, pero tuvo que hacerse. Salvamos vidas.

—Bien —Nile guardó su espada—. Es suficiente para mí. Anneke, vámonos.

Anneke repasó sus rostros uno a uno, eran demasiados para ellas dos. Aun así… Aun así…

Nile la tomó de la muñeca.

—Vamo…

Luces brillaron en el cielo, luces que pronto identificaron como bolas de fuego que venían desde el noroeste a una velocidad superior a cualquier cosa conocida o por conocer. Todas las miradas estaban puestas en el cielo, entre asombro y espanto, inmóviles, contemplando algo que no comprendían.

De pronto las bolas de fuego, dramáticamente, se abalanzaron sobre el pueblo y sobre algunos que no tuvieron la oportunidad de escapar. El estruendo silenció el resto de sonidos y un terrible aire caliente los envolvió quemándole los vellos de la piel. Anneke se encontró acostada sobre la nieve mientras, donde cayeron las bolas, una densa neblina, producto de la nieve derretida, lo rodeaba todo.

Y entre los lastimeros gritos de espanto se escucharon gruñidos de bestia alguna que se conociera. Anneke miró hacía la gente, pero la densa neblina no permitía ver más allá de unos metros.

—¿Estás bien? —le preguntó Nile, tomándola de los hombros.

—Sí —respondió mientras se incorporaba.

Ambas se concentraron en los gritos desesperados de la gente, provenientes de la niebla. Y vieron como algo voló por los aires y cayó cerca a sus pies. Era la cabeza de Gaugar. Anneke tomó su hacha y Nile su espada. Se mantuvieron en guardia, concentradas en lo que fuera a aparecer.

Pronto se distinguió *algo* corriendo hacía ellas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca fueron capaces de distinguirlo. Era una criatura tan grande como un oso, pero con forma humana. De la frente sobresalían dos cuernos de toro y sus ojos eran dos llamas rojas que ardían hasta la base de los cuernos. Con cada pisada la nieve era derretida, dejando una estela de vapor a medida que avanzaba.

—¡Huye! —exclamó Nile mientras corría hacia un lado.

Pero Anneke estaba tan ensimismada que no reaccionó a sus palabras y solo cuando la criatura estuvo a unos metros, escuchándola gruñir, fue que saltó a un lado y rodó sobre la nieve. La criatura dio un giro rápido y levantó su enorme brazo, que terminaba en una enorme garra, para asestarle el golpe mortal. Anneke dio una voltereta y en cuanto cayó le lanzó el hacha en medio de los ojos. La criatura soltó un alarido de dolor y se arrancó el hacha del rostro. Anneke sacó su espada corta y, sujetándola con ambas manos, esperó su nuevo ataque. Mas se extinguió el fuego de sus ojos y la criatura cayó como una mole sobre la nieve. En su espalda estaba Nile, que le había clavado una espada en su nuca.

—Tenemos que huir —le dijo—. Sígueme y no te detengas.

Los gritos se escuchaban en todas direcciones.

—No podemos abandonarlos —replicó.

—¡Ya están muertos! ¡Correremos igual suerte si no huimos!

Nile comenzó a correr y Anneke hizo lo mismo. Y corrieron atentas a si algunas de esas cosas se fijaban en ellas. Vieron que una de ellas estaba ocupada despedazando el cuerpo de un pueblerino y otra estaba devorándose a una mujer, hundiendo el rostro sobre su pecho. Una de las criaturas saltó sobre ellas. Nile se hizo a un lado con suma agilidad y Anneke dio un salto hacia atrás, quedando frente a frente.

«¡Mierda!».

La criatura mostró sus colmillos amarillos por sobre su labio superior y, cuando estuvo a punto de atacar, se dio la vuelta y con el antebrazo golpeó a Nile, que intentó subirse a su espalda. Anneke aprovechó la distracción para hacerle un corte horizontal y abrirle el estómago. De la herida brotó una espesa y negra sangre que alcanzó los pies de la joven, atravesando sus botas y produciéndole leves quemaduras. No le importó y sin pensarlo demasiado clavó la espada en su mentón, quemándose las manos con su negra sangre.

Siguió corriendo con Nile, siempre delante, hasta que llegaron a la casa de Gaugar. Sacaron de inmediato a los caballos de los establos y cabalgaron a toda prisa, alejándose de toda esa matanza.

—No mires atrás —le espetó Nile.

Cabalgaron y cabalgaron, hasta que los gritos se volvieron susurros del viento gélido. Cuando se sintieron seguras el pueblo era un punto a la distancia, apenas perceptible.

—Esas cosas —balbuceó Anneke—. ¿Qué son esas cosas?

—Lo que sean no hubiéramos podido con todas —replicó Nile—. Vamos, podrían venir por nosotras.

Se quedó mirando aquel punto a la distancia. Incluso creyó oler la sangre.

—Todos muertos…

—No pienses en eso —Nile revisó las quemaduras en su brazo—. Estarás bien. La casa de Baba está en esa dirección. Vamos.

Siguieron cabalgando, con el arreglo tácito de no mirar atrás. Estaban lejos de la costa cuando pasaron al lado de un lago congelado. Después del lago se adentraron en un sendero montañoso. Descansaron en la cumbre de una colina de mediano tamaño. Anneke tenía la cabeza hecha girones. Trataba de comprender qué fueron esas criaturas, de dónde salieron, cuál era su naturaleza.

—Pregúntaselo a la anciana —dijo Nile mientras daba de beber a los caballos.

—¿Qué?

—Estás pensando en esas cosas. No sirve de nada si no tienes idea. Mejor le preguntas a Baba Yekai. Seguramente sabrá que son —miró hacia el horizonte, a lo que parecían árboles cubiertos de nieve—. Necesitamos llegar a ese bosque, pero no me gusta este sendero. Fíjate si ves alguna ruta.

Anneke no quería actuar como si todo estuviese bien, pero necesitaba regresar a la normalidad. No lo pensó, escaló la cumbre y…

—¡Nile!

Desde lo alto vieron a esas criaturas correr sobre la nieve en sus cuatro extremidades. Realmente parecían osos.

—No creo que sepan seguir huellas —dijo Nile con suma calma—. Se están guiando por nuestro olor.

Anneke encolerizó al pensar que debieron terminar con todos en el pueblo.

—Matémoslos.

—No seas estúpida —Nile regresó a los caballos—. No podremos con todos a la vez.

Necesitaríamos enfrentarlos de a uno y no creo que a esas cosas les interese pelear por turnos. Sigamos, encontremos un ciervo, una liebre o un zorro, lo matamos, nos cubrimos con su sangre y…

—¡El lago! —Anneke apretó los puños—. Las guiamos hasta hielo delgado y hacemos que esas malditas cosas se ahoguen.

Nile lo pensó un momento.

—Es demasiado riesgoso —concluyó.

—Mira el vapor que levantan a su paso —la miró convencida—. Harán el trabajo por nosotras.

Nile escaló la cumbre y las observó por un momento.

—Es una mala idea —resopló.

Descendieron a toda velocidad sintiendo el viento helado sobre sus rostros, recorriendo sus pasos hasta que nuevamente vieron a las criaturas, con sus ojos centellantes, y las nubes de vapor que exhalaban de sus hocicos.

Dejaron los caballos en la orilla del lago y se dispusieron a correr, con espadas en mano. Las criaturas se acercaban a toda prisa. Nile indicó que debían dirigirse al centro del lago congelado. Debían encontrar la parte de hielo más delgada, pero a donde miraran el hielo era grueso y sólido.

—¡Allí! —señaló Nile.

Las criaturas estaban casi encima cuando llegaron a lo que supusieron era el lugar que necesitaban. Pero en vistazo rápido, el hielo no era lo suficientemente delgado como para tener éxito. Anneke se miró las heridas en el brazo.

—¡Distráelos!

Nile frunció el ceño.

—¡¿Qué?!

—¡Llama su atención y luego los traes hacia mí!

Anneke corrió hacía un lado y Nile corrió hacía las criaturas. Dos de las criaturas la persiguieron mientras que las otras diez fueron al encuentro de Nile. No había tiempo para el miedo ni para las dudas. Anneke esperó hasta casi tener a una encima, hizo un giro con la espada y le cortó una garra desde la muñeca. El grito de la criatura alertó al resto que trataba de alcanzar a una escurridiza Nile. Y la sangre que brotó de la herida levantó nubarrones de vapor que derritió el hielo hasta tocar el agua debajo de este.

La otra criatura hizo lo que esperaba, lo que deseaba que hiciera; saltó varios metros para caer sobre ella. Estaba hecho. Anneke se arrojó a un lado dejando que todo el peso de la bestia cayera sobre la superficie congelada, que se quebró a sus pies. Anneke, se apuró en hacerle un corte a la altura del muslo, para que la sangre negra y espesa cayera y terminara por derretir el hielo. Esto se magnificó con las sacudidas irresponsables de la bestia que terminó por acelerar el proceso. El hielo terminó por quebrarse y la vio hundirse en las aguas heladas.

Pero ese momento de distracción sirvió para que la primera criatura alcanzara a darle un manotazo que la elevó varios metros. El dolor fue agudo y la herida que le produjo era de preocupación, pero, por otro lado, el golpe la alejó del hielo que se estaba quebrando alrededor, donde solo quedó la bestia que, pronto corrió la misma suerte que la otra.

Miró hacía la dirección de su compañera, deseando que no la hubiesen alcanzado. Y se sintió aliviada cuando la vio correr hacia ella, con el resto de esas cosas tras de sí.

—¡Corre! —exclamó Nile.

Anneke se incorporó. Corrió rodeando los bloques, esperando que el hielo a sus pies no

cediera con el peso. Nile se abalanzó contra su espalda, empujándola con violencia para que se deslizara sobre la superficie que se estaba quebrando. Las criaturas fueron hundiéndose una a una, con la estupidez que se esperaría de una bestia. Nile se arrastró lo mejor que pudo antes que una de las criaturas saltara sobre ella y ambos terminaran desapareciendo en las aguas.

—¡Nile!

Su compañera estaba en las aguas heladas luchando para salir a la superficie, pero no podía ayudarla, aún quedaba una de esas cosas. Justamente tardó en reaccionar y no pudo evitar que la tomara de la pierna, la levantara en lo alto y la arrojara contra el hielo. El golpe fue tal que sintió como si se le quebraran todos los huesos. La bestia volvió a levantarla y la arrojo varios metros, deslizándose, completamente aturdida. Lo sangre cubría sus ojos, haciendo difícil el mirar. Se habían alejado del hielo quebradizo y esa cosa se aproximaba a terminar por destrozarla.

«No moriré aquí».

Se aferró a su espada y, se incorporó lo mejor que pudo, aunque supo de inmediato que tenía la pierna rota.

«¡No moriré aquí!».

La criatura gritó de dolor. Al volverse tenía un hacha clavada en la parte posterior de la cabeza y Nile estaba detrás, al borde del agujero, completamente empapada, pero sus ojos mostraban demasiada confianza.

—¡Ven por mí, bestia estúpida!

La criatura corrió hacía Nile. Anneke levantó la espada y apuntó lo mejor que pudo. La lanzó con todas sus fuerzas y la espada se clavó en medio de su espalda. La criatura se deslizó sobre el hielo hasta detenerse a los pies de Nile. Nile tomó el hacha de la parte posterior de la cabeza y le dio varios golpes, hasta que la maldita bestia dejó de gruñir.

Y, de pronto, el silencio…

Nile tomó la espada y caminó hacía Anneke quien a duras penas soportaba estar de pie. Cuando estuvo cerca, le entregó la espada y le dijo, acompañándola con una media sonrisa.

—Sabía que era una mala idea.

Anneke sonrió. Cerró los ojos y se dejó caer sobre la nieve.

*

Después de cabalgar por varios días, sedienta por contárselo, llegó hasta la aldea de toda la vida, donde la esperaba su abuela a quien tanto amaba. No recordaba a sus padres, se marcharon cuando era un bebe dejándola con su abuela. Desde entonces ella fue todo lo que necesitó. Por ello quería contarle que iría por el arma de Ruletx y que defendería a la humanidad de los gigantes. Su abuela ya lo sabía, la dicha en su mirada la delataba.

—Tienes el don del hielo en la sangre —le dijo.

—¿El don del hielo? —se preguntó.

Por supuesto que había escuchado sobre el don del hielo, pero escucharlo de su abuela era un placer que podría permitirse.

—El don que tuvo Ruletx y que le ayudó a vencer a los gigantes —narró su abuela—. El don que pasó a las elegidas, pero que casi nadie despertó.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó.

La anciana le tomó de las manos.

—Lamentablemente no lo sé —meneó la cabeza—. He vivido lo suficiente para saber que es real, pero muy poco para conocer la respuesta —acarició su rostro—. No pongas esa cara. Hay

alguien que tal vez tenga la respuesta. Deberás ir a buscarla. Vive al este de estas heladas tierras y es más vieja que el tiempo, aunque no lo creas. Baba Yekai, ese es su nombre.

—Baba Yekai —Anneke se puso de pie y besó la frente de su abuela—. Te prometo que la encontraré y sabre como obtener el don del hielo.

Su anciana abuela sonrió.

—Sé que así será.

*

Despertar era en esos días sinónimo de sorpresas. Un día despertó como elegida y otro despertó aún viva cuando no debería estarlo. Estaba acostada al lado de una fogata, con pieles encima y muy confundida.

—¿Cómo te sientes? —escuchó la voz de Nile.

—¿Cómo debería sentirme? —balbuceó.

Nile miró el cielo colmado de estrellas.

—Con suerte.

Anneke trató de incorporarse, pero pronto el dolor se hizo presente.

—No te muevas —le exhortó su compañera—. Te dieron una buena paliza.

Observó alrededor, árboles cubiertos de nieve y los caballos descansando a un lado.

—¿Dónde estamos?

—Cerca del lago había otro bosque. No lo vimos en su momento.

Poco a poco recordó lo que pasó. La pelea con las bestias y como estas se hundieron en las aguas heladas.

—Caíste al lago —comentó—. ¿Estás bien?

Nile soltó un bufido.

—No voy a morir congelada, si eso te preocupa. Deberías sabes que no soy tan débil como tú.

Anneke sonrió y le dolió el rostro. Recostó la cabeza y cerró los ojos.

—Debemos llegar donde Baba…

Nile se recostó con las manos detrás de la cabeza.

—Primero debes recuperarte —argumentó.

—Partiremos por la mañana —repuso ella.

La escuchó tomar aire.

—Solo… solo duerme y no hables.

Otra vez intentó reír, pero nuevamente le dolió.

Por la mañana, Nile no fue capaz de ocultar su incredulidad al revisar sus heridas.

—Estas sanando más rápido de lo normal. Demasiado rápido.

Y era cierto. Ya no le dolía tanto, ya no se sentía tan mal. Fue capaz incluso de ponerse de pie cuando supuestamente tenía la pierna rota.

—¿Crees que se deba a…?

—¿El don del hielo? No lo creo. Aunque si es más rápido de lo que se esperaría incluso para un elegido.

—Me volví más resistente.

—Bueno, por cómo te dejaron esas cosas debiste morir. Es posible, pero —se encogió de hombros—. Otra pregunta para Baba, supongo.

—Entonces, partamos.

Nile se rascó la cabeza.

—Sí que eres terca.

Montaron los caballos, Anneke aun con dificultad, y cabalgaron en la dirección que creyeron debían dirigirse. Para la noche le dolía menos y por la mañana, apenas si le quedaban moretones.

Mediodía de viaje y divisaron una pequeña y rustica cabaña. Nile detuvo el caballo y desmontó.

—Ve —le dijo entregándole la bolsa donde estaba el corazón del ciervo—. Ve y hazle las preguntas que quieras.

Anneke se mostró desconcertada.

—¿No vendrás?

—No, no me apetece hablar con la anciana.

Dejó a su compañera, sentada sobre la nieve al lado de su caballo. Cabalgó hasta la entrada, desmontó y pensó en llamar, pero dudó en cómo debía hacerlo. Baba Yekai no recibía visitas, eso se sabía.

—¡Hola! —resolvió—. ¡Baba Yekai, mi nombre es Anneke Rohde, soy la elegida por Ruletx! ¡Voy a entrar!

Empujó la puerta. De inmediato un olor a viejo colmó sus narices, como si esa casa tuviera más de mil años de antigüedad. Se asomó sigilosa, miró el interior. El interior era austero, con una mesa en el centro y una silla cuyas patas tenían escarchas de hielo. En realidad, el piso, las paredes, todo tenía escarchas de hielo.

—¡Baba Yekai!

Observó el interior. La chimenea tenía aspecto de no haberse utilizado en mucho tiempo y había carne, que se resistia a la putrefacción, sobre un banquito.

—Baba…

Abrió la puerta de la única habitación. Dentro había una cama y sobre esta un bulto cubierto de pieles, que a su vez estaba cubierto por escarchas de hielo.

Anneke dejó su mente en blanco; prefirió no pensar lo peor, prefirió conservar la esperanza. Cuando levantó las pieles, debajo de estas, estaba el cuerpo sin vida, momificado por el frio, de una anciana.

—No…

Se tomó unos segundos para asimilarlo. Pensó en el viaje, en lo que pasó con la aldea, en las criaturas que le persiguieron, en lo que le prometió a su abuela. Pensó en tantas cosas que no supo cómo ordenarlas. Volvió a cubrir el cuerpo, tomó aire y dejó el corazón del ciervo sobre las pieles.

Pero cuando se levantó, algo cayó al suelo. al fijarse notó que era un dragón tallado en madera.

Y su cabeza se había desprendido de su cuerpo.

Caminó al lado de su caballo con la mirada fija en ninguna parte. Nile fue a su encuentro.

—¿Y?

Anneke levantó la cabeza. Tomó aire y se subió al caballo.

—Vamos por el arma.

Aura 02

Mika le golpeó en el estómago con la empuñadura de la espada. El golpe hizo que Aura cayera de rodillas con dificultades para respirar.

—Así no —le recriminó su maestro—. Niña, un leve titubeo puede significar la muerte.

—No me llames niña —se puso de pie aun con la espada en la mano—. Una vez más.

Continuó entrenando hasta que el atardecer se hizo presente. Terminó acostada sobre las piedras, con el rostro amoreteado, los brazos abiertos y buscando recobrar el aliento. Viró la cabeza para mirar a Mika, este caminó hacia el bosque, fundiéndose con las sombras.

Aura se acercó al arroyo para lavarse. Al contacto con el agua le dolieron los callos en las manos. Se quitó la ropa y se sumergió por completo soportando el dolor de los moretones. Recostada, miró aquel cielo naranja oscuro y las nubes rojizas en este.

Dos años pasaron desde que Mika Zeitum la tomó como su alumna y protegida. Todos los días practicaban con la espada por un rato si estaban viajando o el día entero si se quedaban en las inmediaciones. Apenas si recordaba a sus hermanos y casi había olvidado el rostro de aquellos ancianos que la adoptaron. La vida siguió su curso y ella debía aprender. Es lo que su maestro le decía, debía aprender para volverse la mejor.

Se sentó al frente de la fogata. Mika estaba afilando su espada. Era una preciosa arma, con enchapados de oro en el mango y un acero que parecía resplandecer con el fuego.

—¿Cómo conseguiste esa espada? —le preguntó curiosa.

—¿Insinúas que alguien como yo no puede tener una espada como esta? —preguntó Mika con una media sonrisa.

—Eso es acero antiguo —aseguró ella—. Hasta yo sé que el acero antiguo es muy preciado y solo lo usan los señores.

—Tal vez yo sea un señor —ironizó su maestro—. Aposté con un tipo. El apostó esta espada y yo mi vida. Fue una apuesta estúpida.

—¿Una apuesta estúpida? —reflexionó la niña—. Tienes una espada de acero antiguo.

—Sí, pero arriesgué mi vida.

—Seguro sabías que ibas a ganar.

—Aun así, fue una estupidez. El acero normal mata tanto como este. Por más bueno que seas siempre está la posibilidad de que tropieces, algo te distraiga o tu contrincante tenga un golpe de suerte. En una pelea, además de tus habilidades, tienes que considerar todas las variables. Mantén un ojo en quien tengas delante de ti y otro en el entorno. Considera todas las posibilidades. Aun cuando parezca imposible que un rayo te caiga encima, tenlo en cuenta.

—Asumir lo peor —murmuró la niña mientras asaba el torso de un conejo.

—La peor situación posible y partir de allí. Desconfiar de todo y de todos.

Aura se puso de pie casi de un salto.

—Confío en ti —declaró con inocente seguridad

Su maestro se recostó al lado de la fogata.

—No deberías…

*

Robert Risco estaba sentado a unos metros de ella asando el torso de un conejo, mientras que

el viejo Wender tenía la vista fija en las sombras del bosque. Desde que salieron de la Ciudad de los Héroes hablaron muy poco. Para Aura estaba bien. No le apetecía responder preguntas, aun cuando se dio cuenta, más de una vez, que el chico se quedaba viendo los vendajes de su brazo izquierdo. Esperaba llegar al Cruce del Cazador lo más pronto posible. El Cruce del Cazador era el lugar donde se dividían los caminos. Por un lado, te adentrabas al Bosque Dorado y por el otro te dirigías a Cumbres del Retorno. Hasta allí llegaría el viaje en compañía. A partir de ese punto cada quien iba por su cuenta en busca de la respectiva arma.

—Aura, disculpa —le dijo Robert Risco—. No es que quiera entrometerme, pero, ¿cómo conseguiste esa espada?

La joven se frotó los vendajes del brazo izquierdo.

—¿Insinúas que alguien como yo no puede tener un arma como esta? —le preguntó con una media sonrisa.

—No, no era mi intención —Robert balbuceó nervioso—. Por favor, olvida la pregunta.

Al ver su rostro avergonzado, apenas si pudo contener las ganas de reír.

—Fue un regalo.

—Ya veo —asintió el chico.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó mientras atizaba el fuego—. Eres el hijo del Señor del Bosque Dorado. Obviamente alguien importante. Lo menos que se esperaría es que tu cuchillo sea de acero antiguo.

Robert miró a Wender. Este se mantenía vigilante, aparentemente indiferente.

—No soy un guerrero —dijo—. El único beneficio de ser el hijo de un señor es que pude acceder a muchos escritos. En realidad, me gustaba aprender sobre el mundo más que aprender a luchar.

—¿Sobre qué leías? —De cierta forma también le apeteció más de una vez aprender sobre las cosas del mundo.

—Más que nada sobre construcción de templos, palacios, caminos… cosas así. Es que me interesaba ser arquitecto.

—Robert Risco el arquitecto —bromeó y el chico se sonrojó —¿Qué otras cosas leíste? ¿Leíste sobre los héroes?

—Algo…

—¿Leíste sobre Naril?

Notó que Wender los miró de reojo. Tal vez atentó ante la incomodidad de su alumno. Aura esperó su respuesta.

—Yo, yo… yo no —trastabillaron las palabras en la boca del muchacho.

El viento sopló haciendo que las llamas danzasen ante sus ojos. Aura se arrimó a él y le sonrió.

—No tengas miedo.

Robert asintió nervioso.

—En realidad la biblioteca de Literia no es tan grande. Los libros y pergaminos que se encuentran fueron escritos por sacerdotes que vivieron en la ciudad y no contaban nada más que no fuera de común conocimiento.

—Pero… —Aura sabía que no era todo.

—Hubo un sacerdote —continuó el chico—, nació veinte años después de que los héroes lucharan en la primera gran batalla. Peder Risco, hijo de Valdor Risco, el fundador de nuestra familia. En realidad, Peder no tuvo hijos, fueron sus hermanos quienes perpetuaron el apellido. Como sacerdote recogió los relatos orales de aquel gran acontecimiento y comenzó a

transcribirlos. Creía que no debían perderse, aunque varios sacerdotes, principalmente los de Bondadosa, estaban y habían realizado esa tarea. La mayoría de los relatos que recogió apuntaban a lo mismo. La extraordinaria lucha de los héroes, la muerte de muchos de ellos y los que sobrevivieron al final. Se sabe que los dioses otorgaron las armas con la condición de que no podrían tener descendencia. Fue una regla que solo se aplicaría a ellos, quienes serían los últimos mortales en poder hablar con los dioses y mas no así a los que vendrían cada cien años.

»Peder escribió que para Naril era una regla cruel. Era la esposa de Layel y estaba enamorada de él. Exigió a los dioses el derecho a tener hijos. Layel, por su lado, aceptó la decisión de los dioses —los labios del chico temblaron—. Se puede decir que la traicionó.

—No la traicionó —acotó Aura, con tono amable—. Hizo lo más sensato. No tenía sentido retar a los dioses.

—Sin embargo, Naril insistió. Juró que sin importar qué, tendría un hijo.

El muchacho guardó silencio. Aura le tomó de la mano.

—Tranquilo —le dijo—. Naril se reveló y los dioses la castigaron. Todo eso se sabe, no hay discusión. Evangeline hizo lo que tenía que hacer.

No necesitaba escuchar más. El muchacho le estaba contando lo mismo que los padres les cuentan a sus hijos, los abuelos a los nietos y los maestros a sus protegidos.

Los días siguieron su curso. Poco a poco Aura fue acostumbrándose a la rutina. Cabalgaban desde el amanecer hasta que el sol estaba en su punto más alto, donde se detenían para cazar y Wender aprovechaba para que el chico practicase con el arco. Wender no hablaba, pero cuando se trataba de entrenar no escatimaba palabras. Le hablaba con severidad, pero al mismo tiempo denotando una serenidad propia de él. Aura se encontró varias veces sentada, observando al chico fallar en darle al blanco que el viejo le señalaba. Nuevamente repetía el proceso, cómo sostener el arco, cómo debe pararse, enfocarse en el objetivo y disparar. Para ella estaba claro que el chico nació para ser un sabio de Bondadosa más que un hábil guerrero o peor aún, un asesino de gigantes.

—¿Quieres intentarlo? —le preguntó Robert.

—Paso —respondió sin más adornos—. Soy mejor con la espada —cruzó miradas con Wender—. Debes practicar con el arco si quieres dominar el arma.

—El Arco Irresponsable —dijo el muchacho, con desgano—. ¿Y tú? ¿No deberías practicar con cadenas?

Aura se frotó las aletas de la nariz.

—Hare lo necesario llegado su momento.

—También puedes practicar con Wender. Él es muy bueno con la espada.

Volvió a cruzar miradas con el viejo.

—Lo sé.

Lo sabía, solo con verlo se sabía.

—Entonces, ¿estás de acuerdo? A Wender no le importa. ¿Verdad, Wender?

El viejo miró a su alumno e hizo una reverencia.

—Si así lo desea, señor.

En otras circunstancias estaría más que contenta de probar sus habilidades con el viejo, cuyo nombre era conocido por todos los que aspiraran a convertirse en hábiles guerreros. Aura conocía algunas historias de la guerra por el dominio del Bosque Dorado y en muchas de ellas se mencionaban las hazañas de Wender. Se decía que por sí solo acabó con todo un regimiento, que luchó contra uno de los mejores guerreros del norte del Bosque y lo venció sin hacerse una sola herida. Todas exageraciones con algo de verdad. Se decía tanto y más, pero no iba a arriesgarse

de forma innecesaria.

—Tal vez en otra oportunidad —respondió Aura—. Mejor será que sigas practicando con el arco —les dio la espalda esperando que la excusa de alimentar los caballos fuera suficiente.

—¿Es por tu brazo izquierdo? —preguntó el chico, cosa que le sorprendió—. He evitado preguntártelo, pero, ¿qué te pasó?

Aura se tomó un instante antes de responder.

—Hace años estuve en un incendio —mintió.

El chico escondió la mirada.

—Lo siento. No debí preguntar.

—Cosas del pasado —sonrió para que se tranquilizara.

Más tarde, Aura aprovechó un momento para dirigirse a un arroyo cercano para lavarse. Había un par de descomunales piedras en las orillas que desentonaban con el resto del paisaje. Eran huellas indudables de la lucha contra los gigantes. Pensó en las historias donde los gigantes se servían de piedras que cargaban en enormes bolsos hechos de entretejidos de árboles resistentes y flexibles que traían consigo del otro continente. Al pensarlo no es difícil llegar a la conclusión de que, al contrario de lo que se piensa, los gigantes no son seres que se dedican a matar por matar, sino que estaban dotados de la inteligencia necesaria para desarrollar estrategia o, incluso, tener conciencia de sus caídos. En el continente no se encontraban los cadáveres de los gigantes. Se sabía que, al igual que las bestias mágicas, al morir, pasado un tiempo, el cuerpo se desvanecía. No importaba si intentabas conservar un hueso, un trozo de carne o guardar un poco de sangre, todo se desvanecía y era como si nunca hubiese existido.

Se lavó el rostro con las aguas frías que descendían de las montañas, las mismas montañas a las que Robert debía dirigirse si deseaba hacerse con el arma. Se fijó que esos dos no estuvieran cerca. Se quitó los vendajes y comenzó a enjuagarlos con rapidez. Aprovechó y sumergió el brazo hasta donde el metal terminaba y solo cuando el agua tocó su piel sintió algo. A pesar del tiempo aun le seguía pareciendo tan irreal. Podía mover los dedos o girar la muñeca con normalidad, pero no tenía sensación alguna. Podría meter la mano de acero al fuego y no sentiría dolor o destrozarse el brazo y no se daría cuenta si no lo estuviera viendo.

El regalo de Naril era extraño.

*

—¿Por qué yo? —le preguntó a Mika, acostada en esa cama sucia con el brazo metálico aún caliente y la sangre a medio secar sobre su cuerpo.

—Porque tenías que ser tú —le respondió su maestro.

*

Miró la orilla contraria. Por un momento creyó escuchar movimientos, pero solo era el viento meciendo las ramas de los árboles. Exhaló y pensó que era el momento de regresar con ese par.

—¿Qué eres? —escuchó.

Wender estaba sobre una piedra, con la espada en la mano apuntando en su dirección. No lo escuchó acercarse, ni siquiera le escuchó desenvainar la espada. Estaba bajo su mirada, una mirada dura que no admitiría mentiras. Aura le dio un vistazo rapido a su propia espada, que estaba sobre la capa negra doblada en pliegues en la orilla. Miró la camisa que llevaba, como se marcaba sus pechos al haberse empapado.

—¿Viniste a espiarme, Wender? ¿Espiarme mientras me baño, acaso?

—Responde la pregunta, ¿qué eres?

No serviría de nada mentir, pero tampoco decir la verdad. Aura suspiró.

—Soy Aura Zeitum, elegida por Naril.

El viejo caminó hasta pararse entre su espada y ella.

—Tu brazo —dijo—. Nunca he visto algo así. A menos que puedas explicarlo, no puedo permitir que te acerques a Robert.

—Bien —se encogió de hombros—, tomaremos caminos diferentes.

—No es tan sencillo y lo sabes.

Se quedaron en silencio. El viejo seguía imperturbable, con la espada apuntando en su dirección. Aura sacó la cuchilla que llevaba en el cinto.

«Luchar contra el gran Wender Carlyle».

—No tenemos que hacer esto —comentó Aura.

Wender tomó la espada con ambas manos.

—¿Qué eres?

Aura hizo danzar a la cuchilla entre sus dedos.

—Si quieres escuchar si soy humana, lo soy. Pero sí, el brazo es parte de mí y no es humano. Entiendo que pienses que soy una criatura extraña como los gigantes o como una bestia mágica. Te aseguro que no soy nada de eso. No voy a convertirme en una enorme serpiente y comerme a Robert, así que déjame ir y nadie tendrá que morir.

Wender miró de reojo hacía el bosque a sus espaldas y Aura comprendió el porqué. Robert hacía tanto ruido al caminar que se le podría escuchar a cien metros de distancia. Wender envainó su espada y le lanzó la capa negra.

—Nos separaremos en el cruce, como acordamos.

Se destinó a alcanzar al chico antes de que llegase al arroyo. Aura se colocó las vendas, tomó la espada y reflexionó en lo que acababa de pasar.

«Mierda, Andrea, precisamente esto era lo que no quería».

Robert estaba ya sobre la montura.

—¿Seguimos?

Aura miró a Wender, quien parecía indagar en los detalles del camino. Lo pensó un momento. El guerrero no diría nada y debía cumplir con su promesa al viejo sacerdote. Se arremangó la capa y se subió al caballo.

Siete semanas pasaron desde que partieron de la Ciudad de los Héroes. Siete semanas que a la elegida por Naril le pareció una eternidad. Estaban a un día del Cruce, donde podría tomar su camino sin remordimientos. Aunque honestamente, no fue tan malo. Robert no era un pequeño idiota, como lo eran otros señores, era tranquilo y respetuoso, no hacía más preguntas de las necesarias y sabía cuándo callar. En realidad, el chico le pareció muy maduro y Wender un excelente maestro. Tal vez allí radicaba todo, el tener a alguien como Wender, valiente y honorable, como maestro. Lamentó que alguien como él haya sido elegido. Era una sentencia de muerte.

Debido a que eligieron el camino del bosque no se toparon con aldeas ni pobladores en mucho tiempo, pero pronto se encontraron con una cabaña. Tenía un pequeño establo y salía humo de su chimenea. Robert propuso preguntar si tenían algo para comer. Estaba cansado de carne asada directamente al fuego y anhelaba un poco de estofado.

Como era de esperar, Wender era muy precavido.

—Señor, será mejor que sigamos.

—No creo que esté lleno de bandidos, dispuestos a matarnos —Robert se giró hacia ella—. ¿Qué dices?

Comprendía la desconfianza del viejo guerrero, pero ciertamente, le apetecía un poco de cerveza.

—Podemos dar un vistazo.

El chico se mostró conforme y Wender no objetó más.

El viejo se asomó a la puerta con la mano sobre la empuñadura. Robert estaba detrás de él y dijo en voz alta.

—¡Hola!, ¡alguien!

Pronto apareció un tipo regordete, de una larga melena negra y un bigote bien peinado.

—¡Visitantes! —exclamó—. Por favor, pasen.

Dentro, la chimenea estaba encendida y sobre el fuego había una olla de la que se desprendía un agradable olor a estofado. Robert pareció muy contento al saborearlo en el aire.

—Me llamo Edward —se presentó—. Disculpen el desorden. No esperaba visitas.

—Mi nombre es Robert y ellos son…

—¿Estas solo? —preguntó Aura.

—Sí, mi mujer se fue con mi hija a visitar a sus padres. Regresarán en unos días.

—Bueno —intervino Robert—, queríamos saber si nos invitarías un poco de tu comida. Obviamente pagaremos por ella.

—¡Por supuesto! —el hombre acercó unas sillas a la mesa—. Por favor siéntense, siéntense. Pero no tienen que pagarme. Qué dirían los dioses si les cobrara a unos viajeros hambrientos.

—Eres muy amable —alabó Robert a la par que se sentaba a la mesa.

Notó que Wender examinaba al sujeto, buscando alguna arma escondida en sus ropas sucias. Se sentó al lado de Robert, pero mantuvo la mano sobre la empuñadura. Por su lado Aura se sentó en el otro extremo de la mesa. El hombre sirvió un plato de estofado y se le acercó a Robert. Le ofreció a Wender quien negó con un corto gesto.

—Prefiero algo de beber —le dijo Aura.

—Oh —rio el hombre—. Tengo justo lo que quiere.

Sirvió cerveza de un barril que tenía en una esquina. Le acercó el tarro con una enorme sonrisa, luego se sentó al lado de la chimenea y encendió una pipa de madera negra.

—Bien amigos, si puedo preguntar, ¿a dónde se dirigen?

Aura bebió un sorbo.

—A las montañas —respondió por los dos—. Vamos a cazar unos osos.

—¿Osos? —meditó el tipo—. Es cierto, en las montañas hay muchos osos. Los he visto merodeando por aquí, pero afortunadamente no nos han dado problemas. Los osos de las montañas pueden llegar a ser verdaderamente monstruosos. Les deseo suerte.

—El estofado sí que esta delicioso —comentó Robert.

—Me da gusto —le dio dos pitadas a la pipa—. Parece que tenías hambre. Y usted, buen señor —dirigiéndose a Wender—. ¿Seguro que no quiere?

Wender examinó el resto de la casa.

—¿Cuantos dices que viven aquí?

El hombre levantó las cejas.

—Mi mujer, yo y mi hija pequeña. Como les dije, fueron a la aldea, yo me quedé cuidado la casa.

Aura encontró la mirada incisiva de Wender. Resignada, se acercó a una de las dos camas que estaban hasta el otro extremo.

«Mierda, qué estúpidos fuimos».

Levantó las pequeñas prendas de bebe. Wender desenvainó la espada y apuntó directamente al rostro de ese sujeto.

—Señor, detrás de mí —ordenó Wender.

Robert, confundido, obedeció.

—Espera, espera —aquel sujeto levantó las manos—. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

Aura miró por la ventana, en los arbustos, detrás de los árboles...

«Realmente, qué estúpidos fuimos».

—Estamos rodeados —aseguró la elegida por Naril.

—Dile a tus hombres que nos dejen ir y nadie tendrá que morir —le dijo Wender.

El hombre dejó la pipa a un lado.

—Solo la queremos a ella —declaró—. Ustedes dos pueden irse.

Por un momento Aura pensó que se trataban de esclavistas que, seguramente, estaban buscando mujeres para venderlas a los señores como acompañantes de cama.

Robert desenvainó su espada.

—¡De ninguna manera! —la sostuvo con ambas manos.

El hombre se puso de pie, con las manos en alto.

—Chico, estoy arriesgando mi vida para darte una oportunidad. Sabemos muy bien que eres el elegido por Layel. Queremos que vayas por tu arma y hagas lo que tengas que hacer.

En ese momento, la teoría de los esclavistas quedó descartada.

—Pues deben saber que ella es la elegida por Naril —Robert no podía evitar temblar.

—Seguramente así es, pero eso no nos importa —replicó el hombre.

Aura tomó el tarro y, antes de beber lo que quedaba de cerveza, le preguntó.

—¿Quién los contrató?

El hombre torció su regordete rostro en una sonrisa.

—No necesitas saberlo.

—¿El Maestro Superior? —dejó el tarro a un lado—. ¿La reina, acaso?

Robert balbuceó eso ultimó. El hombre se encogió de hombros. Aura resopló.

—No es un mal plan…

Wender la miró de reojo. Robert fue más expresivo.

—¿Qué dices? No vamos a…

—Son cerca de treinta tipos allí afuera —aseguró la elegida por Naril—. Aun entre los tres no podríamos con todos. Tal vez Wender maté unos cinco o seis, con suerte tú uno y yo unos cuatro antes de que nos abran el estómago. Sería lo ideal, pero tienen arcos así que se reduce drásticamente nuestras posibilidades.

—Así es —celebró el hombre—. Eres muy hábil, mujer. Sí, no hay nada que puedan hacer — bajó los brazos y Wender bajó la espada.

—Espera —replicó Robert.

—Saldré de aquí y les daremos un tiempo para decidir. También pueden matarme ahora y joderse por completo. Él lo entiende, ella lo entiende.

—Espera —balbuceó Robert.

—Señor —dijo Wender.

—Deja que se vaya —replicó Aura.

El hombre hizo un gesto de despedida y caminó hacía la puerta.

—No tarden demasiado...

En cuanto cerró la puerta, Robert Risco se dirigió a Wender.

—Si todos luchamos podemos derrotarlos —El viejo estaba contra la pared, asomado a la ventana—. Escuchen, sé que creen que no sé luchar, pero seré de ayuda.

—Robert —dijo Aura.

—No, no, escuchen. Tendrán que entrar acá. Los mataremos de uno en uno y…

—Escúchame Robert —insistió la elegida.

Wender seguía concentrado en los movimientos de los que estaban afuera. Aura se frotó la sien buscando las palabras.

—No, tú escúchame —Robert, pareció de repente más seguro—. No te abandonaremos.

Aura le sonrió.

—Está bien… —le dio un puñetazo en el estómago. El chico gimió de dolor antes de cerrar los ojos y quedar inconsciente. Wender caminó hacia él.

—Llévatelo —le dijo.

—Debí darme cuenta —lamentó el viejo.

—Debimos —le señaló al muchacho—. Anda, es tu deber.

Wender cargó a Robert sobre su hombro y la miró con neutra expresión.

—Aguanta lo que puedas.

Aura se quitó la capa.

—Cuídalo mucho. Es un buen chico.

Lo vio cerrar la puerta tras de sí. Lo escuchó cabalgar y como se alejaba. Ella se paró en un rincón sosteniendo con fuerza la espada. El escozor en la unión de su brazo se estaba volviendo insoportable. Entrarían en cualquier momento. Se cargaría a unos cuantos antes de que…

Pero pronto una antorcha entró por la ventana. El fuego encendió de inmediato la mesa donde Robert comió. Escuchó otra antorcha golpear el techo y vio como rápidamente este se envolvía en llamas. Una y otra más.

«Mierda, los hijos de puta me obligaran a salir».

—¡Venga! —escuchó la voz de ese hombre—. ¡Elkes te está esperando!

Una densa humareda pronto llenó la casa, volviendo difícil el respirar, al igual que el calor se estaba tornando insoportable. Aguantó la respiración. Empapó la capa en agua que encontró en una tinaja y se envolvió en ella. Sabía que la estarían esperando en la puerta y en la ventana. Examinó rápidamente sus opciones. Una parte de la pared, al lado de la chimenea, tenía un color diferente. Notó que era una suerte de reparación y agradeció que el barro todavía estuviese fresco. Corrió con todas sus fuerzas hacía la reparación de barro y se abalanzó sobre la misma con el brazo de acero por delante. En un instante la había atravesado para rodar sobre la hierba. Se levantó en guardía, viendo a un hombre correr hacía ella con espada en mano. Aura detuvo su ataque con la mano metálica y le clavó el cuchillo en la entrepierna. Una flecha zumbó en su oído izquierdo y dio una voltereta para irse a pararse detrás de un árbol. Miró a un lado. Otro hombre se abalanzaba con ferocidad, esquivó su estocada y le dio un puñetazo con el puño de acero, arrancándole la piel de la cara. Lanzó el cuchillo hacía otro que corría y tomó la espada que dejó caer el primero. Aura corrió hacía otro árbol. Un par de flechas se clavaron en un árbol, pasando demasiado cerca de su hombro derecho. Volvió a pararse detrás de un tronco y en un rápido movimiento se protegió de una flecha con el brazo metálico, pero otra fue a clavarse en su costilla derecha. Gimió de dolor, pero rodó para esquivar el ataque de otro hombre y hacerle un corte dividiendo su espalda en dos. Volvió a rodar, pero esta vez una flecha fue a incrustarse en el gemelo derecho produciéndole un agudo dolor que le hizo trastabillar cuando intentó correr. Trató de incorporarse cuando vio otro de ellos abalanzarse con un hacha, conteniendo su ataque

nuevamente con el brazo de acero, que siguió actuando como escudo, y aprovechando el lapsus para clavarle la espada en el cuello. Cuando el hombre cayó otro se abalanzó. Este alcanzó a propinarle una patada en el rostro que le hizo caer de espalda y sentir como la sangre llenaba su boca. El hombre intentó clavarle un cuchillo a lo que Aura levantó las piernas para interponerse en su trayectoria. El cuchillo cortó su muslo derecho y Aura aprovechó para tomarle del rostro con la mano metálica. Apretó con fuerza y escuchó como se destrozaban los huesos del rostro.

Le hizo a un lado y se arrodilló. A duras penas diferenció unas siluetas que corrían hacía ella, eran menos de lo que esperaba. Notó el fuego en la casa y varias siluetas danzando al son de los cantos de la muerte. Contuvo el aliento, se aferró a la espada y supo había llegado su fin. Pero antes de partir se cargaría a un par más.

En ese momento una intensa luz llenó el cielo. Los hombres detuvieron su ataque. Aura se cubrió los ojos y agachó la cabeza. Seguidamente escuchó un fuerte estruendo y cómo una invisible fuerza la arrojaba varios metros. El estruendo calló los sonidos y sus ojos estaban peor que antes. Al mismo tiempo no había dolor. Sabía que estaba muy mal herida, pero no había dolor.

Intentó moverse, le ordenó a su cuerpo, pero este no obedeció, ni siquiera ese ser extraño que era su brazo izquierdo. Acostada, boca arriba, abrió los ojos lo más que pudo. Vio que unas extrañas siluetas estaban sobre otras siluetas, deformándolas, arrancándoles partes como si de muñecos se tratasen. Una de esas siluetas, más grande que cualquier hombre, corrió hacia ella. Aura no tenía ni la espada en las manos ni las fuerzas para tratar de defenderse. Vio la silueta correr en cuatro patas como si de un animal se tratase. Aquella cosa levantó lo que parecía su descomunal brazo y ella, con las fuerzas que le quedaban después de recobrar movilidad, se protegió con el brazo metálico, pero el golpe fue tan fuerte que la arrojó contra un árbol y con este el dolor regresó como también el sabor de la sangre. Aquella cosa volvió a abalanzarse. Volvió a ver ese descomunal brazo en lo alto, pero esta vez, antes de que le asestara el golpe final, lo vio caer a un lado y su cabeza hacía el otro.

Y antes de perder el conocimiento, sintió que alguien la tomaba en brazos y vio el rostro de Wender…

Maisse 02

Maisse hundió la espada en el cuello de la bestia, la misma que ahogó un aullido y se quedó inmóvil con su enorme lengua gris desparramándosele de la boca. Levantó la cabeza. El campo estaba teñido de sangre roja y negra, de sus hombres y de las criaturas que les atacaron. Los heridos se retorcían sobre la tierra mientras hacían esfuerzos para no gritar por la desesperación de saberse ya en los dominios de Elkes.

Habían acabado con todas esas cosas, pero a qué precio.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hector Campbell.

Maisse asintió tratando de mantener la compostura. Contó a sus hombres. Además de Hector y Alan quedaban cuatro en pie.

—Que ayuden a los heridos.

El capitán dio la orden. Maisse se apresuró a detener el sangrado de uno que encontró retorciéndose a unos metros. Pero fue tarde, el hombre murió con los ojos abiertos.

Dejó al hombre y tomó aire. Se dispuso para alcanzar al siguiente. Los soldados encendieron una fogata para calentar el metal y cauterizar las heridas. Para cuando terminaron, quedaban tres hombres con vida, aunque dos de ellos en el umbral de la muerte.

—Que los lleven al poblado más cercano.

Hector asignó a dos de los cuatros para que se encargaran de esa tarea. Armaron unas improvisadas camillas de ramas y hojas entrelazadas. Maisse los vio alejarse esperando que lo consiguieran.

—Deberías descansar —le dijo Hector.

Maisse caminó hasta uno de los cadáveres de las criaturas. Examinó su rostro con rasgos humanos y de bestia por igual.

—Cayeron del cielo —asevero Alan Campbell— ¿Cómo pudieron caer del cielo? ¡No tiene sentido!

—Tranquilízate —le ordenó su hermano.

—Algo es seguro —Maisse revisó los colmillos—. Fueron invocados.

Los hermanos Campbell se miraron.

—¿A qué se refiere, mi señora? —preguntó Alan.

Maisse sacó un cuchillo y comenzó a cortar uno de los cuernos desde la base. De la herida emanó un denso humo negro.

—No son bestias mágicas comunes.

Los hombres lucieron sorprendidos.

—El Casco de la Invocación —comentó Alan.

—No —Maisse arrancó el cuerno—. Si bien es cierto que el casco invoca bestias mágicas, estas pertenecen al viejo continente.

—Como sea —Hector pateó a una de las criaturas—. Alan, ve y busca los caballos. Maisse, debemos continuar.

Maisse ni le prestó atención. Buscaba comprender. Eran bestias del viejo continente invocadas por alguien en Tierra Nueva. ¿Con qué motivo? Si buscaban asesinarla, ¿cómo supieron su ubicación?

De pronto percibió un aroma. Caminó entre los cadáveres y se paró donde terminaban los cuerpos.

—¿Sucede algo? —le preguntó Hector.

—Alguien viene.

Cuando se dio cuenta de quien se trataba hizo que Hector, que ya estaba en guardia, bajara su espada. Dos caballos salieron de la ruta del bosque. Sobre uno de ellos estaba la elegida por Curiel, con sus cabellos cortos de color plata y la venda blanca con el sello del ojo de Nye sobre los ojos.

—Lady Tessa —saludó Maisse.

La elegida por Curiel bajó del caballo.

Tessa Meinhl era similar a Maisse en estatura, contextura y edad, salvo que, como elegida por Curiel, su entrenamiento y formación fue completamente diferente.

—Lady Maisse —saludó Tessa—. Que gusto que este con vida y lamento la muerte de sus buenos soldados.

—Yo también.

—Lady Tessa —saludó Hector—. Se encuentra lejos de su ruta —se concentró en la mujer que estaba en el otro caballo.

—Igriel y yo seguimos las bolas de fuego hasta aquí.

Su acompañante era una mujer de mirada dura y porte orgullosa. Tenía los cabellos rubios y cortos, y los ojos de un azul intenso. Llevaba una gran espada de acero antiguo en el cinto.

«Seguramente le enseñaron a luchar desde muy niña», supuso Maisse.

—Igriel —le saludó.

La mujer mantuvo su sería expresión.

—Igriel hizo un voto de silencio —comentó Tessa y se agachó para palpar a una de las bestias muertas sobre el campo. Comenzó por los cuernos, pasó por su rostro hasta ensuciarse los dedos con aquella negra y caliente sangre—. Damballas —sentenció.

Maisse frunció el ceño.

—¿Damballas? —preguntó Hector.

—Bestias de fuego —se levantó y ladeó la cabeza—. Se sabe que aparecieron en la época de los héroes y después casi no hay nada referido a ellos en los escritos. En todo caso, solo pudieron ser invocadas utilizando magia del viejo continente.

«Por supuesto».

—A Rayzer lo mataron utilizando magia del viejo continente —declaró Maisse.

Tessa inclinó la cabeza en su dirección.

—¿Qué método?

—Una moneda de oro.

—Entiendo —extendió la mano—. ¿Tienes la moneda contigo?

Maisse lo pensó un momento antes de buscar la moneda en su bolsillo y entregársela. Tessa recorrió los relieves con sus dedos, ambas caras por igual.

—Lady Maisse camine conmigo, por favor —solicitó.

Le hizo una señal a Igriel para que no la siguiera. Por su lado Maisse le pidió a Hector que esperara. El capitán de su guardia aceptó sin demasiado ánimo.

—¿Por qué no acudió a mí cuando encontró la moneda? —le preguntó cuándo se alejaron lo suficiente. Maisse se tomó su tiempo. Ciertamente era conocido que Tessa Meinhl era una biblioteca andante. Antes de volverse ciega leyó todo lo que cayó en sus manos.

—Si hubiera visto en privado a la elegida por Curiel la gente hubiese comentado —respondió.

—Por eso prefirió hablar con Andrea Ele —replicó—. Quien resultó ser el sacerdote de Naril.

—No lo supe hasta la presentación.

Tessa se detuvo y se paró delante de ella con el sello del ojo de Nye apuntándole directamente.

—No pretendo interrogarte, Maisse. Como elegida por Curiel mi deber es proteger a todos los elegidos.

—Lo sé.

Tessa sonrió.

—Puede sonar irónico, pero no me gusta moverme a ciegas.

Maisse relajó la expresión.

—¿Tienes una idea de cómo lo hizo? —volvió al tema principal.

La elegida por Curiel pareció meditarlo.

—Con sangre —sentenció—. Para que el hechizo de la moneda funcionase se necesitaba la sangre de Rayzer. Igualmente, para invocar a los Damballas se necesita de la sangre de quien o quienes serán sus objetivos. Ellos vinieron por ti, por mí y posiblemente también irán por otros elegidos. ¿Dónde crees que obtuvieron la sangre?

Maisse contuvo el aliento.

—Del templo —murmuró.

—Así es —asintió Tessa—. Al final, si buscabas conseguir una muestra de sangre de todos los elegidos solo debías tomarla del templo. A nosotras nos atacaron más temprano. Mataron a casi toda mi compañía, pero, al igual que tú, ordené a los sobrevivientes que se encargaran de los heridos. Estoy segura que será lo mismo con el resto de elegidos.

Maisse se sentó sobre una de las rocas que estaba sobre aquel campo.

—Pudo ser cualquiera con acceso al templo —comentó—. Incluso pudo ser alguien que burlase la vigilancia.

—Pudo ser un elegido —contempló Tessa.

Maisse sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Lo que decía la sacerdotisa-elegida era completamente posible.

—Un asesino entre nosotros —reflexionó.

Tessa Meinhl volvió a asentir.

—Es una posibilidad que no debemos descartar.

«Es cierto, todo es posible, la locura más que nada».

Se puso de pie y miró hacía donde estaba Hector. El capitán de su guardia esperaba con la mano sobre la empuñadura a unos metros de Igriel y, cerca de ellos, Alan con los caballos.

—De nada servirá buscar resolverlo ahora —comentó—. Aún tenemos un largo viaje por delante.

Tessa levantó la cabeza, como si percibiera algo en el viento.

—También es cierto… —respondió.

—¿Sucede algo? —le preguntó Maisse.

La elegida por Curiel meneó la cabeza.

—Es como dices, necesitamos más información.

Montaron los caballos y se dirigieron al bosque para regresar a la ruta.

—Entonces —dijo Maisse—. Nos veremos en el Paso.

Se dio cuenta de lo que dijo y se avergonzó. Tessa sonrió.

—Nos encontraremos en el Paso, lady Maisse.

La vio alejarse junto a la mujer silenciosa. Alan se acercó a ella y le comentó.

—Es una mujer interesante.

—Alan, no seas impertinente —le recriminó su hermano.

—Está bien, Hector —intervino Maisse—. ¿Por qué lo crees, Alan?

Alan titubeó.

—Tengo entendido que perdió la vista cuando la eligieron, pero parece que no tiene problemas con eso.

Maisse volvió a mirarla. La forma grácil en que cabalgaba.

—A diferencia del resto, las candidatas a ser elegida por Curiel son adiestradas desde niñas, eso incluye moverse en la oscuridad. —la vio desaparecer en el camino—. Se puede decir que nació con el único objetivo de ser elegida.

—Señora —intervino Hector—. Debemos irnos.

«Misericordia».

—Sí, debemos irnos.

Pasaron los Prados del Convaleciente, llamado así por un guerrero que murió hace mucho tiempo. Cruzaron el río Silencioso y se adentraron por el camino de las minas de sal. El camino fue largo, pero tranquilo en comparación al haber luchado contra los Damballas. Para cuando subieron a una colina observaron la majestuosa ciudad de Misericordia, a la distancia.

La ciudad de Misericordia era casi tan grande y hermosa como La Ciudad de los Héroes. Estaba rodeada por un enorme muro de piedra blanca y que en su cima tenía cuarteles para los soldados designados a resguardar el muro. Las calles estaban casi todas pavimentadas y las casas eran, en su mayoría, de concreto sólido. En la zona este estaba el templo a los dioses y a su lado el panteón donde descansaban los restos de Evangeline. A decir verdad, Misericordia era la única ciudad que contaba con los restos del correspondiente héroe, ninguna otra ciudad tenía ese lujo. Eso debido a que la mayoría de los héroes murieron en batalla, fueron a vagabundear o no se tiene seguridad de dónde yacieron. Regresando a la ciudad, las construcciones, mercados y casas comunes tenían una disposición radial con el castillo de los Blondegold en el centro. Águila Blanca, como era conocido el castillo, era majestuoso a la vista, con altas torres de mármol blanco y puertas bañadas en oro.

—¡Lady Maisse! —clamaban los hombres que trabajaban en las minas de sal—. ¡Viva la elegida por Evangeline!

—¡Que los dioses protejan a la elegida por Evangeline! —clamaron cuando llegaron a las puertas de la ciudad—. ¡Protectora del Valle Sagrado y comandante de los elegidos!

Maisse mantuvo la mirada al frente, serena y orgullosa como correspondía en una Blondegold. La gente colocó pétalos de flores a su paso y tocaron sus pies con fervor.

—¡Lady Blondegold, el Peto Sagrado espera por usted!

Los pobladores acompañaron el camino hasta el castillo. En cuanto entró las puertas se cerraron tras de sí y pudo respirar aliviada. Lucio Franz se acercó.

—Que gusto tenerla de regreso, mi señora.

Lucio Franz era un hombre delgado, de modales refinados y hablar pausado. Siempre lucía una sonrisa de confianza y sus ojos parecían los de una serpiente, pero era el hombre que necesitaba.

—Es un placer regresar a casa —respondió—, aunque no me quedaré demasiado tiempo.

—Cierto, debe ir por el Peto Sagrado. Permítame volver a desearle suerte en su viaje.

—Sabes mejor que yo que depende más que de la suerte —aseguró y le ordenó a Alan que llevara los caballos a los establos. A Hector le pidió que fuera a descansar. Le indicaría después cuando partirían.

—¿No saldrá de inmediato? —le preguntó Lucio.

—Depende de ti —sentenció y el hombre fingió sorpresa.

—¿De mí? Me honra, mi señora.

—Camina conmigo.

Se sentaron en una de las bancas que estaba en el precioso jardín de flores que adornaba el patio de la entrada. Maisse le explicó lo que había pasado.

—¡Por los dioses! —clamó—. ¡Bestias mágicas! Me entristece la pérdida de tantos buenos hombres.

Maisse se sonrió.

—Ya lo sabías, ¿verdad?

El hombre cerró los ojos y asintió.

—Discúlpeme, no buscaba burlarme de usted. Sí, supe de los heridos que llevaron al pueblo de pastores. Hablaron sobre las criaturas que enfrentaron, pero no soy tan culto como usted. Debo confesar que es la primera vez que escucho acerca de los Damballas.

—El crédito se lo lleva Tessa Meinhl.

Lucio dio una palmada.

—Cierto. La elegida por Curiel ha pasado gran parte de su vida devorándose la gran biblioteca de Bondadosa.

—En todo caso —miró al hombre—, deducirás para qué te necesito.

—Información —el hombre hizo una reverencia—. Por supuesto.

—Me da gusto escucharlo —Maisse se puso de pie—. ¿Cuánto crees que te tomará?

El hombre se puso de pie.

—Una semana, días más, días menos. Depende de hasta donde deban agrandar los oídos.

—Lo más grande que se pueda —se despidió con un gesto—. Ahora tengo que ver a mi hermana.

Al salir del jardín, el guardián de la casa principal y protector de la Señora de Misericordia y de Valle Sagrado, Marco Martin, esperaba en la puerta. Marco rondaba los treinta años, sus cabellos negros caían en bucle sobre sus hombros y un rostro demasiado agraciado para un guerrero. Maisse recordó la forma en que las mujeres suspiraban por él.

—Lady Maisse, su hermana la está esperando.

Maisse pasó a su lado.

—¿Cómo ha estado?

El hombre se apresuró para alcanzarla.

—Se ha comportado como toda una señora.

Se detuvo y miró al hombre con desprecio.

—Pero es una niña. Que no se te olvide.

Marco Martin inclinó la cabeza y se quedó en silencio. Maisse siguió caminando, segura de que aquel tipo comprendió que no soportaba su compañía.

Abrió las puertas y Solange Blondegold estaba sentada en el trono, balanceando las piernas al no alcanzar el suelo.

*

Aunque había pasado un mes desde la muerte de su padre, Magnus Blondegold, Señor del Valle Sagrado y todavía sentía el luto. Su padre fue un hombre honorable, tranquilo como todo hombre Blondegold y justo en su trato. Maisse no tenía deseos de regresar al entrenamiento, aunque sus maestros y su propia madre se lo exigían. No dejaban de compararla con su hermana mayor, Beatrix, que nuevamente se encontraba practicando con la espada. No paraban de decirle

que, dentro de un poco más de un año se llevaría a cabo la elección para ser elegida por Evangeline, que no había tiempo, que debía esforzarse, etc. Pero eso no importaba. Su mayor preocupación era su hermana, Solange. Mientras su madre gobernaba Tierra Nueva desde La Ciudad de los Héroes, su pequeña hermana pasó toda su vida al lado de su padre en Misericordia. Lo amaba con locura y, seguramente, su muerte la había golpeado más fuerte que al resto de las hermanas.

Después de todo, era una niña.

Se destinó en hablar con su madre para conocer qué haría con la pequeña. Si se quedaría en Misericordia o se iría a vivir a la Ciudad de los Héroes. Subió hasta los aposentos de la reina y solicitó que le atendiera un momento.

La reina Willia estaba sentada delante de su mesa, con unos papeles frente a ella. Por la pluma y los tinteros supuso que estaba escribiendo unas cartas.

—¿Qué se te ofrece, Maisse? —le preguntó sin levantar la vista de los papeles.

En comparación de su padre, que siempre tenía una sonrisa para con ella, su madre rara vez mostraba afecto alguno. Incluso no lo recordaba.

—Es sobre Solange —le dijo sin mediar adornos.

—¿Qué pasa con tu hermana?

—Quiero saber si la llevaras contigo a la capital.

Su madre soltó la pluma y se recostó en el asiento.

—¿Por qué?, ¿tienes planes para ella?

Maisse tomó aire.

—Solange ama esta ciudad —afirmó—. Aquí creció y aquí están los recuerdos de papá. Alejarla, al menos por ahora, solo la entristecería.

La reina la repasó con la mirada.

—En lugar de preocuparte por tu hermana deberías volver al entrenamiento —le recriminó con frialdad—. Si sigues así será Beatrix quien sea elegida o, los dioses no lo quieran, alguna de tus estúpidas primas.

Maisse entornó la mirada.

—Volveré al entrenamiento, no te preocupes —repuso—, pero quiero saber qué pasará con Solange.

—Tu hermana se quedará aquí —aseguró la reina, volviendo a coger la pluma y prestando atención a los papeles.

Maisse respiró aliviada.

—Entiendo —comentó y se dio vuelta, presta a retirarse.

—Sera la nueva Señora de Valle Sagrado —agregó, la reina.

Maisse se detuvo y con ella, aparentemente, el tiempo.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste.

—Pero —trató de entender cómo era posible—. No le corresponde a Beatrix ser…

La reina levantó la cabeza y dejó notar su disgusto.

—Tu hermana se ofreció como Comandante de los Dedicados. Sabía que, según las leyes, no podría negarme —meneó la cabeza—. Lo hizo a mis espaldas. El consejo aceptó su solicitud y es casi un hecho.

«Comandante de los Dedicados».

Era cierto, como comandante de los Dedicados, entre otras cosas, debía renunciar a cualquier título presente y futuro, salvo ser elegida por Evangeline. Beatrix había hecho una gran jugada.

Algo muy propio de ella.

«Un momento…».

Se percató de un innegable hecho.

—Entonces, yo debería ser… —murmuró.

—Decidí que Solange será la nueva señora —sentenció su madre, sin mediar discusión alguna en su tono—. Si tienes problemas con eso con gusto te recordaré que soy la reina y cabeza principal de la familia Blondegold, por ende, se hace lo que yo ordene. ¿Algo más?

Maisse apretó los puños.

—No, reina…

—Bien. Cierra al salir.

*

—¡Hermana! —clamó Solange al verla, con sus cabellos rubios cayendo sobre sus hombros y sus preciosos ojos azules sobre ella.

Al ingresar, notó que los consejeros estaban de pie, observando desde las paredes del salón. Maisse alcanzó el centro del salón e hizo una reverencia. Ella era la señora de la región, pero no por ello dejaba de ser una niña de diez años.

—Lady Solange —saludó con formalidad.

Su hermana la tomó de las manos.

—Por qué tanta seriedad —rio—. Somos hermanas, familia. Las maneras no se aplican entre nosotras.

Maisse miró de reojo hacía los consejeros.

—¿Podríamos hablar a solas?

Solange aceptó de inmediato y ordenó a esos hombres, de túnicas caras y rostros afeitados, que abandonaran el salón. Cuando estuvieron solas, le golpeó el estómago.

—Preferiste hablar con el viejo Lucio antes que venir a verme —le reclamó.

Maisse tosió. A pesar de que era una niña sabía dónde golpear para causar daño.

—Necesitaba pedirle algo.

Solange se sentó en uno de los escalones.

—Sí, los oídos de Lucio son los más grandes del reino. Mamá debería tenerlo cerca en lugar de dejarlo aquí.

Maisse se sentó a su lado.

—Es porque creyó que serviría mejor aquí, aconsejándote.

—¿Aconsejarme? —refunfuñó—. Solo me ve como una niña a quien hay que vigilar. Además, no soy tonta, sé que Lucio le informa a mamá de todo lo que hago.

Maisse se recostó.

—Eres su hija —comentó descansando los ojos—. Es normal que se preocupe por ti.

—Mamá solo se preocupa por la supremacía de los Blondegold. Ten por seguro que cuando termines con los gigantes te desposara con uno de nuestros primos. En ese sentido Beatrix fue más inteligente. Como comandante de los Dedicados tiene prohibido casarse.

Maisse se sonrió. La sola idea le parecía graciosa.

—Primero debo sobrevivir.

Solange le golpeó el seno izquierdo.

—¡Qué dices! ¡Sobrevivirás! Luchaste contra bestias mágicas y no tienes un solo rasguño.

Maisse le miró de reojo.

—Murieron valiosos hombres —declaró descansando la vista.

—Veré que sus familias sean recompensadas —Solange se recostó a su lado—. He estado dándole vueltas a algo. Escuché que apareció una elegida por Naril y escuché que la ayudaste a realizar su presentación. ¿Por qué lo hiciste?

Maisse abrió los ojos y se enfocó en el centro de la cúpula sobre ellas.

—Si estaba mintiendo no volveremos a saber de esa persona. Si decía la verdad tendremos a una más peleando contra los gigantes.

La niña cruzó las manos por detrás de la cabeza.

—Pero también intentará cumplir la venganza que Naril juró hace mil años —reflexionó invocando esa parte de la historia—. La venganza contra Evangeline.

Maisse soltó una risilla.

—Te contradices. Dices que soy una sobreviviente y temes que la elegida por Naril me mate.

Solange Blondegold sonrió.

—Dije que lo intentará —entonó cada palabra—. Pero me sorprende. ¿Por qué los dioses lo permitirían? Y no me repitas el discurso que dijiste en el templo, que me lo contaron con detalles. Dime lo que realmente piensas.

Maisse volvió a acostarse.

—No lo sé —respondió—. Lo que sé es que hay una razón. El tiempo nos lo dirá —la niña hizo un puchero—. La señora del Valle Sagrado no debería poner esa cara —Maisse se puso de pie y estiró los brazos—. Me quedaré unos días, espero no sea un problema.

Solange Blondegold se puso de pie.

—Negarme a la elegida por Evangeline...

El sacerdote de la ciudad celebró la ceremonia. El templo estaba repleto de gente, entre familiares y soldados. Se mencionaron sus nombres y se encomendaron sus espíritus al cuidado de las doncellas de Terum. Al terminar, Maisse dejó el templo recibiendo los elogios de los familiares que, con lágrimas, buscaban tocarla. Regresó a sus aposentos y se quitó los ropajes para ceremonias. Hector llamó a la puerta. Le invitó a pasar, sentada al lado de la ventana, mirando las calles de Misericordia aquel día de cielo azul.

—Maisse, ha pasado una semana.

—Lo sé —se pasó la mano por los cabellos—. ¿Qué dijo Lucio?

—Espera recibir esta tarde el resto de mensajes.

—Dile que mañana partiremos al amanecer.

El hombre asintió y se retiró en silencio.

Estuvo por un rato observando las calles, pensando en lo que pasaría con esa gente si los gigantes llegaran a la ciudad. Las cuevas no pueden albergarlos a todos y muchos se verían obligados a huir al este, tal vez alcanzar el mar y con suerte subirse a un barco. Tomó aire y se recostó en el asiento.

—Lady Maisse…

Al fijarse, Alan Campbell esperaba en la puerta, en posición erguida. Le hizo un gesto para que entrase.

—¿Qué se te ofrece, Alan?

—Disculpe que la moleste, pero quería preguntarle algo.

—Si quieres saber cuándo partimos… partimos mañana en la mañana.

—No es eso —entre titubeos cerró la puerta—. Esta tarde, cuando estábamos en la ceremonia, pensé en lo que le espera a usted. Tendrá que arriesgar la vida para luchar contra criaturas mucho peores a las que nos enfrentamos en el bosque. Pensé en el enorme peso que tiene sobre los

hombros…

—Al grano.

—Sí bueno… ¿No tiene miedo?

Maisse se giró para verle mejor.

—¿Si estuvieras en mi lugar, tendrías miedo?

Alan Campbell bajó la mirada.

—Por supuesto que sí. La sola idea me haría temblar. Pero sabría que, llegado el momento, aun si me orinara en los pantalones, mataría a esos malditos.

La elegida por Evangeline no pudo evitar reír.

—Ahí tienes tu respuesta.

—De todas maneras, me gustaría recalcarle que moriría por usted.

Maisse hizo un gesto de agradecimiento. El hombre asintió e hizo el ademan de retirarse.

—Alan —le detuvo—. Entrenaste en el templo del Águila de Terum, ¿verdad?

Alan Campbell se volvió.

—Sí, lady Maisse, al igual que mi hermano y mi padre.

—¿Viviste allí desde niño?

—Así es.

—¿Y dejaste el templo hace poco?

—Sí, fui asignado a usted.

Maisse tomó aire.

—Los que se forman en el templo tienen prohibido tener relaciones. Por eso, lo primero que muchos hacen cuando salen es visitar los prostíbulos.

Alan Campbell abrió los ojos lo más que pudo.

—No, no —meneó la cabeza—. Yo no haría algo tan…

—No te estoy juzgando, Alan —se concentró en sus ojos—. Es normal que un hombre desee estar con una mujer. La vida del soldado es muy dura, está bien si encuentra el momento para dejarse llevar. ¿Entiendes lo que digo?

Alan Campbell se paró firme y habló con exagerado formalismo.

—Si me permite, lady Maisse, nunca estaría con una prostituta.

Maisse notó un ligero enfado y aquello le pareció gracioso.

—¿Y con quien estarías? —le preguntó.

—Con usted —murmuró al instante, pero Maisse le escuchó claramente.

—¿Qué dijiste?

—Nada, lady Maisse, no dije nada —respondió nervioso y se apresuró a la puerta—. Con su permiso yo…

—Cierra la puerta.

Maisse se acercó a él. Le examinó de pies a cabeza y le agradó descubrir lo nervioso que estaba.

—Lady, lady Maisse yo…

Maisse le dio un beso en los labios.

—Quítate la ropa.

*

Maisse salió del castillo sumamente alterada. Su madre había pasado por sobre lo que por derecho le correspondería.

Preferir a su hermana menor por sobre ella…

En realidad, poco le importaba lo que dijeran, era la vergüenza de saberse desplazada lo que le molestaba. Cabalgó hacía los bosques al norte de la ciudad. En el pasado encontró un jardín de flores, alejado de todo y de todos. Se dirigió a aquel jardín y se lavó el rostro el riachuelo que discurría en las cercanías.

Trató de tranquilizarse, pero era sumamente difícil. Dejarse avasallar de esa manera por su madre le dejaba con una sensación de impotencia. Le dio un puñetazo a una de las piedras del riachuelo, otro y otro más hasta que los nudillos le quedaron en carne viva.

—Sabía que estarías acá —escuchó la voz de Marco.

Marco Martin estaba detrás de ella, con su rostro hermoso y su semblante de hombre seguro de sí mismo. Marco era la única persona que llevó a los jardines para que estuvieran juntos. En cuanto lo vio se abalanzó a sus brazos, enterrando el rostro en su pecho.

—Hazme olvidar —le susurró.

Marco le abrazó con fuerza. Un abrazo que necesitaba en ese momento. Aquel hombre era su amante desde hacía unos meses. Llevaban encontrándose a escondidas desde la primera vez que se besaron y, en ese momento, lo necesitaba.

Marco la desnudó con gentileza y ella se dejó soñar. El hombre, nacido en una familia menor de la región, le besó el cuello, descendió por sus pechos, por su ombligo hasta llegar a su sexo. La sensación fue sublime. Tanto que olvidó, tal como quería, de la realidad que quería avasallarla.

La muerte de su padre, la burla de su madre.

Maisse lo montó sobre las flores, una y otra vez; sudando de placer y compromiso asumido para con sus deseos. Lo montó hasta que sintió fluir dentro de sí, ahogando un gemido para acostarse a su lado aquella cálida tarde.

—¿Me extrañaste? —le preguntó su amante, recordando que dejó la ciudad para cumplir con una orden dictada, antes de morir, por el Señor de Valle Sagrado.

—Mucho —sonrió Maisse.

Marco tomó su mano y beso sus heridas.

—Discutiste con la reina.

Maisse se acostó boca arriba.

—Mi madre no me respeta.

Ella no acostumbraba a abrirse con él ni con nadie, pero las circunstancias y la necesidad dejaron fluir aquellas palabras.

—Entonces, deja de buscar su aprobación —comentó Marco Martin.

Maisse se irguió, con el ceño fruncido.

—Yo no busco su aprobación —le respondió.

Su amante se irguió para acercarse a su rostro.

—Detestas la idea de no estar a su altura —le besó en la mejilla—. Por eso nos vemos a escondidas. No te atreverías a decirle que te estás acostando con alguien que no lleva el apellido Blondegold.

Maisse tomó sus prendas y se puso de pie. De pronto no le gustó la idea de estar desnuda frente a él.

—Te equivocas —aseveró.

Marco se puso de pie

—Entonces ve y cuéntale sobre nosotros —solicitó buscando acariciar su mejilla, pero Maisse le tomó de la muñeca.

—No existe un “nosotros” —indagó en su rostro, en sus intenciones y cuando se percató, se frotó la sien—. Entiendo, buscas mejorar tu posición uniéndote en matrimonio con una Blondegold

—Maisse…

La joven comenzó a vestirse.

—Lo siento, pero no será conmigo —le dijo con dura voz—. Será mejor que pruebes suerte con alguna de mis estúpidas primas.

—Maisse…

—Y que te quede claro. Soy libre de acostarme con quien quiera, cuando quiera…

*

Para cuando terminaron, Maisse estaba acostada junto a Alan, desnudos bajo la sábana. La elegida se irguió para verle a los ojos y jugó con sus cabellos.

—Disculpa por tomar tu virginidad.

—No, lady Maisse, discúlpeme a mí por…

Maisse, con un beso, no le dejó continuar.

—Esto es lo que significa estar con una mujer —le dijo—. No seas prejuicioso y acuéstate con todas las que puedas —se levantó y se dirigió al cuarto de baño—. Dile a Lucio que le estoy esperando.

Maisse se acostó en la tina y descansó la cabeza en el borde. Un momento después escuchó el cerrar de la puerta y abrió los ojos, para aguantar la respiración y sumergirse en las aguas.

Después del baño, se vistió y se sentó al lado de la ventana para observar el ocaso de ese día. Lucio Franz no tardó en presentarse en la puerta.

—¿Qué tienes para mí? —le preguntó.

—Noticias, mi señora —señaló una silla—. ¿Puedo? —Maisse asintió. Lució se acomodó y comenzó—. Vieron luces en el cielo en las direcciones donde deberían estar los elegidos. En Tierras del Guerrero, cerca de la frontera entre Bosque Dorado y Cumbres del Retorno. Al este en los Bosques de los Dioses y las islas de Rocasangre. Al sur y al oeste también.

—Es de suponer que los Damballas atacaron a todos —comentó la elegida.

—En parte, mi señora. Por ejemplo, el elegido por Layel y la elegida por Naril están viajando juntos. Bien, los Damballas solo pudieron tener de objetivo uno de los dos. Lo mismo con el elegido por Mondo. Al parecer nadie sabe dónde está Aurelyus Myrdynn. Se dice que, en lugar de dirigirse por el arma, se acobardó y huyó a esconderse. Se desconoce su paradero.

«Si decidió huir entonces es indiferente si lo matan los Damballas».

—¿Se sabe quiénes siguen con vida? —le preguntó.

—Ragnar Firecamp, Temple Imad y Massa Gyo continúan viajando. Leo Parta se encuentra en el lugar donde descansa su arma. No se tiene información de Anneke Rohde, pero creen que sobrevivió al ataque. En el caso de Robert Risco y Aura Zeitum, es una completa incógnita.

Maisse se tomó un segundo para asimilar la información.

—¿Samara y Rodo Storm?

—Dicen que para este momento ya alcanzaron sus respectivas armas —se aclaró la garganta —. Me informaron que por el momento se quedarán en Rocasangre.

«Esos dos…».

—Mientras vayan —miró al hombre—. ¿Algo más?

—Sí —Lucio Franz entrelazó los dedos—. Asesinaron al sacerdote que transportaba el

cadáver de Rayzer Greysun. Como bien sabe se dirigía a Campotigre para hacer una nueva elección. Es triste decirlo, pero definitivamente no habrá un nuevo elegido por Volcano.

Maisse frunció el ceño y pensó en la moneda de oro.

—¿Ladrones?

—Se dice que sí, pero además se llevaron el cuerpo de Rayzer.

—¿Cómo?

—Es como le digo. No puedo imaginar para qué querría alguien el cadáver de un elegido, pero me informaron que en Campotigre están diciendo que alguien busca maldecir a la familia Greysun.

«No se trata de una maldición».

—Todo eso es demasiado extraño —miró a Lucio Franz. Al parecer había algo más.

—También debo informarle que Corona, la aldea que se encuentra en uno de los acantilados del Paso, fue atacada. Mataron a los aldeanos y arrojaron al mar el grano destinado a los soldados. Se desconoce quienes lo hicieron, pero el que arrojaran los granos indica que fueron infieles o enfermos que quieren la destrucción del continente. No se me ocurre otro motivo.

El grito de un águila se escuchó a la distancia.

—A cuatro meses de que desaparezca la barrera —comentó Maisse y meneó la cabeza observando a las sombras largas de la noche apoderarse de la ciudad—. Envíale un mensaje a Beatrix. Escríbele que…

—Su hermana ya asignó un regimiento para que trasladen provisiones y se queden en los restos de la aldea. También solicitó, a nombre de la reina, el apoyo con grano de los almacenes de la capital, de Campotigre, Sísmico y el resto de ciudades cercanas.

«Típico de Beatrix».

—El cuerpo de Rayzer y que ataquen la aldea del Paso —reflexionó Maisse.

—¿Cree que tengan conexión? —le preguntó el informante.

Maisse ignoró la pregunta.

—¿Algo más?

Lucio Franz se frotó el labio superior.

—Sí, estuve investigando sobre Aura Zeitum. En Camilia nadie la conoce, tampoco reconocen el apellido Zeitum. El único referente que encontré es acerca de un caza recompensas que supuestamente murió hace más de veinte años. Sobre él, poco se sabe. Unos dicen que era de Rocasangre, otros que nació en un pequeño poblado de Pilartica. Nada concreto.

«No me sorprende».

—Gracias por tu esfuerzo —le dijo poniéndose de pie.

El hombre hizo lo mismo.

—Para lo que me necesite, mi señora.

Lucio Franz se retiró en silencio. Maisse regresó a la ventana y se quedó un rato largo contemplando las calles oscuras.

Por la mañana, Solange aceptó su solicitud y asignó a diez hombres para que la acompañasen. Se despidió de ella y se dirigió, junto a Hector y Alan Campbell, a las afueras de la ciudad. Hector explicó a los hombres la misión, asignando tareas y dejando en claro las ordenes. Maisse miró hacía la ciudad deseando tener la oportunidad de volver a ver a su pequeña hermana. Alan estaba a su lado, mirándola con atención.

—¿Sucede algo? —le preguntó al segundo capitán, con autoridad.

—Nada, nada, lady Maisse —respondió este, nervioso.

A su orden emprendieron el viaje. Había perdido más de una semana, pero fue necesario. Solo

debía darse prisa en encontrar el arma y dirigirse rápidamente al Paso. Solicitó que apuraran la marcha, que no descansarían hasta la noche. Si todo salía como estaba previsto, llegaría a la zona del arma en semana y media.

«Debo ser paciente».

Y, cuando ya habían pasado un buen rato en el camino, entre los altos árboles que marcaban la entrada al valle, Hector ordenó que se detuvieran.

—Un mensajero, mi señora.

Maisse miró hacia el camino y vio a un jinete llevando la bandera de los mensajeros de Misericordia. Cabalgó junto a los hermanos Campbell hasta el final del grupo donde el mensajero se detuvo y desmontó. La expresión del hombre no anticipaba nada bueno.

—Un mensaje para usted, mi señora —dijo apurándose en entregarle el rollo de papel.

—¿Quién lo envía?

El hombre tragó saliva.

—Su-su hermana Beatrix de-desde Paso del Gigante —respondió tropezando con las palabras.

Maisse revisó el contenido de la nota y sintió como si el corazón hubiese dejado de latir.

—La Barrera Azul...

Katta 02

—Aquí —rio Anne—. Aquí es un buen lugar.

Vio a su hermana rodear un enorme árbol. El cielo era azul y el viento gentil para con sus cabellos. Tilo alcanzó a su hermana y se volvió a verles.

—¿Te parece bien aquí? —le preguntó su hermano.

Katta asintió con una sonrisa. Estaba al lado de Natta quien le tomó de la mano.

—Me gusta este lugar —dijo su esposa.

Anne tendió una sábana sobre el verde pasto y se sentaron a mirar el paisaje.

—Quisiera que este día durara para siempre —dijo su pequeña hermana.

—Yo también —respondió Tilo.

—Durará para siempre si así lo quieren —agregó Natta, tan bella como siempre.

Katta abrió los ojos y encontró la ciudad o lo que quedaba de ella, iluminado por la luz del alba. Las casas en ruinas, cenizas de lo que fueron. Cenizas sobre él, sobre el pavimento, sobre el mundo. Estaba boca arriba, con las manos atadas desde las muñecas bajo un cielo de nubes blancas.

—Despertó —dijo un hombre.

—¡Despertó! —exclamó otro.

*

En cuanto la vio la reconoció al instante. La anciana atizó las llamas de la fogata y las cenizas se elevaron a lo alto confundiéndose con las estrellas de la noche.

—Eres tú, la mujer de la mazmorra —murmuró.

—Veo que despertaste —respondió la anciana.

Katta Vayo observó a su alrededor. Se encontraban en un claro en el bosque. Trató de levantarse, pero tuvo que desistir al sentir dolor en casi todo su cuerpo.

—Será mejor que no te muevas —la anciana se sentó a su lado—. Y ahora…

—¿Qué pasó? —preguntó.

—La pregunta de rigor —la anciana se llevó unas hojas a la boca y de inmediato comenzó a masticar—. Intentaron matarte, chico, eso fue lo que pasó. Te clavaron una flecha en las costillas y las rocas del río se encargaron de maltratar tu cuerpo. Tuve que arrastrarte hasta aquí y como ves, atendí tus heridas.

Katta miró esos ancianos ojos y comenzó a recordar. Estaban cruzando el río cuando los atacaron.

—Too —sollozó

—Está en un mejor lugar —la anciana escupió una masa verdosa sobre la mano y se la ofreció —. Come, te recuperaras más pronto.

—Fueron hombres de…

«Mi padre», completó la frase en su mente.

—Tu padre, sí —aseguró la anciana—. Come.

—¿Cómo sabes que fue mi padre?

La anciana tomó aire.

—Porque sé muchas cosas. Bueno, sé lo suficiente de lo que debo saber. Come.

Katta se irguió soportando el dolor.

—No tengo tiempo para estos jue…

La anciana le tomó del mentón y le puso la masa verdosa en la boca. Katta trató de escupir, pero ella no se lo permitió.

—Traga.

Katta se sacudió, pero fue en vano. En el estado en que se encontraba ella era más fuerte y estaba encima de él. Terminó por tragar y el sabor fue tan horrible que le provocó arcadas.

—¡Estás loca! —exclamó alterado en cuanto pudo.

—Son hojas de la tierra —replicó la anciana—. Es lo mejor para que recuperes tus fuerzas. Si hubieras sido elegido tendrías una mejor capacidad de recuperación.

—Elegido, elegido —rabió—. Estoy harto de que me recriminen eso en la cara. El elegido fue Massa Gyo, ¡supérenlo!

La anciana se sonrió.

—Olvidaste lo que te dije en esa mazmorra

Katta recordó aquel momento.

—Dijiste que era importante para el destino del mundo… ¿a qué te referías?

La anciana tomó un abrigo de piel de jabalí y se lo colocó encima.

—Anda, descansa, te espera un largo camino.

«¿Un largo camino?».

En lo único que podía pensar era en regresar a El Gran Tu.

—Sí, necesito descansar —terminó por aceptar, en parte porque era cierto y en parte porque esperaba despertar con Too a su lado.

Escuchó el canto de las aves cuando despertó y encontró las luces del alba sobre sí. La anciana dormía al lado de la fogata. Se levantó y se dirigió a la orilla del río. Al ver el cauce aguas arriba supuso que debió ser arrastrado varios kilómetros de donde lo atacaron. Entonces debía dirigirse hacia el noreste si quería regresar a El Gran Tu.

—Piensas regresar para matar a tu padre —comentó la anciana que pronto le alcanzó.

Katta le miró de arriba abajo y regresó la vista al río.

—Te llamas Abigail, ¿verdad? —dijo—. Abigail Tea, ese era tu nombre. Cuando te vi en las mazmorras pensé que, ¿qué podría haber hecho una anciana como ella? Al mismo tiempo me di cuenta que no eras cualquier persona.

»No sé lo que esperas de mí. No sé qué crees que deba hacer, lo único que sé es que debo regresar. No por mi padre, por mis hermanos. Tengo una hermana pequeña, es un alma pura, no conoce la maldad a pesar de tener el padre que tiene. También un hermano, el segundo después de mí. Adora a su padre y se esfuerza por cumplir sus expectativas.

»Y una esposa. Simplemente no podría dejarlos solos. Son mi vida.

Abigail se inclinó para beber agua del rio y seguidamente se lavó el rostro.

—Me doy cuenta que no vas a cambiar de opinión —le dijo la anciana y Katta meneó la cabeza—. También sé que estas en deuda conmigo —agregó.

—¿En deuda contigo?

La anciana se puso de pie.

—Te salvé la vida. Según las leyes tengo derecho a pedirte algo y no puedes negarte.

Katta frunció el ceño. Sí, según las leyes no escritas de Tierras del Guerrero debía saldar la deuda.

—Pagaré mi deuda —le dijo con solemnidad—, después de que me asegure de que mis seres queridos estén bien.

—Tranquilo —rio la mujer—. Te lo dije, sé lo suficiente de lo que debo saber y sé que debes ir —extendió la mano y le ofreció una bolsa repleta de pragmas.

—¿Por qué? —le preguntó confundido.

—Para tu viaje —respondió ella.

—No puedo aceptarlo.

—¿Entonces piensas ir a pie?

Katta supo que tenía razón. No tendría sentido intentar ir a pie. Dejó su orgullo a un lado y tomó la bolsa.

—Te lo devolveré y más —le aseguró.

—Eso no me preocupa —la anciana cambió a una seria expresión—. Katta Vayo, pasarás por experiencias, muchas experiencias. No decaigas, no te dejes consumir por la tristeza y, sobre todo, no te rindas a la muerte.

Todo era tan extraño, demasiado extraño.

—¿Por qué me ayudas? —le preguntó, Katta—. Y no me digas porque mi destino es importante para el mundo. Dime, sin rodeos, ¿por qué me estas ayudando?

Abigail palmó su hombro, le sonrió y comenzó a alejarse.

—Responderé esa pregunta cuando nos volvamos a ver —se despidió con la mano—. Hasta entonces…

Katta la vio alejarse, como si fuera a pasear por el bosque. La vio marcharse sin mirar atrás, sin nada más que sus andrajosas ropas y su caminar pausado.

Tardó más de dos semanas en regresar a El Gran Tu. Tuvo que tomar un bote en cuanto llegó al río Rezii. El Rezii era más ancho que el Gloo, pero el puerto más cercano quedaba al norte de El Gran Tu. No pudo más que admitir que contar con pragmas le ayudó mucho, de lo contrario nadie lo hubiese transportado y tendría que haber atravesado el bosque en un peligroso viaje donde corría peligro de ser devorado por leones hambrientos o pisoteado por una estampida de toros salvajes. En la embarcación nadie lo reconoció. Era de esperar; pocos conocían el rostro del heredero de esas tierras. Viajó como un poblador más, con ropas sucias, el rostro magullado y heridas que todavía no sanaban por completo. Bajó en un pequeño puerto en una aldea a las afueras de la ciudad y desde allí decidió dirigirse, como no era de otra manera, primero a su casa. Necesitaba ver a Natta, abrazarla y llorar a su lado la muerte de Too. Necesitaba sentir su calor y pasar una noche abrazada a ella, soñando a su lado el cómo será su hijo.

Corrió y corrió, con las fuerzas recobradas, sin importar el dolor de la herida en las costillas que aún faltaba cicatrizar. Corrió hasta que vio su casa, el hogar que compartía a su lado y al lado de Too. Extrañaría a su amante.

«Mi padre pagara por todo».

Katta apretó los puños.

—¡Natta! —llamó en cuanto alcanzó la puerta—. ¡Natta! —y Natta estaba allí, como esperándole, sentada sobre la cama—. ¡Mi amor! —clamó.

—Katta —sollozó ella.

Se enlazaron en un abrazo largo y cálido. Sus lágrimas se mezclaron y lloraron uno contra otro.

—Tuve tanto miedo —murmuró ella.

—Too murió —le respondió con voz entrecortada.

Natta sacudió la cabeza y se esforzó en sonreír.

—Ahora está con sus ancestros, sentado en la mesa dorada de los dioses.

Acostados se amaron hasta quedarse sin fuerzas, hasta que se quedaron uno junto al otro

mirando las sombras danzar en las paredes. Katta besó su frente y acarició sus cabellos.

—Nunca más quiero separarme de tu lado —le dijo.

Natta levantó la cabeza del pecho de su amante.

—Pero te irás.

Katta encontró una triste expresión en el rostro de su esposa.

—Mi padre…

Ella se aferró nuevamente a él.

—No quiero perderte otra vez.

—Cuando todo termine nos iremos lejos —Katta levantó, gentilmente, su rostro tomándola de las mejillas—. Llevaremos a Anne y Tilo con nosotros y comenzaremos de nuevo donde nadie nos conozca, donde solo seamos nosotros.

Natta besó sus labios.

—Me gustaría que fuera tan simple.

Katta vio su espalda desnuda, la forma tan bella y triste en la que se puso de pie.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Nada —forzó ella una sonrisa.

—Dime —insistió él.

Su esposa se sentó a su lado y tomó su mano.

—Todos en la ciudad saben que mataste a Reza Gyo y que después, supuestamente, moriste —bajó la mirada—. Tu padre acusó a Ree Gyo como tu asesino. Ordenó que se le declarase enemigo de los Vayo. Los soldados se están preparando para el combate.

«Tal como planeó ese hijo de puta».

Natta agregó.

—Pero si estas vivo quedará en ridículo. No permitirá que nadie te vea con vida.

—¿Eso te preocupa? — se acercó y le besó el cuello—. Te prometo que no moriré.

Natta le sujeto del rostro.

—Todos mueren, Katta —le dijo—. Debemos hacer lo necesario para sobrevivir. ¿Me odiarías si hago lo necesario para sobrevivir?

Katta retiró sus manos y besó sus nudillos.

—Nunca podría odiarte —le aseguró con afecto.

—Hablo en serio. Si hiciera lo que debo hacer para sobrevivir, así signifique lastimarte, ¿me odiarías?

Katta miró esos ojos negros y supo que esperaba que tratara con seriedad sus palabras.

—Llevas a mi hijo —acarició su vientre—. Sabría muy bien el porqué lo haces —se acostó a su lado—. Mañana iré al castillo. Por favor, espera mi regreso.

Natta le abrazó.

Por la mañana despertó y su esposa no estaba a su lado. Se levantó y se dirigió al arroyo para lavarse. Después se sentó a afilar una espada que tomó de su pequeño arsenal. No tenía más el brazalete que le salvó la vida cuando lucho con Reza Gyo, pero si tenía un pequeño cuchillo que se escondía muy bien en las botas. Luego de ello preparó uno de los caballos que tenía en el establo. Partiría en cuanto Natta estuviera de regreso. Estaba consciente que por la noche ella actuó extraño, pero se lo atribuyó al miedo que debía sentir. Cualquiera tendría miedo. Si había alguien muy difícil de matar era el Señor de Tierras del Guerrero. Mas tenía una ventaja; hasta antes de partir a su entrenamiento creció en ese castillo, conocía cada uno de sus pasadizos, incluso los que nadie más conocía.

Escuchó el cabalgar de un caballo y al fijarse vio a su esposa regresar por la angosta ruta del

bosque. Le sonrió como un niño, pero la vio detenerse, con una seriedad entremezclada con tristeza en su rostro. No, solo culpa.

Escuchó murmullos entre los árboles y sintió que se le partía el corazón.

La miró y le preguntó, "¿por qué?", sin palabras. Tomó su espada y se puso en guardia. Los hombres salieron de entre los árboles, hombres de su padre. Estaba rodeado, no había por donde escapar.

—¡No lo maten! —exclamó Natta.

—¡No nos des órdenes! —bramó uno de los hombres. El que llevaba colmillos de león en un collar que adornaba su cuello.

—Si lo matan sin motivo se lo contare al señor Rubbe —respondió ella—. Si no quieren que hable deberán matarme a mí también. Tendrán que explicarle y no estará nada contento.

—Maldita puta —rabió el hombre de los colmillos.

—¡No hables así de mi esposa! —exclamó Katta y corrió hacía él.

—¡No! ¡Katta no! —Katta se detuvo cuando escuchó su angustiada voz—. No luches, solo… entrégate.

—Si el maldito nos ataca podremos decir que fue en defensa propia —comentó el hombre de los colmillos, rechinando los dientes—. Anda, heredero de mierda, tu padre no te quiere con vida, dale el gusto.

Pero Katta se concentró en ella.

—¿Por qué? —murmuró.

—Suelta la espada —rogó ella.

—¿Por qué?

—No mueras aquí. Suelta la espada.

Katta la vio acercarse, lentamente, hasta que sus manos tomaron su rostro y soltó la espada.

Los hombres se abalanzaron contra él. Natta clamó que no le hicieran daño, pero no la escucharon. Le dieron patadas y puñetazos. Katta sintió cada golpe y a la vez no sintió nada. No supo cuánto tiempo pasó, ni cuándo sus ojos se cerraron.

Nuevamente el sabor de la sangre.

Encerrado en un diminuto calabozo y encadenado a la pared, Katta esperaba resignado lo que fuera a pasar. Nada importaba ya, Natta le había traicionado y no tenía fuerzas para luchar. Ni si quiera su maltrecho cuerpo, después que los soldados le dieran aquella paliza, le suponía una aflicción. Escuchó pasos afuera del calabozo. Se fijó en la luz de la antorcha que danzaba en la pared y vio una sombra posarse delante de la puerta. Era un hombre robusto, de cabellos sucios y el rostro más feo que había visto en la vida. Tenía un ojo más pequeño que el otro y los brazos descomunalmente grandes que contrastaban con unas delgadas piernas.

—Te llaman —dijo el hombre.

Katta no dijo nada. No tenía ganas de hablar. El hombre encadenó sus manos y lo llevó hasta un par de soldados que esperaban afuera. Reconoció a los hombres, estuvieron bajo su mando en el pasado, pero no había atisbo de compasión en sus rostros, solo sonrisas burlonas y poco aprecio.

—Te esperan en el salón —dijo uno de los hombres.

«¿Me esperan?».

Al parecer no iban a matarlo, todavía.

Subieron las escaleras que conectaba a un largo pasillo de roca negra y que era iluminado por hileras de antorchas. Eran los calabozos del castillo. Katta conocía muy bien esa ruta; después de una puerta de metal saldrían al lado de las cocinas y desde allí cruzar las habitaciones para

invitados hasta dar con el gran salón. Por un momento pensó que entraría por la puerta de sirvientes, pero los soldados lo llevaron hasta la puerta principal. Allí lo entregaron a otro par de soldados, que también reconoció y que igualmente mostraron poco aprecio por él. Los soldados le dijeron que esperase en silencio. Uno de ellos prestó atención. Katta escuchó: "¡que entre!" y las puertas se abrieron para él.

Dentro estaban los capitanes de su padre, junto a Maraa el sacerdote del templo a los dioses y los principales comerciantes de la ciudad. Rubbe Vayo estaba sentado en su silla a unos metros del gran león Valen. Y a su lado estaba Tilo, su hermano menor.

Tilo se veía diferente. No es que hubiese crecido en tan poco tiempo. Su expresión era diferente. Era vacía, falta de emociones, como si toda esa alegría que siempre mostró hubiese desaparecido. Estaba sentado sobre una silla, mirándole con ojos vacíos, como si no lo reconociera. Katta odió que lo viera en ese estado. Agradeció que Anne no estuviera presente. Hubiese sido peor que su pequeña hermana presenciara lo que, seguramente, iba a suceder.

Los soldados le llevaron hasta el centro del salón.

—Miren quien regresó de la muerte —bufó su padre.

Miró a Tilo y luego miró a su padre.

—A diferencia de lo que esperabas —le respondió.

—Katta Vayo —intervino Maraa—. Hablarás cuando se te permita.

Decidió ignorar al sacerdote.

—¿Qué es esto? —le preguntó al señor de esas tierras.

Maraa alzó la voz.

—Se llevará a cabo el juicio por tu acto de traición. Yo, Maraa Mol, Maestro del Templo a los Dioses de El Gran Tu seré el juez. Rubbe Vayo, Señor de Tierras del Guerrero y El Gran Tu te acusa de conspirar para usurpar su título, además de deshonrar a la familia Vayo y atentar contra nuestras antiguas leyes. ¿Cómo te declaras?

—¿Conspirar? —preguntó Katta—. ¿Con quién se supone que conspiré?

—Con Ree Gyo —respondió su padre.

Katta, no pudo contener la risa y los murmullos de los hombres se hicieron presentes.

—¡Orden! —exclamó Maraa Mol.

—¿Ese es tu plan? —le preguntó Katta, entrecerrando los ojos—. ¿Acusarme de conspirar con él? —miró a su alrededor—. ¡Yo luché contra Reza Gyo y gané! ¡Maté a su hijo! —Miró a Tilo y quiso decirle, "lo siento" por lo que iba a decir—. Pero al dejar la ciudad me atacaron soldados bajo las ordenes de Rubbe Vayo. Bajo tus órdenes. Sí, intentaste matarme, padre.

El ambiente se alteró al punto que el sacerdote volvió a pedir orden.

—¿Tienes pruebas de ello? —preguntó Maraa cuando pudo.

Katta se encogió de hombros.

—Supongo que mis verdugos ya no caminan más por estas tierras.

—Entonces no tienes cómo demostrar lo que dices —aseguró Maraa.

—Pero la conspiración de la que me acusan no es más creíble —replicó Katta.

—Tenemos pruebas —dijo Rubbe Vayo.

«¿Pruebas?».

Su padre hizo un gesto en dirección a los soldados que custodiaban las puertas. Las puertas se abrieron y allí estaba ella.

Katta sintió un nudo en la garganta.

—¡No metas a Natta en esto! —bramó en dirección a su padre.

Rubbe Vayo se limitó a sonreír.

—Dinos quién eres, niña —ordenó Maraa Mol.

Natta pasó a su lado, tenía la mirada fija hacía delante y una expresión solemne. Se paró delante de él, dándole la espalda y se dirigió al sacerdote.

—Mi nombre es Natta Vero, esposa de Katta Vayo.

—Tengo entendido que tienes algo que contarnos —continuó el sacerdote.

Natta inclinó la cabeza.

—He sido la esposa de Katta desde que pidió por mí a mis padres, desde antes de sangrar me volví su mujer y viví con él y con Too Riss. Katta amaba a Too, era su compañero de entrenamiento, amante y su mejor amigo —levantó la cabeza y miró al sacerdote—. Katta odiaba a su padre. Nos lo confesó a Too y a mí.

Escandalizadas voces se dejaron escuchar.

—¡Orden! —exclamó Maraa Mol.

«¿Qué haces, Natta?»

—Esperaba convertirse en el elegido por Tu para hacerse con el arma sagrada y volverse más fuerte —continuó Natta—. Creía que una vez tuviera el arma nadie discutiría si le quitaba el título a su padre. Nos dijo que después lo enviaría a morir en alguna aldea olvidada.

«¿Por qué?».

—Pero no fue elegido —comentó Rubbe Vayo con relajada expresión.

—No, no fue elegido —recalcó Natta, inclinando la cabeza al responderle a su señor—. Después de ello fue asignado a custodiar las mazmorras. Lo consideró un insulto.

—No es ningún insulto —intervino en firme posición uno de los capitanes. Katta lo conocía. Era uno de los hombres más leales a su padre y un completo imbécil—. Katta es un soldado, como soldado era su deber…

—Continua —señaló Rubbe con un gesto.

Natta asintió.

—Entonces a Katta se le ocurrió una idea. Nos dijo que encontraría otro camino. Decidió que le propondría a Ree Gyo volverse el nuevo Señor de las Tierras del Guerrero y que El Gran Tu quedaría para él.

Otra vez los murmullos y otra vez Maraa Mol exigiendo que guardaran silencio.

«Natta…».

—¿Específicamente cuál era su plan? —le preguntó el sacerdote.

—Con Too viajaría a Colmillo Blanco y que le propondría ayudarle a matar a Rubbe Vayo y tomar la ciudad —explicó la que todavía era su esposa—. Para eso fingiría su muerte. Ree aseguraría que fue nuestro señor Rubbe quien mandó a matar a su propio hijo, para tener el favor del resto de señores.

—Matar a tu propio hijo y heredero es una falta a las antiguas leyes —comentó el sacerdote —. Pero Katta luchó contra Reza Gyo. ¿Era parte del plan?

—En ese momento no.

—¿Puedes explicarte?

—Hace dos días regreso a la casa. Me contó lo que sucedió. Le propuso a Ree Gyo el plan, pero para aceptar le puso como condición que debía vencer a su hijo en combate. Me contó que al principio su intención no era matarlo, pero que las cosas se dieron de esa manera. Dijo que temió que Ree tomara represalias, pero la verdad era que Ree odiaba a su hijo Reza porque temía que algún día tomara su lugar como Señor. En realidad, salió como Ree esperaba y aceptó continuar con el plan —Natta se volvió hacía la gente—. Los soldados de Ree lo atacarían y Katta fingiría su muerte.

—¿Y Too? —preguntó Rubbe Vayo—. ¿Qué paso con el amante?

Natta bajó la mirada.

—Katta me dijo que lo sacrificó para hacer la historia más creíble.

Otra vez las voces de escándalo.

—¡Orden!

«No sigas, por favor».

—¿Sacrificó a Too? —preguntó el sacerdote.

—Too también fingiría su muerte, pero Katta aprovechó un momento para cortarle la garganta. Me dijo que Too terminaría por arruinar el plan.

—¡No tiene honor! —exclamó el capitán que habló antes y escupió—. No mereces ser llamado Vayo.

—¡Sí! —dijeron en coro el resto de capitanes—. ¡Que le corten la cabeza!

—No —musitó Natta y Katta le escuchó.

—Silencio —dijo Rubbe Vayo y las voces se callaron.

—Joven —le habló el sacerdote—. ¿Juras ante los dioses que todo lo que has dicho es cierto?

Natta miró a Katta. En todo el tiempo que esquivó su mirada, pero ahora sus ojos se encontraron.

—Sí —sentenció.

Y fue como si sus oídos se cerraran. Katta dejó de escuchar todas esas voces que insultaban y reprochaban su existencia. Dejó de escuchar todo sonido y se centró en ella. Su esposa…

—¡Katta! —los sonidos regresaron. El sacerdote le miraba con el ceño fruncido.

—Sí —respondió, aturdido.

—¿Niegas todo lo que ha dicho sobre ti, tu esposa?

«Mi esposa».

Recordó aquella pregunta que le hizo cuando estaban acostados. “¿Me odiarías si hago lo necesario para sobrevivir?”

—No —murmuró.

La sala estalló en pedidos de muerte. El sacerdote se quedó a la espera. Rubbe Vayo lo estaba disfrutando. Al fin, acarició la cabeza de Tilo y se puso de pie extendiendo las manos. Todos guardaron silencio.

—Señores, acabamos de confirmar lo que esperábamos no fuera cierto —declaró el Señor de Tierras del Guerrero—. Ree Gyo conspiró con… mi hijo para matarme y tomar estas tierras. El crimen de Ree no puede quedar impune. ¡Por ello ordenó que se aprese al señor de Colmillo Gigante y se le despoje de títulos y tierras!

—¡Sí! —exclamaron los hombres.

—Que inmediatamente se preparen las tropas. Iremos a Colmillo Gigante y haremos justicia.

—¡Auuu! —resonó el grito de guerra entre los guerreros.

Mientras tanto Katta tenía la vista fija en el suelo.

—Y respecto a ti, Katta —continuó su padre—. Por atentar contra tu señor, contra tu padre, tu familia, faltar a tu honor e insultar nuestras leyes y tradiciones, te condenó a morir decapitado.

—¡Que muera! —exclamaron los hombres.

—¡Nooo! —exclamó Natta—. Mi señor usted dijo…

—Respecto a ti —le respondió con voz autoritaria—. Si bien tus declaraciones ayudaron a develar la culpabilidad de mi hijo, ocultar un atentado contra tu señor es una falta grave.

—¡Dije que dejaras a Natta fuera de esto! —reaccionó Katta.

Rubbe Vayo regresó a su asiento.

—El Maestro decidirá tu castigo.

Maraa Mol dio un paso al frente y le habló a su joven esposa.

—A partir de este momento, y hasta el día de tu muerte, dedicaras tu vida al servicio de los dioses. Se anulará tu matrimonio con Katta Vayo, no volverás a casarte y no deberás tener hijos.

«Mi hijo».

—Pero ella… —balbuceó Katta.

—Acepto mi castigo —intervino Natta y se dirigió a Rubbe Vayo—. Lo único que solicito es que reconsidere la pena de Katta.

Rubbe se limitó a observarla.

—¡Suficiente! —exclamó el sacerdote—. No tienes derecho a pedir nada.

—Mi señor —repuso Natta. El señor de Las Tierras del Guerrero hizo un gesto con la mano para que se la llevaran—. ¡Usted lo prometió! —exclamó cuando los soldados la tomaron de los brazos.

—Llévensela de una vez —rabió el sacerdote.

—¡Lo prometió!

Katta pensó en intervenir, pero fue incapaz de reaccionar. En el fondo sabía que no importara lo que dijera. Las cosas estaban saliendo como lo quería su padre.

—Señor —dijo Maraa Mol cuando se cerraron las puertas detrás de ella.

—Llévenlo a las mazmorras —ordenó Rubbe Vayo—. Que los hombres se preparen. Capitán —se dirigió al hombre que habló antes—, ¿cuándo cree que estarán listos?

—Recomiendo que, dentro de tres días, mi señor, para tener todo listo —respondió este.

—Al amanecer del tercer día ejecutaremos a Katta —sentenció el Señor de Tierras del Guerrero.

—Como ordene, mi señor —respondió el capitán.

Un par de soldados se acercaron, lo tomaron de las cadenas y Katta se dejó llevar. Rubbe se puso de pie y declaró.

—Partirán después de la ejecución.

Miró a su hermano Tilo y detestó que haya presenciado todo eso. Detestó que, aunque no lo demostrara, creyera que su hermano era un traidor.

Y pensó en su hermana pequeña. Se preguntó si sería capaz de despedirse de ella. En ese momento un soldado entró raudo. Con una expresión de terror y bañado en sudor. Se arrodilló en medio del salón.

—Mi señor, disculpe la intromisión —dijo.

Rubbe frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

El soldado se puso de pie.

—Los observadores en los poblados informan que las tropas de Ree Gyo vienen hacía aquí. Llegaran en máximo tres días.

Se escuchó la respiración de los hombres.

—Ese maldito viene a atacarnos —comentó uno de los capitanes.

—¿Cuántos? —preguntó Rubbe.

—Dema… —dudó el soldado—, demasiados, mi señor. Posiblemente veinte mil.

Hasta Katta contuvo el aliento.

—¡Que los hombres se preparen de inmediato! —exclamó Rubbe—. Defenderemos la ciudad —miró a uno de sus capitanes—. Que se envíen mensajes a todos los que sean leales. Que envíen todos los hombres que puedan.

—Señor, hay algo más —dijo el soldado con voz temblorosa.

Rubbe se acercó a él como una fiera a su presa.

—Habla —le espetó.

—Massa Gyo los comanda.

—¡Por los dioses! —se horrorizó el sacerdote—. Está prohibido atentar contra un elegido.

—Viene como hijo de Ree Gyo —replicó Rubbe con autoridad—. Viene como soldado.

—Déjame luchar —expresó Katta.

Los capitanes se miraron entre sí.

—Fuiste condenado a muerte —le respondió su padre.

Katta apretó los puños y dejó escapar su rabia.

—¡Ya fue suficiente de esta farsa! Necesitarás a todos los hombres posibles.

—Señor —dijo uno de los capitanes.

—¡Suficiente! —exclamó Rubbe Vayo—. Sáquenlo de mi vista.

Dentro de la mazmorra, Katta sabía que afuera todo era un caos. La voz debió correrse, pero donde se encontraba no se podía escuchar el espectáculo de los soldados desfilando y la gente buscando huir lo más lejos posible. Prisionero en ese silencio sepulcral no podía más que dejar el tiempo pasar y esperar. Al final sería su padre o el mismo Massa Gyo quien se pararía delante de su celda. No importaba realmente.

Se acostó sobre el maloliente colchón de heno. Apestaba a orines y mierda, y las ratas no tenían reparos en pasearse por sobre él, como si tantearan que ya estuviese muerto. Solo quedaba esperar en ese silencio, viendo las sombras de las antorchas danzar en las paredes. Y estuvo así, por largo rato, hasta que calculó que para ese segundo día de espera el sol debió ocultarse y la batalla debería comenzar al amanecer o antes. Se quedó mirando la puerta de la celda. Todo estaba muy tranquilo, demasiado tranquilo.

Voces…

Se asomó para ver y notó a las sombras que pasaban fugaces por el corredor. Los soldados designados para custodiar se estaban marchando.

—¡Hey! —exclamó Katta.

—La ciudad está siendo atacada —respondió alguien desde otra de las celdas.

—Que se mueran todos —dijo otro.

Y pronto se pusieron a celebrar, extasiados por la muerte que paseaba allí afuera. Katta comenzó a impacientarse. Buscó alguna manera de escapar. Los agujeros que encontró en las gruesas paredes eran de las ratas y la puerta de metal era maciza, imposible de romper.

—¡Oigan, sáquenme de aquí!

—Nadie vendrá, soldado —le respondió uno de los presos—. Están ocupados muriendo en las calles.

El resto rieron divertidos y le insultaron abiertamente. Katta se sentó y comenzó a golpearse la cabeza levemente contra la pared. De pronto escuchó pasos y se levantó de golpe. Y, antes de que pudiera gritar, reconoció la figura que se aproximaba. Se apartó y contuvo el aliento. La puerta se abrió y Natta estaba del otro lado. Tenía las manos ensangrentadas

Katta no se atrevió a decir nada, se limitó a observarla. Ella hizo lo mismo, por un momento, hasta que le entregó una espada.

—Lo lamento tanto —dijo con lágrimas en los ojos—. Tuve que hacerlo… Secuestró a mi madre y a mis hermanos…

Katta la abrazó

—Ven conmigo —le dijo.

—Rubbe se encerró en el castillo. Debes proteger a tus hermanos.

La tomó de las mejillas.

—Ven conmigo…

—No puedo. No después de lo que te hice —le dio un beso y se separó de él—. Tienes algo que hacer. Yo iré por mi madre.

Contuvo el aliento.

—Ve al pueblo donde naciste. Iré a buscarte.

—Pero…

La tomó de los hombros.

—Ve al pueblo. Nos encontraremos allí.

Natta lloró sobre su pecho.

—Está bien.

Salieron de las mazmorras, tomados de la mano. Afuera, tal como se esperaba, la gente corría de un lado para otro.

—Nos volveremos a ver —le dijo a su esposa.

—No te merezco —murmuró ella—. Ni siquiera me atrevo a pedirte perdón.

Katta le dio un beso y agregó.

—No hay nada que perdonar. Espérame en el pueblo.

Y corrió en dirección al castillo. Natta corrió en dirección contraria. Al volverse la vio alejarse, confundiéndose con la locura de la gente.

Al parecer la lucha se estaba llevando a cabo en los principales caminos de la ciudad. Corrió hasta la cara oeste del castillo, hasta una pequeña calle donde no había nadie. Siguió corriendo hasta que llegó al riachuelo que alimentaba esas calles. Se sumergió hasta las rodillas y siguió su cauce hasta llegar a unas alcantarillas. Pateó el enrejado y se adentró hasta que pudo volver a ponerse de pie. Se encontraba en las rutas de escape del castillo.

Tomó una antorcha y siguió un angosto callejón que lo llevaron a los calabozos. Desde allí tomó el pasaje que llevaba a las habitaciones de su padre, que se encontraban en la torre superior. Al subir unas escaleras vio, desde una de las ventanas, que los botes se incendiaban en los diferentes puertos, complicando las cosas si decidía tomar el río para escapar al asedio. No, su padre era orgulloso, prefería morir en lugar de admitir la derrota. Se topó con un soldado a quien pronto desarmó y dejó inconsciente. Al próximo tuvo que cortarle el muslo para que se fuera a rastras escaleras abajo. Se paró frente a la puerta de la habitación de su padre y tomó aire. Pateó con todas sus fuerzas y encontró una habitación vacía.

«¿Escapó?».

Era posible que estuviera luchando en el frente de batalla. No, imposible, su padre se quedaría custodiando el hogar de sus ancestros, pero tampoco se expondría. Su habitación era la respuesta obvia.

«¿Dónde podría estar?».

Bajó las escaleras y se dirigió a los aposentos de sus hermanos. Ambas habitaciones quedaban cerca una de la otra, incluso estaban conectadas por un pasadizo. A lo mejor su padre bajó para protegerlos.

Un soldado lo enfrentó obligándole a clavarle la espada en el cuello. Lamentó tener que matar a alguien al servicio de los Vayo, pero fue necesario. Vio que los hombres de Gyo habían alcanzado entrar. La ciudad estaba a poco de ser tomada por completo. Debía darse prisa.

Escapar con sus hermanos, que los Vayo no desaparezcan.

Llegó a la habitación de Anne y, al igual que de su padre, estaba vacía. Esta vez revisó el

pasadizo y se dirigió a la otra habitación por este. Salió en la parte posterior y encontró a Tilo, abrazado a su padre.

Y con horror vio el cuerpo de Anne acostado a un lado.

—¡Hazlo Tilo!, ¡termina de una vez! —rabió Rubbe.

Tilo levantó la espada.

—¡¿Qué mierda hiciste?! —exclamó Katta e hizo a un lado a su hermano y le dio un puñetazo a su padre—. Anne, no. Anne, no —rogó quebrándose.

—No iba a permitir que alguno de esos hijos de puta le pusieran un dedo encima —replicó Rubbe limpiándose la sangre de la nariz—. Ni a ella ni a Tilo.

—¡Era tu hija! —gritó Katta.

Su padre se puso de pie y Katta notó la herida en su estómago.

—No fui yo —escupió—. Tu hermano es mil veces más leal que tú. Mil veces más valioso, mil veces merecedor del apellido Vayo.

—No —se volvió a mirar, con horror, a su hermano—. Dime que no es cierto…

Su hermano tenía los mismos ojos, sin vida, que encontró en el salón. La misma expresión vacía.

—Si nuestra familia ha de desaparecer será por nuestra propia mano —aseveró Rubbe.

Katta dejó que el odio lo consumiera y se abalanzó contra su padre. Le dio otro puñetazo que le hizo caer de espaldas y luego se puso encima para continuar golpeándole. Rubbe Vayo sonreía e iba perdiendo los dientes uno a uno. Katta era incapaz de detenerse, pero tuvo que hacerlo cuando sintió un agudo dolor en el hombro. Se hizo a un lado y vio a Tilo sosteniendo la espada, clavada en su piel.

—Termina el tra… trabajo —musitó Rubbe Vayo con el rostro cubierto de sangre.

Tilo levantó la espada en dirección a su padre. Katta se apresuró a abrazarlo.

—No hermano, por favor no —le dijo al oído. Tilo encontró sus ojos y trató de levantar la espada—. Ya terminó —lo abrazó con más fuerza—. No tienes que hacer nada.

Katta tomó la espada y lentamente se la quitó de las manos. Acarició el rostro de su hermano y tomó su mano.

—Nos iremos lejos, muy lejos. Comenzaremos de nuevo.

Se volvió a mirar a su padre, este respiraba con dificultad y burbujas de sangre salían de su boca.

—Termi… termi… termina el…

Se llevó a Tilo fuera de la habitación.

La herida en el hombro izquierdo le dificultaba levantar el brazo, eso le dejaba en desventaja al combatir. Tomó la ruta de las celdas para salir por uno de los túneles de las alcantarillas, pero esta vez por la zona este. Las alcantarillas conectaban con un pasaje que daba a una bodega que administraba la familia. Desde la bodega se salía en un angosto callejón. Se dirigieron hasta el final del callejón. Desde allí se podía ver las casas ardiendo y la densa humareda que colmaba el cielo nocturno. Las cenizas caían como copos de nieve de las tierras heladas del sur. Atravesó la calle hasta otro callejón, esperando que ningún soldado del ejercito Gyo se fijase en ellos. El callejón le llevo a otra calle ancha y nuevamente corrieron hasta entrar en una oscura casa.

—Tilo, escúchame —le dijo inclinándose ante él—. Conseguiré un caballo, debes esperarme aquí —Tilo se le quedó mirando sin dar señales de haber entendido. Le abrazó y le hizo sentarse —. Espérame aquí, regresaré pronto —agregó.

Se fijó que nadie estuviese cerca y salió corriendo. Se escondió detrás de unas cajas y observó con atención. Los hombres de Gyo mataban a todos los que tuviesen a su alcance. Aun había

soldados de la ciudad combatiendo, pero era una lucha desigual. Esperó paciente hasta que uno de los hombres Gyo bajó de su montura para darle el golpe final a un soldado Vayo. Katta aprovechó para hundirle la espada en media espalda. Se fijó rápidamente que nadie lo hubiese visto y subió al caballo.

Pero, en cuanto quiso regresar, varios jinetes se dieron cuenta de su presencia y se aproximaron furiosos a su encuentro. Katta no podía regresar con Tilo sin antes perderlos. Cabalgó en dirección contraria y los hizo perseguirle por la ruta del templo.

Las puertas del templo eran lo suficientemente anchas para entrar con el caballo. Cabalgó hasta la sala de ceremonias y desmontó para esconderse entre las sombras. Los jinetes entraron, con espadas en mano atentos a cualquier movimiento. Katta tomó un pedazo de roca y se lanzó a la cabeza de uno de ellos. Este cayó inconsciente y los otros dos se volvieron a ver. Katta corrió bajo el cobijo de las sombras hasta un pasadizo que llevaba a las escaleras del segundo piso. Subió rápidamente y saltó, sin pensarlo demasiado, cayendo encima y clavándole la espada en el pecho a otro de ellos. El dolor en el hombro se hizo presente, pero lo ignoró y se volvió para fijarse donde se encontraba el tercero. Este apareció de entre las sombras lanzando una estocada que Katta pudo esquivar rodando a un lado. Se puso de pie, algo mareado, y lanzó su espada hacía el hombre. Este hizo la cabeza a un lado para esquivarla. Desarmado, Katta corrió en dirección contraria. El hombre le persiguió lanzando un enfurecido grito de guerra. Katta fingió tropezar, tomó la espada del que tumbó con la piedra y, cuando el hombre estaba por hacerle un corte mortal en la espalda, se giró y le clavó la espada en la entrepierna.

El hombre soltó un horrible alarido. Katta sacó la espada y le cortó el cuello con un rápido movimiento. Tomó aire y buscó no perder la concentración.

«El caballo».

Cuando estaba por montarlo, se percató de algo. Un cuerpo acostado al lado de otro, un cuerpo que reconoció al instante, pero que quiso no creer.

—No, no, no, no —rogó en shock.

“Desde ahora, ella será tu esposa”.

Recordó ese momento cuando la vio por primera vez. Una niña temerosa, con los cabellos mal cortados y los ojos más bonitos que había visto en la vida.

—Yo soy —estaba nervioso—. Mi nombre es Katta, Katta Vayo.

Ella sonrió.

—Yo me llamó Natta.

Natta yacía muerta en el suelo del templo.

—No, no puede ser, no puede ser, ¡NO PUEDE SER!

La tomó entre sus brazos y lloró desconsolado. Sus lágrimas cubrieron el rostro de quien fuera su esposa.

—¡No tenía que terminar así! ¡Lo siento tanto!

El dolor en su pecho era insoportable, como si estuviera ardiendo, como si le estuviera destrozando por dentro.

—No debía, no…

Y se quedó allí, llorando sobre ella. Deseando que fuera una mentira. No tenía fuerzas para levantarse, no quería hacerlo. Lo único que deseaba era estar a su lado en la mesa de los dioses…

“Debes proteger a tus hermanos”.

«¡Tilo!».

Acarició sus cabellos y la recostó con gentileza. Escuchó voces a las afueras del templo. Se despidió con un beso y una última promesa.

—Nos volveremos a ver.

Montó el caballo, se dio media vuelta y salió a toda velocidad. Los hombres del ejercito Gyo fallaron en sus estocadas, pero iban a pie, no podrían alcanzarlo. En el camino continuó llorando, lamentando lo cruel que era el destino.

«Tilo. Debo proteger a Tilo».

Amarró el caballo a unos maderos y corrió hacía la casa. Entró cuando se aseguró que nadie estuviera observando y una vez dentro no vio a su hermano.

—Tilo —llamó—, Tilo, ¿dónde estás?

Revisó cada rincón, pero no estaba. Se asomó a la puerta y su hermano no estaba en las cercanías. Se fijó en las escaleras del fondo. Se paró en el primer peldaño y continuó llamándole.

—Tilo, Tilo…

Subió presuroso. El segundo piso estaba lleno de cuartos. Llamó a Tilo desde el corredor, mas no obtuvo respuestas. Volvió a mirar para todos lados y encontró una pequeña escalera, casi perpendicular, que daba a la terraza.

Arriba, encontró el cielo rojo y las largas sombras de la noche. Y con ellos vio la figura de su hermano, de pie al borde de la casa, donde otra casa ardía a viva llama y una densa humareda rojiza se levantaba detras de él.

—Tilo, ¿qué haces? —le preguntó temeroso. Su hermano se volvió a verle. Su rostro ya no era el de un cadáver, mostraba sufrimiento y dolor. Katta soltó la espada y abrió los brazos—. Aquí estoy Tilo, no tienes nada que temer.

La densa humareda danzó a su alrededor envolviéndole en un rojizo abrigo. Tilo terminó por girarse y dijo con voz entrecortada.

—Maté a mi hermana…

Abrió los brazos y sonrió. Una triste y cruel sonrisa.

—No, Tilo, ¡Noooo!

Y lo vio saltar y cuando saltó las llamas se levantaron a lo alto, como un dragón de fuego. Katta corrió hasta el borde, pero solo encontró las llamas devorándolo todo.

Cayó de rodillas, con la mirada perdida.

Alguien se acercó… lo escuchó acercarse mas no reaccionó. No pensaba en nada, no era capaz de pensar en nada…

Un hombre se paró a su lado. Katta intentó levantar la cabeza, pero un agudo golpe en la nuca le hizo desistir.

*

Despertó y se percató que estaba rodeado de hombres de Gyo, y pensó en el sueño que acababa de tener. Su hermano, su hermana, Natta… un instante de felicidad.

Uno de los hombres le obligó a sentarse.

—Te vi luchar en Colmillo Gigante —le dijo este con una sonrisa—. Lo hiciste muy bien.

Los hombres que le rodeaban se hicieron a un lado, dejando pasar a… ¿Reza Gyo? No, no era él.

—Katta Vayo —dijo este.

«Massa… Gyo».

Ferd 12

Nubes negras colmaron el cielo y más pronto de lo esperado se desató una tormenta. Ferd se sintió mareado y algo temeroso por como las olas mecían el barco, como si fueran a volcarlo en cualquier momento. Aun así, los hombres a bordo reían a pierna suelta por chistes acerca de lo golfas que eran sus madres y demás estupideces que salían de sus bocas.

Vania parecía disfrutar de aquella compañía, cosa que personalmente a Ferd no le agradaba, pero ella no escuchaba razones y él estaba cansado de darlas. Le pidió una y otra vez que regresaran a casa, que Devora estará preocupada, que Syrfyr Pine no era de fiar.

«En qué nos hemos metido».

Sus hombres lo llamaban Syrfyr "folla sirenas" y hablaban con él como si fuera uno más. Aun así, se notaba el respeto y el miedo que le guardaban, más lo segundo que lo primero. En cuanto se ponía serio, que vio en un par de ocasiones, los hombres dejaban de reír y escondían la mirada. Pero por lo general el capitán del Puta Vida tenía una sonrisa en los labios y una mirada que denotaba extrema confianza.

La tormenta pasó tan rápido como comenzó y el sol brilló en el cielo azul. El mar se calmó y el barco se encontró navegando en aguas tranquilas.

—Vania —le murmuró cuando la alcanzó en la cubierta—, no quiero ser un grano en el culo, pero…

Vania hizo sonar los huesos del cuello.

—Me dirás que debemos regresar a casa.

—Debemos —Ferd miró a su alrededor—. Cuando estos tipos se aburran de nosotros no dudaran en arrojarnos por la borda.

—Y a mí que se me da fatal el nadar en mar abierto.

—¡Déjate de bromas! —volvió a mirar a su alrededor temeroso de que alguien le hubiese escuchado—. Syrfyr es un imbécil. ¡Llamó a su barco "Puta Vida"! —Vania dejó escapar una risita—. ¿Crees que es gracioso?

—Debes reconocer que lo es —respondió ella—. Mientras otros llaman a su barco "Rosa Sangrienta" o "Dragón Marino", este es el Pu-ta Vi-da. Es alguien peculiar, no cabe dudas.

Ferd frunció el ceño.

—No me digas que lo admiras.

—No más de lo que admiro a cualquier hombre que forja su propio destino.

—Vania —Ferd se rascó la cabeza.

Vania regresó la vista al horizonte.

—Confío en que de alguna u otra forma iremos más allá del fin del mundo.

—¡Ni siquiera navegamos hacia el este! —Ferd no pudo contenerse.

—Es porque vamos al norte del continente —replicó Syrfyr Pine a quien no escuchó acercarse.

—Capitán —le saludó Vania con una sonrisa—. ¿Pudo dormir con la tormenta?

—Como un hombre sin preocupaciones —rio y se fijó en Ferd que le observaba con cara de pocos amigos—. Efectivamente, no vamos hacia el este —continuó—. Tenemos negocios que atender en Puerto Plata.

Ferd repasó rápidamente las ciudades costeras del continente. Puerto Plata era la segunda ciudad más importante de Madre Korana, después de Arbolea, y el principal puerto de esa

región.

—¿Y cuándo iremos hacia el este? —le preguntó sin medirse en el tono.

—No será cuando tú lo digas —respondió Syrfyr parándose delante de él.

—Bueno, bueno —intervino Vania—. Nunca he estado en Puerto Plata. ¿Cómo es la ciudad?

—Llena de estúpidos —bufó—. Todos los de esa tierra son unos fanáticos.

—Syrfyr —llamó uno de sus hombres.

El capitán le regaló una última mirada a Ferd y se retiró.

—Eso no fue muy inteligente —dijo Vania.

—No es inteligente permanecer en este barco —replicó Ferd.

—Necesito que te tranquilices —resopló su cuñada—. Tú mismo lo dijiste, si quisieran en cualquier momento nos arrojarían por la borda. Si Syrfyr no ha dado la orden es porque nos considera interesantes o porque tiene un poco de honor. Andemos con cuidado y adaptémonos a lo que venga.

—¿Honor? —se encaramó a su oído—. Escuché a uno de esos hombres decir que está demente. Escucha voces. Las voces le dijeron que matara a su mujer y a sus hijos. Y lo hizo.

—A mí me contaron que se subió a un bote, navegó hacía el norte y fornicó con cien sirenas.

—Deja de bromear —le increpó.

—Disculpa —dijo conteniendo la risa—. Solo, no lo retes.

Ferd no quiso discutir más. Se estaba acostumbrando a mantener la calma sin que signifique bajar la guardia. Siempre llevaba una daga consigo y apenas dormía por las noches.

Navegaron durante días y en ese tiempo evitó hablar con el capitán o cualquiera que no fuera Vania. Vania, por su lado, se llevaba bien con todos. Bromeaba con los hombres y jugaba a los dados durante las noches bebiendo cerveza y riendo. Ferd se sentaba en una esquina y observaba. Estaba seguro que en cualquier momento mostrarían su verdadera naturaleza.

—¡Me volviste a ganar, “lady cicatriz”! —exclamó Gauf “lobo-loco”. Hombre corpulento, de dientes amarillos, larga barba y ningún cabello en la cabeza.

Lady Cicatriz era el sobrenombre que le pusieron a Vania. Al principio a Ferd le molestaba, pero Vania no parecía incomodarse. Al contrario, parecía gustarle.

—Es porque eres pésimo jugando —respondió ella.

Los hombres soltaron unas carcajadas.

—Tal vez debería follarte para que se te quite lo impertinente —respondió el sujeto, restando cualquier ápice de humor.

Se hizo el silencio y Ferd tomó la daga que guardaba en la bota.

—Si lo haces asegúrate de matarme —respondió Vania con suma calma—. De lo contrario despídete de tu verga.

Lobo-loco entornó los ojos. Ferd se preparó para lo que fuera. Pero Syrfyr estalló en risas y sus hombres con él.

—Gauf, nunca has sido un buen perdedor —le dijo.

—Cierto, Lobo-loco, eres pésimo jugando —repuso John, el menor de los hermanos Hill.

Gauf se puso de pie de golpe.

—¡¿Quieres que te alargue la raya del culo?!

John levantó las manos.

—Tranquilo, tranquilo. Deja mi culo en paz.

Otra vez las risas y esta vez Lobo-loco rio con ellos. Ferd desistió de coger la daga y notó cuando Ben Hill retiró la mano del mango de su enorme hacha.

«Aun entre ellos».

Como ya llevaba acostumbrado Ferd observó la línea divisora entre el mar y el cielo. Contó catorce días desde que dejaron Rocasangre. Le preguntó a Kerme Wind cuánto faltaba para llegar a Puerto Plata.

—Semanas —respondió.

Kerme era el segundo al mando, hombre espigado, de rostro serio y mirada afilada, completamente diferente a Syrfyr o a cualquiera en ese barco.

—¿Cuánto tiempo se quedarán? —le preguntó.

Kerme se apoyó en la borda.

—Transportaremos a un señor hasta Rocasangre. Cobraremos por el trabajo —se volvió a mirar la cubierta que, en ese momento, estaba tranquila—. Luego nos quedaremos, nos dirigiremos al norte del continente, iremos a La Ciudad de los Héroes o nos tomaremos un tiempo. Dependerá de lo que decida Syrfyr —Ferd bajó la mirada—. ¿Ustedes quieren ir al mar más allá del fin del mundo?

—Vania —miró el horizonte—. Yo quiero que regrese conmigo a casa.

—Pareces un tipo listo —comentó—. Seguro ya te habías dado cuenta de que…

—Sí, lo sé —suspiró—. Se lo dije a Vania, pero ella quiere creer que sí.

Kerme Wind le miró de arriba abajo.

—No es completamente imposible —aseguró—. Estos hombres seguirían a Syrfyr a donde sea, pero él sabe que ellos se mueven solo por una cosa.

—Oro —respondió Ferd al instante.

—Así es. Para ir al fin del mundo tendrían que pagar una suma que no podrían conseguir en esta vida. Esa es la verdad.

Ferd apretó los puños.

—Tengo que decírselo a Vania —murmuró.

—Lo sabe —respondió Kerme y Ferd abrió los ojos de par en par—. Syrfyr se lo dijo el primer día. Lady cicatriz es alguien interesante. No cree en lo imposible.

—¿Por qué me dices todo esto?

—¡Isla a la vista! —gritó uno de los hombres.

—Para que no guardes esperanzas —respondió.

*

Vania estaba completamente desnuda, acostada sobre la cama de piedra. Tenía medio rostro vendado cubriéndole la cicatriz. Se inclinó para sentir su respiración. Respiraba.

Ferd se sintió aliviado, en parte, pero la pesadilla no había terminado, no desde que llegaron a aquella isla.

*

Syrfyr subió a la cubierta y sus hombres le siguieron. Vania apareció a su lado mirando la isla con atención.

—Tengo que hablar contigo —le dijo a ella, muy serio.

Ella se fijó en Kerme que se retiraba en silencio.

—Sea lo que sea, puede esperar —repuso con voz calma.

—No puede esperar —le dijo aferrándose a su hombro.

—Lady cicatriz —se acercó Syrfyr—. A que es una bonita isla.

—Sí —sonrió ella—, es bonita.

Y lo era. Ferd notó que era más grande lo que esperaba y poco a poco diferenció un conjunto de edificaciones donde resaltó un enorme castillo en lo alto de una verde colina.

—¿Tienes negocios también allí? —le preguntó Ferd.

Syrfyr entornó los ojos.

—Ya lo verás —respondió y le dio la espalda.

Y cuando miró a Vania notó que ella tenía la misma expresión de cuando murió su madre. Una cierta melancolía dirigida hacia el capitán.

—Ferd —dijo.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Pase lo que pase, mantén la calma.

Ferd supo que algo estaba por suceder, algo grande. Pensó en la daga en su bota y miró a los hombres sobre la cubierta. No era un guerrero, no podría si quiera con uno antes de que el resto le cortara la garganta. Vania sostuvo su mano.

El puerto era formidable, una construcción de roca con grabados de extraños símbolos que daba paso a diferentes edificaciones, templos de piedra y concreto. Y en el mismo esperaban un grupo de hombres vestidos con túnicas blancas.

—Capitán —dijo Vania sin quitar la vista del puerto—. Usted me dijo que iríamos al fin del mundo si conseguíamos el oro.

Syrfyr se paró a su lado.

—Me caes bien, niña, son solo negocios.

Ferd vio a los hombres con las armas apuntándoles. Intentó tomar la daga, pero John Hill se le adelantó.

—Eso no —dijo colocándole el hacha en la garganta. Inmediatamente se inclinó para sacar la daga de su bota—. Me quedaré con esto, gracias.

—¡Syrfyr! —exclamó Ferd, furioso—. ¡Eres un maldito hijo de…!

—Ferd —repuso Vania y meneó la cabeza.

Syrfyr se acercó y le dio puñetazo en el estómago.

—Debí hacer esto desde el principio. Soporte tu mierda de actitud por ella y por la forma en que me ganaste en la partida de dados. Ahora hazle caso y cierra la puta boca.

Ferd buscó recomponerse, pero el golpe le dejó sin aliento y le hizo temblar las rodillas.

—Te juro que…

Vania se apresuró a abrazarlo.

—Estaremos bien —susurró—. Estaremos bien.

Syrfyr fue el primero en bajar del barco, con los brazos abiertos. Tres hombres esperaban con inexpresivos rostros.

—Señores que saben todos los secretos del mundo —saludó haciendo una reverencia a todas luces, sarcástica.

Uno de los hombres, con túnica blanca, dio un paso adelante.

—Syrfyr Pine. Espero que no nos hagas perder el tiempo.

El capitán sonrió, divertido.

—Rubitan, tan amable como siempre. ¿Cómo has estado?, mi estudioso amigo.

El hombre, llamado Rubitan, entornó los ojos.

—Al grano…

Syrfyr se encogió de hombros e indicó a sus hombres que bajaran a Ferd y Vania, quienes tenían atadas las manos por la espalda.

—Les traigo lo que me habían pedido.

«¿Petición?».

Rubitan miró de arriba abajo a la pareja.

—Te indicamos que no pasaran de quince años —dijo.

—Sí, bueno —Syrfyr chasqueó los dientes—. Con esto de los demonios, los niños no se quieren separar de sus madres. Te aseguro que ellos son perfectos para… bueno, para lo que sea que hagan.

—Nosotros decidiremos si son perfectos —replicó Rubitan.

Los otros dos hombres que observaban se acercaron. Uno de ellos se paró frente a Ferd y el otro frente a Vania. Sus ojos eran negros como la noche más oscura y apestaban a viejo. Hablaron entre ellos en una lengua desconocida. Parecían discutir más que nada sobre Vania. El hombre que estaba delante de ella le hizo el cabello a un lado y palpó la cicatriz en su ojo izquierdo.

—¡Hey! —exclamó Ferd.

—Está bien —replicó Vania, buscando tranquilizarlo—. Está bien.

—¿Puedes ver por ese ojo? —le preguntó Rubitan.

Vania se tomó un breve momento.

—Está medio ciego —respondió.

Los hombres de las túnicas volvieron a hablar en ese lenguaje extraño.

—La joven es defectuosa —le dijo Rubitan a Syrfyr—. No nos servirá.

—Espera, espera —replicó Syrfyr con las palmas de las manos hacía delante—. Por ella aceptó un poco menos.

—No se trata de eso…

Ferd estaba cansado de escucharles hablar así de ella, de todo. Quería gritarles, decirles que se fueran a la mierda, pero Syrfyr en el barco les dijo que si abrían la boca y el negocio no se concretaba los arrojaría al mar.

Aun así.

—Ustedes…

Pero Vania se apresuró a intervenir.

—Le aseguro que no soy defectuosa. Al menos no en lo importante.

Rubitan volvió a verla de arriba abajo.

—¿Cómo te llamas?

—Vania Eartquake, pero puedes decirme lady Cicatriz.

Se escuchó la risa, apenas contenida, de los hombres en el barco.

—Tienes una lengua larga —comentó el hombre de la túnica blanca—. Ni siquiera sabes lo que hacemos aquí.

—No, pero preferimos quedarnos con ustedes antes que regresar a ese barco.

Syrfyr se rascó la cabeza.

—Eso ofende.

Nuevamente los hombres de las túnicas hablaron entre ellos.

—La mitad por ella —dijo Rubitan.

Syrfyr chasqueó los dedos.

—Eres un hombre sabio.

Rubitan llamó a dos hombres que a diferencia de ellos llevaban túnicas grises. Los hombres los tomaron de los brazos y les indicaron con la cabeza que comenzaran a caminar.

—Lady cicatriz —dijo Syrfyr—. No es nada personal.

Vania asintió.

—Nos volveremos a ver, capitán.

Y Ferd sintió enfurecer.

A empujones les llevaron por los caminos de piedra que llevaban a las diferentes edificaciones. En un momento Vania tomó un camino y Ferd otro. Cuando quiso reclamar, uno de los de túnica gris le dio un golpe en la cabeza que lo dejó medio aturdido.

—No hables sin permiso —bramó.

Le condujeron entonces a una suerte de templo. Tan solo al entrar lo condujeron a una habitación desde donde bajó por unas escaleras de piedra. Siguió un largo pasadizo hasta otra escalera y nuevamente otro pasadizo hasta que llegaron a una gran puerta de madera reforzada con placas de metal.

«Una prisión».

Para ser una prisión no lo parecía. Era un salón amplio, muy bien iluminado por ventanales en las paredes de piedra, una gran chimenea de roca caliza y cinco camas cómodas a la vista. Dentro estaba un muchacho que, como supuso por lo poco que sabía, debía tener no más de quince años. El chico estaba sentado sobre una de las camas. Se puso de pie y se apresuró a acercarse.

—Te trajeron a ti también —dijo.

Ferd observó a su alrededor. Las paredes eran altas y lisas, muy difíciles de escalar sin las herramientas adecuadas.

—¿Cuánto tiempo llevas acá? —le preguntó.

El chico no era más alto que él, de cabellos y ojos negros.

—Dos meses —respondió—. Cuando llegué había dos más. Se llevaron a uno y un mes después se llevaron al otro.

—¿Los llevaron a dónde?

El chico extendió las manos.

—No lo sé. Los guardias no hablan conmigo. Nunca dicen nada. Entregan la comida, recogen el cubo de desperdicios y dejan los leños, más de eso no se los ve. ¿Cómo te llamas?

—Ferd —respondió revisando los barrotes de la chimenea.

—Yo me llamo Liak y soy de las montañas heladas del sur. Mi tía me vendió a los comerciantes de Rocasangre y ellos me trajeron aquí.

—¿Syrfyr? —le preguntó.

—No, a mí me trajo la gente del Dragón de Espuma, pero el que estuvo antes que yo me dijo que un tal Syrfyr y su gente le engañaron. Me acuerdo porque me dijo que su barco se llamaba el Puta Vida —el chico soltó un bufido.

«Todavía mantiene el sentido del humor».

—Liak —dijo incorporándose—, ¿has intentado escapar?

—No se puede —respondió al instante—. Las ventanas están muy altas, no se puede escalar por esas paredes y tampoco hay herramientas para hacer agujeritos donde apoyarse. Y ni hablar de la chimenea. Los barrotes son muy gruesos y no hay cómo cortarlos. Lamento decirte que la única manera de salir es por esa puerta.

—Entonces saldremos por esa puerta —murmuró Ferd.

—¿Dijiste algo?

—¿Sabes a dónde se llevan a las mujeres? Vine con una mujer y nos separaron en el camino.

Liak se frotó la nuca.

—Supongo que a otro sitio como este. La verdad no he visto a una mujer en más de dos meses. Ellos son todos hombres.

—Parecen sacerdotes —reflexionó en voz alta.

—Pero los sacerdotes no raptan a la gente.

—Sea como sea —Ferd miró hacía la puerta—, tenemos que escapar de aquí.

El chico se sentó en la cama y cruzó las piernas.

—No quiero desilusionarte, pero es impo…

—¡Tenemos que intentarlo! —exclamó Ferd e inmediatamente buscó tranquilizarse—. Debe haber una manera.

Comenzó a palpar las paredes de rocas, prestando atención a sus uniones.

—Pensamos en eso —dijo Liak—. Debiste darte cuenta al llegar. Las piedras son muy gruesas. Aun si estuvieran sueltas entre dos no podríamos moverlas.

«Es un chico listo, pero ha perdido las esperanzas».

—Liak —se acercó a él—, dime cualquier cosa que pueda ayudar.

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa.

El chico pareció pensarlo.

—La comida la dejan por esa rendija —señalando el pie de la puerta—. Por allí también nos alcanzan los leños y una pequeña lámpara para iluminarnos un poco por las noches. Ah sí, el cuenco de la comida y el cubo de los desperdicios se lo pasamos también por esa rendija.

—¿Qué pasa si no lo haces?

—El cuenco es donde comes. Si no lo entregas no comes. Igual con el cubo. A los guardias no les importa.

—Entonces no abren esa puerta para nada —reflexionó Ferd.

—Solo cuando tienen que meter o sacar a alguien. Ya lo veras, pronto será mi turno.

—Oye —le dijo cuándo se percató de la tristeza en sus palabras—. Debes pensar que saldrás de aquí. No debes rendirte.

El chico asintió.

Ferd se sentó contra la pared y recostó la cabeza. Miró esa puerta pensando en tantas cosas. ¿Quiénes eran esos sujetos?, ¿para qué estaban comprando gente?, ¿qué es lo que harían con ellos?, pero sobre todo si Vania se encontraría bien.

«Ahora mismo debe estar buscando alguna solución».

Repasó las construcciones que vio, todas de piedra, con grabados extraños como rituales. Y si sumaba las túnicas lo más seguro era que pertenecían a algún tipo de culto a los dioses. Ferd solo sabía de los sacerdotes del continente, pero consideró la posibilidad de que se tratara de algo diferente. Entre las historias del continente había historias de Ordenes que hicieron sacrificios humanos a los dioses, pero que se prohibió hace mucho tiempo. Al menos no estaba permitido los sacrificios de hombres y mujeres.

—Ferd —dijo el muchacho, sacándolo de su trance.

—Dime —le respondió.

—Disculpa, es que no he hablado con nadie en mucho tiempo y…

Sí, era cierto, aquel chico no era más que un prisionero que llevaba meses sin ver a su familia y amigos. No podía imaginar por lo que pasó y cómo debía sentirse.

—No hay problema —Ferd le prestó atención—. ¿Quieres preguntarme algo?

—No peguntarte —pareció dudar.

—No tengas miedo, dime.

—Es que los que estuvieron aquí tenían quince, al igual que yo. Llegamos a pensar que ellos preferían a los de esa edad por una razón.

—Y es obvio que yo no tengo quince.

—Sí, pero aparte de eso… Queríamos entender y bueno… Lo que teníamos en común, a parte de nuestra edad, era que ninguno era de las mismas tierras. Uno era de Amanecer, el otro del Valle Sagrado y yo de Pilartica.

Ferd se limpió el sudor del labio.

—Yo soy de Rocasangre. No sé si habrá relación. Supongo que no les importa de donde se sea.

—Entonces, fuera de la edad, se podría decir que en eso nos parecemos.

«Pero cuando Syrfyr nos entregó no mencionó nuestra procedencia».

—¿Qué más tenían en común? —se interesó.

—Bueno, uno de los chicos escuchó a uno de los guardias mencionar algo sobre la "energía en nosotros".

—¿Energía?

—Sí, lamentablemente no escuchó mucho. Creo que en realidad no entendió bien. Dijo que ellos buscaban "liberarla".

Ferd se inclinó hacia delante.

—¿Cómo es eso?

—No estaba seguro —dudó el muchacho—. Dijo que el que estuviéramos aquí tenía algo que ver con que hay una especie de energía contenida que los de las túnicas blancas quieren liberar.

Ferd se quedó meditando.

«Energía, energía en cada uno, energía contenida que se libera. Po…».

—¡Poder como el de los inmortales!

Liak asintió.

—Llegamos a la misma conclusión.

—Pero en el caso de los inmortales, no son humanos, ni siquiera se sabe si alguna vez lo fueron.

El muchacho se acercó.

—Creo que ellos tratan de "crear" un inmortal.

Ferd contuvo el aliento.

—¡Eso es imposible!

—Es solo una suposición —el chico bajó la mirada y retrocedió.

Ferd se puso de pie y tomó aire. Una vez se calmó miró al muchacho.

—De nada servirá pensar en eso. En lo único que debemos pensar es en cómo huir.

La rendija de la puerta se abrió y uno de los de túnica gris arrojó dos cuencos con comida.

—¡Hey! —exclamó Ferd.

La rendija se cerró.

—¡Hey!

—Nunca responden —aseguró el muchacho.

Corrió hacía la puerta y los escuchó marcharse. El chico le alcanzó uno de los cuencos.

—Debes tranquilizarte.

Recordó que antes le dijeron lo mismo. Tomó el cuenco y se sentó a comer.

Acostado en una de las camas Ferd observó el techo a lo alto. Habían pasado tres días desde que llegó; tres días en que observó el movimiento de los guardias. Era cierto, solo abrían la rendija para alcanzar o retirar cosas. Liak atizaba el fuego en la chimenea silbando una alegre tonada.

—Tienes quince años —dijo Ferd.

El muchacho se sonrió.

—Gracias por recordármelo.

—Y no le temes a la muerte…

Ahora el chico lució confundido.

—¿Por qué lo dices?

Ferd se sentó sobre la cama.

—Porque estas tranquilo. En cualquier momento van a venir y…

Liak se sentó a su lado.

—Crecí con mi abuela hasta que murió. Ella me enseñó que lo que tenga que ser será. No importa si lloras, no importa si te desesperas, el destino está escrito. En cualquier momento esa puerta se abrirá y me llevarán con ellos.

—Nos mantienen con vida hasta ese momento —murmuró Ferd.

—Y después, descubriremos para qué.

Ferd se paró delante de la chimenea con la mirada puesta en el fuego que danzaba.

—¿Estás bien? —preguntó el muchacho.

—No le tienes miedo a morir, ¿verdad? —le preguntó en respuesta y Liak se encogió de hombros—. Y ellos no nos quieren muertos —agregó y miró hacía la puerta.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—En muchas cosas…

El salón se iluminó por completo y pronto se escuchó el cielo tronar. Se avecinaba una tormenta.

Ferd comenzó a juntar las sabanas y las colocó al pie de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Liak.

—Saldremos de aquí —respondió sin dejar de moverse.

—¿Qué?

—¡Ayúdame con esto!

El chico se quedó mirándole.

—No, no creo que…

—¡Mira! —lo tomó de los hombros—. No sé si tu abuela estaba en lo cierto. Lo que sé es que somos dueños de nuestras vidas.

—Pero —balbuceó el muchacho.

—Vine con una mujer —le dijo mirándole a los ojos—. Debo protegerla y necesitaré tu ayuda.

Tardó un breve instante, pero al final, Liak asintió.

Apilaron los colchones en el centro del salón. Ferd tomó uno de los leños encendidos y le preguntó.

—¿Estás listo?

—Hazlo —respondió el chico.

Les prendió fuego a los colchones y luego a las sabanas e inmediatamente se pusieron contra la pared, a un lado de la puerta. Ferd le hizo el gesto para que guardara silencio.

El salón volvió a iluminarse a la par que se llenaba de humo. Ferd le indicó que se pusiera un trapo en la nariz e hizo lo mismo. Poco a poco era más difícil respirar mientras que afuera se liberaba una tormenta. Un instante después escucharon pasos. Ferd se aferró al leño que llevaba y esperó.

Patearon la puerta desde afuera y Ferd aprovechó para golpear la cabeza del tipo con túnica gris. Este cayó de espaldas haciendo trastabillar a quien le acompañaba. Ferd se abalanzó sobre

este y golpeó su cabeza contra el suelo hasta que dejó de moverse.

—¡Corre!

Corrieron por el pasadizo hasta que alcanzaron las escaleras, luego otro pasadizo y nuevamente otras escaleras hasta que vieron una ventana. Ferd ayudó al muchacho para salir por ella y este le ayudó a trepar. Saltaron sobre el concreto de las calles y de inmediato la lluvia cayó sobre sus cabezas. Corrieron hasta un callejón donde se refugiaron atentos a cualquiera.

—¡Por aquí! —exclamó Liak—. Iremos al bosque. Será más difícil que nos encuentren.

—Ve tu —le respondió.

—¡Qué dices!

—Tengo que ir por Vania.

El chico se puso serio.

—Iré contigo.

Ferd puso la palma de su mano en su pecho.

—Liak debes escapar. Eres el dueño de tu vida.

—Pero…

—Estaremos bien. Anda, ve.

Liak bajó la mirada y apretó los puños.

—Suerte.

Ferd asintió y lo vio correr hasta que se perdió entre los edificios.

Aprovechó las sombras de la noche y el sonido de la lluvia para moverse entre los templos. Se movía más por el deseo de encontrarla que por tener una idea de a dónde ir. Vio a túnicas grises, los guardias de ese lugar, correr hacía una dirección dejando la entrada de un templo, parecido al lugar donde estuvo, sin vigilancia. Entró sigiloso, atento a cualquier movimiento. En los pasadizos no había nadie, como si todos estuvieran ocupados con el incendio. Llegó hasta una puerta grande y miró por una rendija.

—Vania —susurró, pero no había nadie en su interior.

Se dirigió a otra, a otra más, pero fue lo mismo. Vio unas escaleras que llevaban hacía abajo.

Al descender encontró un gran salón, el más grande que vio en su vida y que era completamente iluminado por antorchas. Y en el centro estaba una especie de cama de piedra y sintió como si el corazón se detuviera.

—¡Vania!

*

En el muelle se pararon ante el imponente barco. El Puta Vida medía el triple que cualquier bote pesquero, de un negro brillante, con velas del mismo color y una sirena dorada como mascarón de proa.

—Ferd, sé que estas en contra de esto, pero es mi destino —dijo Vania, contemplando maravillada aquel navio.

—¿Tu destino? —rabió Ferd—. Si subes a ese barco solo te espera la muerte o algo peor. No creo que te guste ese destino.

Vania le miró con cierta dulzura.

—Y aún así, no me dejarás sola.

Ferd meneó la cabeza.

No tengo otra opción. No importa lo que diga, no vendrás conmigo. Siempre has sido una testaruda.

La joven sonrió.

—Eres un buen hombre.

*

La sacudió rogando que abriese los ojos.

—¡Vania!¡Vania, despierta!

—Está en un sueño profundo —escuchó decir.

Al volverse, el hombre de la túnica blanca, Rubitan, estaba al pie de las escaleras junto a un grupo de túnicas grises.

—¡¿Qué le hicieron?! —preguntó enfurecido.

—Lo mismo que tú, intentar despertarla —respondió Rubitan a la par que caminaba hacia él.

—¡Todos ustedes están locos!

—Al contrario —Rubitan se detuvo a unos metros—. Poseemos la sabiduría de este mundo.

Los túnicas grises comenzaron a rodearlo. Ferd levantó los puños y apretó los dientes.

—¡No permitiré que le pongan un dedo encima!

Rubitan viró la cabeza.

—¿Qué descubriste? —preguntó aparentemente a los hombres que estaban detrás.

Y, entre ellos, Liak se asomó.

Las piernas de Ferd perdieron fuerzas.

—Pero qué…

—Servirá —dijo este.

—Ya veo —Rubitan hizo un gesto con la cabeza y los túnicas grises se abalanzaron sobre Ferd.

Ferd poco pudo hacer. En un respiro lo tenían sujeto de brazos y piernas contra el suelo. Apretó los dientes y gritó.

—¡Malditos sean!

Liak se inclinó y le regaló una sonrisa.

—Felicidades. Has sido elegido.

Beatrix 01

Beatrix Blondegold contempló la ciudadela de Campotigre en el horizonte, erigida en la ladera de la montaña Resistencia, con las construcciones de la tercera sección sobresaliendo por encima del imponente muro de roca.

La ciudadela estaba organizada por secciones. En la primera sección se encontraba la gente común y donde se organizaba la protección del muro. En la segunda sección estaba la zona comercial, con mercados en casi toda su extensión y los cuarteles de la segunda línea de defensa. En la tercera sección se encontraban las casas de los señores de Campotigre, el templo a los dioses, y los cuarteles de la tercera línea de defensa. La cuarta sección le pertenecía íntegramente a la familia Greysun con el Castillo de Fuego mostrándose majestuoso, el panteón familiar y demás construcciones para uso particular de la familia. A cada lado de la ciudadela discurrían, cuesta abajo, los ríos gemelos Merer y Reker, que llenaban los pozos y abastecían a la gente. En la base del gran muro estaba la gran fosa: Agujero Negro que, se decía, el mismo Terum la hizo a pedido de Volcano.

Beatrix ordenó a los capitanes que la acompañaban que se detuvieran. A un lado estaba Brendan Heart y al otro Brandon Blacktea y detrás de ella los tenientes de estos.

—Trix, no creo que Gregor esté de humor para recibir a nadie —dijo Brendan Heart, su primer capitán y hombre de confianza.

—Me importa una mierda si no está de humor —respondió ella—. Aun si está de luto por su hijo tiene un deber para con la corona.

El hombre se revolvió los cabellos rubios que le llegaban hasta los hombros. Entrecerró los ojos grises y escupió a un lado.

—Robaron su cadáver —dijo—, ¿quién coño haría eso?

En el trayecto les llegó la noticia de que asaltaron a la caravana que regresaba de La Ciudad de los Héroes con el cuerpo de Rayzer y que incluso mataron al sacerdote de Volcano.

—Ni puta idea —respondió ella. Señaló a tres de los tenientes y les ordenó que esperaran—. Veamos cuantos hombres pondrá a disposición.

Cruzaron el puente sobre Agujero Negro. Nombrado de esa manera porque el fondo se perdía en la completa oscuridad. En mil años el puente fue derribado y reconstruido en varias ocasiones. Para suerte de la fortaleza hace cien años los gigantes no alcanzaron a destruirlo. En la puerta los recibieron los Flama Base. Soldados pertenecientes a la primera línea de defensa de la ciudadela. Uno de ellos, de larga barba negra, se paró ante ellos con mirada desafiante.

—Yo soy Chill Hop —se presentó el hombre—, capitán a cargo de vigilar la entrada a Campotigre. ¿Quién eres y qué es lo que quieres?

Brendan miró a Brandon, este pareció caer en cuenta, se aclaró la garganta y pasó a presentarla.

—Ella es Beatrix Blondegold, Comandante de los Dedicados, hermana mayor de Maisse Blondegold, elegida por Evangeline, y Solange Blondegold, Señora de Valle Sagrado; hija de nuestra majestad la reina Willia Blondegold y heredera al trono de Tierra Nueva. Queremos hablar con tu señor.

«Lo de ser hermana está de más y dejé de ser heredera cuando me volví comandante», bromeó Beatrix consigo misma.

El hombre ensayó una desganada reverencia.

—La estábamos esperando, lady Blondegold —dijo—, pero no veo a sus tropas.

—Las tropas están en camino —respondió Beatrix—. Nos adelantamos para ganar tiempo.

—Ya veo, ya veo —se frotó la barba negra—. Mis hombres la acompañaran. Enviaré un mensaje avisando de su visita.

Cuando regresaron a las monturas Brendan comentó.

—Seguro es de lo que se quedan del lado seguro del muro.

—Seguro es de lo que desprecian que una mujer sea comandante —agregó Beatrix.

Pasaron por la gran puerta de hierro. La Impenetrable fue el nombre que le pusieron. Una ironía porque en el pasado los gigantes la derribaron en cada vez que la alcanzaron.

—Maldita sea, todo es cuesta arriba —rabió Brendan.

—Pero al marcharnos todo será cuesta abajo —le respondió Beatrix.

Cabalgaron por las calles sucias de la primera sección, pasaron por los cuarteles de los Flama Base ante la atenta mirada de los soldados que no parecían contentos con su visita. Beatrix estaba al tanto que aquellos hombres sabían que, de ser designados, posiblemente, muy posiblemente morirían bajo los pies de los gigantes.

—Saben que estarán bajo tu mando —comentó Brendan.

—Estarán bajo el mando de su propio capitán —respondió ella.

—Y él bajo el tuyo. Es lo mismo.

Beatrix miró a su primer capitán.

—Pues que se jodan —aseguró y Brandon dejó notar una sonrisa.

A ella le gustaba que su serio, segundo capitán, sonriera de vez en cuando.

Subieron la pendiente hasta la segunda sección y de inmediato escucharon el barullo de los mercados; barullo que se calló a su paso. Los comerciantes se quedaron viendo a la mujer que cabalgaba el corcel blanco, con ojos de asombro.

«Un buen cambio».

Dejaron la segunda sección y llegaron a la tercera. En esta los Flama Base que les acompañaban les pidieron que esperaran en uno de las construcciones destinada a las reuniones de los señores. Brendan discutió por qué no dirigirse de inmediato al castillo, los soldados respondieron que era parte del protocolo.

—Y una mierda —refunfuñó este—. Es que quieren tratarte como un visitante cualquiera.

—Déjalos —respondió ella quitándose los guantes y sentándose en una de las sillas de piedra del salón—. Veamos hasta dónde quieren llegar.

—Mi señora —dijo Brandon.

—Ya te dije que puedes llamarme Beatrix o simplemente Trix —respondió ella en paciente resoplo.

Brandon era de la misma edad que su hermana Maisse, de atractivos ojos castaño claro, alto, de cabellos negros muy bien peinado y ni un solo pelo en su agraciado rostro. Las chicas suspiraban por él y lamentaron el día que, a su edad, lo nombraran segundo capitán de los Dedicados.

—Si me permite, prefiero llamarla de esa manera.

«Sí que es serio».

—Eres todo un caso, chico —comentó Brendan.

Beatrix cruzó las piernas.

—Dime.

Brandon se sentó frente a ella.

—No hay noticias de que ningún elegido este dirigiéndose al Paso —comentó con rostro

sombrío.

—Y eso te preocupa —replicó ella.

—¿Tienes miedo a morir? —le preguntó Brendan en son de burla.

—Soy un Dedicado —le respondió Brandon, con suma seriedad y regresó a Beatrix—. Recomiendo idear una estrategia mientras lleguen los elegidos. Por si los gigantes cruzan la Barrera.

Beatrix ensayó una sarcástica sonrisa.

—Bueno, podríamos trepar por sus piernas y cortarles los testículos, si los tienen. No recuerdo si eso ya se intentó.

Brendan rio mientras que Brandon no parecía nada complacido.

—Aun así…

Beatrix, como tantas veces, resopló.

—Te pareces a mi hermana que quiere controlarlo todo. Nos organizaremos en base los hombres que tengamos a mano y cuando llegue el primer elegido estableceremos una estrategia según su puta habilidad. ¿Contento?

—Sí, mi señora y disculpe por insistir —respondió este sumándole un respetuoso gesto.

—¡A ti lo que te falta es follar! —bromeó Brendan—. Si tuviera tu apariencia follaría hasta dormido.

—¡Qué dices, si la mitad de los niños de La Ciudad de los Héroes son tuyos! —replicó Beatrix y su primer capitán soltó una carcajada.

Un mensajero, vestido con elegantes ropajes de un rojo intenso, se acercó a ellos.

—Mi señora, señores, por favor acompáñenme —dijo.

—Ya era tiempo —respondió Brendan.

Dejaron aquel centro de ceremonias y se dirigieron al castillo que servía de sitio de reuniones ceremoniales de los señores de la ciudad. Era un castillo menor, pero muy bien resguardado.

—Oye, ¿por qué de una vez no nos dirigimos al castillo de tu señor? —le increpó Brendan.

—Disculpe mi señor, se le informará de todo dentro de poco —respondió el mensajero.

—Pura mierda —rabió Brendan.

Brandon tosió fuertemente.

—¿Cómo se encuentra tu señor? —le preguntó al mensajero.

—Afectado por la muerte de Rayzer y el robo de su cadáver —respondió—. Todos estamos muy afectados.

—Ya han pasado semanas —intervino Brendan—. Deberían dejar de llo…

Brandon volvió a toser con fuerza.

—Es lamentable lo que sucedió —dijo.

Beatrix contuvo la risa.

Afuera del castillo les esperaba el consejero principal de la familia Greysun, Peter Redd. Hombre espigado de bigote bien cuidado que Beatrix prefirió no darle mayor importancia. Este informó que Fenrir Greysun la esperaba dentro.

—¿Fenrir? —preguntó ella.

—Así es, mi señora —respondió Peter Redd—. Fue nombrado comandante de las fuerzas del Paso del Gigante.

—Así que comandante —comentó Brendan.

Beatrix le enseñó la palma de la mano en señal de que tuviera paciencia.

Al ingresar al salón encontraron una veintena de hombres vestidos con armaduras de un intenso rojo, característico en los capitanes del Paso. Y al otro extremo del salón esperaba Fenrir

Greysun. Con una expresión de confianza que le pareció cómica.

Brandon se apresuró a presentarla.

—Ella es Beatrix Blondegold, comandante de los Dedicados, hermana mayor de…

—Brandon, no será necesario —le interrumpió—. Saben quién soy.

Fenrir asintió.

—Lady Blondegold, bienvenida.

Fenrir Greysun era el primo de Rayzer. Era un hombre alto, de rostro afilado y brazos fuertes. Al morir los hermanos de Rayzer, en "extrañas circunstancias", que era otra forma de decir que Rayzer los mató, Fenrir era el siguiente en la línea de sucesión después del elegido y con la muerte de este se volvió el actual sucesor como Señor del Paso del Gigante.

Beatrix repasó a cada hombre en la sala.

—Veo que están presentes los capitanes —respondió—. Mejor, así iremos directo al grano —miró a Brandon y este dio un paso al frente.

—¡Mi señora, a nombre de la familia Blondegold, de la reina Willia y el suyo propio lamenta la muerte de Rayzer Greysun! ¡Fue una terrible e irreparable pérdida! ¡Que los dioses acompañen y protejan a la familia Greysun!

—Gracias —Fenrir entornó los ojos—. Me aseguraré que nuestro señor Gregor reciba el mensaje. Lamentablemente nuestro señor ha caído enfermo y no pudo estar presente. Le envía sus disculpas.

«Ese hombre preferiría perder todos los dedos de las manos antes que pedir disculpas».

—Y bien, supongo que no hay inconvenientes en dirigir sus tropas al Paso —comentó ella.

Fenrir miró al capitán que estaba de pie a su derecha. Este se paró firme.

—En estos momentos se están movilizando desde toda la región —tomó la palabra—. Cada uno de nosotros tiene un batallón a su cargo y seremos liderados por nuestro señor, Fenrir.

—¿Qué acabas de decir? —bramó Brendan.

Beatrix le señaló con el dedo, mirándole de reojo, para que guardara silencio.

—¿Tú los liderarás? —le preguntó.

Fenrir se puso de pie.

—Acepté gustoso ser el comandante de las fuerzas conjuntas del Paso.

—¡Nuestro comandante! —clamaron los capitanes—. ¡Nuestro único comandante!

—Ya veo —comentó Beatrix palpando el mango de la espada—. ¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—Usted es comandante de los Dedicados —replicó Fenrir—. Dedíquese a ellos.

Se escuchó algunas risas entre los capitanes. Beatrix revisó la mugre en sus uñas.

—Entiendo, entiendo, pero tengo algunas dudas al respecto.

Uno de los capitanes, un tipo corpulento, de ojos amarillos y barba negra dio un paso al frente.

—Usted solo debe preocuparse en ponerse a salvo —comentó denotando cierto desprecio—. Después de todo, no quisiéramos que nada le suceda, prin-ce-sa.

—No debiste decir eso —resopló Brendan, frotándose la nuca.

Beatrix caminó hacía el hombre con los ojos clavados en él. El hombre frunció el ceño, pero antes de que pudiera reaccionar le dio una patada en los testículos. El hombre cayó de rodillas con una horrible mueca de dolor. Beatrix le dio un puñetazo, luego otro que le hizo caer de lado. Otro y otro más, ante el estupor de los capitanes presentes. Brendan y Brandon sostenían sus espadas en guardia.

—Mi señora —dijo Brandon.

Beatrix miró a aquel sujeto, le faltaban la mitad de sus dientes y su cara estaba cubierta de sangre. Levantó la cabeza, trató de limpiarse la sangre que le salpicó en el rostro, pero terminó por esparcirla por sus mejillas. Se puso de pie y tomó aire.

—¡Señores, estoy de acuerdo! ¡Ustedes liderarán sus tropas y Fenrir los liderará a ustedes! —caminó hacía Fenrir que tenía los ojos muy abiertos—. ¡Pero Fenrir responderá a mí! ¡Así que, si les ordeno que canten, cantarán! ¡Si les ordeno que se desnuden, se desnudarán! ¡Si les ordeno que se chupen sus propias vergas, se inclinarán y lo harán! ¡Esa será la línea de mando! —abrió los brazos—. ¿Algún problema con lo que dice esta princesa?

Ningún hombre se atrevió a objetar. Fenrir se limitó a aceptar y tuvo que dar por terminada la reunión con su orgullo por los suelos.

Dejarón aquellas instalaciones y de inmediato se dispusieron a marcharse. Beatrix no sentía deseos de quedarse más tiempo del necesario. Se dirigían a la salida de la ciudadela cuando Beatrix se frotó la muñeca. El rostro del tipo fue más duro de lo que esperaba.

—¡Viste sus caras! —le dijo Brendan que no paraba de reír.

—Mi señora —le dijo Brandon—, debemos darnos prisa para llegar a…

—Ya lo sé —aseveró ella y cabalgó hacía el mensajero que les acompañaba.

—¿Qué saben de la aldea del acantilado?

—¿Corona, lady Blondegold? —el mensajero pareció meditarlo—. Los mataron casi a todos. El único que sobrevivió dice que lo hizo un solo hombre, pero su historia no tiene sentido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque asegura que lo hizo un solo hombre y al mismo tiempo dice que no era un hombre. Dice que vio como los pobladores consiguieron dañarle, pero este seguía moviéndose como si nada. Cuando lo trajimos gritaba que el que los mató a todos no era humano.

—¿Que no era humano? —preguntó Brandon que les dio alcance.

—Así es, pero como dije, su historia no tiene sentido. Por el momento se le tiene encerrado en los calabozos.

—Es muy poco probable que un solo hombre acabe con toda una aldea por más bueno que sea con la espada —comentó Brendan—. Y justo él es el único sobreviviente… Suena como a mentira.

—Es lo que pensamos, por eso lo mantenemos encerrado.

—Hace poco bolas de fuego surcaron los cielos posiblemente en dirección a los elegidos. Demonios de fuego según nos contaron —dijo Beatrix—. Si a eso le sumamos los gigantes. Un hombre aparentemente inmortal no es imposible.

—Sobre eso, lady Blondegold —agregó el mensajero—. También dijo que ese hombre tiene por objetivo matar a todos los elegidos.

«Matar a todos los elegidos…».

Beatrix detuvo el caballo.

—¿Sucede algo, Trix? —preguntó Brendan.

—Llévame con él —le solicitó al mensajero.

Los calabozos estaban en el extremo derecho de la primera sección de la ciudadela. Bajaron por un largo pasadizo de piedra iluminado por antorchas hasta llegar al corredor donde estaban las celdas. De inmediato se escucharon las lastimeras voces de los prisioneros. El carcelero, un hombre cabellos rojos, largos y sucios, robusto y con rostro de idiota les hizo callar de un grito.

—Mi señora, este no es lugar para usted —le murmuró Brandon.

—He estado en peores lugares —respondió ella.

—Aquí es —le indicó el mensajero, de pie ante una de las celdas.

Por alguna extraña razón Beatrix esperaba encontrar a alguien diferente. Era más un joven que un hombre, debía tener la misma edad que Maisse, con los cabellos negros y un rostro ordinario. Sus prendas estaban sucias y harapientas.

—¿Viniste a burlarte también de mí? —le preguntó ese sujeto.

—¡Cómo te atreves! —bramó Brendan—. ¿Sabes a quién te estas dirigiendo? Ella es Beatrix Blondegold, hija de la reina de Tierra Nueva. ¡Muestra más respeto!

El chico se le quedó mirando, con ojos agotados.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Beatrix.

—Jonah Remiz —respondió.

*

Cabalgaron el resto del día. Por la noche descansaron en una saliente de rocas. Jonah se sentó apartado de ellos, abrazando sus rodillas y mirando las estrellas.

—Mi señora, ¿está segura? —preguntó Brandon.

—¿Por qué? —le preguntó ella, mientras se frotaba los hombros—, ¿crees que sea peligroso?

—Parece un tipo ordinario —intervino Brendan—, pero sí, podría estar loco. Nunca se sabe con los locos.

Beatrix se acostó al lado del fuego y bostezó.

—Confió en que ustedes me protegerán.

Brandon no pareció nada complacido.

—Mi señora, ¿y si en verdad es uno de los que asesinaron a todos en Corona?

Beatrix blanqueó los ojos.

—¡Oye Jonah! —le llamó. Este le miró confundido—. ¿Qué hacías antes de la matanza en la aldea?

—Era… era pescador —respondió.

—Allí lo tienes, Brandon, era pescador, ¿cuántos pescadores conoces que sean letales con la espada? Ahora déjame dormir.

Brandon se sentó cerca de ella, atento a cualquier movimiento que hiciera el pescador. Y Beatrix podía sentirlo, ansioso, intranquilo.

—Duérmete Brandon.

Continuaron al amanecer. En el camino repasó en su cabeza los hombres que tendría disponibles. Gran parte de las tropas del Paso ya estaba allí, los de los Laberintio posiblemente en unos días, los del Valle en menos de cuatro semanas junto a los Dedicados, sin contar a los que venían por mar. Los de Desiertos Eternos dijeron que enviarían a sus hombres junto a su elegido y no tenía noticias nuevas sobre los de Las Puertas de Elkes. El resto todavía era incierto. Dejó eso de lado y pensó en su hermana. Se preguntó si ya encontró el arma. Maisse era todo menos idiota y demasiado orgullosa como para morir antes de hacerse con el Peto Sagrado. También estaba el asunto de la elegida por Naril. Algo que no vio venir.

Beatrix sonrió.

—Trix —dijo Brendan.

—Sí, lo sé…

Vieron a una tropa de hombres del Paso esperando en la bifurcación desde donde se partía hacia las cimas de los acantilados o se seguía de largo hasta el mar. Los hombres le informaron que había un regimiento esperando tanto en Corona como en la cima del otro acantilado donde establecieron un campamento base. Beatrix preguntó si tenían el equipamiento necesario.

—Sí, lady Blondegold —respondió el capitán de esa tropa.

—Bien, que su mensajero esté atento en todo momento.

—Así será.

—Y que no hagan nada estúpido, como huir.

El hombre frunció el ceño.

—Estos hombres son los más valientes del continente, lady Blondegold.

—Ya veremos cuando lleguen los gigantes —respondió Beatrix y prosiguieron su camino hacía Corona.

Cuando se alejaron de la tropa, Beatrix se acercó a Jonah.

—Imagino que no estaba entre ellos.

El pescador meneó la cabeza.

—Aparecerá cuando los elegidos estén presentes.

*

—Jonah —Beatrix se acercó a los barrotes—, me dijeron que viste quién mató a todos en Corona. Que era un hombre que no podía morir. ¿Puedes hablarme sobre eso?

Jonah miró a los que la acompañaban y bajó la cabeza.

—¿Pero a este qué le pasa? —refunfuñó Brendan.

Déjame entrar —le solicitó Beatrix al carcelero y este miró confundido al mensajero.

—Lady Blondegold…

—Y déjennos solos.

El mensajero asintió y el carcelero abrió la puerta enrejada. Brendan no estaba para nada contento con dejarla sola y Brandon se limitó a decirle que lo llamara si necesitaba cualquier cosa. Beatrix cerró la puerta y se sentó delante de él.

—Sabes —comenzó—, cuando éramos niñas, Maisse, la que ahora es la elegida por Evangeline, y yo teníamos una sirvienta muy anciana. Ella gustaba contarnos historias para dormir. A Maisse le gustaban más que a mí. Particularmente me gustaban las historias que tenían que ver con los gigantes y los seres del viejo continente —Jonah levantó la cabeza—. De entre todas, hay una en particular que recuerdo; la de unos seres mitad humanos, mitad demonios que atacaron junto a los gigantes en la guerra contra los héroes. Se decía que, al igual que los gigantes, no podían ser muertos por armas comunes. Solo las armas sagradas podrían matarlos. Lo que me gustaba de la historia era que eran más peligrosos que los gigantes porque, si lo pensabas, al parecer personas comunes y corrientes podían mezclarse con la gente —para ese momento Jonah tenía los ojos muy abiertos—. Según la anciana, acabaron con todos, por eso no se volvió a saber de ellos nunca más —Beatrix se inclinó hacia delante—. Recuerdo muy bien el nombre que nos dijo la anciana.

—Vanomet —murmuró Jonah.

Beatrix no pudo ocultar una sonrisa.

«Ay, hermanita, hermanita. Cada vez lo tienes más jodido».

—Me sorprende que lo conozcas.

Jonah tomó aire.

—Encontramos a ese hombre en la orilla del mar. En un principio creímos que no recordaba nada. Junto a mi padre y mi hermana lo llevamos donde un anciano en Corona para que le ayudase a recobrar la memoria. El anciano lo reconoció, pero no alcanzó a decir su nombre. Dijo que su nombre no debía ser mencionado. Fue ese ser quien lo dijo, después de matar al anciano

—Jonah apretó los puños y su rostro se llenó de ira entremezclada con tristeza—. También mató a mi padre y a mi hermana…

—Pero a ti te dejó vivir —replicó Beatrix, mirándole por sobre la cabeza.

—Dijo que quería que los elegidos lo supieran. Que estaba aquí para matarlos a todos.

Beatrix volvió a inclinarse hacia él.

—¿Y lo reconocerías si lo volvieras a ver?

Jonah frunció el entrecejo y rechinó los dientes.

—Nunca olvidaré su rostro.

Por unos instantes se quedó mirando los ojos negros del muchacho, tratando de descubrir algún atisbo de mentira en lo que acababa de contar.

—¡Esta bien! —exclamó y se palmó las rodillas—. Vendrás conmigo.

—¿Qué? —Jonah lució confundido.

—¿No quieres vengar a tu padre y a tu hermana? —Beatrix se puso de pie—. Vendrás conmigo de regreso al Paso. Lo más seguro es que ataque donde los elegidos se van a reunir —llamó al mensajero—. Me llevaré al preso.

El mensajero lució confundido.

—Lady Blondegold, él todavía será interro…

—Yo lo interrogare. Sáquennos de aquí y denle un caballo.

—Necesito el permiso de mi señor, Fenrir.

Beatrix entornó los ojos.

—Comienzo a aburrirme.

Brendan lo tomó del hombro.

—Abre la puta reja de una vez.

El hombre tragó saliva y terminó por obedecer.

*

Beatrix se aclaró la garganta mientras transitaban la ruta a la cima del acantilado.

—Sí, pero si fueras un asesino inmortal, cuyos objetivos son los elegidos —miró al pescador —, ¿no crees que irías a matar a todos los que puedas antes de que consigan las armas?

Jonah pareció asustado.

«No lo consideró».

—Pero, ¿por quién comenzaría?

—Lo lógico sería comenzar por el más cercano. El más cercano sería el elegido por Volcano, pero Rayzer ya está muerto así que pasarías al siguiente. El más cercano, después de Rayzer seria Aurelyus Myrdynn, el elegido por Mondo, pero lo último que se supo de él es que huyó. Le pusieron precio a su cabeza así que da igual quien lo mate.

—¿Qué elegido sería el más próximo?

—Temple Imad, el elegido por Kraster.

—¿Qué se sabe sobre él?

Beatrix se encogió de hombros.

—Todavía no tenemos noticias de él después que fuera en busca de su arma, pero el desierto donde fue a buscar es extenso así que no es que ya lo hayan asesinado —el pescador lo meditó por un momento con los ojos fijos en el camino—. Oye, es solo una suposición —agregó.

—No —respondió muy serio—. Fue por él. El tal Temple ya está muerto.

«Lo da por hecho».

—No seas pesimista —le dijo Beatrix.

—Su hermana es la elegida por Evangeline —comentó Jonah—, ¿le avisará del peligro?

—Mi hermana ya tiene suficientes cosas de que preocuparse. No pescador, si ese asesino de elegidos está merodeando quiero ser yo quien lo mate.

Jonah detuvo el caballo, obligándola también a detenerse. Brendan y Brandon, que iban delante, hicieron lo mismo.

—Pero te dije que no puede morir —dijo consternado—. Vi cuando un aldeano hundió un pico en su espalda y como otro le dio un hachazo en el pecho, pero seguía moviéndose. Los atacó con una rapidez que… No soy un soldado, no he estado en batallas, pero la forma en que mató a tanta gente… Mire, no los conozco y no quiero insultarlos, pero no creo que tengan oportunidad.

A Beatrix le pareció divertido.

—Lo viste pelear contra aldeanos, no contra soldados —se acercó a él y lo tomó del hombro —. Mira, dudo que siga moviéndose si le corto la cabeza. Y es precisamente lo que haré.

—Insisto, debe avisarle a su hermana. A todos los elegidos sobre el peli…

—Pescador, ahora sí me siento ofendida, te digo que puedo con él y sigues dudando de mis habilidades. Solo avísame cuando lo veas y te daré su cabeza para que le escupas en el rostro. ¿Nos entendemos?

—Trix, ¿sucede algo? —preguntó Brendan.

—¿Nos entendemos?

El pescador asintió.

—No es nada Brendan, Jonah me decía que se enamoró de mí.

Brendan soltó una carcajada.

—Sueñas en grande, pescador.

A Brandon no le pareció tan gracioso.

—Mi señora, debemos conti…

—Sí, sí.

Tal como estaba previsto llegaron a Corona entrada la tarde y las tropas ya se habían asentado. Vio las catapultas al lado de la fosa donde enterraron a los aldeanos. Miró a Jonah y este apretaba los puños. Uno de los hombres se acercó y después de saludarla resumió con cuántos hombres y equipamiento contaban.

—¿Cuentan con suministros? —preguntó Beatrix.

—Los suficientes para unos días —respondió el soldado.

—Bien, hasta entonces ya habrá llegado el resto. Él es Brendan, coordinaras con él los detalles.

Dejó que su primer capitán se hiciera cargo y se dirigió al borde del acantilado. Era una caída tan profunda que no se podía ver el fondo. Al otro lado notó la fogata del campamento que establecieron. Miró hacía el horizonte, a la famosa barrera que vio cuando niña. Era tal como la recordaba, con la densa neblina azulina que se elevaba cientos de metros sobre el mar y que se perdía a la vista en ambas direcciones.

—Oye soldado —le dijo a un chico. Este se acercó nervioso—. ¿Algún cambio en la Barrera Azul?

—Ninguno, lady Blondegold. Nada que reportar.

«Era de esperar».

Según las crónicas, todavía faltaba varios meses para que se abriera el estrecho.

—Entiendo —le señaló al soldado—. Manténganme informada.

—Solo una cosa, mi señora —agregó el soldado—. Hace unos días vimos una gran flota

dirigirse hacia el norte siguiendo la costa. Barcos de Arena Negra.

—¿Arena Negra? —reflexionó Beatrix y trató de recordar quién era su Señor—. ¿Algún representante se apersonó?

—Sí, un mensajero indicó que se dirigían a Cumbres del Retorno en busca de refugio. No esperarán la llegada de los gigantes.

—Es comprensible —comentó y le indicó al soldado que se retirara.

Beatrix llenó sus pulmones con el fresco aire que jugaba con sus cabellos y cerró los ojos.

«Ya estamos aquí».

Brandon se acercó para decirle que los ultimas noticias eran que su hermana todavía se encontraba en Misericordia.

—¿Qué?, ¿por qué se quedó tanto tiempo?

—Al parecer para organizarse —aseveró el capitán—. Del resto se sabe que los Storm ya consiguieron sus armas, pero todavía están en Rocasangre.

—Seguramente la hija de puta de Samara se tomará su tiempo y como su hermano es su perro personal hará lo que ella diga.

—¿Y el tal Temple? —preguntó Jonah.

Brandon miró a Beatrix. Ella asintió.

—No hay noticias de Temple Imad —respondió.

—Dile a los mensajeros que necesitamos saber sobre él —ordenó Beatrix.

Brandon miró al pescador y regresó a ella.

—Como ordene.

Jonah se paró a su lado.

—Crecí viendo la Barrera y hasta el día de hoy no dejo de admirarla. Es impresionante.

—¿Nunca intentaste cruzar al otro lado? —le preguntó sin pensarlo demasiado.

El pescador bajó la mirada.

—Mi padre nunca quiso —murmuró y levantó la cabeza—. Sé que algún día lo haré. Navegaré hasta el otro continente.

—Interesante —Beatrix se limpió el sudor del labio superior—. Creí que tu respuesta sería que es suicidio ir al otro lado, pero parece que a ti no te importa —se dio vuelta—. Como sea, si es tu sueño morir de esa forma, te deseo suerte.

Y tan pronto comenzó a caminar vio a los hombres poner los ojos en blanco. Beatrix se preguntó qué demonios les sucedía.

—¡Beatrix! —exclamó Jonah.

Al darse vuelta no pudo ocultar su asombro al ver que una parte de la neblina en la Barrera comenzaba a desvanecerse y que, pronto, dejó ver la línea que separaba el mar del cielo al otro lado.

—Se abrió —murmuró.

Se escuchó las voces de los soldados y, de entre todas, sobresalió la voz de Brandon.

—¡Mi señora! —«Vengan, hijos de puta, los estoy esperando»—. ¡Mi señora!

Jonah la tomó del hombro.

—¡Beatrix!

Beatrix salió del trance y se dio vuelta.

—¡Que preparen las catapultas! ¡Que los arqueros tomen posiciones! ¡Los encargados de las calderas que hiervan el aceite! ¡Quiero a los hombres listos lo más rápido posible! ¡Que el otro lado y los del llano se preparen! ¡Y que los mensajeros difundan la noticia en todas partes! ¡La Barrera Azul ha abierto!

«Vengan, hijos de puta, vengan».

—Mi señora, usted deberá ubicarse lejos del borde —le dijo Brandon.

Ella le tomó de los hombros.

—No, Brandon, voy a quedarme justo aquí. Si insistes te cortare la lengua —le sonrió—. Necesitaré que vayas al otro lado y me representes.

—Preferiría quedarme con usted.

—Y yo preferiría morir de vieja, con una copa de vino entre los dedos y el culo lleno de estrías, pero posiblemente no pase eso, así que luchemos contra esas cosas con todo lo que tenemos.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Brendan que la alcanzó a caballo.

—Encárgate de organizar a los del llano.

—Me parece bien —asintió su primer capitán, al tiempo que regresaba a la montura. Su segundo capitán no pudo más que obedecer. Beatrix regresó al borde del acantilado y sacó su espada.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Jonah.

Beatrix miró hacía el resto de los hombres para asegurarse de que nadie más estuviese escuchando.

—Por supuesto que tengo miedo —le dijo—, sería una idiota si no tuviera miedo, pero, ¡¿no es emocionante?!

—¿Emocionante?

—Sí, emocionante —apuntó con la espada en la dirección en que se abrió la Barrera—. Esto es algo que solo se ve cada cien años.

El pescador fijo la vista en el horizonte.

—Conseguiré una espada.

Beatrix sonrió.

—Haz eso y no te olvides de estar atento por si se asoma el inmortal ese.

Miró a los soldados, como se movían entre torpes y diligentes, como revisaban las catapultas y apilaban las rocas. El aceite comenzaba a hervir y los arqueros preparaban las puntas de sus flechas para que ardieran. En el mar, los barcos regresaron a la costa para sumar hombres en tierra. Miró las olas, por las historias sabía que los gigantes aparecerían de entre las aguas.

«Vamos, vengan, vengan».

*

La niña se separó de su padre, corriendo con todas sus fuerzas hasta el borde del acantilado. Norma, su dama de compañía, y guardianes se apresuraron a darle alcance, tanto escandalizados como aterrados por la irresponsabilidad de la joven princesa.

—¡Señorita Beatrix! —exclamó su dama de compañía después que los soldados le dieran alcance—. No vuelva a hacer algo tan peligroso.

—¡Norma, es la Barrera, la Barrera! —celebró la niña.

Su padre, el Señor del Valle Sagrado, Magnus Blondegold, se acercó a ella.

—Trix, entiendo que estés emocionada, pero debes tener cuidado —le dijo con voz calma, pero autoritaria.

—Sí papá, tendré cuidado —la niña inclinó la cabeza.

Su padre revolvió sus cabellos. Beatrix levantó la mirada y encontró esos ojos cálidos encima de un voluminoso y bien cuidado bigote rubio que a la niña le encantaba sentir sobre sus

mejillas. Sonrió emocionada y señaló hacia el horizonte.

—¡Es más grande de lo que imaginaba!

—Sí, es magnifica —su padre le devolvió la sonrisa—. Y nos protege de los peligros que estan al otro lado. Algún día la Barrera dejará pasar a los gigantes y a nosotros nos corresponderá sobrevivir como lo venimos haciendo durante cientos de años.

Beatrix notó a la gente del poblado que los observaban a la distancia.

—Pero… si la Barrera va dejar pasar a los gigantes, ¿por qué esta gente vive aquí? ¿No tienen miedo?

Su padre la tomó de los hombros.

—Esta aldea se llama Corona. Algún día, si eres elegida por Evangeline, vendrás aquí junto a otros elegidos y protegerás a toda esta gente. Es por eso que viven aquí, porque confían en los elegidos.

La niña pensó en su hermana pequeña y como no paraba de decir que su sueño es ser elegida por Evangeline.

—No, será Maisse quien sea elegida por Evangeline —dijo y se volvió para mirar hacia la Barrera con los ojos muy abiertos y una media sonrisa—. Pero yo vendré, vendré y lucharé contra los gigantes.

*

Una semana pasó, una semana en la que Beatrix apenas si comió y durmió. Sentada sobre una roca no retiró la vista del horizonte. Tenía los ojos rojos y unas marcadas ojeras debajo de estos. Jonah se acercó con un plato de comida.

—Beatrix, come y ve a descansar. Te avisaremos de inmediato si sucede algo.

Beatrix tomó aire, cogió una piedra y la arrojó con todas sus fuerzas.

—¡Gigantes de mierda, vengan de una puta vez!

Rodo 02

Al abrir la puerta, cinco mujeres entraron en su habitación, dos morenas, dos rubias y una pelirroja. Las morenas y las rubias rondaban los veinte años mientras que la pelirroja fácilmente no pasaba de los quince. Bajo la luz de las antorchas se dispusieron en fila contra la pared y una anciana, de cabellos encanecidos y arrugas bajo los ojos, ensayó una sonrisa.

—Espero que alguna sea de su agrado, mi señor.

Rodo las miró intrigado. Las más experimentadas no escatimaban coquetas sonrisas mientras que otras tenían las vistas clavadas en el suelo.

—No estoy interesado —respondió.

La anciana les ordenó que salieran.

—¿A lo mejor le gustaría una de mayor o menor edad? —preguntó—. ¿O un chico, tal vez?

Rodo se acostó en la cama.

—Solo quiero descansar —repuso.

—Como ordene.

La anciana cerró la puerta tras de sí. El joven abrió los ojos y miró las telarañas del techo, como estas, en una esquina, formaban una red compleja e intrincada.

«¿En qué mierda estará pensando mi hermana?».

*

En el salón estaban reunidos la corte del Señor de Rocasangre. Consejeros, capitanes y señores de ciudades cercanas a la capital. Algunos sonrientes otros de seria expresión, pero todos observándoles. Caminaron entre ellos. Samara con ese orgullo y confianza característica en ella, mientras que él se sentía nervioso por la atención. Huger Hurricane les esperaba en el fondo del salón, sentado sobre la famosa silla de hierro y plata. Huger era alto, corpulento, de una gran barba color sangre y ojos como de tiburón. A su lado estaban sus hijos, Ferdi y Wender Hurricane.

—Bienvenidos de regreso… elegidos —saludó Huger.

A Rodo no le gustó la forma en que lo dijo. Seguramente ese hombre esperaba que fallaran. Los despreciaba, eso era seguro. Y era seguro que su hermana estaba al tanto. Aun así, se acercó a él e hizo una reverencia.

—Gracias, mi señor. No fue una tarea sencilla —se volvió hacia los presentes—. ¡Pero pudimos sobrellevar los retos que se nos presentamos porque somos de Rocasangre!

Los hombres se dejaron llevar y en coro respondieron el tradicional grito de victoria.

—¡Hurr!

Samara sacó el Cuchillo Rojo, Sangre, y la sostuvo en lo alto.

—¡Somos los primeros en conseguir nuestras armas! ¡Por la gloria de las islas inmortales!

Los hombres se extasiaron aún más.

—¡Por la gloria de Rocasangre! —respondieron al unísono.

Huger levantó la palma y todos guardaron silencio.

—¿Qué me dices tú?

Rodo miró a su hermana y comprendió que lo que tenía que hacer. Sacó el Cuchillo Negro,

Sombra, y la levantó en lo alto.

—Por la gloria de Rocasangre.

—¡Hurr!

—Esplendido —dijo Wender Hurricane, con una frialdad contrastante y otra vez se hizo el silencio—. Son los segundos en la historia de los Storm en conseguirlo. Deben estar orgullosos.

Wender era tan alto y fornido como su padre. Reconocido como hábil guerrero desde que era un niño, guardaba el orgullo de obtener su flota cuando el resto de chicos de su edad apenas estaban aprendiendo a usar la espada. Orgulloso de pertenecer a la ancestral familia Hurricane era incapaz de ocultar su desprecio.

Rodo estuvo a punto de responderle, pero Samara se le adelantó.

—El único orgullo que vale la pena es el de poder servir a nuestra gente, mi señor Wender —dejó al hijo del Señor de Rocasangre y regresó al padre—. Es por eso mismo que deseamos solicitarle que haga el llamado a todos los señores y sus capitanes para que pongan a disposición todos los guerreros con los que cuenten —los presentes parecieron sorprenderse. Huger frunció el ceño.

—Mis ancestros siempre utilizaron a sus propios capitanes y a quienes aceptaran sumarse. Para ellos solo eso fue suficiente.

—Tal vez —respondió Samara y levantó la voz—, ¡pero cuando encontré a Sangre, esta me mostró lo que se viene; algo tan grande e increíble como nunca se ha visto! ¡Si es la voluntad de los dioses entonces quiénes somos para negarnos!

Wender caminó hacia Samara y los murmullos se acallaron.

—¿Debo entender que debemos creerte porque el arma “te lo mostró”? —el guerrero no pareció nada complacido—. No digo que estés mintiendo, pero es muy conveniente que debamos fiarnos de tu palabra. Además… ¿quién liderará esa formidable flota?, ¿ustedes los Storm?

«Maldito imbécil».

Rodo volvió a considerar responderle, pero su hermana puso su mano en su hombro y sus ojos se cruzaron por un breve momento, aunque suficiente como para comprender que debía dejarla continuar.

—No, mi señor, iba a proponer que usted los liderara —los señores y capitanes de los Hurricane parecieron tan sorprendidos como él—. ¡No tenemos ninguna duda en que el gran Wender Hurricane podrá con tal tarea!

—¡Hurr! —exclamaron los presentes.

Samara hizo una reverencia ante él.

—¿Qué dice, mi señor? ¿acepta nuestra petición?

Wender miró a su padre y a los hombres que le observaban.

—Será un honor comandar a nuestras fuerzas —respondió mostrándose orgulloso.

—¡Hurr!, ¡hurr!, ¡hurr!

Su hermana levantó las manos para que los presentes se calmaran.

—Pero sí, necesitaremos un grupo de guerreros valientes para que personalmente nos acompañen —dijo y miró a Ferdi Hurricane—. Mi señora, quería solicitarle no solo formar parte, sino que usted misma los elija y sea quien los dirija.

Ferdi observaba, con los brazos y piernas cruzadas, apoyada contra la pared. Era delgada, pero no por ello menos fiera y por encima de eso, muy hermosa. Su nombre, al igual que su hermano, era conocido en cada rincón de Rocasangre. Samara alguna vez le dijo que del único Hurricane del que debían cuidarse era de ella.

Se separó de la pared, se pasó la mano por los negros cabellos, se aclaró la garganta e hizo

una reverencia.

—Si es lo que la elegida por Sigi quiere… —aquellos ojos negros encontraron a los de Samara y sonrió—. Que así sea.

—¡Hurr!, ¡hurr!

Huger Hurricane tomó la palabra.

—En vista de que mis hijos están de acuerdo no encuentro motivos para negarme —el Señor se puso de pie—. ¡Que se corra la voz! ¡Cada Señor de Rocasangre deberá responder al llamado al combate!

Las exclamaciones de júbilo fueron mayores que antes. Samara solicitó que se les permitiera permanecer en el castillo. Huger aceptó de inmediato. Ordenó que se preparasen dos habitaciones para los elegidos. Rodo se apresuró a alcanzar a su hermana, que se dirigía orgullosa hacia la puerta. Una vez se supo seguro de que nadie estuviese escuchando le mostró su molestia.

—¿En qué estabas pensando? Les dejaste en bandeja la dirección de las fuerzas. Básicamente dependemos de ellos.

Samara se volvió hacia las puertas cerradas del salón.

—Les dije lo que querían escuchar —respondió con esa seguridad que conocía muy bien. Rodo volvió a fijarse de que nadie estuviese escuchando.

—Matemos a toda esa maldita familia, sin juegos ni artimañas. Reunamos a hombres leales y hagámoslo cuando dominemos las armas. Nadie podrá contra nosotros.

Samara suspiró.

—Es tentador, pero… ¿luego qué? Muchos señores no verían con buenos ojos la forma en que llegamos al poder. Nuestro tío no nos tiene en gracia, ten por seguro que elegirá el bando contrario.

—¿Eso qué importa? —arrugó la frente—. Mataremos a cualquiera que se ponga en el camino.

—No, hermanito, importa y mucho —palmó su hombro—. Si vamos a generar un caos, utilicémoslo a nuestro favor —notó que unos sirvientes se estaban acercando, seguramente para indicarles cuáles serían sus habitaciones. Samara agregó—. Confía en mí.

*

Dejó su habitación y subió hasta una de las torres posteriores del castillo. El puente que unía las torres era lo suficientemente ancho y largo como para poder practicar y como nadie estaba por allí por la noche no le molestarían. En el cielo había una enorme luna llena bañando con una brillante luz las costas donde los barcos comenzaban a reunirse. Habían pasado unas semanas desde que Huger ordenó que los señores presentaran sus tropas y poco a poco iban llegando. Vio las luces de los bares en el muelle donde los hombres bebían y jugaban a los dados, apostando lo poco o mucho que trajeron consigo o fornicando como salvajes. Hombres y mujeres conscientes de que iban a morir disfrutaban de la vida como si nada importase.

«La lucha contra los gigantes».

Sacó a Sombra y comenzó a practicar la estocada, giros, embistes y diversos movimientos. Por diversas razones casi no había practicado, la más importante porque no sabía cómo enfrentar su propia ignorancia. El cuchillo era liviano, fácil de maniobrar y su filo era increíble, se sentía capaz de dividir una gota de agua a la mitad si se lo propusiese. Lanzó un ataque al aire, se quedó inmóvil y observó su sombra.

«Aún nada».

—Buena técnica —escuchó decir.

Se giró, en guardia, y encontró a Ferdi Hurricane observándole en el umbral de la entrada a una de las torres. En todo ese tiempo evitó tener contacto con ella, con cualquier Hurricane en realidad.

—¿Qué quieres? —le preguntó con brusquedad.

La joven salió de entre las sombras. Llevaba ropajes simples y ninguna arma a la vista.

—Tranquilo, no vine a buscar pelea, no me atrevería —repuso con expresión divertida—. Pasaba por aquí.

Rodo guardó a Sombra y se dispuso a retirarse.

—Espera —dijo la mujer—. No tienes que irte solo por mi presencia. Podría ayudarte a practicar.

—No necesito tu ayuda.

Ferdi se frotó la mejilla como si hubiese recibido una bofetada.

—Es obvio que no confías en mí.

Rodo se paró ante ella decidido a dejárselo claro.

—Así es, no confío en ti.

—Es una lástima —sonrió ella—, pensaba compartir contigo el cómo los anteriores elegidos por Sigurd consiguieron dominar a Sombra.

El joven dejó notar su curiosidad, pero pronto regresó a su posición.

—Te lo repito, no necesito tu ayuda.

Ferdi asintió con los brazos cruzados.

—Porque no confías en mí, sí, sí.

«Se está burlando de mí».

—No me voy a quedar a jugar contigo.

Pasó a su lado, pero ella tenía algo más que decir.

—Tal vez deba hacer algo para ganarme tu confianza.

La joven se subió a las piedras del borde de aquel puente que conectaba las torres, con el vacío a sus espaldas.

—¿Qué haces? —le preguntó Rodo mostrándose consternado.

—Sí crees que soy un peligro tal vez debería saltar —comentó frotándose el mentón—. Nunca sabrían qué pasó. Las rocas destrozarían mi cuerpo y el mar se encargaría del resto. Nadie podría culparte porque no tendrían pruebas. Es perfecto. Me gano tu confianza al sacrificar mi vida, ¿qué dices?

Rodo frunció el ceño.

—Estás loca. No voy a…

—Entonces, debería hacerlo —la joven hizo una reverencia—. Que los dioses te acompañen en cada paso —y saltó.

«¡Pero qué…!».

Consternado se asomó al borde. Buscó su cuerpo entre las rocas y las olas del fondo, pero no encontró nada. Inmediatamente se percató de una angosta saliente a lo largo de la pared. Miró hacia la derecha y cuando quiso mirar hacia la izquierda sintió el frio tacto de un cuchillo sobre su cuello.

—Por otro lado —dijo Ferdi que estaba a sus espaldas—, podría matarte y arrojar tu cuerpo. Después vería como lidiar con tu hermana.

Rodo aguantó la respiración. Apretó los puños y rabió para sus adentros.

—Eres una…

—Pero, ¡por supuesto que no lo haré! —la joven retrocedió unos pasos. Guardó el cuchillo en sus espaldas y sonrió—. ¿Ahora si confías en mí?

Al verla vulnerable, sacó a Sombra y le apuntó directamente a la garganta.

—No vuelvas a hacer eso —rabió.

Ferdi miró el arma sagrada y chasqueó los dientes.

—Claro, no lo volveré a hacer —respondió levantando las manos.

Rodo se quedó mirando esos ojos juguetones. Hubo un momento de silencio hasta que ella levantó las cejas y le dio la espalda.

—Mañana por la noche te estaré esperando —dijo, dirigiéndose a la entrada de la torre más cercana.

—No necesito tu…

—Mi ayuda. Sí, lo dijiste —le guiñó el ojo—. No vayas a faltar.

En cuanto se fue, Rodo le dio un puñetazo a la piedra del borde.

«¡Mierda!».

Se asomó para mirar aquella angosta saliente y recorrió su extensión. Dedujo que se movió rápidamente y con precisa agilidad, aprovechó las sombras y volvió a subir sirviéndose de una pequeña piedra como apoyo. Y lo hizo sin hacer ruido alguno y considerando el punto ciego cuando él se inclinó.

Herido en su orgullo tuvo que aceptar que lo que hizo fue increíble.

La noche siguiente, al abrir la puerta, la anciana estaba de regreso, esta vez con cuatro mujeres y cuatro niñas esperando detrás de ella.

—Mi señor, espero que esta noche encuentre una de su agrado.

Rodo cerró la puerta tras de sí.

—Mujer, te avisare si quiero algo —respondió de forma brusca.

Pasó al lado de las mujeres y recorrió el pasillo que daba hasta las escaleras. Subió los escalones y alcanzó la torre hasta la salida a aquel puente. Ferdi estaba sentada en el borde, bañada por la luz de la luna llena.

—Sabía que vendrías —dijo.

—Vine porque tengo curiosidad, nada más —respondió.

La joven abrió los ojos.

—¿Curiosidad? ¡Ah! Quieres saber cómo dominar a Sombra. ¿Qué otra razón tendría Rodo Storm para venir?

Rodo le dejó ver su molestia.

—No te burles de mí.

—Solo trataba de ser amigable —se alejó del borde para pararse en medio del puente—. Comenzamos.

El joven se aclaró la garganta.

—Solo dime qué sabes sobre Sombra.

—Bueno —Ferdi cruzó los brazos—. Como sabrás mi bisabuelo fue Voro Hurricane, el penúltimo elegido por Sigurd. Voro le contó a mi abuelo cómo consiguió controlar el arma y este nos lo contó a nosotros. Mi abuelo incluso sabía cómo hizo Minri para controlar a Sangre, cosa que le interesaría a tu hermana, pero creo que a ella le va mejor a que a ti.

Ciertamente Samara parecía tener mejor control del arma, aunque nunca se le veía practicando, daba esa impresión.

—No hables de mi hermana —respondió con tosquedad.

—Mis disculpas —Ferdi inclinó la cabeza sin cambiar esa pícara expresión—. Como sea,

levanta tu brazo derecho.

—¿Qué? —preguntó Rodo.

—Levanta tu brazo derecho —le repitió con tono juguetón.

—Te dije que no te burles de mí —agregó dispuesto a marcharse.

—Solo hazlo —de pronto su tono fue serio y autoritario.

Rodo tomó aire y levantó el brazo.

—¿Satisfecha?

—Ahora saca a Sombra y lanza una estocada al aire.

—Si esto es un juego…

—Por favor.

Contuvo el aliento, sacó a Sombra y rápidamente simuló atacar a alguien delante de sí.

—Espero que no sea una tontería, de lo contrario voy a…

—Seguramente estás acostumbrado a mover tu cuerpo y nunca has reflexionado al respecto, pero piensa en lo que necesitaste para levantar tu brazo. La respuesta simple es que moviste tu brazo conscientemente porque es parte de ti y lo controlas. Lo mismo para cuando hiciste el ataque. Le "ordenaste" a tu brazo que sacara el cuchillo y te moviste rápido —Ferdi señaló hacia su pierna—. Pero no te pedí que movieras la pierna.

Rodo se observó la pierna derecha que estaba delante de la otra.

—Es obvio que se debe dar un paso adelante para mantener la estabilidad y tener mejor alcance —replicó.

—Así es —recalcó ella—, tu cuerpo entrenado puede realizar una serie de movimientos sin que si quiera pienses en ello. Bueno, controlar el arma es una combinación de ambos.

Rodo arrugó la frente.

—¿Dices que debo verlo como si fuera parte de mi cuerpo?

Ferdi extendió las manos.

—Lo que digo es que debes mover las sombras como lo hiciste con tu brazo y las sombras deben moverse como lo hizo tu pierna.

Hubo un momento de silencio, él pensando en lo que acababa de escuchar y ella aparentemente disfrutando del momento.

—Es fácil decirlo, pero…

La joven se acercó, sujetó su mano y se la llevó al pecho.

—A esta distancia puedes tocarme —dijo con una media sonrisa.

Rodo retiró de inmediato la mano.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó aun con la sensación de sus tibios senos, a través de la camisa, en la palma.

—Si retrocedo un paso —Ferdi dio un paso atrás—. A esta distancia aun puedes tocarme con la punta de los dedos. Tienes la seguridad de que será así porque tu brazo no se va a encoger o porque podrías inclinarte un poco. Pero si retrocedo un paso más —así lo hizo—. A esta distancia no tienes alcance porque, por más que estires el brazo este no se hará más largo. Lo sabes. Así como sabes que si das un salto no saldrás volando como un pájaro o si vas de cabeza contra un muro lo único que conseguirás es quedarte inconsciente cuando menos. Sabes que hay un límite de lo que puedes hacer y lo aceptas —sus ojos parecieron brillar con más intensidad—. Ser un elegido es aceptar que puedes sobrepasar esos límites.

—Aceptar que puedo controlar las sombras —murmuró.

Ferdi ladeó la cabeza.

—Entonces, será mejor que te pongas a entrenar —caminó hasta el borde del puente, se

recostó cruzando las manos por detrás de la cabeza y cerró los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó confundido.

—Te dije todo lo que mi abuelo me contó.

—¿Y vas a dormir?

Ferdi le miró de reojo.

—¿Prefieres que me vaya?

Rodo meneó la cabeza.

—Haz lo que quieras…

Se concentró en las sombras del puente y en su propia sombra. Sostuvo el arma sagrada en su mano derecha y la levantó apuntando hacia delante. Ferdi arrojó una moneda de plata a varios metros de él.

—Trata de moverla —le dijo.

—¿Mover esa moneda?

—Solo con las sombras. ¿Crees que puedas?

Rodo tomó aire y se puso a la tarea.

Pasó gran parte de la noche intentando e intentando mover la moneda con su propia sombra, sin resultados. Se preguntaba constantemente en qué estaba fallando. Era capaz de imaginarla moviéndose de lugar, pero no era capaz de manifestarlo. La temperatura descendió y un viento frío le hizo tiritar levemente. Ferdi se puso de pie y se sacudió las prendas.

—¿Te vas? —preguntó Rodo.

—Llevas media noche intentándolo y todo parece indicar que no lo vas a conseguir.

El joven apretó los puños.

—¡Puedo hacerlo!

—Lo veo difícil, al menos no será esta noche.

—¡Tú! —rabió—. Te has burlado de mí desde el comienzo. Soy un pasatiempo para ti, alguien con quien entretenerte.

Ferdi suspiró.

—Reconozco que es divertido ver tu frustración. La forma en que te enojas es como la de un niño que no consigue lo que quiere.

Rodo le apuntó con el cuchillo y apretó los dientes.

—¡Deja de burlarte de mí!

De pronto el semblante de la joven cambió. Pasó de la expresión divertida a una completamente seria.

—¿Qué harás si no? —preguntó viéndole como si fuera a abalanzarse sobre él—. Crees que le temeré a alguien que es incapaz de mover una simple moneda.

—¡Moneda!, ¡moneda!... ¡Estoy harto de esa estúpida moneda!

—Entonces muévela.

—¡Mierda! —gritó al cielo nocturno—. ¡¿Quieres que mueva la moneda?!

—Sería interesante.

«¡Maldita mujer!».

*

Más de doscientos barcos esperando en el muelle y un ejército que rondaba los diez mil hombres en la ciudad listos para partir. El mar estaba colmado de navíos venidos de todos los rincones de Rocasangre. Samara parecía orgullosa, con su cabello al viento observando desde lo

alto de la torre. Rodo se paró a su lado. No terminaba de comprender porqué su hermana cedió el poder de tal fenomenal flota a Wender Hurricane, más ahora viéndola imponente en las costas de la capital.

—Sama…

—Has estado ocupado —comentó ella, adelantándose a cualquier cosa—. Escuche que estuviste entrenando con Ferdi —ladeó la cabeza con una media sonrisa—. ¿Es por eso me has estado evitando, hermanito?

Rodo se vio sorprendido.

—No, no te he estado evitando —respondió nervioso. Miró los ojos de su hermana y suspiró —. No vi el caso de acércame a ti. No sé lo que estás pensando, Samara. Diga lo que diga vas a hacer lo que quieras. Me di cuenta que es mejor esperar.

Ella no cambió su semblante.

—Y creíste conveniente acercarte a Ferdi Hurricane. O, mejor dicho, dejaste que ella se acercara a ti.

Rodo miró hacia los barcos.

—Me estuvo ayudando a comprender a Sombra —regresó a su hermana—. En parte se parece a ti. Tampoco sé lo que está pensando.

Samara se inclinó levemente y preguntó en voz baja.

—¿Crees que deberíamos confiar en ella?

Rodo lo pensó un momento. Gracias a Ferdi dio un gran salto en el control de las sombras además de que, debía admitirlo, llegó a sentirse cómodo a su lado. Aun así, no podía ignorar que era una Hurricane.

—Creo que deberíamos seguirle el juego hasta descubrir qué es lo que trama.

Su hermana pareció complacida.

—Una respuesta inteligente —dijo—. Ten por seguro que es lo mismo que Huger dice sobre nosotros —volvió la vista a la costa y abrió los brazos—. ¿No es hermoso?

—Sí —respondió con desánimo—, pero sería mejor si estuvieran bajo nuestro mando.

Samara soltó un bufido.

—¿Vas a insistir con eso?

—No, no insistiré —Rodo resopló—. Confío en ti.

Un hombre se acercó y luego de saludar comentó que, por órdenes de Huger, la reunión con todos los señores se llevaría a cabo después del banquete. Despidieron al hombre y los hermanos se quedaron en silencio observando el ocaso, como lo hacían cuando eran niños.

—Llego el momento —dijo Samara.

El banquete se estaba llevando a cabo en el gran salón comedor del castillo. Había desde cerdo de las islas hasta tiburón gris y tanta cerveza como para llenar hasta el tope una de las torres del castillo. Los hombres bebían, reían, jugaban a los dados, hablaban de sus hazañas y manoseaban a las sirvientas. Samara se sentó al lado de Huger, Wender estaba a unos metros de ella riendo con sus hombres, mientras que Rodo prefirió sentarse en otra mesa. También notó la presencia de Pristo Storm, su tío y Señor de Alta Bruma, junto a sus hijos Everaga y Milo.

«Al final respondieron al llamado».

Ferdi vino a sentarse a su lado.

—¿No tienes hambre? —le preguntó al ver que no tocó la pata de pollo delante de sí.

—No realmente —repuso—. Tu hermano debe estar contento. Es una gran flota.

—Al igual que tu hermana —le respondió después de celebrar que uno de los hombres se cayera de la silla—. Después de todo, fue ella quien lo propuso.

Rodo miró a Samara, la forma en que reía junto al Señor de Rocasangre.

—¿Ya seleccionaste a los hombres que formaran parte de tu batallón? —le preguntó.

Ferdi bebió un poco de cerveza y golpeó el trasero de una de las chicas que bailaba a su lado.

—Tengo a algunos candidatos en mente. Pero lo que lo que me emociona es que luchare a tu lado. Ya quiero ver al "Señor de las Sombras" en acción.

Rodo chasqueó los dientes.

—No fastidies.

Ambos rieron.

—Hablando en serio —la joven se pegó a su hombro y ladeó la cabeza—. La mayoría de aquí cree que son extraordinarios guerreros, mejores que los demás. Un salón lleno de egos mal disimulados. Y estas tú. Alguien que no se molesta en aparentar ser el "mejor guerrero del mundo", consciente de sus limitaciones y que trata de superarse.

Rodo se sintió intrigado, pero trató de disimular. Se llevó el vaso a los labios y preguntó.

—¿Se supone que debo sentirme halagado?

Ferdi rio para luego inclinarse a su oreja y susurrarle.

—Digo que eres diferente a otros. Tal vez por eso me gustas.

Su cálido aliento le hizo estremecer. No pudo evitar el sonrojarse y fue incapaz de encontrar qué responder. Ferdi le dio una palmadita en el hombro y se levantó para ir a jugar a los dados en una de las mesas. Rodo se quedó meditando en lo que dijo, pero se dio cuenta que su hermana le miraba fijamente, con una sonrisa de satisfacción en un complacido rostro. Ella levantó su copa y él hizo lo mismo.

Y, aunque también notó la mirada insidiosa de su tío, decidió ignorarla.

El banquete continuó hasta que fue casi el momento de la reunión de todos los señores, con los elegidos. En un momento vio como Samara le decía algo en el oído a Huger. El Señor de Rocasangre le hizo un gesto a Wender y este se levantó de su mesa. Samara se puso de pie y, antes de retirarse, cruzó miradas con él y Rodo comprendió que debía seguirlos.

Salieron del comedor y entraron a otro de los salones. Además de su hermana, Huger y Wender también estaba presente Ferdi. Huger se sentó en una de las sillas y por delante de él estaban de pie sus hijos.

—Bueno, Samara, ¿qué es lo que quieren decirnos? —preguntó el Señor de Rocasangre.

—No nos dirás que al ver la flota cambiaste de opinión y quieres comandarla, ¿verdad? —repuso Wender, de mala gana.

Samara le hizo un gesto a Rodo para que se acercara. El joven, dubitativo, obedeció y se paró a su lado. Su hermana colocó una rodilla sobre el suelo y esperó a que él hiciera lo mismo. Rodo se vio a obligado a seguirle.

—Mostrarles, mis señores —dijo Samara—. Mostrarles antes que a los demás lo que Sangre y Sombra pueden hacer.

Huger miró a su hijo y viceversa. Ferdi tomó la palabra.

—Padre, hermano, como saben he estado entrenando con Rodo y puedo asegurarles que es maravilloso contemplar lo que las armas pueden hacer. Por favor, permíteles hacer una demostración.

Huger Hurricane contempló a su hija como buscando alguna señal que le hiciera desistir. Llamó al par de guardias que estaban en la puerta y a los que estaban por detrás de él para que se acercaran y estos obedecieron, con las manos latentes sobre las empuñaduras. Hizo un gesto con la mano para que los elegidos se pusieran de pie.

—Veámoslo.

Samara sacó a Sangre, cosa que hizo que Wender se pusiera en guardia con los ojos fijos en ella a la vez que los guardias parecían a punto de sacar sus espadas. Samara, con movimiento delicado, levantó la palma y se las enseñó tanto a los Hurricane como a los guardias. Se cortó la palma e hizo un puño hacia delante. La sangre comenzó a filtrarse entre los dedos y cuando la primera gota cayó, antes de tocar el suelo, se detuvo en el aire.

Huger Hurricane no pudo ocultar su asombro, al igual que el resto de los presentes.

—Increíble —murmuró.

Las gotas que flotaban comenzaron a reunirse para formar una gran gota que Samara hizo elevar hasta su pecho con la palma ensangrentada debajo de esta.

—Y puede adoptar diversas formas —comentó.

La sangre comenzó a moverse, como si tuviera vida propia y pasó a asemejarse a un diminuto cangrejo, luego a una serpiente que parecía reptar hacia arriba.

—Sí, muy interesante —dijo Wender sin nada de emoción y sin quitar la mano de la empuñadura—. Ya no los enseñaste, ahora reunámonos con el resto de señores.

La sangre pasó a formar un cuervo con las alas extendidas.

—Aún falta mi hermano, mi señor.

—¡Que lo haga entonces y terminamos con esta tontería! —rabió el que no fuera elegido por Sigurd.

Samara sonrió. El cuervo se deformó y la sangre cayó al suelo.

—Es una lástima, pero si quieres apresurar el final…

Y Rodo notó como, levemente, Samara asintió. En ese momento Ferdi sacó su espada y le cortó la garganta a su hermano. Los guardias, sorprendidos, no supieron cómo reaccionar, si atacar o no a la hija del Señor de Rocasangre. Ese momento de duda le dio la oportunidad a Samara. La sangre, a los pies de ella, formaron unas líneas puntiagudas y salieron disparadas hacia los hombres, atravesándoles las cabezas como si fueran de algodón. Huger cayó de espaldas, con los ojos desorbitados, paseando entre su hija y la elegida por Sigi, y apretando los dientes. Samara se acercó a él viéndole como si se tratara de un perro.

—¡TÚ! —bramó el Señor de Rocasangre.

Las líneas de sangre volaron hacia él, atravesándole la garganta y la boca.

—Sí, yo…

Y durante todo el suceso, Rodo no se movió. Se quedó inmóvil sin saber qué decir o si quiera qué pensar. Samara se giró hacia él y se encogió de hombros.

—Qué acaba de… —balbuceó Rodo.

Se volvió hacia Ferdi quien, después de limpiar su espada, la regresó a la funda.

—Bueno —dijo Ferdi.

—Bueno —dijo Samara.

*

—¡Bien!, ¡allí lo tienes! —exclamó Rodo.

Apuntó hacia donde estaba la moneda y vio cómo su sombra se tornaba más negra que la misma noche y *algo* parecido a dos dedos emergieron, tomaron la moneda y la arrojaron a los pies de Ferdi. Pasó tan rápido que apenas si pudieron verlo. Rodo quedó consternado. Por un momento dudó de lo que acababa de ver… de lo que acababa de hacer.

La joven Hurricane comenzó a aplaudir con una gran sonrisa en su rostro.

—Bien hecho, Rodo Storm.

*

Ferdi tomó aire.

—¡GUARDIAS!

Las puertas se abrieron y los hombres entraron con espadas en mano. Encontraron a la hija de Huger a un lado con los ojos horrorizados y a la elegida por Sigi con Sangre en sus manos.

Pronto los señores comenzaron a entrar y, al observar la escena, se apresuraron a apuntar sus espadas hacia Samara y Rodo. Rodo, intentó sacar a Sombra.

—¡No lo hagas! —escuchó la voz aterrorizada de su hermana.

Uno de los señores se acercó a Ferdi, miró a los Storm, la tomó de los hombros y le preguntó qué pasó.

—Mi padre y mi hermano —respondió con labios temblorosos—. ¡Intentaron matar a los elegidos!

—¡¿Qué?! —preguntó otro de los señores acercándose a ella y repasar los cadáveres—. ¡¿Estás segura de lo que dices?!

—Sí —balbuceó—, que los dioses se apiaden de ellos.

El salón se quedó en silencio hasta que Samara tomó la palabra.

—Lamentablemente es cierto. Venimos aquí para hacer una demostración de las armas sagradas. Huger ordenó a los guardias que nos atacaran… Wender hizo lo mismo.

—Es tal como dice —intervino Ferdi—. Me duele decirlo, pero es cierto.

Uno de los señores, el que Ferdi saludó en el banquete, tomó la palabra.

—¡Como saben soy capitán de unos de los barcos de Wender! ¡Hace tiempo me comentó que, se preguntaba que si al matar a los elegidos podría utilizar las armas sagradas! Pensé que era broma. No lo tomé en serio... ¡No imaginé que intentaría llevarlo a cabo!

Los hombres bajaron las espadas mientras las voces de asombro se escuchaban hasta fuera del salón.

—¡Señores! —exclamó Samara—. ¡La muerte de Huger debe apenarnos a todos, pero no podemos ignorar que atentaron contra la voluntad de los dioses! ¡Estamos vivos porque Ferdi eligió conservar el honor de su familia y su fidelidad a las antiguas leyes! ¡Huger y Wender se desviaron del camino! ¡Seguramente, fueron consumidos por la ambición! ¡Una ambición que terminó por cegarlos! —caminó entre los señores—. ¡Mi deseo, esta noche, era hablarles acerca de lo que Sangre me reveló escrito en roca!

»¡En la roca estaba escrito que nuestra orgullosa y aguerrida gente debe abandonar el yugo al que es sometido!... Esta noche comprendí a que se refería —se giró hacia Ferdi—. Puedo ver el futuro reflejado en ella —regresó a los señores—. ¡Un futuro en que dejamos de ser peones de una familia que nos cree inferiores!, ¡que nos ven como estúpidos e indignos… pescadores! —otra vez se giró hacia Ferdi—. Nosotros, los elegidos por Sigi y Sigurd, estamos agradecidos con ella y la reconocemos. La reconocemos no solo como la señora de Rocasangre. ¡La reconocemos como la reina de las islas inmortales! —sacó a Sangre y la levantó en lo alto—. ¡GLORIA A LA REINA DE ROCASANGRE!

Hubo un momento de silencio, un instante en que todos parecieron haberse convertido en piedra.

—¿Reina de Rocasangre? —se escuchó—. ¿Revelarnos a los Blondegold?

—Mi sobrina tiene razón —intervino del que menos esperaba saliera a su favor, Pristo Storm —. ¡Ha llegado el momento de dejar de ser esclavos de esa maldita familia Blondegold! ¡Sigi y

Sigurd así lo quisieron! —pasó entre la gente, sacó la espada e hincó la rodilla delante de Ferdi —. Debió ser duro tener que ser partícipe de la muerte de tu padre y hermano, pero si atentaron contra los elegidos entonces actuaste con justicia. Abandono cualquier diferencia y juro ante los dioses que te reconozco como reina de las islas de Rocasangre.

Milo hizo lo mismo que su padre.

—Por su fidelidad a los dioses, por su honor y por el orgullo de los hijos de las islas inmortales —se giró hacia los hombres y levantó su espada—. ¡Gloria a la reina de Rocasangre!

Ferdi sacó su espada y la levantó orgullosa. Y estalló el júbilo y un fervor que nunca se vio en ninguna de las islas.

—¡GLORIA A LA REINA DE ROCASANGRE!, ¡GLORIA A LA REINA DE ROCASANGRE!

Rodo sintió que las rodillas le temblaban mientras trataba de asimilar lo que acababa de pasar.

Temple 02

Todo a su alrededor estaba en vuelto en llamas que se levantaban hacia la negra noche con las cenizas volando sobre su cabeza. El fuego parecía emerger de la tierra, como si esta se hubiese abierto y se levantaran paredes ardientes. Miró a su alrededor buscando una salida, pero nada más que fuego y cenizas.

—¡Hey! —exclamó—. ¡¿Alguien?!, ¡¿dónde estoy?!

Escuchó un ruido proveniente del otro lado de las llamas, como si algo se hubiese quebrado. Dio dos pasos y vio cómo, de entre las llamas, una figura negra pareció atravesarlas. No, las llamas se hicieron a un lado con cada paso de la figura. Notó sus cabellos rubios, sus penetrantes ojos violeta y la forma en que sonreía.

—¡Ahhh! —exclamó.

Cuando abrió los ojos, Temple se encontró acostado sobre una cama. Miró a su alrededor. Estaba dentro de una cabaña, alumbrado por las luces de unas velas.

«Fue un sueño», pensó.

Al fijarse vio que una joven atizaba las llamas de la chimenea.

—Al fin despertaste —dijo sin volverse hacía él.

—¿Quién eres tú? —le preguntó—. ¿Qué…?

Se miró el cuerpo y descubrió, horrorizado, que, en lugar de manos, tenía muñones envueltos en vendas manchadas con sangre.

—¡No!, ¡no!, ¡no!, ¡no!

—Tranquilízate —dijo la joven sin volverse—. Desesperarte no servirá de nada.

Temple recordó lo que le había pasado siendo asaltado por imágenes que le dejaron intranquilo. Buscó incorporarse de la cama, pero al moverse sintió un extraño y punzante dolor en la entrepierna. Hizo las sabanas a un lado, lo mejor que pudo, y vio, estupefacto, que una especie de larga y delgada raíz salía de su pene.

—¡Pero qué mierda!

La joven al fin se volvió hacia él. Tomó un bastón de madero negro que estaba apoyado al lado de la chimenea y comenzó a acercarse.

—No te muevas, ahora te lo quito.

Temple notó los cabellos rojos de la joven que caían a cada lado de su rostro con pecas adornando sus mejillas, pero sobre todo notó que tenía los ojos cerrados.

—¡No te me acerques! —exclamó, pero el dolor le hizo retorcerse—. Estás —notó la forma en que ella ladeó ligeramente la cabeza para escucharle—, ¿estás ciega?

—Si no te lo quito te seguirá doliendo —repuso ella—. Y sí, lo estoy.

«¿Pero qué mierda es esto?».

—¡¿Qué me hiciste?!

La joven le dejó ver una sonrisa.

—Te salvé la vida, eso hice. Cuando te encontré habías perdido tanta sangre que era imposible que estuvieras vivo, pero lo estabas, aunque apenas respirabas. Detuve la hemorragia, traté tus heridas y… Bueno, estuviste inconsciente por más de tres semanas —caminó hasta donde terminaba la delgada raíz y tanteó con los dedos una botella de lo que era a todas luces su orina—. Fue para evitar que te mearas encima.

—¿Tres semanas? —se extrañó.

—Días más, días menos —la joven pareció guiarse con la palma hasta que señaló su entrepierna—. ¿Puedo?

El dolor le obligo a decir que sí. La joven tomó la delgada raíz y la sacó de un tirón. Otro agudo dolor y el rechinar de dientes.

—¿Me salvaste la vida?

Ella señaló con el bastón hacia otra raíz envuelta en una esquina.

—Estuviste a base de un líquido alimenticio que suministré a tu cuerpo por el recto. Ah, sí, también limpié tus excreciones y déjame decirte que no fue nada divertido.

—Espera, espera —la detuvo—. ¿Me metiste esa raíz por el culo?

La joven se aclaró la garganta.

—Imaginaras que, como estuviste inconsciente, no podías tragar nada. Descubrí que mediante este método puedes "alimentar" a alguien inconsciente. Es muy sencillo la verdad, colocas el líquido dentro de una botella y lo pones en una parte alta —señaló ahora hacia un estante—. Luego metes la raíz hueca en el recto y dejas que el líquido se desli...

—¡¿ESTÁS LOCA?! —exclamó Temple, entre furia y conmoción—. ¡No tenías ningún derecho!

—¿En mantenerte con vida? —le preguntó y resopló ladeando la cabeza—. Supongo que es la forma que tienes de darme las gracias.

Temple se percató de su desnudez. Metió el brazo vendado entre las sabanas del suelo y la arrojó sobre la mitad inferior de su cuerpo. Claro que, si en serio estaba el esconder su desnudez no tenía mucho sentido. Tomó aire y le preguntó.

—¿Quién eres tú?

La joven se llevó la mano al pecho e inclinó ligeramente la cabeza.

—Soy Tara Mist, una sanadora.

Temple repasó lo que sabía de los sanadores. Los sanadores eran formados principalmente en Aquarel, ciudad de Amanecer. Se dedicaban casi exclusivamente a la atención de enfermedades y estudio del cuerpo humano. En ese momento tuvo sentido el drástico método que utilizó para mantenerlo con vida, además de la razón de su ceguera.

—Experimentaste conmigo —le recriminó.

Tara se encogió de hombros.

—Estás vivo, es lo que importa.

Temple bajó la cabeza. Se vio los vendajes y apretó los dientes.

—Quién dijo que quería seguir con vida.

—Entonces —Tara regresó a la mesa y extendió la mano buscando una de las sillas para sentarse, con las piernas cruzadas—, ¿hubieses preferido morir?

—¡Por supuesto! —exclamó viéndose los muñones—. ¡Soy un maldito fenómeno!

—Hasta donde sé, eres Temple Imad —le respondió ella con calma—. Elegido por Kraster y Señor de los Desiertos Eternos.

Temple frunció el ceño.

—¿Cómo puedes saberlo si no puedes ver mi rostro? —examinó los ojos cerrados de la joven.

—Estuve presente cuando hicieron la presentación —respondió ella—. Tengo muy buena memoria. Tu voz es la del elegido por Kraster.

—Sí, soy el elegido por Kraster —se resignó a aceptar y agregó con enojo—. ¿Eso qué tiene que ver?

—Pues que un elegido no debería actuar de forma tan patética. Sí, perdiste las manos… ¿y qué? ¿Te rendirás a la vida después que los dioses te dieron otra oportunidad?

El elegido entrecerró los ojos.

—Los dioses no me dieron otra oportunidad. ¡Tú me mantuviste con vida cuando debiste dejarme morir!

Tara descansó la mejilla sobre la mano.

—¿No te dije que cuando te encontré habías perdido tanta sangre que era imposible que sobrevivieras? Creo que lo mencioné —se inclinó ligeramente hacia delante—. Cualquier otro hubiese muerto, cualquier otro. Aun si eres un elegido es sorprendente que estés vivo, lloriqueando por tus manos perdidas, pero vivo. Vi-vo.

Temple contuvo el aliento. Si seguía hablando con ella estaría discutiendo toda la noche y no necesitaba eso. Trató de levantarse, pero volvió a caer en cuenta que estaba desnudo. Miró sus prendas, dobladas a un lado, y rio con amargura.

—Ni siquiera puedo ponerme los pantalones yo solo.

—Todo es posible con un poco de ingenio —aseveró ella.

De pronto, algo pareció llamar la atención de la joven, ladeando la cabeza, pero esta vez hacia la puerta y haciendo un gesto para que guardara silencio. Tomó el bastón y se apresuró a apagar las velas, moviéndose hacia ellas como si pudiera verlas. Cogió una bandeja de barro y la colocó ante el fuego de la chimenea, dejando la casa a oscuras. Pasó a apoyarse contra la pared, entre la ventana y la puerta. Temple notó como sostuvo el bastón con ambas manos y como de un extremo emergió un cuchillo. Temple quiso levantarse, pero ella le señaló con la mano para que esperase.

La ventana estaba tapada con tablones que, supuso, ella colocó. Tara apoyó la cabeza contra la pared y sostuvo el bastón a la altura del pecho.

«¿Qué hace?».

De pronto, alguien rompió los tablones casi a la par que otro pateaba la puerta. Tara, con un rápido movimiento con el brazo derecho, clavó el cuchillo en el estómago del hombre que entró con hacha en mano por la puerta. Para su sorpresa e incredulidad vio como del bastón sacó una espada que utilizó para hacerle un tajo en el cuello del segundo hombre que buscó entrar por la ventana. Con la funda-bastón en una mano y la espada en otra se ubicó detrás de la mesa. Un tercer y cuarto hombre entraron por la puerta. El que estaba adelante gruñó con furia y se abalanzó contra ella, a lo que Tara lanzó la funda para que el cuchillo, en el extremo, se clavara en el pecho de este. El hombre gimió en agonía y cayó a un lado, dejando que quien estaba detrás se apresurara a patear la mesa buscando golpearla. Tara dio un salto y se paró encima de la mesa. El hombre intentó cortarle los muslos, con la espada corta que sostenía, pero nuevamente la joven dio un salto, solo que esta vez hacia él. Cayó con el pie derecho sobre el hombro izquierdo del hombre y de inmediato, en ágil movimiento, le dio una patada en el rostro. El hombre cayó de rodillas a lo que ella aprovechó para girarse y cortarle la garganta con la espada.

Temple buscó ponerse de pie, pero ella volvió a hacerle el gesto para que esperase. Se asomó a la puerta, como si prestase atención a los sonidos de afuera. Cogió la funda y guardó la espada; el cuchillo se metió en el extremo y nuevamente volvió a ser un simple bastón. Retiró la bandeja de barro que tapaba el fuego de la chimenea. Tomó uno de los maderos que ardía y se dispuso a encender las velas. Todo mientras Temple le observaba con asombro.

—Como te decía —dijo ella—. Todo es posible con un poco de…

—¡¿Qué mierda fue todo eso?! —le interrumpió, pero conocía la respuesta, salvo que era la primera vez que lo veía en persona.

—Ladrones, ¿qué más? —Tara chasqueó los dedos—. Cierto, no estas enterado. Mientras dormías la Barrera Azul se abrió. La gente comenzó a trasladarse hacia el este y como los

ladrones también son gente…

Tuvo que dejar a un lado todo lo que sucedió para concentrarse en lo que acababa de escuchar.

—¿La Barrera Azul? —murmuró en asombro—. Pero aún faltaba...

—Parece que se adelantó a la fecha. Unos aldeanos pasaron por aquí el otro día. Dijeron que, aunque se abrió, todavía no había noticias de que los gigantes hubiesen cruzado, pero que todas maneras no se van a quedar a esperar. Una actitud inteligente.

Tara caminó hacia el cuerpo que estaba en el umbral de la puerta y lo levantó para pasar sus brazos por debajo de las axilas. Seguidamente comenzó a arrastrarla afuera de la casa.

«Si la Barrera se abrió entonces los elegidos se estarán dirigiendo de urgencia al Paso». Temple se miró los vendajes. «Si su objetivo son las armas sagradas, ese hombre también ira». Sintió un nudo en la garganta. «Y, qué importa eso. No podría hacerle nada. Aun si recobrara los guantes no hay manera de que pueda utilizar…».

—Oye —dijo Tara sacándolo de su letargo—. Si ya terminaste de andar en las nubes podrías ayudarme un poco —agregó señalándole el cuerpo que estaba al pie de la ventana.

Temple observó los cadáveres. Los miró por momento con la mente en otra parte mientras ella parecía decirle algo.

Y tomó una decisión. Se puso de pie sin importarle su desnudez. No había por qué.

—Te llamas Tara —dijo viéndola con seguridad.

—¿Ahora qué te sucede? —le preguntó ella.

—Tara Mist —suavizó el tono de su voz—. Te agradezco por lo que hiciste. Has hecho mucho por mí, pero tengo que pedirte algo más —se acercó a ella—. Si respetas en algo lo que significa que yo sea un elegido… mátame.

*

—Te deseo suerte, Temple Imad —le dijo Tara.

No se volvió para despedirla. Solo se quedó allí, sentado mirando el horizonte. La escuchó el galopar del caballo y como este se alejaba cada vez más hasta que solo quedó el sonido del viento. Un rato después, se dio vuelta y estuvo seguro. La sanadora había cumplido con su palabra.

«Se marchó».

Y se quedó sentado por largo rato, contemplando el desierto del que aún era Señor. cuando el sol comenzó a calcinarle la piel y la tierra estaba tan caliente que era incómodo seguir sentado. Se puso de pie y miró hacia la casa.

«Llegó el momento».

Tenía hambre, pero consideró que comer no era necesario. Caminó por los alrededores de la casa. Se dirigió a la parte posterior y encontró el río de donde conseguían agua los que alguna vez vivieron allí. El río no era muy ancho, pero sus turbias aguas le indicaban que era lo suficientemente profundo. Revisó en las cercanías buscando una piedra que pudiera servir. Encontró una del tamaño y peso indicado. Con esfuerzo consiguió levantarla, colocándola sobre sus antebrazos. La cargó hasta la orilla y tomó una gran bocanada de aire.

—No te acobardes ahora —murmuró.

*

Un nuevo despertar, abrir los ojos y preguntarse qué sucedió. Mirar a la casa y descubrir que es de día y que la joven sanadora está sentada a la mesa comiendo un poco de carne seca.

—Al fin despertaste, otra vez —dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó Temple, confundido.

—¿No lo recuerdas? —ladeó la cabeza—. Al aprender sobre el cuerpo humano a la par que aprendes a combatir una se entera de diversas formas de dejar inconsciente a alguien… si sabes dónde golpear.

—¡TÚ! —exclamó y al intentar levantarse de la cama notó que llevaba camisa y pantalones.

—Y ahora tienes los pantalones puestos —comentó ahora, en son de burla—. Una preocupación menos…

Temple se acercó a ella y golpeó con fuerza el plato del que comía, haciendo que este se hiciera trozos al chocar con la pared.

—No se debe desperdiciar la comida —murmuró.

—¡Escúchame bien! —exclamó a poco de su rostro—. ¡No tienes derecho a tratarme como si fuera…!

—Me pediste que te matara —intervino ella—. Si vas actuar como un estúpido, te trataré como a un estúpido —se recostó sobre la silla y se frotó la nariz—. Tu aliento huele horrible.

El rostro de Temple se puso rojo.

«¿Pero qué mierda pasa con esta mujer?».

—Olvídalo —dijo arrugando la frente—. Olvida que te pe… ¡Me largo de aquí!

Enfurecido salió de la casa. La luz del sol le cegó por un momento. Se frotó los ojos y cuando al fin pudo ver con claridad reconoció el paisaje ante sí. Notó los residuos de la sangre en el lugar dónde peleó con aquel ser. Inmóvil, sintió que sus piernas flaqueaban.

—Aquí fue dónde te encontré —le alcanzó Tara—. También encontré el cuerpo de quien supongo era el dueño de la casa —señaló con el bastón hacia un montículo de tierra cerca del establo.

—Se llamaba Richard —murmuró Temple con la vista fija en la que era su tumba—. Me recibió en su casa y me invitó a su mesa... Una de las mejores comidas que probé en mi vida.

La joven asintió.

—Un hombre bueno. Siempre es una pena cuando muere un hombre bueno —estiró los brazos por sobre la cabeza—. Por eso debo continuar mi viaje al Paso.

—El Paso —murmuró Temple y contempló los vendajes al final de sus brazos.

—Estás pensando que el hombre que te cortó las manos estará en el Paso tratando de ocupar tu lugar —comentó Tara—. Aun si lo intentara, los guantes no servirán en él —se encogió de hombros—. Todos saben que las armas sagradas solo sirven con los elegi…

—No era un hombre —le interrumpió regresando la vista al lugar donde perdió las manos.

—¿Una mujer entonces? Como sea, iré al Paso. No sé lo que harás a partir de acá, pero si quieres acompañar…

—Digo que no era un ser humano —le dijo esta vez. La joven pareció interesada.

—¿A qué te refieres?

—Clavé mi espada en su estómago. Debió morir, pero siguió como si nada… No era humano, de eso estoy seguro.

Tara se quedó en silencio, al parecer meditandolo.

—Un inmortal —murmuró al fin—. Ahora todo tiene sentido. Te atacó un inmortal.

—¿Inmortal? —preguntó Temple.

—¿Y uno que quiere las armas sagradas? —reflexionó la joven y tronó los dedos cuando

pareció percatarse de algo—. Va… Vano algo… ¡Vanomet! —Temple se limitó a contemplarla, en silencio—. Aprendí sobre ellos con las instructoras de historia. Los Vanomet son criaturas que toman forma humana, son inmortales, capaces de utilizar las armas sagradas. Se les considera una leyenda más que un hecho. En todo caso, no deberían ser capaces de cruzar la Barrera Azul y te lo encontraste antes de que abriera. ¿Cómo es que consiguió cruzar?

—Lo que sea, no me interesa.

—Debería. Si se trata de un Vanomet no se detendrá hasta matar a todos los elegidos haciéndose con las armas en el camino, al menos eso se supone. En todo caso fue descuidado contigo. Debió pensar que inevitablemente morirías. Con más razón debemos ir a avisarles al resto de…

—¡No iré! —exclamó y se sentó sobre la tierra dándole la espalda—. Tara, no te queda más que hacer aquí. Debes continuar tu viaje.

—Ciertamente voy a continuar mi viaje, pero tampoco me voy a ir sin más. ¿Vienes conmigo o…?

—¡Solo! —Temple tomó aire—. Solo, continúa tu viaje, por favor.

Hubo un momento de silencio en el que le era imposible saber qué cara puso la joven. Hasta que la escuchó decir.

—Está bien, parece que ya tomaste una decisión y no importa lo que te diga. Continuare mi camino, como quieres.

La escuchó alejarse. Un momento después escuchó el relinchar de un caballo y el sonido de sus pasos.

*

—Sí que eres un estúpido —la escuchó decir.

Al volverse, Tara estaba sentada sobre una roca a unos metros a su izquierda.

—¡¿Todavía sigues aquí?! —preguntó con rabia.

—Decidí quedarme para *ver* si intentarías quitarte la vida y qué método escogerías.

Temple arrojó la piedra a un lado.

—¡Es que no me vas a dejar tranquilo! —y se percató—. Espera, ¿te estuviste escondiendo todo este tiempo?

—Te lo dije —se encogió de hombros—. Yo y mi curiosidad.

—¡Estás loca! ¡Lárgate de una vez!

La joven gesticuló con las manos.

—Tranquilo, tranquilo… En parte regresé porque no me quedó del todo claro. ¿Estás seguro que no vendrás conmigo?

Temple sintió como si la sangre le hirviera.

—¡Ah! —exclamó y corrió hacia ella dispuesto a embestirla.

La joven rápidamente se puso de pie y dio un salto cuando este trató de alcanzarla, girando hábilmente en el aire para caer a sus espaldas. Temple se volvió en un intento de golpearla con el antebrazo, pero la joven esquivó el golpe agachándose y aprovechando para darle un golpe en el estómago, con el extremo del bastón, que le hizo perder el aliento.

—De verdad, tienes que tranquilizarte —dijo ella con una sonrisa en los labios.

—Tú —balbuceó a la par que tosía—. Por qué no me dejas en…

De repente, la joven le hizo el gesto para que guardara silencio.

—Espera —murmuró.

Temple buscó reincorporarse.

—¿Qué te sucede ahora?

—Alguien viene —volvió a murmurar. Sacó la espada, de la funda-bastón y se dirigió sigilosamente hacia la casa.

Temple recordó lo que sucedió la noche anterior y se mantuvo en silencio, decidido a que esta vez no sería un mero observador. Al igual que ella, se apoyó contra la pared. Tara le hizo el gesto para que esperara mientras levemente se asomaba.

—¡No soy un peligro! —escuchó una voz cansada de mujer—. ¡Vengo en busca del elegido por Kraster!

Tara salió con la espada en mano a la par que lo hacía Temple. Y vieron a una anciana montada sobre un caballo, con las manos en alto.

—Mi señora, ¿qué puede desear de nuestro amigo aquí presente? —le preguntó Tara con suma calma.

La anciana bajó del caballo. Felicitó al animal acariciando su melena y se acercó a la pareja.

—Hablar con él —repuso—. A lo mejor encuentra interesante mis palabras.

Temple la miró con detenimiento. Su rostro no le era familiar ni tampoco se sentía amenazado por ella.

—¿De qué quieres hablar? —le preguntó.

La anciana miró sus muñones por más tiempo del que le hubiese gustado.

—Lamento lo de tus manos, Temple Imad —comentó.

—¿Qué quieres? —insistió de mala gana.

—Mi nombre es Abigail Tea. He recorrido un largo camino buscándote con la esperanza de llegar antes de que concretaras lo que ibas a hacer en el río.

«¿Qué? ¿Cómo sabe eso?».

—Eso es raro —comentó Tara.

—No, Tara Mist, no es raro.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Tara arqueando una ceja—. ¿Eres una sacerdotisa de Aquarel?

—No, mi niña —aseguró Abigail—. No he estado en Aquarel en más de treinta años —regresó su atención a Temple—. Te he visto en sueños, Temple Imad, vi lo que te pasó, como el Vanomet se llevó tus guantes y cercenó tus manos. Vi cuando Tara te salvó y atendió tus heridas… Los sueños me han mostrado muchas cosas, incluso lo que debes hacer. Por eso estoy aquí.

—Eres una especie de vidente —repuso Tara con una enorme sonrisa—. O eso tenemos que creer.

Abigail dibujó una media sonrisa.

—Puede que sí, puede que no...

Tara se paró frente a ella.

—Los videntes son por lo general estafadores que se aprovechan de la ingenuidad de la gente. Vidente, oráculo o lo que sea, tendras que hacerlo mejor para creerte.

La anciana entrelazó los dedos a la altura del pecho.

—Soy demasiado vieja para ser una farsa.

La joven hizo girar la espada entre los dedos.

—Quemaron a muchas mujeres por menos.

—No le tengo miedo al fuego, mas si a la ignorancia.

—No me importa cómo la llamen o se haga llamar—intervino Temple y se paró a su lado—.

Abigail, supongamos que te creo —le enseñó los muñones—. Lo que sea que creas no me interesa. Ahora soy un inútil —tomó aire y se dirigió a la casa—. Mejor será que regreses por donde viniste.

—Temple Imad —Abigail dijo su nombre con solemnidad, obligándole a detenerse—. Eres importante para el destino de este mundo.

Temple se giró hacia ella.

—¿De qué hablas ahora?

La anciana se acercó a él.

—Debes dirigirte al Pantano de las Luciérnagas Malditas —declaró.

—¿El pantano de las luciérnagas? —preguntó Tara—. Es un lugar horrible. Hasta el aire te puede matar. ¿Por qué tendría que ir?

Era cierto, tan cierto y obvio que le pareció una estupidez no haberlo considerado antes. La mujer tenía razón. Quien fuera, vidente o farsa, no dejaba de ser una posibilidad a qué aferrarse.

—Porque allí está la tumba de Kraster —murmuró.

—Eso lo sé —agregó la joven—, pero también se encuentra Khytamon. Khytamon no deja que absolutamente nadie se acerque a la tumba, ni siquiera el elegido.

Por un momento Temple pensó en Mungo, sacerdote de Kraster y las mismas palabras que alguna vez le dijo.

—De todas maneras, existe una posibilidad…

—Muy bien —celebró la anciana—. Encuentra la tumba de Kraster y comprenderás lo que los dioses tienen preparado para ti.

Después de decir esas palabras regresó a la montura del caballo.

—Espera, espera —repuso Tara—. ¿Le dices que vaya a un peligroso lugar y te marchas, así nomás?

—He cumplido con mi parte —le respondió Abigail—. Ahora debo continuar con mi viaje.

Tara se rascó la cabeza.

—¿No crees que deberías dar más información? Por ejemplo, exactamente qué es lo que tiene que hacer o qué es lo que se supone que encontrará. Mujer, no seas tan misteriosa.

La anciana sonrió.

—Tú debes acompañarle, Tara Mist.

La joven ladeó la cabeza hasta casi quedar de perfil.

—¿Qué? —preguntó.

—No he dicho que iría —repuso Temple—. Aun si fuera, no necesito de compañía.

—Y yo tengo que llegar al Paso —aseguró Tara—. Ha sido divertido, pero no tengo intenciones de ir a esos pantanos.

Abigail tomó las riendas.

—Ambos deben decidir qué hacer. No puedo obligarlos y aunque pudiera no lo haría —depositó su atención en Temple—. Elegido, en el fondo sabes que debes ir a la tumba de Kraster —pasó a Tara—. Sacerdotisa, no desperdicies esta oportunidad —le ordenó al caballo que se diese vuelta dispuesta a cabalgar por donde vino—. Si los dioses lo creen conveniente nos volveremos a ver, mientras tanto —les sonrió—, no mueran.

Temple la vio alejarse mientras poco a poco se hacía más pequeña en el horizonte.

—¿Crees algo de lo que dijo? —le preguntó Tara.

—Es cierto —respondió Temple—. No lo había pensado antes, pero es cierto —miró a la joven—. Iré a buscar esa tumba —se dirigió al establo.

Encontró el caballo del que le habló el hombre, dueño de la casa y que el Vanomet asesinó.

Era una bestia joven, mal alimentada, pero que serviría.

—Oye —se acercó Tara—. Seguro sabes que Khytamon te devorara sin pensarlo dos veces.

—Es una posibilidad —respondió buscando la silla del caballo.

—Igual que los poderes de Kraster —Temple la miró de reojo. Tara continuó—. Una de mis maestras era de Solarena, tu ciudad. Me contó sobre Kraster y cómo consiguió obtener el "don de la regeneración" al comerse parte de la cola de Pliseron, pero no es más que una leyenda. Y no lo digo yo. Mis maestras tenían muy en cuenta la leyenda de la regeneración de Kraster y no encontraron un solo dato que pueda dar por válida lo que no es más que… una leyenda.

—Ella tiene razón, Tara —dijo levantando la silla de montar—. En el fondo sé que es mi única oportunidad, leyenda o no, debo ir.

La joven suspiró.

—Al menos ya no quieres matarte —se rascó la cabeza y se acercó para ayudarle a colocar la silla.

—No necesito tu ayuda —dijo él retirando su mano.

—Si la necesitas —insistió ella—. No tienes manos, acéptalo y deja de comportarte como un idiota. Morirás si vas solo y lo sabes, así que pregúntame.

Temple se concentró en los ojos cerrados de la joven…

—¿No tenías que ir al Paso? —preguntó.

—No más que tú —le respondió—. Ahora, ¿harás la pregunta o seguirás perdiendo el tiempo?

—Ni siquiera sé por qué quisieras venir conmigo.

Tara echó la cabeza hacia atras.

—¡Por los dioses!, ¡solo has la maldita pregunta!

Temple resopló.

—¿Te gustaría venir conmigo?

*

—¡Hey! —exclamó Tara—. ¡¿A dónde vas?!

Pero no tenía tiempo para explicarle, ni cabeza para hilvanar ideas. Ordenó al animal que corriera lo más rápido que pudiese. Cabalgó con tanta prisa que en poco tiempo la aldea quedó atrás y vio a lo lejos las colinas gemelas desde donde se podría ver la ciudad, su ciudad.

*

El sol salió en el horizonte bañando con su luz naranja las arenas del desierto y las aguas del río. Temple fue el primero en despertar. No llevaba los vendajes y observó con detenimiento los muñones. La piel estaba abultada en los extremos y superpuesta entre sí. Las cicatrices, de las que antes emanaba un pestilente pus, eran ahora unas delgadas líneas rosadas que asemejaban a gusanos aplastados. Probó a presionarlos contra la arena constatando de que ya no sentía dolor.

—Sí que sanas rápido —dijo Tara desperezándose y Temple se sorprendió de que pudiera saber lo que hacia sino podía ver—. Por los dioses, tengo hambre —agregó.

La joven buscó en su bolsa un poco de carne seca. Se llevó a la boca un gran pedazo y estiró el brazo ofreciéndole otro. Temple estiró el brazo izquierdo y Tara dejó la carne sobre el muñón.

—Llevamos cuatro días siguiendo el río —comentó ella—. Hemos avanzado más hacia el oeste que al sur y, que yo sepa, si queremos llegar a los pantanos debemos ir al sur.

—¿Cómo puedes saberlo? —se animó a preguntar—. Quiero decir, no puedes ver, ¿cómo

puedes guiarte?

—Secreto de ciega —bromeó.

—En serio —insistió Temple.

La joven se llevó otro pedazo de carne que mordió con ganas

—Al perder la vista estás obligada a maximizar el resto de sentidos. Aprendes a tener en cuenta cada señal que recibes. Por ejemplo, la posición del sol por la zona del cuerpo que se esta calentando. Por la noche es un poco más difícil, pero puedes guiarte del viento, del canto de las chicharras o simplemente preguntarle a alguien. Todo sirve.

—Otra cosa que me he estado preguntando —continuó Temple—. Cuando desperté en la casa las velas estaban encendidas. ¿Por qué las encendiste sino necesitabas luz?

—Porque supuse que en cualquier momento ibas a despertar y no querrías estar a oscuras —aseguró—. En realidad, llevaba varias noches haciéndolo—. Temple tuvo que aceptar que Tara era, mínimo, alguien especial. La sanadora ladeó la cabeza hacía él—. Ahora, ¿me dirás a dónde nos dirigimos o aún será un misterio?

—Me dijiste que dejara de compadecerme de mi mismo —respondió—. Bueno, nos dirigimos a una aldea a las afueras de Solarena —se miró los muñones—. Hay alguien a quien quiero pedirle un favor.

Tara apretó los labios y asintió.

—¿Nos quedaremos afuera de Solarena o entraremos a la ciudad?

Temple miró hacia el horizonte.

—Además de ser el Señor de Desiertos, soy el Señor de Solarena... Crecí en esa ciudad —el rostro de su tía abuela vino a su mente—. Todo lo que amo está allí... No quiero que me vean así. Al menos hasta que tengamos éxito.

Tara volvió a apretar los labios y hecho la cabeza para atrás.

—Entiendo —se levantó y se sacudió el polvo de las prendas—. Entonces iremos a esa aldea.

Después de alimentar a los caballos dejó que Tara le colocara los vendajes. Para subir a la montura utilizó la fuerza de piernas y caderas, como llevaba haciéndolo desde que dejaron aquella casa, y enredó las riendas alrededor de los muñones. Ordenó al animal moverse y continuaron el viaje.

Al rato de estar cabalgando vio los huesos de un buey del desierto a unos cincuenta metros de la orilla. La arena cubría casi todo el esqueleto, dejando el cráneo sobresaliendo en el suelo blanco y gris.

—¿Cómo crees que sean los pantanos? —le preguntó Tara como si ella hubiese visto también el cadáver del buey.

—No lo sé —respondió Temple—, nunca he estado allí.

—¿Nunca conociste a alguien que haya estado?

—No hay pueblos cercanos. La gente no se acerca. Aun si decides emprender una suerte de aventura el miedo a ser devorado por alguna bestia o morir ahogado en esas pestilentes aguas, puede más.

—Eso lo confirma —repuso ella.

—¿Qué confirma? —preguntó él.

Tara le sonrió.

—Que estamos locos —Temple dejó escapar una risita. Cosa que celebró la joven—. Bien. Por un momento temí que hayas olvidado como reír.

Temple sonrió, divertido por el comentario.

Vio en el horizonte una colina al margen izquierdo del río. Le comentó a la joven que al otro

lado se encontraba la aldea y se dirigieron hacia la misma. Temple recordó con cariño como su maestro le llevó varias veces. La madre de su maestro, anciana gentil y comprensiva, vivía allí. Se acostumbró a ayudar con las tareas diarias. Era parte de su entrenamiento, pero más que eso le gustaba el cambio. En el castillo atendían todos sus pedidos y caprichos, aunque nunca se consideró caprichoso, pero su maestro deseaba que aprendiese la dicha de la vida simple.

Al alcanzar la cumbre contempló, impotente, que solo quedaban cenizas. La aldea era pequeña y agradable de ver con calles limpias y casas de adoquín blanco que parecían ser parte de la arena. Ahora había cadáveres en las calles y las casas aún humeaban por el fuego al que fueron expuestas.

—Por los dioses…

Ordenó al animal acelerar el paso. Se adentró en la aldea, con cadáveres calcinados entre los escombros y otros cubiertos de sangre en media calle. Se dirigió rápidamente hasta donde estaba la casa de la madre de su maestro, lugar donde aprendió la simpleza de la vida.

De la casa no quedaba nada; incluso la chimenea, donde escuchó las historias de furiosos guerreros luchando contra gigantes –que solía contarle la anciana–, era solo un montón de piedras. Con un nudo en la garganta se quedó contemplando, sin saber qué hacer.

—A-ayu… ayu-u… —escuchó unos lamentos.

Al volverse vio a un hombre levantando, lastimero, la mano al cielo. Sus prendas estaban cubiertas de sangre, sobre todo a la altura del estómago.

—No te muevas —le dijo.

Tara llegó a su lado y de inmediato revisó la herida.

—Tranquilo —le dijo—, estarás bien.

Pero colocó la mano en el hombro de Temple y le apretó con cierta fuerza. Temple comprendió, lo comprendió sin palabras. Escucharon otro lamento. Tara se puso de pie y se dirigió en su dirección. El elegido miró al hombre, como este luchaba para mantener los ojos abiertos.

—Buen hombre, ¿qué pasó? —le preguntó.

El hombre pareció escupir las palabras, como si estas estuvieran atoradas en su garganta.

—Lo-lo quemaron, quemaron to, todo —murmuró—. Mata… mataron a-a to…

—¿Quiénes?, ¿Quiénes hicieron esto?

El hombre tembloroso estiró el brazo.

—Los malditos, maldiitoos ho-hombres de las Puuertass.

—¡Aquí hay una mujer! —exclamó Tara.

—Ya regreso —le dijo Temple al moribundo e intentó levantarse, pero este le tomó del brazo.

—Fueron a Solarena —balbuceó escupiendo sangre—. Van a tomar la-la ciudad.

Temple sintió como si el corazón se le detuviera. Sin pensarlo, preso de un miedo que atrapó todo su ser, corrió hacia el caballo.

*

A medida que avanzaba comenzó a divisar las columnas de humo que se confundían con las nubes. Las columnas se hicieron más gruesas y cuando alcanzó la cima de las colinas gemelas miró, aún más horrorizado que con la aldea, como detrás de las enormes paredes, las llamas consumían el Castillo del Sol.

“¡NO, ¡NO!, ¡NO!”.

Ese Castillo era su hogar, orgullo de su familia y uno de los más bellos del continente. Sus

altas torres blancas sobresalían por sobre los muros de la ciudad. tenía hermosos jardines donde jugó de niños y que su tía abuela adoraba cuidar.

Su sonrisa, la sonrisa de su tía abuela, los cariños de la mujer que lo crió…

Ahora todo era fuego.

Se dejó llevar por la desesperación y cabalgó en dirección a las puertas de la ciudad. A medida que avanzaba vio los cadáveres de sus soldados, valientes guerreros de Solarena, yaciendo sobre ríos de sangre. No reflexionó sobre quiénes eran los otros, aun cuando reconoció sus vestimentas no se detuvo a pensar en ello. Siguió cabalgando hasta que las enormes puertas de hierro estaban a menos de doscientos metros y hombres armados se fijaron en él. Los hombres montaron sus caballos y se dirigieron a su encuentro. Temple siguió cabalgando; cegado por la ira siguió adelante. Uno de los hombres arrojó una lanza que fue a darle en el cuello de su caballo. Este cayó sobre la arena, arrojando a Temple varios metros hacia delante. Aturdido, trató de ponerse de pie cuando sintió una patada en el pecho que le hizo caer de espaldas.

—Pero qué tenemos aquí...

El hombre se paró sobre sus brazos, impidiendo que se ponga de pie. Tenía una lanza en la mano, que levantó con la punta de acero sobre su rostro.

—Un maldito fenómeno — agregó mirándole los muñones.

El hombre, de piel cubierta con un polvo blanco, tomó la lanza con las dos manos y la levantó, dispuesto a clavársela en pleno rostro. Temple apretó los dientes, escurriéndole baba de la boca.

—¡Espera! —exclamó otro hombre.

Este se acercó con la lanza sobre su hombro. Pareció examinar el rostro de Temple y un instante después pasó a reír.

—Que me folle un demonio… Eres el maldito Temple Imad.

Temple miró al hombre. No reconoció su rostro, pero estaba claro de quiénes se trataban. El polvo blanco que les cubría la piel no dejaba a dudas. Eran hombres de esa maldita tribu de Las Puertas.

—¡Malditos malnacidos! —exclamó.

El hombre se inclinó y le dio dos puñetazos en pleno rostro. Al instante, Temple sintió el sabor de la sangre en su boca. Confundido, apenas si podía escuchar.

—¿De qué hablas, Maluk? —preguntó este.

—He estado aquí en el pasado —respondió el que estaba a su lado—. Una vez tuve la oportunidad de verlo de lejos, pero alcancé a memorizar su rostro. El maldito elegido por Kraster —se fijó en sus muñones—. Parece que no le ha ido muy bien —agregó en un despreciable tono de burla.

—¿Qué hacemos con él?

—Qué más. Lo llevaremos con Aurelyus.

Resta 02

Resta pasó entre ellos, con las ropas cubiertas de sangre y el hacha temblando entre sus manos. Aurelyus alzó a lo alto la cabeza decapitada de su padre, con una gran sonrisa en los labios.

—¿Aun tienes dudas? —le preguntó el Señor de los Marqe.

Resta miró a sus alrededores: cientos de cadáveres en las calles, hombres de Las Puertas que solo cumplían con su deber. Dario luchó hasta el final, pero nada pudo hacer contra el temible ejército Marqe que luchaba al lado de su propio hijo. No, lo que realmente le sorprendió fue la capacidad destructiva de los Incendiarios. Verlos en acción, ver lo que son capaces de hacer, el desastre que son capaces de liberar… Resta aun trataba de asimilar lo que sucedió.

—Perter —murmuró—, lo que han descubierto es…

—Lo sé —respondió el Señor de los Marqe—. Durante siglos hemos sido considerados salvajes, pero Aurelyus cree en nosotros. Han pasado tantos elegidos y todos se olvidaron de nosotros. Sin embargo, ese chico vino a mí, no solo porque necesitaba de nuestra fuerza sino porque quería un cambio, un cambio verdadero…

Resta encontró que hablaba con la verdad, lo vio en sus ojos y no le quedó dudas por sus acciones. Marcharon dispuestos a tomar Piedra Negra aun cuando él dudaba de que fueran capaces. La ciudad más importante de las Puertas era también la ciudad más inexpugnable de todas. Pero lo consiguieron. Penetraron sus muros y mataron a los guerreros que se les interpusieron.

Tenía las manos manchadas de sangre, pero comprobó que era cierto.

El mundo estaba por cambiar.

*

Cuando Aurelyus salió de la cueva todos quedaron en silencio. Caminó entre los Marqe con la mirada fija adelante mientras los guerreros se inclinaban ante él. Solo Resta y Nero Colys quedaron en pie.

—Hijo de puta —murmuró Nero, con una enorme sonrisa.

—Lo consiguió —agregó Resta, conteniendo el aliento.

Los Marqe celebraron cuando lo vieron, levantando los brazos y gritando extasiados a una sola voz.

—¡¡Aurelyus!!

Sobre su cintura, Aurelyus, llevaba a Muerte. El faldaje que tantos elegidos buscaron en el pasado.

La pieza se componía de láminas de acero antiguo superpuestas entre sí, con relieves de oro y un brillante rubí en el centro. Resta lo contempló por un momento más, antes de apresurarse a ir a su encuentro, con los Marqe levantándose lentamente después de haberse inclinado ante el elegido.

Cuando estuvo ante Aurelyus buscó tranquilizarse y le preguntó señalando a los Marqe.

—¿Qué significa todo esto?

Aurelyus ladeó la cabeza.

—Disculpa que no te lo haya dicho, primo —respondió—. No sabía si podía confiar en ti —

miró a Nero—. Aun no lo sé.

—Aurelyus me informó lo que quería hacer —intervino Nero—. Su plan me pareció magnifico así que decidí ayudarle.

—¿Plan? —les preguntó Resta—, ¿cuál plan?

—Vamos a tomarlo todo, comenzando por derrocar a mi padre —aseguró el indiscutible elegido por Mondo.

—Hasta matar a la puta reina —agregó Nero.

Resta los contempló tratando de deducir si hablaban en serio. En ese momento, Perter se acercó acompañado de Pyrer y Mancher.

—Aurelyus Myrdynn —dijo con solemnidad—. Haz demostrado que cuentas con la bendición de Elkes —se paró frente al muchacho—. En nombre de mi pueblo debo felicitarte.

—Mi señor es usted muy amable —respondió—. Espero que con esto podamos dar el siguiente paso.

Perter tomó su hombro.

—Así será Aurelyus, los Marqe honramos nuestra palabra —se volvió para mirar a Resta y a Nero—. Acompáñenme, deseo mostrarles algo.

Cuando el señor de los Marqe se alejó unos pasos, Resta tomó a Aurelyus del brazo.

—Tienes mucho que explicar —le dijo.

Los hombres que observaron la escena quedaron inmóviles, como esperando alguna reacción del elegido.

—Y lo hare, Resta —le respondió, con suma calma—. Por ahora solo presta atención.

Sintiendo las miradas sobre si tuvo que ceder. Caminó por detrás de ellos, observando la espalda del muchacho, incluso parecía diferente. Notó que Nero parecía divertirse.

—Tú —le dijo moviendo los labios.

—Ten paciencia —respondió, de la misma manera, el Señor de Arena Negra.

Pasaron entre los guerreros y llegaron a la entrada de una cueva. En ella esperaban tres ancianos al lado de una mesa.

—Les presento a los Incendiarios —dijo Perter.

Resta caminó hasta un extremo de la cueva y examinó a los ancianos. Los tres vestían ropas negras, con la cabeza rapada, ojos sabios y rostros golpeados por el tiempo. Miró la mesa, estaba hecha de maderos, ramas y hojas; y, sobre esta, polvo negro regado sobre un gran trozo de tela. Resta no se animó a preguntar, aunque quería hacerlo. En lugar de eso dejó que Aurelyus tomara la palabra.

—Venerables ancianos, tengo entendido que tienen algo para mostrarnos.

—Sí —intervino Pyrer —. Elegido, no tuve tiempo de decirle que formó parte de los Incendiarios. Ellos son los sabios de quienes aprendimos. Myrer, Nytyrer y Baer.

Pyrer era más alto que su señor, de hombros anchos y brazos fuertes. Tenía un gran mentón y la cabeza completamente rapada, igual que los ancianos.

—Pyrer, podemos hablar por nosotros mismos —dijo el anciano que respondía al nombre de Myrer.

—Por supuesto, sabio —respondió el primer capitán de los Marqe inclinando la cabeza.

El anciano se acercó a Aurelyus y comenzó a palpar su rostro.

—Realmente eres el elegido por Mondo —comentó maravillado—. Veo fuego en tus ojos, también sabiduría, pero, sobre todo ambición —dio un paso atrás—. La ambición no es mala. Puede cambiar el mundo si es correctamente encaminada. Trae consigo un nuevo futuro.

—Aunque el camino para ello sea el más difícil —comentó el anciano que respondía al

nombre de Nytyrer—. Pero es la voluntad de Elkes y a todos nosotros nos corresponde obedecer.

—Lo entendemos —intervino Nero, frotándose la oreja—. Qué tal si nos damos prisa.

Los ancianos miraron de mala cara al Señor de Arena Negra.

—Lo que nuestro buen amigo quiere decir es que agradecemos sus sabias palabras —aseveró Aurelyus, con voz calma—. Por favor, háblennos de la maravilla que han descubierto.

«¿Maravilla?».

—Por supuesto, joven Aurelyus —dijo el anciano que respondía al nombre de Baer—, pero en lugar de decírselo, se lo mostraremos.

El anciano le hizo un gesto a Pyrer, a lo que el primer capitán de los Marqe se acercó a la mesa y colocó con extraña delicadeza un poco de polvo negro dentro de una bolsita de tela. Los presentes observaron en silencio y con atención. Cuando terminó, solicitó que les acompañasen a las afueras de la cueva. Exclamó algo en su idioma y los Marqe, que estaban en las cercanías, se alejaron acelerando el paso.

Se preparó para arrojar la bolsita. Pareció apuntar a un grupo de rocas a unos veinte metros. La lanzó como si buscara hacer encajar la bolsita entre las piedras.

Y, en cuanto hizo contacto, produjo un gran estallido que obligó a Resta a taparse los oídos y cerrar los ojos. El estallido trajo consigo un remezón en su cuerpo, como si el viento le golpeara. Cuando abrió los ojos, del montículo de piedras no quedaba nada.

—¿Qué fue eso? —murmuró asombrado y volviéndose para mirar a Nero quien se limpiaba el polvo de las prendas. Al cruzar miradas, este se encogió de hombros con esa eterna sonrisa burlona.

—Maravilloso —aseguró Aurelyus.

—Se llama polvo-fuego —respondió un orgulloso Perter.

—Y con solo un poco —comentó Nero—. Imagina lo que podría hacer una mayor cantidad.

—Los muros de una ciudad —respondió Resta, pensando en voz alta. Aurelyus se volvió a verle con satisfacción, como si le dijera: “lo has comprendido”.

—Venerables ancianos —dijo el elegido acercándose a los tres—. ¿Con cuánto polvo-fuego contamos?

—Los que necesite —respondió Myrer—. Los Incendiarios son capaces de prepararlo, siempre que tengan los materiales.

—Cada uno de nosotros ha aprendido a hacer polvo-fuego —comentó Pyrer.

—No se diga más —aseveró Nero y se acercó a Aurelyus—. Mis hombres están esperando mi señal. Por qué esperar para ir por tu padre.

—Porque no solo iremos por mi padre —Aurelyus se giró hacia Perter—. Mi señor, ¿sabe si su informante está de regreso?

Perter llamó a uno de sus hombres, este le dijo algo en su idioma y Perter regresó al elegido por Mondo.

—Debe estar de regreso antes del anochecer.

—Bien, esperaremos —dijo el muchacho y miró a Resta—. Ahora me gustaría hablar con mi primo —hizo un solemne gesto para los ancianos—. Les agradezco infinitamente por toda su ayuda.

Resta le siguió hasta la tienda que prepararon para él. Nero caminaba a su lado, invitándose el solo a la reunión.

—Me gustaría escuchar —dijo el Señor de Arena Negra al encontrar su mirada.

Aurelyus se sentó, recostando la cabeza.

—Estoy tan cansado —comentó.

—Acabas de conseguir el arma —aseguró Nero—, es normal que estés cansado.

Resta jaló una silla y se sentó delante de él.

—Ahora me lo explicarás todo —solicitó con serio rostro—. Los dos —agregó mirando de reojo al Señor de Arena Negra.

Nero tomó una botella, de las que había en una esquina de la tienda y se sentó sobre la mesa. Bebió el vino de los Marqe y arrugó la cara.

—Hace un año vino a visitarme —dijo señalando al muchacho con la cabeza—. Me contó lo que pensaba hacer si salía elegido, me dijo que fingiría desertar, que su padre pondría un precio a su cabeza, que se aliaría con los Marqe y utilizaría su fuerza —miró a Resta a los ojos, con esa sonrisa que parecía nunca desaparecer—. Que tú irías a buscarlo —bebió un poco más—. Al principio no le creí. Pensé que era una tontería, pero luego fue elegido. Se corrió la voz de que desertó y de que Dario le puso un precio a su cabeza, tal como lo predijo. Lo único que se sumó fue que me pidió que robara el cadáver de Rayzer —le habló a Aurelyus—. Me enviaste el mensaje cuando aún estabas en la Ciudad de los Héroes —bufó.

Resta recordó que el cuerpo del elegido por Volcano estaba en una de las cajas que viajó con ellos.

—¿Por qué demonios hicieron eso? —les preguntó.

Nero tomó aire y se llevó nuevamente la botella a los labios.

—¿Por qué crees? —preguntó antes de volver a beber.

Resta miró a su primo. Este parecía disfrutar de la escena.

—Vas a…

—Es tal como Nero dice —aseguró el elegido—. Tuve que fingir, incluso ante ti… No quise engañarte, pero, en parte si desde el comienzo te contaba lo que pensaba hacer, hubieses intentado detenerme y nada bueno hubiese pasado —se puso de pie y fue a buscar una de las botellas. Luego se sentó al lado de Nero, sobre la mesa, entregándole la botella. Este le agradeció con la cabeza—. Hace un momento te dije también que lo hice porque no confiaba en ti —continuó y entornó los ojos. Resta vio una expresión que antes no había conocido en él—. ¿Puedo confiar en ti, primo?

—Por supuesto que puedes confiar en él —intervino Nero, con la nariz roja por el alcohol—. No es estúpido.

—Quiero que me lo diga él —aseveró Aurelyus mientras le daba unos golpecitos a Muerte con la punta de los dedos—. ¿Qué dices?

Resta mantuvo la calma. Ciertamente ya no era el chico cobarde que conoció o tal vez nunca lo fue. Tal vez a quien tenía ante él era el verdadero Aurelyus Myrdynn.

Recordó las palabras que le dijo Sonya, la madre de Aurelyus: *Aurelyus es más de lo que puedas imaginar. Más que su padre, más que cualquier otro elegido*.

—¿Confiar en mí? —bufó—. ¿Puedo yo confiar en ti? No vas solo por tu padre. Vas por la reina. Vas en contra de los Blondegold ¿Me puedes decir que harás con su hija, la elegida por Evangeline? —se puso de pie—. Es más, ¿qué harás con el resto de elegidos? Dudo que se queden de brazos cruzados. Eso sin mencionar a los gigantes —señaló hacia las afueras de la tienda—. Cuando esas criaturas crucen el mar poco importará si tomas el reino.

—Me ocupare tanto de los otros elegidos como de los gigantes llegado su momento —respondió Aurelyus.

—No puedes ser tan engreído —le increpó Resta—. No podrás luchar contra todos a la vez. Esta guerra que intentas comenzar terminara por destruirte.

Hubo un silencio incómodo que Nero Colys se encargó de desvanecer con una fuerte

carcajada.

—Sí que eres directo, Resta Myrdynn. Pero demuestra inteligencia tener dudas. ¿No lo crees Aurelyus?

Aurelyus relajó la expresión.

—Primo, gracias por tus consejos, pero sé lo que hago —saltó de la mesa y se recostó en la cama que estaba en un rincón—. Señores, me siento cansado. Si no les molesta me gustaría dormir.

Nero tomó otra de las botellas y se dispuso a dejar la tienda. Resta se quedó mirando a Aurelyus hasta que Nero le tomó del hombro indicándole, sin palabras, que salieran. Una vez afuera le entregó la botella.

—Tienes que relajarte —le dijo.

Resta miró hacia la tienda y bebió un sorbo

—¿Qué ganas tú de todo esto? —preguntó devolviéndole la botella.

Nero estiró los brazos, como si fuera a abrazar algo en el aire.

—Ver el mundo arder…

Dejó al señor de Arena Negra dirigirse a la tienda que sus hombres prepararon para él y se preguntó dónde se encontrarían el resto de sus tropas. Aurelyus necesitaba a los Marqe por la increíble arma que habían descubierto, pero… ¿para qué necesitaba a Nero Colys?

«¿Para robar el cuerpo de Rayzer?».

Si esa fue su misión entonces ya estaba hecha. No, era justo pensar que presentaría su ejército, seguramente pronto se uniría al resto de guerreros. En sí, al pensarlo, Aurelyus no contaba con un ejército propio, al menos no el que le corresponde como hijo del Señor de Las Puertas de Elkes.

«Y, ¿cuál es mi participación? ¿Para qué me necesita? Si lo hubiese querido me hubiese matado».

Uno de los guerreros le indicó que prepararon una tienda para él. En la tienda esperaba una mujer Marqe, alta y de rostro hermoso. Las mujeres Marqe no se cubrían el cuerpo con polvo blanco sino con polvo gris como señal de que eran menos que los varones. Resta le pidió que se marchara porque no estaba de humor. La mujer se retiró sin decir palabra alguna, sumisa como era costumbre entre su gente. Y eso se debía a que las mujeres Marqe, a diferencia de otras mujeres en el continente, era la clase más baja, prohibida de participar en batallas, dedicadas íntegramente a servir a los hombres.

Se recostó en la cama y dejó el tiempo pasar, entre pensamientos, reflexiones, contemplaciones y tantas preguntas.

Despertó sin saber cuánto tiempo había pasado cuando un guerrero vino a avisarle que le requerían en la tienda de Perter. Al parecer, tal como se había previsto, el informante estaba de retorno con el sol comenzando a ocultarse en el horizonte rocoso. En la tienda estaba Aurelyus, Nero y los principales capitanes de Perter. El informante era un chico de la edad de Aurelyus. Estaba en posición firme, con la lanza en mano y la cabeza en alto. Una vez Resta se acomodó entre los presentes, Perter ordenó que hablase.

—Mi señor —dijo el muchacho—, la elegida por Evangeline se encuentra en Misericordia como parte de su viaje hacia el arma. El elegido por Bravo partió de Sísmico hace tres días en busca de su arma. El elegido por Kraster no ha regresado a Solarena; fue por su arma, pero no se sabe nada más de él.

—¿Algo más? —le preguntó Perter.

—Sí, señor. Se sabe que los Dedicados partieron para el Paso —el muchacho miró a Aurelyus

—. Se sabe también que varios elegidos fueron atacados por bolas de fuego.

—Damballas —comentó Aurelyus y los presentes se le quedaron mirando—. Esas bolas de fuego eran bestias mágicas. Estaba en el Puente de los Cuervos cuando vinieron por mí. No eran muy inteligentes. Cayeron al vacio.

Resta recordó que el Puente de los Cuervos era un puente de roca que se encontraba en la frontera de Las Puertas y Desiertos. Unía un acantilado tan profundo que el fondo estaba sumido en una perpetua oscuridad.

—Bien, puedes retirarte —le dijo Perter.

Nero estiró los brazos.

—Bueno, ¿qué haremos? —preguntó abiertamente.

Aurelyus miró al señor de los Marqe.

—Mi señor, asigne a las tropas necesarias, acompañados por Incendiarios y tomen Solarena.

Resta contuvo la respiración.

—Esperaba que dijeras eso —respondió Perter con satisfacción—. Pyrer, estarás al mando del ataque. Encargate de lo necesario.

—Sí, señor —respondió este con firmeza.

—Aunque me gustaría ir para ver caer Solarena, prefiero participar en la caída de Dario —agregó el señor de los Marqe.

—Sin el estúpido de Temple en la ciudad es la vieja quien está al mando —comentó Nero—. Aun así, podría aparecer con su arma —el señor de Arena Negra se frotó la barbilla—. El veneno que liberan esos guantes es de cuidado. Al menos es lo que dicen los sacerdotes.

Aurelyus se dirigió a Pyrer.

—Si el elegido por Kraster llega a aparecer, ¿podrán con él?

Pyrer le regaló una sonrisa llena de confianza.

—El polvo-fuego puede con todo.

—Bien, pero si es posible, tráiganme el arma.

El primer capitán de los Marqe, y nombrado Incendiario, asintió.

—Entonces, el resto vamos por Dario —comentó Nero.

—Mi señor, quiero encargarle una misión especial —comentó Aurelyus.

Nero pareció extrañarse.

—Quedamos en que mataría personalmente a tu padre —aseveró.

—Lo sé, pero en lugar de Dario, ¿no le gustaría una presa mayor?

El señor de Arena Negra dibujó una enorme sonrisa.

—Te escucho.

Aurelyus levantó la mano, extendiendo los dedos y los cerró en puño.

—La reina…

Resta notó como Nero Colys se colmaba de dicha.

—Me gusta ese plan —aseguró.

—Lo imagine —continuó el muchacho—. Por favor, regresa a Arena Negra y dirige tu flota a la Ciudad de los Héroes.

—No será necesario —acotó Nero—. Ordené a mis hombres que navegaran al norte. Me esperan en Los Laberintio. Imaginé que después atacaríamos Valle Sagrado —Aurelyus pareció sorprenderse—. No eres el único que piensa —agregó.

—¿Cuántos barcos tienes? —le preguntó Perter.

—Los suficiente como para que esa vieja se orine encima —respondió el Señor de Arena Negra.

—Mi señor —le dijo Aurelys a Perter—, designe a un grupo de Incendiarios para que lo acompañen.

Perter miró a Mancher.

—Ya oíste.

El segundo capitán de los Marqe dio un paso adelante.

—Organizare a mis hombres —respondió.

—Espero que no se mareen —bromeó el señor de Arena Negra—. Sera un largo viaje.

—Para entonces deberiamos estar deberíamos estar en la frontera con Valle Sagrado —comentó Aurelyus.

—Espera —intervino Resta—. ¿Piensas atacar La Ciudad de los Héroes y Valle Sagrado?

Todo sonaba tan surreal que le fue difícil asimilarlo.

—Tendremos mucha diversión —rio Nero.

—Acabaremos con los que se nos pongan delante —aseveró Perter—. Ten confianza, Resta.

Pero para Resta no era tan sencillo como decirlo. Estaban hablando, con una frescura envidiable, de ir en contra de la familia Blondegold.

Aurelyus palpó a Muerte.

—Estoy seguro que tendremos la fuerza —dijo—. Sobre eso… —miró a Nero.

El señor de Arena Negra señaló a Perter.

—Mis hombres se encargarán de llevar el cuerpo —aseguró el señor de los Marqe.

—Bien —Aurelyus sonrió—. Mis señores, agradezco su participación en esta reunión. Partiremos por la mañana.

—Dale mis saludos a tu padre —ironizó Nero Colys y estiró los brazos sobre la cabeza—. Que arda.

*

Faltaba poco para el amanecer cuando los Marqe terminaron de reunir a los capitanes de Dario que habían sobrevivido. Resta reconoció el rostro de algunos, aunque nunca les habló directamente, y estaba seguro que ellos lo reconocieron como, sobradamente, reconocieron a Aurelys. Éste caminó delante de ellos, con la cabeza decapitada de su padre sujeta por los cabellos. La expresión del que fuera el Señor de Las Puertas de Elkes era de terror, con la boca torcida y los ojos en blanco. Aurelyus arrojó la cabeza a una pila ardiente de lo que fuera uno de los puestos de vigilancia a las afueras del castillo. Miró a aquellos hombres y estiró los brazos.

—La cosa es simple —dijo—, están conmigo o en mi contra —sostuvo su espada y trazó una línea en el suelo—. Los que quieran servirme pónganse de este lado de la línea, los que no saluden a mi padre de mi parte.

Sobrevivieron cuatro capitanes de los seis que comandaban las tropas de la ciudad. Tres de ellos, los más jóvenes, decidieron cruzar la línea. Deo Ryr, viejo capitán contemporáneo de Dario, no se movió.

—Esta no era la manera de tomar el poder —dijo, orgulloso como era—. Puedes pensar lo que quieras de tu padre, pero mantenía a estos salvajes en su lugar por una razón. No son hombres civilizados.

—¿Salvajes? —gruño Perter.

Aurelyus levantó la mano, buscando tranquilizarlo.

—Mi señor —le dijo al viejo capitán—, hace bien en quedarse de ese lado. Lo que se viene es una nueva era donde alguien como usted no tendrá lugar. Pero reconozco su valor. Le dejare

elegir cómo morir.

Deo Ryr le miró con despreció.

—¡No necesito de tu piedad! —bramó—. No viviré para verlo, pero te aseguro que morirás sufriendo, porque lo que hiciste no quedara impune. Así que solo mátame, maldito traidor.

Aurelyus se concentró en esos ojos, llenos de ira.

—Si tan solo no fuera tan estúpido —comentó con resignación.

Miró a Perter y se hizo a un lado. En cuanto el Señor de los Marqe dio un paso, sus hombres tomaron al viejo capitán de los brazos y uno de ellos le dio un puñetazo en el estómago obligándole a arrodillarse.

—Nos llamaste salvajes —le dijo Perter entrecerrando los ojos.

—¡Es lo que son! —exclamó el viejo capitán, arrodillado.

Perter lo tomó del cabello y levantó su rostro.

—Mi gente ha existido por siglos —replicó—. Desde la época en que había hombres en Primigenia y los primeros gigantes aparecieron en la tierra. Hemos luchado contra dragones, contra leones de tres cabezas, contra serpientes de los abismos… contra demonios inmortales y hemos sobrevivido. Triunfado sobre la muerte bajo la bendición del gran Elkes —tomó su lanza con ambas manos—. ¡Te atreves a insultarnos!

Clavó la lanza en su cuello. El viejo capitán torció la boca y gimió lastimero, mientras la sangra brotaba de la herida. Perter sacó la lanza. El viejo capitán puso los ojos en blanco y cayó de espaldas.

—Les aseguro que esto no les pasara a ustedes —les dijo Aurelyus al resto de capitanes—. Siempre y cuando me juren lealtad y respeten a estos honorables guerreros.

Los hombres se miraron entre sí. No tardó uno en inclinarse, a lo que le siguieron los otros.

—Yo, Maryus Vederr pongo mi espada a su disposición. Aurelyus Myrdynn, Señor de Las Puertas de Elkes y elegido por Mondo.

Los otros dos hicieron el mismo juramento.

—Párense —les dijo Aurelyus y los hombres se pusieron de pie—. Fue una sabia decisión, los felicito —señaló hacia Perter—. Él es el Señor de los Marqe, estarán bajo su mando. Lo que les ordene será como si yo lo ordenara. ¿Comprendido?

—Sí, mi señor —respondieron al unísono.

—Bien —se volvió hacia Resta—. Ahora debemos partir.

—¿Partir? —preguntó.

—Yo me encargaré de todo —intervino Perter.

—Se lo agradezco, mi señor.

—Espera —intervino Resta—, ¿partir a dónde?

—Que se haga la voluntad de Elkes —se despidió Perter.

—Que se haga la voluntad de Elkes —se despidió Aurelyus.

Resta caminó a su lado.

—Oye, tienes que informarme, coordinar conmigo, no sorprenderme porque se te antoje —le dijo dejándole ver su enojo—. No soy tu maldito perro.

—Disculpa, Resta —le respondió Aurelyus mostrándose calmo—. Hubo un cambio de planes. Pensaba pedirte que comandes las tropas, pero se me informó que hace poco la Barrera Azul abrió.

—Maldita sea —murmuró Resta y le detuvo para poder hablarle mirándole a los ojos. Necesitaba mirarlo a los ojos—. Aurelyus, los gigantes van a cruzar. Ya tomaste la ciudad, ahora debes protegerla de lo que se viene.

Aurelyus no cambio su calma expresión.

—Es cierto, la Barrera abrió antes de lo esperado, por eso te necesito —colocó ambas manos en sus hombros—. Primo, ¿puedes apoyarme?

«Maldita sea».

—¿Qué es lo que quieres que haga? —se obligó Resta, a preguntar.

—Llevaremos a Rayzer al lugar donde se encuentra su arma —le respondió el elegido por Mondo.

*

Al amanecer, Nero se preparaba para partir. Resta se acercó a él cuando este terminaba de colocar las provisiones en la montura del caballo.

—Te vas —dijo.

—Me voy —le respondió el Señor de Arena Negra, arqueando una ceja—. La pregunta es, ¿qué harás tú?

Resta miró hacia la tienda del elegido por Mondo.

—Aurelyus es completamente diferente a lo que conocí —comentó—. Es como si fuera otra persona… Cuando lo eligieron temí por él. Cuando escuché que huyó de alguna forma sabía que eso ocurriría. Pero ahora resulta que todo es mentira. La verdad, no sé qué pensar. A lo mejor quiero permanecer a su lado para ver si es cierto. Si Aurelyus es tal como ahora es.

—Te complicas demasiado, mi buen amigo —le respondió Nero con su característica sonrisa —. Aurelyus es lo que es. Solo eso.

Resta se fijó que nadie estuviera cerca.

—¿Por qué lo sigues? —le preguntó concentrándose en sus ojos—. La verdad.

El señor de Arena Negra se frotó la barbilla.

—La verdad, por los Marqe. Cuando vino a mí lo hubiese tratado de loco y le hubiese matado solo por el placer de matar al hijo de Dario. Pero me dijo que había conseguido aliarse con ellos, que pondrían su fuerza a su disposición… No, no estaba loco, ningún loco diría eso. Luego comprobé que sí, se reunió con Perter. Se reunió con Perter y no solo sobrevivió, sino que además consiguió un poderoso aliado… Podría ser cierto, podría ser que lo consiga. Me hubiese arrepentido si no participaba. Y agrega al elegido por Volcano.

—Rayzer —murmuró Resta—. Ha pasado tanto tiempo que de nada servirá.

—Al contrario —Nero se palpó la frente con el dedo índice—. Te lo digo, ese chico es un genio.

*

Les tomó casi dos semanas atravesar la montaña Ceniza y alcanzar los Bosques Diurnos y aún estaban a mitad de camino. Lo importante era mantenerse alejado de las rutas principales, más cuando pobladores de las aldeas cercanas aceleraban su migración al este, ya sea escondiéndose en alguna cueva de Las Puertas o yendo más lejos para refugiarse en los bosques cercanos a La Ciudad de los Héroes. Y estaban en lo cierto. La Barrera Azul estaba abierta y los gigantes debían estar en camino o ya cruzaron y comenzaron la destrucción.

El ataúd iba en una carreta, cubierto por unos trapos hediondos junto a un par de gallinas. Los acompañaban cuatro guerreros Marqe, todos vestidos con ropas de campesinos y el rostro lavado del polvo blanco, para evitar llamar la atención. Aurelyus parecía un chico cualquiera, hijo de

algún panadero o el que limpia la mierda de los caballos en los establos. Aurelyus quería mantenerse lejos de cualquier ciudad. Era comprensible, según sus intenciones, pero Resta necesitaba información. Los pobladores con los que se animaba a hablar le decían lo mismo, que los gigantes ya vienen, pero que aún no han cruzado el mar del Paso. Era diferente a ir a una ciudad, donde los mensajes llegaban y se podía enterar mejor en dónde se estaba desarrollando el combate.

—Aurelyus —le dijo—, acampemos aquí. Necesitamos vigilar los alrededores.

Aurelyus bajó del caballo. Era un lamentable animal, al igual que el resto. Un caballo bien alimentado y fuerte llamaría más la atención.

—¿Te preocupan los gigantes? —preguntó.

—Por supuesto. No tenemos forma de saber si ya están aquí. Uno podría estar viniendo en dirección a nosotros.

—Resta, si uno estuviera cerca créeme, lo sabríamos.

Era una deducción aceptable. Tan solo sus pisadas hacían temblar la tierra.

—Aun así…

Aurelyus les pidió a los guerreros que fueran a vigilar los alrededores.

—Está bien —le dijo—. Dime qué es lo que realmente te preocupa.

Resta señaló la carreta.

—Eso —respondió—, eso me preocupa. Arrastramos el cuerpo de Rayzer —se subió a la carreta y destapó el ataúd—. Míralo.

Y, aunque se lo dijo a él, recién contempló el cuerpo del elegido por Volcano. Lo había visto hace dos años. Era alto como una montaña, con grandes brazos capaces de quebrar los huesos de un hombre con facilidad. Lo que estaba dentro no se le parecía en nada. Su cuerpo estaba “seco”, con los huesos marcándosele en la piel en un deplorable azul oscuro además de una enorme cicatriz en el cuello. Le habían cubierto con *sal para el viaje* para preservarlo, pero, aunque evitó que los gusanos se lo comieran, no evitó convertirlo en otra cosa.

Aurelyus se arrimó a la caja y le miró de reojo.

—¿Te preocupa que no pueda hacerlo o que no sirva de nada? —le preguntó.

Resta se bajó de la carreta.

—Ambas, Aurelyus, ambas… Mira, tienes a los Marqe de tu lado, tomaste Piedra Negra, incluso conseguiste que Nero fuera tu aliado… Te seguí porque quería entender quién eres, porque no lo sé —le miró fijamente—. Luché por ti y seguiría luchando por ti, pero necesito saber por qué lo hago.

Aurelyus pareció pensarlo, concentrando sus ojos en él.

—Entiendo lo que dices —respondió—. Tendrás tus respuestas, pero necesito que me antes ayudes.

Resta entornó los ojos.

—¿Exactamente qué es lo que quieres que haga?

El muchacho tomó aire.

—Acamparemos aquí, como sugeriste. Te lo enseñaré por la noche. Será mejor durante la noche.

Se dispuso en ir por los hombres.

—¿Qué será mejor? —le preguntó.

—Ya lo verás —respondió Aurelyus, sin detenerse.

Cuando oscureció, los Marqe colocaron el cadáver de Rayzer sobre un conjunto de piedras. Parecían ansiosos y al mismo tiempo concentrados en lo que estaba por suceder. Lo mismo

pasaba con Resta. Aurelyus se sentó dándole la espalda al cadáver con Muerte en la cintura. Tenía los ojos fijos a las sombras de los árboles, como si realmente no estuviera viendo. Un rato después, se levantó y se volvió hacia Rayzer.

Para Resta era difícil comprender que estaba sucediendo. Aurelyus extendió los brazos y los relieves de oro de Muerte comenzaron a brillar.

Notó el rubí. Pareció encenderse con la luz del fuego y que a la vez pareció volverse translucido mientras las llamas de la fogata cobraron una mayor y extraña intensidad. De pronto los ojos de Aurelyus se pusieron en blanco y fue como si algo le hubiese golpeado en el estómago.

Aurelyus bajó la cabeza, tosió un poco y caminó tambaleante hasta apoyarse contra un árbol.

—Está hecho —alcanzó a decir.

—¿Qué está hecho? —le preguntó Resta.

Y escuchó a los Marqe decir algo en su antigua lengua y no necesito entender que decían para comprender porque lucían tan consternados. Rayzer estaba sentado sobre la roca. Sus ojos eran como dos huevos blancos, tan brillanteas como contaban las historias sobre demonios.

Se levantó con torpeza, miró a su alrededor y pareció balbucear algo. Gruñidos más que palabras.

—Está vivo —murmuró Resta.

—Es solo la primera parte —aseveró Aurelyus.

Tomó aire, volvió a extender los brazos y el rubí nuevamente pareció volverse translucido. El fuego de la fogata se elevó aún más alto que antes y todos los sonidos se acallaron. Fue por corto tiempo, pero pareció una vida. Aurelyus se sentó contra la roca, con la cabeza hacia abajo y los relieves de oro de Muerte perdiendo su brillo.

—Listo —le escuchó decir.

Pero la voz no provino de Aurelyus. Los Marqe parecieron soltar una alabanza en ese idioma antiguo del que estaban tan orgullosos. Resta tardó en darse cuenta, pero cuando lo vio, a pesar de verlo, le pareció difícil de creer. Fue Rayzer quien habló.

—Aurelyus —comentó, sin salir de su asombro.

Los ojos de Rayzer tenían un punto negro en medio de esos huevos blancos y, al contrario que hacia un momento, parecían irradiar cierta vida.

—Necesitare que protejas mi cuerpo —continuó. Era la voz de Aurelyus saliendo de la boca de Rayzer.

Resta miró a Aurelyus, que parecía dormir contra la roca.

—¿Protegerlo?

—Protegerme mientras voy por el Hachas de Fuego.

Aura 03

Miró con detenimiento al hombre que la esperaba al lado del camino, alto, delgado, de cabello corto bien peinado y una muy cuidada barba azul. Llevaba ropajes de seda y una sonrisa de confianza en su pálido rostro. Se acercó alerta ante cualquier cosa que fuera a suceder.

—La estaba esperando, lady Zeitum. Mi nombre es Roman Billow.

—Roman —respondió ella y retiró la mano de la empuñadura—. Pensé que nos encontraríamos en la ciudad.

—Sí, ese era el plan, pero la vida se resume básicamente en saber adaptarse y nuestro encuentro no fue la excepción.

Notó a dos hombres, esperando sobre sus monturas al lado de una carreta donde se encontraba una joven que la miraba con curiosidad.

—No fue lo que Andrea me dijo.

—Tampoco me dijo a mí que usted viajaría junto al elegido por Layel. Cuando se supo no fue del agrado de muchos —Roman miró a la joven en la carreta—. En la ciudad esperan la llegada de una pelirroja —la joven se acercó presurosa—. Tendremos que hacer algo al respecto.

*

Robert observó su brazo con asombro. Aura se levantó presurosa y buscó su espada.

—No, espera —dijo el muchacho—. Ya terminó.

—¿Qué sucedió? —preguntó buscando recordar.

—Nos atacaron unas criaturas. Mataron a los hombres que vinieron por ti.

—¿Criaturas? —observó a su alrededor. Estaban en el bosque sin ninguna “criatura” a la vista.

—Wender se encargó de acabar con ellas. Ahora estamos a salvo.

Wender estaba sentado sobre una piedra, afilando su espada. Aura buscó recordar. Le asaltaron imágenes de estar luchando contra esos hombres y luego “algo” cayó del cielo que lo remeció todo.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó.

—Cerca del cruce, no muy lejos de donde nos emboscaron —respondió Robert y prestó atención a su brazo metálico—. ¿Eso es…?

Aura giró el cuerpo para ocultar su brazo.

—No es de tu incumbencia —le increpó.

El chico bajó la cabeza.

—Disculpa, no era mi intención incomodarte —murmuró y tímidamente levantó la cabeza—. Es que es magnífico.

Aura tomó aire.

—Regresaron por mí —comentó.

—Wender hizo todo —respondió Robert con cierta tristeza—. Yo…

Aura se acercó a él.

—Gracias —le dijo. El chico sonrió. Miró a Wender y este asintió—. Quiero ver a esas criaturas.

El lugar estaba cubierto por los cadáveres de esos hombres y de aquellas bestias. Aura contempló con detenimiento a una de ellas. Formidables y atemorizantes, capaces de partir a cualquiera por la mitad como atestiguaban los cadáveres.

«Y se supone que Wender pudo con ellos. Es un hombre para tener cuidado».

—¿Sabes lo que son? —preguntó volviendo hacía Robert.

El chico se acercó.

—Son Damballas —aseguró—. Bestias mágicas.

«¿Damballas?».

No recordó haber escuchado al respecto.

—Sabes mucho.

—Leí sobre ellos. Nacen del estómago del gigante Hegede.

La elegida frunció el ceño.

—Si nacen de un gigante…

—Sí, cruzan el mar en su estómago, pero estos llegaron envueltos en bolas de fuego.

—¿No se supone que para eso está la Barrera Azul?

—Los invocaron.

—¿Los invocaron? —miró al chico como tratando de descifrar si se trataba de una broma. Robert contempló el resto de cadáveres.

—Creo que alguien quiere que los elegidos fallen.

Aura no pudo contener la risa.

—Disculpa, disculpa. Es que… se supone que nadie quiere que los gigantes hagan mierda este mundo.

—Es solo una suposición.

«Muy posible, si lo piensas».

—En ese caso mejor será que nos demos prisa —comentó ella.

—Deberías descansar —respondió el chico, mirando los vendajes en su estómago y piernas. Vendajes que ellos se encargaron de colocarle cuando estuvo inconsciente.

—Estoy bien —aseguró—. Debes saber tanto como yo que los elegidos nos recuperamos rápido.

—Aun así, el cuerpo necesita tiempo —repuso Robert.

—El señor Robert tiene razón —intervino Wender—. Dentro de poco oscurecerá. Pasemos la noche aquí y por la mañana continuamos.

Aura no quiso discutir. Estaba en deuda con ellos, incluso rescataron sus cosas. Se quitó los vendajes para revisar las heridas, estas estaban sanando correctamente, pero no podía ignorar el malestar. Afortunadamente su brazo de acero no mostraba signos de daños. Se cambió las prendas y regresó con ellos sin la necesidad de esconder su brazo bajo una capa. Como la casa estaba hecha cenizas quedó descartada para pasar la noche. Ayudó a encender una fogata y dejó el tiempo pasar. Luego de comer un poco de carne seca se acostó al lado del fuego. Wender se asignó para vigilar las inmediaciones. Aura percibió la curiosa mirada del muchacho.

—Está bien —dijo y se volvió hacia él.

—¿Qué? —preguntó Robert, nervioso.

—No has dejado de ver mi brazo. Te dejaré hacerme una pregunta, solo una pregunta.

El chico entrelazó los dedos.

—¿Cómo lo obtuviste?

El rostro de Mika vino a su mente.

—¿No has leído al respecto nada parecido?

—La verdad no.

—¿Pero parece que tienes algo en mente?

El chico encontró las palabras.

—Leí que los que vivieron en el viejo continente tuvieron un conocimiento muy avanzado. Llegaron a encontrar la forma de regenerar miembros perdidos, pero no hay mucha información al respecto de cómo y de qué se trataba —hizo una pausa en la cual pareció reunir valor—. También tuvieron un avanzado conocimiento sobre la magia.

—Y ahora tienes ante ti a alguien con un brazo de metal que se mueve perfectamente —comentó Aura—. Bien podría tratarse de magia prohibida. ¿Eso es lo que crees?

—No digo que… es solo que nunca vi nada igual. No creo que alguien haya visto nada igual.

Aura se volvió a recostar.

—Respondiendo tu pregunta. Un día desperté y tenía este brazo. No tengo memoria de qué pasó y no puedo explicar de qué se trata. Desperté y tuve que aceptar que una parte de mí era diferente —se miró el brazo—. Al poco tiempo alguien me dijo que esto era un regalo de Naril.

—¿Un regalo de Naril?

—La confirmación de que era su elegida.

—¡Entiendo! —exclamó el chico—. Se trata de magia sagrada. ¡La misma magia con la que fueron forjadas las armas! —Aura dudó que los dioses tuvieran algo que ver. El chico agregó—. Aunque las crónicas dicen que Naril usaba las cadenas envueltas en ambos brazos.

—Sí que has aprendido bastante.

Robert Risco fijó la mirada en el fuego.

—Pero al mismo tiempo aprendí muy poco con la espada y casi nada con el arco. Por eso no fui de ayuda.

—¡Oye! —Aura se volvió hacía él—. Seguramente te habrán dicho esto, pero si Layel te eligió fue por algo.

El chico esbozó una triste sonrisa.

—¿Sabes cómo le dicen? El Arco Irresponsable.

La elegida se encaramó hacía su rostro.

—Pues tú la utilizaras en todo su esplendor. Serás extraordinario.

El rostro de Robert se ruborizó. Tenerla tan cerca le puso nervioso.

—Gracias —dijo el chico.

Aura se sentó a su lado y contempló el fuego.

—¿Qué edad tienes?

—Dentro de poco cumpliré catorce.

—Tal vez seas el elegido más joven en mil años, pero eres muy inteligente. Ten más confianza en ti.

Robert asintió y hubo un momento de silencio.

—Sabes —dijo el chico—, hay algo de lo que he querido hablarte.

—Dime —respondió.

—Es sobre el Señor de Las Cumbres…

*

Aura miró su reflejo en la hoja de la espada; sus cabellos eran ahora de un negro azabache. La joven que se encargó de teñirlos iba a su lado en silencio y con la cabeza baja.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Ursula —respondió por ella Roman Billow quien cabalgaba al lado de la carreta.

—Hiciste un buen trabajo, Ursula —le agradeció.

La joven pareció avergonzarse.

—No puede hablar —aseveró Roman—. Le cortaron la lengua.

—¿Qué?, ¿por qué? —preguntó consternada.

—Fue cosa de Alfonse Rovio. A decir verdad, Ursula era poseedora de una hermosa voz. Cuando cantaba los hombres quedaban rendidos a sus pies. Alfonse ama a su sobrina y asegura que nadie tiene una voz más preciosa que ella. Alguien se atrevió a hablarle de la existencia de Ursula. Torturó hasta la muerte al pobre infeliz que se atrevió a compararlas y a Ursula, bueno…

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—¿Qué puedes decirme de esa familia? —preguntó Aura.

—Los Rovio llevan en el poder más de quinientos años —aseguró Roman—. Se volvieron los señores en una época en que tanto Bosque Dorado como Madre Korana se estaban haciendo con la región. Refer Rovio, el patriarca de la familia, consiguió detener el avance de los vecinos invasores, explotó las minas de oro y plata, fundó el Banco de las Cumbres, se alió con los Blondegold y en menos de cincuenta años sacó a la región de la pobreza y el olvido en que se encontraba. Los que precedieron a Refer fueron buenos gobernantes, en términos generales.

Aura miró a Ursula.

—¿Consideras a Alfonse un buen gobernante? —preguntó con dura voz.

Roman se pasó las manos por los cabellos.

—Es cruel, pero muy astuto. Lleva veinte años a la cabeza y ha conseguido que cada una de las regiones le deban exorbitantes cantidades al Banco de las Cumbres, incluido el reino. Además, cuenta con un formidable ejército —entrecerró los ojos y sonrió—, que no estaba al servicio de ninguna elegida… hasta ahora.

«Aun así, para bien o para mal, esta es la tierra entregada a Naril».

Llegaron a las puertas de la ciudad. Al igual que otras ciudades importantes, Camilia estaba rodeada por altos muros de piedra. Las puertas de hierro eran de unos treinta metros de alto que requerían de un mecanismo para abrirlas y que estaban custodiada por una veintena guardias. Y, como Roman le comentó, vigilaban expectantes ante cualquier pelirroja que intentara entrar.

—Buenas tardes, buenos soldados —saludó Roman.

—Señor Billow —saludó uno de los hombres. Apenas le prestó atención a Ursula y miró con atención a Aura—. ¿Nueva chica?

—Sí, la encontré en el camino, le ofrecí trabajo y aceptó gustosa.

Uno de los soldados se acercó a Aura, enseñándole una sonrisa lasciva y grotesca.

—Carne nueva —se relamió los labios—. ¿Cómo te llamas?

Aura escupió a un lado.

—¿Cómo se llama tu madre?

El resto de hombres rieron abiertamente.

—Señores, señores, tienen que disculparla —rio Roman—. Le falta aprender modales.

—Yo le enseñare modales —insinuó el hombre—. Dentro de poco iré a buscarte, cariño —se acercó para susurrarle—. Te meteré mi verga hasta el estomago.

Aura observó su rostro como asegurándose de recordar cada detalle.

—Ya está bueno —dijo el soldado que parecía estar a cargo—. Sigan.

De inmediato se sumaron al barullo de las calles, a los carruajes que iban de un lado a otro y a los comerciantes que ofrecían especias a los transeúntes. Las construcciones eran de piedra y madera, con edificios de dos y tres plantas adornando cada lado. Roman le comentó que esa era

la parte comercial de la ciudad y donde vivía la gente común.

—Los señores viven a orillas del lago Estrella. Hermosos paisajes y la más rica. Es la mejor zona para vivir.

Llegaron hasta un edificio de cuatro pisos al final de una calle cerrada.

—Este es mi hogar —dijo Roman.

—Entonces, no vives en la mejor zona —aseveró Aura.

Roman sonrió.

—Soy un hombre de pueblo.

Varias mujeres salieron a recibirlo, sonrientes y pícaras. No era para menos, Roman Billow era dueño de un burdel que, por lo que pudo observar, era un negocio que le rendía ciertos frutos. Aura subió, ante la mirada curiosa de las mujeres, hasta el cuarto piso. Ursula le acompañó hasta la habitación. Al observarla con cuidado se percató que era una joven muy bella, tenía unos bonitos ojos verdes que escondía detrás de unos cabellos rubios mal cuidados y un rostro fino al que no se prestaba atención por la suciedad en las mejillas.

—Eres muy bonita —le dijo.

La joven pareció asustarse. Hizo una torpe reverencia y se retiró. Roman entró a la habitación y cerró la puerta.

—Imagino que quieres discutir el cómo proceder.

A pesar de que Andrea Ele le dijo que Roman Billow le ayudaría a llegar a las cadenas, no terminaba de confiar en él, pero sabía que era su única oportunidad.

—Dime —le espetó.

Roman jaló una silla y se sentó cerca de ella.

—El castillo de los Rovio se encuentra en una isla cercana a la orilla del lago. Detrás del castillo hay un pequeño bosque y en medio de ese bosque está el templo donde se encuentran las cadenas.

—Eso ya lo sabía.

—Imagino que sí, Andrea debió contarte. Seguramente también te contó que la isla es fuertemente vigilada por guardias armados. Y está de más decir que Alfonse Rovio no tiene interés alguno en reconocer y menos apoyar a ninguna elegida por Naril.

—¿Cómo llego a las cadenas?

Roman colocó un tazón de barro en la mesita que estaba al lado de la ventana. Señaló el lado izquierdo del tazón.

—Por la zona posterior de la isla desemboca un riachuelo. Guardias se ubican en sus orillas, pero no tienen una buena visión durante la noche. Si puedes seguir su curso llegaras cerca del templo. Aunque es seguro que en el templo te encuentres con más guardias.

—Podre con ellos. ¿Conseguiste una embarcación?

—Sí, está cubierto.

Aura miró por la ventana. El sol se ocultaría en poco tiempo.

—Entonces, será esta noche.

Roman entrelazó los dedos.

—De eso quería hablarle. Ahora mismo Alfonse dedica ceremonias en la isla, por los aniversarios de la muerte de su padre. Lo mejor será esperar hasta que terminen.

Aura se volvió a verle.

—¿Cuánto tiempo?

El hombre de la barba azul se frotó la nariz.

—Un mes, más o menos.

—¿Qué? —Aura no esperaba aquello—. ¿Qué haré mientras tanto?

—Puede servir en mi negocio —dijo Roman y de inmediato aclaró—. Me refiero a encargarse de la limpieza. Sería para las apariencias y veré que esté aislada del resto del personal. Ursula volverá a teñirle los cabellos.

A Aura no le agradó para nada la idea, pero comprendía que intentar ir por el arma cuando en la isla había tanto movimiento no sería productivo. Terminó por ceder a regañadientes. El hombre lució complacido.

—Necesito saber —le dijo Aura—. ¿Por qué me ayudas?

Roman se frotó la barba azul.

—Le debía un favor a Andrea —respondió—. Sí, sé que no lo parezco, pero soy un hombre de honor —se puso de pie—. Bueno, será mejor que la deje descansar.

Cuando se fue, Aura se tomó el brazo. Todo el tiempo le estuvo punzando.

*

—Oye, Mika, ¿qué hacemos aquí? —le preguntó a su maestro.

Se encontraban en la estepa de Amanecer lejos de poblado alguno. Era una zona donde reinaban los caballos salvajes y donde el ganado podía pastar hasta el fin de los tiempos. En ese lugar llevaba cabalgando por varios días.

—Ya lo verás —respondió.

Aura tuvo que soportar la curiosidad. Llevaba tanto tiempo con él que de cierta manera se acostumbró a su forma de ser. Continuó cabalgando a su lado hasta que vio a la distancia una cabaña al lado de un riachuelo.

—¿Dónde estamos? —tuvo que preguntar.

Mika se bajó del caballo.

—En la casa del herrero —dijo sin más.

Un anciano salió a recibirlos. Llevaba una sucia túnica roja que le cubría todo el cuerpo dejando solamente descubierto su cabeza calva que brillaba con el sol.

—Mika —carraspeó—. Debí saber que vendrías.

—Maestro Irek —saludó Mika en reverencia.

«¿Maestro?»

—¿Quién es ella? —preguntó el anciano.

Mika le indicó con la mano que se acercara.

—Su nombre es Aura, la he tomado como mi aprendiz.

El anciano la miró de pies a cabeza y frunció el ceño.

—Pero si esta niña no tiene músculos. Cómo se supone que pueda luchar.

Aura se sintió ofendida.

—Anciano, podría vencer a cualquiera que se me ponga delante.

El anciano dejó escapar una risilla.

—Al menos no te quedas callada.

Mika bajó la cabeza.

—Discúlpela, maestro.

Para Aura fue la primera vez que veía a su maestro tan sumiso.

«¿Quién mierda es este anciano?»

—No te preocupes —carraspeó el anciano—. Si la has tomado como pupila algo bueno debiste verle.

—Este vie… —intentó replicar Aura, pero Mika le detuvo con un gesto con la mano y seria expresión.

—Por eso estamos aquí —dijo su maestro.

El anciano concentró sus ojos negros en él. Palmó su hombro y se paró delante de ella.

—El techo de mi casa necesita arreglos —comentó.

—¿Qué? —se sorprendió Aura.

—Lo que escuchaste, muchacha —se dio vuelta y caminó hacia la casa. Mika asintió.

Y así, como si nada, se le fue asignada una serie de tareas. Comenzó cambiando algunas tejas del techo, luego arregló los establos, apiló piedras de la cerca del ganado y acarreó agua del riachuelo. Fueron días y días en que no hizo más que trabajar en tareas cotidianas.

—Mika, hasta cuando voy a…

Pero su maestro no admitía quejas. Le daba una mirada y ella tenía que morderse la lengua.

Y, al igual que noches anteriores, su cuerpo terminó adolorido. Se acostó en la cama de paja y miró con atención la fragua del anciano.

Resultaba que Irek era herrero o al menos lo fue. Parecía que dejó de utilizarla hace varios años.

—Anciano. ¿por qué dejaste de trabajar?

—¿Qué dices, niña?

Mika, que estaba de pie en el umbral de la puerta, la miró de reojo.

—Eras un herrero, ¿verdad? —comentó ella—. ¿Por qué lo dejaste? Aún eres fuerte. ¿Dejaste de tener clientes?

—Clientes —el anciano soltó un bufido—. Me confundes. Nunca fui un herrero que trabajara haciendo armas para los hombres. He dedicado mi vida a otro servicio.

—¿Qué servicio? —preguntó Aura recostándose sobre su brazo.

El anciano miró hacia el techo.

—Qué servicio será...

Aura hizo un puchero.

—Vamos viejo…

—Aura, será mejor que descanses —intervino Mika.

Más tarde esa noche, Aura se levantó de la cama, salió de la casa y encontró una hermosa luna llena en el cielo. La luna iluminaba la estepa de forma conmovedora y sintió un fuerte deseo de practicar con la espada. Estuvo practicando diferentes movimientos durante un rato, estocadas, tajos, barridos y giros. Cada movimiento la hacía sentir viva, como si nada importase en ese momento más que ella. Se limpió el sudor con una expresión de satisfacción en el rostro.

—Tus movimientos son interesantes —comentó Irek que la observaba a unos metros—, pero aún te falta.

—¿Dices que no es suficiente?

El anciano tenía la varilla de hierro que usaba para atizar el fuego y se acercó a ella.

—Intenta atacarme —solicitó como si no fuera gran cosa.

—Si te hago daño Mika se enfadará conmigo —rio Aura.

—Me encargaré de explicarle —recalcó Irek.

Dirigió la punta de la varilla en su dirección, con una mano atrás, en una elegante pose cargada a su vez de confianza, como si la estuviera subestimando.

—Como prefieras —aceptó—, pero luego no te quejes.

Aura tomó aire y lanzó un ataque, midiendo su fuerza. El anciano la esquivó sin dificultades y colocó la varilla en su cuello.

—Muerta.

Decidió ponerse seria, atacó con una estocada a la que le siguió un giro que fue esquivado por el anciano con ágil movimiento. Se colocó a sus espaldas y sintió la varilla posarse en sus costillas.

—Muerta.

Y fue lo mismo con el siguiente ataque y el siguiente a ese.

—Muerta. Muerta. Muerta…

Jadeante tuvo que aceptar que el anciano era muy superior a ella, más cuando ni siquiera parecía alterarse un mínimo.

—¿Te cansaste de morir? —se burló el anciano.

—Una vez más, viejo.

Trató de tranquilizarse. Alguien como él, con una buena defensa, piernas rápidas y cuerpo ágil no caería con un ataque básico o trucos infantiles. Pensó en cómo podría inclinar la balanza a su favor y recordó lo que alguna vez Mika le dijo: “en una pelea, además de tus habilidades, tienes que considerar todas las variables”.

Apuntó la espada en su dirección y se abalanzó contra él. El anciano esquivó el ataque con suma facilidad y buscó darle un golpe con la varilla, pero se vio sorprendido al notar que Aura contuvo el golpe con el antebrazo. Colocó el filo de la espada en su cuello y dijo.

—Muerto.

Irek entrecerró los ojos.

—Si esta fuera una espada hubieses perdido ese brazo —aseguró él.

—Pero tú hubieses muerto —aseguró ella.

El anciano sonrió.

—¡Mika! —exclamó mirando hacia la casa. Mika salió de entre las sombras—. Tu alumna es una chica interesante.

Por la mañana el anciano le encargó que llevara a pastar al ganado. Le tomó todo el día ir y regresar y cuando regresó notó que un denso humo salía de la chimenea.

Al entrar vio que el anciano sostenía una espada, con las pinzas, calentándola al fuego.

—Te dieron ganas de trabajar, eh viejo —comentó.

—Aura —dijo Mika con solemnidad.

Se paró ante su maestro y contempló su serio rostro. Algo estaba por suceder, algo que supo, estuvo esperando.

—Muchacha —dijo el anciano sin retirar los ojos de la espada al fuego—, si hubiera una posibilidad de cambiar las reglas, inclinar la balanza a tu favor, volverte alguien diferente con una fuerza diferente, pero que aun así todo pudiera salir completamente mal, ¿la tomarías?

Aura se volvió hacia él y apretó los puños.

—Lo haría.

Irek dibujó una media sonrisa, se puso un grueso guante de cuero y tomó la espada cuya hoja estaba al rojo vivo. Aura contuvo el aliento.

—Estira tu brazo izquierdo...

*

Y por fin, cuando el sol se ocultó ese día, la noche en que iria por el arma llegó.

Aura tomó la embarcación que Roman consiguió y se destinó a las aguas del lago. A lo lejos vislumbró la luz de las antorchas en las costas de la isla. Continuó remando bajo el abrigo de la

noche, evitando hacer el mayor ruido posible. Remó hasta la desembocadura del riachuelo alerta de que los guardias no vayan a verle.

Era de madrugada, aunque los guardias estaban entrenados no dejaban de ser hombres y, por ende, descuidados. Roman refirió que desde esos puestos de vigilancia tenían un punto ciego que se asentaba durante la noche. Llevó el bote hasta la desembocadura del riachuelo, lo escondió entre unas ramas caídas y se dispuso a seguir su curso arrastrándose sobre las piedras y fango.

Cuando se supo segura se adentró en el bosque. Escondiéndose entre los árboles alcanzó a ver las antorchas de los guardias que custodiaban las afueras del templo. No quería matarlos, en lugar de eso deseaba evitar cualquier muerte innecesaria. Sigilosa, se acercó a un guardia y le dio un golpe en la nuca para que perdiera el conocimiento. Esperó que el siguiente le diera la espalda para hacer lo mismo con él y se apresuró a la entrada del templo.

Como todo estaba a oscuras, tuvo que guiarse apoyando la mano sobre la pared. La piedra era fría y áspera, con surcos rectos y muy marcados. Supo que estaba en un pasillo y continuó caminando, en completa oscuridad, hasta que se topó con el final de la pared y la unión con otra en perpendicular. Al seguir palpando, se topó con una saliente de roca que alcanzaba en su mano e iba hacia arriba y abajo. Luego de ello madera. Dedujo que se trataba de una puerta.

Tanteó sus dimensiones, no era más grande que una puerta común. aplicó algo de fuerza y la empujó. Al abrirse no emitió sonido alguno, como si los mecanismos hubiesen sido colocados el día anterior. Encontró un salón iluminado por la luz de la luna llena y por cientos de estrellas.

«¿Cómo?».

El éxito en su incursión fue, precisamente, porque esa noche no había luna y densas nubes cubrían el cielo ocultando las estrellas. Pero dentro de ese salón y a través de un techo de cristal, podía ver la luna inmensa encima del templo. La luna se reflejaba en el agua que cubría los suelos en una suerte de pequeña laguna. Y al fondo estaba una piedra más grande que cualquier hombre que haya conocido y envolviéndola estaba el arma de Naril.

«Las Cadenas del Juicio».

Se sumergió hasta los muslos y lentamente se dirigió al altar donde se encontraba la piedra. Subió los escalones y contempló las cadenas. Eran tal como esperaba que fueran, los eslabones eran de acero antiguo, ambas cadenas terminaban en diamantes blancos circulares en un extremo y en el otro en rombos de puntas muy agudas.

Aura estiró el brazo derecho, pero se detuvo cuando estuvo a punto de colocar la palma de la mano. Se quitó el guante y los vendajes de la mano izquierda y palmó las cadenas.

«Pero qué…»

De inmediato su brazo de acero comenzó a brillar con una luz tan intensa que, en acto reflejo, cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, se encontró en un extenso campo infértil. El cielo estaba colmado de nubes de tormentas y pronto comenzó a notar los cientos de cadáveres a su alrededor. Parecían soldados caídos en batalla, asesinados por una fuerza desconocida.

—¿Cómo es que llegó hasta aquí? —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Al volverse encontró cuatro sombras humeantes. Las sombras estaban levitando sobre la tierra y parecían, aunque sin ojos, prestar atención en su dirección.

—Debe ser obra de las cadenas —aseveró una segunda voz masculina.

—La pobre no debe tener idea —agregó esta vez una voz femenina.

—¿Quiere decir que vivirá hasta el día que nos encontremos? —preguntó la primera voz que escuchó.

—O morirá en el camino —aseguró una nueva voz masculina que completó el cuarteto de voces y sombras—. Al final, nada está escrito.

Aura, todo su cuerpo, todo su ser le gritó que huyera de aquellas sombras, pero fue incapaz de moverse y al poco tiempo se dio cuenta de que no podía hablar, no podía gritar, no podía emitir sonido alguno. Se limitó a contemplarlos, la forma en que flotaban por encima del suelo y el inmenso, y sobrecogedor poder que parecían emitir.

—¡Aura Zeitum! —dijeron su nombre en coro. Aura sintió estremecer—, ¡felicidades, eres la nueva dueña de las cadenas!

Otra vez se vio envuelta por la intensa luz. Cuando abrió los ojos estaba acostada en la pequeña laguna, agitada y aturdida, pero segura de que algo extraordinario acababa de sucederle. Cuando se levantó notó que las Cadenas del Juicio envolvían su brazo de acero.

No estaban unidas al brazo, solo estaban enrolladas, superpuestas, sin unión alguna. Se quedó contemplándolas, tratando de comprender qué le sucedió, por qué las cadenas le mostraron *eso* y qué fueron aquellas sombras. Necesitaba respuestas y solo se le ocurrió un hombre capaz de ayudarle a encontrarlas.

Miró la enorme piedra, ahora sin las cadenas y envuelto en sombras.

—Gracias…

Hizo una reverencia y se dispuso a marcharse. Pero notó algo que brillaba sobre la misma. Se acercó y encontró un eslabón roto. La tomó con la mano derecha para sentir su tacto. El eslabón comenzó a hundirse en su piel, tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar, hasta que desapareció entre las líneas de la palma.

Su mano se sentía la misma, su cuerpo no se sentía diferente, pero fue claro para ella que todo había cambiado. Cerró la puerta del salón y nuevamente se encontró envuelta por las sombras del templo.

Con todo lo que pasó olvidó por un momento que debía encontrar la forma de regresar al bote sin ser descubierta. No deseaba alertar a los guardias y tener que huir o entrar en batalla. No, el plan era salir de la ciudad y continuar su camino. Se asomó a la puerta del templo y notó que los guardias seguían en sus posiciones. Al parecer no notaron a los que dejó inconscientes. Esperó la oportunidad y salió del templo para tomar la ruta por donde llegó.

Pero en cuanto comenzó a correr escuchó una voz que reconoció al instante.

—Aura —era la voz de Roman.

De pronto antorchas fueron encendidas obligándola a detenerse. Aura buscó su espada. Escuchó el silbido de una flecha y sintió un agudo dolor en la parte posterior de la pierna derecha. La flecha le hizo trastabillar y cuando las antorchas se acercaron notó que soldados armados la rodeaban. Aura sacó su espada, pero era tarde. Los soldados se abalanzaron sobre ella. Sintió varios puñetazos y patadas que le hicieron caer. Le arrebataron la espada y la sostuvieron de los brazos y cuello obligándola a arrodillarse.

Y de entre las sombras un hombre emergió, llevaba ropas de seda sobre un cuerpo obeso, su rostro era redondo y pálido como la luna del templo al que sumó una grotesca sonrisa de satisfacción.

—Es un placer conocerla al fin, lady Zeitum —dijo este.

—Tú eres...

—Sí, soy Alfonse Rovio, Señor de Cumbres del Retorno. Le presento mi gratitud por ir por las cadenas. ¡Mis cadenas!

—¿Qué?

Roman se paró a su lado.

—Aura, será mejor que no opongas resistencia —comentó este con suma calma.

—Roman —murmuró y enseguida exclamó con furia—. ¡Maldito perro! ¡Me traicionaste!

—Roman hizo lo que tenía que hacer —intervino Alfonse Rovio—. Fue fiel a su señor y será recompensado como se debe.

—¡Maldito! ¡maldito traidor!

—Aura —se acercó a ella—. Colabora y haz lo que nuestro señor pide.

Aura le escupió en el rostro.

—¡Juro que me vengare!

Roman sacó un pañuelo de seda y se limpió donde recibió el escupitajo.

—Te lo dije, la vida se resume en saber adaptarse —le susurró y acto seguido regresó a las sombras, por detrás de su señor.

Y de las sombras se mostró una mujer, llevaba una túnica roja y unos largos cabellos negros que le llegaban hasta los muslos. La mujer hizo una reverencia.

—Es un placer conocerla al fin, Aura Zeitum —saludó la mujer—. Mi nombre es Raya, Santa de la Orden de la Llama del Fénix.

—¿Qué? No me importa quién seas…

La mujer volvió a hacer una reverencia.

—De antemano le agradezco por el servicio que brindará. Lo hemos esperado por cientos de años.

—Estás loca —rabió Aura—. No tengo idea de lo que estás hablando.

Alfonse se paró frente a ella.

—Aura Zeitum —dijo—. ¿Zeitum?, ¿no lo conozco? Conozco mi región y nunca escuché sobre la familia Zeitum —miró a uno de sus soldados—. ¿Tú reconoces ese apellido? —el hombre negó activamente y preguntó a otros soldados—, ¿tú?, ¿y tú? Lo que sí puedo reconocer es que conseguiste lo que nadie más pudo en mil años —pasó sus dedos por las cadenas—. Magnífico… Durante tanto tiempo Anciana fue una maldita piedra sobre un altar, sin nada más, pero tú… Y ese brazo tuyo… —palmó su hombro—. En serio, como dice Raya, te estamos agradecidos.

Aura apretó los dientes.

—¡Las cadenas me pertenecen! ¡Soy la elegida por Naril!

—Sí, eres la elegida —murmuró Alfonse y se encogió de hombros—. No podemos matarte, sería una ofensa contra los dioses, ¿verdad?

—La que te matará seré yo —le respondió con rabia.

—Sí, seguro que sí —el señor de Cumbres se limpió las manos—. Bueno, ha sido una larga noche. Córtenle el brazo y vámonos a dormir. Nos espera un largo viaje hasta el volcán.

Robert 02

Contra todo pronóstico lo consiguió, salvo que no recordaba nada.

Desde hacía cinco años que no tenía un episodio de *vacío* y nuevamente estaban de regreso, al menos en lo que trataba a todo lo concerniente a lo sucedido en el templo cuando fue por el arma.

Una cierta angustia le envolvía. Miraba la espalda de su maestro mientras hacía esfuerzos por recordar, pero nada. Desde que despertó con el arma en sus manos, y el tiempo que llevaban viajando desde ello, se ha sentido intranquilo.

Detuvo el caballo. Wender se percató y se detuvo con él.

—¿Señor? —preguntó.

—Me gustaría recordar qué pasó —le respondió Robert, con sinceridad—. Me gustaría que al menos tuviera una idea, pero nada. No sé, no sé qué pasó Wender y eso me… me…

—Le molesta —completó su maestro de armas—. Señor, lo único importante es que obtuvo el Arco del Rayo. No se atormente por lo que no recuerda y concéntrese en lo que vendrá.

—Lo sé, lo sé, pero… —tomó el arco de sus espaldas y lo contempló. El Arco del Rayo era de deslumbrante plata con relieves de oro; las palas eran de doble curva y la cuerda de acero antiguo—. Soy patético —dijo y soltó una triste risilla—. Ni si quiera puedo recordar cómo lo obtuve.

Wender se acercó a él para colocarse a su lado.

—¿Recuerda cuándo nació? —le preguntó y aquella pregunta le tomó por sorpresa.

—No, por supuesto que no —respondió el muchacho.

—Yo sí, tu padre estaba fuera de la ciudad atendiendo unos asuntos. Tu madre no esperaba que nacieras hasta dentro de un mes. Pero no pudiste esperar más. Ese día el sol brillaba como nunca y el cielo estaba completamente despejado. En esos días era parte de la guardia personal de tu madre y estaba a su lado cuando decidiste nacer. Las parteras vinieron y yo esperé detrás de la puerta… ansioso, deseando que todo saliera bien.

»Y, cuando al fin naciste, la tierra tembló. Todos lo sentimos. Fue como si los mismos dioses celebraran tu nacimiento —le tomó del hombro—. Robert, no vuelvas a decir que eres patético.

Para Robert, de todo lo que dijo, que lo llamara por su nombre fue lo más reconfortante.

—No lo volveré a hacer —atinó a decir.

—Así tiene que ser, con la cabeza en alto, siempre —agregó su maestro.

Y, de pronto, se encontró en una situación que no esperaba. Se sentía bien por las palabras de Wender, por el ambiente, por saberse respetado por tan formidable hombre. Sonrió, pero su sonrisa fue sincera. Sí, debía comenzar a comportarse como quién era, Robert Risco de Bosque Dorado.

—Continuemos —se animó a decir.

Pero Wender miró hacia el camino y frunció el ceño.

—Un momento —le dijo indicándole con la mano.

Robert volvió a colocarse el arco en las espaldas, junto a las flechas que Wender seleccionó para él.

—¿Qué sucede?

En ese momento su maestro sacó su espada.

—¡Muéstrate! —exclamó.

Hubo un breve silencio antes de que se escuchara el pisar de las hojas secas y a alguien salir de la protección de los árboles, en la mano izquierda del camino. Era un hombre vestido de negro, con los cabellos rubios que le llegaban hasta media espalda y los ojos profundamente violetas. Llevaba una espada en el cinto y una expresión relajada en un agraciado rostro; a su vez, usaba unos guantes que desentonaba con el resto de sus prendas; eran negros, pero con arreglos de oro y, a toda vista, valiosos.

—Hola —saludó con la mirada puesta en Robert. Inmediatamente sacó la espada del cinto—. Gracias por obtener el arco por mí.

Robert se vio sorprendido por esas palabras y pronto prestó atención a los árboles a cada lado. Nadie sería tan estúpido de atacarlos en solitario, a menos que desconociera la reputación de su maestro Wender.

—Señor, quédese aquí —dijo Wender y bajó del caballo para pararse en medio del camino y sacar su espada—. No sé qué pretendes, pero te daré la oportunidad de marcharte. Regresa por donde viniste.

El hombre miró a Wender y dejó ver una media sonrisa. Giró la muñeca y cuando lo hizo la espada cobró un resplandor color jade.

—Pero qué… —balbuceó un sorprendido Robert.

—Señor —Wender se giró rápidamente y explicó con celeridad—. En cuanto lo ataque, aproveche para marcharse.

—No voy a dejarte aquí —aseveró el muchacho.

—¡Robert! —alzó la voz entre dientes—. Te alcanzaré en la ciudad.

Era la segunda vez que lo trataba de su nombre. Miró a aquel hombre, la paciencia con la que les observaba. Comprendió el porqué de las ordenes de Wender. Era obvio, aquel hombre no era para nada común.

—Está bien —asintió.

Wender regresó al camino y se puso en guardia. El hombre se mantenía con la espada en mano y sin ninguna posición de defensa. Robert calculó que, en cuanto se lanzara al ataque, podría cabalgar rumbo a la ciudad. Su maestro se acercó, sosteniendo la espada con ambas manos, lenta y con cuidados. Cuando estuvo a distancia para lanzar una estocada se abalanzó contra él. El muchacho vio su oportunidad y buscó darle ordenes al caballo.

Pero, todo pasó demasiado rápido; el hombre se movió con una velocidad que nunca antes había visto en hombre alguno. Wender trató de defenderse, pero fue tarde. El hombre pasó a su lado haciendo un corte para detenerse con la espada apuntando en diagonal.

Y la cabeza de su maestro de armas rodó sobre la tierra y, de la carne y huesos expuestos, comenzó a brotar sangre en cascada.

—¡Noo! —exclamó Robert entre dientes, incrédulo de lo que sucedió.

Tardó un momento en aceptarlo, pero tuvo que hacerlo cuando encontró la cabeza sobre la tierra, con los ojos muy abiertos y una expresión de horror. Miró a aquel hombre y nuevamente tenía esa media sonrisa.

Sumido por el terror Robert trató de escapar y ordenó al caballo que se pusiera en marcha, pero el hombre señaló las patas delanteras del animal y este se irguió sobre sus traseras, relinchando despavorido. El muchacho no pudo sostenerse más y cayó sobre la tierra.

«¡No!, ¡no!, ¡no!».

El hombre comenzó a acercarse, sin prisas y sin verse alterado. Por su lado, Robert temblaba y tenía la cabeza hecha un lío. Se irguió lo mejor que pudo, a pesar de sus temblorosas rodillas, y tomó el Arco del Rayo de sus espaldas. Cogió una de las flechas y con cierta torpeza, propia del

terror que sentía, trató de colocarla sobre el hilo de acero. En cuanto alcanzó a apuntar, trató de concentrarse; buscar la manera en ese brevísimo momento de que una ordinaria flecha se volviera en una extraordinaria. En sus entrenamientos, Wender le refirió que la clave para hacerlo radicaba seguramente en la voluntad. Pero en ese instante, con la cabeza de su maestro a un lado de su cuerpo, no podía siquiera tranquilizarse. Vio que el hombre estaba demasiado cerca y disparó, con los dientes apretados y los ojos muy abiertos.

La flecha se le clavó en medio pecho, pero aquel hombre ni siquiera gimió de dolor. Se detuvo un momento y tras observarla un instante se la sacó del pecho como si no fuera gran cosa.

«Un inmor…».

Se acercó y, en un golpe seco, el hombre le clavó la flecha en el hombro. Robert gimió de dolor y echó el cuerpo para atrás. El hombre tomó el arco de sus manos y cogió a su vez una de las flechas que quedaron tiradas cuando cayó del caballo.

—No es así como se usa —dijo.

Colocó la flecha en el arco y apuntó a la distancia, hacia el caballo que fuera de Wender. Y la flecha fue envuelta por un halo de luz blanca. Por un momento Robert olvidó el dolor en su hombro y contempló pasmado como la flecha se volvía completamente de oro. El hombre disparó la flecha dorada, atravesando al animal -matándolo al instante- y a los árboles detrás del mismo hasta perderse a la vista.

—No —balbuceó Robert.

—Así es como se hace —recalcó el hombre, volviéndose hacía él.

Y el dolor regresó, y junto al dolor el miedo a la muerte. El hombre caminó hacia él y supo que iba a morir. El hombre se detuvo, le miró de pies a cabeza y arqueó una ceja.

—Eres un niño —comentó como si recién se percatara de ello—. ¿Qué edad tienes?

—Catorce —respondió Robert sin pensarlo, como si sus labios se movieran por su cuenta. Respondió y el dolor se intensificó.

—Catorce años y obtuviste el arma —el hombre pareció reflexionar—. ¿Cómo te llamas?

—Robert Risco —volvió a responder sin pensarlo, pero agregó armándose de valor—. ¿Qué eres?

—Robert Risco —repitió ignorando su pregunta—. Catorce años y obtuviste el arco —asintió mirando el arma sagrada de lado a lado—. Haremos algo, Robert Risco —estiró el arco en su dirección para que lo tomara. Robert dudó un momento, pero luego de que él le indicara con la cabeza que lo hiciera, terminó por estirar la mano ensangrentada y la cogió—, aprende a utilizarlo correctamente y búscame —agregó.

Robert se llevó el arco hacia el pecho y miró el cuerpo sin vida de Wender.

—Maldito —escupió, dejándose llevar por la rabia y la impotencia.

El hombre sonrió.

—No te equivoques, Robert Risco de catorce años, ese arco ya me pertenece, solo te lo estoy prestando por un tiempo más —y, de pronto, en un rápido movimiento, se inclinó y hundió aún más la flecha clavada en su hombro. Robert soltó un alarido y dejó caer unas lágrimas, retorciéndose por el desesperante dolor—. Si intentas huir o esconderte, tarde o temprano te encontraré —le dijo, tomándole de los cabellos y echándole la cabeza para atrás—. Vuélvete fuerte. Cuando lo hagas, búscame —le soltó los cabellos y dejó de presionar la flecha en su hombro, manteniéndose cerca de su rostro—. Hasta que nos volvamos a ver, Robert Risco de catorce años —agregó con esa maldita sonrisa.

Y vio, con el rabillo del ojo, su puño antes de que todo se volviera oscuridad…

*

Se levantó de entre ese mar de cadáveres, que se extendían en todas las direcciones y hasta donde alcanzaba la vista. Se irguió bañado en sangre y miró al cielo del mismo color. Caminó entre los cuerpos apilados unos sobre otros hasta alcanzar la colina ante sí.

Desde allí pudo observarlo todo. El horizonte que sangraba, las bestias negras que volaban, corrían y se arrastraban, y las sombras que venían, amenazantes, a por él.

Y, a su lado, estaba esa forma oscura, semejante a un hombre que ardía en llama negra, con los ojos como lunas plateadas y los dedos como dagas. La forma levantó el brazo y esta se extendió hasta formar una flecha que, inmediatamente, se lo ofreció.

*

Abrió los ojos y vio el cielo negro y la lluvia cayendo sobre sí. Por un momento no recordó dónde se encontraba y lo que había sucedido hasta que al tratar de levantarse sintió una punzada en el hombro. La flecha incrustada trajo a su memoria el ataque de aquel ser y su maldita sonrisa. Se viró esperando que fuera mentira, pero tuvo que aceptar la realidad. El cuerpo sin vida de Wender fue la mayor prueba.

Con el dolor a cuestas se levantó apenas y se acercó, con la lluvia arremetiendo sobre el solitario camino, para contemplarlo, entre pena, impotencia e incredulidad. Buscó la cabeza y, con lágrimas en los ojos que se confundieron en su rostro empapado, la colocó con sumo cuidado al lado del cuerpo de su maestro para luego cubrirlo con unas hojas y prometerse que regresaría para darle un verdadero adiós.

Se colocó el Arco del Rayo en las espaldas y miró hacia ambas direcciones del camino. En todo el rato que estuvo inconsciente no pasó nadie y era muy difícil que alguien transitara hasta el amanecer. Sin caballos a la vista y la ciudad todavía a cierta distancia, más la herida sin atender y el cuerpo reclamando por alimentos, lo mejor era comenzar a moverse. La noche sería larga y la lluvia terminaría por mellar en él si no buscaba algún refugio. Miró la flecha sobresaliendo. Necesitaba partirla por la mitad y esperar a que alguien le ayudase a sacar el resto. Con la mano temblorosa tomó la flecha, inhaló para contener el aliento, apretó los dientes y rompió el madero lo más cerca que pudo de la herida, soltando un alarido en el proceso. Agitado, buscó tomar un poco de agua de un chorro que fluía de las altas ramas de un árbol. La oscuridad de la noche le dejaba ver apenas, pero como se planteó así mismo, debía moverse.

Se adentró en el bosque, más por instinto que suposición, esperando encontrar algún lugar donde refugiarse y teniendo cuidado de no encontrarse con un animal salvaje. A medida que avanzaba comenzó a sentirse más exhausto, como si las energías se le escapasen con cada paso; por ello sus movimientos se tornaron más torpes y la visión comenzó a fallarle, además de que su respiración se tornaba más agitada. Avanzó hasta que se encontró con una bajada de tierra fangosa y hierba que, a pesar de esforzarse, terminó por resbalar y arrastrarse sobre sus espaldas. Trató de sujetarse con la mano útil, pero no encontró nada hasta que se golpeó contra un enorme y grueso árbol de centeno. Nuevamente otro alarido para quedar boca arriba, aturdido y con la lluvia arremetiendo con mayor ímpetu sobre su maltrecho cuerpo. Con la cabeza dándole vueltas, trató de levantarse, pero vio con horror a un puma observándole desde unos arbustos.

Su gran cabeza daba testimonio de su descomunal tamaño y sus ojos, de asesino hambriento, sobre sus intenciones. El puma le miraba con atención, confundiéndose con las sombras y a la vez dejando notar sus grandes colmillos. Robert se irguió, recobrando las fuerzas, producto del

miedo, para desenfundar la espada y aferrarse a ella, con las rodillas temblorosas y el corazón acelerado. El puma comenzó a moverse, de un lado a otro, lanzando un rugido que se confundió con la lluvia, avanzando poco a poco esperando acechante la oportunidad. El chico supo que se convertiría en su alimento si no encontraba la forma de escapar. Rápidamente miró en todas direcciones y, como si la providencia estuviera de su parte, notó por sobre la lluvia el sonido del discurrir de unas aguas a su izquierda. Por las penumbras del bosque no pudo notar más allá de las sombras presentes, pero supuso que se trataba de un río.

Con cuidado, y sin quitarle la vista al enorme felino, comenzó a dirigirse en esa dirección que, con cada paso, parecía ganar confianza para atacarle. Se echó a correr en cuanto creyó que podría alcanzar las aguas antes de que el puma le alcanzase, pero cuando llegó no consideró que el caudal del río sería mayor por las lluvias y más torrentoso. El puma estaba casi encima de él cuando dejó de dudar y se arrojó a las aguas para ser arrastrado entre confusión y falta de aire.

Y, por lo fuerte de la corriente, se golpeó contra las rocas del fondo y sintió que los pulmones se le llenaban de agua. Cuando pudo tomó un poco de aire antes de volver a ser arrastrado como un muñeco y sentir como si los huesos se le quebraran. En un momento, sintió golpearse contra un tronco y, en claro acto reflejo, se agarró lo mejor que pudo. Aferrado a una rama, aguantó para ver a su alrededor. Notó una orilla a la que podría llegar si las aguas no se ponían tercas con tomar su vida. Hizo lo que pudo para que sus piernas se apoyaran con las rocas del fondo y dio un torpe salto para alcanzar la orilla. La corriente se mostró inclemente y, estuvo a punto de ser arrastrado nuevamente, pero alcanzó a abrazar una roca de mediano tamaño desde donde se destinó a alcanzar la maldita orilla. Se subió a la roca y esta vez sí dio un salto que le ayudó a alcanzar aguas no tan profundas. Resistió la corriente y se abalanzó hacia delante golpeándose las rodillas, pero arrastrándose para llegar a tierra.

Boca arriba buscó recobrar el aliento, adolorido, aturdido, apenas consciente.

Se puso en pie y se percató de que la lluvia cesó sus ímpetus y era ahora una leve garúa. Y, aunque todo era borroso, distinguió entras las sombras una luz a la distancia.

Trastabilló un poco, pero comenzó a moverse, sin pensarlo, solo moverse hacia esa luz. Pronto la luz comenzó a revelarse como el fuego en una chimenea desde el interior de una casa y a través de una ventana. La casa tomó forma, aunque de dos pisos era austera, con un pequeño establo a un lado y maderos apilados para leña al otro; un techo de paja y ventanas a cada lado de una puerta. Se acercó a la puerta y, con sus últimas fuerzas, golpeó antes de caer de rodillas.

Alguien la abrió y vio sus pies...

—¡Papá!

*

De pie, ante la casa mientras el fuego lo devoraba todo, con los ojos fijos en las llamas como deseando que lo sucedido fuera una mentira. Robert miró el arco y fue como si al fin pudiera reaccionar…

Se dejó caer de rodillas y lloró.

*

«¿Una canción?».

Al despertar, escuchó una dulce voz, tarareando una canción que no conocía. Miró hacía la dirección de la voz y vio a una joven revolviendo el contenido de una olla, puesta al fuego de la

chimenea. Se dejó llevar por la voz, capaz de transmitir una calma y una tranquilidad que añoraba. Miró hacia el techo de maderos viejos y las paredes con rastros del paso del tiempo. Se fijó en los vendajes que llevaban alrededor del hombro y recordó, en súbito despertar, lo que sucedió. Trató de erguirse sobre la cama, pero de inmediato dolencias en diferentes partes del cuerpo, además del hombro, le obligó a volver acostarse.

—No intentes levantarte —dijo la joven, limpiándose las manos en el delantal que llevaba en la cintura. Debía tener no más de veinte años, de ojos negros, cabellos castaños y hermoso rostro. Jaló una silla y se sentó a su lado esbozando una cálida sonrisa—. Hola, me llamo Merry, vivo aquí con mi familia. ¿Cómo te llamas?

—Robert —respondió en voz baja.

—Un placer, Robert. ¿Cómo te sientes?

Robert se miró el cuerpo y notó que no llevaba sus ropas, ni tampoco estaba el arco a la vista.

—¿Mis cosas? —preguntó.

—Si te refieres a ese arco tan precioso, está aquí —respondió la joven y se inclinó para sacarlo de debajo de la cama. Lo tomó con ambas manos y se lo enseñó. Robert estiró la mano para tomarlo y lo sostuvo contra su pecho—. Tranquilo, aquí estás seguro. Nadie te hará daño —agregó la joven, en suave tono.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Estuviste inconsciente por varios días. Ni siquiera reaccionaste cuando te sacamos la flecha.

Volvió a verse los vendajes del hombro y lo meditó un momento.

—¿Tú hiciste esto? —le preguntó.

—Mi padre —aseguró la joven—. Yo solo ayudé.

Escuchó unos pasos y, al levantar la cabeza, se percató que una niña estaba de pie en el umbral de la puerta con los ojos muy abiertos.

—¡Papá! —le escuchó exclamar a la par que se alejaba—. ¡Despertó, despertó!

La joven soltó una risilla.

—Ella es Sofie, mi hermana pequeña. Es una niña muy dulce. Era la más preocupada por ti.

«Hermana pequeña».

El rostro de su hermana vino a su mente.

—Me alegra que despertaras, chico —dijo un hombre, alto, de barba espesa y hombros anchos. Robert, por un momento, lo confundió con…

—Wender —murmuró, pero casi al instante notó la diferencia en las facciones de su rostro.

—Me llamó Flynn —dijo el hombre acercándose a la cama—, ellas son mis hijas, Merry y Sofie —acarició los cabellos de la niña que se aferraba a su pierna. De inmediato notó el arco al que él se aferraba—. ¿Te atacaron porque querían robarte eso?

—¡Papá! —le recriminó Merry.

—¡¿Qué?! —se encogió de hombros—, es una pregunta válida. Como sea, debes tener hambre. Merry, sírvele un poco de estofado.

—Enseguida —dijo la joven y se destinó a la olla sobre el fuego de la chimenea.

—Come algo y descansa, chico, estabas muy pálido cuando te encontramos y esa herida, ¡uf!

—¡Papá! —volvió a recriminarle.

El hombre abrió los brazos.

—Quiero decir que es sorprendente que no se haya infectado. He visto a hombres perder un brazo por menos de eso —regresó la vista a él—. Chico, prueba a moverlo.

—Se llama Robert —aclaró Merry.

—Robert —repitió el hombre—. Adelante, Robert.

Robert no lo pensó demasiado, buscó mover el brazo izquierdo y, aún con un poco de molestia, pudo hacerlo.

—Es lo que digo —recalcó—. Me gustaría decir que es gracias a nuestros cuidados, pero estas sanando rápidamente y mejor de lo que se esperaría aun siendo optimista.

Merry regresó con un plato de comida entre las manos.

—¿Crees que puedas sentarte? —le preguntó.

—Sí —respondió Robert, con timidez.

Se irguió, procurando que las sabanas no dejaran en descubierto su desnudez. Tomó la cuchara y se detuvo al notar las miradas de sus acompañantes.

—Está bien chicas, dejemos a nuestro huésped comer tranquilo —solicitó Flynn—. Merry, ven y ayúdame afuera —tomó a la más pequeña entre sus brazos—. Tú también.

—Llama si necesitas algo —dijo Merry desde la puerta.

Cuando se quedó solo, miró los alrededores de la casa. El resto de habitaciones debían estar en el segundo piso y por las herramientas apostadas contra la pared supuso que se trataba de un granjero. Miró el arma, de haberlo querido pudieron haberle arrojado al río y tratar de vender el arma, pero no lo hicieron, no supo si porque sabían que él era el elegido por Layel o simplemente por decencia. De todas maneras, no tenía sentido estar a la defensiva en ese aspecto.

Se dispuso a comer y, en cuanto probó el primer bocado, no pudo parar y acabó el resto en poco tiempo. Era de las comidas más ricas que había probado. Merry tuvo la gentileza de dejarle una jarra con agua. Bebió hasta quedar satisfecho. Observó el arma sagrada y luego de contemplarla por un momento hizo el esfuerzo para colocarla debajo de la cama. Se acostó y cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir ya era de noche y aquellas personas estaban sentadas frente a la chimenea. Flynn tenía una pipa entre los dedos, Sofie jugaba con una muñeca de tela y Merry parecía absorta en un tejido.

—Disculpen —dijo Robert, y Merry dejó de tejer para prestarle toda su atención.

—¿Deseas algo? —le preguntó al instante.

—No, no, es que… —dijo y escondió la mirada.

—¿Te duele la herida?

—No, no es eso.

—Quieres orinar y cagar —aseveró Flynn.

—¡Papá!

—¿Qué?

Robert asintió con las orejas rojas.

—Por supuesto —rio el hombre—. No hay nada de qué avergonzarse, chi… Robert, llevas días en esa cama. ¿Puedes levantarte?

Volvió a asentir e hizo el esfuerzo, pero se detuvo al notar su desnudez. Merry tomó a su hermana y le dijo que debía mirar hacia la chimenea y Flynn hizo lo mismo. Robert se calzó los pantalones y una camisa, antes de indicarles que podían volverse.

—¿Necesitarás ayuda? —preguntó Merry y de inmediato Robert meneó la cabeza.

—¡Cómo se te ocurre! —Flynn soltó una carcajada—. ¿Acaso crees que necesita que “se lo sostengas”?

Merry se dio cuenta de a lo que se refería y golpeó a su padre en el hombro.

—Eres un idiota —le riñó visiblemente avergonzada.

La pequeña Sofie rio y su hermana no pudo más que hacer lo mismo y, para Robert, aquel

momento le pareció divertido, pero se esforzó por mantenerse impasible.

—Estaré bien —aseguró.

Afuera, no había luna alguna en el cielo nocturno, pero por las estrellas no estaba completamente oscuro. Mareado y sintiéndose débil atendió sus necesidades cerca al río que, para ese momento, discurría con calma y menos caudal. Pensó en lo que sucedió en el camino, la forma en que aquel ser mató a Wender y cómo le perdonó la vida a él sin siquiera llevarse el arma sagrada.

«¿Por qué? No tiene sentido».

Cuando regresó a la casa Flynn le esperaba en la puerta.

—Merry insistió que viera que no tuvieras problemas —explicó.

Robert posó la mano sobre los vendajes.

—Necesito llegar a Literia. ¿Podrías prestarme un caballo?

Flynn palmó su hombro sano.

—Me encantaría hacerlo, pero sucede que solo tengo uno disponible. Como verás, vivimos en medio del bosque. Que los dioses no lo permitan, pero si sucediera algo… Lo siento chico, pero no te lo daría así fueras el rey del mundo.

—Comprendo —asintió Robert—. Partiré temprano por la mañana.

—Mi hermano regresará en unos días —se apresuró Merry a intervenir que, al parecer, escuchó la conversación—. Se llevó los caballos para que le ayudasen con la carga. Cuando esté de regreso te daremos uno.

—Unos días más —dijo Robert—. Ya han hecho mucho por mí, no podría quedarme más tiempo y…

—Quédate —dijo la pequeña Sofie tomándole de la mano.

Flynn la levantó en brazos.

—Ya la escuchaste, chico —aseveró con una sonrisa—. ¿Serás capaz de declinar el ofrecimiento de esta princesita?

—Recupérate unos días más —agregó Merry.

Robert miró la tierna expresión de la niña, los cálidos ojos de la joven, y terminó por asentir.

El día siguiente, desde temprano, se propuso no ser un estorbo. Ayudaría en lo que pudiera, aunque nunca en la vida cortó leña, preparó algo de comer o si quiera acarreó agua de río alguno. Creció rodeado de sirvientes que veían todo por él, desde encender el fuego de su chimenea hasta ver que tenga ropa limpia que vestir. Y estar allí, con una familia dedicada cada quien a una tarea era una nueva experiencia.

Con el hombro izquierdo todavía recuperándose hizo lo que pudo, apoyando al señor Flynn colocando los leños para que cortase, ayudar a Merry a tender la ropa al sol y disfrutar de la dulzura de la pequeña Sofie al lavar unas legumbres. Almorzaron juntos, hablando acerca de la importancia de las lluvias para la cosecha y la mejor técnica para pescar en el río. Por la tarde fueron a revisar unas trampas que colocaron para regresar con dos conejos y tres ratones de bosque. Para la noche se sentía exhausto, pero no quería dormir, quería disfrutar más del momento, sentado frente al fuego de la chimenea, Merry entregada al tejido, el señor Flynn fumando de su pipa y la pequeña Sofie jugando con su muñeca.

Aquella rutina se extendió más días de lo planeado. No le importó el tiempo, lo estaba disfrutando. Casi esperaba que el hermano de Merry se tardara mucho más tiempo en regresar. A su vez se había recuperado por completo. La herida en el hombro había cicatrizado, dibujando una estrella de un intenso negro. Eso era lo único extraño, la forma en que cicatrizó la herida. La rutina continuó y esa noche se animó a decirles, cuando estaban otra vez juntos, ante la

chimenea.

—Me gustaría decirles algo —declaró Robert poniéndose de pie—. Gracias por todo lo que han hecho por mí —agregó haciendo una reverencia.

—De nada —dijo el señor Flynn.

—Nos alegra que estés bien —dijo la dulce Merry.

Sofie se levantó para abrazarlo por la cintura.

—No eres malo —dijo.

—No pequeña, no lo soy —le respondió acariciando su cabecita.

—Chi… Robert, sé que tienes planes, pero como ves puedes quedarte el tiempo que quieras —repuso Flynn.

—Sí —asintió Merry—, puedes quedarte.

Hasta ese momento solo conocía la bondad por parte de su madre y hermana, además de Wender, que siempre tuvo otra forma de demostrarla. Sintió un nudo en la garganta y se prometió que, en cuanto regresara a casa, porque tarde o temprano tendría que hacerlo, se encargaría de recompensarles cómo debía y más.

—Gracias, de verdad —dijo.

Disfrutaron de la mutua compañía hasta que la pequeña Sofie se quedó dormida sobre el regazo de su padre y este indicó que llegó el momento de acostarse.

—Nos quedaremos un ratito más —dijo Merry.

Flynn les miró.

—Está bien, pero no se desvelen demasiado —dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron al unísono.

En cuanto se quedaron solos Merry, mientras atizaba el fuego de la chimenea, comenzó a tararear la canción que Robert escuchó cuando despertó en esa casa. La luz iluminaba su rostro de manera mágica, haciéndole ver más bella, si eso fuera posible.

—Merry —se animó.

—¿Sí? —preguntó ella, acomodándose los cabellos por detrás de la oreja, cosa que a Robert le encantó.

—Quiero decirte que yo… yo soy Robert Risco, heredero de Bosque Dorado y…

—Y elegido por Layel. Lo sabemos.

Robert se vio sorprendido. Pensaba que no estaban enterados de nada.

—¿Cómo? —preguntó.

—Bueno, ese arco no es cualquier arco —señalando hacía debajo de la cama—, te llamas Robert y encajas en la descripción. No fue difícil deducirlo.

Robert se sintió como un idiota. Ellos lo supieron todo el tiempo y aun así lo trataron como uno más.

—Perdón por no aclararlo desde el comienzo.

—Está bien, se comprende el porqué —se volvió para ver el arma sagrada bajo la cama—. Sabes, mi hermano se ofreció como candidato. Estuvo entrenando durante mucho tiempo y tenía esperanzas de conseguirlo. Cuando no lo hizo, pensé que los dioses se habían equivocado —en ese instante tomó la mano de Robert—. Pero no se equivocaron.

Robert puso la otra mano sobre la suya y se armó de valor.

—Cuando todo termine, volveré por ustedes. Me aseguraré de que tengan una mejor vida, que nunca les falte nada, que siempre sean felices —tomó aire—. Volveré por ti.

Merry acarició su mejilla.

—Ya somos felices —le susurró—, pero sí, me haría muy feliz volver a verte —la joven se

acercó y le dio un beso en los labios.

Robert cerró los ojos y sintió como si el corazón fuera salirle del pecho.

—Merry yo…

—No —le puso el dedo índice en medio de los labios—. El día que regreses, continuaremos esta conversación —apoyó su frente contra la suya y apretó sus manos—. Hasta ese día…

Merry se levantó y subió las escaleras, dejándolo solo frente a la chimenea. Robert se pasó los dedos por los labios y se acostó sobre el madero del suelo.

«Hasta ese día».

Por la mañana, después de pescar por un largo rato en el río y alimentar a los cerdos, se puso a jugar con Sofie a las escondidas. En un momento, escuchó el relincho de unos caballos y se puso alerta. Flynn se acercó con hacha en mano y les ordenó a sus hijas que esperaran dentro de la casa. Su semblante cambió cuando descubrió de quién se trataba.

—¡Dalton! —exclamó—. Hijo, regresaste antes de lo esperado. Estás mejorando —agregó con sarcasmo.

Dalton era un joven espigado con los mismos ojos que su padre y porte de guerrero.

—Padre, nos fue bastante bien —le dijo y bajó del caballo para abrazarlo.

—¡Dalton! —exclamó Merry y corrió para recibirlo con la pequeña Sofie detrás.

—Qué tal Merry, princesita —saludó y las abrazó en cuanto le dieron alcance. Rio a su lado, pero pronto se percató de la presencia de Robert y su semblante cambió totalmente.

—¿Cómo?

Robert se acercó y le ofreció la mano.

—Hola Dalton…

—Robert Risco —balbuceó y se apuró en hacer una reverencia—. Señor, es un honor, pero no entiendo qué hace aquí.

Robert se sorprendió de que supiera quién era, pero luego recordó lo que Merry le contó de él. Debió verlo el día de la elección.

—Tuve algunos inconvenientes —miró a Flynn y a las chicas—. Me salvaron la vida.

—Atendimos tus heridas, eso es todo —intervino Flynn.

Robert le regaló una sonrisa a Merry.

—Hicieron más que eso.

—Me da gusto que mi familia le haya ayudado, señor —dijo Dalton—. Lamento no haber estado.

—Con regresar hiciste más que suficiente. Le pedí a tu padre que me prestara un caballo. Cuando llegue a Literia le pediré a alguien que se los traiga de vuelta.

—Ni hablar —repuso Flynn—. De ninguna manera te dejaremos ir solo. Yo iré contigo.

—¡Papá! —se escandalizó Dalton—. No le hables así al elegido.

—Está bien —aseguró Robert—. Señor Flynn, ya hizo más que sufi…

—Insisto y no aceptaré un no.

Robert se dio cuenta de que no serviría de nada el discutir.

—Gracias.

La pequeña Sofie se acercó y le tomó de la mano.

—¿Te vas? —le preguntó con triste voz.

Robert se inclinó y la tomó de los hombros.

—Debo hacerlo, princesita, pero te prometo que nos volveremos a ver y volveremos a jugar a las escondidas. ¿Puedes esperar?

La niña dibujó una tierna sonrisa y asintió.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ahora.

—No mucho —le respondió desordenando sus cabellos.

—Bien —dijo Flynn—, mejor será que almorcemos de una vez. Descarguemos todo y vamos a comer.

Robert ayudó en lo que pudo, aun cuando Dalton pareció no estar de acuerdo. En sus palabras, era el elegido y no debería ocuparse de tareas mundanas. Robert le explicó que no había problema, que quería hacerlo. Ayudó a llevar los barriles a la bodega y algunos víveres a la casa. En cuanto entraron, la pequeña Sofie se apresuró a sacar el arco de debajo de la cama.

—Dalton mira —le dijo.

—¡Sofie! —se apresuró Merry en llamarle la atención—. Eso es de Robert, no lo tomes sin su permiso.

La niña escondió la mirada.

—Perdón…

Robert le sonrió.

—Está bien.

—Eso es… —balbuceó Dalton con los ojos muy abiertos.

—El Arco del Rayo —respondió Robert.

Y Dalton se quedó en silencio, con los ojos puestos en el arma, sin mover un musculo. Merry se acercó a él

—¿Hermano?

—Puedes sostenerlo si quieres —le dijo Robert.

Dalton se giró para verle. De pronto pareció reaccionar.

—No, señor, no será necesario —forzó una sonrisa—. Felicitaciones, es formidable.

—Bueno —intervino Flynn—. Vamos a comer. Sofie guarda eso.

Durante el almuerzo Dalton le soltó una gran revelación. La Barrera Azul había abierto. Robert se quedó sin palabras.

—¿Estás seguro? —le preguntó su padre.

—Sí, no hay dudas.

Merry le tomó de la mano.

—Robert, Robert —Robert encontró sus ojos—, ¿estás bien?

Simplemente, había llegado el momento de partir.

—Sí —le respondió y miró a Flynn.

—Entiendo, chico —dijo el hombre—, saldremos al amanecer.

Dalton contó también que la elegida por Evangeline estuvo en Literia, buscándolo.

«¿Buscándome?».

—Es lo que se rumoreaba, señor, pero no se quedó mucho tiempo —aclaró Dalton.

«¿Por qué razón me buscaría la elegida?»

Continuaron comiendo y, por momentos, Dalton parecía distraerse viendo hacia el arma sagrada. Robert sintió que debía decirle algo.

—Supe que fuiste candidato. Va a sonar extraño viniendo de mí, pero a juzgar por lo que sé, lamento que no lo hayas conseguido.

Dalton paseó sus ojos entre su padre y hermanas.

—¡Al contrario, señor! —se apresuró a responder—. Creo que usted siempre fue el elegido por Layel. El arma sagrada es prueba de ello.

Aquellas palabras le recordaron a Wender.

—Es cierto —aseveró Flynn—. Te entrenaste mucho, desde muy niño, con el único objetivo

de ser el elegido, pero no fue así, ¿sabes por qué? Porque los dioses tienen otro plan para ti.

—Lo sé, papá —respondió Dalton, nuevamente forzando una sonrisa.

—Siempre confiemos en la sabiduría de los dioses —recalcó Merry.

—Así es, hermana.

Robert bajó la cabeza.

—Aun así, yo…

Dalton sacudió las manos.

—Está bien, señor, todo está bien, en serio.

Terminaron de almorzar y pasaron tranquilos el resto del día. Robert continuó ayudando en las tareas. Flynn y su hijo se pusieron de acuerdo para ir a cazar. Regresaron cuando la noche se hizo presente con un par de conejos. Merry se encargó de salarlos para que lo llevaran de viaje y así Flynn pueda aprovechar su visita a la ciudad y venderlos.

Después de cenar, Dalton explicó que con el viaje y la cacería estaba agotado. Se disculpó y se fue a dormir. Al rato le acompañó Flynn con la pequeña Sofie. Merry se quedó al lado de Robert, pero no por mucho tiempo.

—También me iré a dormir —le dijo.

—Espera —Robert le tomó de la mano—. Quédate un rato más.

Merry le dio un beso en los labios.

—Es mejor así, cuando regreses tendremos tiempo de sobra para estar juntos. ¿Regresaras?

El elegido la abrazó.

—Lo hare, te lo juro.

Ella volvió a besarle y esta vez le pareció que duró una vida. Merry le regaló una sonrisa.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Robert se acostó, pero con todo lo que tenía en la cabeza no pudo conciliar el sueño. Había encontrado un objetivo en la vida, como nunca antes.

Tenía que volver.

Cuando al fin se quedó dormido, no supo por cuánto, pero se despertó al sentir algo húmedo en el rostro. *Algo* le estaba goteando en la mejilla. Al principio supuso que era agua, pero no estaba lloviendo. Se limpió la mejilla y, ayudado con la luz del fuego en la chimenea, descubrió con horror que se trataba de sangre.

«¿Qué?».

Las gotas caían del techo.

Temiendo lo peor, se levantó de la cama, decidido a subir a ver qué sucedió. Pero antes de que pudiera hacerlo, vio los pies de alguien comenzar a descender por las escaleras. Tomó la espada, que todo el tiempo la tuvo al lado de la cama, y se aferró a ella con ambas manos. Nuevamente se vio abrumado al ver de quién se trataba.

—Dalton…

Dalton llevaban una cuchilla larga en las manos y cuando la luz de la chimenea le alcanzó pudo ver que estaba cubierto de sangre.

—Hola, Robert...

Robert contuvo el aliento. Dalton no parecía perturbado, al contrario, había cierta tristeza en su expresión.

—¿Qué sucedió? —preguntó en atisbo de inocencia.

—Tuve que hacerlo —respondió este, caminando hacia él.

—¿Qué hiciste? —preguntó incapaz de aceptarlo—. ¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste?

Dalton se dirigió a la chimenea y se inclinó ante los leños que ardían.

—No sabes cuánto entrené —comenzó a decir en voz baja—. No sabes cuánto me esforcé. Día a día, año tras año, con un objetivo en mente. Yo nací para ser elegido, pero tú fuiste elegido. No tenía sentido. No lo entendí… hasta hoy.

—¡Maldita sea, Dalton, ¿qué hiciste?!

—Que vinieras no fue una casualidad —tomó uno de los leños y se puso de pie—. Fue un mensaje de los dioses. Trajeron el arco hasta mí para darme otra oportunidad. Layel sacrificó lo que más amaba para convertirse en héroe. Los dioses me estaban diciendo que hiciera lo mismo —arrojó el leño por debajo de la escalera.

—No, no, no…

—Lo supe, en cuanto vi el arma, supe que debía sacrificar lo que más amaba.

Robert sintió una punzada en el pecho y la voz se le quebró.

—No, Dalton, por favor, dime que es mentira, por favor…

—¡No te atrevas a llorar! —exclamó con lágrimas en los ojos—. Solo estuviste con ellos por unos días, yo estuve toda la vida. ¡Aun así tuve que hacerlo! ¡Ellos lo entienden! ¡Cuando los vuelva a ver no habrá reproches! ¡Reiremos y celebraremos junto con Layel que yo fuera su verdadero elegido!

Robert se dejó llevar por la desesperación y se abalanzó contra él.

—¡NOOOO!

Dalton detuvo su espada con la cuchilla y con el brazo libre le dio un puñetazo en el estómago, seguidamente otro en la mejilla con el culo de la cuchilla y remató con una patada en el pecho que lo arrojó hasta la pared.

—¡Ves, esto lo demuestra! ¡Soy mejor que tú!, ¡más fuerte, más hábil! —tomó otro leño y lo arrojó a unas cajas de madera, que sirvieron para cargar los víveres y que estaban apiladas en una esquina—. Hice el sacrificio —murmuró y se dio vuelta para tomar el arco por debajo de la cama —. Ahora me pertenece.

Robert escupió la sangre que se acumuló en la boca; el estómago le dolía de forma horrible y era incapaz de dejar de retorcerse. Aun así, alcanzó a exclamar.

—¡No! ¡mataste a tu familia, a tu propia sangre! ¡Eres un maldito…!

—¡Soy el verdadero elegido por Layel! —afirmó con los ojos muy abiertos como embelesado por el arma y volvió los ojos hacía él—. Robert, quiero que te quedes aquí y acompañes a mi familia en su viaje. Es lo menos que puedes hacer.

El fuego estaba consumiendo la escalera y se levantaba ya por sobre las cajas, escalando por la pared, cuando Robert falló en su intento de levantarse. De pronto el hombro comenzó a dolerle, como si le quemara.

—Estás loco —dijo en voz baja—. El arco no te pertenece…

Dalton le miró de pies a cabeza.

—Adiós, Robert.

—No te pertenece —repitió y fue capaz de soportar el dolor en el hombro y ponerse de pie—. Me pertenece a mí.

Dalton pareció entristecer.

—Tendré que matarte entonces...

Robert tomó aire y su mente se puso en blanco. De pronto el hombro dejó de dolerle y se sintió tranquilo.

—Me pertenece a mí.

Y, sin entender por qué ni cómo lo supo, se puso en posición como si estuviera sujetando el

arco. El arco se *desintegró* de la mano de Dalton y *apareció*, como si se formara de la nada, entre las manos en la posición adoptada por Robert. Dalton incrédulo y horrorizado, abrió los ojos tanto como pudo y su expresión se quebró.

—¡NO! ¡¿POR QUÉ?!

Al igual que pasó con el arma, una flecha dorada apareció y Robert tensó el arco.

—Me pertenece a mí.

—¡HICE EL SACRIFICIO!

Disparó la flecha y esta penetró el pecho de ese hombre, traspasando su cuerpo, la pared detrás y continuando hasta perderse en el bosque. Dalton cayó de rodillas, derramando sangre de la herida y escurriéndose de entre los labios. Miró a Robert, con lágrimas rojas brotándole de los ojos.

—Hice, hice el… el…

Dalton se quedó en silencio, descansando sobre sus tobillos, con los ojos muy abiertos. Robert pasó a su lado. Era imposible subir, el fuego se había devorado las escaleras. Lo estaba devorando todo.

Y, aún con la mente en blanco, salió de la casa.

*

Escuchó unos pasos a su derecha, pero no se volvió, se mantuvo de rodillas, con la cabeza baja y la mirada perdida, mientras la casa terminaba por consumirse por las llamas.

—Robert —escuchó, pero no levantó la cabeza—. Robert —sintió una mano sobre su hombro.

El chico reaccionó y se echó para atrás con la espada en mano.

—Tranquilo, soy yo.

Al fin levantó la mirada. Era una joven envuelta entre las sombras y no fue capaz de reconocerla. La joven se inclinó ante él.

—Robert, no sé qué pasó, pero se terminó.

—No, no —balbuceó con la espada aún en alto.

La joven tomó la espada, a mitad de la hoja, y la sujetó con fuerza.

—Robert…

Y, en cuanto vio la sangre escurrirse entre sus dedos, fue capaz de reaccionar. Su rostro se mostró tal cual era, con una cicatriz en forma de x en la mejilla izquierda y mechón blanco adornando su frente.

—Maisse Blo-Blondegold…

Ella soltó la espada.

—Eso es —se puso de pie—. Vendrás conmigo.

—¿Qué?

Maisse miró hacía el fuego.

—Tenemos que ir a ayudar a la elegida por Naril…

Anneke 02

La noche cayó sobre la aldea y ella, siendo la niña que era, se sentía feliz por el trozo de pan que alcanzó a comprar. Dando saltitos sobre la nieve se acercó a unos establos y de entre las sombras, Oso, el hijo de los Bergder apareció como un fantasma.

—Hola, rata-hedionda —le dijo con desprecio—, ¿qué llevas allí?

Anneke odiaba ese sobrenombre, pero sobre todo odiaba a ese chico. Era un matón que gustaba de aprovecharse de los más débiles. Un idiota del doble de tamaño para su edad. Un gigantón de rostro regordete y dientes amarillos. A su lado estaba su secuaz. Un niño sin carácter que se juntaba con él para sentirse superior.

—Nada que te interese —respondió.

El secuaz soltó una risita cruel.

—Oso, ¿vas a dejar que te hable así?

El gigantón tronó los dedos.

—Eres muy engreída, rata-hedionda, no me agradas. Te comportas como si fueras mejor que el resto. Andas por allí pavoneándote como si provinieras de una familia importante. No eres nadie, rata-hedionda, alguien debería dejártelo en claro.

Anneke frunció el ceño.

—A mí tampoco me agradas. Te aprovechas de los que son más débiles que tú. Crees que será así por siempre, pero algún día recibirás tu merecido.

—Sí que eres una engreída —rabió el secuaz.

—¡Tú cállate! —le gritó Anneke, dejándole ver su enojo—. Un cobarde que se protege en su sombra. Eres peor que él.

Oso soltó una carcajada. El secuaz, encolerizado, tomó el pan de entre sus manos.

—¡Oye! —exclamó Anneke.

Pero el chico era más alto y fuerte. La empujó haciéndola caer de espaldas sobre la nieve y le entregó el pan al gigantón.

—Eso es mío —se levantó.

Oso le dio un golpe en el estómago que la dejó sin aliento. El dolor fue tal que de inmediato sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ahora es mío —replicó con arrogancia.

Anneke pensó en su abuela esperándole, en cómo iba a sorprenderla por regresar con pan en las manos. Buscó recobrar el aliento, se limpió las lágrimas, apretó los puños y se abalanzó contra el gigantón. Le dio un cabezazo en el estómago, pero el chico ni siquiera se inmutó. La tomó de los cabellos, levantando su rostro a lo alto y le dio un puñetazo. La pequeña niña estaba otra vez, de espaldas sobre la nieve, aturdida e incapaz de defenderse. El chico se sentó sobre ella, tomó un puñado de nieve y se la restregó en el rostro.

—Si tienes hambre come nieve.

El secuaz no paraba de reír. El gigantón le dio otro puñetazo antes de levantarse de encima.

—Pobrecita —se burló el secuaz.

—Gracias por el pan, rata-hedionda —dijo Oso antes de retirarse entre risas.

Anneke se quedó acostada, sintiendo las lágrimas rodar por sus mejillas y el sabor de la sangre pasando por su garganta.

—El mundo está lleno de ese tipo de idiotas —escuchó.

Se levantó con torpeza y giró la cabeza. A unos metros, de brazos cruzados y apoyada contra la pared le observaba una mujer. Era alta, delgada, de largos cabellos rubios y unos ojos de un verde vivo en un rostro muy hermoso.

*

—Hemos llegado —dijo Nile.

Ante ellas se erigía el hogar del arma sagrada.

Sueño Invernal era un templo impresionante. Constaba de cinco torres en posición triangular donde la central era la más pequeña y en cuya base se ubicaba la entrada. El templo era de roca blanca, recubierta por una delgada capa de hielo milenario que le otorgaba un hermoso brillo.

—Y pensar que es el lugar de descanso de Ruletx —comentó Anneke.

—Viniste por Nieve Eterna y solo por Nieve Eterna —replicó Nile.

—Pero, ¿no te gustaría verla?

Era una pregunta valida, las historias decían que, con sus últimas fuerzas, Ruletx, la legendaria guerrera, hizo para sí una tumba de hielo donde se conservaría intacta hasta el fin de los tiempos.

—Solo, solo preocúpate por encontrar las hombreras —repuso Nile.

Anneke no iba a discutir. En la historia de las elegidas, hubo quien se dedicó completamente en buscar la tumba y no solo no la encontró, sino que tampoco se hizo con el arma sagrada. Es conocida como *la elegida a quien el arma castigó*.

—Vamos entonces —dijo.

—El guardián —murmuró Nile.

Ambas miraron hacia aquellas puertas de madera y bronce que alcanzaban los diez metros de altura y que no parecían fáciles de abrir por una sola persona.

—No entraré —aseveró su compañera.

—¿Qué? —Anneke lució sorprendida.

—No me corresponde entrar, solo a ti.

—Pero…

De pronto las puertas del templo se abrieron emitiendo un sonido que hizo eco en todas direcciones. Y tras estas un hombre alto, de cabellos plateados y ojos profundamente azules caminó hacia ellas. Llevaba una túnica parda, echa con piel de lobo y un collar de oro con símbolos antiguos, posiblemente de la época del nacimiento de la humanidad. Anneke se puso en guardia, pero Nile la tomó del brazo y meneó la cabeza. El hombre se paró frente a ellas.

—Interesante —dijo fijando la mirada en Nile. Tal vez sorprendido por ver a una niña ante el templo.

—Ella es Anneke Rohde —se apresuró a presentarla—. Elegida por…

—Sé quién es —interrumpió el hombre y la miró de pies a cabeza—. El arma te eligió, Anneke Rohde. Tu madre murió al darte a luz, tu padre te abandonó al poco tiempo y fuiste criada por tu abuela materna. Eres la primera en tu familia en ser elegida y la cuarta familia que obtiene el honor junto a la familia Ivaniuff, la familia Flore y la extinta familia Icecrown.

—Y tú eres el guardián del templo, Ryujhar —aseguró Anneke—. Llevas en la tierra más de mil años gracias a que los dioses te otorgaron el don de la inmortalidad.

Ryujhar sonrió divertido.

—Veo que aún dicen esas cosas sobre mí —comentó—. Elegida, no existe tal cosa como la

inmortalidad. Toda criatura en esta tierra puede morir.

—Como digas, Ryujhar —Anneke se paró firme—. ¿Dejarás que entre o no?

El hombre estiró los brazos emulando un abrazo.

—Por supuesto que sí —aseveró—. Por favor, ven conmigo.

Ryujhar se dio vuelta y comenzó a caminar hacia las puertas de Sueño Invernal.

—Bien —murmuró Anneke y miró a Nile—. Vamos.

—No —respondió ella.

—¿Vas a insistir con eso?

—Debes ir tú por el arma. Me corresponde esperarte aquí.

—Puedes venir, si deseas —intervino Ryujhar—. Como guardián doy mi consentimiento.

—Ves —Anneke regresó a ella—. No hay problema en que…

Nile miró con sombría expresión al guardián del templo. Pareció salir de su letargo y levantó la cabeza.

—Escúchame Anneke, cuando estés dentro debes confiar en tus instintos, hacer lo que creas correcto. No importa las tentaciones que se te presenten, debes ser fiel a quien eres… Estaré esperando tu regreso.

Anneke le sonrió.

—Hablas como toda una maestra.

—Lo sé —le devolvió la sonrisa—. A veces debo hacerlo.

Anneke tomó su hombro y asintió.

—Uhm —soltó Ryujhar y Nile le miró con cierto desprecio.

—Vamos —le dijo Anneke.

Cuando las puertas comenzaron a cerrarse se volvió para mirar a Nile, quien estaba de pie, viéndole con tranquila expresión.

«Es lo que debo hacer».

—Elegida —Ryujhar le habló con dócil tono—, no es de mi incumbencia, pero incluso para mí fue una sorpresa que aceptara a una niña como compañe…

—Es cierto —Anneke se apresuró a decir—, no es de tu incumbencia, guardián.

El hombre inclinó la cabeza en gesto de disculpa.

—Le ruego me perdone.

Se fijó en el gran salón en que se encontraba. Las paredes, el piso y el techo eran de piedra blanca y lisa, de carácter minimalista, ni un solo grabado, ni pinturas ni arte cualquiera. Nada más que piedra blanca y lisa. Al fondo se encontraba tres puertas, una tras otra. Ryujhar se paró en el centro del salón.

—Anneke Rohde, debe escoger.

Anneke se paró a su lado sin dejar de prestarle atención a las tres puertas.

—Oye Ryujhar, sabes cosas sobre mí, eso está claro. Entonces debes saber qué camino deseo recorrer.

Ryujhar entrelazó los dedos sobre el vientre.

—Me gustaría decir que sí, pero no. No puedo ver el interior de las personas. No puedo saber en qué están pensando o, en este caso, conocer sus verdaderos deseos.

Anneke le miró de reojo.

—Pero conociste a todas las elegidas. Hablaste con ellas como hablas conmigo ahora.

La expresión en el rostro del guardián dejó ver una cierta melancolía.

—Así es, conocí a todas las que te precedieron, desde Negif hasta Yarda Ivaniuff, cada una interesante a su manera, formadas como guerreras y elegidas por sus propias cualidades. Como

tú estuvieron en este mismo salón, frente a las puertas decidiendo qué camino tomar, conscientes del peso de sus decisiones. Algunas solo sintieron curiosidad, otras fueron más allá y las que se decidieron arriesgarse actuaron sobre seguro. Tuve el honor de verlas renacer como guerreras de Ruletx… casi a todas.

—¿Hablas de la elegida a quien el arma castigó?

—No me corresponde decir si el arma castigó o no a una elegida, pero sí, hablo de la única que no consiguió el arma sagrada, hasta ahora.

Anneke soltó un bufido.

—¿Supones que no lo lograré?

—Como dije, no me es posible conocer los verdaderos deseos.

La joven estiró los brazos por sobre la cabeza y contuvo la respiración por un corto momento.

—Sí, lo sé —exhaló—. Lo sensato es ir primero por Nieve Eterna y luego, con suerte, encontrar la tumba de Ruletx. De todas la única que encontró a Ruletx fue la única que obtuvo el don del hielo por completo.

Ryujhar le dejó ver una gran sonrisa.

—Me satisface saber que está informada, pero no puedo asegurar que guarde relación. El don del hielo es un misterio incluso para mí. Si usted consiguiera el don del hielo, sin visitar la tumba de Ruletx, sería una sorpresa, pero no una imposibilidad, aunque la historia diga lo contrario. Aunque no lo crea, mil años es un corto tiempo para dar una conclusión satisfactoria.

Ahora fue Anneke quien sonrió.

—¿Estás diciendo que encontrar la tumba no asegura nada?

El guardián señaló hacia las puertas.

—Tendrá que averiguarlo por su cuenta.

—Entiendo —Anneke caminos unos pasos y se volvió—. Es decir —apuntó hacia la puerta de la izquierda sin quitarle la vista de encima—. Primero fueron por Nieve Eterna —pasó a apuntar la puerta de la derecha—. Luego fueron en busca del lugar de descanso de la guerrera.

El guardián juntó las yemas de los dedos a la altura del mentón y comenzó a hacerlos rebotar unos contra otros.

—Mis deberes no contemplan decirle qué puerta es la correcta. Debe decidirlo por su cuenta.

Anneke entornó los ojos.

—No tienes que decírmelo —se volvió hacia las puertas—. Siento lo mismo que sentí cuando fui elegida. Puedo sentir las hombreras esperando por mí. Puedo sentir el poder de Ruletx que me hace estremecer. Estoy segura que fue lo mismo con las otras. Por eso no tuvieron problemas en elegir qué puerta tomar. Pero puedo sentir ese tercer poder —se giró hacia Ryujhar—. Seguramente el poder que sintió la elegida que no lo consiguió. ¿Me hablarás de eso o también es un misterio para ti?

El guardián pareció pensarlo por un momento hasta que dejó ver una condescendiente sonrisa.

—Elegida, permítame decirle, ya no es la niña a quien su abuela le contaba historias para dormir. Este templo, del que soy guardián, es el hogar de Nieve Eterna, destino obligado de las elegidas. El resto es enteramente su responsabilidad. Pero, si me permite darle un consejo, le diré que, si quiere creer en historias de cama, considere las decisiones que tomaron las que le precedieron.

—Lo hago, Ryujhar —respondió al instante—. Pienso en Negif y quiero lo mismo que ella. El don del hielo es demasiado tentador como para ignorarlo. Pero incluso Negif debió verse tentada por ese tercer poder. El tercer poder al que respondió la única que no lo consiguió —Anneke apuntó hacia la puerta del centro—. La única que se arriesgó a ir por Huevo del Dragón.

El guardián entrecerró los ojos.

—Permítame preguntarle, ¿es por eso que quiso hablar con Baba Yekai?

Anneke miró hacia el techo del salón, en los surcos de la piedra dibujaban perfectas líneas que se extendían en todas direcciones.

—Reconozco que sí —respondió—. Fui en busca de respuestas y obtuve la más importante.

El hombre volvió a entrelazar los dedos, esta vez por encima del vientre.

—Elegida, me tomaré la libertad de decirle esto. Los dragones de hielo fueron criaturas formidables. El aliento helado podía congelar cualquier cosa sobre la tierra. No había hombre, bestia mágica, demonio o gigante que pudiera con ellos. Pero se extinguieron hace mucho tiempo. Ahora son parte de las leyendas. Considere eso antes de precipitarse en su decisión.

Anneke ladeó la cabeza.

—No hablé de un dragón. Hablé de Huevo de Dragón —y colocó la mano sobre la empuñadura de la espada—. Y esas leyendas que mencionas también hablan de hombres con sangre de dragón corriendo por sus venas. ¿Te parece familiar?

El guardián primero miró su espada y luego miró sus ojos.

—Elegida, no está pensando con claridad —respondió con voz suave.

—Al contario, Ryujhar —Anneke sacó su espada—. Soy completamente consciente.

Ryujhar cambió a una dura expresión.

—¿Esta segura?

Anneke tomó la espada con ambas manos.

—Muy segura.

El guardián extendió rápidamente el brazo, con la palma de la mano en dirección a ella. De pronto Anneke sintió como su cuerpo entero fue congelado en un instante. Sin poder moverse y sin poder hablar solo atinó a balbucear con los ojos muy abiertos. Ryujhar caminó hacia ella y acarició su rostro.

—Anneke Rohde, decima elegida por Ruletx, en mi calidad de guardián de Sueño Invernal y en vista de sus intenciones, la condenó a muerte.

El hombre extendió el brazo, a la altura de su cuello y apuntó con el índice a la derecha de este, como si fuera a trazar una línea horizontal en el aire.

—Lo lamento profundamente.

Anneke se fijó en la silueta a sus espaldas.

«Yo no…».

Y cuando estuvo a punto de trazar la línea mortal, Ryujhar abrió los ojos y se giró rápidamente, pero era demasiado tarde. Nile corrió hacía él y alcanzó a clavarle el hacha en el cuello. El hombre trastabilló hacia un lado y una espesa sangre, más negra que roja, comenzó a brotarle de la herida. Pero se mantuvo en pie, levantó su mano contra ella. Nile saltó a un lado escapando del congelamiento. Anneke se supo capaz de moverse, tal vez por la confusión en el guardián. Levantó su espada y aprovechó que este estaba distraído para clavársela en la herida del cuello. El filo de su hoja atravesó carne y golpeó huesos, pero tampoco fue suficiente. Ryujhar giró el cuerpo y le golpeó con el antebrazo haciéndola caer de espaldas y deslizarse varios metros. Aturdida buscó recomponerse. El guardián estaba a punto de volver a congelarle, salvo que Nile terminó el trabajo.

La cabeza del guardián rodó por los suelos y su cuerpo cayó de rodillas para sentarse sobre sus tobillos con los brazos a cada lado.

—Es cierto —dijo Nile contemplando su cabeza—. Nadie es inmortal.

Anneke se levantó con un ligero dolor de espalda y tiritando por el frio al que fue expuesta.

—De demorar tan solo un poco más y habría dos cadáveres en esta sala —comentó buscando recuperar el aliento.

—No te quejes, tuve que esperar el momento exacto.

Nile se inclinó delante del cadáver y juntó la sangre del guardián. Se untó la sangre en el rostro como si de una máscara mortuoria se tratara. Tomó su hacha e hizo acostar aquel cuerpo. Le abrió el pecho de donde extrajo su corazón. Contempló el sanguinolento órgano y, como si reuniera valor, le dio una rápida mordida, masticando con avidez sin poder evitar hacer una leve arcada al pasar por su garganta. Le dio otra mordida y otra más. Anneke se limitó a observarla y no pudo negar que era una extraña visión ver a una niña comerse un corazón humano, aunque el guardián no era precisamente humano.

Cuando terminó, Nile se puso de pie, tomó aire y miró a su compañera.

—Estoy lista —dijo.

—Yo igual —le respondió.

Anneke se paró delante de la puerta de la izquierda y Nile delante de la del centro. Cruzaron miradas y asintieron, seguras de lo que iban a hacer.

*

La niña se limpió las lágrimas de las mejillas.

—¿Quién eres? —le preguntó a la mujer.

La mujer se acercó y con gentileza le limpió la sangre de los labios.

—Más importante que saber mi nombre es saber qué harás. ¿Dejarás que ese idiota se salga con la suya?

Anneke comenzó a temblar.

—Oso es más fuerte que yo —murmuró.

La mujer soltó un bufido.

—¿Oso? Vaya nombrecito —la tomó del rostro y su tacto fue cálido y reconfortante—. Entonces tendrás que ser más fuerte que un oso.

La pequeña sintió que estaba ante alguien especial, única y formidable. No tenía cómo asegurarlo, pero lo sintió en todo su ser.

—Más fuerte que un oso —murmuró.

La mujer la tomó de la mano

—Vamos —le dijo.

—¿A dónde? —preguntó ella.

—A dónde más. A la guarida del oso.

Cruzaron la aldea bajo el abrigó de la noche. Anneke le señaló la casa donde vivía el muchacho. Apoyadas contra una pared, la mujer observó la casa por unos instantes. Seguidamente le pidió a la niña que la esperase un momento. Se dirigió a unos establos, sigilosa y moviéndose entre las sombras, hasta que regresó con una barra de hierro entre las manos.

—Toma —le dijo.

—¿Qué debo hacer con esto? —preguntó la pequeña.

La mujer revolvió sus cabellos como si se tratara de una hermana mayor con su hermana menor.

—Lo que debes hacer —le respondió.

Dejó a la niña y se dirigió a la casa. Anneke observó cómo se asomó por la ventana, como hizo gestos con las manos hacia el interior y como pasó a esperar detrás de una pared.

Inmediatamente vio a Oso salir de la casa para hablar con ella.

Entonces vio como la mujer le daba un beso en los labios y Anneke se sorprendió a la par que se sintió incomoda. Desconcertada, esperó paciente y curiosa. La mujer le señaló al muchacho como para dirigirse hacia unos establos y comenzaron a caminar.

“Lo que debes hacer”.

La niña tragó saliva y comenzó a temblar. Los vio caminar tomados de la mano, como si la mujer le hubiese hechizado con su belleza. Entraron a uno de los establos. Se asomó a la puerta y vio como el muchacho torpemente acariciaba sus pechos. La niña se sintió aturdida, no sabía exactamente qué hacer. Se aferró a la barra de hierro y consideró en marcharse. Quería hacerlo y más cuando la mujer comenzó a desnudarlo.

Mucho más cuando comenzó a acariciar su pene.

Anneke estuvo a punto de echarse a correr cuando encontró los ojos de la mujer, como dos llamas verdes brillando en la oscuridad. De pronto recordó lo que el chico le había hecho, el dolor y la impotencia que sintió. Recordó las lágrimas y la sangre, la burla y la vergüenza. Apretó los dientes y se acercó lentamente. Los ojos de la mujer brillaron con más intensidad y una sonrisa se dibujó en su bello rostro.

Le dio un beso a Oso en la mejilla y retrocedió unos pasos.

—¿Qué sucede? —preguntó el gigantón.

Anneke levantó la barra y lo que al principio le pareció pesada ahora era como si fuera una extensión de su cuerpo. Y en su mente solo hubo espacio para la imagen de Oso, riendo grotescamente.

Lo golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas produciendo un ruido seco. El chico apenas si gimió de dolor antes de caer al suelo. Le dio otro golpe y otro más. Cabeza, cuello, espalda… no importaba dónde, se dejó llevar, simplemente no estaba pensando.

Y hubiera continuado si la mujer no hubiese sostenido la barra cuando estaba en lo alto.

—Suficiente.

En ese momento Anneke se percató de lo que había hecho. Oso estaba cubierto de sangre, la misma que formó un charco a su alrededor. Su cabeza era un revoltijo de cabellos y carne expuesta, sus ojos estaban en blanco y su lengua se asomaba por la boca, debajo de una destrozada nariz.

La niña se cubrió la boca y comenzó a sentir arcadas y ganas de gritar.

—Yo —balbuceó—. Yo, yo…

La mujer la tomó por las mejillas y apoyó su frente contra la suya.

—Sí, tú…

*

Al instante supo que estaba recorriendo los escalones de una de las torres. La escalera rodeaba un gran pilar de piedra que parecía no acabar. Anneke continuó subiendo hasta que vio un arco al final de los escalones. Al pasar por el arco se encontró en una pequeña habitación con tres puertas de bronce. Cerró los ojos, se concentró en nada más que las puertas. Cualquier sonido, cualquier sensación serviría. Abrió los ojos y tomó la puerta de la derecha. Otra vez se topó con escalones y el pilar de piedra. Debía guiarse de sus instintos y sin pensarlo demasiado continuó subiendo, sin prestarle atención a la fuente de luz a pesar de que no había ni una sola ventana. Nuevamente un arco pequeño y nuevamente una habitación con tres puertas. Esta vez no necesitó meditarlo, tomó la del centro y continuó subiendo.

Era imposible que se tratara de la misma torre, pero tratar de encontrarle lógica no serviría de nada, tampoco el calcular cuán alta era o cuánto llevaba recorrido. Continuó subiendo hasta que se sintió un poco cansada. Aminoró el paso y contempló la idea, por un momento, de haberse equivocado.

«No, Nile está haciendo su parte. Yo debo hacer la mía».

Continuó como se lo propuso y alcanzó otro arco de piedra. Y sobrecogida contempló una pequeña laguna de aguas cristalinas y peces de vistosos colores que nadaban tranquilamente. Por sobre la laguna un techo de cristal que dejaba pasar los rayos del sol, iluminando cada rinconcito del salón. Y en medio de la laguna, sobre un altar, la legendaria piedra, Madre, en cuya cima descansaba el arma sagrada, Nieve Eterna.

Tomó aire, conocía la historia de Madre, sabía que la piedra no le dejaría acercarse si no la consideraba realmente digna. Desconocía que método utilizaría para juzgarla, pero fuera lo que fuera estaba lista a afrontarlo. Comenzó a descender los escalones, sumergiéndose hasta casi los muslos. Se movió lentamente buscando no agitar demasiada las aguas. Subió los escalones del altar y posó su mano sobre la piedra.

—Madre, me presento ante ti. Mi nombre es Anneke Rohde y fui elegida para ser la portadora de…

Pero antes de que pudiera completar la frase sintió como si fuera arrojada hacia arriba. Todo se tornó blanco y confuso. Iba a demasiada velocidad y se dio cuenta que ahora estaba cayendo. El blanco del entorno comenzó a dejarle ver formas, nubes, nieve. Nieve aproximándose…

Cayó, pero no con la violencia que esperaría de una gran altura. Rodó como si hubiese saltado una pequeña colina cuesta abajo. Se sacudió la nieve del abrigo de piel y se percató de su entorno. Ante si se abría un paisaje blanco, con montañas cubiertas de nieve. No podría saber dónde se encontraba en dirección respecto al templo o cualquier lugar de las tierras heladas del sur. Miró a sus espaldas y notó, asombrada, un gran muro de hielo y roca que se perdía entre las nubes.

—¿Qué es eso? —preguntó al viento.

Pero su pregunta iba dirigida a Madre. Fue la legendaria piedra quien le envió a los pies de ese gran muro de hielo y roca. Y al observarla a detalle, cómo se extendía en ambas direcciones hasta donde daba la vista, consideró la posibilidad de estar ante algo extraordinario. Imposible que los hombres hicieran eso, no había registros, crónicas o leyendas sobre ningún muro al sur del mundo. Desconcertada contempló la idea de escalarlo. Una locura, tardaría demasiado si es que la caída no la mataba. Era una elegida, pero no era inmortal.

La cabeza del guardián rodando sobre el salón asaltó su mente.

—¡Madre!, ¡¿qué es lo que deseas mostrarme?! —exclamó y se paró mirando hacia el muro —. ¡¿Esto?! ¡¿Tengo que hacer algo?!

No hubo otro sonido más que el viento silbando a sus oídos. Sin embargo, ella necesitaba hacer algo, cualquier cosa. Sacó su espada y comenzó a caminar hacia el muro. Debían ser unos doscientos metros hasta su base.

De improviso le estremeció el eco de un estruendoso sonido a sus espaldas. Al volverse vio una intensa luz azul a la distancia, que salía de la tierra y se fundía con el cielo. Era una columna de “energía” que dividía el horizonte en dos. Anneke calculó que la fuente de aquella luz estaba a varios kilómetros de distancia y que a pesar de eso su brillo era tan intenso que resultaba sobrecogedor.

Salvo que escuchó el sonido del hielo quebrándose.

Giró para ver hacia el muro y una grieta serpenteaba hacia abajo, como un río que le ganaba

terreno a la tierra. A medida que la grieta descendía, el sonido del hielo quebrándose le hizo estremecer. La grieta se detuvo y hubo un momento de calma. Anneke sintió como su cuerpo perdía fuerzas, sostuvo la espada con ambas manos y esperó a lo que fuera.

De pronto otro gran estruendo, como si algo se rompiera dentro del muro. La golpeó una ráfaga de aire que la arrojó varios metros sobre la nieve. Cuando se recompuso, una neblina fria colmaba todo a su alrededor.

El sonido de pedazos de hielo y roca cayendo la pusieron en alerta. Con la cortina que se formó con la nieve no podía ver nada, pero su instinto de supervivencia le gritaba que se echara a correr. Hizo caso omiso a lo que su cuerpo le mandaba y se quedó inmóvil, con la espada entre las manos y entrecerrando los ojos. Vio algo brillar, un par de puntos rojos que luego se multiplicaron. Inmediatamente un silbido mudo y al ver hacia arriba vio bloques de hielo volando por los cielos en dirección a ella.

Corrió para esquivar uno y saltó para esquivar otro, pero otro cayó muy cerca y los restos le golpearon en el estómago y pecho arrojándola hacia atrás para ser atrapada en una avalancha de nieve.

*

Su abuela estaba tejiendo junto al fuego. Se volvió a verle y le regaló una agradable sonrisa.

—Anneke —dijo—, comenzaba a preocuparme.

Tuvo deseos de llorar, pero alcanzó a contenerse. Su abuela pareció darse cuenta. Su rostro mostró una sincera preocupación.

—¿Qué pasa, hija?

La pequeña murmuró.

—Me robaron el pan.

Su abuela dejó la costura a un lado y se acercó para abrazarla. Su abrazó fue cálido y reconfortante.

—¿Viste quién lo hizo?

Anneke negó restregando su rostro contra su pecho.

—Yo, yo...

La anciana acarició sus cabellos.

—Oh, mi niña. Debiste pasar un mal rato. Ve a descansar. Mañana me ocuparé de ese asunto.

Miró a su abuela, a ese rostro lleno de arrugas y volvió a negar.

—No importa —dijo—. Ya no importa.

Se dirigió en silencio a su habitación y se acostó al instante. Sabía que su abuela la observaba desde el umbral de la puerta, pero al mismo tiempo sabía que no le haría más preguntas hasta el día siguiente, cuando se hubiese calmado. Así era ella, era la mejor para saber cuándo preguntar.

Y como lo sospechó, su abuela se sentó a su lado temprano en la mañana.

—¿Ahora sí quieres contarme qué pasó?

Anneke se irguió sobre la cama y miró la nieve sobre el vidrio de la ventana. La contempló por un instante y antes de que se diera cuenta lágrimas caían por sus mejillas.

—Maté a alguien —dijo—. Al hijo de los Bergder, al que le dicen Oso. Fue quien me robó el pan.

Su abuela se quedó en silencio, por un momento, con los ojos muy abiertos y una expresión de asombro. Pareció reaccionar y tomó su mano.

—¿Estás segura de eso?

Anneke asintió lentamente.

—Lo golpeé con una barra de metal hasta destrozarle la cabeza.

—¡Mi niña! —la anciana se apresuró a abrazarle—. No te preocupes, no eres una mala persona, los dioses lo saben. Observaron todo y entienden porqué lo hiciste.

—Había una mujer —agregó la niña.

—¿Una mujer?

—Fue como si apareciera de la nada. Era alta, rubia, de unos bonitos ojos verdes y de rostro muy hermoso. Ella fue quien… —recordó la escena en el establo y escondió la mirada.

La anciana la tomó de las mejillas y levantó su cabeza.

—¿Fue ella quien te pidió que lo mataras?

Anneke esquivó los ojos de su abuela.

—No lo dijo con palabras, pero me entregó la barra y…

Su abuela se puso de pie y se cubrió la boca con la mano.

—Por los dioses…

La niña trató de recordar. Después de que terminara con la vida del muchacho todo se volvió confuso. Recordó sus palabras antes de volver a desaparecer entre las sombras de la noche.

—Pero sí me dijo algo. Me dijo que me había elegido.

*

Desesperada salió de las aguas y tomó aire. Estaba otra vez en el salón pequeño ante la piedra, pero sobre la piedra ya no estaba Nieve Eterna. Al fijarse, aun confundida por lo que acababa de pasar, notó que el arma sagrada estaba sobre sus hombros. Cada hombrera constaba de una pieza semiesférica de acero antiguo con relieves de oro que llegaba hasta medio brazo.

—Pero qué…

Mas no hubo tiempo para pensarlo. Las aguas comenzaron a moverse de un lado a otro, las paredes se remecieron y el techo de cristal comenzó a resquebrajarse. Se apresuró a levantarse y corrió hacia el arco, que ahora tenía una puerta. Al volverse vio los cristales caer sobre las aguas junto con bloques de piedra que destrozaron el piso. Se apresuró a cruzar la puerta y se encontró en el salón donde yacía el cuerpo del guardián.

«¡Nile!».

Se dirigió a la puerta del centro, pero antes de abrirla fue Nile que la abrió desde el otro lado.

—Vamos —dijo ella sin contemplar mayor conversación.

Corrieron hacia la salida mientras el techo se caía a pedazos. Esquivaron una enorme piedra, saltaron sobre otra y a sabiendas que no podrían mover el enorme bloque de madera y bronce de la puerta se dirigieron la puertecilla que utilizó Nile para entrar sin que Ryujhar se diera cuenta. Para Nile fue más sencillo que para Anneke, que tuvo que arrastrarse corriendo el riesgo de ser aplastada. Una vez fuera, corrieron para alejarse del templo.

Cuando se alejaron lo suficiente Anneke reconoció la luz azul brillante rodeando a Sueño Invernal mientras las torres caían pedazo a pedazo. La luz se extinguió cuando no quedó más que polvo y nieve donde una vez estuvo el templo.

Nile miró sus hombros y su rostro se llenó de orgullo. Colocó la mano sobre su propio pecho y declaró.

—Lo conseguimos.

Anneke miró a las hombreras, regresó a la nube de polvo y nieve y lo que estaba más allá.

—Creo que hicimos algo terrible...

Ferd 11

Corrió hacia el árbol tan rápido como pudo temiendo lo peor. En un arranque de rabia la había dejado sola. La pequeña se negó a seguirle y simplemente la dejó a sabiendas de lo temeraria que era. Y cuando el día estaba por terminar no había regresado a casa y fue cuando supo que cometió un error.

Sus frenéticos pasos lo llevaron al árbol, pero ella no estaba por ninguna parte.

Revisó por los alrededores esperanzado de que estuviese escondida. La pequeña era muy pícara y gustaba de jugarle bromas. Deseó con todas sus fuerzas que ella se levantase de entre los matorrales cercanos o saliera de detrás de las rocas buscando sorprenderle. Pero nada. Tuvo que enfrentar entonces lo que no quería enfrentar: asomarse por el acantilado.

Y allí estaba, tan cruel imagen, cubierta de sangre.

*

Escuchó el chillar de las bisagras y la luz, que entró junto a esos hombres, le alumbró completamente. Y con la luz regresó el dolor de las cadenas aprisionándole las muñecas y estirando sus brazos hacia ambos extremos de la celda imposibilitando, a su vez, caer de rodillas. Levantó la cabeza lentamente y la luz le cegó por unos instantes. Los hombres, sin decir nada, quitaron las cadenas dejándolo al fin caer al suelo. La fría roca se sintió muy bien haciéndole desear quedarse allí por un tiempo, por toda la eternidad si fuera posible. Pero sintió unas manos tomándolo de los brazos y cómo comenzaron a arrastrarle hacia la luz.

Ferd tenía la mente en blanco. No podía recordar dónde se encontraba o lo que pasó los últimos días. Era como un muñeco vacío, incapaz de coordinar idea alguna o entender su entorno. Solo se dejó arrastrar por largo rato, bajando unas escaleras hasta que lo acostaron sobre algo parecido a una cama de piedra. Ataron nuevamente sus manos y uno de los hombres le revisó un ojo.

—¿Está consciente? —escuchó preguntar.

—Apenas —respondió alguien—. Diría casi muerto.

—Que pérdida de tiempo —chistó el primero—. Deberíamos enfocarnos únicamente en la mujer.

—Liak cree que tiene potencial y Rubitan confía en él.

—¡Y porque ese chico lo dice vamos a gastar el tercer Reforma!… Una estupidez.

—Deja de quejarte y comencemos de una vez.

Ferd meció la cabeza apretando los ojos y abriéndolos. Notó que los hombres vestían túnicas blancas, los dos eran calvos y altos, de rostros duros y ojos trasnochados. Quiso levantarse, pero los amarres en manos y piernas se lo impidieron. Vio que los hombres se colocaban tanto a la cabecera como al pie de la cama de piedra. Buscó preguntar qué estaba sucediendo, pero solo se escuchó un balbuceo. Los hombres comenzaron a recitar una especie de mantra en un idioma desconocido. Fueron subiendo la intensidad, poco a poco, como si estuvieran invocando a alguna criatura mágica de las leyendas. Ferd alcanzó al fin a preguntar qué estaba sucediendo cuando uno de los hombres, sin dejar de recitar la oración, le colocó una joya azul sobre el pecho. Ferd levantó, lo mejor que pudo, la cabeza y vio que la joya se asemejaba a un diamante de bonito

brillo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Pero los hombres no se detuvieron, al contrario, abrieron los brazos e intensificaron aun más los rezos.

—¡Ya basta!, ¡déjenme ir!

Los hombres levantaron las manos y las túnicas se remangaron dejando ver una serie de tatuajes en sus brazos.

—¡Ya basta!, ¡díganme quienes son ustedes!

Y lo recordó, recordó el engaño del Puta Vida, como llegaron a esa isla y como los tomaron prisioneros.

—Vania —murmuró.

Y recordó haberla visto desnuda, con el rostro vendado, acostada en una cama de piedra semejante a donde estaba.

—¡Malditos!, ¡¿qué le hicieron a Vania?!

Los hombres juntaron las manos y el rezo pareció tomar otro matiz. Se volvió como más ceremonial, como si esperaran que algo sucediese.

—¡Maldi…!

De pronto sintió como si el pecho le ardiese. Levantó la cabeza y vio como aquella joya azul se incrustaba en el mismo, como si su piel se hubiese vuelto como arena. Comenzó a retorcerse, a gritar y apretar los dientes. El tormento se prolongó hasta que la joya terminó por incrustarse y los hombres se callaron.

Un viento sopló en el salón, un viento que pareció venir de ninguna parte. Las llamas de las antorchas bailaron y hubo un enloquecedor silencio.

Todo se tornó en una profundad oscuridad.

Y de pronto se encontró flotando sobre el mar, como ave al vuelo, a una velocidad tal que nunca había experimentado. El mar dio paso a arenas blancas y estas a árboles de altas copas. Los árboles pasaron debajo de él cubriendo montañas con un manto verde. Los árboles dieron paso a una ciudad que no conocía, muy diferente a cualquier ciudad en la que hubiese estado. Las casas eran construcciones de piedra, con techos terminados en punta de lanza. Vio un enorme castillo de un blanco tan reluciente que parecía brillar. El castillo era una construcción extraordinaria, del doble del tamaño del castillo de Rocasangre y con torres tan altas que alcanzaban a las nubes. Comenzó a descender en picada, tan rápido como águila que se abalanza sobre su presa. Parecía dirigirse a un jardín dentro del castillo, a un hombre en medio de ese jardín. El hombre levantó la cabeza y vio unos centellantes ojos rojos acompañados de una media sonrisa.

Ferd abrió los ojos y tomó aire, como si saliera a la superficie después de estar en las profundidades del océano. Se dio cuenta que estaba otra vez en la celda, pero esta vez sin cadenas que le sujetasen. La luz del sol se filtraba por una pequeña ventana con barrotes en medio del techo, las ratas mordisqueabas los dedos de sus pies y trató de comprender.

—¿Qué fue eso?

Miró a su alrededor, la puerta de madera de la celda que parecía irrompible y las voces al otro lado. El ambiente opresor al que estaba sujeto, la sensación de que estaba olvidando algo importante.

«¡Vania!».

Trató de levantarse, pero sus piernas flaquearon. Se dio cuenta que no tenía fuerzas así que una simple tarea como ponerse de pie le fue imposible en ese momento. Soltó un quejido cuando

sintió el dolor en el pecho y al revisarse no encontró cicatriz alguna, a pesar de que recordó como esa joya azul se introdujo en él. Desde la ventanilla de la puerta se asomaron unos ojos. Frunció el ceño para inmediatamente retirarse.

—¡Espera!

Después de mucho intentarlo consiguió ponerse de pie y, tambaleante, alcanzó la puerta. Miró por la ventanilla y vio las antorchas de un corredor al que no alcanzaba diferenciar su extremo ni a persona alguna. Golpeó la puerta y gritó buscando que cualquiera respondiese. Estuvo así por unos momentos hasta que se dio vuelta y revisó a su alrededor. Fue claro que no había manera de salir más que por esa puerta, cosa que le trajo un amargo recuerdo. Escuchó unos pasos y al ver por la ventanilla notó unas sombras acercándose. Rápidamente se apoyó contra la pared, al lado de la puerta y esperó. Escuchó la llave siendo colocada y como la puerta se abría emitiendo un sonido como si los huesos se quebrasen.

El primero en entrar fue uno de los hombres de túnica blanca que le llevo a aquel salón de la cama de piedra. En cuanto entró intentó abalanzarse, pero el segundo hombre le empujó con fuerza haciéndole caer en el centro del calabozo.

—Aún está vivo —escuchó decir al que le empujó.

—Y con las fuerzas suficientes —agregó al que intentó atacar. Este se inclinó ante Ferd y le preguntó—. Oye, ¿sientes algún cambio?

—No le hables —intervino el otro—. Comenzará a chillar.

Un cumulo de imágenes asaltó su mente y Ferd fue capaz de reconocer esos rostros. Aquellos hombres llevaban torturándole desde hacía tiempo, arrastrándolo por los pasillos y acostándolo sobre esa cama de piedra. Pero no importaba lo que hicieran con él. Era ella quien importaba.

En algún lugar de esa isla estaba Vania y necesitaba encontrarla.

—¡Malditos!, ¡¿dónde está?!, ¡¿qué hicieron con ella?!

—Te lo dije —repuso el que estaba atrás.

El hombre que estaba a su lado tomó aire, bajó la cabeza y de improviso le dio un puñetazo en el rostro que lo dejó aturdido. Y aun en ese estado vio cuando este sacó un cuchillo.

—La mujer de la que hablas —dijo—, a la primera Reforma fue capaz de curar sus heridas. Tú tienes tres —le hizo un corte en el hombro que apenas sintió—. Si esa herida no es capaz de curarse como con tu amiga —se inclinó a su rostro y le susurró—, yo mismo me encargaré de abrirte el pecho y sacar las joyas.

Lentamente Ferd se levantó. El sabor de la sangre le era ya tan familiar que no le molesto tragar una buena porción. Aun así, escupió a un lado y le miró con odio.

—Si la lastimaron, voy a…

—¿Qué vas a hacer? —el hombre extendió los brazos—. Aquí estamos, tienes la puerta abierta. Si quieres ir por ella, mátanos.

—Laiken, que estás… —intervino el segundo hombre.

—¡Ya basta de tonterías!, Gefek —repuso Laiken—. Me cansé de perder el tiempo —regresó a Ferd—. En este preciso momento tu amiga está pasando por un dolor que no puedes ni imaginar. ¿Quieres ir en su ayuda? Muy bien, mátanos.

—¡Laiken! —Gefek le tomó del hombro—. ¡No es lo que ordenó Rubitan!

El hombre hizo a un lado su mano y endureció el rostro.

—Rubitan escucha a ese chico como si su palabra fuera sagrada —bramó—. Y el chico nunca aceptará que se equivocó con él.

—No nos corresponde a nosotros decidirlo.

—Sí nos corresponde. Nos corresponde poner a prueba a este bastardo y es lo que estamos

haciendo —amenazó a Ferd con el cuchillo para luego arrojarlo a sus pies—. Muy bien, infiel malnacido, ¿dejarás que sigan torturando a tu amiga o harás algo al respecto?

Ferd sintió como los vellos de la piel se le erizaban. Solo imaginar que Vania estuviese pasando por un tormento le descontroló. Miró el cuchillo y no lo pensó demasiado. Se inclinó para tomarlo, pero al instante Laiken le pateó en el rostro, haciendo que cayera al suelo.

—Mátanos —dijo este apretando los puños—. Encuentra la manera.

Gefek se adelantó, tomó el cuchillo y lo guardo en el cinto. Seguidamente caminó hacia la puerta.

—Vigilaré que nadie se acerque.

Laiken asintió y se abalanzó contra Ferd. Le tomó del cuello y comenzó a estrangularlo.

—Haz algo o serás tú el que muera. No salvarás a tu amiga. Morirá como un gusano. La torturaremos hasta que no sea más que una masa de carne y…

—¡Ah! —exclamó Ferd y le hizo a un lado las manos para intentar abalanzarse.

Pero Laiken reaccionó más rápido y con un puñetazo le hizo caer a un lado. Y, estando en el suelo, comenzó a darle patadas.

—Maldito infiel. No sirves para nada.

—¡Laiken! —le dijo Gefek.

—¡¿Qué?! —preguntó impaciente, pero sus ojos se volvieron como lunas blancas cuando vio a *ese chico* observándole con condescendencia.

—Hermano Laiken, ¿qué hace?

Laiken retrocedió unos pasos y respondió nervioso.

—Hermano Liak, yo… yo solo quería que liberara su poder.

Ferd, con los ojos entreabiertos, escupió una buena porción de sangre junto con uno de sus dientes. Reconoció al muchacho al instante y sintió enfurecer, pero estaba demasiado adolorido para intentar siquiera ponerse de pie.

Liak caminó hacia él con las manos en la espalda y examinándole de pies a cabeza.

—Entonces decidió desobedecer mis órdenes —comentó con relajada actitud—. ¿Es lo que me está diciendo, hermano?

Y Laiken pareció encontrar algo en los ojos del chico que le hizo temblar como un niño a quien descubrieron. En toda la confusión, Ferd notó su miedo. El temor a algo que esos hombres podían ver.

—Por supuesto que no, hermano —se apresuró a responder—. Discúlpeme, fue un impulso que no pude contener.

Liak palmó su hombro y cuando lo hizo el hombre tuvo un sobresalto. Sin embargo, el chico estaba sonriendo.

—Me da gusto que reconozca su falta. Quiere decir que falta más entrenamiento, ¿está de acuerdo conmigo?

Laiken asintió con el sudor bañándole el rostro.

—Sí, sí hermano…

—Usted también, hermano Gefek —agregó mirándole de reojo.

—Sí, sí hermano —respondió el que temblaba en la entrada.

Liak regresó a colocar las manos en la espalda.

—Bien, por favor, déjenme a solas con Ferd.

Los hombres hicieron una reverencia y se retiraron en silencio, como si su vida dependiera de ello. Liak arrastró una silla y se sentó frente a él.

—Lamento que hayan sido tan rudos —se disculpó—. Los hermanos pueden ser poco

pacientes cuando se trata de la experimentación. Eres el segundo que recibe tres reformas y sobrevive. ¿Cómo te sientes?

Ferd apretó los dientes.

—T-tú, tú —balbuceó—. Me engañaste.

—Sí —respondió el muchacho—. También lamento eso. Hay una explicación.

Ferd intentó incorporarse, pero las patadas en el estómago seguían latentes. Mas encontró la forma de expresarse mejor.

—No me interesa escuchar lo que tengas que decir —gruñó—. ¿Dónde está? Si le hicieron algo les juro que…

—Vania Earthquake se encuentra descansando en su celda —repuso Liak—. Los hermanos están emocionados. Hasta ahora nadie había respondido tan bien a la experimentación como lo viene haciendo.

El rostro de Vania invadió su mente, junto a la desazón y rabia de no poder protegerla. Se acostó imaginándola en esa fría celda, esperando que vaya a su auxilio.

—Liak —dijo con voz calma—. Haré lo que sea, pero déjenla ir. Por favor, solo déjenla ir.

El chico volvió a sonreír.

—Me da gusto que digas eso…

Era necesario. Estaba claro que atacarlo no serviría de nada, solo sería una venganza vacía. No, si quería liberar a Vania debía ver más allá sin que eso significase caer en su juego. Y el chico era de cuidado. Se lo dejó en claro cuando le engañó completamente.

Y ahora…

—Toma —dijo Liak alcanzándole una botellita con un líquido desconocido.

—¿Qué haces?, ¿es otro truco tuyo?

—No es ningún truco. Estás débil, te han golpeado y no has estado alimentándote adecuadamente.

Ferd frunció el ceño y se quedó en silencio observando con atención esos pequeños ojos. Liam se rascó la nariz, le quitó la tapa a la botella y pareció beber un sorbo. Se humedeció los labios y volvió a ofrecerle la botella.

—Bebe.

Ferd recibió la botella y bebió su contenido. El sabor fue amargo y le ardió al pasar por su garganta. Tosió varias veces.

—Quiero verla —dijo cuando pudo.

—La verás —respondió Liak—, pero para eso debes escucharme.

Ferd se concentró nuevamente en sus ojos. Seguidamente se arrastró hasta la pared y apoyó la espalda.

—Habla…

Liak se tronó los dedos a la altura del pecho y comenzó...

—La Hermandad de la Nueva Tierra se formó a partir de sacerdotes exiliados que estaban dispuestos a seguir las enseñanzas prohibidas del maestro Retiken. Retiken aseguraba que existían unas joyas a las que llamo: Joyas de la Reforma, capaces de dotar, a quienes fueran dignos, habilidades que estaban por encima de cualquier cosa conocida. Imaginarás que los sacerdotes de la época no vieron con buenos ojos lo que aseguraba y lo condenaron a morir. La mayoría de sus escritos fueron quemados y sus alumnos perseguidos. La hermandad se formó de aquellos sobrevivientes quienes buscaron las dichosas joyas. Hace unos años Rubitan aseguró haber dado con las Reformas. Nunca explicó dónde ni cómo las consiguió. La hermandad tomó nuevos aires y gracias a ese hallazgo es que se comenzó la tarea de encontrar a esa gente

extraordinaria capaz de liberar el poder de su interior.

—Es por eso que comenzaron a raptar gente —aseveró Ferd—. Por eso es que esos bandidos nos vendieron a ustedes. No importa lo que digas, somos sus prisioneros.

El muchacho se pasó las manos por los cabellos.

—Te dije que tenía quince años, ¿verdad?

Ferd entrecerró los ojos.

—Sí, eres solo un niño y a pesar eso…

—A pesar de que soy un niño los hombres que estaban aquí me temen. ¿Te preguntaste por qué?

Ferd recordó la escena cuando encontró a Vania.

—Porque Rubitan confía en ti y podría apostar que es el líder de todos ustedes.

El muchacho se acomodó a su lado y levantó la vista hacia arriba.

—No, es porque tengo cinco reformas en mi interior y aún estoy vivo.

Ferd contuvo el aliento al pensar en el dolor que sintió cuando la joya ingresó a su pecho. Los hombres dijeron que él tenía tres en su interior, aunque no recordaba las otras dos. Y ese muchacho tenía cinco.

—¿Eso te hace especial? —le preguntó.

Liak sonrió.

—No, no es imposible que alguien soporte tener un número de Reformas en su ser, pero no servirá de nada si no es capaz de liberar su poder —estiró la palma de la mano hacia delante—. Yo fui el primero —y cerró la mano en puño. Y la puerta de la celda se cerró al unísono con tal fuerza que pareció haberse partido en dos.

Sobresaltado por el ruido, Ferd trató de comprender qué truco acababa de ejecutar. Liak mantuvo la mano en su dirección y al extender los dedos, la puerta se abrió con la misma lentitud.

Ferd se aclaró la garganta.

—Realmente te gusta jugar…

Liak se inclinó hacia atrás.

—Hace unos años experimentaron conmigo. Pasé por un sufrimiento mayor del que te imaginas —el chico se miró la mano—. Decidí unirme a la hermandad con la esperanza de encontrar a otros como yo. Fue difícil, estaba por perder las esperanzas —pasó a inclinarse hacia delante—. Hasta que llegaron ustedes.

El brebaje en la botella tuvo que surtir efecto porque Ferd se sintió con la capacidad de ponerse de pie. Ante él, apretó las manos y entrecerró los ojos.

—Somos gente común —aseveró—. Yo solo soy un vendedor de camarones en el mercado de mi pueblo y Vania solo es una chica con mucha curiosidad. Ella quería conocer que había más allá del horizonte y yo la acompañé porque quería cuidarla. Nos engañaron unos bandidos y terminamos… aquí. Ahora, lo único que quiero es llevarla de regreso a casa.

Liak se puso de pie y entrelazó los dedos a la altura del estómago.

—No es lo que vi —aseguró.

—¿De qué hablas? —preguntó Ferd.

—Tuve un sueño —continuó el chico, luego de tomar aire—. En el sueño los vi a ustedes. Vi que eran como yo. Vi la grandeza de lo que les espera en ese horizonte que quieren alcanzar…

—¡Estás equivocado! —bramó Ferd—. ¡No somos como tú! ¡Solo queremos regresar a casa!

Liak ladeó la cabeza.

—¿Estás seguro que puedes hablar por ella?

Ferd sintió enfurecer.

—Mientras hablo contigo, Vania está sufriendo en algún lugar de esta maldita isla. Sí, estoy seguro que es lo que más desea ahora mismo.

El chico se frotó la sien.

—Sí, es cierto, ella ha tenido que pasar por… pruebas, al igual que tú y yo, pero fue para liberar su poder —de pronto cambió su calmada expresión por una de júbilo y estiró los brazos —. Un poder que vi en el sueño. Un poder que despertó en ti, pero que aún no te has enterado.

Ferd reunió fuerzas. Su cuerpo estaba débil, pero encontró las fuerzas y lo tomó del cuello.

—No te tengo miedo —le dijo mirándole a los ojos—. No me importa qué soñaste. No me importa de lo que seas capaz. Solo me interesa que liberen a Vania.

El muchacho le tomó de la muñeca y cerró los ojos.

—Mírate el hombro —le comentó.

Ferd se miró el hombro y, sorprendido, notó que la herida que Laiken le propició con el cuchillo no sangraba más y parecía comenzar a cerrarse.

—¿Qué? —preguntó al aire.

Liak retiró con gentileza su agarre y le tomó de la mano.

—El poder está en ti, Ferd, solo debes saber cómo usarlo.

—Ya basta… No voy a escuchar una pala…

—También está en ella, esperando a que tú le ayudes a despertar.

Ferd volvió a encolerizarse.

—Maldito se…

Y cuando estuvo a punto de tomarle nuevamente del cuello, el muchacho se hizo a un lado. Y, antes de que se diera cuenta, estaba a varios metros de él.

—La liberarás —dijo entrelazando los dedos—. Pero debes llegar a ella.

Liak hizo un gesto con la cabeza y comenzó a caminar hacia la puerta. Ferd apretó los puños.

—¡No volveré a caer en tu engaño! —exclamó.

—No es un engaño —respondió el muchacho girándose para verle—. Debes salir de aquí. Ve por ella y cuando lo hagas, recuerda que estoy de su lado. Yo también quiero conocer lo que hay más allá del horizonte.

—¡Espera!

Pero su pedido no le alcanzó. El muchacho cerró la puerta a sus espaldas y se marchó por ese corredor. Ferd volvió a gritarle desde la ventanilla, mas fue un acto inútil. El silencio se hizo presente.

—Ir por ella —murmuró.

Se miró el hombro. Debía reconocerlo, a pesar de la golpiza estaba de pie, apenas adolorido. Tal vez era cosa del brebaje que tomó o estaba relacionado con la herida en su hombro que estaba sanando demasiado rápido. Lo cierto, en ese momento, es que se sentía de fuerzas renovadas, con muchas preguntas rondándole la cabeza.

«¿A qué se refería?».

Pero se trataba de Liak, no podía ignorar ese hecho. Bien podría ser un truco de su parte, como cuando le engañó. Miró la puerta, miró los barrotes en lo alto de la celda y se preguntó cómo se suponía que saldría de allí. La única forma de salir sería que ellos así lo quieran o que estuviese muerto.

«Muerto…».

No, tomaría demasiado tiempo y el engaño tendría que ser muy elaborado. Se sentó apoyando la cabeza contra la pared y pensó en lo que podría hacer. Liak habló de un poder que despertó en

él, aunque no se sentía especial, más que lo de haberse recuperado con rapidez. Se miró la mano abierta, miró la puerta y recordó lo que hizo. Cerró el puño y luego lo abrió. La puerta siguió cerrada.

—Eres un idiota —murmuró.

Pensó en Vania, en lo que debía estar pasando. Salir de allí significaba encontrar la manera, así sea esta imposible. “El poder que despertó”. Si lo que decía era cierto entonces…

Cerró los ojos y su respiración se volvió más calma. De pronto sintió sueño, mucho sueño, como si de repente las fuerzas le abandonaran. Y antes de que se diera cuenta se quedó dormido.

—¡Ayúdame! —escuchó la voz de Vania, su clamor y vio su rostro en lágrimas.

Abrió los ojos, sobresaltado y cubierto de sudor. Miró a su alrededor, la celda estaba casi a oscuras, tenuemente iluminada por la luz de la luna que se filtraba por la ventana del techo. Había un cruel silencio que le permitía escuchar su propia respiración. Tragó saliva y murmuró.

—Vania.

—Ayúdame…

Se puso de pie de un salto y, desesperado corrió hacia la puerta.

—¡Vania, ¿dónde estás?! —gritó desde la ventanilla.

—Ayúdame…

—¡Vania!, ¡¿dónde estás?!

Pero al volverse se quedó como petrificado. Era una imagen imposible, pero estaba ante sus ojos.

Allí estaba él, acostado contra la pared, como si se tratara de otra persona. Se cubrió la boca para evitar gritar. No entendía que estaba sucediendo. Tras unos instantes se acercó a su cuerpo e intentó tocarlo.

—Ayúdame…

Se volvió hacia la puerta. Sea lo que sea necesitaba ir en su auxilio. Ya después intentaría comprender qué le estaba sucediendo. Buscó tomar la manija, pero sorprendido descubrió que sus dedos pasaron de largo. Abrió los ojos como si hubiese visto un espíritu o el mismo lo era.

«Debo ir a donde está».

Corrió hacia la puerta. Si lo que creía era cierto entonces no se haría daño. Se abalanzó contra esa mole de fierros y madera. Cerró los ojos y antes de que se diera cuenta estaba fuera de la celda. Era claro, había traspasado la puerta, había cruzado sin romper nada, sin tocar nada, como si no fuera real.

No, no tenía tiempo para tratar de entender. Vania lo estaba esperando.

Corrió por aquel corredor sin idea de a dónde dirigirse y a la vez con la certeza de que debía seguir moviéndose. Y mientras corría se dio cuenta de que iba más rápido de lo normal, como si las capacidades de sus piernas se hubiesen expandido. Si podía atravesar paredes que se moviera tan rápido no debería sorprenderlo. Lo que sí le sorprendió fue percatarse de que no se agitaba y que en un momento dado ni siquiera estaba corriendo.

«¡Floto!».

Pero se negó a tratar de comprender. Si volverse un espíritu le serviría para salvar a Vania lo aceptaba con gusto.

Seguir aquellos corredores eran una pérdida de tiempo así que decidió “dirigirse”, por decirlo de una manera, hacia arriba. Dio un salto y el impulso lo elevó más allá de lo que esperaba. Atravesó los techos, pisos y nuevamente techos hasta que estuvo afuera de aquel templo. Unos hombres de túnica gris estaban cerca y por un momento temió que fueran a verle, pero los hombres no lo vieron, aun cuando estaba delante de ellos. Se confirmaba de alguna manera que

no era un ser material. Siguió su camino hasta un edificio que se diferenciaba del resto. Se dirigió a sus pasillos, bajó por sus escaleras hasta un largo corredor con antorchas. Túnicas blancas y grises, pero ninguno podía verle. Vio una habitación al final del largo corredor subterráneo.

Al atravesar la puerta, lo que había en su interior le dejó boquiabierto.

Oro, plata y joyas como nunca antes había visto, que alcanzaban dos metros de altura en toda la extensión de la habitación y que bien podrían ser las arcas de un reino. Era el tesoro de aquellos hombres, eso estaba claro; el cómo lo consiguieron o qué pensaban hacer con tanta riqueza le era desconocido.

—Ferd…

La voz de Vania le sacó de aquel letargo. Salió de aquel edificio atravesando techos y más techos hasta que nuevamente estaba en las calles y túnicas grises pasaban a su lado. Se dio cuenta que revisar cada edificio tomaría tiempo. Necesitaba encontrar una manera eficaz para dar con ella.

Y recordó cuando la encontró el templo. Se elevó a lo alto y desde arriba identificó el edificio. Se abalanzó contra este como águila en picada y planeó hasta atravesar la cúpula y pasar por sus paredes hasta descender al salón donde estuvo alguna vez. Y ella no estaba.

Dio media vuelta y *algo* comenzó a guiarle. Una sensación de angustia y temor. Ese algo le dirigió por los pasillos de piedra y antorchas, pasando al lado de túnicas grises hasta que se detuvo ante la puerta de una celda.

La atravesó y...

—Vania…

Ella estaba encadenada a la pared, con sucios harapos con manchas de sangre. Ferd sintió un nudo en la garganta y unas ganas desesperadas de gritar. Temió, por un momento temió que fuera tarde.

—Vania…

Se inclinó ante ella. Vania estaba inconsciente, con el rostro sucio y con marcas de golpes. Estiró las manos y la tomó por las mejillas. Podía tocarla.

—Vania, aquí estoy. Despierta… por favor despierta.

Ella comenzó a moverse y Ferd apenas contuvo su alegría. La abrazó y lloró sobre su hombro.

—Te sacare de aquí, nos iremos de aquí —le susurró al oído.

Apoyó su frente en la frente de ella y le repitió que la sacaría de allí. Ella abrió los ojos, lentamente y cuando lo hizo, notó que su ojo derecho, el ojo de la cicatriz, era completamente rojo como la sangre.

—¿Vania?

Y Vania le reconoció y cuando lo hizo se quebró en llanto. Un llanto que dio paso a un grito desesperado.

*

El pueblo enteró se apostó en el peñasco rogándole a los dioses que la pequeña siguiera con vida. El grupo encargado en ir por ella subió con la niña envuelta en mantas y cuando Ferd la vio, sintió morir. Una horrible herida le deformaba la mitad del rostro y de esta brotaba tanta sangre que parecía envolverla en un velo rojo. Se quedó de pie mientras la gente se apresuraba a llevarla a la vieja sanadora, entre voces que clamaban por la benevolencia de Korana.

Y cuando no hubo nadie se dejó caer de rodillas y lloró con amargura.

—Korana, mi vida por la de ella —murmuró—. Madre de todos, ¡por favor! ¡Mi vida por la de ella!

Ferd gritó hasta destrozarse la garganta, hasta que le dolía solo respirar, hasta que solo pudo emitir lastimeros sonidos. Lloró y se odió así mismo por haberla dejado sola. Porque sabía que podría pasar y se marchó en un arranque de estupidez.

Entrada la noche, regresó con los ojos rojos y las manos ensangrentadas de tanto golpear las rocas. En el pueblo había un ambiente de alivio y no tardó en llegar a sus oídos de que la niña estaba viva, aunque aún se desconocía el grado del daño.

—Es posible que no vuelva a caminar —comentó alguien.

Ferd supo que la vida se le acortaba unos años más.

—No digas eso ni en broma —respondió otro—. Yo la vi mover un pie, aunque solo fue un momento.

—Ojalá los dioses escuchen los ruegos…

Cuando llegó a casa, su madre le abrazó, acarició su rostro y le preguntó si se encontraba bien. Ferd atinó a asentir y se acostó en su cama. Simplemente se acostó sin pensar en nada, con la intención de dormir y despertar con la risa de la niña en las calles.

Y cuando despertó, despertó porque escuchó la voz de Devora. Ella estaba en su habitación, con los ojos muy abiertos e hinchados de tanto llorar. Ferd pensó que se trataba de un sueño, pero su abrazo le dejó en claro que era la realidad.

—Mi hermanita despertó y lo primero que hizo fue preguntar por ti...

El chico no reaccionó. Se quedó mirando su rostro con la mente en blanco. Devora le repitió esas palabras, pero la respuesta fue la misma. Ella se cansó de esperar y le tomó de la mano.

—Vamos. Te está esperando.

Hasta cierto punto el pueblo parecía haber regresado a la normalidad, salvo cuando lo vieron y el mundo pareció detenerse. Caminó entre las miradas que él sentía sobre sí, ante las voces que él creía dirigidos a su endeble ser. La gente apostada en la puerta de los Earthquake se volvió para verle. Ferd escondió la mirada y apretó con fuerza la mano de Devora.

—Ferd —le dijo ella—, no tienes la culpa de nada.

Quiso corresponder su amabilidad, pero no encontró las palabras ni tampoco las fuerzas. La verdad era que estaba convencido que todo era su culpa.

«Si tan solo…».

—Entra —le dijo la madre de Devora.

La sonrisa de la mujer le dolió más de lo que pudo ser una cachetada. Incluso lo hubiese preferido. Se arrimó a la puerta sin atreverse a entrar. Se quedó dudando hasta que escuchó su voz.

—¿Ferd?

Nunca su nombre dolió tanto. Entró por la presión de las miradas y por un impulso que no supo de dónde provino. Entró y la vio, acostada en su cama, con el cuerpo vendado y la mitad del rostro oculto tras unos ensangrentados trapos.

—No —balbuceó Ferd y antes de que se diera cuenta estaba llorando de forma desconsolada.

Y, Vania, rio.

—A mí también me alegra verte.

*

Una enorme piedra cayó a su lado obligándole a despertar. Por instinto se hizo a un lado

atento a lo que estaba aconteciendo. Confundido, vio y sintió como temblaba la tierra, remeciendo paredes y techos como si fueran de papel. Vio que la puerta se había salido de las bisagras, posibilitándole la huida y entre tropezones consiguió correr por ese pasillo iluminado por antorchas, antorchas que se iban cayendo junto a las piedras donde estaban apostadas.

Había regresado a su cuerpo, sino es que todo fuera un sueño.

En el camino encontró los cuerpos sin vida de los túnicas grises. De sus ojos, oídos y boca brotaba abundante sangre, como si hubiesen colapsado por envenenamiento o algo parecido. La imagen se repitió hasta la salida del edificio y afuera todo era un caos.

La tierra seguía temblando y los edificios iban cayendo a la par que los Hermanos de la Nueva Tierra yacían sobre el pavimento. Vio a un túnica blanca correr desesperado, para después caer sangrando por ojos, oídos y boca. Los veía morir uno a uno mientras que las piedras, desplomándose, resonaban en la noche. Noche que no era completamente negra por una intensa luz rojiza que brillaba a cierta distancia.

La tierra dejó de temblar y Ferd se dirigió hacia la luz.

Pasó al lado de los cuerpos, por sobre los restos de templos y monumentos a los dioses. Vio a su torturador, Laiken, sobre un charco de sangre en horrible expresión. Reconoció al hombre que le servía los alimentos y a uno de los túnicas blancas que estaba al lado de Rubitan cuando los del Puta Vida los vendieron.

Los vio muertos, todos muertos, de la misma forma en una suerte de masacre a su hermandad.

Pero nada de eso importaba, no sentía tristeza ni remordimientos. Odiaba a esos hombres, esa era la verdad. En el fondo se alegraba de verlos muertos, pero nunca imaginó que ese sería su destino. Al recorrer esas calles en pro de esa luz roja, como la sangre que formaba ríos sobre el pavimento, se preguntó qué fue lo que sucedió. Aunque en parte conocía la respuesta.

Vio a Rubitan, apoyado contra los restos de un pilar. El líder de los hermanos había ensuciado su túnica con la sangre que brotó de sus orificios. Yacía con la cabeza baja, como si se hubiese rendido ante lo inevitable. Lo miró, sin expresión alguna, y siguió su camino.

La fuente de la luz estaba muy cerca, en la dirección que conoció en lo que pensó fue un sueño. Pero no lo era o tal vez sí. Lo seguro era que no estaba soñando. La muerte y destrucción de la que era testigo lo acreditaba.

Y cuando llegó a la luz, reconoció al ser de quien provenía. Más que un ser, la mujer que juró proteger desde que eran niños; después de aquel nefasto episodio en el árbol del acantilado. Vania estaba de pie, con los brazos abiertos, brillando como una criatura legendaria, de las que cuentan las leyendas heroicas.

Se acercó a ella, a la imponencia de su ser. Su ojo derecho era como una llama encendida. Brillaba con la intensidad de una estrella y supo en ese momento que no fue un sueño. Ella estaba concentrada en el vacío, con neutra expresión, como si nada estuviese pasando, como si solo estuviese allí, destruyendo el mundo y nada más.

—Vania...

Vania se volvió a verle y sonrió.

—Ferd…

Entonces, la luz roja como la sangre que emanaba de su ser se extinguió como el fuego de una antorcha. Vania cerró los ojos y se dejó caer a lo que Ferd se apresuró en tomarla en brazos.

—Vania —repitió.

Ella se cubrió el ojo derecho con la mano. Ferd comprendió su intención. Se apresuró a arrancar un pedazo de tela del cadáver de un túnica blanca y la envolvió alrededor de su cabeza, tapándole el ojo.

—Me alegra que estés bien —dijo ella.

Ferd dejó escapar unas lágrimas.

—Disculpa la demora...

Y se quedó abrazándola hasta que el sol comenzó a salir por el horizonte señalando el comienzo de un nuevo día.

Y aquellos rayos alcanzaron a la figura de Liak.

—Realmente extraordinaria —dijo el chico.

Ferd se puso de pie y bramó.

—¡Liak! ¡Maldito, cómo te atreves a mostrarte!

Pero Vania lo tomó de la mano.

—Está bien —dijo con voz cansada y gentil—. Está bien…

Ferd no comprendió que estaba sucediendo, hasta que el muchacho dijo las siguientes palabras:

—Yo también vi lo mismo que tú. El fin del mundo nos espera.

Leonore 01

Leonore corrió entre la hierba, resbalándose con el fango por las lluvias de la mañana. Tropezó con una roca y se golpeó el hombro contra el tronco de un árbol, pero no se detuvo. Subió hasta lo alto de la colina desde donde vislumbró una caravana que cruzaba la pradera.

—He-hey —balbuceó apenas.

Tiene el rostro cubierto de tierra, los ojos hinchados y apenas si podía mantenerse de pie. Bajó la colina sacudiendo los brazos, intentando gritar, intentando mantenerse consciente. Afortunadamente alguien pareció verle.

Leonore pisó en falso y cayó sobre la hierba, y sus ojos se cerraron…

—¡Hey! —exclamó despertando de improviso. El sol le cegó por un momento obligándole a cubrirse los ojos.

—Tranquila —escuchó decir y sintió un cálido tacto.

Sacudió despavorida la mano que sostenía la suya y miró a su alrededor. Estaba sobre una carreta arriada por dos caballos, a paso lento. Rostros que no conocía tanto delante como atrás formando una línea que serpenteaba en esos campos. Una mujer de mediana edad, de ojos sabios y rostro risueño, volvió a tomarle de la mano.

—Tranquila querida, estás a salvo.

Leonore abrió los ojos y contuvo el aliento.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Fuiste tú quien corrió hacia nosotros —respondió un hombre de larga barba y espalda encorvada.

—Thomas, sé gentil —le recriminó la mujer—. ¿No ves que está asustada?

Notó los vendajes sobre sus heridas y que le habían limpiado la mugre de brazos y piernas. Notó que el sol se estaba ocultando y dedujo que estuvo todo el día inconsciente.

—Tengo sed —comentó.

—Claro que sí —respondió la mujer y le alcanzó una bolsa con agua—. Bebe con calma que te puede doler el estómago.

Para Leonore el agua le supo cómo la mejor agua que había bebido en su vida.

—Niña, ¿pero a ti qué te pasó? —preguntó el hombre que caminaba a su lado.

—¡Thomas! —exclamó la mujer—. No es manera de preguntar —le sonrió a la joven—. Mi nombre es Olenka, estás a salvo con nosotros.

«¿A salvo?», se preguntó.

En ese momento las imagenes de lo sucedido asaltaron su mente. Comenzó a temblar y un nombre… solo pudo pensar en un nombre.

—Zero…

—¿Dijiste algo, querida?

Leonore se volvió hacia Olenka, recordando un segundo nombre y el título que le acompañaba.

—¡Necesito encontrar al elegido por Bravo!

Thomas frunció el ceño.

—¿Qué puedes querer tú con el elegido? —preguntó.

—Está en peligro —respondió Leonore al mismo tiempo que intentó bajarse de la carreta.

—Espera, espera —le pidió la mujer—. Tranquilízate. Debes descansar.

Pero Leonore pareció no escuchar.

—Debo encontrarlo…

—Querida —Olenka trató de calmarla.

—¡Ya basta! —bramó Thomas y miró a su alrededor—. Niña, en primer lugar, tranquilízate. En segundo lugar, lo correcto es agradecernos por haberte ayudado. Y, en tercer lugar, explica por qué crees que el elegido está en peligro.

La joven contuvo el aliento contemplando los ojos de aquel hombre. Bajó la cabeza y balbuceó.

—Gracias por ayudarme…

Olenka sonrió.

—Era nuestro deber.

Levantó la mirada y se concentró en escoger sus siguientes palabras.

—Necesito decirle al elegido que un demo… No, no sé qué es ese ser. Algo que no es humano está matando a los elegidos. Necesito advertirle del peligro —apretó la mano de la mujer —. Por favor, ¿dónde podría encontrar a Ragnar?

Olenka acarició su mejilla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Leonore —respondió avergonzada por no haberse presentado—. Leonore Remiz —escondió la mirada al recordar lo que sucedió en Corona—. Ese monstruo mató a mi padre… Mató a toda la gente de la aldea.

—Por los dioses —musitó Olenka y miró a Thomas cubriéndose la boca—. ¿Un monstruo dices?

—¿Cómo es ese… monstruo? —preguntó Thomas.

Leonore recordó cuando su padre y hermano lo trajeron a casa. Sus cabellos rubios, sus ojos violetas...

—Como un hombre cualquiera —respondió.

—¿Qué?

—Es difícil de explicar y puede que no me crean, pero lo vi con mis propios ojos. Parece un hombre, pero no lo es… Por eso necesito encontrar al elegido, para advertirle que viene a por él.

—Tienes suerte —aseveró el hombre que llevaba las riendas de la carreta—. Nos dirigimos a la Morada de Bravo, el lugar donde descansan los huesos del héroe —era un hombre de cabellos cenizos y con un rostro lleno de arrugas —. Ragnar está allí —agregó.

—Él es mi esposo, Deko —le presentó Olenka.

Leonore saludó con la cabeza a lo que el hombre le regaló una sonrisa.

—Ragnar Firecamp —murmuró ella.

—Sexto hijo del señor de los Laberintio —comentó Thomas—. Se dice que es uno de los mejores guerreros que haya pisado esta tierra… Sea lo que sea que vaya tras él, te aseguró que lo derrotará.

—Así es, Leonore —agregó Olenka y su rostro pareció iluminarse—. Se dice que es la reencarnación de Bravo.

—Se dice que mide cinco metros y que su mierda es del tamaño de un niño —ironizó Deko.

—¡Deko! —exclamó Olenka.

—Aún tiene que demostrar su valía —repuso y miró a Leonore—. Pero algo es cierto. El día que fue elegido, la gran loba blanca despertó.

—¿La gran loba blanca? —preguntó Leonore.

—Moro —respondió Olenka sosteniéndola de la mano—. Moro no permitirá que nadie le

haga daño.

«¿Moro?».

Leonore trató de recordar, pero aquel nombre le era ajeno.

—Se nota que eres del Paso —aseveró Thomas—. Cualquiera en Los Laberintio conoce la existencia de Moro.

Leonore repasó lo que sabía sobre esas tierras, específicamente sobre la leyenda de Bravo. Recordó que el héroe tuvo a su disposición varias bestias mágicas, entre ellas algo sobre lobos mágicos, pero no estaba segura.

—Pero su principal aliado no era Moro —intervino Deko—. Era Cielgrix, el gigante de hielo.

—Eso no lo sabía —repuso la joven.

—Es parte de la leyenda de Bravo, querida —dijo Olenka—. Después de él ningún elegido fue capaz de invocar a Cielgrix. Tal vez por eso no has escuchado al respecto.

—Se dice que el primer elegido lo consiguió —corrigió Thomas.

—Eso no es seguro —repuso Deko—. Algunos dicen que sí, algunos dicen que no.

—Yo creo que sí —refunfuñó Thomas.

Leonore se animó a preguntar.

—¿Qué otras, bestias mágicas, tiene el elegido a su disposición?

Deko le miró de reojo y sonrió.

—Realmente estás interesada en él.

Leonore se mordió los labios.

—Se los dije, está en peligro.

El viejo regresó la vista al camino.

—Cuando lleguemos podrás preguntárselo en persona —dijo—, pero te advierto, será difícil que llegues a él. Sus hombres no dejan que cualquiera se le acerque.

Leonore apretó los puños y entrecerró los ojos.

—Encontraré la manera de llegar a él —aseguró.

—Ya, está bien, Leonore —intervino Olenka, con voz calma—. Todavía tienes que descansar. Descansa, descansa niña, habrá tiempo para conversar.

Y las palabras de la mujer fueron como un somnífero para ella. Se acostó sobre el heno frio y cerró los ojos. Sí, era cierto, necesitaba recuperarse. Estuvo huyendo por días y días, con la única cosa en mente que encontrar al elegido por Bravo, el único capaz de detenerlo…

Cerró los ojos y cayó en otro profundo sueño. En el sueño Zero estaba de pie, en la playa que vio toda su vida con el mar acariciando sus pies. Sus cabellos rubios eran mecidos por el viento y sus ojos violetas parecían reflejar los rayos del sol. Zero se volvió para mirarle con una gran y apacible sonrisa.

Se despertó agitada, sin comprender por un momento en el lugar donde se encontraba. Era de noche, los caballos descansaban a unos metros. La gente se agolpaba alrededor de varias fogatas. En la más cercana reconoció la figura de Olenka. Thomas y Deko y junto a ellos un grupo de personas que hablaban con aspavientos. Notó al instante que algo estaba ocurriendo. Se acercó a preguntar. Olenka juntó las manos, como si fuera a ponerse a orar.

—Dicen que abrió —le dijo.

—¿Abrió qué? —preguntó Leonore.

—La barrera —respondió Thomas.

—La barrera… —Leonore comprendió porque tanta conmoción—. ¡La Barrera Azul!

—Se adelantó a su fecha —comentó Deko—. Teníamos, por lo menos tres meses más antes de dirigirnos al este.

—Esperen —dijo la joven—. Aún iremos a La Morada de Bravo, ¿verdad?

Olenka la tomó de las manos.

—Sí querida, pero no nos quedaremos mucho tiempo y me preocupa lo que harás después. ¿Te gustaría venir con nosotros al este?

Leonore pensó en su hogar en la playa, en la brisa marina por las mañanas, en el canto de las aves volando sobre rocas y en la forma en que las olas cobijaban la arena.

—Quiero encontrar al elegido —dijo—. Después de eso… solo quiero regresar a casa.

—Pero, los gigantes —lamentó la mujer.

—No me importa. Solo quiero regresar a casa.

—Leonore…

—Olenka —dijo Thomas y sacudió la cabeza. La mujer pareció resignarse y se sentó al lado de la fogata. Leonore se acercó a ella y la tomó del hombro.

—Realmente agradezco toda tu bondad —le sonrió.

Con los primeros rayos de sol la caravana se puso en marcha. Algunos decidieron dirigirse al este, pero la gran mayoría decidió continuar rumbo norte. Leonore caminaba al lado de la carreta. Se sentía con fuerzas renovadas y con el deseo de no ser una carga. Llegaron al gran desierto de hierba. Una extensa planicie con plantas pequeñas y algunos arroyos. Deko le comentó que dentro de poco llegarían a La Morada.

—¿Escuchaste hablar de La Morada? —le preguntó.

Leonore pensó en Roger Sierra, el anciano que les enseñó cosas del mundo y que Zero asesinó sin compasión.

—En Corona había un sacerdote que nos habló al respecto —respondió—. Nos contó que levantaron una enorme estatua de Bravo en el lugar donde murió.

—¿Y sabes quién lo hizo?

Leonore trató de recordar.

—No estoy segura. El quinto o sexto elegido.

—Terum —dijo Olenka tomándola del hombro.

—¿Terum? —preguntó y se mostró confundida—. ¿El dios Terum?

—Así es querida. El mismo Terum habló con Moki Priam, el sexto elegido, y le ordenó que levantara una estatua del héroe. Moki pasó el resto de su vida viendo que se cumpliera el deseo del dios. ¿Imaginas por qué el dios ordenaría que se levantara una estatua de Bravo?

—No —Leonore sacudió la cabeza—. No imaginó porqué.

—Llegamos —dijo Thomas señalando hacia delante.

La joven miró con asombro y perplejidad lo que estaba en el horizonte. La estatua de piedra y acero se levantaba por encima de las nubes. Era tan grande e imponente que dudó que la pudieran terminar en una sola vida.

—Por todos los dioses —murmuró.

—Terum, querida —le dijo Olenka—. Es obra de Terum.

A medida que se acercaban notó mejor los detalles: era un hombre corpulento, de barba hasta el pecho y solemne mirada. Sobre la cabeza llevaba un casco de acero que brillaba al sol. Dedujo que representaba a Invocación. Además de ello, sus manos descansaban sobre la copa de un enorme martillo que, desde los pies, llegaba hasta arriba del ombligo.

La estatua estaba sobre una gran base piramidal, con pilares de piedra rodeando la estructura y un pequeño templo, en comparación, por delante.

—Es maravilloso —aseguró Leonore.

—Tienes suerte —comentó Deko—, el elegido todavía está aquí.

Una veintena de hombres acampaban en la parte posterior de la pirámide y Leonore supo al instante que eran guerreros de Los Laberintio.

—Hombres de Ragnar —murmuró y tomó aire—. Debo hablar con él.

—Tendrás que esperar a que salga —comentó Thomas—. Ahora mismo debe estar presentándole sus respetos a los restos de Bravo.

Leonore le miró extrañada. Olenka se encargó de aclararle.

—Bravo fue un hombre extraordinario —declaró—. Moki Priam trajo sus restos para que fuera su tumba.

—Lo hizo de tal manera que adentro fuera un laberinto —aseguró Deko y se encogió de hombros—. Cualquiera que intente entrar se perderá entre sus pasadizos. La única manera de encontrar los restos es guiándose por Invocación.

—Entonces ya cuenta con el arma a su poder —comentó la joven.

—¡Por supuesto! —exclamó Olenka con júbilo—. No podría aventurarse dentro de la pirámide sin portar el arma sagrada —señaló hacia el norte, hacia las montañas a lo lejos—. Fue al lugar donde descansa el arma y despertó a quien la vigilaba —miró a la joven y sentenció—. La gran loba blanca.

Leonore miró hacia las montañas.

—¿Cómo saben que despertó a la loba? —les preguntó.

—Porque esa noche los lobos aullaron por su reina —respondió la mujer.

—Así fue —agregó Deko—. No hay dudas.

La invitaron a dirigirse al templo y rendirle los saludos a la estatua de Terum. A Leonore le seguía pareciendo curioso que hubiesen levantado una enorme estatua de Bravo y que, en comparación, dentro del templo hubiese una pequeña estatua del dios de los cielos y las bestias salvajes.

Como el templo era relativamente pequeño para esa cantidad de gente tuvo que esperar por largo rato hasta que fuera el turno de entrar junto al grupo en el que se encontraba. El templo a los pies era un edificio modesto, constaba de un gran salón rodeado de pilares de piedra que, en el medio, albergaba la estatua de Terum, de unos tres metros. Por encima de la estatua había una cúpula de cristal que permitía pasar los rayos del sol iluminando la estatua. Leonore tuvo que reconocer que aquella imagen era sobrecogedora.

Olenka le explicó que la gente de Los Laberintio acostumbraba besar los pies del dios y agradecer sus cuidados. Después de eso tenías que retirarte en silencio, sin hablar con nadie con la cabeza baja hasta la salida del templo. Miró el rostro del dios, la barba larga y el rostro fiero y a la vez apacible. Se puso de rodillas y besó sus pies, como lo hizo Olenka y Thomas antes de ella. Deko estaba a su lado completamente concentrado. Cerró los ojos y contuvo la respiración hasta que creyó que era momento de retirarse. Lo hizo tal cual le explicaron hasta que, una vez fuera, se concentró en la enorme estatua que se perdía entre las nubes.

—Por la noche celebraremos las victorias del guerrero —le comentó Olenka.

—Por la mañana partiremos al este —agregó Thomas.

—Entiendo —respondió.

Los soldados que acampaban parecían ajenos a la caravana. Unos cuantos se acercaron para solicitar a los líderes de la caravana por comida y bebidas. Los líderes no se atrevieron a negarse. El día transcurrió con normalidad hasta que el sol se ocultó y se culminaron los preparativos.

Para cuando la luna iluminaba, austera, la noche se encendió una enorme fogata. Los trovadores de la caravana cantaron las viejas canciones sobre las victorias de Bravo. Se sacrificó los bueyes que trajeron consigo y se repartió la carne entre la gente. Los soldados se sumaron al

banquete. La gente bebió y rio mientras Leonore tenía un ojo en la entrada de la pirámide y otra en el horizonte.

Antes del amanecer la caravana se preparó para partir. Olenka, Thomas y Deko terminaron de recoger sus cosas. Leonore les ayudó en lo que pudo y cuando todo estuvo listo, la mujer volvió a preguntarle.

—¿Estás segura que no quieres venir con nosotros?

Leonore le abrazó.

—Gracias por todo —agradeció con sinceridad.

—Lo necesitarás —le dijo Thomas, acercándose con un caballo.

—No, no puedo acep…

—No hay problema, niña. A donde sea que vayas seguramente será un largo viaje como para hacerlo a pie.

Deko se acercó con una bolsa de piel de oveja.

—También necesitarás de provisiones —dijo alcanzándole la bolsa.

Leonore asintió agradecida.

—Nunca olvidaré su bondad.

Olenka acarició su rostro.

—Tienes que cuidarte, querida.

Leonore volvió a abrazarle agregando un beso en su mejilla.

Los vio alejarse cuando el sol terminaba de salir y se daba comienzo a un nuevo día. Los observó hasta que la caravana se volvió un pequeño punto y luego pareció confundirse con la tierra.

Se sentó a esperar bajo la sombra de un viejo árbol a unos doscientos metros de la pirámide. Era consciente de que los soldados se preguntaban por qué no se marchó. Seguramente no tardarían en acercarse. Y así fue, cuando el sol estuvo en lo más alto y se escuchó el relinchar de los caballos. Eran dos hombres, ambos jóvenes de cuerpos entrenados.

—Oye tú —le dijo el de la derecha—. ¿Por qué no te has marchado todavía? ¿Qué es lo que estás esperando?

Leonore se puso de pie y trató de mantenerse tranquila.

—Tengo un mensaje para el elegido —respondió.

Los hombres se miraron con extrañeza.

—¿Un mensaje? —preguntó incrédulo el mismo hombre.

—¿Quién lo envía? —preguntó el de la izquierda.

Miró a ambos hombres. Sabía que juzgarían cualquier cosa que dijera.

—Vengo del Paso —explicó—. Hay algo que el elegido debe saber.

El hombre de la derecha soltó un bufido mientras que el de la izquierda se concentró en sus ojos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó este.

—Leonore Remiz —sintió que no había necesidad de mentir.

El soldado de la izquierda bajó del caballo y se acercó a ella.

—Leonore, por seguridad no podemos permitir que te acerques a nuestro señor. Dinos el mensaje y se lo haremos llegar.

Leonore se mantuvo firme.

—Es algo que debo decírselo en persona.

—Ya basta de tonterías —bramó el hombre de la derecha—. Mira muchacha, danos el mensaje y retírate o te sacamos a la fuerza el supuesto mensaje. Tú decides.

—No habrá necesidad de recurrir a la violencia —aseveró el otro mirando a su compañero para luego regresar su atención a ella—. Estamos enterados de que la Barrera abrió. Si ese es el mensaje, bueno… —el hombre tomó aire—. Pareces una buena chica. Aun puedes alcanzar a los de la caravana.

Leonore miró hacia la pirámide.

—Quiero hablar con el capitán a cargo —solicitó con firmeza.

El hombre de la derecha bajó del caballo y, amenazante, se acercó con la mano sobre la empuñadura.

—Comienzas a cansarme —bramó—. ¡Lárgate de una vez!

—Quiero hablar con el capitán a cargo —repitió manteniéndose firme.

—Niña para terca —rabió el hombre y cuando estuvo a punto de sacar la espada su compañero le detuvo.

—Espera…

Miraron hacia la pirámide y notaron que los hombres se dirigían hacia la entrada. Leonore supo al instante que el elegido estaba por salir. Se apresuró a montar el caballo y, antes de que ambos sujetos pudieran detenerla, cabalgó hacia la estatua.

—Mierda —le escuchó decir al que estuvo a punto de sacar la espada.

Les vio cabalgar presurosos, tratando de alcanzarla. Sus caballos eran rápidos, pero ella tenía la ventaja de no portar armadura y ser más delgada, lo que hacía que el caballo corriese con menos esfuerzo. Aun así, estuvieron encima de ella cuando le faltaba unos cincuenta metros para llegar.

—¡RAGNAR FIRECAMP! —exclamó con todas sus fuerzas.

—¡Ya basta! —le escuchó decir al más enojado de los dos.

Y sintió un golpe en el rostro que le hizo perder el equilibrio, el animal tuvo que detenerse y ella, aturdida, cayó del caballo. El hombre le tomó de los cabellos y levantó su rostro.

—Detente —le dijo su compañero.

—¿Qué sucede? —preguntó alguien a la distancia.

El hombre le soltó de los cabellos. Leonore levantó la cabeza y miró, aún algo confundida, cómo alguien se acercaba con el resto de los hombres atrás de él. Era un hombre alto y fornido, de barba naciente y cabellos negros como sus ojos. Y en una mano sostenía un martillo, el mismo martillo que sostenía la estatua de Bravo.

—Elegido —murmuró el soldado.

Leonore escupió algo de sangre, se frotó los ojos y aguantó las ganas de llorar.

—Mi señor…

—¿Por qué golpean a esta mujer? —les preguntó.

—Mi señor, estuvo vigilando en actitud sospechosa; le pedimos que se retirara, pero no hizo caso.

—Ragnar, yo les ordené que averiguaran qué quería —intervino uno de los soldados cuya armadura plateada se diferenciaba del resto.

«Ragnar».

Era él, al fin lo había encontrado.

—¿Y creen que esta mujer puede hacerme daño? —les preguntó—. ¿Realmente creen que soy tan débil?

El soldado que le golpeó se apresuró a hincar una rodilla.

—No mi señor, por supuesto que no —dijo con temor en la voz.

—Dice que tiene un mensaje para usted —intervino el otro.

—¿Un mensaje? —preguntó el hombre de la armadura plateada.

Ragnar se inclinó hacia ella y sus ojos negros encontraron los suyos. Leonore notó que los ojos del elegido parecían cansados. Consideró que debía ser por haber pasado tanto tiempo en el interior de la pirámide, pero en realidad había algo más. No, no era cansancio, era otra cosa.

—Dime, ¿cuál es ese mensaje? —preguntó Ragnar.

Era dolor, tal vez no. Tal vez solo se estaba haciendo ideas.

Leonore se puso de pie y tomó aire, contuvo el aliento por un momento y le respondió.

—El Vanomet viene por ti.

*

Aterrorizada observó la cruel imagen que le esperaba al despertar. Todos en Corona yacían muertos, recostados con los estómagos abiertos por un lado y otros con los cuerpos cercenados. Leonore intentó gritar, pero no hubo grito, solo un tenue sonido. Pensó en su padre y en su hermano y regresó a la cabaña del anciano. Este estaba a un lado con la cabeza vuelta una masa de carne sanguinolenta. Mas, lo que le hizo caer de rodillas y llorar desesperada fue encontrar a su padre, acostado boca abajo sobre un charco de sangre.

—Papá —balbuceó.

Las lágrimas, el dolor, la desesperación… la locura comenzaba a consumirle. Estaba lista para dejarse llevar cuando pensó en su hermano. Jonah no estaba por ninguna parte. Salió de la cabaña, tropezó con un cadáver y desde el suelo gritó.

—¡JONAH! —gritó hacia todas partes—. ¡JONAH!, ¡JONAH!, ¡JONAAAAAH!

Y escuchó unos pasos y, detrás de una de las casas, Zero apareció con su hermano sobre los brazos.

—Él está bien —dijo.

Y, por un momento, un breve momento se sintió feliz de verlo con vida, pero ese momento de felicidad pasó a ser uno de terror absoluto y desesperanzador.

—Suelta… suelta a mi hermano —le dijo con el corazón latiendo de tal manera que pareciera a punto de salirle del pecho.

—¿Sucede algo, Leonore? —preguntó Zero, con expresión confusa.

La joven comenzó a temblar. Quería salir corriendo, pero por su hermano…

—¡Los mataste a todos!

Zero le enseñó una sonrisa de satisfacción.

—Sí, lo hice, pero no a todos —miró a Jonah.

—¡SUELTA A MI HERMANO! —exclamó desesperada.

Zero gentilmente lo depositó en el suelo. Leonore buscó acercarse a su hermano, lenta y con temor, sin quitar la vista de aquellos ojos violeta. Este se sentó sobre un balde de madera puesto boca abajo.

—Leonore, me caes bien —dijo en seguida—. Por eso no maté a tu hermano. Entiendo que sientes un cariño especial por él por compartir la misma sangre. Ustedes son capaces de manifestar eso, cariño, un concepto del que no soy ajeno.

—Los mataste a todos —murmuró acariciando el rostro de su hermano—. Mataste a mi padre… A mi padre…

—Sí, lamento eso. Mi intención era dejarlo con vida, pero intentó matarme. No puedo morir, pero tampoco me gusta que lo intenten.

Se sintió aliviada al sentir el latido de su hermano en la palma de la mano. Miró a ese sujeto y

desconoció cualquier humanidad.

—¿Qué eres? —rabió.

—Me conocen como Vanomet —respondió al instante—. No me queda claro cómo pasó, pero tengo que agradecer al anciano porque, bastó hablar al respecto para recordar quién soy y la razón de mi existencia —se puso de pie y miró hacia el cielo extendiendo los brazos como si esperara recibir la bendición de los dioses—. Tengo una misión y quiero que me acompañes.

—Estás completamente loco —rabió Leonore—. No iré contigo a ninguna parte.

En ese momento se acercó a ella y se inclinó para acomodar sus cabellos. Leonore quedó paralizada por el miedo, limitándose a tiritar entre lágrimas.

—Si no lo haces mataré a tu hermano. No quiero hacerlo. No me obligues a hacerlo.

*

Ragnar la llevo a su tienda y no permitió que nadie más entrara, detalle que no les cayó bien a sus hombres, pero no le iban a discutir al elegido por Bravo. Le preguntó si quería algo para beber. Leonore meneó la cabeza sentada cerca de una de las esquinas. Le vio dejar el martillo apoyado contra una improvisada mesa de escudos, pero lo más interesante e importante era el casco que sacó de dentro de una bolsa y colocó encima de la mesa.

«El Casco Invocador».

Invocación era formidable, idéntico al que estaba en la estatua o el de la estatua era idéntico al real. La calva era de acero muy liso, la cresta era de oro brillante, al igual que los remaches decorativos y, a la altura de la frente, el grabado de un martillo por sobre los ojos de bestia.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Leonore —respondió ella frotándose las manos—, Leonore Remiz.

Ragnar arrastró una silla y se sentó delante de ella.

—Leonore, háblame de ese que llamas Vanomet.

Y fue tal como supuso. El elegido estaba al tanto de lo que significaba ese nombre o quiso creer que estaba al tanto. No había tiempo para suposiciones, debía ser clara y precisa.

—Me tomó como prisionera. Me obligó a acompañarlo. Cuando fue por la elegida por Evangeline aproveché para escapar.

Ragnar entrecerró los ojos.

—¿Dices que mató a la elegida por Evangeline?

—No lo sé. No sé si sobrevivió… yo, solo escapé.

—Y viniste a buscarme, ¿por qué?

Leonore tragó saliva.

—Su objetivo es tener en su poder todas las armas sagradas. Me dijo que después de ella vendría por ti.

El elegido le miró con detenimiento hasta que en un rápido movimiento la tomó del cuello y la levantó del suelo.

—Todo parece indicar que eres su sirviente. Un asesino de elegidos no te dejaría con vida solo por tu cara bonita. Dime, ¿le sirves?

Leonore le tomó de la muñeca sacudiendo las piernas y tratando de respirar.

—¡No! —alcanzó a decir—. ¡Me, me obligó! ¡Lo juro por los dioses! ¡Si no lo hacía iba a matar a mi hermano!

—Veamos si después de cortarte los dedos sigues diciendo lo mismo.

Leonore buscó pensar rápido. Se obligó a pensar rápido.

—¡Tiene los Guantes de Pliseron en su poder!

Ragnar la soltó y cayó al suelo, tosiendo, a la par que buscaba recobrar el aliento. El elegido se le quedó viendo.

—¿Qué dijiste? —pareció reaccionar.

Leonore tosió un par de veces más, sintiendo como el aire regresaba a sus pulmones.

—Se lo quitó al elegido por Kraster —respondió cuando pudo articular palabras.

Ragnar la tomó del brazo y le obligó a ponerse de pie.

—¿Estás segura?

La joven sintió el dolor de su agarre.

—Sí, lo vi regresar con los guantes —respondió tratando de no llorar.

—¿Mató a Temple? ¡¿dices que mató a Temple?!

—No lo sé —respondió temblorosa—. Me dejó atada a un árbol, como un animal, con comida para que no me muera de hambre. Solo lo vi regresar con los guantes.

El elegido la soltó, con los ojos perdidos en el vacío como si reflexionara sobre lo que acababa de escuchar. Miró hacia fuera de la tienda y regresó a ella.

—¿Mis hombres están en peligro?

Leonore se frotó el brazo, miro esos ojos enfurecidos y asintió.

—Morirán si lo enfrentan…

Ragnar tomó a Invocación y lo miró con detenimiento.

—No creo que solamente hayas venido a avisarme —la miró de reojo.

Leonore se armó de valor.

—Escuché que la gran loba blanca despertó… Ningún humano podría detenerlo, pero si una bestia mágica —se acercó a él. No iba a tener miedo—. Haz que la loba lo devore. Si no es la loba otra bestia. Es la única manera.

Ragnar pareció pensarlo. Y, por un instante, Leonore creyó que lo había conseguido.

—Ahora entiendo —le dijo el elegido, mirándola con desdén—. Eres una de esas locas que quiere estar cerca de una bestia mágica. Qué creen que si entran en contacto conseguirán la juventud eterna.

Ahora fue Leonore quien se mostró confundida.

—No, no sé de qué ha…

—Aunque no es común que una pueblerina sepa acerca de los Vanomet tampoco es imposible. Escuchaste que Moro despertó y te inventaste una historia para que la invocase… Seguro pensabas provocar a la loba para que te atacase —le miró con desprecio—. Debería arrancarte la cabeza de un solo golpe.

—Te juro que es verdad —se apresuró a responder—. No sabía que la gran loba había despertado hasta que…

—¡Ya tuve suficiente! —Ragnar llamó a uno de sus guardias que no tardó en hacerse presente —. Asegúrense que se marche.

—Sí señor —respondió el hombre.

El guardia le tomó del brazo, pero ella se zafó con brusco movimiento.

—Lo que te he dicho es verdad —le dijo con angustia—. ¡El Vanomet viene a por ti!

—¡Escucha! —bramó el elegido—, si no te mató es porque no quiero derramar sangre después de haber visitado la tumba del héroe, pero si sigues presionándome tu suerte va a cambiar —Leonore notó que el guardia a su lado sujetaba la empuñadura de su cuchillo—. Lárgate en silencio —sentenció Ragnar.

Aquellas palabras apagaron cualquier llama, cualquier animo de luchar para que

comprendiera el peligro en que se encontraba. Dejó que el guardia la llevase a jalones con los ojos perdidos en la nada.

Había fallado, simplemente había fallado.

El hombre explicó las ordenes de su señor. En un momento trajeron su caballo y sus cosas.

—Tienes suerte, mujer —le dijo el guardia y se acercó a susurrarle con su terrible aliento—, pero si quieres puedes esperarme entre los árboles.

Leonore salió de su letargo, miró con seriedad a aquellos hombres, tomó la bolsa, se subió al caballo y comenzó a cabalgar tan rápido como le fue posible.

No hubo una dirección en concreto, solo cabalgó a toda velocidad sin pensar un destino o camino. Cabalgó y cabalgó hasta que la gran estatua de Bravo se tornó del tamaño de una casa y siguió cabalgando hasta que desapareció en el horizonte. El caballo mostró signos de fatiga, pero aun así no se detuvo, ni sus lágrimas. Sentía que había perdido el tiempo y que a duras penas podrían quedar esperanzas. Cabalgó hasta que el sol comenzó a ocultarse, hasta que el caballo comenzó a aminorar la marcha y gemir deseoso de agua. Cabalgó hasta que la noche se hizo presente y los árboles alargaban sus sombras por la luna llena. Se detuvo cuando vio un pequeño arroyo y dejó que el caballo bebiera. Se tumbó sobre el pasto y consideró que lo mejor era quedarse allí, que si no la pisaba un gigante sería Zero quien reclamase su vida.

Y los lobos aullaron…

Y el caballo salió corriendo, respondiendo a su instinto de supervivencia, despavorido hacia el bosque del otro lado del arroyo sin que ella pudiese detenerlo. Tampoco quiso hacerlo. Simplemente lo vio alejarse, con los ojos hinchados de tanto llorar. Volvió a escuchar el aullido de los lobos, esta vez más cerca y supuso que esa sería la tercera posibilidad: ser devorada por esas bestias.

Cerró los ojos y sintió el viento sobre si, un viento frío y a la vez extrañamente cálido que le hizo estremecer y a la vez relajar los músculos. Pensó en la posibilidad de dirigirse al Paso y advertirles a otros elegidos, pero posiblemente obtendría el mismo resultado. Consideró la posibilidad de ir en busca de su hermano, pero posiblemente Zero la encontraría y terminaría por guiarlo hacia él. No, su hermano estaba vivo y debía mantenerse así. Volvió a escuchar un aullido, esta vez más cerca, tan cerca que podía escuchar las pisadas de los lobos. Abrió los ojos, estiró los brazos hacia la luna e hizo el ademán de tomarla entre sus manos.

—¡AAAAH! —gritó.

Gritó con todas sus fuerzas, con las fuerzas que reunió para ir en busca del elegido por Bravo y la impotencia de enfrentar su necedad. Zero, el Vanomet que asesinó a su padre y a todos en Corona lo encontraría, se haría con su arma y fortalecería al demonio cuyo objetivo era matarlos a todos.

Se sentó sobre la tierra y bajó la cabeza.

—¿No hay nada que pueda hacer? —preguntó al viento, frio y cálido a la vez.

—Hay algo —escuchó una voz.

Al volverse un gran lobo blanco estaba sentado sobre sus patas traseras. Era inmenso, más grande que un oso, de unos absorbentes y temibles ojos azules y de un majestuoso pelaje que parecía armonizar su brillo con la luna.

No, no era un lobo, era una loba. Lo supo, sí que lo supo.

«Moro…»

—Moro —murmuró.

—¿Te llamas Leonore? —preguntó la loba, sin mover los labios, hablándole directamente a su mente.

Porque su voz no se escuchaba junto al silbido del viento, se escuchaba dentro de ella, como si viviera en sus pensamientos.

—Mi señora —se apresuró Leonore a responder y comenzó a temblar. Su presencia era sobrecogedora. Una magnifica bestia como imaginó cuando Olenka y los demás le hablaban de ella. Se volvió y, de rodillas, colocó la frente contra la tierra—. Ese es… es mi nombre, mi señora.

—Levanta la cabeza, Leonore —le dijo la loba—. Mantén siempre la cabeza en alto.

Leonore lo hizo y sus ojos encontraron aquellos ojos azules, penetrantes e increíbles. Y, al fijarse, estaba rodeada por una veintena de lobos que la observaban, algunos sentados sobre sus patas traseras, otros moviéndose con sigilo.

—¿Te has rendido a la vida, Leonore? —le preguntó la loba.

La joven no supo qué responder. En parte era así, en gran parte, si era honesta consigo misma. En parte, aún quería luchar.

—Quiero… —Leonore miró sus manos. Le parecieron ajenas, pero eran sus manos. Apretó los puños y tomó aire —. Aún tengo una razón para vivir.

La loba se mantuvo de la misma manera, imperturbable.

—Y, ¿qué estarías dispuesta a sacrificar por esa razón?

Leonore miró a la luna, la misma luna que vio tantas veces en la casa donde creció sobre el mar que amó. Aquellos días en que era feliz llevando una simple vida al lado de su padre y hermano.

—Todo —respondió sin titubear.

La loba se puso en sus cuatro patas y caminó hacia ella. erguida era más grande de lo que pudo imaginar.

—Leonore, escuché cada palabra que le dijiste al elegido —aseguró y olfateó su rostro—. Tu razón es sincera y tu determinación fuerte… El ser que impregnó su olor en ti debe ser eliminado.

Leonore cerró los ojos y escuchó el susurro del viento. Los volvió a abrir...

—Haré lo que sea —declaró.

Los ojos de la loba se pusieron a la altura de sus ojos.

—Sé que es así, Leonore —respondió—. Necesitó que digas que estás de acuerdo.

—Estoy de acuerdo —respondió la joven y abrió los brazos—. Sea lo que sea, estoy de acuerdo.

—Que así sea entonces, Leonore.

Y, cuando la gran loba blanca comenzó a devorarla, el viento sopló tan fuerte que meció los árboles e hizo volar las hojas por los cielos de Los Laberintio.

Katta 03

Cientos de guerreros venidos de todos los rincones de la región se apostaron alrededor de la Gran Roca de Tu. Jóvenes y adultos, hijos de señores de apellidos importantes aspiraban a convertirse en el nuevo elegido. Los Tee, los Ryor, los Gyo y por supuesto los Vayo estaban presentes. Eran los Vayo quienes dominaron la elección por cientos de años y por tanto los ojos estaban puestos en Katta. Las otras familias ardían en deseos, por supuesto que sí y, de entre ellas, los Gyo eran los que presentaron a dos formidables candidatos. Reza y Massa. La gente estaba sumamente entusiasmada por saber quien sería el décimo elegido por Tu.

Y por ello se presentaron ante la Gran Roca. La misma que, según la leyenda, el mismo Tu colocó en ese lugar después de cargarla sobre sus hombros. La roca era tan grande que podría aplastar a cinco hombres a la vez y había quienes calculaban su peso en un ejercito entero. No había hombre sobre la tierra que pudiera moverla más que el elegido, por ello la elección era considerada sagrada e infalible, puro deseo de Tu y la voluntad de los dioses.

Como estaba escrito.

Milles, el sacerdote de Tu, llamó a los primeros diez. La prueba era relativamente sencilla. Debían rodear la roca y tratar de moverla. Si la piedra se movía significaba que dentro de ese grupo estaba el elegido y uno a uno se iba descartando. No importaba si aún quedaba muchos hombres que no lo intentaron, en cuanto alguien la movía en solitario se daba por terminada la elección y se proclamaba el nombre. Un nombre que pasaría a la historia.

Los primeros diez lo intentaron sin éxito, luego otros diez y diez más. Se notaba el esfuerzo que le ponían, hincaban sus manos por debajo de la roca y con las venas marcándoles en brazos y piernas ponían todo de sí para tratar de moverla hasta que, sin éxito, se retiraban derrotados. A medida que lo intentaban era el sacerdote quien formaba los grupos, supuestamente con la sabiduría que los dioses le depositaron. Esa sabiduría hizo que Katta estuviera en el mismo grupo que Massa, cosa que extrañó a más de uno. Un Gyo y un Vayo en el mismo grupo.

—Sacerdote —bramó Rubbe Vayo.

—Es la voluntad de los dioses —respondió el sacerdote—, solo soy el instrumento por el que ellos hablan.

Al igual que Rubbe, también estaba el padre de Massa y los padres de tantos aspirantes, señores de la Tierras del Guerrero y Rubbe los gobernaba a todos. Pero, a pesar de ser el señor de señores, si el sacerdote decía que “ese” era el grupo, estaba escrito respetar su decisión.

Katta no cruzó palabras con Massa, ni siquiera miradas. Prefirió concentrarse en mover la roca. Massa estaba a cuatro hombres de él y también parecía ensimismado en la misma tarea. Una vez que se colocaron en posición el sacerdote ordenó que podían intentarlo. Katta hundió las manos en la tierra. Palpó la fría superficie de la roca y lo intentó.

Y la roca se movió.

«¿En serio?».

De inmediato buscó los ojos de Massa. El hijo de Rubbe parecía tan intrigado como él.

Los murmullos se hicieron escuchar. Murmullos que continuaron hasta que Milles levantó los brazos y proclamó.

—¡Entre ustedes se encuentra el elegido!

*

Katta tomó una pequeña roca de entre el estiércol de caballo que estaba a su lado. Cerró los dedos y levantó ligeramente la cabeza para ver los rostros de esos hombres.

Llevaban navegando por las aguas del río Rezii por varios días, aquellos hombres bebiendo, riendo y disfrutando de la victoria mientras él, encadenado como un animal, era objeto de su burla. Los botes de Massa regresaban a casa después de haber cumplido la misión. Regresaban con un trofeo de guerra.

El ultimo Vayo que quedaba con vida.

Los botes ocupaban todo el ancho del río. El navío de Massa iba delante y donde Katta se encontraba era uno de los últimos. Esos hombres ni siquiera temían que algún señor fiel a los Vayo intentase rescatarlo. ¿Quién lo haría? Sería enfrentar al elegido y a los formidables brazaletes que portaba. Por ello aquellos hombres se mostraban tan relajados, sabían que estaban del lado correcto y poco les importaba la relevancia del cautivo.

Uno de ellos, que reía con otros, miró hacia Katta y sonrió de forma burlesca.

—Voy a orinar —anunció.

Se levantó y se acercó a él. Katta mantuvo la mirada sobre el piso mientras aquel sujeto se bajó los pantalones y comenzó a mear sobre su cabeza.

—Cierto, necesita un baño. ¡Apesta! —rio uno de los hombres.

Cuando terminó carraspeó con fuerza y escupió sobre Katta para luego volverse y continuar bebiendo con el resto del grupo.

A eso tuvo que acostumbrarse. Desde que lo tomaron prisionero no fue más que objeto de burlas y vejaciones. Antes de partir lo ataron a un árbol y le dieron latigazos hasta que su castigador se sintió cansado. Otro hubiese continuado si las ordenes de Massa no fueran mantenerlo con vida. De esa manera, golpeado y humillado era conducido a Colmillo Gigante para ser presentado ante la gente y, más que eso, ante el nuevo Señor de Tierras del Guerrero.

Desembarcaron en los puertos de Nuevas Hachas, que era una pequeña ciudad de criadores de cerdos y pescadores. Desde allí recorrerían los amplios caminos que utilizaban los comerciantes para llegar a Colmillo Gigante.

En cuanto pisaron tierra la gente recibió a Massa como un héroe. La noticia de la derrota de los Vayo llegó hasta sus oídos y no podían estar más contentos. Después de todo ambas ciudades tenían una rica historia en común de intercambios comerciales. En cuanto Katta descendió de la embarcación los pobladores se le quedaron mirando, señalándole con poco disimulo y murmurando de quién se trataba. Los hombres le jalonearon de las cadenas y le sujetaron a un árbol. En el rostro de quienes le observaban parecían hacerse muchas preguntas y una se manifestó en la forma de un niño.

—Oye, ¿es cierto que mataste al hermano de Massa?

Era un niño de no más de cinco o seis años, con las mejillas sucias por andar jugando y los ojos inocentes de todo infante.

—¡Hijo! —exclamó una mujer y lo tomó de los brazos para llevárselo después de mirar con temor al prisionero.

Un hombre, harto de que le prestaran tanta atención, se acercó furibundo y le dio un puñetazo que le hizo sangrar de ambas fosas nasales. El hombre se giró y abrió los brazos.

—¡No se equivoquen! ¡Reza murió porque este malnacido hizo trampa! ¡No es más que un maldito tramposo! ¡Por eso su familia fue castigada por los dioses!

Katta escuchó los abucheos y como estos iban perdiéndose en el silencio, como si cayera en un profundo agujero mientras pensaba en su pequeña hermana, en su hermano, en Natta, en Too

y en su padre… Salió de su letargo cuando el hombre le tomó de los cabellos.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó enseñándole los dientes amarillos.

—Ya es suficiente —dijo otro hombre, reconocido como uno de los capitanes de Massa.

El hombre le soltó de los cabellos y la gente comenzó a circular por temor a la molestia del capitán. Para la gente de las ciudades menores molestar al capitán de un gran Señor era una muy mala idea.

Katta miró hacia la muchedumbre a lo lejos, en el lugar donde se encontraba Massa. No podía verlo, pero no podría tratarse de otro. Escuchó decir que el Señor de Nuevas Hachas hincó la rodilla ante él y ante los Brazaletes de Poder. Precisamente eso era lo que entusiasmaba a la gente, ver al elegido portando las armas que le otorgaban una descomunal fuerza. Una mujer dijo, con asombro y júbilo, que podría partir a un hombre en dos como si fuera una ramita.

Por la noche comenzaron las celebraciones. Los hombres de Massa bebían y bailaban al cantar de los trovadores. El Señor de Nuevas Hachas mandó a sacrificar unos cincuenta cerdos, los mejores, para que no faltara comida en el banquete. La fiesta se llevaba a cabo en el castillo y en las calles de la ciudad. Parecía que el mundo entero estuviese celebrando mientras que él, sentado sobre sus orines, dormitaba para olvidar el hambre. Un soldado se le acercó con un plato. Arrojó la comida a su lado junto con agua para que se la disputara con los perros.

En cuanto el hombre se alejó, Katta espantó a los perros, recibiendo una mordida antes de darle un golpe en el hocico a uno de ellos. Comió lo que pudo, saboreando la tierra entremezclada. Escupió un poco y buscó beber un sorbo del charco que se formó cuando el hombre derramó el agua. Se sentó nuevamente y contempló las estrellas. Estaba consciente de lo bajo que había caído, pero aún no podía morir, no por su propia mano.

—Dioses —murmuró—. Permítanme solo eso… solo eso les pido…

De pronto los trovadores se callaron, igual que las risas y las voces de júbilo. Todo quedó en silencio hasta que la gente comenzó a correr por las calles. Estaba claro que algo sucedió, pero no tenía forma de saberlo.

Se enteraría al amanecer, cuando vinieron por él para continuar el camino.

La Barrera Azul estaba abierta.

Se ordenó a los hombres que aceleraran el paso. En un trayecto normal, considerando ese ejército, se tardaría cuatro días en llegar, pero la intención de Massa era llegar antes del anochecer del segundo día. Katta tuvo que acelerar el paso y evitar caer, de lo contrario sería arrastrado con las cadenas en las muñecas, en carne viva. Siguieron el ancho camino que atravesaba los espesos bosques hasta que el sol estuvo en lo más alto y se detuvieron para descansar. Las ordenes de Massa eran mantenerlo con vida así que a regañadientes los hombres le daban de beber y le arrojaban un poco de comida, lo suficiente como para que sus piernas se siguieran moviendo. Sincronizados, continuaron la marcha acelerada.

Para el segundo día llegaron a orillas del Guu, obligados a cruzar en embarcaciones medianas por lo poco profundo y angosto del río. En los puertos de Colmillo Gigante esperaba la multitud quienes, entre júbilo y aplausos, recibieron al elegido. Cuando Katta cruzó lo pusieron dentro de una jaula y arreada por burros lo condujeron al centro de la ciudad.

Porque eso era, un trofeo de guerra, el asesino de Reza.

Por ello le arrojaron estiércol y restos de verduras podridas. Maldijeron su linaje y escupieron su nombre mientras apretaban los dientes. Katta mantuvo la vista adelante, sin importarle demasiado lo que ocurría a su alrededor, era el viejo Ree quien le interesaba.

Ree Gyo esperaba a las puertas del castillo. Desde su posición Katta no podía ver con claridad, pero alcanzó a diferenciar como su hijo hincaba las rodillas ante él y alguien que

proclamaba a viva voz.

—¡Los dioses protejan al Señor de Tierras del Guerrero!

—¡Los dioses protejan a nuestro señor! —respondió la multitud.

Y cuando el sol se ocultó nuevamente, se encontró en una ciudad en celebraciones. Se bebía en los bares, se follaba en los callejones y se jugaba en los salones. Katta esperaba dentro de la jaula. Sabía que no tardarían en venir por él; así lo mandaba la ley. La noche avanzó y cuando ya algunos se caían de borrachos y peleaban en media calle, soldados de narices rojas por el alcohol lo sacaron y a empujones comenzaron a guiarlo hasta el castillo. Quienes observaron su paso insultaron a su familia y arrojaron cerveza o lo que tuvieran a mano. Cuando una roca golpeó su frente, haciéndole sangrar de la herida, los soldados tuvieron que golpear a algunos para mantener el orden.

—¡Basta mierda, o quieren recibir el castigo de nuestro señor! —dijo uno.

—Ya quiero que maten a este malnacido —replicó otro.

Entraron al castillo y lo condujeron por los pasadizos, hasta que las grandes puertas se abrieron y Ree estaba sentado al fondo del gran salón, el mismo en el que estuvo cuando todo comenzó. Ante la mirada de los señores de las ciudades cercanas le llevaron hasta el centro. Katta levantó la cabeza, Ree tenía una sonrisa de satisfacción que no se molestaba en disimular y Massa no estaba por ninguna parte.

—Vaya manera en la que nos volvemos a ver —dijo el viejo.

Katta le miró sin mayor emoción, con los ojos entrecerrados como si luchara por mantenerlos abiertos.

—Nuestro señor Ree te está hablando —dijo Broo Mue, quien la vez anterior le recibió con una sonrisa y ahora se veía completamente serio—. Qué esperas para saludarlo.

Katta regresó la vista a Ree Gyo y no hizo mayor gesto, cosa que molestó a los señores quienes comenzaron a lanzar improperios.

—Está bien, señores, está bien —Ree buscó calmarlos—. Katta Vayo ha pasado por mucho. Perdió a su familia, perdió su título, perdió sus tierras, lo ha perdido todo… Seguramente tema que si habla pierda también la lengua —los hombres rieron de forma burlesca. Ree hizo el gesto para que guardaran silencio—. No temas Katta, la última vez que estuviste aquí fuiste muy elocuente así que, si tienes algo que decir, adelante.

Las palabras previas del viejo aún retumbaban en su cabeza. Ciertamente lo había perdido todo. Su única reacción fue bajar la cabeza. Ree se acercó y limpió un poco de sangre de su frente con el dedo índice.

—Patético —comentó. Se dio vuelta y regresó a la silla—. ¡Katta Vayo por los crímenes de tu familia, en mi calidad de Señor de Tierras del Guerrero y según nuestras antiguas leyes, te condeno a muerte! —estalló el júbilo. Ree extendió los brazos para que se acallaran—. ¡La Barrera ha abierto y mi hijo partirá mañana rumbo al Paso para cumplir su deber como elegido!, no puedo estar más orgulloso. La ejecución será parte de las ceremonias de despedida —hizo un gesto despectivo con los dedos—. Llévenselo.

Lo condujeron a las celdas del castillo donde fue encadenado a la pared. Las voces se escuchaban a lo lejos, las risas y los cantos en lo que sería probablemente la noche más larga de su vida. Se sentó sobre la pestilente tierra y recostó la cabeza. Estaba cansado, no por el viaje, ni por el hambre, ni por las heridas… Estaba cansado de esperar la muerte.

—Dioses —murmuró—. Permítanme solo eso… solo eso les pido…

En ese instante, como si estuviese en un sueño, la puerta se abrió y la vio. Sus ojos se abrieron tanto como pudo. Necesitaba asegurarse de que se trataba de ella.

—Natta…

La joven caminó hacia él y vio con claridad su rostro. Era un rostro diferente, de ojos pequeños, algo rasgados, piel morena, cabellos rizados de un negro azabache y unos provocativos labios de un vivo rosa.

—No, no soy tu esposa muerta.

Por un momento había recuperado las fuerzas, pero se esfumaron junto con la esperanza de que Natta viniese a por él. Miró hacia otro lado y guardó silencio. La mujer depositó a sus pies un plato de comida junto a una botella con agua.

«Un momento».

Katta frunció el ceño.

—¿Cómo supiste que era el nombre de mi esposa? —le preguntó

La mujer miró la herida en su frente, sacó un pañuelo y trató de limpiar la sangre. Pero en cuanto lo intentó Katta alejó la cabeza.

—Estás herido, si tus heridas no son atendidas será peor —aseveró la mujer.

—Responde…

La mujer tomó un poco de aire.

—La gente habla. El nombre de la que fue tu esposa no es un secreto —Katta miró hacia la puerta, aparentemente cerrada y la miró a ella. Ella continuó—. Vine a atender tus heridas y ver que comas algo.

«Una sirviente».

Katta se puso de pie.

—Vete —le espetó.

—Me gustaría quedarme un poco más —respondió ella.

—Vete…

La joven le miró con cierta condescendencia, suspiró y se dio vuelta. Cerca de la puerta se detuvo y le habló sin volverse.

—Si pudieras pedirle algo a los dioses, ¿qué sería?

Katta frunció el ceño. Aquella pregunta pareció surgir de ninguna parte.

—¿Quién eres? —se apuró en preguntar.

La mujer se dio vuelta. Esta vez sonreía, como si estuviese complacida.

—Y si te digo que si eliges la vida… vivirás. ¿Cambiaría en algo?

«Esta mujer».

La miró de pies a cabeza.

—No me queda nada —respondió.

La mujer caminó hacia él y acarició su rostro.

—Aun así, Katta Vayo, eres importante para el destino de este mundo.

Katta recordó dónde escuchó lo mismo y a la persona que lo dijo.

—Ella te envió —murmuró.

La mujer se sonrió, retrocedió unos pasos y preguntó.

—¿Qué elegirás, Katta? —Katta se concentró en sus ojos, eran de un negro sobrecogedor, como si se corriera el riesgo en perderse en su profundidad. Se sentó, arrastrando las cadenas, tomó el plato de comida y comenzó a comer—. Espero grandes cosas de ti —agregó la la mujer. Se dio vuelta y caminó hasta la puerta.

—Espera —le detuvo—. Al menos dime tu nombre.

La mujer le miró de reojo y, por un instante, parecieron centellar.

—Descansa, te espera un día interesante.

Katta comió y bebió, y fue como si aquellos simples alimentos le devolvieran las fuerzas. Las heridas dejaron de dolerle y sintió ganas de acostarse a dormir. Se acomodó contra la pared, cerró los ojos y los sonidos de las celebraciones se acallaron.

Cuando volvió a abrirlos Massa estaba de pie, ante él.

*

—¡Los dioses eligieron a uno de ustedes! —exclamó Milles y los jóvenes se miraron entre sí. Pero más que nada depositaron su atención en ellos dos, Massa Gyo y Katta Vayo. En ese momento el Señor de Tierras del Guerrero, Rubbe Vayo, se puso de pie y exclamó.

—¡Solicito que Katta sea el primero en intentarlo!

Los señores no se atrevieron a cuestionarlo, salvo uno.

—¡Se debe respetar el orden establecido! —exclamó Ree Gyo—. Según el orden mi hijo debe ser el primero.

El orden de los candidatos lo decidía el sacerdote de Tu. El orden se había establecido previamente y se anunció a los señores para evitar, justamente, conflictos innecesarios. Aun así, era el señor de todos los señores quien lo solicitaba.

—¡Soy consciente del orden! —agregó Rubbe—, pero claramente la piedra se movió del lado de Katta y las antiguas leyes dicen que…

—¡Yo vi que se movió, nada más! —exclamó el viejo Ree.

Aquello no le gustó para nada al Señor de Tierras del Guerrero. Dio un paso al frente y le miró como si fuera una cucaracha que le gustaría aplastar.

—¿Estás diciendo que soy un mentiroso?

Los soldados de El Gran Tu sacaron las armas y se pudo notar como la multitud contenía la respiración, al unísono.

—No dije eso… señor —aseveró Ree, con rabia en los ojos.

—¡Mis señores! —intervino Milles—. ¡Debemos respetar la voluntad de los dioses!

—Sacerdote, también lo viste —respondió Rubbe—. ¡Todos lo vieron!

El sacerdote sintió las miradas ante sí, guardó silencio por un momento antes de volverse y mirar a Katta.

—Los dioses sabrán juzgar —se acercó a él—. Katta Vayo, ¿es cierto que la piedra se movió de tu lado?

Katta, quien en todo momento se mantuvo en silencio, miró a su padre y miró aquellos ojos que parecían dictarle la respuesta. Se volvió y miró a Massa, el orgulloso guerrero Gyo no mostraba mayor emoción.

—Se debe respetar el orden —respondió—. Massa va primero.

*

Lo llevaron hasta la plaza de combate, la misma donde tomó la vida de Reza Gyo cuando Too apretaba los puños y rogaba a los dioses de que saliera victorioso. La multitud le abucheó a su paso y ya para ese momento estaba acostumbrado. Ya no importaban los insultos o los escupitajos. Al contrario, mantuvo la cabeza en alto en todo momento.

Ree Gyo estaba sentado a un lado. El viejo ordenó que llevaran su silla hasta la plaza, seguramente para verse más imponente, pero, al contrario, a Katta le pareció ridículo. Este hizo callar a la multitud con un gesto y se puso de pie.

—Amigos, nos reunimos este glorioso día para despedir a mi hijo —extendió la mano hacia donde estaba Massa—. Él, sin discusiones, fue elegido por Tu, fue por los Brazaletes de Poder y lo consiguió. Y, por si fuera poco, comandó las fuerzas que derrocaron a la familia que durante cientos de años se encostraron en el poder. Si no se tiene cuidado el poder corrompe. Eduqué a Massa para que lo tuviera en cuenta. Para que fuera un elegido digno, un héroe que la historia recuerde y estoy seguro que así será —la gente estalló en jubilo, detalle que deleitó al viejo y que no pareció importarle al elegido por Tu—. Estamos aquí para desearle la victoria y que regrese a casa con la sangre de los gigantes escribiendo su leyenda —nuevamente la multitud, extasiada, se hizo escuchar. El viejo se tomó su tiempo antes de hacer el gesto para que guardasen silencio. Miró a Katta y sonrió—. Los dioses, en su infinita sabiduría, nos entregan al hijo del tirano para que hagamos justicia… Rubbe Vayo trató de deshonrar a mi familia, a mis ancestros y a todo lo que representa el apellido Gyo. Se atrevió a ir en contra de nuestras antiguas leyes y me acusó de haber cometido un crimen sin tener pruebas. Intentó atentar contra mi familia, contra ustedes, mi pueblo y contra todo lo que amo. El poder lo enloqueció y los dioses lo castigaron —la gente celebró sus palabras, afirmando, con vehemencia, cada cosa dicha como cierta—. Condenamos a muerte a este hombre por esa razón. Porque su sangre esta maldita, porque representa a la tiranía, porque nuestras antiguas leyes así nos lo mandan...

Y, cuando la gente estuvo a punto de nuevamente celebrar sus palabras, Katta exclamó.

—¡Última sangre!

Y el silencio fue absoluto y las miradas se dirigieron todas a él.

—¿Qué dijiste? —le preguntó el viejo Ree como si buscara constatar lo que acababa de escuchar.

Katta miró al soldado que tenía al lado, este soltó el agarre permitiéndole dar un paso al frente.

—Solicito que se me permita el “última sangre”. Un último combate antes de ir a mi encuentro con Elkes.

Todos los presentes, hombres y mujeres, soldados y señores, esperaron pacientes a lo que Ree fuera a decir.

—Ayer fue el momento para hablar y no lo hiciste —dijo el viejo entornando los ojos—. Hoy recordaste cómo hablar, pero ya es tarde. El juicio fue celebrado, la condena fue dictada y solo queda ejecutarla.

—¡Gane o pierda moriré igual! —aseveró Katta—. ¡Pero está escrito que se le debe permitir a un condenado a muerte demostrar por última vez su valía como guerrero ante los dioses! ¡Si se me niega el derecho estarán desobedeciendo las antiguas leyes! —miró de lado a lado—. Seguramente no querrán hacer eso.

Los señores comenzaron a hablar entre sí, algunos murmurando que era un maldito atrevido por hablarles de esa manera. El viejo Ree mandó a la calma.

—Será como dices —comentó con una sonrisa maliciosa y luego extendió los brazos—, siempre y cuando haya alguien que quiera luchar contra ti. Así sea señor de estas tierras no puedo obligar a nadie. Eso sí, quien lo haga tendrá el derecho a matarte y la ejecución se habrá llevado a cabo.

—Estoy de acuerdo —respondió Katta.

El viejo Ree dio una palmada.

—¡Muy bien! ¡¿Qué guerrero se ofrece en darle muerte al último Vayo sobre la tierra?!

Varios capitanes dieron un paso al frente y todos dijeron lo mismo.

—Yo, mi señor. Yo, mi señor. Yo, mi señor…

El viejo Ree pareció meditarlo, complacido de lo que veía, hasta que detuvo la mirada en uno.

—Mi señor —dijo este hincando una rodilla—. Yo, Logg Heh, Señor de Las Cuchillas, fiel a la familia Gyo permítame darle muerte al que utilizando cobardes trucos le dio muerte al grandioso Reza Gyo, su hijo —se puso de pie—. Reza era mi amigo y siempre lo consideré un extraordinario guerrero. Sería un honor.

Era mucho más alto que Katta, fornido, de espalda ancha y gruesas piernas. Sus manos eran enormes y sus brazos desproporcionadamente largos para su cuerpo.

—Comprendo —respondió el viejo y extendió la mano—. Adelante.

La multitud soltó un grito eufórico mientras que los hombres que resguardaban a Katta le quitaron las cadenas. Una vez libre las muñecas, se frotó las heridas.

—Necesito un arma —le dijo a uno de los hombres. Este miró a Ree quien asintió. El soldado que le quitó las cadenas tomó el hacha que llevaba y se la entregó con desgano. Katta examinó su filo y se dirigió a la arena. Logg Heh tomó una larga cuchilla e hizo lo mismo.

Una vez frente a frente, Broo Mue tomó las armas de los guerreros y las entregó a los soldados para que las colocaran en ambos extremos. La pelea sería como cualquier otro duelo; cada combatiente debía tomar el arma a las espaldas del otro.

—Presencié la pelea con Reza —le dijo Logg—. Conmigo no funcionaran esos trucos.

Katta le enseñó las muñecas, casi en carne viva.

—Cómo podría…

Broo anunció que el combate terminaría cuando uno de los dos estuviese muerto. Ambos hombres asintieron y se dirigieron a su respectiva posición. Broo se retiró. Los presentes esperaron el permiso para que el combate diese inicio.

—Comiencen —dijo el viejo Ree, centrando su atención en Katta.

Logg Heh aceleró el pasó, con los puños en alto y el rostro enfurecido. Katta se mantuvo en su lugar, con las manos a cada lado del cuerpo. Aquello pareció desconcertar al Señor de Las Cuchillas. Calmó su ímpetu y se mantuvo alerta con cada pasó que daba. Se acercó hasta encontrarse a unos metros y, viendo que Katta no cambiaba su postura, ni intentaba correr, decidió lanzar el primer golpe.

Katta lo vio, vio cómo su puño se hizo hacia atrás y cómo se acercaba como un martillo. Se inclinó y el puño pasó acariciando sus cabellos. Katta enterró los dedos del pie izquierdo en la arena y dio un paso con el derecho, para moverse por debajo del cuerpo de Logg. Extendió su brazo derecho, alineó los dedos y apuntó a su cuello. Su brazo se movió de derecha a izquierda y, cuando se detuvo, el cuello de Logg comenzó a sangrar bañando su pecho con una catarata roja.

Y la multitud se quedó en silencio.

—¿Qué pasó? —escuchó decir.

Logg se tomó el cuello tratando desesperadamente de detener la sangre. Miró a Katta con los ojos muy abiertos. Katta levantó la mano y le enseñó las uñas; los rastros de piel en ellas.

Durante el tiempo que estuvo encadenado, aprovechó las cadenas para afilar las uñas, afilar y afilar, siempre que nadie estuviese viendo, y ese era el resultado. Logg cayó de rodillas con el rostro horrorizado, como si no aceptara la muerte que se cernía sobre él.

—Maldito —dijo el viejo Ree—. Las uñas... las malditas uñas.

Katta caminó hacia él.

—Que lo entierren junto a sus ancestros...

El silencio del momento, en el que ambos hombres tenían los ojos en cada uno fue rotó por la voz de un alterado guerrero. Era alto como un árbol, delgado y brazos marcados por los músculos.

—¡Mi señor! ¡Permítame luchar contra él! ¡Permítame darle muerte!

Y la multitud despertó de su letargo y clamaron por la cabeza del último Vayo.

—¡No mi señor! —exclamó otro guerrero, más bajo que el anterior, pero con los músculos igual de marcados—. ¡Permítame a mí ser quien lo mate!

La multitud celebró sus palabras.

—¡Ya basta! —exclamó Ree Gyo y señaló a Katta—. Tuviste tu última sangre, nuestras antiguas leyes se han respetado —miró a aquellos hombres—. Ustedes, mátenlo.

—¿Ambos a la vez, mi señor? —preguntó uno de ellos.

—¡Sí, maldita sea, sí! ¡Háganlo!

Los hombres se miraron y sin decir palabras sacaron sus espadas. Katta corrió hacia donde estaba el arma de Logg. Podía escuchar las pisadas de los hombres en la arena. No se viró, en lugar de eso levantó la mirada y vio al soldado frente a él, a uno tres metros, que custodiaba a la multitud. En un rápido movimiento se abalanzó contra él y le dio un puñetazo en pleno rostro, y aprovechó su conmoción para tomar la larga cuchilla que tenía en el cinto. La tomó con ambas manos, se giró y la levantó por sobre su cabeza. Apuntó al hombre de la derecha y la arrojó con todas sus fuerzas.

El hombre, sorprendido, no pudo reaccionar. La cuchilla se clavó en su pecho haciéndole caer de espaldas. El que corría a su lado se detuvo consternado, confuso y alterado, todo a la vez. Regresó la vista a Katta, para ese momento este corría hacia él con la cuchilla de Logg entre las manos. El hombre soltó un furioso gritó y se abalanzó contra Katta. Alzó la espada sobre su cabeza y cuando se creyó listo la dejó caer con fuerza demencial. Katta vio la espada aproximarse y giró justo cuando esta cayó, rodando por el costado del hombre y finalizando el giro con un tajo horizontal directo a su nuca.

La cabeza del infeliz rodó ante su cuerpo que cayó como un costal de carne.

Otra vez se hizo el silencio, con rostros incrédulos de lo que estaba sucediendo. El más incrédulo de todos era el viejo Ree.

—A ellos también, que los entierren con sus ancestros —dijo Katta Vayo, el último Vayo.

Ree apretó los puños y dejó escapar toda su furia en un grito desproporcionado.

—¡SOLDADOS, ACABEN DE UNA VEZ CON ESTE MALNACIDO!

Los hombres tomaron sus cuchillas, espadas y hachas, resueltos a obedecer la orden de su señor. Katta se vio rodeado por una veintena de hombres, con armas en mano y sed de sangre en los ojos.

—Dioses —murmuró—. Permitan…

—¡Alto!

La voz del elegido retumbó en todos los oídos y paralizó cada movimiento. Massa comenzó a caminar hacia la arena.

—Massa —balbuceó el viejo Ree—. ¿Qué es lo que…?

—Padre —le miró desafiante—. Señor de Tierras del Guerrero, quiero combatir contra él.

*

Massa Gyo era un hombre imponente, lo que se esperaría de un guerrero de leyenda. Alto, de cuerpo entrenado y poderoso. Sus largos cabellos, verde oscuro, le caian sobre los hombros y sus ojos, del mismo color que sus cabellos, parecían no admitir emociones. Verlo generaba tanto miedo como respeto. Y allí estaba, de pie ante él, en una sucia celda que no era digna del elegido por Tu.

Katta se puso de pie, sacudió lo mejor que pudo sus prendas y levantó la cabeza.

—Elegido, ¿a qué debo el honor?

Por un momento consideró que pondría sus manos en su cuello o sacaría un hacha con el que le abriría el pecho, pero Massa no vino para eso. Lo supo en cuanto notó que sus ojos no guardaban deseo asesino.

—Quiero preguntarte algo.

«¿Preguntarme algo?».

En todo el tiempo que estuvo cautivo, hasta ese momento, Massa ni se acercó a él.

«¿Qué podrá ser?».

Katta se sentó, apoyando la espalda en la pared y le dijo.

—Supongo que está bien...

—¿Por qué dejaste que pasara primero? —preguntó Massa, sin dejar lugar a titubeos.

Katta supo a lo que se refería. Recordó el día de la elección cuando estaba frente a la Gran Roca de Tu, junto a Massa. Tomó aire y exhaló.

—Debíamos respetar el orden.

—No —Massa avanzó hasta pararse delante de él y, desde su posición, se veía como un maldito gigante—. La roca se movió de tu lado.

La expresión de Massa era la misma que la de ese día.

—No estoy seguro de eso —comentó Katta.

—No —repuso el elegido, con autoridad—. Se movió de tu lado, no hay dudas.

Katta se rascó la frente. Volvió a inhalar y a exhalar.

—Qué importa eso ahora. Fuiste elegido.

—Importa —Massa se puso en cuclillas para estar a la altura de sus ojos—. La roca se movió de tu lado, pero dejaste que yo pasara primero. ¿Por qué?

Katta supo que no estaría satisfecho hasta que le diera la respuesta que esperaba. Se puso de pie a lo que el elegido hizo lo mismo.

—Sí, la roca se movió de mi lado —le dijo concentrándose en sus ojos—. Honestamente, pensé qué que no importaría si pasabas primero. Estaba seguro que yo sería el elegido.

Massa se mantuvo serio, como indagando en los ojos de Katta. Resuelto, levantó los antebrazos ante él dejando ver las delgadas pulseras de oro que portaba.

En ese momento las pulseras comenzaron a brillar, extendiéndose desde la muñeca hasta antes del codo. Cuando el brillo se extinguió magnificos brazaletes cubrían cada antebrazo.

Era la primera vez que podía verlos de cerca. Cada uno era una pieza de acero antiguo y oro macizo con incrustaciones de joyas color jade y grabados en una lengua extinta que se habló en el viejo continente hace miles de años.

Los Brazaletes de Poder eran, verdaderamente, magníficos.

—Conseguí los brazaletes —dijo Massa—. Es prueba indiscutible de que soy el elegido.

—Sí, así es —asintió Katta.

Massa Gyo se dio la vuelta y los brazaletes desaparecieron a la par que caminaba hacia la salida. Antes de cruzar la puerta se giró y le dijo.

—Última sangre…

Katta estaba más que consciente de a lo que se refería.

—Así será...

*

—Pero Massa —refutó el viejo Ree—, no es necesario.

—Lo es —repuso Massa.

El viejo sintió las miradas expectantes. Guardó silencio a la par que el elegido se dirigía al centro de la arena.

—Escúchame, elegido —se decidió Ree a hablar con firmeza—. Nuestras antiguas leyes dicen que este hombre —señalando a Katta—, tendrá derecho a matarte y, aunque es imposible que lo consiga, no podemos ir en contra de la voluntad de los dioses.

Massa se detuvo, miró hacia la multitud y extendió los brazos para enseñar los Brazaletes de Poder.

—¡Yo, Massa Gyo, décimo elegido por Tu, expreso mi deseo de luchar contra Katta Vayo consciente del riesgo! ¡Libro a este hombre de cualquier falta! ¡Por tanto, de tomar mi vida, no se le considerara un infiel! —miró a Katta—. He dicho.

Katta asintió y ambos guerreros prestaron atención al viejo Ree. Este, regresó a la silla, con los ojos muy abiertos. Miró a la multitud...

—Como Señor de Tierras del Guerrero permitiré este combate —dijo con resignación.

Estaba hecho.

Katta sintió como su corazón se aceleraba al ver al elegido en el centro de la arena. Se aferró a la espada y tomó aire concentrándose en su figura. Massa mantenía la mirada fija en él, su objetivo. El elegido anhelaba ese combate tanto como Katta, tal vez más. Tal vez necesitaba demostrar sin lugar a dudas que era el elegido.

—Aléjense —dijo Massa y los brazaletes comenzaron a brillar donde estaban los grabados.

Y cuando comenzaron a brillar, hombres y mujeres, soldados y gente común comenzaron a correr. Incluso el viejo Ree tuvo que ponerse a salvo. No era para menos, crecieron con las historias de lo que los brazaletes eran capaces de hacer, desde destrozar cualquier cosa que se golpee hasta partir rocas en dos solo con su rafaga.

Katta observó paciente, analizando lo que debía hacer. Massa era zurdo por tanto hacía las cosas al revés. No importaba qué ni cómo, estaba en clara desventaja. Pensó que lo mejor era simular una embestida, esperar la reacción y atacar en base a eso. Corrió hacia el elegido en línea recta, levantó la espada y dio un saltó a su lado izquierdo para que le fuera incomodo defenderse y contra atacar.

Pero Massa, lejos de alterarse hizo un corte en el aire con el brazo izquierdo, a un metro de él.

Y Katta sintió el golpe, un golpe que provenía de la distancia entre él y el elegido. Fue el aire quien lo arrojó lejos, rodando sobre la tierra con el pecho adolorido. Se sintió como un latigazo que le dejó sin aliento. Cuando miró hacia Massa, este estaba en el aire, aproximándose, con el puño en su dirección.

Apenas si se hizo a un lado y Massa golpeó la tierra con tal fuerza que remeció todo a su alrededor. Katta volvió a ser arrojado, cayendo de espaldas, aturdido por lo que acababa de pasar. Massa tenía el puño en la tierra y, debajo de este, un agujero de regular tamaño.

—Mierda —murmuró Katta.

La multitud estalló en jubilo celebrando el increíble poder del elegido.

—Morirás —dijo Massa.

Sí, no había forma de luchar contra eso. Su defensa era excelente y su ataque devastador. Si le alcanzaba estaría acabado. Aun así…

—Inténtalo —sonrió Katta.

Esta vez fue Massa quien corrió hacia él. Katta alcanzó a esquivar el golpe directo, pero aun así sintió la onda, del mismo, en el rostro. Cayó de espaldas, mas dio una voltereta y volvió a

ponerse de pie. Escupió sangre y se apresuró a atacar, salvo que antes le arrojó al elegido un poco de arena que recogió cuando dio la voltereta. Massa hizo a un lado la cabeza para evitar ser cegado, situación que aprovechó, o intentó aprovechar Katta, para asestarle un golpe en vertical. Massa levantó los dos brazos y los brazaletes brillaron con mayor intensidad. Katta no tuvo tiempo de reaccionar y la espada fue a dar contra el oro del arma sagrada. Inmediatamente fue arrojado unos metros. Conmocionado vio que la espada se había partido en dos. La punta estaba a unos metros de él a su izquierda y a su derecha estaba el cadáver de uno de los soldados.

Y su hacha…

—¡Massa! —exclamó la multitud—. ¡Massa!, ¡Massa!

Massa se limpió la arena del rostro y se quedó viendo a Katta, desafiante.

—¿Cuál será tu siguiente truco? —le preguntó.

Katta tomó aire, levantó la cabeza hacia el cielo y cerró los ojos.

«Dioses, solo una oportunidad».

Abrió los ojos y, con decisión y premura, tomó el hacha que tenía al lado y la arrojó en dirección al elegido. Massa se protegió el pecho con el antebrazo derecho haciendo que el hacha saliera disparada al cielo. Esos instantes le sirvieron a Katta para correr hacia él y, cuando Massa buscó alejarlo haciendo un corte en el aire, se inclinó hacia delante para resistir el golpe de aire.

Katta sintió como aquella fuerza invisible golpeaba su cabeza y le hacía un corte en la frente sobre la otra herida que buscaba cicatrizar, pero resistió lo mejor que pudo y continuó su camino hacia el elegido quien, sin defensas, no pudo detener su puñetazo.

Un golpe directo en la mandíbula que le hizo retroceder unos pasos. Katta aprovechó para darle otro en el estómago y otro más, poniendo toda su fuerza en el golpe dirigido a su rostro.

Massa cayó de espaldas, con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Katta se quedó mirándole, con el corazón acelerado y agitado por el esfuerzo. La multitud quedó en silencio, un silencio que pareció temer lo peor.

Pero nada más lejos. Aquellos golpes no bastarían para acabar con el elegido. Este se levantó como si despertara de un sueño. Se limpió la línea de sangre de los labios y le preguntó, con cierta ironía.

—¿Eso es todo?

Katta miró a su alrededor. El arma más cercana era la punta de la espada rota.

—Tal vez...

Y fue la primera vez que vio a Massa sonreír. Una sonrisa de satisfacción. Una sonrisa que parecía estar esperando a manifestarse en su duro rostro. Extendió los brazos y los grabados de los brazaletes volvieron a brillar, pero esta vez parecieron avanzar por el resto de su cuerpo.

—Fue divertido —dijo.

E inmediatamente se abalanzó contra Katta, tan rápido que cuando se dio cuenta estaba delante de él. Incapaz de esquivar, apenas si atinó a protegerse el rostro. Massa le dio un puñetazo en el abdomen y el golpe le hizo perder todas las fuerzas. El elegido continuó con una serie de puñetazos en la parte superior del cuerpo elevándole un metro del suelo para terminar con un golpe en el rostro que le arrojó unos metros para rodar en la arena y quedar boca abajo.

Y, apenas consciente, Katta sintió como si todos los huesos de su cuerpo estuviesen rotos. Sangraba por todas partes y era como si la vida se le iba rápidamente. El dolor era increíble, como si acabaran de acertarle una veintena de puñaladas. Escuchó a la multitud ovacionar a Massa aparentemente seguros de que la batalla había terminado. Todo era borroso, pero alcanzó a diferenciar la figura del elegido, con el puño en alto viéndose aún más grande.

Y, tan solo por fuerza de voluntad, comenzó a levantarse. De forma lastimera y cubierto de

sangre alcanzó a ponerse de rodillas gimiendo de dolor. Cuando lo hizo la multitud se quedó otra vez en silencio. Todo era borroso, pero se concentró en la figura de Massa.

—A-ún, aún no —balbuceó.

Alcanzó a ponerse de pie, pero fue incapaz de levantar los brazos. Parecía que lo único que le servía eran las piernas. Trastabilló. Su cuerpo se balanceó como si estuviera a punto de caer. Escupió una buena porción de sangre y sonrió.

—Aún no...

La figura de Massa se quedó inmóvil. No podía ver su rostro con claridad, pero sabía que debía estar satisfecho.

—Te reconozco, Katta Vayo —le escuchó decir—. Te reconozco como guerrero.

—Aún no…

La figura de Massa vino hacia él, como una mole, con los brazaletes brillando.

«¡DIOSES!».

Katta corrió a su encuentro y, a fuerza de voluntad, cerró el puño y lo levantó presto a dar por finalizado el combate. Corrió hacia el elegido soltando un desbocado grito de furia, con los ojos muy abiertos. Corrió hacia Massa y, cuando estuvo a unos metros, lanzó el puñetazo y Massa lanzó el suyo.

Y un estruendo calló al mundo.

Katta no entendió bien que sucedió. Cuando volvió a abrir los ojos se dio cuenta que nuevamente le habían arrojado unos metros, pero esta vez no fue Massa quien lo hizo. La arena se levantó como una tormenta, rodeándolo todo. Cuando la arena comenzó a disiparse pudo diferenciar, con incredulidad y asombro, la realidad del momento.

La Gran Roca de Tu.

De la roca emanaba un blanco vapor, como si estuviese hirviendo, y bajo la misma un gran agujero que la enterraba hasta la mitad. No tardó en ver la figura de Massa al otro extremo, incrédulo ante el acontecimiento.

Katta se puso de pie y se percató de algunas cosas. La primera, que sus fuerzas habían regresado. La segunda, que Massa solo portaba el brazalete izquierdo. La tercera…

—¡No puede ser! —exclamó el viejo Ree.

…Él portaba el brazalete derecho.

Temple 03

Los rayos del sol entraron por la ventana de la torre, iluminando su muñón derecho donde descansaba una mosca. La mosca se elevó en vuelo y se dirigió a su rostro posándose en su mejilla, entre manchas de sangre y mugre. Temple abrió los ojos, lentamente, y contempló la soledad de la habitación, tardando un momento en hilvanar ideas. Pronto las imágenes los altos muros de la ciudad, destruidos, y las calles atestadas de cadáveres invadieron su mente.

Se levantó de un súbito. Miró a su alrededor. Se acercó a la ventana y vio como los pobladores recogían a sus muertos. Y como guerreros que no eran de Solarena resguardaban las calles.

Recordó entonces lo que sucedió. La ciudad capital de Desiertos Eternos, del que era señor y por ende señor de señores, fue tomada por los salvajes de Las Puertas de Elkes. Los Marqe habían tumbado los muros con una fuerza destructiva desconocida hasta ese momento. Y desde la torre se podía ver la magnitud de aquella fuerza. Explosiones producidas a voluntad y que destruían todo a su paso, incluido hombres. Ante eso era comprensible la derrota, pero no quería aceptarla. Recordó que su tía abuela prefirió suicidarse antes que caer prisionera de aquellos salvajes. Prefirió el orgullo a la vergüenza. Pensó si debía de una vez hacer lo mismo. Era el elegido por Kraster, sí, pero era un hombre incompleto al final. Se miró los muñones y apretó los dientes.

«No…».

Se dijo que ya lloró y se lamentó como para varias vidas. Llevaba encerrado en esa torre por varios días y no necesitaba permanecer por más tiempo. Era morir o elegir la vida. Si elegiría la vida haría lo necesario para que valga la pena. Y lo necesario, al verse los muñones, era dirigirse a la tumba de Kraster.

«Los guantes, mi ciudad, mi vida».

Sabía que no permanecería en esa torre para siempre y precisamente eso era lo que le llamaba la atención. Pudiendo encerrarle en alguna de las celdas del castillo estaba en la torre, donde una mujer se encargaba de alcanzarle la comida y ayudarle en detalles personales que necesitara.

«¿Por qué?».

Temple pensó en una respuesta; tenía tiempo en la soledad de esa habitación. Los Marqe era un pueblo salvaje de guerreros que aun practicaban rituales antiguos dedicados a Elkes… Veneraban a Elkes por sobre los otros dioses…

«Elkes fue el dios que forjó las armas de Mondo y de Kras…»

Entonces lo comprendió.

Se acercó a la puerta y llamó con vehemencia. Un hombre alto y fornido abrió con violencia, obligándole a retroceder. De fiero rostro, llevaba una lanza de acero negro en las manos.

—¿Qué quieres? —le preguntó con poco humor.

—Quiero hablar con el que está a cargo —respondió Temple.

El hombre le miró de pies a cabeza y soltó un bufido.

—Veras a Pyrer cuando él mande.

«Pyrer».

Anotó ese nombre en su cabeza.

—Pyrer debe querer los Guantes de Pliseron —respondió y le enseñó los muñones—. Puedo

decirle dónde están.

El hombre frunció el ceño.

—Sin manos, dejaste que te robaran los guantes. No sirves para na…

—¡Soñé que el dios de la muerte me mandaba a recuperarlos! ¡Me mostró en sueños lo que debo hacer! Ve y dile eso…

Era una mentira, pero una mentira necesaria. Y cayó. Los Marqe son demasiado devotos para atreverse a dudar siquiera.

Aun así...

—¡Mientes! —exclamó el Marqe con rabia.

—No miento, pero si gustas puedes arriesgarte en ir en contra del deseo del gran Elkes. Tú eliges.

El hombre retrocedió, conteniendo el aliento. Cerró la puerta y escuchó el eco de sus pisadas, alejándose.

Volvió a la ventana y observó las calles.

«Los guantes, mi ciudad, mi vida».

Cuando el sol estuvo en lo más alto volvieron a abrir la puerta. El mismo hombre entró, pero esta vez no venía solo. Detrás se mostró un hombre alto, más alto que el otro, como todo Marqe con la cabeza rapada y un prominente mentón.

—Me llamó Pyrer, capitán de los Marqe y señor provisional de estas tierras.

«¿Señor provisional?».

A Temple le pareció una muy concreta presentación.

—Soy Temple Imad, elegido por Kraster…

—Sé quién eres —le interrumpió y acto seguido le ordenó al hombre que los dejara solos—. Querías hablar conmigo.

Temple se sentó sobre la cama. En el tiempo que llevaba como prisionero escuchó un nombre repetirse una y otra vez. Aurelyus Myrdynn, el elegido por Mondo, estaba detrás de todo esto. Sorprendido tuvo que reconocer que no lo vio venir. En La Ciudad de los Héroes, durante la presentación, le pareció un tipo para nada especial en comparación al resto; un muchacho temeroso que de apostar si conseguiría el arma, hubiese apostado en su contra. Pero Aurelyus Myrdynn no solo consiguió el arma, consiguió a su vez aliarse con tales guerreros salvajes. Estaba claro que era alguien de cuidado.

—Escuché que estas bajo el mando de Aurelyus —aseveró y al capitán pareció no agradarle.

—Tenemos una alianza con el elegido por Mondo, pero no estamos bajo su mando.

Temple le repasó con la mirada.

—Pero se supone que debes llevarme con él —comentó—. ¿Debes llevarme a mí o al arma?

Pyrer puso una expresión de desagrado.

—Dejaste que te robaran los guantes. Faltaste a la voluntad del dios de la muerte.

Temple levantó la cabeza.

—Me lo arrebató, junto con mis manos, algo que no era humano —tomó aire—. El gran Elkes se me apareció en sueños. Manda que recupere los guantes.

El capitán caminó hacia él como si fuera a abalanzársele.

—Eso es mentira —apretó los dientes—. El dios de la muerte no perdonaría tu deshonra. ¿Dices que algo que no era humano te quitó los guantes? Debiste matarlo.

—¿Cómo matar a algo que no puede morir? —Temple recostó la espalda contra la pared—. Me enfrenté a un inmortal, capitán.

—¿Un inmortal? —pareció preguntarse más que preguntarle a él e inmediatamente le miró

con suspicacia—. Los inmortales que deambulan por la tierra no buscan las armas sagradas.

—Fue un inmortal, Pyrer, un Vanomet. Tu gente ha estado lo suficiente en esta tierra como para conocer mejor que nadie su existencia.

—Vanomet —dijo entre dientes y entornó los ojos—. Si eso fuera cierto entonces estarías muerto.

Temple levantó los muñones.

—Después de cortarme las manos creyó que estaba muerto. A lo mejor el dios de la muerte interfirió.

En ese momento el capitán de los Marqe lo tomó por el cuello.

—¡Deja de involucrar al dios de la muerte en tus mentiras! —rabió—. Debería matarte ahora mismo.

Temple soportó la fuerza de su agarre sin mover un solo músculo.

—De nada le servirá al elegido por Mondo un "sin manos" como yo —y, antes de sofocarse, agregó—. ¡Lo que quiere son los Guantes de Pliseron!

Pyrer soltó su cuello y se paró firme, mirándole con despreció.

—Si perdiste los guantes no hay nada que hacer. Le llevaré tu cabeza…

—Y te arriesgarás a ir en contra de la voluntad del gran Elkes. ¡Adelante! ¡Corta mi cabeza! —Temple esperó un momento antes de agregar—. Sé exactamente a dónde se dirigió el Vanomet. Se dirigió a El Pantano de las Luciérnagas. A la tumba de Kraster.

Y obtuvo la reacción que esperaba.

—¿Para qué iría a la tumba?

La pregunta que le permitiría comenzar.

—Junto a Kraster descansa su espada, con ella asegurará utilizar los guantes en toda su capacidad... Mira, ayúdame a matar al maldito inmortal y podrás llevarte los guantes.

Pyrer echó la cabeza para atrás.

—¿Me entregarías los guantes, así como así?

—Es lo que el dios me mostró en sueños. Si mató al inmortal recuperaré mis manos —Temple se puso de pie—. Es lo que quiero. Solo quiero recuperar mis manos.

El capitán le dio un puñetazo que le hizo trastabillar. A otro hombre, tal golpe, le hubiese dejado inconsciente, pero él no había dejado de ser un elegido.

«Pagarás por esto».

—¡Renunciarías a los Guantes de Pliseron! —exclamó Pyrer—. ¡¿Qué clase de elegido eres?! ¡El dios de la muerte forjó tu arma!

—¡No estoy renunciando a mi arma! —exclamó incorporándose—. ¡El único capaz de utilizarla soy yo! ¡De nada le servirá a Aurelyus ni a mortal alguno! —se paró firme ante el Marqe—. Si recupero mis manos… si vuelvo a portar los guantes estaré al servicio de Aurelyus, lo juro. No tienes que dejar que los porte. Puedes guardarlas y llevarme como prisionero para que Aurelyus decida. Habrás cumplido con creces y habrás obtenido resultados —Pyrer chasqueó los dientes antes de girarse para dirigirse a la puerta—. Debemos darnos prisa si queremos encontrar al inmortal —agregó Temple. El capitán se detuvo, sin volverse y se quedó inmóvil por un momento. Llamó al hombre, al otro lado, y este le abrió la puerta.

Una vez solo, Temple se asomó por la ventana y, ante lo sucedido, vino a su mente los consejos de Mungo, el sacerdote de Kraster que paseó por esas calles y fue parte de la ciudad durante más de una década.

Tomó aire y sonrió. No había más que hacer que esperar, esperar y ver si lo que había sembrado rendiría frutos. Se acostó en la cama y cerró los ojos.

Después que el sol se ocultó Temple despertó con el sonido de la puerta abriéndose. Se irguió de la cama, algo somnoliento, pero en cuanto vio que se trataba de Pyrer prestó toda su atención.

—Partiremos al amanecer —le dijo este.

*

Mungo era un hombre bajo, siempre pulcro y de sabios ojos. Se paró a su lado para contemplar lo mismo que él desde aquella ventana, en el tercer piso de aquel edificio. Las calles de La Ciudad de los Héroes.

—Fue una buena presentación —comentó—. Mañana partirás en busca del arma. ¿Ansioso?

—No, sé que lo conseguiré —respondió Temple—. No estoy siendo soberbio. No tengo dudas de que lo conseguiré. Todos los elegidos antes de mí dejaron su nombre escrito en la historia. Algunos más que otros, pero todos tenían el mismo objetivo. Ser tan formidables como Kraster. No anhelo menos.

El sacerdote palmó su hombro.

—Las ansias de gloria están bien mientras no te extravíes en el camino —habló con sabiduría —. Kraster fue un hombre único y todos crecimos con su leyenda. Pero él forjó su propia leyenda. Es lo que debes hacer. Forjar tu leyenda sin olvidar quién eres. Sin caer en la tentación de confundir el destruirte a ti mismo justificándolo como necesario. Temple, los elegidos que te precedieron lo sabían, como bien dices algunos más que otros. Debes saber que algunos intentaron sobrepasar lo que podían hacer y lo perdieron todo.

Temple rio.

—Mungo, hablas como si fuera a cometer una tontería.

El sacerdote ladeó la cabeza.

—La tumba de Kraster —comentó y sus ojos se encontraron.

—No pienso ir —respondió Temple encogiéndose de hombros.

Mungo tomó aire.

—Espero que así sea. Conoces la historia. Khytamon está allí. La serpiente del pantano juró resguardar la tumba del héroe. Hubo elegidos que lo intentaron y…

Temple frunció el ceño.

—Te digo que no lo haré.

—No te enfades —sonrió Mungo—. Me da gusto que lo tengas claro…

Se quedaron en silencio contemplando las calles, salvo que Temple aún tenía algo que decir al respecto.

—De todas maneras —miró al sacerdote—, me pregunto si sería capaz de derrotar a Khytamon.

Mungo se giró para sentarse en una de las sillas cerca de la cama.

—¿Sabes por qué la serpiente resguarda la tumba del héroe?

*

Pudo sentir la mirada de los Marqe curiosos por ver cómo haría, sin contar con manos con que sujetarse, para subirse al caballo. Se subió apoyando los antebrazos sobre el lomo del animal y de un salto estuvo arriba. Aun así, rieron de forma burlesca.

—Suficiente —dijo Pyrer y se acercó a Temple, sobre su imponente corcel—. Espero que no sea una pérdida de tiempo —amenazó.

—Estoy seguro que no lo será —le respondió Temple.

Eran veinte Marqe, incluido Pyrer, los que le acompañarían, cargados con sus lanzas de acero, pero además de eso cargaron en carretas varios barriles cuyo contenido no era otro que aquel polvo destructivo. Temple se dijo así mismo que tendría tiempo para averiguar cómo funcionaba. Se concentró en los guerreros. Cada hombre era más fiero que el siguiente y cada uno le miraba con más desprecio que el anterior, el mismo desprecio y desconsuelo que sentía de la gente que observaba a su señor compartiendo con los malditos que tomaron su ciudad. Temple comprendió el porqué de su molestia. Estaban en su derecho y odió que lo vieran en esa situación. Se mordió la lengua y disimuló su incomodidad.

Las puertas de la ciudad se abrieron y comenzaron el viaje al Pantano de las Luciérnagas Malditas.

Como destinado a Señor de Desiertos Eternos estuvo obligado a conocer sus tierras, por tanto, en los años de formación visitó numerosos pueblos y lo que no podía visitar lo aprendió leyendo los registros. Antiguos viajeros dejaron escrito que, para llegar a los pantanos, se debía cruzar el desierto del sur hasta las montañas de piedra. Si bien nunca visitó los pantanos tenía una idea de la ruta a seguir.

En el trayecto, Temple observó la férrea organización de los Marqe. No se detenían más que para comer algo y continuar. Por la noche cinco hombres quedaban haciendo guardia, siendo relevados a mitad de la noche. Ni si quiera tuvieron que atarle. Los caballos eran custodiados con atención y la concentración de los guardias era total. Por ello, durante varios días, el viaje fue una rutina a la que se acostumbró. Los Marqe hablaban muy poco y cuando lo hacían era en su idioma. Nadie hablaba con él y solo le prestaban atención para reírse cuando tenía dificultades para coger la comida o bajarse los pantalones para defecar.

Por muy organizados que eran seguían siendo unos idiotas.

Cerca de dos semanas pasaron desde que salieron de Solarena y los desiertos de arena gris dieron paso a un abrupto cambio. Como si fuera un capricho de Korana, se toparon con tierras verdes y fértiles a los pies de las montañas de piedra. La alfombra verde se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Aun así, eran las montañas de piedra, al otro lado estaba el pantano.

Y vieron un pequeño poblado. Pyrer mandó a dos exploradores a revisar. Los hombres regresaron un rato después para informar al capitán. Lo hicieron en su idioma así que Temple no se pudo enterar de que dijeron, pero viendo el poblado supo que no debían vivir más de cien personas. Una comuna de ovejeros y criadores de gallinas. Seguramente su mayor preocupación eran los zorros hambrientos.

Pyrer asintió y los Marqe comenzaron a prepararse. Temple comprendió lo que iban a hacer.

—Pyrer, solo son pastores de ovejas —le dijo—. Podemos rodearlos.

—No me digas qué hacer —rabió Pyrer y miró a tres de sus hombres. Estos se colocaron a espaldas del elegido.

—Espera, espera —se apresuró en responder—. No lo hagas, por favor, son inocentes.

El capitán le miró con ese despreció tan marcado que le dirigían desde que emprendieron el viaje e ignoró su presencia. Al contrario, levantó la mano para dar inicio al ataque. Los hombres soltaron un furioso alarido y comenzaron a cabalgar en dirección al poblado. Temple los siguió, con los ojos muy abiertos, incapaz de detenerlos. Los pobladores se vieron alertados y comenzaron a correr, algunos alcanzaron a montar a caballo. Los Marqe llegaron a la aldea y el caos comenzó.

Con horror tuvo que presenciar como mataban a esa pobre gente, sin contemplaciones, clavándoles las lanzas al paso, abriéndoles el estómago con afiladas cuchillas o pisoteándoles

con los caballos. Temple no pudo más que observar en lo que duró la matanza. Los vio perseguir a los que intentaron huir y más tarde violar a las mujeres que no creían lo que les estaba ocurriendo.

«Malditos, malditos sean».

Temple se mordió la lengua a la par que se dejaba caer sobre la hierba.

Cuando la locura terminó, los Marqe celebraron el asalto matando a unas ovejas. Prendieron varias fogatas y pusieron la carne al fuego. Y además de las ovejas arrastraron, entre extraños cantos y gritos a la noche, a los que dejaron con vida. Los formaron alrededor de una gran fogata y comenzaron la suerte de ritual. Temple escuchó las historias de las ofrendas que dedicaban los Marqe al dios de la muerte, pero era la primera vez que lo vería y no estaba dispuesto a soportarlo.

—¡Pyrer! —exclamó al punto del llanto.

El capitán no escuchó sus gritos. Temple buscó alcanzarlo entre la gente, pero sus guardianes le detuvieron. Odiaba sentirse impotente. Durante toda la matanza no pudo más que observar y nuevamente la cruda realidad le exigía ser espectador. Miró los rostros de esa gente y se mordió los labios. Quería gritarles que lo sentía, que serían vengados, un juramento que hacia sobre su propia vida. Dio media vuelta y comenzó a alejarse. Uno de los Marqe, que lo custodiaba, le tomó del hombro.

—Sin manos, ¿a dónde crees que vas?

—Déjame —le respondió retirando su mano, con el muñón.

El guardián le dio un golpe con el culo de la lanza.

—Maldito, no me toques con esa cosa —bramó.

—Déjenlo —dijo Pyrer que se acercaba con el fuego a sus espaldas.

Temple se paró ante él con un hilillo de sangre escurriéndole del labio.

—No es la costumbre de mi gente —dijo.

—La nuestra sí —respondió el capitán.

Temple miró rápidamente a los que le observaban, dio media vuelta y se alejó de toda esa locura. Pero no fue suficiente, aún pudo escuchar los lamentos de esa gente cuando fueron arrojados al fuego. Se sentó sobre unas rocas y lamentó, más que nunca, no tener manos para cubrirse los oídos.

Sus guardianes ni siquiera le prestaban atención. Al parecer, les bastaba con vigilar los caballos. Habiendo recorrido esa distancia, y estando cerca a ninguna parte, no sobreviviría un viaje a pie. Además, ya ni temían que intentara escapar. Se sentó mirando el cielo negro sobre él, dejando escapar unas lágrimas y apretando los dientes.

—Khytamon —dijo entre labios.

—Hey —escuchó un susurró.

*

—Por supuesto que lo sé —respondió el elegido.

Mungo levantó una ceja.

—¿En serio? —preguntó con suspicacia.

Temple le miró con impaciencia.

—Por el anillo de Kraster —dijo—. Quien lo consiga se le cumplirá cualquier deseo.

—No es un anillo —recalcó el sacerdote—. Es una llave.

Ahora fue Temple quien levantó una ceja.

—La leyenda dice que es un anillo.

Mungo tomó aire y se puso de pie.

—Es lo que se cuenta, pero otros aseguran que es una llave. Se dice que es una llave y no es la llave quien cumple los deseos sino a qué liberas con ella.

Temple frunció el ceño.

—Ahora me vas a contar una historia.

—Sí, una historia que pocos conocen —Mungo se paró frente a la ventana—. Pliseron tuvo quince hijos. La mayoría de reducido poder que sucumbieron al paso del tiempo y al peso de las batallas que se libraban cuando el mundo era un mar de caos y muerte. Pero dos de sus hijos sobresalieron. Khytamon, la serpiente del pantano, cuya sangre puede derretir el acero —el sacerdote le miró de reojo—. Y Calegedon, la mayor y más fuerte de entre todos sus hermanos. La serpiente de arena.

—Nunca escuché hablar de Calegedon —comentó Temple.

—Por supuesto que no. Su leyenda no es conocida por la gente, seas un señor o un simple poblador. Pero eres el elegido por Kraster y debes saber…

—¿Saber qué?

Mungo le tomó del hombro.

—Que Kraster lo sabía y llegó a un acuerdo con Khytamon para que viese que nadie obtuviese la llave, ni siquiera los elegidos —Mungo hizo una pausa y cuando Temple vio sus ojos supo que hablaba en serio—. Porque liberar a Calegedon significaría el fin de este mundo.

*

A pesar de haber celebrado durante toda la noche, por la mañana los Marqe estaban listos para continuar. Pronto, los verdes campos dieron paso al terreno rocoso de las montañas. Temple se preguntó si los gigantes ya se encontrarían en el continente. Aquello parecía no preocupar a esos hombres. Ni los gigantes ni la serpiente del pantano.

—Nos encontraremos con Khytamon —comentó Pyrer como si le leyera la mente.

—¿Qué? —no puedo evitar sorprenderse.

—Si tu esperanza es que la gran serpiente nos devore te adelanto que eso no va a ocurrir —el capitán clavó la mirada en el elegido—. ¿Qué haremos con Khytamon?

«No es la serpiente de quien tienes que preocuparte».

—Con suerte Khytamon devoró al inmortal —respondió sin titubeos—. En ese caso, solo tenemos que tomar los guantes de sus excrementos. En el caso que el inmortal haya matado a la serpiente, tendremos que matarlo.

—Matar a un inmortal —intervino el joven que estaba al lado de su capitán—. Seguro crees que no podremos hacerlo.

Pyrer le regaló una dura mirada al joven guerrero Marqe, haciendo que este bajara la cabeza.

—Podrán —respondió Temple—. Vi lo que hicieron a los muros de Solarena —se giró para ver las carretas con los barriles que viajaban con ellos.

—Lo sabremos dentro de poco —recalcó Pyrer.

Les tomó tres días atravesar la ruta de las montañas y el entorno comenzó a cambiar de forma progresiva. Las montañas de piedra dieron paso a un terreno inerte y gris. La tierra era negra y en el aire había un olor a muerte. Los hombres se detuvieron en lo alto de una colina y observaron con atención lo que se mostraba ante ellos.

El Pantano de las Luciérnagas Malditas no era un solo pantano sino un conjunto de pantanos

que ocupaban hasta donde alcanzaba la vista y más allá, según los registros, hasta el mar. Pyrer esperaba que Temple le dijera hacia dónde dirigirse. El elegido no tenía la más mínima idea, solo una corazonada.

—Continuemos.

A medida que avanzaban, aumentaban los cadáveres de bestias salvajes. La cabeza de un enorme buey, sumado a la incomodidad de los caballos, los pusieron en alerta. Uno de los Marqe habló con Pyrer en su idioma. Temple no necesitó entender palabra alguna para comprender el porqué de su incomodidad.

—Desde aquí caminaremos —le remarcó el capitán.

Dejaron a los caballos amarrados a troncos secos y Pyrer, junto a cuatro de sus hombres, comenzaron a sacar el contenido de los barriles para colocarlos dentro de bolsas de tela y piel de animal. Hicieron una multitud de bolsitas que cargaron en los cintos mientras que otros se animaron a cargar lo que quedaba en los barriles. Temple comprendió lo mortal de aquel polvo negro al notar el cuidado al manipularlo.

—¿Ese polvo es capaz de destruir cualquier cosa? —se animó a preguntar.

—Incluso las piernas de un gigante —recalcó el joven guerrero, a su lado.

—Los gigantes —musitó Temple—. Ya deben estar de este lado del mar.

—No te preocupes por los gigantes —bramó Pyrer.

—Claro —asintió.

Con cada paso el cielo se tornaba más gris y la tierra más muerta. A pesar de conocerlos como pantanos, en regla no era para nada eso. No había árboles ni vegetación alguna, solo tierras y aguas negras. Caminaron sorteando los cuerpos de agua, evitando entrar en contacto con ellas. En un momento, un gran lagarto salió de las aguas y atacó a uno de los guerreros alcanzando a morderle las piernas y arrastrándolo a las profundidades. Fue tan rápido y aún así Temple alcanzó a memorizar sus detalles. Una criatura tres veces más grande que cualquier lagarto sobre la tierra, ojos color jade y dientes del tamaño de puños.

Los hombres, perplejos por la rapidez con lo que ocurrió, se alejaron de las orillas sin siquiera lamentar la muerte del compañero.

—Estúpido —escupió Pyrer.

«Una bestia mágica».

A Temple, por un momento, se le vino a la mente la imagen del elegido por Bravo.

Siguieron caminando, vigilantes de cualquier bestia que emergiera de las profundidades. Vieron las aguas moverse y los hombres tomaron sus lanzas mientras que otros las bolsas que llevaban en el cinto. Se quedaron expectantes, pero no pasó nada, hasta que retomaron el andar, con la vista fija en las aguas.

Sin embargo, no fue de las aguas que emergió una bestia sino del cielo lo que mató al siguiente Marqe. Un gran buitre bajó a gran velocidad y cayó sobre un hombre destrozándole el pecho con las garras y abriéndole la cabeza con el pico. La bestia tenía el cuerpo cubierto de gruesas plumas negras, salvo el cuello que se mostraba en carne viva; la cabeza descomunalmente grande y ojos como dos bolas de fuego.

Los Marqe lanzaron las bolsas al buitre y cuando hicieron contacto a la altura de su estomago estallaron dejando sus tripas esparcidas sobre la tierra. En ese momento Temple vio, con sus propios ojos, la capacidad destructiva de aquel polvo.

—Continuemos —sentenció Pyrer.

Caminaron atentos, expectantes ante cualquier situación. Nada pasó por buen rato y los hombres parecían impacientes. Hablaban en su idioma, pero Temple sabía que él era el objeto de

sus reclamos. Pyrer bramó algo en su idioma y los hombres se callaron. Se volvió hacia Temple y le tomó del cuello.

—Aquí no hay rastros de combate —enfureció el capitán—. No hay rastros de que nadie haya pasado por acá. ¿Dónde está el inmortal?

—Lleguemos a la tumba —se apresuró a responder.

El capitán le soltó, empujándole para que cayera de espaldas.

—Dame una sola razón para no cortarte la cabeza —exigió.

—Irías en contra de la voluntad de Elkes —respondió Temple, se puso de pie y se acercó para susurrarle—. Encontremos la tumba. Deseas tanto como yo lo que allí se encuentra. Sí, lo sé.

Ambos hombres se quedaron viéndose, como midiendo la mirada del otro. Pyrer chasqueó los dientes y ordenó a sus hombres que continuaran.

Caminaron atentos, con los ojos muy abiertos esperando lo impensado. Caminaron por largo rato hasta que el cielo gris se tornó casi negro y supieron que el día estaba llegando a su fin. Caminaron hasta que vieron algo a lo lejos y se detuvieron a contemplarlo.

—Allí está —dijo Temple.

Y allí estaba, el templo donde se encontraba la tumba de Kraster.

Las paredes estaban derruidas por el paso del tiempo y a medida que se acercaban notaron los huesos de quienes lo intentaron. Huesos que dejaron en claro que Khytamon no era solo una leyenda.

—Prepárense —ordenó Pyrer.

Los hombres tomaron las bolsas y los que cargaban los barriles los amarraron con cuerdas y lo cargaron sobre sus hombros. Formaron un semicírculo mirando hacia el cuerpo de agua, a unos metros. Si la serpiente del pantano aparecería sería emergiendo de esas profundidades.

Craso error.

Todo comenzó a temblar y antes de que pudieran reaccionar la tierra se abrió como si buscara tragarlos. Un estruendo se escuchó y, como si saliera despedida, una gran serpiente emergió arrojando piedras en todas direcciones. En el proceso, tres Marqe rodaron y las bolsas que cargaban estallaron, volviendo todo un caos y ensordeciendo a los que presenciaron el espectáculo.

Temple buscó recomponerse y, cuando lo hizo, vio la magnitud de la bestia ante ellos. Sus escamas eran del tamaño de torsos humanos y sus ojos como lunas llenas. Sus colmillos del tamaño de brazos extendidos y en su cuerpo alargado parecían caber un batallón acostados en fila. La cabeza de la serpiente se elevó a lo alto y era tan grande como tres carretas juntas.

Pyrer se puso de pie y exclamó algo en su idioma. Los Marqe comenzaron a correr delante de la serpiente y arrojaron las bolsas explosivas que, al hacer contacto con las escamas estallaron envolviendo a Khytamon en una densa humareda.

Los hombres de los barriles comenzaron a girar con las cuerdas entre las manos. Y con el impulso ganado arrojaron sus cargas hacia la bestia mágica. La explosión producida fue tal que Temple rodó por la tierra con un pitido en los oídos que no le permitió oír nada más. Se incorporó, al igual que Pyrer y el resto de Marqe, esperando a ver los resultados de tan rápido y coordinado ataque, el mismo ataque que seguramente derrumbó las paredes de Solarena. Esperaron por un momento hasta que vieron a la serpiente arrastrarse por la tierra, morder a un hombre y arrojarlo por los aires con las tripas saliéndole del estómago. Atacó a otro hombre, con tal rapidez y vehemencia que no le dejó reaccionar, arrancándole la cabeza de una mordida y aplastando a otro con la cola. El golpe hizo remecer la tierra haciendo trastabillar a los guerreros. Aun así, notaron que de las escamas de la serpiente emanaba una sangre espesa y negra, detalle

que animó a los Marqe a continuar atacando.

Pyrer se abalanzó contra Khytamon y, antes de que su cola le aplastase, cambió de dirección arrojándole las bolsitas. Volvió a dar una orden en su idioma y los hombres que quedaban arrojaron los barriles. Nuevamente la explosión aturdió a Temple. La humareda no dejó ver con claridad, pero la serpiente volvió a moverse, aunque esta vez con menor rapidez y con más heridas.

Y el elegido supo que, de seguir así, triunfarían sobre Khytamon.

—¡Ahora! —exclamó.

Los Marqe no notaron su grito. Estaban tan ocupados buscando atacar a la serpiente que no se percataron del peligro a sus espaldas.

Tara Mist llegó corriendo, con la funda-bastón en una mano y la espada en otra.

*

—Tara —susurró Temple.

—No hay tiempo, vámonos —respondió la joven, en voz baja.

Aprovechó la oscuridad de la noche y que los Marqe estuviesen ocupados con su celebración para acercarse. El elegido se dio cuenta que la sanadora encontró la manera de seguirles sin que aquellos hombres se dieran cuenta.

«Qué mujer».

Se volvió para mirar a sus guardianes. Estos estaban atentos a los sacrificios que se hacían al dios de la muerte. Se arrastró hacia ella y le susurró.

—¿Cómo?

—Considerando la dirección supuse que los convenciste para que te llevaran a los pantanos y mantuve la distancia. Fue muy hábil de tu parte convencerlos, pero lo mejor es huir ahora —le tomó del brazo—. Vámonos.

—Espera —le detuvo.

Temple volvió a mirar hacia esos hombres.

—¿Qué vamos a esperar? —le preguntó la joven, con impaciencia—. No habrá mejor oportuni...

—No, no haremos eso —repuso con seriedad.

La sanadora se frotó los cabellos.

—No hay tiempo, Temple.

Temple relajó la mirada.

—Agradezco que hayas venido por mí, pero debo pedirte algo más. Seguiré con ellos hasta encontrar la tumba. Cuando suceda seguramente lucharemos con Khytamon. Ese será el momento.

—¿Momento para huir? —preguntó extrañada—. No tiene sentido.

—Momento para luchar —le recalcó—. Matarás a todos los que puedas.

Tara echó el cuerpo para atrás.

—Sí que te volviste loco —sonrió—. Son guerreros Marqe. Soy buena, pero no tanto.

Temple tomó aire.

—No tengo derecho a pedirte nada, pero deben morir y la oportunidad será cuando estén luchando con la serpiente.

Ahora fue Tara quien tomó aire.

—Sino es que la serpiente nos mata también —aseveró—. Vámonos, encontraremos a la

serpiente por nuestra cuenta si insistes, pero no con ellos encima.

—¿Sabes lo que hicieron a los muros de mi ciudad? —le preguntó—. Esta gente trajo unos barriles consigo. En su contenido está la clave. Cuando comience la lucha presta atención como lo utilizan y, llegado el momento, utilízalo en su contra.

La joven pelirroja fue alertada por el sonido de unas pisadas, acercándose.

—Es demasiado arriesgado —se apresuró a decir.

—Lo sé, lo sé. Disculpa por poner ese peso sobre tus hombros.

Tara meneó la cabeza y comenzó a retroceder. Pronto se confundió con las sombras de la noche y Temple escuchó la voz de uno de sus guardianes.

—Sin manos, maldita sea, no te alejes.

Los hombres le empujaron para que caminara delante de ellos y miró de reojo el lugar donde la sacerdotisa se mimetizó con la oscuridad. Regresó a su posición para contemplar la gran fogata seguro de que hacia lo correcto.

*

La joven, con ágil movimiento, sorprendió desde atrás al Marqe más cercano y le cortó el cuello. Tomó la bolsa que sostenía y la arrojó contra un par que tenían la vista fija en la serpiente. La explosión alertó a los hombres que, al ver el peligro que significaba la desconocida, arrojaron sus bolsas contra ella. Tara corrió hacia las aguas negras y se arrojó a sus profundidades evitando sufrir la explosión. Quedaban dos hombres con barriles que se apuraron en lanzar con vehemencia sus cargas, buscando acabar de una vez con la bestia, mientras que otros vigilaban las aguas esperando que la joven emergiese. Khytamon serpenteó a gran velocidad evitando que el impacto le golpease en medio cuerpo. Aun así, alcanzó a destrozarle parte de la cola, arrojando su espesa sangre por todos lados. La serpiente pareció retorcerse de dolor y arrastrarse enfurecida hacia el hombre más cercano, que poco pudo hacer para evitar su embestida. Khytamon lo masticó en lo alto antes de arrojar el cuerpo mutilado hacia donde estaba Pyrer.

El capitán, viendo diezmado sus guerreros, lanzó un grito para que se reagruparan. En ese momento Tara salió de las aguas y corrió alejándose del grupo sobreviviente y acercándose, temeraria, a la serpiente en busca de las bolsas que no estallaron cuando sus portadores fueron descuartizados.

Temple, que se mantuvo expectante a cierta distancia, apretó los dientes. El resto de Marqe, ni Pyrer le prestaban atención, ni siquiera la serpiente. Corrió hacia el grupo y, antes de que el más joven de ellos, aquel que se mostró pedante y no paró de mirarle con desprecio durante todo el viaje, estuvo por lanzar su bolsa le dio una patada en la espalda haciéndole caer de narices. Tomó la bolsa con los antebrazos y en un movimiento de catapulta lo lanzó hacia arriba en línea recta.

Temple encontró la incrédula y sorprendida mirada de Pyrer y se echó a correr. Los Marqe hicieron lo mismo, salvo que Tara lanzó la bolsa cerca de uno de ellos. La explosión le destrozó la pierna y le arrojó hacia otro que corría, golpeándole en las costillas. Khytamon se abalanzó sobre este hombre y le clavó sus colmillos en pleno rostro y estómago. La bolsa, que lanzó Temple, cayó distrayendo a la serpiente y, de paso, volviendo en mil pedazos al joven Marqe que no reaccionó cuando debía.

Pyrer se detuvo, lanzó su carga, pero no a la serpiente sino hacia un lado de la joven. La explosión hizo rodar a Tara dejándola expuesta a un segundo ataque. El capitán, viéndose sin más cargas, tomó la lanza que estaba entre unos cadáveres y se propuso terminar con la sanadora.

Temple corrió hacia él, con las imágenes de Solarena ardiendo en llamas y su gente siendo masacrada. Corrió hacia él con los gritos desesperados de quienes ardían en la gran fogata en ese insano espectáculo. Corrió hacia él y gritó desesperado. El capitán de los Marqe lo vio venir y cambió de objetivo. Se giró y arrojó la lanza.

Pero lo que Pyrer no tuvo en cuenta era que, a pesar de perder las manos, no había dejado de ser Temple Imad, Señor de Desiertos Eternos y elegido por Kraster.

Se deslizó sobre sus rodillas y recostó el cuerpo para que la lanza pasara sobre él. Se incorporó y soltó un grito enfurecido. Se lanzó contra el capitán de los Marqe en un embiste que hizo caer a este de espaldas. En el suelo, se montó sobre él y con los antebrazos apretó contra la tierra los antebrazos del capitán.

Y, una vez en esa posición, comenzó a darle cabezazos en pleno rostro, una, otra y otra, y otra vez sin importarle el dolor, y otra vez sin importarle el mareo, y otra vez sin importarle la locura. Y otra vez hasta que el rostro del Marqe no era más que una masa sanguinolenta de piel retorcida y dientes desparramados.

—Temple —le llamó Tara.

Temple miró hacia ella con el rostro cubierto de sangre y la cabeza dándole vueltas, pero satisfecho, complacido, incluso olvidándose del peligro que cernía. Cuando se fijó, vio a la serpiente del pantano terminando con el último de los Marqe que quedaba con vida. Al parecer, mientras luchaba con el capitán, Tara se cargó a uno más y Khytamon se encargó del resto. Cuando el último alarido calló el silencio fue total. Tara estaba en posición de alerta ante la presencia de la serpiente.

Y la serpiente se volvió hacia Temple.

—Temple Imad —dijo sin mover la boca, pero con una portentosa voz y que hizo eco en todas direcciones—. Elegido por Kraster. Viniste a mí con un propósito…

Temple se levantó de sobre el cadáver del capitán e hincó una rodilla ante la serpiente del pantano.

—Tara —le dijo. La sanadora guardó la espada, pero se mantuvo en pie—. ¡Gran Khytamon! — exclamó regresando a la bestia magica—. ¡Señor del pantano!, ¡orgulloso hijo de Pliseron y sabia serpiente que ha vivido por centurias! ¡No le ofenderé con mentiras! —levantó la cabeza y le enseñó los muñones—. Solo tengo un deseo.

La serpiente sangraba en varios puntos de su largo cuerpo y donde estuvo su cola quedaba un amasijo de carne negra. Se acercó a él y su bífida lengua se sacudió frente a su rostro.

—Apestas a muerte —dijo—. Puedo oler al ser que te quitó las manos. Su olor está impregnado en ti.

—Luché con él y perdí —Temple se puso de pie—. Se llevó los guantes. Deseo recuperarlos.

—No es lo que deseas sino lo que debes hacer, Temple Imad —Khytamon levantó la cabeza a lo alto—. Durante mil años he resguardado la tumba de Kraster. Muchos lo han intentado y muchos han perecido, incluido elegidos como tú. Estarías muerto sino fuera por una razón. El ser que te quitó los guantes debe ser detenido.

Temple se puso de pie. Se sintió seguro, una seguridad alimentada por la sed de venganza.

—¡Lo haré! ¡Gran Khytamon, detendré a ese ser!

—No podrás —aseguró la serpiente del pantano—. Ningún elegido podrá. Ningún mortal podrá.

Temple Imad se mostró confundido. No esperaba que la serpiente le dijera algo tan desesperanzador. Aun así, no estaba listo a darse por vencido.

—¡Pero, gran Khytamon, sé que puedo hacerlo!

La serpiente del pantano se giró para mirar a Tara Mist, quien se mantuvo en silencio en todo momento.

—¿Qué? —preguntó la sanadora.

Khytamon no respondió. En lugar de eso se arrastró hacia las aguas negras para desaparecer entre las olas.

—Espera —Temple trató de detenerle.

Y, desde las profundidades… desde todas partes, la voz de la serpiente retumbó.

—Liberen a Calegedon.

Resta 03

Escaló la última roca antes de alcanzar la cima y se recostó un momento para recobrar el aliento. Fue un ascenso largo, pero lo había conseguido. Miró el cielo azul, las nubes esponjosas sobre su cabeza. Se tomó el tiempo necesario antes de incorporarse. El horizonte era celeste, pero ni rastro del mar. Cruzó el pequeño bosque antes de alcanzar aquella planicie de piedras naranjas. El aire acarició sus cabellos, un aire salino y que era la antesala de lo que fue a buscar. Aceleró el paso y llegó hasta el borde del acantilado.

Y pudo ver la Barrera Azul…

Y aun siendo una línea a la distancia, el punto en el que se cortaba estaba allí. Comprobó que, como se decía, la Barrea Azul estaba abierta. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que abrió. Suficiente tiempo para que los gigantes cruzaran el mar. Pero nada. Era tal como dijo Aurelyus.

Resta miró hacia su izquierda y notó a la distancia las tiendas de campaña…

*

El cielo se tornó de un gris oscuro presagiando la lluvia. Uno de los Marqe tomó en brazos, con sumo cuidado, el cuerpo de Aurelyus y lo colocó bajo una saliente de roca mientras que el otro se encargó de encender una fogata. Resta miró la escena preguntándose si la dedicación de esos hombres era porque obedecían las ordenes de su señor o porque temían cualquier represalia del dios de la muerte. Como fuera, cuatro días pasaron desde que Aurelyus partió *mudando* el cuerpo de Rayzer.

Y aún le era difícil explicar aquel asunto. Muerte le permitía revivir a los muertos. Fue lo que hizo con el elegido por Volcano, pero… ¿se le podía considerar vivo o solo era carne muerta moviéndose? Por más no-muerto que se tratase y que su descomposición se detuviese: ¿acaso al regresar recordaría quién fue en vida? Lo único seguro era que Aurelyus era quien lo controlaba, en todos los sentidos, estando fuera y dentro de él.

“Protégeme mientras voy por las Hachas de Fuego”, recordó sus palabras.

¿Realmente sería capaz? Se sabía que en el pasado hubo elegidos que no consiguieron las armas sagradas y, aunque en el caso de Volcano todos lo consiguieron, no se podía ignorar que Rayzer ya no era Rayzer. Por más que Aurelyus utilizara su cuerpo, el arma sagrada podría no mostrarse como no se muestra a cualquiera que no fuera un elegido. Por otro lado, no podía ignorar lo extraño que era verlo. Como un cascaron vacío, tan vulnerable. Su ser estaba en el elegido por Volcano dejando su cuerpo esperando a su retorno.

Escucharon un extraño ruido que alertó a los hombres. Si bien estaban alejados de los caminos, no era imposible toparse con ladrones que deambularan por la zona. Resta miró a uno de los hombres y este comprendió sus intenciones. El otro se quedó vigilando el cuerpo de Aurelyus mientras que ellos iban a ver de qué se trataba.

Sigilosos y alertas se acercaron a unos matorrales. El Marqe se alejó unos diez metros a su derecha. Resta se colocó detrás de un árbol y revisó los alrededores. Estaba seguro que el ruido provino de las cercanías. Esperó paciente con el arma en la mano, atento a cualquier movimiento. Lo mismo con el Marqe. Observó escondido detrás de un arbusto. Se quedaron inmóviles y creyendo que no había nadie decidió regresar.

Entonces escuchó un furioso rugido y, al fijarse, al lado del Marqe se mostró una suerte de enorme oso entre los árboles.

Alcanzó a notar que sobre su cabeza ramas y hojas parecían nacer de su pelaje y sus garras, más que garras, eran gruesas raíces enredadas que comenzaban en los hombros.

Al instante supo que no se trataba de un animal.

El "oso" sorprendió al guerrero Marqe y, aunque este alcanzó a clavarle la lanza en el estómago no bastó para detenerlo. La bestia clavó sus garras en su pecho y lo levantó a lo alto para arrojarlo por sobre su cabeza.

Resta sacó el hacha del cinto y se puso en guardia. Estaba claro que era una bestia mágica y como tal no podría derrotarle enfrentándole directamente.

«¡Mierda!».

La bestia mágica notó su presencia y se abalanzó contra él. Resta aprovechó el árbol cercano para que se interpusiese en su camino. Corrió alejándose y con la distancia ganada se volvió para ver a la criatura dar largas zancadas hasta tener su enorme garra de raíces dirigiéndose directamente a su cabeza. Resta saltó hacia atrás para evadir el golpe. Y, a pesar de esquivar el ataque, se percató de lo expuesto que había quedado.

La bestia buscó dar un segundo golpe. A Resta no le quedó otra que interponer el hacha en la ruta del zarpazo a sabiendas de que podría ser mortal. Era demasiado rápido para su tamaño y las ansias de asesinarlo era casi palpable.

Pero, antes de que le golpease, vio como de su cuello emergía, atravesando piel y huesos, la punta de una afilada lanza. El Marqe que vigilaba el cuerpo de Aurelyus estaba atrás, con los ojos centrados en su presa. La bestia mágica se giró para tratar de agarrarlo. El guerrero soltó la lanza y se echó para atrás. Resta aprovechó el momento de distracción para incorporarse. Apretó los dientes y se abalanzó contra su descomunal espalda con el hacha en lo alto. Alcanzó a hundir su filo en su cabeza de ramas y hojas, haciendo que este soltara un alarido, entre rabia y dolor. La bestia volvió a girarse para atacarle y el Marqe aprovechó para atacarle, esta vez, incrustándole un cuchillo en la parte posterior de la rodilla. La bestia mágica perdió estabilidad y cayó de lado. Resta vio otra oportunidad y esta vez atacó su cuello. Esquivó sus garras que buscaban sujetarlo. El Marqe sacó la lanza de su cuello y volvió a atravesarle, esta vez emergiendo la punta a la altura de los ojos. Resta lanzó un último ataque a su cuello a lo que la bestia mágica soltó un alarido desgarrador para dejar de moverse.

Transpirando, y con el corazón acelerado, Resta vio como el hombre fue en busca de su compañero. El cuerpo del infeliz estaba sobre unos matorrales, con los ojos desorbitados y la carne del torso al descubierto. El Marqe dijo algo en su antiguo idioma. Le miró y entornó los ojos.

—Esto no está bien.

Resta comprendió a lo que se refería.

—Sí, no tiene sentido.

No era imposible que bestias mágicas deambularan por esos bosques, pero era sabido que no se aparecían a las personas a menos que los provocaran y menos que atacasen sin un fuerte motivo.

—Algo lo enfureció —dijo el Marqe.

—¿Nuestra presencia? —le preguntó, apelando al conocimiento ancestral de su gente.

Miró hacia la dirección donde estaba el cuerpo de Aurelyus a la par que comenzaba a llover.

—Regresemos con el elegido.

Aurelyus descansaba sobre la cama de ramas y hojas que prepararon. El guerrero se apresuró

en asegurarse de que la lluvia no lo empapase. Resta volvió a tomar el hacha cuando escuchó unas voces por sobre el sonido de la lluvia. Eran los dos Marqe que regresaban de la cacería.

Miraron su rostro y el rostro de su compañero, extrañando la presencia del otro. Uno de ellos pareció preguntar en su idioma. Resta no estaba para ser excluido.

—Lo mató una bestia mágica —indicó.

Los hombres quedaron atonitos.

—¿De qué hablas? —preguntó uno de ellos y dejó caer al lado de la fogata el cadáver del jabalí que cargaba sobre los hombros—. ¿Cómo?

—Es cierto —intervino el que estaba viendo por la comodidad de Aurelyus—. Mató a Topar.

Resta se dio cuenta que, a pesar del tiempo, desconocía los nombres de esos sujetos. Los hombres intentaron hablar en su idioma. Resta se aclaró la garganta para que le prestaran atención.

—Miren —dijo—, no podemos bajar la guardia. Si una bestia mágica nos atacó puede que otra nos ataque —miró al que le ayudó a matar a la bestia—. ¿Cómo te llamas?

—Vygar —respondió este. Resta miró a los otros dos.

—Runyr.

—Geger.

Vygar era un hombre no más alto que él, pero sí de más años. Tenía una cicatriz en el mentón que le redoblaba su aspecto fiero y parecía el más experimentado de todos. Runyr era el más bajo de los tres, pero de cuerpo fornido y manos desproporcionadamente grandes. Por su lado Geger era el más alto, de ojos pequeños y cuerpo, aunque delgado, no por ello menos capaz.

—Bien —Resta se sentó frente a ellos—. Como saben la Barrera está abierta. Es posible que eso este alterando a las bestias mágicas. Si es así, debemos tener cuidado. No sabemos cuándo regresara Aure… —pensó si lo mejor era mencionarlo como Rayzer—. Hasta que regrese el elegido se acabaron las excursiones.

Los hombres se miraron entre sí.

—Una bestia mágica no acostumbra atacar sin una razón —aseveró Runyr.

—Ya dije cuál podría ser la razón —respondió Resta.

—No —continuó el guerrero—. Si atacó fue por algo.

—Habla claro —le espetó Resta.

El guerrero entornó los ojos y pareció como si reuniera las palabras dentro de la boca.

—Ya está bien —intervino Vygar—. Nuestro señor nos encargó una misión. Como dice Resta, esperaremos el regreso del elegido.

Cuando cayó la noche y dejó de llover los Marqe tomaron el cadáver de su compañero y lo envolvieron entre telas y hojas. Les hubiese gustado encender una gran hoguera para quemar el cuerpo, pero aquello llamaría la atención. En lugar de eso decidieron arrojarlo al río, como también era parte de su tradición.

—No debemos separarnos —les recriminó Resta.

—Si podemos encargarnos del cuerpo de uno de nosotros, debemos hacerlo —respondió Runyr—. Para que sea bien recibido por el dios de la muerte.

—Acordamos el tener cuidado —insistió.

—¡Debe hacerse! —exclamó el hombre.

Vygar dijo algo su idioma. Cosa que calmó los ímpetus del otro Marqe.

—Resta —se dirigió a él—. Debe hacerse.

—Yo lo haré —intervino Geger—. Llevaré el cuerpo al río. Ustedes quédense vigilando al elegido.

Runyr le dijo algo en su idioma. Resta tomó aire.

—Está bien —dijo—. Lleva el cuerpo.

Vygar asintió e igualmente le dijo algo en su idioma. Miró a Resta y le aclaró.

—Partirá al amanecer.

Con el alba los Marqe colocaron el cuerpo de su compañero en la carreta. Hablaron en su idioma, obviamente coordinando aspectos del viaje. El río más cercano era el Gusano Angosto, que quedaba a media mañana de viaje.

—Terminas e inmediatamente regresas —le dijo Resta.

El hombre asintió. Se despidió de sus compañeros y se puso en marcha.

Después de comer, esperaron a que pasase el tiempo, siempre pendientes de cualquier movimiento en el ambiente. Por la noche Resta durmió muy poco, pero no iba a bajar la guardia. Lo mismo para con los Marqe. Se preguntó cuánto podrían soportar en ese estado. En algún momento el estrés y cansancio terminaría por mellar su voluntad. Aurelyus debía darse prisa.

Escucharon un ruido y vieron a las aves elevarse en vuelo. Los Marqe tomaron sus lanzas y Resta su hacha. Algo se estaba aproximando, podían sentirlo en el latir de la tierra. Vieron como los árboles se sacudían y el crujir de las ramas siendo aplastadas.

«Mierda».

Un enorme jabalí salió de entre los árboles. Sus ojos eran dos bolas de fuego verde y de su boca salían amenazantes seis colmillos, el par más grande apuntando hacia delante y el resto curvados hacia arriba. Runyr arrojó la lanza en su dirección clavándosela cerca del hombro. La bestia no detuvo su ataque a lo que Vygar arrojó su lanza y la clavó en su ojo derecho. El jabalí rugió enfurecido, pero tampoco se detuvo. Siguió presto a embestirlos justo donde descansaba el cuerpo de Aurelyus.

Cargó a su primo en hombros y corrió para esquivar el ataque. El jabalí siguió sus pasos a lo que Resta tuvo que refugiarse detrás de un árbol para impedir que lo embistiera de lleno. Arrojó el cuerpo de Aurelyus sobre unos arbustos. Tomó su hacha y aprovechó el ojo herido del animal para correr por ese lado. Los Marqe aprovecharon para atacar por el otro flanco, pero la bestia pareció percatarse de sus intenciones y golpeó a Vygar con la cabeza haciéndole rodar por los suelos, salvo que el guerrero aprovechó el momento para clavarle el cuchillo en el oído. Runyr saltó sobre su lomo y le clavó el cuchillo en la nuca. El jabalí se elevó en sus dos patas delanteras haciendo que el guerrero cayera de espaldas. Se giró para intentar clavarle uno de sus descomunales colmillos a lo que Resta encontró la oportunidad y hundió el hacha en su garganta. Se sujetó del colmillo y lo utilizó para subirse sobre su lomo y hundir aún más el cuchillo que Runyr clavó en su nuca. Vygar regresó, resuelto, sacó la lanza que estaba en su ojo y la hundió en el otro.

La bestia soltó un alarido hacia el cielo. Runyr tomó el hacha de Resta y terminó por abrirle la garganta haciendo que el jabalí cayera muerto. Resta saltó antes de quedar atrapado por el peso de su descomunal cuerpo.

Miró a Runyr, estaba agitado, pero ninguna herida visible. Miró a Vygar y notó que este sangraba de las costillas. Lo mismo notó Runyr, que le dijo algo en su idioma a lo que este respondió meneando la cabeza.

—Debemos atender esa herida —le dijo Resta.

—No es nada —respondió Vygar—. El elegido…

Runyr, con desganó cargó el cuerpo de Aurelyus y lo regresaron a la cama de ramas y hojas. Vygar se sentó para descansar.

«Aurelyus, aparece de una vez».

—Las bestias conocen nuestra ubicación —dijo Runyr.

—No nos moveremos —respondió Vygar.

—Solo digo que las bestias conocen nuestra ubicación.

En silencio, Resta se encargó de encender la fogata. Pensaba en las probabilidades de que dos bestias mágicas le atacasen en tan corto tiempo, en porqué ahora y no antes. Cuando encendió las llamas colocó una cuchilla al fuego.

—Debemos atender esa herida —volvió a decirle.

—No me gusta nuestra situación —comentó Runyr y, viendo que no prestaron atención a sus palabras, pasó a revisar el cadáver del jabalí.

Las criaturas mágicas tardaban en desaparecer, según su tamaño y poder. En el caso del jabalí todavía estaría allí un rato más.

—De nada sirve que le arranques el colmillo —dijo Vygar.

—¡Ya lo sé! —respondió impaciente—. Quiero averiguar cuánto viajó.

No era una mala idea. Saber el recorrido de la bestia daría una idea de dónde vino y si fue atraída hasta donde estaban. Resta miró hacia el bosque.

—¿Qué crees? —le preguntó Vygar.

—Que no es coincidencia que dos bestias nos ataquen —respondió con honestidad—. Como sea, debemos resistir.

—Sí, debemos hacerlo —miró hacia su compañero Marqe y, viendo que este no escuchaba, continuó—. Resta, conozco tu nombre, sé de tus hazañas. Nosotros tenemos que cumplir con la misión que nos encargó nuestro señor, pero tú... ¿Lo haces porque crees en él, porque es tu primo, tu sangre? ¿Por qué lo haces?

Resta tomó la cuchilla, cuando su hoja ya estuvo roja, y se la enseñó.

—¿Listo?

El Marqe se recostó, apretó los puños y tomó aire.

—Cuando quieras...

—Respecto a tu pregunta… —le dijo y seguidamente colocó la cuchilla sobre la herida. El guerrero aguantó un grito y apretó los dientes. Inmediatamente Resta arrojó un poco del agua que juntaron de las lluvias—. Aún deseo descubrirlo.

Runyr regresó, se fijó en la herida y su expresión no cambió.

—Parece que la bestia recorrió una gran distancia —comentó—. Espero que Geger no se haya dejado matar.

—Regresará —aseveró Vygar, transpirando por el dolor.

Resta tomó su hacha y comenzó a destajar el jabalí que trajeron de la caza.

—Comamos.

Después de poner la carne al fuego, comieron en silencio, prestando atención a cada sonido del bosque. El sol estaba en lo alto y la tarde daba comienzo, suficiente tiempo para que Geger estuviese de regreso. Lo sabían y Runyr no lo dejaría pasar.

—Ya debió regresar.

—Te dije que regresará —le respondió Vygar.

—Y, ¿si no? Somos tres y tú estás herido.

—Parece que tienes algo que decir —le espetó Resta, cansado de sus tonterías.

Runyr escupió lo que estaba masticando y se limpió los labios con el antebrazo.

—Sí, diré lo que todos estamos pensando. No resistiremos el ataque de otra bestia. Debemos movernos. Carguemos al elegido y salgamos de estos bosques. Aurelyus nos encontrará. Lo esperaremos en un mejor lugar.

—¿Qué pasara con Geger? —le preguntó el guerrero herido.

Runyr repasó sus rostros.

—Como dije. Ya debió regresar. Si aún está vivo también nos encontrará.

—Sí que tienes miedo de morir —rio Resta.

A Runyr no le pareció gracioso. Se puso de pie y tomó su lanza.

—¡No me insultes, Myrdynn! —bramó—. No me importa quién seas. ¡Soy un Marqe! Tengo más valor en la punta del dedo que toda tu gente junta.

—¡Ya basta! —intervino Vygar.

Runyr se concentró en los ojos de su compañero. Calmó sus ímpetus y volvió a sentarse.

—No tengo miedo de morir —comentó—, pero no voy a morir de manera estúpida.

—Como sea —Resta se puso de pie—. Revisaré los alrededores.

—No te alejes demasiado —le espetó Vygar.

Resta estiró la mano y gotas de lluvia cayeron sobre su palma.

—Tampoco quiero morir de manera estúpida.

A Runyr no le pareció gracioso. Frunció el ceño y tomó su lanza.

—Vigilare las espal…

En ese momento escucharon un murmullo que los puso en alerta. Esta vez no hubo aves elevando en vuelo, solo un maldito murmullo que provenía del bosque.

Vygar se puso de pie, tomó su lanza y se paró al lado de Resta. Runyr alcanzó a los hombres y los tres esperaron, completamente alertas, sujetando sus respectivas armas.

«Mierda».

*

Sentado sobre una roca, cabizbajo, con los cuerpos de Vygar y Runyr yaciendo a sus pies y la lluvia bañando su cuerpo y colmando todos los sonidos, Resta miró el hacha. La negra sangre, que antes cubrió su hoja, había desaparecido, al igual que los cuerpos de los sapos salvajes que les atacaron.

Y por sobre la lluvia escuchó unas pisadas. Estaba cansado, pero no se iba a dejar matar sin luchar. Tomó su hacha y se puso en guardia.

«Rayzer…».

El mastodonte, elegido por Volcano estaba ante él, con su rostro pálido y sus ojos sin vida.

—Veo que estuviste ocupado —escuchó decir.

Miró de reojo y Aurelyus se levantaba como si despertara de un sueño.

—Estas de vuelta —comentó Resta.

—Pareces sorprendido —Aurelyus estiró los brazos—. Se siente raro retomar mi cuerpo —miró el cuerpo sin cabeza de Vygar y las entrañas expuestas de Runyr—. ¿Qué sucedió?

Resta volvió a sentarse.

—Bestias mágicas.

—Uhm —musitó el elegido—. Interesante…

—Vinieron por ti.

Aurelyus hizo tronar los huesos del cuello.

—Posiblemente —encontró los ojos de su primo y sonrió—. Parece que tienes algo en mente.

—¿Por qué?

Aurelyus se encogió de hombros.

—A lo mejor los atrajo Muerte…

—No me trates como un tonto —Resta estaba muy serio.

Rayzer caminó a sus espaldas, detalle que puso a Resta en alerta.

—No lo hago —dijo Aurelyus—. Lo importante es que conseguí las hachas. Rayzer...

Resta miró al guerrero no-muerto y este sacó de sus espaldas un par de hachas de mango dorado, hoja de acero antiguo con grabados en relieve de extraños símbolos y diamantes adornando su extremo.

«Las Hachas de Fuego».

—Lo conseguiste —comentó Resta.

—No fue sencillo —Aurelyus se acercó a él—. Resta, agradezco que hayas protegido mi cuerpo. Me has demostrado que puedo confiar en ti —se fijó en los cadáveres de los Marqe—. Le diré a Perter que sus hombres murieron cumpliendo su deber —la lluvia comenzó a amainar y miró al cielo—. Partamos.

«Cumpliendo su deber…».

*

Los sapos salvajes aparecieron de entre los árboles. Del tamaño de hombres, con sus largas patas y boca desproporcionada. Vinieron hacia ellos dando zancadas con el cual ganaban terreno muy rápido. Vygar alcanzó a matar a dos de ellos, pero murió al ser alcanzado por la larga lengua de otro, envolviéndola alrededor de su cuello y jalándolo hasta engullir su cabeza. Por su lado, Runyr mató a otro antes de quedar aturdido cuando el sapo escupió la cabeza de Vygar directamente a su rostro. Resta no pudo auxiliarlo y tuvo que presenciar, con horror, como le cayeron encima, ensañándose con su estómago hasta que dejó de moverse.

Cuando se quedó solo supo que iba a morir, supo que tendría el mismo final sino se movía con inteligencia.

Clavó una de las lanzas en uno, cortó el cuello de otro antes de que el último de los sapos intentara envolver su larga y mortal lengua alrededor de su cuello. Pudo interponer el brazo y, cuando fue arrastrado, lanzó un golpe ciego con el hacha clavándola en medio de sus ojos…

*

—No —dijo Resta.

Aurelyus se volvió a mirarle.

—¿Qué dijiste?

Rayzer se puso en guardia.

—No iré contigo —Resta soltó su hacha—. Puedes ordenarle a tu mascota que me mate, pero no más.

Aurelyus le contempló, por un momento, antes de inclinarse, recoger su hacha y ofrecérsela.

—Por supuesto que no te mataré —le dijo—. Resta, si quieres seguir tu camino no te detendré. Aunque es una lástima. Esperaba que continuaras a mi lado.

Resta buscó convencerse. Qué ganaría muriendo en ese lugar. Tomó su hacha y su primo se acercó a recoger sus cosas.

—¿Continuarás con tus planes? —le preguntó Resta, observándole con atención.

—Sabes bien la respuesta —respondió Aurelyus—. ¿Tú que harás?

Miró al no-muerto, a su lado.

—No lo sé —aseveró—. No sé a dónde iré, aunque no importa. Mientras juegas a la guerra,

los gigantes vienen en camino.

Aurelyus sonrió.

—Los gigantes… —pareció reflexionar—. En vista de tus servicios, te contaré algo sobre los gigantes.

*

Tres jinetes se acercaron portando los colores de los Dedicados. Habían pasado años desde la última vez que vio a uno. Cabalgaron con las tiendas de campaña a sus espaldas y soldados observando en su dirección.

—¿Quién eres? —preguntó uno de ellos.

Resta levantó las manos para evitar cualquier malentendido.

—Mi nombre es Resta Myrdynn —respondió—. Necesito hablar con la persona a cargo.

Los Dedicados se miraron entre sí.

—¿Myrdynn? —preguntó el Dedicado—. No nos interesa si quieres hablar con la misma reina. Regresa por donde viniste.

Resta señaló hacia la Barrera Azul.

—Están esperando a los gigantes. Tengo noticias al respecto.

—Este hombre está loco —bufó otro de los jinetes.

Sin embargo, el tercero pareció más interesado.

—¿Qué noticias?

Resta bajó los brazos.

—Se lo diré a la persona a cargo.

—Ni siquiera sabe quién está a cargo —repuso el que lo tildó de loco.

—Beatrix Blondegold, hermana de la elegida por Evangeline —aseveró Resta y los soldados parecieron sorprenderse—. No soy tan ignorante como aparento. Al contrario, me sorprende que no reconozcan mi apellido, pero estoy seguro que Beatrix si lo hará.

El soldado que lo tildó de loco descendió del caballo y sacó su espada.

—¡Engreído! —bramó—. Cómo te atreves a insultarnos.

—Los Myrdynn son los señores de Las Puertas de Elkes —dijo el soldado que se interesó por lo que tenía para decir—. Tampoco somos tan ignorantes.

—Nos llegaron las noticias de que Dario fue derrocado por su hijo, el elegido por Mondo —agregó el primer soldado que le habló.

—Y no tenemos razones para creer que eres un Myrdynn —intervino el soldado que sostenía su espada.

Resta volvió a levantar las manos.

—Es cierto —dijo—. No les he mostrado prueba alguna más que mi palabra. Y si les digo que soy primo del elegido por Mondo, que marché a su lado, que conozco sus planes y que estos involucran a la familia Blondegold... Podría estar mintiendo, solo los disparates de un hombre loco. Pero… ¿y si no? Ustedes deciden.

Los Dedicados parecieron meditarlo. Pero no tuvieron que dar una respuesta. Se volvieron y vieron a otro jinete acercarse desde el campamento. Resta notó que era joven, incluso parecía más joven que Aurelyus, pero su armadura era la de un capitán.

«A tan corta edad»

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

—Señor Brandon —le dijo el soldado que le habló primero—. Este hombre dice tener un

mensaje para lady Beatrix. Dice llamarse Resta Myrdynn y ser primo del elegido por Mondo.

—¿Resta Myrdynn? —pareció intrigado.

Bajó del caballo y, cuando lo hizo, los otros dos soldados dejaron sus monturas para caminar a su lado.

—Mi nombre es Brandon Blacktea, segundo capitán de los Dedicados. ¿De veras eres Resta Myrdynn?

—Así es…

El capitán asintió.

—Reconozco tu nombre. Es conocido en Las Puertas —señaló hacia el campamento. No, más allá de este—. Beatrix se encuentra en el otro acantilado. Habla conmigo.

Resta meneó la cabeza.

—Lo siento, chico, preferiría hablar con tu señora.

—¡Cómo te atreves! —rugió el soldado con la espada en mano.

Resta sacó su hacha y la colocó sobre el cuello del Dedicado. El resto de soldados sacaron sus espadas y, a su vez, apuntaron a su cuello.

—Comienza a aburrirme tu actitud —le espetó al soldado.

—Bajen sus armas —ordenó Brandon. Los Dedicados lo hicieron y Resta guardó su hacha—. Quieres hablar con Beatrix…

El capitán se volvió para mirar hacia el acantilado y Resta vio su oportunidad.

—Si deseas puedes estar presente. No me importa, mientras se lo diga personalmente.

Y, como esperaba, pareció meditarlo.

—Está bien —se convenció—. Te llevaré con ella. Entrega todas tus armas —Resta tomó su hacha y se la entregó al soldado a quien apuntó hacia un momento. Sacó una cuchilla de sus espaldas y lo entregó también—. Si intentas cualquier cosa yo mismo te cortaré la garganta. ¿Estamos claros?

—Por supuesto —respondió.

—Bien, espero que realmente sea importante.

—Lo es…

*

El no-muerto tomó las bolsas y las puso sobre sus hombros sin que Aurelyus necesitara decirle nada. Sin embargo, eso no era lo importante.

—¿Qué sabes sobre los gigantes? —le preguntó.

Aurelyus se sacudió las manos.

—No vendrán —dijo sin más.

—¿Qué? —preguntó confundido—. ¿Por qué dices que no…?

—No puedo decirte cómo lo sé, pero sí puedo decirte que no vendrán.

Resta pensó en tomarlo del cuello y obligarle que hablara con claridad, pero el no-muerto y sus hachas le hicieron desistir.

—No te creo —declaró.

Aurelyus sonrió.

—Eres un hombre inteligente. Comprendo por qué dudas de mis palabras. Cada cien años los gigantes han cruzado el mar y atacado estas tierras. ¿Por qué no habría de pasar en esta ocasión?... Resta, si deseas puedes verlo con tus propios ojos. En fin, sea lo que sea que elijas hacer, te deseo suerte —miró a Rayzer—. Vámonos.

Resta sintió enfurecer.

—¡Maldita sea, Aurelyus! —exclamó y el no-muerto soltó las bolsas para tomar sus hachas —. ¡No puedes decirme algo así y simplemente marcharte! ¡¿Qué es eso de que los gigantes no vendrán?!

—Beatrix Blondegold —respondió con suma calma—. La hermana de la elegida por Evangeline comanda a los Dedicados. Ahora está en el Paso. Cuéntale lo que sabes. No me ofenderé, al contrario, haz un trato con ella —terminó por decir y le ordenó a Rayzer que recogiera las bolsas.

Resta frunció el ceño.

—¿Un trato?, ¿qué trato?

*

Tardaron más de lo que hubiese deseado en llegar a la cima del otro acantilado donde estaba asentado Corona.

Todo el mundo conocía Corona. La aldea que abasteció durante siglos a las tropas, era parte de los canticos y poemas narrados por los trovadores. Pero no había ni un solo poblador, solo soldados tras soldados y no solo Dedicados. En el camino vio hombres del Paso, Los Laberintio e incluso sacerdotes guerreros de Amanecer, pero supo que, por el momento, ningún elegido se hizo presente.

Brandon ordenó que se detuvieran. Tras de ellos venían a toda prisa un grupo de jinetes, entre ellos un hombre con la armadura de capitán.

—Brandon, me informaron que estabas por acá —dijo el hombre de unos cuarenta años, barba poblada y cuerpo macizo—. Espero que tengas una buena razón para dejar tu posición.

—Brendan —saludó el joven capitán—. Él es Resta Myrdynn. Tiene un mensaje para lady Beatrix.

—¿Resta? —bajó del caballo y se acercó como para ver mejor su rostro—. Que los dioses me partan el culo, no puedes ser Resta Myrdynn.

—Tú debes ser Brendan Heart —dijo Resta. A diferencia del chico a su lado, el nombre de Brendan Heart no le era ajeno.

—Así es —retrocedió un paso—. ¡Arréstenlo! —ordenó.

Los Dedicados sacaron sus espadas mientras que otros le tomaron de los brazos.

—¡Deténganse! —ordenó Brandon y los soldados titubearon entre obedecer o no obedecer—. Brendan, le dije que le llevaría con lady Beatrix.

—Es primo de Aurelyus Myrdynn —aseveró—. Ese maldito está moviendo sus fuerzas hacia Valle Sagrado. Es posible que le haya encargado matar a Beatrix.

—Si quisiese matar a tu señora hubiese optado por otro método —comentó Resta.

Brendan sacó su espada y apuntó directamente a su rostro.

—No voy a correr riesgos.

—¡Ya basta! —se interpuso Brandon—. Le di mi palabra que le llevaría con lady Beatrix.

—¡Y yo te digo que viene a matarla!

—¿Qué es todo este alboroto? —escuchó preguntar.

Resta se giró lo mejor que pudo y vio que una mujer alta, de rostro agraciado, cabellos negros y ojos color del color del cielo estaba de pie justo atrás de él.

—Trix —dijo Brendan.

—Lady Beatrix —Brandon hizo una reverencia.

La mujer arqueó una ceja.

—Brandon, juraría que te ordené permanecer en tu posición.

—Lo siento, mi señora, pero tuve un buen motivo. Sin embargo, aceptare el castigo que usted disponga.

Beatrix sonrió.

—Siempre tan estirado —se interesó en el rostro de Resta—. ¿Y este quién es?

Los soldados le dejaron darse vuelta. Y al verla mejor, notó las marcadas ojeras en sus ojos y lo delgada que estaba.

—Su nombre es Resta Myrdynn, es primo de Aurelyus Myrdynn —señaló Brendan Heart—. Vino a matarla.

—No vine a matarla —resopló Resta—. Quería conversar con usted, lady Blondegold.

—Por eso lo traje —intervino Brandon—. Dice que tiene algo que contarle.

—El primo de Aurelyus tiene algo que contarme —Beatrix Blondegold masticó las palabras —. ¿Qué tendrías qué decir que me interese?

Resta miró a su alrededor, a todos los ojos sobre él.

—¿Podríamos ir a un lugar más… tranquilo?

La comandante de los Dedicados le miró de arriba abajo.

—Supongo que sí —dio media vuelta y comenzó a caminar—. Acompáñame a mi tienda.

—Trix, no voy a dejarte a solas con él —rabió Brendan.

—Mi señora —dijo Brandon.

—Vengan, vengan entonces —les respondió ella con desgano.

Dentro de la tienda se encontraba un chico que estaba llenando unas tinajas con agua. No llevaba armadura ni arma alguna más que sus ropas gastadas y el cabello revuelto.

«Al fin un aldeano entre tantos soldados».

—Jonah, sé bueno y déjanos solos —le solicitó Beatrix.

Después de mirar cada rostro, el chico asintió, dejó lo que estaba haciendo y se marchó.

La comandante se sentó sobre la cama y le indicó a Resta para que tomara asiento en uno de los banquitos que tenía alrededor de una mesa. Brendan y Brandon hicieron lo mismo.

—Bueno —comenzó—, ¿qué vas a contarme? ¿Me vas a contar que tu primo tiene pensado atacar Valle Sagrado?, porque eso ya lo sé. ¿Me vas a contar que lo están apoyando los Marqe? También lo sé. ¿Qué mató a su padre?, ¿qué ordenó a los Marqe tomar Solarena?, ¿qué, obviamente, los gigantes le interesan una mierda? ¿Qué? ¿Qué podría ser?

«Está claro que se mantiene informada».

—Revivió a Rayzer —declaró Resta y fue como si Beatrix… no solo Beatrix, Brendan y Brandon le prestaran toda su atención.

—Maldito —rio la comandante—, eso no me lo esperaba.

Resta cruzó los brazos.

—Antes que nada, la información que les daré no es gratis.

Beatrix cruzó las piernas y entrelazó los dedos sobre los muslos.

—Imagino que no —se encogió de hombros—. Si está en mis posibilidades…

—Bien, teniendo eso en claro les contaré lo que sé.

Resta pasó a hablarles acerca de cómo Aurelyus trajo de entre los muertos al elegido por Volcano y que consiguió las Hachas de Fuego. Les habló del poder destructivo de los Marqe y de cómo derrumbaron los muros de la capital de Las Puertas.

—Por todos los dioses —murmuró Brandon.

Para ese momento Beatrix había dejado de sonreír.

—La cosa esta más jodida de lo que esperaba —comentó—. Me preguntaba cómo hizo para tomar Piedra Negra y Solarena con tanta facilidad. Un polvo negro que puede derrumbar muros… Y encima los malditos elegidos por Sigi y Sigurd se dirigen a La Ciudad de los Héroes.

«¿Los elegidos por Sigi y Sigurd?».

—Trix, debemos movernos —aseveró Brendan—. Si lo que dice es cierto los Marqe serán un duro rival para su hermana. Al menos La Ciudad de los Héroes puede resistir, pero…

—Esperen —dijo Resta—. ¿La Ciudad de los Héroes está bajo ataque?

—Sí —respondió Beatrix—. No hace mucho Rocasangre se declaró un reino independiente. Se sabe que una gran flota se dirige a la capital, seguramente con intenciones no muy buenas.

Resta frunció el ceño.

—Disculpe, lady Blondegold, pero… ¿por qué sigue aquí si La Ciudad de los Héroes necesita de los Dedicados y de su comandante?

—Ya envié de regreso a un contingente —respondió ella, al instante—. Pero si preguntas específicamente por qué no estoy de camino —se puso de pie—. ¡Porque estoy esperando a que los malditos gigantes crucen el maldito mar!

—La Ciudad de los Héroes puede resistir y ya están de camino tropas de Amanecer y Madre Korana —intervino Brandon.

—Además —agregó Brendan—, tenemos el asunto de tu primo.

—Mi primo… —dijo Resta—. Aurelyus me dijo algo sobre los gigantes.

Beatrix frunció el ceño.

—¿Qué dijo ese pequeño ambicioso?

Resta miró sus rostros meditando en lo que les iba a decir.

—No me dijo cómo lo sabe, pero me aseguró que es cierto.

—¿Qué? —preguntó Brendan con impaciencia.

Resta meneó la cabeza.

—Los gigantes no vendrán.

Beatrix echó la cabeza para atrás, tanto que pareció a punto de caerse.

—¿Cómo puede saber eso? —preguntó Brandon en clara consternación.

—Por eso no tiene miedo de atacar —murmuró Beatrix.

—¡Eso es imposible! —exclamó Brendan—. Cada cien años los gigantes cruzan el mar. ¡Por eso son convocados los elegidos! —se puso de pie y señaló hacia el fondo de la tienda—. ¡Por eso se abrió la Barrera!

—No es imposible —aseveró Beatrix en voz baja—. Por eso los gigantes no han cruzado —miró sus rostros—. No vendrán. Al menos eso cree Aurelyus. Por eso no le importa comenzar una guerra.

—Mi señora —dijo Brandon—. Podría ser una mentira —miró a Resta—. No digo que estés mintiendo. Es Aurelyus quién miente o se volvió loco. Ningún oráculo aseguraría tal cosa.

—Como dije, no sé cómo lo sabe —comentó Resta. Tomó aire y se inclinó hacia Beatrix—. Pero hay una manera de saber si dice o no la verdad.

*

Aurelyus palmó el brazo de Rayzer para que se detuviera. Se volvió y le dirigió una sonrisa a su primo. Fue una sonrisa completamente nueva. Una que Resta no había visto en él.

—Tiene barcos...

*

—¡¿Ir al viejo continente?! —exclamó Brendan, incrédulo de lo que acababa de escuchar.

—Así es —dijo Resta y miró a Beatrix—. Lady Blondegold, ese es el precio por la información.

—Entiendo —murmuró Beatrix.

Brendan, visiblemente hartado, desenfundó su espada y la colocó en el cuello de Resta.

—¡Todo es mentira! —apretó los dientes—. ¡Trix, dame un día con él y verás cómo le hago cantar la verdad y no esta sarta de mentiras!

—Guarde esa espada, capitán —le dijo la comandante.

—¡Maldita sea! ¡Aurelyus pudo haberle enviado!

—No escuchaste a lady Blondegold —Brandon se llevó la mano a la espada.

—Chico… —Brendan pareció a punto de abalanzársele.

Beatrix tomó aire.

—¡Suficiente! —sentenció y miró a su primer capitán—. Brendan, se bueno.

El capitán no intentó más discutir. Guardó su espada y volvió a sentarse.

—Bien —Beatrix se inclinó hacia Resta—. Quieres un barco para ir al viejo continente y ver qué mierda pasa con los gigantes. ¿Me equivoco?

Resta le dejó ver una media sonrisa.

—Básicamente es la idea…

—¡Yo iré con él! —se escuchó desde fuera de la tienda.

El muchacho, que encontró llenando la tinaja con agua, se dejó ver en la entrada.

—¡Qué mierda! —Brendan le tomó del brazo y le jaló al interior—. ¿Cómo te atreves a escuchar a escondidas?

—Jonah —dijo Beatrix con voz calma—, ¿qué motivos tendrías para ir?

El muchacho se soltó del agarre y se paró como si fuera un soldado más.

—Siempre quise conocer que había al otro lado de la Barrera.

Resta se pasó las manos por los cabellos.

—Pescador, no estamos hablando de un paseo…

—¡Se navegar! —exclamó el chico, con cierto orgullo en el tono—. Pasé toda mi vida en un barco. Seré más útil que cualquiera.

—Eres un pescador —comentó Brendan—. Nada más que un pescador.

—Aun así, sería más útil que cualquiera…

—Jonah —intervino Brandon—. Hasta donde entiendo tu misión es reconocer al Vanomet, el Vanomet que mató a tu familia. ¿O es que ya no quieres vengarlos?

«¿Vanomet?».

—Si ningún elegido vendrá al Paso, el Vanomet tampoco vendrá —respondió Jonah y apretó los puños—. Y aunque venga, me duele admitirlo, pero no tengo ninguna oportunidad… Por eso todas las noches le ruego a los dioses que bendiga al elegido que acabé con él. Es mi esperanza —volvió a verse orgulloso—. Lo que puedo hacer, lo que está en mis posibilidades es ir al viejo continente y regresar para contar lo que vi.

—¡Maldita sea! —rabió Brendan—. ¡Hablan como si fuera una puta buena idea!

—Está bien —dijo Beatrix y se hizo el silencio—. Resta, te daré un barco.

—¡Trix!

—Estoy tan cansada de esperar —murmuró la comandante y se puso de pie—. Brendan, te encargare una misión muy importante y lo hago convencida de que eres el indicado —esperó a

que el capitán se acercara a ella—. Comanda a los Dedicados. Ataca a las tropas de Aurelyus. Evita que tomen Valle Sagrado —le tomó de los hombros—. Te confío el bienestar de mi pequeña hermana. ¿Puedes hacer eso?

El capitán, tenía la boca abierta. Salió de su asombro y respondió.

—Por supuesto que sí, será un honor, Trix, pero… ¿tú qué harás?

—Viajaré con Resta y Jonah al antiguo continente.

—¡¿QUÉ?! —el sobresalto del capitán se escuchó hasta el otro acantilado. Igualmente Resta se vio sorprendido.

—¡Mi señora! —Brandon se puso de pie.

—Imaginé que querrás acompañarnos, Brandon —le dijo—. No te preocupes, vendrás con nosotros —miró a Resta—. ¿Tienes algún problema con tenernos como compañeros?

Resta sonrió.

—Ninguno.

Rodo 03

—¿En dónde estabas? —le preguntó a su hermana.

Samara dibujó una sonrisa.

—Tuve que atender algo —respondió.

—Atender algo… Samara, contigo nunca es simple.

Su hermana entró en la habitación y se acostó en la cama con las manos detrás de la cabeza. Rodo odió su relajada actitud. Estaban en La Ciudad de los Héroes. Por la tarde hicieron la presentación y ella salió como si nada a “atender algo”.

—Tienes que relajarte —dijo ella con los ojos cerrados—. Cumplimos con la presentación y aún luces nervioso —abrió los ojos y buscó los suyos—. Disfruta de tu estadía en la ciudad, hermanito.

—¿Fue lo que hiciste? —le preguntó en respuesta, después de cerrar la puerta y sentarse al pie de la cama—. ¿Saliste a disfrutar de la ciudad?

—Se puede decir —respondió ella y apoyó los codos en la cama para erguirse hacia él—. Oye, ¿qué piensas de Aurelyus Myrdynn?

Rodo frunció el ceño.

—¿A qué viene esa pregunta? —su hermana arqueó la ceja y no pudo más que responder—. No me pareció nada extraordinario. Creo que, al igual que el chico de Layel, no conseguirá el arma.

—¿Sí? —Samara pareció preguntarse y volvió a acostarse para guardar silencio.

Rodo lo meditó por un instante y agregó.

—Lo que me pareció interesante es la sorpresiva aparición de una elegida por Naril. También me sorprendió que apoyaras a la Blondegold para que la aceptaran.

—Ah, eso —Samara se recostó de lado apoyando la cabeza en la palma de su mano—. ¿No te pareció divertido? La hija contra la madre y una elegida, por la heroína desterrada, que sale de la nada. Era interesante.

—¿Interesante? —sabía que si a su hermana algo le parecía “interesante” no era poca cosa—. Si resulta que en verdad es la elegida por Naril entonces, tal vez sea como dicen. Que esta será la peor batalla contra los gigantes.

—Ya veremos —se recostó boca arriba—. Ya veremos…

Rodo se quedó viéndola, en silencio, como tratando de comprenderla. Observó por la ventana. En las calles de la ciudad todavía se celebraba la presentación. Calles atestadas de gente, gente esperanzada de que fueran los protectores de esa tierra… Doce elegidos, el elegido por Volcano muerto y a saber cuántos lo conseguirán.

«Conseguir las armas».

—Samara —le dijo.

—Uhm —respondió ella como si estuviese a punto de quedarse dormida.

—¿Por qué me preguntaste por Aurelyus?

*

Con el arma sagrada en mano apuntó hacia la moneda y se concentró en las sombras que la

rodeaban.

«Muévete, muévete».

Su respiración se agitó más y más, y el deseo se convirtió en una orden desde su interior. Las sombras formaron un bulto, semejante a un gordo gusano, que movió la moneda de lugar y desapareció tan rápido como apareció.

Por un momento se sintió satisfecho, pero otra vez recordó la proclamación de Ferdi Hurricane como reina. Recordó los gritos en el salón, a su hermana complacida con la escena y él, perdido en sus cavilaciones.

«No es suficiente».

Guardó a Sombra en el fundo y buscó intentarlo, esta vez, con las manos desnudas; mas tuvo que detenerse cuando escuchó unos pasos. Volvió a sacar el arma sagrada y se puso en guardia.

Samara se mostró, a la entrada del puente, con Sangre en el cinto y frotándose las manos, para luego aplaudir un par de veces.

—Estás mejorando...

Pasaron algunas semanas desde la última vez que vio a su hermana. En ese tiempo, la evitó por completo, la Barrera Azul abrió y posiblemente los gigantes estaban en camino. Pero nada de eso parecía importarle. Después de todo, se trataba de Samara. Entrecerró los ojos, volvió a guardar a Sombra y se propuso recoger la moneda.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Aún estas enfadado? —le preguntó ella de vuelta. Y, ante el silencio de su hermano, agregó—. Hermanito…

—¡No me llames así! —Rodo se giró furibundo—. Me menospreciaste. No me dijiste de tus planes…

Samara se frotó la nuca.

—Entiendo que estés molesto —dijo—. No es que te dejara a un lado, es que preferí no contarte para que tu reacción fuera más genuina.

—¿Se supone que debo contentarme con eso? La verdad es que me quedó claro que no confías en mí.

Rodo se propuso dejarla sola en aquel puente entre torres y que las sombras de la noche le hiciesen compañía. Pasó a su lado y cuando estaba por alcanzar las escaleras de piedra…

—Es una gran flota —dijo ella. Rodo se dio vuelta. Samara estaba arrimada al borde, mirando hacia los centenares de barcos anclados a lo largo de la costa—. Miles de guerreros a nuestro servicio, esperando la orden para partir.

—¿A nuestro servicio? —reflexionó él—. Dirás al servicio de la reina Ferdi.

Su hermana arqueó una ceja.

—¿No te gusta que ella sea reina? Pensé que te caía bien.

Rodo miró hacía las escaleras para cerciorarse de que nadie estuviese escuchando.

—Sabes que no me refiero a eso —dijo en voz baja—. Ahora nosotros seríamos reyes.

—Curioso, cuando llegamos te pregunté si querías ser rey y no me diste una respuesta.

Rodo echó la cabeza para atrás.

—Pensé que bromeabas. No creí que...

—¿Qué iba en serio? —su hermana caminó hacia él y le tomó de los hombros—. Rodo, el que debe confiar eres tú.

Rodo escondió la mirada.

—Confío en ti, Samara, eres la única en quien confío, pero no me gusta que me tengas en la ignorancia.

—Es justo —palmó su hombro—. Me disculpo por eso.

Era la primera vez que Samara se disculpaba por algo. Tomó aire y exhaló.

—Está bien —murmuró—, pero respóndeme al menos... ¿Por qué dejaste que Ferdi fuera reina?

Samara acarició su rostro.

—Porque tú serás rey...

—¿Qué?

Escucharon unos pasos y Rodo se puso en alerta.

—Señor Rodo —dijo un soldado que se paró en el umbral del arco a sus espaldas—. La reina Ferdi solicita su presencia.

Miró a su hermana.

—Ve —dijo ella entre labios.

Siguió al soldado con la cabeza dándole vueltas. Se resistía a pensar a lo que se refería, aunque estaba claro.

«¿Y si al final se resumirá en matar a Ferdi?».

La espalda del soldado se hizo gigante y las sombras de las antorchas parecían rodearle a la par que trataba de comprender las palabras de su hermana. Samara seguía jugando al misterio.

«¿Acaso seguirá manteniéndome en la ignorancia?».

—Mi señor —dijo el soldado parándose al lado de una puerta y fue más que claro de qué puerta se trataba.

Rodo se tomó un momento antes de tocar. Miró al soldado, este tenía los ojos en la pared, pero con una extraña mueca en el rostro. Podría jurar que era una sonrisa.

—Adelante —escuchó la voz de Ferdi al otro lado.

Al entrar encontró una amplia habitación muy bien iluminada, aunque austera en sus detalles. La cama no era más grande que la que él tenía en su casa y los muebles no eran más ostentosos que los de otros señores. Paseó la vista y ella no estaba en ninguna parte.

—¿Ferdi? —preguntó.

—Un momento —la escuchó desde lo que supuso era el cuarto de baño.

La vio salir y cuando lo hizo, estaba completamente desnuda.

—Pero qué…

—Disculpa la demora —dijo ella secándose el cuerpo con una toalla para luego arrojarla sobre una de las sillas—. Agradezco que aceptaras mi invitación.

Rodo volteó la mirada.

—Podrías vestirte —le solicitó.

—¿Qué sucede? —preguntó ella—. ¿Nunca viste a una mujer desnuda?

—No es eso —murmuró él—. Solo… vístete.

La miró de reojo para volver a esconder la mirada. Ese breve momento sirvió para guardar en su mente la forma de sus pechos y como las gotas de agua aún estaban sobre su vello púbico.

—Rodo —dijo—. Mañana partiremos rumbo a La Ciudad de los Héroes—. Vamos a tomar la ciudad.

«¿Tomar la ciudad?»

—¿Tomar la ciudad? —expresó su desconcierto, para volver a esconder la mirada.

—Por supuesto. Willia Blondegold no aceptará de buena gana que ahora somos un reino. No esperaremos a que venga a “regañarnos”. Al contrario. La sacaremos de su trono. Expandiremos los territorios de Rocasangre.

Aquello era una empresa gigantesca, una locura que nadie se atrevió a hacer en cientos de

años. Sin embargo, parecía algo que su hermana hubiese planeado.

—¿Samara sabe de esto?

—Tu hermana está de acuerdo, pero no vendrá con nosotros. Tiene una misión especial. Ira a las Cumbres del Retorno a reunirse con Alfonse Rovio.

«Maldita sea, Samara, otra vez manteniéndome al margen».

—Espera, espera —dijo aguantando la mirada—. No me contó nada.

—Seguramente lo hará después...

—¿Por qué?

Ferdi se movió buscando sus ojos. Rodo tuvo que volver aún más la cabeza, pero antes la vio sonreír. Se estaba divirtiendo.

—Alfonse le quitó el arma a la elegida por Naril —prosiguió—. Al hacerlo fue en contra de las leyes de los dioses. Leyes que Willia, como reina, está obligada a salvaguardar. Es un hecho entonces que se puso en contra del reino, como nosotros.

—Una alianza —murmuró él.

—Así es…

Ferdi se dio vuelta y fue a sentarse en una de las sillas, donde cruzó las piernas y entrelazó los dedos a la altura de su sexo.

—Quítate la ropa —dijo.

—¿Qué?

—No seré la única desnuda aquí. Quítate la ropa.

Rodo apretó los puños.

—No voy quitarme la...

—Me gustaría que comandes el ataque a la Ciudad —declaró, tomándolo por sorpresa—. Me gustaría, pero… ¿cómo pretendes lidiar con tantos hombres armados si ni siquiera puedes lidiar con una mujer desnuda?

—Una cosa no tiene que ver con la otra —le respondió Rodo, alterándose ligeramente.

—¿No?

«Maldita sea».

—Puedo comandarlos...

Ferdi se puso de pie.

—Ni siquiera puedes mirarme —dijo y extendió los brazos.

«Maldita, maldita sea».

Rodo tomó aire y dirigió la mirada al cuerpo desnudo de Ferdi para inmediatamente centrarse en sus ojos. Contuvo el aliento y sintió como si las piernas le flaquearan.

—¿Contenta? —preguntó, entre malhumor y vergüenza.

—Quítate la ropa —volvió a solicitar.

Por un momento pensó en salir corriendo, pero ella terminaría por demostrar su punto. Se armó de valor y comenzó a desnudarse. Ferdi le observó con calma y en silencio, esperando hasta que se quedó completamente desnudo.

—Por un momento pensé que te avergonzaba mostrarme tu verga —comentó ella y Rodo reaccionó, sin pensar, cubriéndose el sexo con las manos. Ella, soltó una risilla y agregó—. No está nada mal.

—Se acabó —rabió Rodo, tomando sus prendas, prestó a volverse a vestir.

—Haz que las sombras envuelvan mi cuerpo —solicitó ella. Solicitud que le obligó a detenerse. Ferdi caminó hacia él—. Rodo, necesitas volverte más fuerte… aquí —dijo dándose golpecitos en la sien con la yema del indice—. Debes ser capaz de utilizar las sombras en

cualquier situación. No importa lo alterado que estés, lo incomodo, lo desesperado o incluso lo avergonzado. Debes tener la fortaleza mental para atravesar cualquier obstáculo. Ser mejor de lo que eres.

Rodo soltó las prendas y se irguió, con la mirada fija en sus ojos. Comprendía a lo que se refería y debía aceptar que tenía razón. Tal vez por eso su hermana no confiaba en él lo suficiente como para contarle sus planes.

«Ser mejor de lo que soy».

—Está bien —murmuró.

Ferdi sonrió.

—Hazlo…

Tomó a Sombra con la mano izquierda y apuntó la palma de la mano derecha hacia ella. Ferdi tomó su mano y la colocó sobre su pecho.

—¡¿Qué haces?! —le preguntó con las mejillas sonrojadas.

—Hazlo, sin importar qué —respondió ella con voz calma.

Contuvo el aliento…

«Puedo, puedo… mierda».

Pero por más que intentaba ordenar sus ideas el tacto de su pecho era demasiado. Ferdi tomó su pene y comenzó a frotarlo.

—No… —murmuró él.

—Concéntrate, elegido —le susurró al oído.

Rodo tragó saliva. Sintió como si su interior estuviera ardiendo, sintió que su cuerpo no podría más, que en cualquier momento perdería el control.

—Yo… yo…

—Tú, tú…

Ferdi le dio un beso en los labios y Rodo no pudo contenerse más. La estrechó en brazos, soltó a Sombra y se dejó llevar.

Y, por alguna razón, pensó en su hermana.

*

A todo lo largo de la costa los hombres iban de un lugar a otro terminando los preparativos para emprender el viaje. Rodo caminó entre la multitud buscando a su hermana y llegó hasta el puerto donde supo que estaría su barco.

Samara estaba supervisando a los hombres cuando sus miradas se cruzaron.

—Te vas —le dijo y se sintió como un idiota.

—Salgo de inmediato —respondió ella.

Pensó en reclamarle el porqué nuevamente no le contó sobre su viaje. Pensó en hacerlo, pero prefirió contenerse. En lugar de eso…

—¿Quieres que vaya contigo?

Su hermana ladeó la cabeza. Se concentró en sus ojos, entrecerrando los suyos y regalándole una cómplice sonrisa.

—¿Te divertiste?

Rodo desvió la mirada.

—Lo tenías todo planeado.

—No —aseveró—. A mí también me sorprendió.

Volvió a encontrar sus ojos y tomó aire.

—Cuídate —se despidió—. No te fíes de Alfonse Rovio.

Su hermana le tomó del hombro.

—No te preocupes por mí. Preocúpate por no morir.

Le hubiese gustado decirle que era el elegido por Sigurd, de ninguna manera moriría por manos mortales. Le hubiese gustado, pero…

—Así será —fue lo único que alcanzó a decir.

Y, como siempre, Samara se veía llena de confianza. Se dio media vuelta y subió al barco que se dio a la mar. Rodo se quedó contemplándolo hasta que se alejó a la distancia. Temió por un momento que fuera la última vez que viera a su hermana. Alfonse era impredecible. Alguien capaz de arrebatarle el arma sagrada a una elegida bien podría hacerlo con otra.

—Rodo —dijo Jon Wind, señor de Río Salado y su primer capitán—. Estamos listos.

Jon Wind era un hombre alto y de rostro fiero. Cuando asumió como Señor, hizo de Río Salado la sexta ciudad más próspera de Rocasangre. Durante años sirvió a los Storm y, aunque fue su maestro de armas por poco tiempo le guardaba mucho respeto.

—Jon —le dijo—. ¿Crees que Samara estará bien?

El hombre se paró a su lado y miró hacia el barco que ya era solo un punto en el horizonte.

—No conozco mujer más fuerte y más lista —respondió con seguridad—. Por eso fue elegida por Sigi.

—¿Y yo? —le preguntó.

—Tú fuiste elegido por Sigurd —miró al chico—. No lo olvides.

—Aun así, soy mortal como tú, como cualquiera. Y como cualquiera puedo morir.

—Hey —le tomó del hombro y le giró hacia él—. No vas a morir en la batalla. ¿Entiendes?

Rodo dibujó una tímida sonrisa.

—No moriremos —pareció corregir.

—Eso. No moriremos —aseguró su maestro.

*

Hubo un gran estruendo cuando la bola de hierro cayó al suelo, aplastando a los hombres que encontró a su paso. Sangre y extremidades por todas partes mientras los hombres trataban de ponerse a recaudo.

Rodo miró hacia la cima del muro. Los soldados de la ciudad lanzaban flechas a discreción y vio como arrojaron aceite hirviendo sobre un grupo de hombres, algunos que estuvieron en el mismo barco con él. Miró hacia abajo y al lado de un escudo roto estaba la cabeza de Jon Wind, con la lengua afuera y los ojos en blanco.

—¡Rodo! —escuchó decir. Jackson Spume le hablaba desde su lado izquierdo—. ¡Rodo, debemos retirarnos!

Rodo contempló los alrededores. Demasiados cadáveres, demasiada sangre en la base de ese increíble muro. Una flecha cayó al lado de su pie derecho, cosa que alertó a Jackson, que lo tomó del brazo.

—¡Maldita sea!

Le arrastró hasta los campamentos, lejos del alcance de las flechas, el aceite hirviendo y de las piedras afiladas. Lo soltó del brazo y lo dejó allí, con la mirada fija en sus pies. Todos los sonidos eran confusos, el lamento, la rabia y la desolación. Rodo se mantuvo extraviado por largo rato hasta que levantó la mirada y contempló a los hombres a su alrededor.

Fue un viaje de más de tres semanas y cuando llegaron, al contemplar el enorme muro que

resguardaba a la Ciudad de los Héroes, quiso creer que era posible. Pero la realidad le golpeó con fuerza y, fuerzas era lo que le faltaba.

Pasó entre los heridos, algunos abandonados a su suerte. Caminó ante las miradas de quienes parecían haber perdido las esperanzas. La Ciudad de los Héroes les había demostrado porqué tenía la reputación de inexpugnable. Entró a la tienda donde estaban reunidos Jackson Spume junto a su hermana Victoria. Milo Storm entró después de él y poco después Gianna Easterly.

Milo arrojó su casco contra un par de escudos arrimados contra una columna.

—¡Fue una maldita derrota! —exclamó con rabia—. ¡Una maldita, maldita derrota!

—La puerta fue más resistente de lo que se esperaba —comentó Victoria Spume con manchas de sangre en el hombro.

—¿Más resistente? —le miró Milo, arrugando la frente—. ¡El ataque no sirvió para nada!

—Tranquilízate —le solicitó Gianna Easterly.

Milo se giró hacia ella.

—Perdimos cientos de hombres, fracasamos completamente ¿y quieres que me tranquilice?

—Estuviste de acuerdo con atacar —comentó Jackson Spume.

—Sí, porque creí que Ferdi nos daría más tiempo. Pero se llevó a la mitad de los hombres y ordenó el ataque antes de lo previsto.

—Ferdi está custodiando la puerta principal —comentó Gianna—. Esa puerta es más grande y fortificada. No iba a llevarse solo a un puñado.

En ese momento Rodo repasó el plan. La idea fue construir torres de asedio y arietes con la capacidad de derrumbar la “puerta del mar”, la segunda puerta de la ciudad que daba a las costas y que, en comparación a la principal, era más accesible. El ataque se realizaría con todo. Se terminarían las armas de asalto y los hombres atacarían sin descanso. Pero nada de eso fue posible. Llegó la orden de Ferdi para atacar y ni las torres ni los arietes estuvieron listos como se esperaba.

—No, pero apresuramos el ataque y este es el resultado —rabió Milo, haciendo a un lado la tela en la entrada de la tienda para que vieran a los heridos lamentarse sobre la tierra para, seguidamente, continuar—. La Barrera abrió hace tiempo. Con el temor de que los gigantes crucen el mar, de un momento a otro, nadie vendrá en ayuda de la ciudad así que no había motivos para apurarse.

—Está hecho —sentenció Gianna con los ojos centrados en él—. Si tanto te molesta la decisión de Ferdi ve y díselo en su cara.

El que, lamentablemente, llevaba su mismo apellido pareció que iba a estallar en una furia incontrolable. Su respiración era como la de una bestia a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Mierda —gruñó y miró hacia un lado, hacia donde estaba Rodo—. Y tú, ¿no tienes nada qué decir?

Rodo se quedó mirándole.

—Está hecho —murmuró.

—No —Milo meneó la cabeza—. Eres el elegido, ¡maldita sea! ¡Debiste escalar ese muro utilizando las sombras y matar a esos malnacidos!; sin embargo, ¡no hiciste nada!

—¡Milo! —le recriminó Victoria Spume.

—Debería ser tu hermana y no tú quien esté aquí…

—¡Suficiente! —exclamó Gianna.

Milo chasqueó los dientes y le regaló una mirada de desprecio antes de abandonar la tienda. Gianna suspiró.

—Rodo —le dijo—, ¿qué quieres hacer?

Sí, era cierto, era el comandante de todos ellos. De su primo Milo Storm, aunque este lo despreciaba; de Gianna Easterly, de los hermanos Spume y de todos los hombres a su cargo. Era el comandante de las fuerzas encargadas de derribar la Puerta del Mar, el elegido por Sigurd, pero no hizo nada. Terminó por ser abrumado por la primera batalla en la que participaba. Sí, fue la primera vez y no supo qué hacer.

Se quedó en silencio con la mirada en sus pies.

Gianna llamó a uno de sus capitanes que esperaba a las afueras de la tienda.

—Que le envíen un mensaje a la reina —solicitó—. Infórmenle sobre el resultado de la batalla.

—Entonces… —dijo Victoria.

—Esperaremos a sus órdenes.

Gianna salió de la tienda, así mismo Victoria y por ultimo Jackson. Y cuando estuvo solo apretó los puños y contuvo las ganas de gritar. Era un guerrero, era el elegido por Sigurd, era Rodo Storm.

—¡Esperen! —salió de la tienda donde Gianna, Victoria y Jackson le miraron con atención—. Yo mismo iré a hablar con Ferdi.

Sus palabras se dirigieron a Gianna Easterly, contemplando sus largos cabellos rubios y sus ojos verde olivo. Pero por sobre su belleza Gianna Easterly era conocida por su capacidad de mando, su temple y su inteligencia. De haber sido elegida por Sigi muchos hubiesen estado de acuerdo, aunque nunca una pareja de hermanos Easterly fue elegido en el pasado.

—Bien —asintió Gianna—. ¿Cuáles son tus ordenes?

—Te quedas a cargo hasta que regrese —le respondió.

Ordenó que prepararan su caballo y se dirigió a su tienda para cambiarse las prendas ensangrentadas por unas limpias. Al desnudarse, se detuvo un momento y cerró los ojos.

«Ferdi…».

*

Despertó con la luz de la mañana, desnudo en una cama extraña, con una enigmática mujer acostada a su lado.

Ferdi dormía plácidamente, vulnerable y frágil. Rodo contempló su rostro; de cerca era el doble de hermosa, con unos labios finos y una nariz pequeña. Miró la ventana, los rayos del sol iluminaban la silla donde estaba la toalla, recordó cuando ella la arrojó sobre la misma y se sonrió. Buscó levantarse, sin hacer ruido ni perturbarla. Tomó sus prendas y comenzó a vestirse. Cuando estaba colocándose las botas Ferdi suspiró.

—Elegido, ¿ya te vas?

La miró de reojo. Tenía la cabeza recostada sobre la almohada con sus cabellos acariciando su rostro y una cálida mirada en sus ojos juveniles.

—Debo ir a prepararme —le respondió—. Deberías hacer lo mismo.

—Cierto —dijo ella—. Hoy partimos. Por un momento lo olvidé.

Rodo tomó a Sombra y la colocó en el cinto. Tomó su camisa y se detuvo a contemplarla.

—Eres una mujer extraña —le dijo.

—¿Extraña? —preguntó ella con una sonrisa.

—No puedo descifrarte —se animó a decirle.

Ferdi se levantó de la cama y estiró los brazos.

—No hay nada que descifrar —aseguró—. Soy lo que ves.

Rodo asintió. Suspiró y se dispuso a marcharse.

—Espera —le espetó ella. Rodo se dio vuelta—. No hiciste lo que te pedí.

Otra vez su cuerpo desnudo, nuevamente el deseo sobre él, pero esta vez era diferente. Se sentía diferente, se sabía diferente. No necesitó mover un dedo, solo necesitó desearlo, ordenarlo. Y fue demasiado fácil. Como si siempre lo hubiese sabido.

—¿Segura? —le preguntó.

Ferdi miró su cuerpo. Desde los pies hasta los pechos estaba envuelta con una suerte de sabana negra y transparente. Las sombras de la mañana se habían levantado del suelo, moviendo con agilidad y en completo silencio, subiendo por sus muslos, envolviendo sus caderas y deteniéndose por sobre sus pechos. Ferdi sonrió.

—Bien hecho.

Rodo se puso la camisa en el hombro.

—Nos veremos más tarde...

—Me faltó decirte una cosa —aseveró ella y se acercó a él con las sombras como vestido. Se acercó y le dio un beso—. Cuando estemos en La Ciudad de los Héroes y el ataque comience… no utilices las sombras.

Rodo entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

Ferdi acarició su mejilla.

—Solo… prométeme que no lo harás.

*

Cabalgó con el muro a su derecha, atravesando los bosques del sur hasta que, cuando el sol se estaba ocultando, esos días de muerte y sangre, vio el campamento de la reina de Rocasangre.

El escenario era el mismo, pero en mayor dimensión. Hombres heridos siendo atendidos, decenas de cadáveres al pie del muro, las aguas del lago Benevolencia teñidas de rojo y una puerta que no cedió ni un poco. Fue claro que también realizaron un ataque y, por un momento, temió lo peor.

—¿La reina? —le preguntó a un soldado y contuvo el aliento. Este señaló hacia una tienda y ese simple gesto le tranquilizó.

Dentro, Ferdi estaba recostada sobre una silla, su armadura mugrienta y con manchas de sangre daban fe de la batalla en la que participó. Al verle, sonrió.

—Sabía que vendrías.

Miró a los presentes. Al lado estaba Everaga Storm y al otro extremo James y Lina Age. Rodo ensayó una reverencia.

—Mi reina…

—Y, ¿mi hermano? —le preguntó una impaciente Everaga.

«Tu hermano es un idiota».

—Vivo —le respondió y avanzó hacia Ferdi—. Me gustaría hablar contigo… a solas.

Ferdi comprendió, por su expresión, que iba en serio.

—Por favor, déjennos solos —solicitó. Uno a uno fueron saliendo y Rodo notó que faltaba algunos—. ¿Y los Deadsea? —le preguntó una vez solos.

—Al norte del puente —respondió ella.

—¿Y Terry Easterly?

—Murió en batalla. Fue un buen soldado hasta el final.

La imagen de Gianna asaltó su mente. Meneó la cabeza y volvió a concentrarse.

—¿Por qué me pediste que no usara a Sombra? —preguntó lo que tenía en mente todo ese tiempo.

Ferdi miró el arma sagrada y regresó a sus ojos.

—Me da gusto que mantuvieras tu promesa.

Rodo se inclinó hacia su rostro, con el ceño fruncido y poca paciencia.

—Muchos hombres murieron y no hice nada. De usar a Sombra pude haber…

—Fue tu primera batalla, ¿no? —le interrumpió ella—. Se acabaron las historias. Lo oliste, lo viste, lo viviste. Conociste lo que es tener a la muerte susurrándote al oído. ¿Qué sentiste?

Rodo se irguió y miró… a ninguna parte.

—Impotencia —contuvo el aliento—, confusión… miedo.

—Y, ¿crees que de haber usado las sombras hubiese sido diferente?

Regresó a sus ojos.

—Hubiese hecho más.

Ferdi se puso de pie y le tomó de las mejillas.

—O tal vez, con mayor seguridad, hubieses muerto —le dijo con voz serena—. Solo quien ha visto los mil rostros de la muerte reconoce el valor de la vida. Fuiste elegido por Sigurd, pero no por ello obtuviste sabiduría. Eso se consigue con la experiencia.

—Guerreros más sabios y fuertes que yo murieron hoy —comentó haciendo para atrás la cabeza.

—Y sus nombres serán recordados —continuó ella, haciendo caso omiso al gesto previo—. Pero ninguno de ellos era el elegido por Sigurd. Ese eres tú.

De pronto Rodo sintió deseos de sentarse; buscó una silla y se dejó caer.

—Ferdi, como te dije esa vez, no puedo descifrarte.

Ella se puso de cuclillas para que sus ojos estuvieran al mismo nivel.

—Y, como te respondí esa noche, no hay nada que descifrar.

Rodo se pasó las manos por los cabellos.

—Dime algo —volvió a centrarse en sus ojos—. ¿Por qué adelantaste el ataque? Digo, fue una completa derrota. Debiste preverlo. ¿Por qué?

Ferdi pareció sorprenderse, aunque no lució alterada. Se puso de pie, cruzó los brazos y arqueó una ceja.

—Estas siendo muy duro conmigo, Rodo Storm.

Rodo entrelazó los dedos y se tomó un momento.

—Hay quienes no están contentos con la decisión.

—Uhm —Ferdi entrecerró los ojos—. ¿Qué me dices tú?

El elegido se puso de pie.

—Tú eres la reina. Se hace tu voluntad.

Ferdi relajó la mirada y sonrió.

—Hagamos algo. Llévate a las tropas. Yo me quedaré a resguardar la puerta principal. Decide tú cuándo será el siguiente ataque.

Ahora fue Rodo quien lució sorprendido.

—No, no puedo hacer eso. Correrías peligro.

—Estaré bien. Me quedaré con… mil hombres. Sera más que suficiente. Willia es muy cauta. No atacará. Pensará que es una trampa, al menos por un tiempo.

—No —Rodo la tomó de los brazos—. Deja que Everaga se quede y ven conmigo.

Ferdi tomó sus manos y los depositó sobre sus pechos.

—Agradezco tu preocupación —le dio un beso en los labios—. La próxima vez que nos veamos será dentro de la ciudad.

Rodo supo que no serviría de nada discutir. La estrechó en un abrazo cálido y prolongado. Besó su frente y se dio media vuelta, decidido a no mirar atrás.

Y cabalgó de retorno, bajó el abrigo de la noche, meditando en lo que debía hacer. Cabalgó toda la noche hasta que alcanzó los campamentos y los guardias le apuntaron con sus armas antes de percatarse de quién se trataba. La mayoría de los hombres todavía dormían. Se dirigió a su tienda y en cuanto entró, Gianna le habló desde la entrada.

—Rodo —Rodo se dio vuelta—. ¿Qué haremos?

—Atacar —le respondió después de tomar aire.

Gianna asintió.

—Para eso estamos aquí —comentó la joven antes de retirarse.

—Espera —Gianna se dio vuelta—. Tu hermano…

—Entiendo —afirmó ella con los ojos sobre él.

—Fue un buen soldado hasta el final.

Gianna se retiró en silencio. Rodo se sentó sobre la cama para luego recostarse, con el antebrazo sobre los ojos.

«Atacar».

Un rato después, cuando el sol ya calentaba las cabezas, reunió a los Spume, a su estúpido primo y a la Easterly dentro de la tienda y les explicó su plan.

—Tres semanas —dijo—. Atacaremos en tres semanas a partir de hoy. En ese tiempo todos trabajaran en la construcción de torres, catapultas, músculos… en todo lo que haga falta.

Parecieron sorprendidos por su actitud y palabras. Salvo Gianna que se mostró imperturbable.

—No tenemos suficientes hombres —refutó Milo Storm.

—Ferdi me entregó casi la totalidad de sus tropas. Se quedará con un batallón vigilando la puerta principal.

—¿Qué? —preguntó una sorprendida Victoria Spume.

—Lo que escucharon —continuó viéndose seguro y firme—. Tenemos tres semanas, ni un día más. En tres semanas tomaremos la maldita ciudad.

*

—Rodo —le dijo Samara sentándose al borde de la cama—. Puede que Aurelyus sea más de lo que aparenta.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó intrigado.

—Por nada —respondió poniéndose de pie para asomarse por la ventana—. Solo pensaba que hasta el viento más apacible puede volverse una tormenta.

Rodo meneó la cabeza y resopló.

—Como digas —ahora fue él quien se puso de pie—. Iré a descansar.

Necesitaba descansar. Su estancia en La Ciudad de los Héroes y todo lo que pasó durante el día le dejó agotado.

—Hermano —dijo ella y él se detuvo—, observa esos muros. ¿Qué piensas?

Y, por un breve instante, contempló su perfil, la forma en que parecía interesada en ese horizonte nocturno, en las luces de las antorchas a lo largo de la cima que delimitaba el cielo de la tierra.

—Son enormes, sí —respondió—. Son más grandes que las de cualquier ciudad de

Rocasangre y más gruesos también.

—¿Qué crees que se necesitaría para derribarlos?

—¿Derribarlos? —preguntó intrigado—. La fuerza bruta de los gigantes —se encogió de hombros—. No sé.

Samara se irguió y le miró de reojo con esa sonrisa que ella solía tener.

—La alianza correcta, hermanito.

*

Dos semanas pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Dos semanas en las que puso a trabajar a cada hombre y en las que temió cada día que llegaran noticias del ataque a los campamentos de Ferdi. Las construcciones de las torres iban a buen ritmo, al igual que las catapultas y músculos. Rodo trabajaba en una estrategia en su tienda. Pensaba que lo mejor sería atacar antes del amanecer. Pensaba en la mejor distribución de los soldados, la posición de los arqueros y ubicación de las catapultas cuando Gianna entró a su tienda.

—Rodo —le dijo con voz un poco alterada.

—¿Qué sucede? —los miedos de que hubiesen atacado a Ferdi se hicieron presentes.

—Barcos…

—¿Qué?

Acompañó a Gianna hasta una pequeña loma donde estaba los Spume y el imbécil de su primo, y desde donde vio el horizonte. Era cierto, una flota de barcos se acercaba desde el norte. Al agudizar la vista notó el estandarte en la vela.

—Son barcos de Arena Negra —comentó Gianna.

—Qué querrán esos malditos —comentó Milo—. ¿Creen que son refuerzos de Willia?

—No —aseguró Rodo con un nudo en la garganta.

Reconoció el barco, difícil no reconocerlo si en Rocasangre lo vio partir hasta que se volvió un punto en el horizonte. Lo vio antes que nadie. Era el barco de su hermana mezclado entre los demás.

—Es Samara —comentó Gianna.

Rodo trató de mantener la compostura. En sus cálculos, si se reunió con Alfonse Rovio mínimo debía estar de regreso dentro de casi un mes, considerando los tiempos de viaje.

—Gianna vienes conmigo —le ordenó.

—¿A dónde vas? —preguntó Milo.

—A dónde crees —le respondió Jackson.

—Jackson, quedas a cargo —miró a Gianna y ella asintió.

Corrieron hasta la orilla. Gianna ordenó a unos hombres que le siguieran y tomaron uno de los pequeños barcos enclavados en la orilla. De inmediato se dieron a la mar, en dirección a aquella flota de Arena Negra.

«¿Arena Negra?».

Rodo trató de recordar de qué ciudad se trataba. No deseaba preguntarle a Gianna y quedar como un ignorante.

—Ese es el barco de Nero Colys —aseguró ella señalando hacia uno de los navíos.

—¿Nero Colys? —no pudo resistir preguntar.

—Señor de Arena Negra. Es uno de los señores más importantes de Las Puertas de Elkes.

Y al escuchar el nombre de la región sintió un escalofrió en el cuerpo. Las Puertas de Elkes. Los territorios del elegido por Mondo.

«Aurelyus».

Pasaron al lado de los primeros barcos y Rodo notó la figura del señor de Arena Negra. Su barco estaba a cierta distancia, pero Gianna le confirmó que, el hombre obeso y calvo que iba en la proa, era él. Este saludó con el brazo en alto como si se tratase de algún familiar.

—Es alguien de quien tener cuidado —comentó Gianna.

—¿Lo conoces? —le preguntó Rodo.

—Solo su reputación —respondió ella y señaló ahora hacia el barco de su hermana—. Mira…

—¡Rodo! —Samara alzó la voz cuando estuvieron a alcance y prestó atención a Gianna—. ¡Veo que hiciste una nueva amiga!

—¡Samara, ¿puedes explicarme qué está sucediendo?! —se apuró a preguntar. Los barcos se colocaron borda a borda, permitiendo a Rodo y Gianna cruzar—. ¿Qué hacen hombres de Las Puertas aquí?

—No son hombres comunes —respondió Samara, con una expresión de satisfacción—. Son Marqe.

«¿Marqe?».

Rodo odió su propia ignorancia.

—Un pueblo de antiguos guerreros de la costa este que aún mantienen sus costumbres y tradiciones —explicó Gianna como si le leyera la mente.

—Sabes mucho —le dijo Samara, con cierta ironía.

—Elegida —saludó Gianna con un gesto—, es un alivio tenerla de regreso.

—Sí, seguramente así es —respondió con los ojos en ella.

—¡Samara! —exclamó Rodo, impaciente.

Su hermana lo tomó de los hombros.

—Te lo contaré todo, hermano —le susurró—, pero ahora solo observa.

Ella se giró para mirar a uno de sus hombres y este asintió. El hombre se dirigió a la proa desde donde ondeó una bandera roja.

Cuatro de los barcos se alinearon cerca del muro que daba al mar mientras que el resto siguió su trayectoria hacia la costa. Los soldados de la ciudad en la cima tenían los arcos tensados, expectantes al momento en que estuvieran a distancia de tiro. Sobre los barcos vio que descubrían unas catapultas, ocultas debajo de unas sábanas negras. Rodo notó que hombres, con la piel muy blanca y la cabeza completamente rapada cargaban las catapultas con grandes barriles.

—¿Sabías que Aurelyus tomó su ciudad en tan solo un día? —preguntó Samara, mirando hacia los barcos.

Una de las catapultas fue accionada y… cuando el enorme barril alcanzó el muro se produjo una estruendosa explosión que colmó todos los sonidos y le obligó, en reacción instintiva, a acostarse sobre la cubierta. Un momento después Rodo sintió como si le golpeara un fuerte aire, que le sacudió levemente.

Cuando se levantó alcanzó a ver que en una parte del muro había un enorme agujero.

—No puede ser…

Rapsodia

En cuanto terminó de armar la balsa, Geger colocó el cadáver de Topar y lo cubrió con ramas y hojas secas.

—Deseo que encuentres el camino para reunirte con tus ancestros, hermano.

Encendió las ramas y empujó la balsa para que la corriente la arrastrase. Se quedó observando hasta que el fuego se levantó y las cenizas comenzaron a danzar, en respeto al guerrero Marqe fallecido. Tomó las riendas del caballo y consideró si era conveniente llevar de regreso la carreta en la que cargó su cuerpo. Vygar y Runyr esperaban su retorno y le había tomado más de lo esperado el llegar al río.

Su cuerpo se estremeció al escuchar el rugido de una bestia.

Geger tranquilizó al caballo, que se puso nervioso, y se dispuso a marcharse. Regresó al angosto camino del bosque esperando que sea lo que sea que haya rugido no venga por él. Esperaba estar de regreso antes del anochecer. Sabía que le tomó más tiempo de lo esperado y que cabía la posibilidad de que el no-muerto ya hubiese retornado.

Para Geger aquello era increíble. Realmente el poder del elegido por Mondo era cosa de Elkes. Revivir a los muertos y poseerlos…

Salió de una zona frondosa y se adentró a un camino más despejado. El caballo se alertó por algo que percibió delante y decidió no correr riesgos. Tomó otra ruta. Cruzó un arroyo, subió una colina y atravesó una espinosa zona, pero al fin estaba de vuelta en la dirección correcta.

Para cuando llegó a su destino sintió que la sangre se le helaba. Aquello era zona de combate, con rastros de sangre por todos lados y dos montículos de tierras, con las armas de sus hermanos Marqe sobre ellas y cerca de donde estuvo descansado el cuerpo de Aurelyus. El primo del elegido, Resta Myrdynn, y el elegido en sí no estaban por ninguna parte. No necesito explicaciones, dedujo lo que había sucedido y a quien pertenecían aquellas tumbas. Si lucharon contra bestias mágicas estas ya habían desaparecido y sumado a los detalles del entorno quedó claro que fue hace tiempo. Notó las huellas en la tierra. Las grandes pisadas del no-muerto elegido por Volcano junto a las de otra persona, bien Resta o bien Aurelyus. Se despidió de Vygar y Runyr, prometiendo que contaría a sus familias que murieron en combate como los extraordinarios guerreros que fueron. Volvió a la montura y se dispuso a seguir las huellas.

La noche le alcanzó luego de largo rato de cabalgata, acelerando el paso del caballo para acortar toda la distancia posible. En aquel bosque, al caer la noche, el aire se tornaba más frío, el camino más difícil y muchas bestias salían a cazar. Lo mejor, para cualquier viajero, era detenerse y encender una fogata, no solo para aliviar el frío sino para alejar a las bestias. Era lo mejor, pero Geger necesitaba encontrar al elegido, su orgullo de guerrero se lo exigía. El caballo, visiblemente asustado, cada vez se tornaba más obstinado en avanzar. La oscuridad traía consigo tenebrosos sonidos venidos de todas partes y cada paso se volvía más difícil por la poca visibilidad. Geger consideró que no le quedaba otra opción más que detenerse.

Pero percibió el olor de carne asada al fuego. Bajó del caballo y comenzó a seguir su nariz. No tardó en dar con la luz titilando entre el follaje. Se acercó, sigiloso y se sintió complacido al ver a Aurelyus Myrdynn sentado frente a una fogata.

Y, por su lado derecho, percibió algo acercándose, rapido y con violencia. En instinto esquivo una enorme hacha que cayó donde estuvo, haciéndose a un lado y aferrándose a su lanza. Una gran figura, enorme como un oso se abalanzó contra él. Geger no pudo más que saltar hacia

delante, quedando a la vista del elegido. Tras de él, con la luz de la fogata iluminando su cuerpo, se mostró el no-muerto, Rayzer Greysun, a punto de caerle encima.

—Vaya —musitó el elegido y el no-muerto se detuvo. Geger se volvió hacia Aurelys, quien estaba concentrado en un conejo atravezado por una cuchilla y que asaba al fuego. Examinó la pata y pasó a mirarle—. ¿Tú eres?

—Me llamo Geger —respondió en la lengua de los hombres del continente, poniéndose de pie —. Viajé con usted, su primo y mis hermanos Marqe.

—Sí, recuerdo tu cara, pero cuando desperté no estabas.

Geger miró al no-muerto y las enormes y formidables hachas que sostenía.

—Cuando usted estaba incosciente fuimos atacados por una bestia mágica. Topar murió. Se decidió que fuera yo quien lo llevara al río para darle una correcta despedida y pueda ir al encuentro de sus ancestros.

El elegido sopló el conejo y le dio un mordisco.

—Cierto —dijo con la boca llena—, ustedes tienen por costumbre poner en barcas a sus muertos y prenderles fuego. Seguro regresaste al campamento y viste que enterramos a tus compañeros. Espero que no lo tomes a mal.

—No, al contrario, le agradezco. Es mejor que pudrirse sobre la tierra —miró hacia los alrededores—. Solo vi dos tumbas.

—Mi primo se marchó para cumplir con una misión —respondió para darle otra mordida.

El no-muerto, cual perro guardían, caminó hasta pararse al lado de Aurelyus. Geger siguió cada paso del monumental hombre, sosteniendo la lanza con fuerza.

—Señor Aurelyus —dijo.

—Sí —respondió este.

—¿Puedo viajar con usted?

El elegido levantó la cabeza y resopló.

—Verás, es que me parece conveniente que, justo en el momento en que eran atacados por bestias mágicas, te ofrezcas a llevar a tu compañero muerto al río. Cualquiera pensaría que huiste del peligro —le miró de reojo—. Cualquiera pensaría que eres un cobarde —Geger no supo que responder ante lo que acababa de escuchar. Aurelyus regresó su atención al conejo puesto al fuego—. No me sirve un cobarde —sentenció.

El no-muerto se abalanzó contra él. Lo vio acercarse, lo vio levantar una de las enormes hachas por sobre su cabeza.

—¡No soy un cobarde! —exclamó enfurecido, arrojando a un lado su lanza.

Y, cuando el hacha estuvo a punto de destrozarle la cabeza…

—Espera —ordenó Aurelyus y así lo hizo el no-muerto—. ¿Qué dijiste?

—No temo a la muerte —respondió concentrando la mirada en él—. Elegido, si usted es quien hará que mi pueblo tenga la vida que merece. Que no volverán a sentirse rechazados en su propia tierra. Que nadie más se atreverá a juzgarlos y matarlos como animales —extendió los brazos—. Entonces mi vida le pertenece —frunció el ceño—. Pero no se atreva a llamarme cobarde.

—Bonito discurso —repuso Aurelyus. Se puso de pie y comenzó a acercarse—. ¿Entiendes lo que significa que tu vida me pertenezca? —se detuvo a unos pasos de él, con el rostro cobijado por las sombras—. Si te ordeno que tomes un cuchillo y te abras el estomago, ¿lo harías?

Geger continuó concentrándose en sus ojos.

—Si usted protegerá a mi pueblo, sí, sin dudarlo.

Aurelyus esbozó una media sonrisa.

—¿Cómo dices que te llamas?
—Geger.
—Geger. Debes tener hambre. Ven y acompáñanos.

*

Esa mañana, Tricia tuvo cuidado de no despertar a sus compañeras que dormían apiñadas en la pequeña tienda. Tomó la túnica roja que le correspondía y después de vestirse se propuso a atender las tareas que le asignaron para esos días.

Al salir de la tienda el sol calentaba ya las cabezas y los soldados estaban sentados en grupos a lo largo de la ladera del volcán, entretenidos en conversaciones y disfrutando del desayuno. El pasar por donde los soldados se reunían le resultaba incómodo por las miradas lascivas y los comentarios lujuriosos que le lanzaban. Sin embargo, sabía que nadie se atrevería a hacer algo por temor a las represalias que significaba atentar contra la virginidad de una sacerdotisa de la Orden la de la Llama del Fenix, así fuera una aprendiz de sanadora. Raya, la Santa, lo dejó en claro. Cercana al Señor de Las Cumbres se aseguró que se respetara las leyes que durante cientos de años se mantuvieran vivas.

Llegó hasta la celda móvil, arreada hasta allí por dos bueyes y donde se encontraba la elegida por Naril; la misma celda en la que la transportaron desde Camilia hasta el volcán. Los guardias, al verla abrieron la puerta de metal para que entrara. La elegida por Naril estaba apoyada contra el grueso liston al que sus pies estaban encadenados. Como siempre, sus ojos se concentraban en un punto en el suelo, con seria expresión como si meditara sobre algo.

—Buenos días, Aura —le saludó y la elegida se limitó a mirarla de reojo—. Espero que hayas pasado una buena noche.

Lo primero que hizo fue tomar el balde con excrementos y lo llevó para arrojar su contenido lejos de los campamentos. Lavó el balde y regresó para colocarlo en su posición junto con otro balde con agua caliente. Otra sacerdotisa llegó con un par de panes. Le agradeció por el servicio y la vio retirarse en silencio.

—No tengo hambre —afirmó la elegida.

—De todas maneras te lo dejare aquí—repuso la sacerdotisa y señaló los vendajes en su brazo —. ¿Puedo?

La elegida volvió a concentrarse en un punto en el suelo. Tricia se acomodó a su lado y se dispuso a la tarea. Al quitar los vendajes notó que la herida estaba cicatrizando muy bien, mejor de lo que cualquier sanadora esperaría. Aquello era la confirmación de que se trataba de una elegida por los dioses. Con sumo cuidado limpió la herida con una esponja empapada con agua caliente y seguidamente pasó a colocarle vendajes limpios.

Llevaba encargándose de sus heridas desde que le fue asignada sus cuidados.

Tricia llegó junto a otras sanadoras respondiendo al llamado de Raya para atender a la elegida por Naril. Lo que sabía era que le mutilaron el brazo izquierdo y que fue confinada a las celdas del castillo de los Rovio. Cuando la encontraron estaba en un estado lamentable, demacrada, con los huesos marcándole el rostro, sucios harapos que apenas le cubrían el cuerpo y acostada sobre sus orines. Cuando le mutilaron el brazo no se tomaron la molestia en tratarlo adecuadamente y un pestilente pus emanaba de este junto a cierto estado de putrefacción en la herida. Las sanadoras pusieron todo de sí, pero la fiebre con la que combatió por varios días hizo temer lo peor. Afortunadamente pudo reponerse, gracias a los cuidados, pero más que nada a un hecho que la misma elegida se negaba a aceptar. Quería vivir.

—Al paso que va dentro de poco habrá terminado de cicatrizar —comentó Tricia.

—Oye, ¿hay una anciana llamada Abigail entre las sacerdotisas? —preguntó la elegida, tomándola por sorpresa.

—¿Abigail? —preguntó en respuesta.

—Abigail Tea.

La sacerdotisa lo meditó un momento.

—Las únicas ancianas son las consejeras de Raya y ninguna se llama Abigail. ¿Por qué preguntas?

—Ya veo —murmuró la elegida y continuó—. Confírmame algo, ¿cuándo me arrojarán al volcán?

Tricia se quedó inmóvil. Miró hacia los guardias que estaban entretenidos jugando a los dados.

—La ceremonia se adelantó para mañana por la noche. Nos informaron anoche. Lo… lo siento.

—¿Por qué te disculpas?

—No lo sé...

La elegida le repasó con la mirada y tomó uno de los panes, que se llevó a la boca. Aquello alegró a la joven sacerdotisa.

—¿Te corresponde venir esta noche? —preguntó ahora la elegida.

—No, me asignaron una serie de tareas, mañana por la mañana vendré a verte. ¿Quieres que venga? Si es así puedo…

—No, así esta bien.

La sacerdotisa sintió la mirada de los guardias sobre ella. Seguramente comenzaban a impacientarse por el tiempo que se estaba tomando con la prisionera.

—Será mejor que me vaya.

—Eres importante para… —murmuró la elegida.

—¿Cómo? —preguntó Tricia, confundida.

—Nada —repuso y pareció sonreir—. Tricia, no olvidare la bondad que me mostraste —agregó llevándose otro bocado de pan a la boca.

Aquello llenó de alegría a la sacerdotisa y a la vez de profunda tristeza. Lo cierto era que el destino de la elegida estaba decidido. Pensó en responder, pero no encontró palabras que sirvieran. Tragó saliva y solo pudo decir.

—Volveré mañana.

Y al día siguiente se levantó con el alba, impaciente por verla. Se levantó solo para encontrar el caos alrededor de la celda donde se encontraba la elegida.

*

—Chúpamelo —le ordenó.

La mujer, con los ojos hundidos por el alcohol, se inclinó y se llevó el pene a la boca.

—Syrfyr —escuchó la voz de Kerme Wind. La mujer se levantó curiosa.

—Nadie te habló a ti —le recriminó a la mujer y ésta resgresó a la tarea—. ¿Qué sucede, Kerme?

—Los hombres se preguntan cuáles son tus planes —indicó este después de arrastrar una silla para sentarse a su lado.

Syrfyr repasó la posada, a oscuras. Algunos de sus hombres, como los hermanos Hill y Lobo-

loco bebían en las otras mesas con prostitutas sentadas sobre sus rodillas. Syrfyr tenía el rostro rojo por el alcohol y apenas si sentía a la mujer chupándole la verga, pero todavía estaba en sus cabales.

—Nos quedaremos en Puerto Plata hasta que yo lo diga —aseveró.

—No les gustará escuchar eso —repuso su segundo al mando.

—No me importa si no les gusta.

Kerme bebió un sorbo de cerveza antes de recostarse en el asiento.

—Dicen desde que dejamos a esos dos en la isla andas extraño.

Syrfyr frunció el ceño.

—¿Quién lo dice? —bramó.

—Yo...

Ciertamente, Kerme era el único que se atrevería a hablarle de esa manera. Por eso era el segundo al mando de su preciado Puta Vida. La mujer levantó la cabeza, a lo que el capitán la obligó a volver a hundir la nariz en su entrepierna.

—No retes a la suerte, Kerme —repuso Syrfyr y resopló al notar su relajada expresión—. Mierda, es solo que estado pensando en lo que ella queria. Ir al fin del mundo. Hay que tener valor o estar loco para querer algo así.

—O querer suicidarte —Kerme meneó la cabeza—. Como sea, a estas alturas esos sacerdotes ya habrán terminado con ella y con el otro.

—El otro me importa un carajo —Syrfyr bebió lo que quedaba en el tarro y golpeó la mesa con este—. ¡Más cerveza! —exclamó hacia la barra y regresó a Kerme—. Esa mujer, no era cualquier mujer.

—¿Te arrepientes entonces? —preguntó el segundo al mando, sin dudar. El capitán arqueó una ceja—. Negocios, son negocios —agregó.

—Eres un tipo listo —comentó Syrfyr.

Kerme soltó un bufido, pero a ambos les llamó la atención el silencio que en el que quedaron sus hombres. La razón, un chico entró en la taberna. Llevaba una túnica blanca, idéntica a las de aquellos sacerdotes. El chico miró a Syrfyr y caminó entre las mesas hasta pararse delante de la suya.

—Capitán —le saludó con una sonrisa—. Señor —saludó a Kerme y miró a la prostituta que seguía chupando el pene de Syrfyr—. ¡Mujer, que los dioses bendigan la habilidad de tu lengua! —exclamó.

—Pero qué le pasa a esta mierda —bramó Syrfyr y empujó a la mujer para arreglarse los pantalones—. ¿Es que quieres morir, niño?

—No, por supuesto que no —respondió el chico, haciendo aspavientos—. Permitame presentarme. Me llamo Liak, vinimos a hablar de negocios.

—¿Vinimos? —preguntó Kerme—. ¿Rubitan viene contigo?

—Rubitan está muerto —aseguró como si no fuera gran cosa.

—¿Ese loco está muerto? —preguntó Syrfyr—. ¿Qué cuernos sucedió en esa isla?

Lobo-loco se acercó.

—Oye niño —lo tomó del brazo—, no molestes al capitán.

Liak se giró y posó la palma de la mano a la altura del vientre de Lobo-loco. En ese momento aquel corpulento hombre salió impulsado hacia la pared posterior, como si una fuerza invisible lo hubiese arrojado. Syrfyr, Kerme y el resto de los hombres se pusieron de pie y en acto reflejo sacaron sus armas.

—Disculpen, pero no me gusta que me llamen “niño” —bufó Liak.

—¿Qué mierda eres? —preguntó Syrfyr, sujetando con fuerza su hacha.

—Capitán, aquí tiene su cerveza —escuchó decir, detrás de él.

—¡Cómo mierda se te ocu…!

Pero al volverse, quedó atonito al encontrarla. Era ella, de pie con los cabellos recogidos en coleta dejando al descubierto unos vendajes que le cubria la mitad del rostro -donde estaba la cicatriz- y una relajada sonrisa en su rostro.

—Lady cicatriz —balbuceó John Hill.

—Vania Eartquake —murmuró Syrfyr.

Vania dejó el tarro sobre la mesa.

—Espero no haberlo sorprendido.

Kerme notó que aquel otro sujeto estaba detrás de ella, el hombre que le ganó a los dados al capitán. Ambos vestían ropas comunes.

—Debe ser una broma —comentó Syrfyr.

Los hombres se acercaron, lenta y a punto de abalanzarse.

—Tranquilos —dijo Liak mostrándoles las palmas de las manos. Cuando lo hizo las sillas y las mesas se movieron para interponerse.

—Vania —dijo el que respondía al nombre de Ferd Foxcroft.

—Todo esta bien, Ferd —aseveró ella con voz calma y regresó a Syrfyr—. ¿No le dije que volveríamos a vernos?

Syrfyr, visiblemente impresionado por lo que ese chico podía hacer, se obligó a salir del asombro. Soltó un bufido y tomó el tarro de cerveza.

—Sí, nos volvemos a ver, lady cicatriz —bebió un sorbo y se limpió la boca con el antebrazo —. ¿Viniste a vengarte o qué?

—No, no —Vania meneó la cabeza. Sacó una moneda de oro del bolsillo y la arrojó sobre la mesa—. Vine a hacer negocios.

—¿No estarás hablando de…? —preguntó Kerme.

—Sí —respondió ella—. Hay mucho, pero mucho más de estas esperando por ustedes —aseveró Vania señalando la moneda—. ¿Qué dice, capitán, ahora sí podemos ir al fin del mundo?

Maisse 03

Cuando Hector le preguntó que debían hacer ante tal noticia, Maisse ordenó que se dirigieran de regresó a la ciudad para organizar a los hombres rumbo al Paso y apoyar a su hermana.

—Que le digan a Beatrix que llegaré lo más pronto posible.

A Hector Campbell no pareció agradarle.

—Preferiría acompañarte a buscar el arma.

—No —respondió sin contemplaciones y agregó, cruzando miradas con Alan—. Encarguense de todo. Los veré a mi retorno.

Hector le dejó notar su descontento en su lenguaje corporal.

—Como ordenes —se volvió hacía su hermano—. Vámonos.

—Mi señora —dijo Alan—. La estaré… la estaremos esperando.

Maisse asintió y los vio alejarse junto al resto de sus hombres. Una vez se marcharon sujetó las riendas y comenzó a cabalgar a toda prisa.

«Los gigantes ya vienen».

Se estremeció al repasar el mensaje. La Barrera Azul acababa de abrirse y los gigantes podrían cruzar. Hasta donde sabía, al igual que ella, ningún elegido estaba siquiera en camino. No podía culparlos, todos estaban confiados de que tenían cerca de cuatro meses más para dirigirse al Paso. Trató de recordar si hubo algún caso en donde la Barrera abriera antes. No, siempre abrió cerca de lo previsto, días más, días menos. Eso era completamente nuevo. Todo era atípico, que apareciera una elegida por Naril, que los Damballas los atacasen y que la Barrera abriera antes… Se vaticinó que esta décima lucha sería muy difícil y al parecer se estaba encaminando para que así fuera.

Se detuvo al borde del risco al que llegó. Desde allí se podía ver el extenso valle donde se encontraba el arma, en alguna parte cerca al río Evangeline cuyo curso parecía una vena sobre la tierra verde. Altas montañas y riscos rodeaban al valle de escaso bosque en las faldas, pero muy tupido en los alrededores del río. Maisse centró su atención en el punto donde creía se encontraría el arma. Bajó del caballo, tomó una bolsa con agua y algo de provisiones. Acomodó su espada y buscó por dónde descender.

Descendió con cuidado por la pared de roca. Si la caída no la mataba quedaría muy mal herida y a merced de alguna bestia hambrienta. Llegó hasta la base del risco y examinó la ruta a seguir. El campo se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Caminó por largo rato hasta que se adentró en el bosque de altos árboles que vio desde la cima. Continuó por un rato más hasta que se detuvo para beber un poco de agua.

Cuando terminó, tomó su espada y se puso en guardia girándose hacía sus espaldas.

—¡¿Quién eres?! —preguntó.

De entre unos árboles un hombre se mostró vestido completamente de negro. No debía ser mayor de veinticinco años, de cabellos rubios y unos ojos de un violeta vivo.

—Me notaste —comentó el hombre.

Maisse se dio cuenta que aquel hombre llevaba buen rato siguiéndola.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar con la punta de la espada en su dirección.

El hombre sacó su espada, la dejó caer y levantó las manos.

—No era mi intención asustarla, mi lady. Mi nombre es Zero, Zero Remiz. La vi adentrarse en el valle y de inmediato supe que era la elegida por Evangeline.

—¿Qué quieres?

El hombre bajó las manos.

—Mi intención era seguirla a distancia y ayudarla si sucedía algo que pusiese en peligro su vida.

Maisse bajó la espada, pero se mantuvo alerta.

—Agradezco la intención, pero no necesito de ninguna escolta. Será mejor que regrese por donde vino.

—Se dirige en busca del arma, ¿verdad?

—Regrese por donde vino.

El hombre caminó hacia ella.

—Pero está es la ruta lar…

—¡No dé un paso más! —exclamó Maisse apuntándole otra vez con la espada—. No lo volveré a repetir, váyase.

El hombre pareció avergonzado.

—Me disculpo, mi lady —bajó la cabeza—. No la molestaré más.

Se dio media vuelta, se inclinó para coger su espada y siguió caminando. Maisse lo observó hasta que volvió a perderse entre los árboles.

«Zero Remiz».

Estaba segura de no haber escuchado sobre la familia Remiz. No era un montaraz, tampoco un soldado, ¿qué es lo que hacía por allí?

Regresó al camino prestando atención por si nuevamente la estaba siguiendo. Aparentemente se había marchado, pero no podía bajar la guardia, era demasiado irregular para tomarlo a la ligera. Pensó en su hermana Beatrix y lo que hubiese hecho en su lugar. Seguramente ella le hubiese cortado el cuello y se ahorraba las molestias. Se sonrió.

«¿Cómo debe estar?».

Recordó el mensaje y volvió a sentirse afligida. Los gigantes cruzarían el mar. Ella tendría que combatirlos y si ningún elegido llegaba pronto…

—Mierda —rabió a la orilla del río.

Al contrario de lo que supuso, llegó a una parte demasiada ancha y torrentosa como para cruzar. Tendría que seguir su cauce hasta encontrar una zona accesible para pasar al otro lado. Cuando encontró una zona donde era posible, había perdido valioso tiempo y el sol estaba por ocultarse. Tuvo que resignarse a no llegar donde el arma ese día y dejarlo para el amanecer.

Se asentó sobre unas rocas a lo alto de una pequeña colina donde juntó unas ramas secas y encendió una fogata. Como no había árboles cercanos y la hierba era baja podía ver a varios metros a la redonda; por la noche bestias como lobos, coyotes o pumas podrían ser un problema. Después de comer lo que trajo consigo, se acostó a dormir, pero le fue difícil conciliar el sueño por todas las cosas que tenía en la cabeza. Se preguntó qué le esperaría. En el pasado, no hubo una sola elegida que no se hiciera con el arma sin que significase que fuera fácil. Las Blondegold dejaron memoria que, después de luchar contra los gigantes, hacerse con el arma fue lo más difícil que tuvieron que hacer. Consciente de su ansiedad buscó tranquilizarse; sería una larga noche si continuaba en ese estado. Buscó la moneda de oro en su bolsillo. Recordó su existencia y la contempló por un momento. Otra cosa que se sumaba a las irregularidades de esa generación de elegidos, la muerte de uno de ellos por acción de magia antigua.

Guardó la moneda, cerró los ojos y se quedó dormida. Y soñó.

En el sueño se encontró en el salón del templo donde hicieron la presentación. En medio del salón estaban los cadáveres de los elegidos, cubiertos de sangre y yaciendo uno sobre otro. La

sangre alcanzó sus pies y se encontró de pie ante ellos llorando desconsolada.

Y una figura negra se levantó de entre los cuerpos. Tenía la forma de un hombre, con largos brazos y piernas, ojos como lunas plateadas y una enorme boca que mostraba una aterradora sonrisa de dientes afilados. El hombre extendió las manos y dijo.

—Me pertenecen.

Cuando despertó apenas si recordaba los detalles del sueño. Estaba bañada en sudor y sentía que el corazón le iba a salir del pecho. Se preguntó qué demonios fue eso. Nunca antes soñó algo parecido y por, sobre todo, repasó aquella frase: “Me pertenecen”. Se quedó sentada al lado de lo que quedaba de la fogata y buscó tranquilizarse. Se preguntó si significaba algo o si solo fue un mal sueño. El sol estaba por salir. Dejó esos pensamientos, tomó su espada y se preparó para continuar.

Y después de caminar hasta que el sol estuviera justo encima de su cabeza se paró frente al Templo de la Luz.

Rodeado por enormes árboles de pino, el Templo de la Luz era una austera construcción. Dos pilares que se encontraban en un arco de piedra adornaban la entrada y la maleza recubría sus paredes externas. Lo extraordinario era como la luz del sol lo bañaba, como si los dioses estuvieran señalando su existencia. Por las crónicas era conocido que al templo no se podía entrar con armas. Maisse dejó su espada y el cuchillo, que llevaba en la bota, apoyado contra un árbol. Al entrar, sus pasos hicieron eco en aquel amplio pasadizo. Al fondo, otro arco mucha más pequeño resplandecía con una luz blanca.

Y sobrecogida contempló una pequeña laguna de aguas cristalinas y peces de vistosos colores que nadaban tranquilamente. Por sobre la laguna, un techo de cristal que dejaba pasar los rayos del sol, iluminando cada rinconcito del salón. Y en medio de la laguna, sobre un altar, la legendaria piedra Doncella, en cuya cima estaba incrustada el Peto Sagrado, Luz del Mundo.

Se quitó las botas, los guantes y la cota de malla, quedando con las prendas que tenía debajo. Tomó aire, exhaló y sumergió un pie en el agua. El agua estaba fría al tacto, pero agradable. Sumergió el otro pie y comenzó a descender por los escalones hasta que el agua llegó a sus muslos. Lentamente caminó hasta alcanzar los escalones del altar y posar la mano sobre Doncella.

—Por favor —dijo en reverencia.

Levantó la cabeza y contempló a Luz del Mundo, incrustada casi en su totalidad. El peto era de acero antiguo, con el grabado de una espada dorada en el frente y relieves en oro como adornos.

«El Peto Sagrado que forjó Terum».

Revisó si podía extraerlo, de alguna manera, pero, por donde se viese, el peto era parte de la piedra. No había forma de sujetarlo ni jalarlo y el solo pensar en romper la piedra era una estupidez.

—Por favor, Doncella, permíteme portar el arma sagrada.

Se quedó esperando, como si la piedra fuera a “hacer algo”. Esperó por largo rato hasta que la impaciencia se hizo presente. Algo se debía hacer, pero qué.

—¿Qué tengo que hacer?

Se sintió como una idiota, tampoco era factible esperar que la piedra comenzara a hablar.

—Doncella, no puedo perder más tiempo…

Se acostó sobre las aguas, con los brazos extendidos, y se quedó mirando el techo de cristal. Necesitaba tranquilizarse. Las elegidas lo dijeron, no sería fácil. Se preguntó que estaba faltando mientras algunos peces le mordisqueaban los pies.

«No, usar la fuerza bruta no servirá de nada. Las elegidas debieron encontrar otra manera».

Se dio la vuelta y sumergió la cabeza. Por un instante aguantó la respiración en completo silencio. Sacudió la cabeza e inhaló con fuerza. Se dio vuelta y para su sorpresa en la piedra, justo por debajo del peto, estaba escrito algo.

Una pregunta: "¿Quién eres?".

Estaba segura que eso no estaba antes. La pregunta estaba tallada sobre la superficie de Doncella con una elegante letra. "¿Quién eres?".

Maisse hincó una rodilla, con el agua hasta el estomago.

—Disculpa mis modales. Debí presentarme en cuanto llegué. Mi nombre es Maisse Blondegold, elegida por Evangeline.

Pero la pregunta no cambió y Maisse sintió como si la estuvieran juzgando.

—No entiendo a qué se refiere —se puso de pie—. Yo soy Maisse Blondegold, heredera al trono de Tierra Nueva. Fui elegida por sobre… —apretó los puños—. ¡No hay tiempo! ¡La Barrera abrió y en estos momentos los gigantes vienen en camino!

La pregunta continuó, como si siempre hubiese estado. Maisse se cubrió el rostro. Se regañó así misma y volvió a tranquilizarse, consciente de que nada bueno sale de perder el control. Tomó aire y volvió a hincar la rodilla.

—Soy una simple guerrera —dijo. La pregunta no cambió—. Soy su servidora —la pregunta continuó siendo la misma.

Maisse miró su reflejo en el agua. Era su rostro, no había cambiado, eran sus ojos, su nariz, sus orejas… Miró a la piedra, cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Soy…

Entonces sintió como el suelo a sus pies desaparecía y como la laguna de pronto ganó profundidad, hundiéndose en ésta. Trató de nadar hacía la superficie, pero pareció que algo comenzó a succcionarla. Desesperada por la falta de aire sacudió los brazos y las piernas; insistió con todas sus fuerzas hasta que comenzó a emerger. Cuando salió tomó una gran bocanada de aire y se arrastró hasta la orilla.

Y descubrió que estaba en otro lugar.

*

Y estaba hecho. Portaba el peto.

Recorrió sus pasos hasta llegar al río Evangeline, cruzó a la otra orilla y se apresuró en continuar. En el camino pensó en la experiencia que vivió. No era una sorpresa. Las crónicas decían que lucharon juntas en más de una ocasión, pero no imaginó que su relación fuera tan cercana. No, lo importante a considerar era que estuvo allí. ¿Cómo fue eso posible? Fue como si la piedra la enviara al…

Por más que lo pensaba no le encontraba sentido.

«¿O fue una ilusión?»

Al conocer la dirección, la ruta de retorno fue más corta. Le tomó la mitad del tiempo salir del bosque y llegar a terreno abierto. No necesitaría pasar la noche, aunque la noche estaba cerca. Su caballo estaba atado a un árbol sobre el risco y sería noche de luna, lo que le permitiría cabalgar hasta Misericordia.

Se dio prisas y comenzó a cruzar el campo de hierbajos con el risco a la distancia. Pero tuvo que detenerse cuando se percató de que alguien estaba detrás de ella.

Se dio vuelta y desenvainó su espada.

—Tú...

El hombre que la siguió al comienzo, aquel que se presentó como Zero Remiz, estaba a unos metros con una extraña sonrisa en el rostro.

—Me da gusto que obtuvieras el peto, elegida —dijo—. Fue la primera razón por la que le dejé con vida. La segunda razón es que necesito preguntarle algo.

Maisse se aferró a la empuñadura. El hombre sabía que llevaba el peto debajo de la camisa. A lo mejor por deducción al regresar con vida del templo.

El hombre sacó de su bolsillo la moneda de oro.

—¿Cómo? —preguntó Maisse y revisó su bolsillo.

—¿Dónde la obtuviste? —le preguntó el sujeto, lanzando la moneda y atrapándola en el aire.

«¿En qué momento? ¿Fue cuando estuve en el templo?».

—¿Por qué quieres saber? —preguntó ella.

El hombre se encogió de hombros.

—Por lo que ustedes llaman, curiosidad.

«Ustedes…».

—Estaba con el elegido por Volcano que terminó muerto —respondió—. La moneda fue una forma de maldición. ¿Tú lo maldijiste?

—Ya veo —guardó la moneda en el bolsillo del pantalón—. No sé de qué maldición me hablas, solo sentí curiosidad por la moneda —se ajustó los guantes.

Maisse se percató que no eran guantes cualesquiera. El hombre sacó su espada y esta brilló en un halo jade. Que la espada brillara y los detalles del guante trajeron a su memoria algo que estudió cuando aprendía sobre las armas de los elegidos.

«¡No puede ser, son los Guantes de Pliseron! ¡Cómo es posible que pueda utilizarlos!».

—¿Mataste a Temple Imad? —preguntó tratando de mantener la calma.

—¿Quién?

—El elegido por Kraster. El que debería portar esos guantes.

—¡Ah! Sí, está muerto —dio un paso adelante—. ¿No vas a decirme que no dé un paso más?

«Pudo matar a Temple, un elegido, y es capaz de usar los guantes».

Se apresuro a recordar, necesitaba saber de qué demonio se trataba. Se preguntó su sería un inmortal. Lo pensó y lo pensó, hasta que un nombre vino a su mente.

—Eres, eres un Vanomet —aseveró ella, recordando lo que aprendió en los cuentos de la anciana, cuando niña.

—Es la segunda vez que me llaman de esa manera —respondió el hombre con esa extraña sonrisa.

*

Se encontraba sobre un fango gris a la orilla de un angosto río, el cielo estaba cubierto de nubes negras, por las densas humaredas que provenían de todas partes. Los sonidos regresaron y escuchó el barullo de la gente, soldados corriendo de un lado a otro con armaduras sucias y manchadas de sangre sobre un campo de tierra rodeado por altos riscos.

«¿Qué pasó?».

Maisse trató de comprender si era un sueño o una ilusión que Doncella le estaba mostrando. Uno o lo otro era demasiado real. Podía sentirlo todo, la pesadez en el ambiente, su cuerpo mojado, la sensación de que algo malo estaba sucediendo. Tenía que saber dónde se encontraba y, más importante, en qué situación se encontraba. Comenzó a caminar. Desde lo alto de los

riscos se veían flechas ardiendo dirigirse más allá de dónde alcanzaba la vista y grupos de soldados, con espadas en mano, correr en dirección contraria.

—¡Oye, tú! —un soldado, con la mitad de rostro vendado, se le acercó y la tomó del brazo—. ¿Qué mierda haces que no estas asistiendo a los heridos?

Maisse se zafó del agarre. El hombre entrecerró el ojo que no estaba vendado.

—Tú no viniste con los sacerdotes —le dijo—. Jodida vida, este no es lugar para andar deam…

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Maisse, con seriedad.

El soldado dejó escapar un bufido.

—¿Te golpeaste la cabeza o algo? Estamos luchando contra los gigantes. Lárgate de aquí si no quieres morir.

—¿Qué? —murmuró incrédula.

«¿Los gigantes?».

Miró a su alrededor. Se encontraba entonces en el Paso. No, no parecía ser el Paso, estaba en otro lugar, pero la batalla había comenzado.

«¿Acaso Doncella me envió directamente?»

—Vete de aquí, mujer —le increpó el soldado.

—Espera —repuso—. Yo soy Maisse Blondegold, elegida por…

—¿Blondegold? —el soldado pareció desconcertado y centró su atención en lo alto de uno de los riscos donde un hombre agitaba una antorcha—. Maldita sea, ya vienen esos hijos de puta.

—¿Quiénes vienen? —preguntó Maisse y seguidamente agregó—. Los gigantes.

—No, Damballas —sacó su espada—. Mujer, si quieres vivir aléjate de aquí.

El soldado comenzó a correr y Maisse corrió tras de él.

—¡Es que estas sorda o eres idiota! —exclamó—. ¡Sabes lo que te hará una de esas bestias!

«Realmente no sabe quién soy».

—Dame una espada —repuso viéndole a los ojos.

El soldado sonrió.

—Está bien. Si quieres morir al menos intenta cárgarte a uno.

El soldado se acercó a un hombre moribundo.

—Compañero —tomó su espada—, mataré a varios de esos engendros por ti.

El moribundo escupió sangre y sonrió.

Le entregó la espada y corrieron hacía donde se reunían las tropas. Maisse trató de ver, por sobre las cabezas, qué estaba sucediendo más adelante.

—Ven conmigo —dijo el soldado.

Junto a un grupo de hombres subieron por unas rocas. Las tropas estaban ubicadas en el antiguo curso de un río y fue fácil deducir cuál sería la estrategia. Al subir hasta lo alto de las rocas más grandes sintió que el estómago se le revolvía. Los Damballas se contaba por cientos, tantos que parecían multiplicarse a su paso. Corrían sobre sus extremidades, con humo negro saliendo de la boca.

—¿Te arrepientes? —preguntó el soldado.

Maisse se aferró a la espada.

—Acabemos con ellos.

Se escuchó el grito de guerra y los hombres del centro se abalanzaron a su encuentro. El choque fue inminente y pronto hubo miembros cercenados volando por los aires.

—¡VAMOS!

Los hombres sobre las rocas gritaron enfurecidos y se lanzaron sobre las bestias. Maisse saltó

sobre un Damballa con la intención de clavarle la espada en medio de los ojos, pero la bestia se hizo a un lado. Maisse se apresuró a ponerse en guardia. Trató de moverse, pero chocó contra otro soldado y tropezó con el cuerpo de una de las bestias. El Damballa buscó clavarle las garras, Maisse rodó hacia un lado y se incorporó. Otra bestia tomó de las piernas uno de los cadáveres y le hizo girar a su alrededor, golpeándola en el hombro con su cabeza. Aturdida trató de incorporarse, pero antes de que pudiera hacerlo otra bestia la pateó en el estómago arrojándola contra un grupo de cadáveres que amortiguaron la caída. El dolor fue casi insoportable, escupió una buena porción de sangre y se percató de que no tenía la espada en la mano. Un soldado tropezó con ella y otro la empujó a un lado. Una cabeza decapitada, arrojada con vehemencia, fue a golpearle directamente en la frente. La sangre que brotó de la herida le dificultó la vista. Se limpió lo mejor que pudo y al levantarse se sintió mareada.

«Mierda».

Tomó una de las espadas que estaban en el suelo y se puso en guardia. Una roca cayó tras de ella obligándola a saltar hacía delante y rodando unos metros hasta detenerse delante de un Damballa que luchaba con un soldado. Maisse trató de cortarle el brazo, pero la bestia se percató de su presencia, clavó sus garras en el pecho del soldado y lo lanzó contra ella. Otra vez estaba en el suelo, con el cuerpo sin vida del hombre dificultando el levantarse. De pronto otro soldado tropezó con ellos y un Damballa aprovechó para desgarrarle la espalda. Maisse tenía dos hombres encima. Trató de hacerlos a un lado, pero vio como la mitad de un cuerpo surcaba el cielo y caía sobre los cadáveres sobre ella, presionándole el pecho y obligándole a soltar un lastimero quejido. Otro Damballa la vio y ella lo vio a los ojos. La bestia estaba por clavarle las garras en medio rostro sin que pudiera hacer nada.

Pero la cabeza de la bestia rodó a un lado y el cuerpo del Damballa se sumó a los cadáveres. Inmovilizada, tuvo que soportar el calor que desprendía la bestia, mientras se asfixiaba con el humo que emanaba de la herida.

«Voy a morir»

Y escuchó un estruendo y vio, a lo lejos, una intensa luz brillar. No pudo ver la fuente de la luz, pero si notó que salían rayos de ella. Y sintió como la presión en su pecho se aliviaba cuando el cuerpo del Damballa fue levantado y arrojado, por los cielos, por unas cadenas de un acero brillante. Las cadenas estaban enroscadas en los brazos de una joven que apareció de repente.

—Había alguien abajo —comentó, mirándola sobre el hombro y sonrió—. ¿Qué hacías?, ¿tomar una siesta?

Tenía los cabellos negros, corto hasta los hombros, un rostro delicado y unos ojos color rojo sangre. Portaba cota de mallas negro debajo de una capa del mismo color. Maisse supo que estaba ante la presencia de alguien increíble.

Las cadenas se movieron como si tuvieran vida propia, incrustándose en los cadáveres y haciéndolos a un lado.

—Sal de ahí —dijo tomándola de la mano.

Maisse se puso de pie y fue incapaz de hablar. Se limitó a verla, con la boca abierta. La joven palmó su hombro y asintió. Luego se dio vuelta y exclamó.

—¡Oye, Eva!, ¡déjame unos cuantos!

La luz que vio emanaba de una joven cuyos blancos cabellos le llegaban hasta la cintura. No lucía más armadura que un peto que parecía brillar con luz propia. A su vez, de la espada que portaba se desprendían rayos que golpeaban a las bestias.

Maisse la vio moverse con una velocidad increíble, acabando con los Damballas con una facilidad sorprendente. La joven de las cadenas hizo lo mismo. Las cadenas se incrustaban una y

otra vez en los Damballas, desmembrándolos a fuerza bruta y arrojándolos por todos lados.

—Aun estas con vida —escuchó. El soldado del rostro vendado se paró a su lado.

—Ellas son… —balbuceó.

—Sí, son Evangeline y Naril. Fue una suerte que llegaran.

Nunca unas palabras la remecieron tanto. Nunca la visión de algo la sobrecogió de esa manera.

—Evangeline y Naril…

Cayó de rodillas y su cuerpo comenzó a temblar. Apretó los puños y cerró los ojos.

—Oye —escuchó al soldado.

—¿Esto es lo que querías mostrarme?

Sintió sus rodillas sumergirse en el agua y los peces mordisquearles los pies. Al levantar la mirada la pregunta estaba allí tallada en Doncella. “¿Quién eres?”.

Maisse se puso de pie.

—Comparada a Evangeline no soy nadie.

Y vio como la pregunta tallada en la roca cambió a otra pregunta. “¿Qué deseas?”. Maisse subió el altar y posó la mano sobre Luz del Mundo.

—Ser más fuerte…

*

«Mierda, espero a que saliera del bosque para luchar en terreno abierto».

El Vanomet se inclinó hacia delante y se abalanzó contra ella. Maisse esquivó el golpe y corrió para ganar distancia.

«Es rápido, demasiado rápido».

Las espadas chocaron. El Vanomet se inclinó y trató de hacerle un corte en las piernas. Maisse se percató de la intención y saltó hacia atrás. Nuevamente se echó a correr con el hombre a sus espaldas.

«Solo una oportunidad».

Rodo hacia delante, sacó el cuchillo de la bota y aguantó el embate, espada contra espada. Aprovechó para hundirle el cuchillo en el cuello. El Vanomet se hizo para atrás ahogándose con su propia sangre. Maisse intentó rematarle con un corte en el pecho, pero el Vanomet volvió a levantar su espada, cambiando de mano, y detuvo su ataque. Y con la mano libre le dio un puñetazo en el rostro.

La sensación que tuvo fue que le ardía la mejilla. Era el veneno actuando en su piel.

—Se acabó el juego —dijo el Vanomet a pesar de la herida en el cuello. Se sacó el cuchillo y lo arrojó a un lado.

Maisse estaba de espaldas contra el suelo, aturdida por el golpe y paralizada por el veneno que comenzó a actuar de inmediato en su cuerpo.

«Voy a morir… Luz del Mundo…Evangeline no lo permitas… No quiero morir…».

El Vanomet se paró frente a ella y la miró como quien mira a un perro moribundo, salvo que lo estaba disfrutando.

«No puedo morir. ¡No puedo morir!».

De pronto el peto comenzó a brillar. El hombre se cubrió los ojos por la intensa luz y retrocedió unos pasos. Rayos comenzaron a salir de la hoja de la espada, envolviéndola, haciendo que el mundo se volviera de un intenso blanco…

Maisse cayó de rodillas. Estaba encima del risco con su caballo donde lo dejó. Los rayos

asustaron al animal que trató de escapar de las riendas atadas al árbol. Podía moverse, no sentía dolor ni malestar alguno. Palpó el Peto Sagrado. Miró hacia el campo distinguiendo a lo lejos la silueta del Vanomet, este parecía observar en su dirección, de pie, con la espada en la mano rodeada por ese halo jade. Estaba lo suficientemente lejos como para que no la alcanzara en corto tiempo.

Maisse todavía tenía la sensación del golpe en el rostro y se preguntó si verdaderamente el veneno no le estaba carcomiendo la piel. Levantó la espada y vio su reflejó en la hoja; en su mejilla izquierda encontró una herida en forma de “x” y notó además que tenía un mechón blanco en los cabellos.

Anneke 03

Después de caminar por varios días vieron a Fortuna en el horizonte. La última ciudad del continente y hogar de Finna Flore, elegida hace trescientos años. Como ciudad era más pequeña que Carmina, la capital, pero lo que le faltaba en tamaño lo compensaba con majestuosidad. Su castillo principal, Última Frontera era reconocido como uno de los castillos más bellos de todos los existentes, con sus altas torres blancas, sus puertas doradas y la forma que brillaba el hielo de la superficie al sol. A su vez, no se encontraba un solo barrio que podría catalogarse como pobre. Todo gracias a los yacimientos de oro al noroeste.

—Al fin —suspiró Nile, aliviada—. Descansemos unos días.

—Sí —masculló Anneke, visiblemente desanimada.

—Todavía estás pensando en lo que viste, ¿verdad?

Anneke miró hacia el horizonte a sus espaldas. El mundo blanco y aparentemente estéril. La visión de Madre…

—Siento que debimos ir a ver ese muro…

Nile se paró delante de ella.

—Te lo dije, Madre te mostró una ilusión. Ese muro no existe y aun si existiese adentrarnos más al sur hubiese significado nuestra muerte. Como elegida tienes resistencia al frio y a mí Huevo de Dragón me brinda cierta protección, pero como cualquiera necesitamos alimentarnos. No hubiésemos encontrado animales que cazar ni vegetación alguna, solo hielo y nieve. Apenas si hemos probado alimento. No sé tú, pero muero por un buen baño y un plato caliente.

—Aun así —trató de explicar.

—¡Debes aceptarlo! —exclamó Nile y enseguida buscó tranquilizarse—. Estábamos en la frontera del no retorno. Más allá nos esperaba el hogar de bestias mágicas que, posiblemente, no han visto a seres humanos en cientos de años. Sin fuerzas no hubiésemos podido combatir —Nile se sacó el colgante del cuello y se la enseñó. Huevo de Dragón era un diamante azul en el extremo de una cadenilla de oro que, sin importar cuantas veces la veía, terminaba sobrecogida por su belleza—. Conseguimos a Nieve Eterna y Huevo de Dragón. Conseguimos nuestros objetivos. A partir de aquí solo debes pensar en ser la elegida por Ruletx que utilizó el don de hielo para acabar con los gigantes. Rayzer Greysum está muerto y no importa si el infeliz de Leo Parta consiguió el don de la tierra, no se comparará contigo.

—Ni siquiera he pensado en eso —respondió Anneke—. Pero es cierto —posó las yemas de los dedos sobre la hombrera izquierda—. Mi deber como elegida es luchar contra los gigantes.

—Bien —Nile señaló hacia la ciudad—. Vamos por ese baño y ese plato caliente.

*

Tal vez por ser la primera vez que estaba en La Ciudad de los Héroes o la primera vez que estaba en una gran ciudad, fuera de Pilartica, pero tuvo deseos de caminar un poco. Por la tarde se dio fin a la fastidiosa presentación; un molesto acto, aunque necesario, para recibir la venia de los dioses. Escondió su rostro bajo una capucha; quería caminar un poco, sí, pero no hablar con quienes la reconocieran.

En las calles, bajo la excusa de la presentación de los elegidos, se bebía en las tabernas y

fornicaba en los callejones, o viceversa. Caminó por un rato y el bullicio terminó por agotarla. Decidió regresar a sus aposentos. Vio un largo callejón, apenas iluminado por algunas lámparas que podría servir de atajo. En otras circunstancias no sería buena idea tomar un callejón oscuro donde podrían intentar asaltarla o incluso violarla, pero era la elegida, estaba por sobre todo eso.

Tomó el callejón y, a la mitad, notó que alguien la estaba siguiendo. Se dio vuelta, con la espada en mano.

—Muéstrate —solicitó.

Si se trataba de un ladrón, se equivocó completamente con ella y se lo dejaría en claro.

—Anneke Rohde —dijo ese alguien. Y ante su sorpresa no era otro que el elegido por Enka dejándose ver de entre las sombras—, no pretendía asustarte.

Leo Parta era un hombre alto, de rostro marcadamente hermoso, ojos color sangre y la característica piel oscura de los nacidos en Madre Korana. Seguramente la reconoció a pesar de la capucha. No fue una sorpresa. Estaba al tanto que aquel sujeto, miembro de Velo Negro, clan de antiguos asesinos, era muy bueno para el acecho.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con la espada en la mano.

El elegido levantó las manos en señal de que no portaba arma alguna.

—Tenía curiosidad por saber si buscarás obtener el don del hielo —respondió con una honestidad que la tomó por sorpresa.

Hablar del don del hielo, así como así…

—Eso no te incumbe —respondió Anneke, con el ceño fruncido.

—De cierta forma sí —le aseguró él—. De todos los elegidos, somos tres los que podemos hacer uso de dones particulares. El don del hielo, el don de la tierra y el don del fuego. Tú, yo y Rayzer. Pero con la muerte de Rayzer solo quedamos tú y yo —el elegido por Enka se sentó sobre una vieja carreta volcada contra la pared—. Ahora, en tu caso, conseguir el don del hielo no es sencillo ni lo fue para ninguna de las elegidas. Es imposible obtenerlo directamente. Debes arriesgar el conseguir el arma sagrada. Una dura decisión.

«Maldito».

A la elegida le molestó que supiera tanto, pero no era una sorpresa. Los Velo Negro eran reconocidos a su vez por la red de información del que se jactaban poseer y conocimientos que inculcaban aprender a sus miembros.

Pero que le encarase todo ello…

—Preocúpate por ti —le espetó y se recriminó así misma el no saber cómo era en el caso de los elegidos por Enka en lo que se refiere a conseguir el don de la tierra.

—Por supuesto —aseguró el hombre—, pero en comparación, los elegidos por Enka podemos acceder al don de la tierra sin arriesgar el obtener el arma sagrada. Es por eso que me preguntaba qué es lo que tenías pensado. Casi siempre, junto con los elegidos por Volcano, hemos hecho uso de los dones. En el caso de ustedes…

Anneke guardó la espada. Supuso que solo intentaba molestarla y no iba a caer en su juego.

—Te lo dije, eso no es de tu incumbencia —le respondió y se dispuso a marcharse—. Si no tienes más que decir…

—Harás que la niña te ayude, ¿verdad? —ante ello tuvo que volverse y contemplar esos ojos color sangre. Leo Parta continuó—. Me preguntaba por qué elegirías a una niña como compañera. Por más hábil que sea no deja de ser una niña. Entonces lo tuve claro —se aclaró la garganta y miró hacia arriba—. Pequeña, porque no bajas y nos acompañas.

Nile saltó desde el tejado hacia la pared de enfrente y, apoyándose en la misma, saltó rápidamente a la otra pared para caer delante del elegido por Enka.

—Mi nombre es Nile de Pilartica —le dijo Nile, irguiéndose—. Si vuelves a decirme “pequeña” te arrancare la lengua.

—Discúlpame Nile de Pilartica —dijo Leo Parta con expresión divertida—. No quiero que me arranques la lengua —seguidamente tomó aire y retuvo el aliento por un momento—. Nile de Pilartica… eres alguien interesante.

Nile miró de reojo hacia el final del callejón a sus espaldas.

—¡Oye, ¿puedes salir?! —levantó la voz.

Anneke se dio vuelta y del fondo del callejón, un hombre, tan alto como Leo, pero de cuerpo más fornido, salió de entre las sombras. Cuando lo vio se reprochó no haberse percatado de su presencia. Era lógico, como elegido no andaría solo.

—Señor —dijo el sujeto.

—Está bien, Maro, solo estamos conversando.

—Se acabó la conversación —aclaró Anneke—. Nile, vámonos.

Cuando se dio vuelta, el hombre al que llamó Maro se interpuso, mostrándose como una muralla en medio del callejón. Nile se apresuró a pararse delante de Anneke.

—Por favor, tranquilicémonos —aseveró Leo—. Es que me gustaría hacer una pregunta. Puedes no responder. No me ofenderé.

«Este tipo».

Anneke puso la mano sobre el hombro de su compañera para indicarle que estaba bien. Seguidamente miró a aquel sujeto.

—Haz tu pregunta.

El elegido por Enka caminó hacia ella.

—¿Fuiste tú quién tomó la vida de Rayzer?

*

—¡¿Qué?! —preguntó Nile con incredulidad.

—Lo que escuchaste —respondió Miro Gahge, visiblemente incomodo de tener que responderle a una niña—. La Barrera abrió hace ya casí un mes.

Miro Gahge era el primer capitán de las fuerzas conjuntas de la ciudad, era un hombre entrado en años, con una barba rojiza con algunas canas, un rostro golpeado por los años y un cuerpo visiblemente preparado para el combate. Fue el encargado de recibirlas y llevarlas al castillo ante el efusivo saludo de la gente. Para ello les entregó dos hermosos corceles, lo que fue un alivio para sus cansados pies.

—¿Qué se sabe de los gigantes? —preguntó Anneke.

—Todavía no han cruzado —respondió el capitán—, pero la gente de pueblos y ciudades cercanas a la costa oeste han comenzado a movilizarse.

—La Barrera Azul abrió antes de lo esperado —Nile dijo lo obvio—. Tendremos que partir de inmediato.

—En vista de lo ocurrido nuestra señora Rava encargó preparar todo lo necesario para el viaje. Los soldados están listos para partir y se envió mensajes a Carmina para que dirigiesen el conjunto de tropas hacia Foca Rey. Allí estarán esperando los barcos.

Rava Flohre era la señora de Fortuna y fue candidata a ser elegida por Ruletx. Durante la elección, Anneke no tuvo la intención de hablar con ella. Lo poco que sabía era que era una mujer orgullosa, de carácter serio, muy apegada a las tradiciones y de modales refinados, como eran conocidos los Flohre.

—¿Dónde está? —preguntó.

—La espera en el castillo —respondió el capitán.

A medida que avanzaban, Anneke pudo ver con sus propios ojos lo que se decía de la ciudad. Las casas eran de un yeso blanco y pulcro, casi todas de más de dos pisos, las calles eran ordenadas y limpias, tanto o mejor que las mejores calles de La Ciudad de los Héroes. Era la primera vez que estaba en Fortuna y era incapaz de ocultar su admiración, así como la gente no era capaz de ocultar su sorpresa al ver a una niña cabalgar a su lado.

—¿Ella es su acompañante? —escuchó a alguien preguntar.

Esa misma pregunta se reflejó en la expresión del capitán y en los soldados que las recibieron en las puertas. Se preguntó si Rava pondría la misma cara o tendría más tino al ser tan orgullosa.

Llegaron a las puertas de Última Frontera, hogar de la familia Flohre por generaciones. El castillo tenía dos torres delanteras de piedra blanca terminados en puntas de lanza de oro y tres torres posteriores más altas e imponentes. El arco mismo sobre las puertas estaba adornado con ornamentos de oro.

—Ostentoso —comentó Nile.

—Una muestra de nuestra prosperidad —afirmó el capitán, viéndola por sobre el hombro.

Bajaron de los caballos y las puertas se abrieron para ellas. Dentro, de pie en la entrada, estaba una mujer alta, de cabellos rubios y ojos negros, esperando con una expresión de satisfacción.

—Bienvenidas —saludó.

—Mi señora —dijo el capitán, acompañándolo con una reverencia.

—Rava Flohre —comentó Anneke e hizo un leve gesto con la cabeza.

—Mis felicitaciones por obtener a Nieve Eterna —dijo con efusividad y se acercó para ver mejor las hombreras—. ¡Son magníficas!

Y fue extraño, pensó que actuaría con más soberbia, pero estaba relajada, incluso sincera en sus expresiones.

—Rava, fue un largo viaje. Por qué no eres buena y nos muestras nuestras habitaciones —intervino Nile.

—¡Cómo te atreves a hablarle con esa confianza! —rabió el capitán—. ¡Mocosa insolente!

Nile le miró de reojo.

—Esta mocosa va a patearte el culo si le haces perder la paciencia.

El capitán se llevó la mano a la espada, pero se detuvo cuando la señora de Fortuna comenzó a reír con desmesura.

—¡Qué divertida eres! —dijo en cuanto alcanzó a calmarse.

Pareció que Nile iba a responderle cuando Anneke se vio obligada a intervenir.

—Mi señora, ella es mi compañera, Nile, y lo que quiso decir es que, con la noticia de que la Barrera abrió antes de lo previsto, estamos obligadas a partir de inmediato.

—Por supuesto, por supuesto mi estimada Anneke —aseguró Rava Flohre—. Pero esperaba una oportunidad para que pudiéramos tener una agradable conversación. Mi gente les acompañará a sus aposentos; descansen todo lo que quieran que en cuanto lo soliciten tendrán todo listo para partir. Eso sí, por favor, antes considere regalarme un poco de su tiempo.

—Está bien —aceptó Anneke.

Rava dispuso que unas sirvientas las guiasen a sus habitaciones, mientras que ella se despidió con amable gesto. Sin más, recorrieron los pasillos del castillo, subiendo escaleras que le recordó a las que encontró dentro de Sueño Invernal. Algunos sirvientes estaban encendiendo las lámparas de aceite ante la noche próxima y soldados armados con grandes espadas custodiaban

las intersecciones. La sirvienta que guiaba al grupo se detuvo en una de las intersecciones y explicó que la habitación de Anneke estaba a la derecha y el de Nile a la izquierda.

—¿Qué? —se extrañó Nile—. Están equivocadas. Dormiré en la misma habitación que la elegida.

—Nile —dijo Anneke esperando que comprendiera.

—Dormiremos en la misma habitación. Eso no se discute —aseguró ella con firmeza.

Anneke no pudo más que dar su brazo a torcer. Miró a la sirvienta y asintió. La mujer las guio entonces hacia una puerta de gran tamaño que abrió haciendo uso de una llave de cobre, acorde a la descomunal cerradura. Al entrar encontraron una habitación amplia y bien iluminada, con una gran ventana y una cama donde tranquilamente podrían acomodarse las dos.

—Mi señora, preparamos los cuartos de baño para ustedes —explicó la sirvienta.

—Está bien —dijo Anneke incapaz de ocultar su asombro por la habitación.

—Avísenos si desea algo. Estamos para servirle —agregó la sirvienta antes de cerrar la puerta y dejarlas solas.

Nile se arrojó, boca abajo, sobre la cama.

—Es un buen cambio —dijo con el rostro hundido entre las sabanas.

Anneke sacó la espada y la colocó sobre una mesa, así mismo se quitó los guantes, los brazaletes y por último Nieve Eterna. Acercó una silla a la ventana y se sentó a contemplar la ciudad.

—¿Qué piensas? —preguntó.

Nile se volvió para acostarse boca arriba.

—Nos quedaremos hasta pasado mañana. No hay razón para quedarnos más tiempo.

—Pienso lo mismo —aseveró Anneke—. Nos tomará por lo menos dos semanas llegar hasta Foca Rey.

—Sí, nos espera todavía un largo viaje —Nile se irguió sobre la cama—. ¿Te preocupa que los gigantes crucen el mar, no es así? No le des vueltas al asunto. En estos momentos otros elegidos estarán dirigiéndose al Paso. Al menos la elegida por Evangeline debe estar en camino y si no, el de Bravo o el de Tu —volvió a acostarse—. No te preocupes, te aseguro que quedarán gigantes que matar.

«No es eso lo que me preocupa».

Contempló la ciudad por largo rato y en silencio aprovechando que Nile parecía dormitar sobre la cama. Las calles estaban atestadas de gente, de un lado a otro en los preparativos para celebrar el regreso y suerte en la partida de la elegida. Era parte de las tradiciones y negarse a participar se consideraba una ofensa, como si los dioses fueran quisquillosos con tales banalidades. Despertó a su compañera y le dijo que iría a darse un baño. Nile asintió y se preparó para acompañarla.

Los cuartos de baño estaban en la planta baja. Ni Anneke ni Nile dejaron a Nieve Eterna ni a Huevo de Dragón en la habitación. Las envolvieron en unas sábanas y las mantuvieron todo el tiempo a la vista. Anneke encontró el baño reconfortante mientras que Nile nadaba divertida de un lado a otro. Pocas veces la vio comportarse como una niña y disfrutó del momento.

Después del baño encontraron mudas de ropa limpia. Se vistieron y bajaron al salón para ser parte del banquete y de la fiesta en su honor. En el salón esperaban los capitanes de la ciudad, señores de las ciudades cercanas y sus respectivos acompañantes. Rava Flohre esperaba en la mesa. Anneke se sentó a su lado y Nile al lado de ella haciendo caso omiso de las indicaciones para que fuera a sentarse en la mesa de acompañantes.

Los poetas contaron viejas historias mientras se servía alce de las montañas, cerdo de las

nieves y liebre del sur. Las historias narraban las hazañas de Ruletx y cómo combatió a una veintena de gigantes, congelándolos de pies a cabeza. Contaron las hazañas de Finna Flohre, la única Flohre elegida por Ruletx hasta la fecha y como, sin conseguir el don del hielo, pudo dominar el arte de los vientos helados. Rava celebró cada historia, rebozando en despreocupada actitud. Nuevamente era un contraste de lo que sabía de ella y de lo que estaba presenciando. Sí, en la elección no habló con ella, pero recordó que la vio y su rostro orgulloso y soberbio solo rivalizó con el de la maldita de Adagia Ivaniuff, heredera a ser Señora de Carmina y que fuera firme candidata, por historia y renombre.

Después de los poetas, los músicos tocaron para el deleite de los participantes. Al igual que en las calles, bebieron y celebraron como si todo estuviese bien en el mundo. Al rato, creyendo que cumplió con participar, Anneke le comentó a la Señora de Fortuna que estaba cansada e iría a descansar.

—Comprendo, mi estimada Anneke —respondió la Señora de Fortuna—. Tuvieron un largo viaje, pero por favor, podríamos hablar un momento.

Anneke consideró pedirle si podrían dejarlo para el día siguiente.

—Mi señora…

—Le prometo que no tomará mucho tiempo —agregó la mujer y se inclinó para cruzar miradas con Nile—. Eso sí, me gustaría que habláramos solo las dos, si a nuestra amiga no le importa.

—A la amiga si le importa —respondió Nile con una seria expresión en contraste a la expresión relajada de Rava.

—Nile —le dijo Anneke y giró hacia la mujer—. Está bien, mi señora.

—Oye —reclamó Nile.

—Estaré bien —le aseguró.

Su joven acompañante tomó aire y exhaló de forma exagerada.

—Como ordenes, e-le-gi-da.

Se levantó de la mesa y se retiró del salón.

—Espero no haberle causado problemas —comentó Rava Flohre.

—No, no hay problema.

—Bien, vamos entonces…

Rava la guio hasta uno de los patios del castillo ordenando que nadie más las acompañase. El patio era una suerte de laberinto de yeso con grabados ornamentales. Estaba bien iluminado por antorchas que debía ser una pesada labor, sino tediosa, tener que encenderlas cada noche. Caminó detrás de ella, escuchándola tararear una de las canciones de la fiesta, precisamente la que alababan las acciones de Ruletx. Le pareció casi insoportable su tarareo y ese aire despreocupado y de relajo que mostraba. Comenzó a pensar que a lo mejor Rava Flohre se volvió una idiota más, de los tantos idiotas en el continente.

Llegaron hasta una fuente de aguas cristalinas, en el centro estaba la escultura de una mujer con un cántaro de bronce. Y por detrás de la fuente tres esculturas de piedra representados a dragones de hielo, desde el más pequeño hasta el más grande.

—Me gusta la tranquilidad que transmite esta fuente —comentó la señora de Fortuna.

—Seguramente así es —respondió Anneke sin mucho ánimo, pero no pudo evitar prestar atención a uno de las esculturas. El dragón que allí estaba era más grande que el resto.

—Ese es Elykyeff —comentó Rava—. Es el mayor dragón del que se tenga memoria.

—Ya veo —volvió a responder con desgano.

Rava se subió al borde de la fuente y se giró hacia ella.

—¿Puedo llamarte Ann? —preguntó de la nada.

«Pero, ¿qué le pasa a esta mujer?».

—Mi señora…

—Tú puedes llamarme Rava, sin agregar adornos —contempló las estatuas de los dragones—. Sabes Ann, ¿no sería fascinante que aún existiesen? Verlos en el cielo, majestuosos e impresionantes, causando terror a los enemigos de Pilartica. Ver a las elegidas sobre su lomo y que combatieran a los gigantes. Es una lástima que se extinguieran.

—Mi señora —le interrumpió a punto de perder la paciencia.

—Por favor, llámame Rava.

Hizo un nuevo esfuerzo.

—Rava, estoy segura que no me trajiste hasta aquí para hablar de dragones.

Rava se sentó al borde de la fuente, juntó las manos y dijo con cierto aire de inocencia.

—No, no, por supuesto que no. Me gustaría hablar sobre la vida.

Anneke se tomó la frente y buscó mantener las maneras. Se pasó la mano por los cabellos y tomó aire.

—Estoy cansada, hablaremos mañana, sí.

Dio media vuelta y dejó a la señora de Fortuna. Pero tuvo que detenerse cuando la escuchó decir…

—La vida que despertaron tras el muro.

Anneke se volvió hacia ella, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué acabas de decir?

La mujer cruzó las piernas. De pronto su expresión era otra, como si se estuviera divirtiendo a costa de ella.

—Sé que mataron al guardián de la tumba de Ruletx. Sé que fue tu joven amiga quien obtuvo el Huevo de Dragón y sé que Madre te mostró el muro.

—¿Cómo puedes saber todo eso? —preguntó sin salir de su asombro.

—Lo vi todo.

«¿Lo vio todo?».

El viento sopló mesiendo sus cabellos…

«No había manera de que ella estuviese enterada, a menos que...».

Bastó ese pensamiento para sacar su espada y ponerse en guardia.

—¡¿Qué eres?!

Rava ladeó la cabeza sin verse para nada temerosa, al contrario, manteniendo una maldita expresión divertida.

—Esa es una pregunta muy ruda de tu parte —comentó—. No soy una bestia mágica, si eso es lo que estás pensando.

Anneke estaba segura que si era necesario tendría que cortarle la cabeza, pero antes necesitaba respuestas.

—¡No eres Rava Flohre! ¡Usurpaste su apariencia! ¡¿Quién eres?!

La mujer sumergió la punta de los dedos en la fuente y al levantarlas dejó que las aguas se deslizaran por los mismos.

—Sabes quién soy —aseguró, viéndose los dedos—, antes de ir por el arma fuiste a verme, buscabas mi consejo, pero encontraste un cuerpo marchito —cerró el puño y le miró.

Y, nuevamente, Anneke no pudo ocultar su asombro.

—Baba Yekai —murmuró.

—Cuatro días —continuó ella—, en cuatro días conocerán la vida que despertaron tras el

muro… y la muerte que traen consigo.

*

Mas la pregunta no fue para ella. La atención del elegido por Enka estaba sobre su compañera.

—No, no tomé la vida de ningún elegido… todavía —respondió Nile, concentrada en sus ojos. Y agregó—. ¿Qué me dices tú?

—Tampoco —respondió Leo Parta y se levantó de aquella vieja carreta para caminar hacía Nile. Y cuando lo hizo, pareció que las sombras envolvieran su rostro y sus ojos cobraran un escalofriante brillo.

—Me gustaría poner a pruebas tus habilidades, Nile de Pilartica —Anneke no pudo ignorar la sed de sangre que desprendía aquel miembro del clan de asesinos. Se olvidó del otro sujeto y prestó completa atención al elegido—. He conocido chicos con dones para la batalla, pero nunca una tan joven —se inclinó hacia ella con los ojos muy abiertos, como una serpiente que se acerca a su presa—. Tu sangre tiene un aroma muy especial…

Nile tenía la mano en la espada, expectante, con los ojos fijos en él, sin parpadear.

—¿Estás seguro que quieres hacer esto? —le preguntó.

Anneke se preparó para intervenir, pero estaba el otro tipo así que necesitaría actuar rápido. Primero cortarle el cuello y luego…

—¡Es una broma! —exclamó Leo Parta, acompañándolo con una sonrisa y toda esa aura asesina desapareció—. De ninguna manera haría algo tan irresponsable —agregó un gesto con la cabeza—. Gracias por su tiempo.

Anneke miró por sobre su hombro y notó que Maro se hizo a un lado. Aun con ello, dudo en darle o no la espalda. Por su lado Nile parecía examinar al elegido.

—Vámonos —dijo ella, como convencida de que no haría nada.

Se dio la vuelta, y se dirigió al final del callejón, sin prestar más atención a ninguno de los dos. Anneke no pudo más que seguirla, aunque manteniéndose alerta ante cualquier movimiento.

—¡Hasta que nos volvamos a ver! —dijo Leo, pero ninguna se dio la vuelta.

Se alejaron del callejón para unirse a la gente. Cuando lo hicieron, Anneke pudo respirar tranquila, mientras que Nile pareció meditar en lo que sucedió.

Y se preguntó si esa última frase estuvo dirigida a ella o a su compañera.

—Anneke —dijo como si saliera del trance—. Quisiera visitar el lugar donde mataron a Rayzer.

«¿En eso estaba pensando?».

—No dejes que lo que dijo Parta te moleste —le respondió.

—No es eso, solo es curiosidad —miró hacia la derecha—. Creo que era por acá.

—Nile —le detuvo—, no tiene nada que ver con nosotras.

Nile se frotó la cabeza como si algo le molestase entre los cabellos.

—Lo sé, lo sé, pero hay algo que me gustaría comprobar.

Anneke sabía si le decía que no iría por su cuenta y si se metía en problemas…

—Está bien.

Tuvieron que dirigirse a una de las zonas más pobres de la ciudad. Alegre Melancolía era un nombre demasiado esperanzador para tal visión. En las calles todo tipo de personajes se paseaban, desde ladrones, pasando por prostitutas hasta pordioseros. Todos les miraban como preguntándose quiénes eran y estaba segura que, de no ser por la guardia de la ciudad que

vigilaban en algunas esquinas, hubiesen intentado asaltarles cuando menos.

Solo cuando llegaron a las puertas de aquel viejo prostíbulo, donde unos Dedicados custodiaban la entrada, dejaron ver sus rostros quitándose las capuchas. Lo curioso es que ninguno la reconoció.

—¡Lárgate de aquí, mujer! —bramó uno de ellos.

—Cómo te atreves a hablarle así a la elegida por Ruletx —le recriminó Nile.

El hombre frunció el ceño y miró a su compañero, que parecía igual de incrédulo.

—¡Par de locas! —exclamó este—, la elegida por Rutex no vendría por acá. ¡Ya lárguense!

Pero uno de los Dedicados, mayor que ellos y más cauto, se asomó desde el interior del prostíbulo.

—Esperen —miró a Anneke con cuidado y la reconoció—. ¡Elegida por Ruletx! —hizo una nerviosa reverencia—. Disculpe la ignorancia de estos insensatos. En su defensa no estuvieron presentes durante la presentación.

—No hay problema —aseguró Anneke.

—Queremos ver la habitación donde mataron al elegido por Volcano —explicó Nile.

El hombre le miró con extrañeza.

—Elegida, tenemos órdenes de no dejar pasar a…

Nile dio un rápido paso hacia delante, casi un salto.

—¿Te atreves a negarle una petición a una elegida que va a arriesgar su vida para proteger tu dedicado culo? —le espetó.

—No, por supuesto que no —respondió nervioso y, aunque dudó por un momento, terminó por ordenar que las dejaran pasar.

Las guiaron hacia la habitación y Anneke solicitó que las dejaran solas. Cerraron la puerta tras de sí y contemplaron el lugar. Una gran mancha de sangre en el suelo, una cama sin arreglar al lado de una chimenea y una gran ventana con gruesos barrotes tras las cortinas.

—Comprendo porque tanta conmoción —comentó Nile y señaló los barrotes de la ventana—. Por allí no pudo entrar ni salir nadie —se dirigió a la chimenea y miró en su interior—. Aunque por acá puede pasar un niño —le sonrió a Anneke—, o una niña.

Anneke bufó y consideró que, a juzgar por los detalles, la única forma de salir era por la puerta.

—Debió ser alguien muy hábil para asesinar a Rayzer y marcharse sin que nadie lo viera —comentó.

Nile se sentó sobre la silla que estaba cerca de la mancha de sangre.

—Una habilidad muy especial que seguro esta gente no tiene en cuenta.

Anneke entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

Nile se recostó sobre la silla y entrelazó los dedos por detrás de la cabeza.

—Transformación.

*

Anneke contempló el horizonte desde la ventana de su habitación. Las ruinas del templo estaban en esa dirección.

«Las ruinas de la tumba de la guerrera».

Hasta ese momento no lo había pensado de esa manera. Si dentro de cien años el templo estaría nuevamente en pie, esperando por la próxima elegida después de ella. Aún había cosas

que no comprendía sobre… todo lo relacionado a la *magia permanente*. Aquella magia que alimentaba a las bestias mágicas y a gigantes por igual y que supuestamente era el regalo de los dioses para toda criatura del mundo.

«¿La hechicera también se alimenta de esa magia?».

Cuatro días pasaron desde que habló con quien supuestamente era Baba Yekai en el cuerpo de Rava Flohre. Un sin sentido cada vez que lo meditaba, pero debía comprobarlo. “Baba” le explicó que para el cuarto día comprobaría que decía la verdad y no le dijo más, aunque ella insistió.

En sus palabras: “Ya lo verás, Ann, si tienes la paciencia y la sabiduría para esperar”. Fue así como terminó la reunión, retirándose a sus aposentos. Algo que fue difícil de explicar a Nile y que a regañadientes aceptó.

—Rava me pidió que partiéramos dentro de cinco días —le explicó desde la puerta.

—¿Qué le dijiste? —preguntó su compañera acostada sobre las sabanas.

—Acepté.

—Habíamos quedado partir pasado mañana —recriminó ella meneando la cabeza.

—Lo sé.

Nile se sentó al borde de la cama y le miró de reojo.

—No confío en ella. ¿Te explicó porqué?

—Lo hizo...

—Pero no me lo quieres decir —afirmó entrecerrando los ojos—. Anneke…

Anneke se inclinó hacia ella y la tomó de las manos.

—Lo siento, pero confía en mí —le pidió—. Cinco días, ¿está bien?

Nile volvió a menear la cabeza.

—Si es lo que quieres —y volvió a acostarse.

Cuatro días pasaron y Nile evitó hablar del tema, más por enfado que por respeto. Tampoco vio a Rava. Sus sirvientes explicaron que la señora estaba ocupada preparando todo para el viaje. Miró el horizonte blanco. El sol se ocultaría dentro de poco y el día llegaría a su fin sin que nada ocurriese. Nile estaba en alguna parte de la ciudad, haciendo los dioses saben qué, mientras que ella estaba esperando *algo* que posiblemente fueran los desvaríos de una loca o, al final, un plan elaborado.

«¡Por supuesto!».

No era un secreto que primero se dirigió a buscar a Baba Yekai, eso lo sabían hasta en Carmina. Y el que supiera de la muerte del guardián, que se hicieran con Huevo de Dragón y la visión del muro pudo escucharlo en una de sus conversaciones con Nile. Tenía sentido, completo sentido.

Se sintió como una estúpida por no considerarlo antes. La conversación en la fuente terminó sin que le diese mayores detalles y ese fue su error. Debió hacer más preguntas y no solo aceptar ese maldito enigma. Se levantó de la silla y se dispuso a ir en su búsqueda.

Los aposentos de Rava estaban en la parte superior del castillo. Decidida, pasó al lado de soldados que custodiaban los pasillos e ignoró las preguntas de sirvientes sobre si necesitaba algo. Llegó a las puertas de su habitación donde dos soldados vigilaban a cada lado de la puerta.

—Elegida, en estos momentos nuestra señora está descansando —dijo uno de ellos adelantándose a cualquier solicitud.

Ignoró al soldado y se apresuró a la puerta. Los hombres se pararon delante de ella.

—Por favor, espere que consultemos si puede recibirla —dijo el otro.

—No voy a esperar —le respondió con seriedad y enseguida exclamó—. ¡Rava, quiero hablar

contigo!

—Elegida…

—¡Rava, abre la maldita…!

Pero tuvo que callar cuando escuchó los altisonantes sonidos de cuernos de alarma y reconoció su procedencia, todos los reconocieron. Eran los cuernos de las torres vigías.

Anneke esperó un momento para ver si Rava salía de su habitación. Los cuernos volvieron a sonar y los hombres se pusieron ansiosos.

«¡Mierda!».

No tuvo más remedio que desistir y dirigirse de inmediato a las calles para enterarse qué estaba sucediendo.

«¿Quién se atrevería a atacar la ciudad?».

En las calles la gente corría de un lado a otro, buscando regresar a sus hogares para refugiarse. Vio a los soldados, hacía donde se dirigían, y entendió de qué parte provenían los sonidos. Nile le dio alcance sobre un caballo trayendo otro para ella.

—¿Qué crees que sucede? —le preguntó.

—Ni idea —respondió su compañera—, pero no debe ser nada bueno.

Cabalgaron a toda prisa, cruzando media ciudad hasta llegar a la base del muro sur. Una vez allí con premura subieron las escaleras hasta la cima.

«¡No puede ser!».

Anneke deseó que sus ojos le engañasen.

—Disyrufs —murmuró Nile.

Imposible confundirlos, de piernas y brazos alargados, cuerpos aplanados de piel blanca a medio descomponer, cabezas achatadas con largos colmillos y unos enormes ojos completamente negros… los Disyrufs eran parte de las antiguas leyendas que se contaban en toda Pilartica, pero eran eso, leyendas; seres que, si alguna vez existieron, no se sabía de ellos en cientos de años.

Y eran cinco de ellos, de pie a cierta distancia como para que las flechas no les alcanzasen, completamente inmóviles.

Los hombres, visiblemente nerviosos, a la orden de Miro Gahge tomaron sus armas y se prepararon para atacar. Un batallón se dispuso a las puertas, listos para ir a su encuentro. Anneke consideró unírseles. Como elegida no se iba a quedar de brazos cruzados.

—Espera —le dijo Nile sin quitarle los ojos de encima a las criaturas—, Espera…

Comprendió el qué le intrigaba. Los Disyrufs no parecían tener intenciones de atacar, solo estaban de pie sobre la nieve, como si quisieran asegurarse de que todos los viesen. Miro entendió lo mismo e hizo que todo el mundo guardara silencio. Y el silencio fue total, solo el viento se atrevía a silbar en los oídos.

De pronto el Disyruf que estaba en el centro -y que sobresalía por ser más alto que el resto- estiró la mano con la palma hacia la ciudad y, tras un momento en que todos parecieron contener la respiración, cerró su enorme puño.

Y una enorme “ola” de nieve se elevó, más alta que el muro, y comenzó a avanzar como si tuviera vida propia. Anneke y Nile, junto a los hombres en la cima del muro, se acostaron sobre la piedra helada para no ser arrastrados por la nieve, pero muchos reaccionaron tarde o a pesar de acostarse no pudieron salvarse y cayeron desde lo alto sobre los hombres agolpados en la base.

Muertos y heridos en tan solo un instante, un momento que los dejó sin saber cómo reaccionar. Cubierta de nieve, Anneke se levantó en cuanto pudo y al fijarse, los Disyrufs ya no estaban.

—¿A dónde se fueron? —escuchó preguntar a uno de los soldados.

«No, esa no es la pregunta».

Se volvió para mirar hacia el castillo a la distancia. Miró hacia las ventanas de los aposentos de la Señora de Fortuna y murmuró.

—Sí es Baba…

Nile, le tomó del brazo con los ojos muy abiertos y le preguntó.

—¿Qué acabas de decir?

*

—¿Transformación? —preguntó Anneke.

—¿No escuchaste nada al respecto? —le preguntó Nile.

La elegida lo pensó un momento. No estaba familiarizada con el termino, tampoco recordaba alguna historia relacionada. Es más, casi estaba segura que era la primera vez que escuchaba al respecto.

—Crecí en un pequeño pueblo, ¿lo olvidas? —respondió—. Solo soy una “simple pueblerina” que resultó elegida por Ruletx.

—No discutiré lo de pueblerina —bromeó Nile y Anneke soltó un bufido.

—Entonces…

Nile se inclinó hacia delante con los antebrazos sobre las rodillas.

—Simple —dijo—, la transformación es la habilidad de cambiar de forma. Se sabe que algunas bestias mágicas pueden hacerlo, pero humanos —meneó la cabeza—, al menos no los humanos normales.

«La habilidad para cambiar de forma».

Ciertamente era un concepto nuevo para ella. Y que un humano fuera capaz…

—¿Los inmortales? —preguntó.

—Cabe la posibilidad de que algunos puedan hacerlo, pero los inmortales no son humanos.

Anneke se rascó la sien, jaló una de las sillas apoyadas contra la pared y se sentó.

—Puedes explicar de una vez a qué te refieres —le espetó.

Nile se fijó en la mancha de sangre en el suelo y luego paseó la mirada por la puerta y ventana.

—Hechiceros —comentó.

«¿Hechiceros?».

Anneke frunció el ceño.

—La única hechicera de la que se sabe aún vive es Baba Yekai —afirmó y recordó una discusión que tuvieron días antes—. Por cierto, no cambiaré de opinión, iremos en su búsqueda.

Era el consejo de su abuela y necesitaba hacerle algunas preguntas.

—No, ya tomaste la decisión y no voy a insistir en que es una pérdida de tiempo —aseguró Nile y agregó—. Pero sí, hace cientos de años que no se sabe de ningún hechicero en el continente, salvo en Pilartica. Claro que, para esta gente, ella no es más que un estúpido cuento sureño, algo que inventamos para asustar a los niños.

—Pero… ¿qué razones tendría para venir hasta acá y matar a Rayzer? —le preguntó tratando de comprender—. Considerando lo que se sabe de ella, no tiene sentido.

Nile volvió a entrelazar los dedos por detrás de la cabeza y tomó aire.

—Solo es una posibilidad —comentó y exhaló con la vista en el techo.

Anneke contempló a su compañera tratando de entender su forma de pensar, pero le resultaba difícil. Miró hacia la ventana, cómo las voces de la ciudad alcanzaban ese espacio haciendo que

olvidaran por un momento las cosas que pasaron en el día. Se realizó la presentación, partiría en busca del arma, en busca de Baba, qué importaba quién o qué mató al estúpido elegido por Volcano.

—Ya es tarde, vámonos —le dijo Anneke, incorporándose de la silla.

—Si me preguntas, ya que iremos a verla, no confiaría en ella —comentó Nile, aún con las manos detrás de la cabeza, pero con los ojos cerrados.

—Dijiste que no insistirías —le increpó Anneke.

Nile abrió los ojos y, de un salto, se puso de pie.

—Y no insistiré.

*

—Ella es Baba Yekai —le dijo.

Nile quedó en silencio.

—Eso no puede ser —comentó al fin.

Anneke se dispuso a bajar del muro.

—Te lo explicaré todo después. Ahora necesito hablar con ella.

—¡Espera!

Trató de detenerla, pero Anneke bajó a prisas y montó el primero caballo que encontró. Cabalgó a toda prisa de regreso al castillo, ante la curiosa y preocupada mirada de la gente. Cuando llegó las puertas, Nile no tardó en aparecer entre las calles. Corrió hasta las escaleras que daban hasta las plantas superiores y desde allí, un único objetivo. Encontró a los dos guardias custodiando las puertas, pero esta vez no iba a perder el tiempo. Uno de los guardias trató de detenerla, mas ella lo tomó del cuello y, de pronto, un viento frio envolvió al hombre cubriéndole con una ligera capa de hielo. El hombre cayó tiritando mientras que el otro, atónito ante lo sucedido, se hizo a un lado con las manos en alto.

—¡RAVA! —exclamó.

—Pasa —escuchó y la puerta se abrió, lentamente.

Rava estaba sentada al pie de la ventana, con el codo apoyado sobre el borde y la mejilla descansando sobre los nudillos.

—Pareces alterada —comentó viéndose tranquila.

En ese momento, encontrándola sola en su habitación, poco importó el saber quién abrió la puerta. Caminó hacia ella, con la mirada fija y la decisión de saber qué demonios estaba pasando.

—¿Sabías que los Disyrufs vendrían? —le espetó.

—Te lo dije —respondió ella—, aunque solo fueron mensajeros.

—¿Mensajeros? —se extrañó y encontró en la mujer una condescendiente expresión. Anneke tomó aire, cerró los ojos y buscó tranquilizarse. Cuando se sintió preparada, los abrió y se mostró tranquila—. Está bien, te creo, eres Baba. ¿Cuál es el mensaje?

Baba Yekai, posiblemente la última de las hechiceras sobrevivientes, sonrió.

—Tal vez tu amiga debería pasar en lugar de escuchar tras la puerta —comentó.

Anneke miró sobre su hombro y Nile entró en la habitación.

—Eres Baba Yekai —dijo repasándola con la mirada—. ¿Qué hiciste con la verdadera Rava?

—No me juzgues, Nile —respondió y miró por la ventana—. Vino a mí en busca de sabiduría y yo necesitaba un nuevo cuerpo —regresó la vista a ella—. Fue de mutuo acuerdo.

Se podía notar el despreció en la mirada de su compañera.

—Anneke —dijo y cruzaron miradas. Entrecerró los ojos y meneó la cabeza.

Anneke lo comprendió, comprendió muy bien, pero era necesario.

—Lo siento —murmuró y escondió la mirada. se volvió hacía Baba y nuevamente preguntó.

—¿Cuál es el mensaje?

Y Baba… Rava parafraseó lo que le dijo hace unos días en la fuente.

—Despertaron y traen la muerte consigo —pero agregó—. Tendrán que detenerlos.

—¡Anneke! —exclamó Nile y se acercó para tomarla del brazo—. Tú misión es combatir a los gigantes, no lo olvides.

—No son los gigantes lo que deben preocuparte —intervino Rava.

—¡Ya fue suficiente! —le increpó su compañera.

—Nile —dijo Anneke con voz calma y palpó la hombrera izquierda—. Es cierto, debemos detenerlos, sabes que debemos hacerlo.

—No —Nile meneó la cabeza con los ojos muy abiertos—, cometes un error.

Rava se puso de pie y abrió los brazos.

—No estarán solas…

Robert 03

Desde la protección del bosque vio a Wender matar a las últimas de esas criaturas que quedaban en pie. Su maestro de armas era impresionante. Ni los bandidos que les atacaron pudieron con ellas y él, demostrando toda su habilidad, pudo acabar con las que se le pusieron en frente. Por un momento consideró ayudarle, pero poco o nada podría hacer más que dirigirse a la muerte. Era un chico de trece años, pronto a cumplir los catorce, elegido por un inexplicable capricho de los dioses en conspiración con el héroe. Lo único capaz de hacer fue entender de qué bestias se trataban. Eran Damballas, no le quedó duda, se ajustaban a la descripción.

Y allí estaba, viendo esa escena de muerte, esperando impaciente que terminara mientras la cabaña ardía y su maestro regresaba, cubierto de sangre y tierra, con la elegida por Naril entre los brazos.

—¿Está…? —preguntó temeroso.

—Viva, señor —recalcó Wender.

Robert suspiró aliviado y notó el brazo izquierdo de la joven.

—¿Qué es eso?

Su maestro la subió a uno de los caballos.

—Señor, debemos alejarnos.

Dejó sus interrogantes para después e hizo caso de su maestro. Montaron los caballos y se alejaron una distancia prudencial. Wender puso a la elegida sobre unas hojas y revisó sus heridas. No eran de gravedad, pero necesitaban ser atendidas. Robert prestó atención entonces a lo más llamativo en ella.

—Un brazo de acero —murmuró y miró a su maestro. Este no parecía nada sorprendido—. ¿Lo sabías? —le preguntó.

—Sí, señor, no pretendía ocultárselo —respondió a la par que rociaba un poco de agua sobre la herida en la pierna de la joven.

—Comprendo —aseveró el chico y pasó a revisar el formidable brazo.

«No es posible, no noté en ningún momento que fuera un brazo falso. ¿Cómo es que puede moverlo como si de verdad se tratase de su brazo? No tiene sentido. Este conocimiento no existe. No entiendo nada».

—Señor —dijo Wender, sacándolo de su letargo—, si me permite, no le dé vueltas al asunto. Espere mejor a que despierte para buscar respuestas. Aunque dudo que ella esté dispuesta a darlas. Tendrá que ser paciente.

—Pero, ¿no te intriga?

Wender pasó a vendar las heridas de la joven.

—Señor, he vivido lo suficiente para saber que existen cosas que no se encuentran en los libros.

«Los libros… Lo que se sabe de Naril».

—Las Cadenas del Juicio fueron forjadas a partir de la cola del fénix —comentó Robert, recordando esa parte de la historia y posó la yema de los dedos sobre el brazo—. ¿Y si es también parte del arma sagrada?

*

Oscuridad, todo era oscuridad. No había formas, ni colores, ni olores ni sensaciones, solo oscuridad.

Sobre el caballo, con la vista perdida, se dejó llevar. Sabía que quien iba adelante era la elegida por Evangeline, pero no lo meditaba, reflexionaba o si quiera tenía idea. Robert no era más que un muñeco que se negaba a reaccionar, inconsciente o consciente, como forma de supervivencia. Sus piernas se movían, su cuerpo obedecía, pero no por él, no importaba quién mientras lo llevasen lejos. Tampoco escuchaba las voces de los hombres que cabalgaban detrás. Las preguntas que le hicieron se perdieron en el camino y lo que le explicaron ni siquiera lo escuchó, como si las palabras no lo alcanzaran. Cabalgaron durante todo el día y cuando cayó la noche se detuvieron a descansar. Se sentó contra una roca y uno de los hombres le acercó un poco de carne seca mientras que Robert continuaba en ese lugar, donde no había formas, ni colores, ni olores, ni sensaciones, solo oscuridad.

Pero fue cuando encendieron una fogata que aquel sitio de oscuridad se iluminó y se vio obligado a reaccionar, como si volviera a cobrar consciencia y con ello los recuerdos. El fuego le mostró aquellos rostros y la angustia, el miedo, la impotencia, el horror y la tristeza se hicieron presentes en una incontrolable avalancha que remeció su ser.

«El señor Flynn, la pequeña Sofie, la dulce y bella Merry… su sonrisa, su calor, sus labios. La promesa que no se cumplirá».

Lagrimas rodaron por sus mejillas y solo… lloró. Lloró por el niño que aún era y fue, por las vidas que no pudo salvar y por el deseo de que todo fuera mentira. Lloró ante la paciencia de quienes comían ante la fogata y que adrede decidieron ignorarlo. No le importó, lloró hasta quedarse dormido sin saber qué esperar al despertar.

Y cuando despertó aun no amanecía y escuchó las voces de los hombres, específicamente del mayor de los dos que acompañaban a la elegida por Evangeline.

—Maisse debo insistir, en su estado solo nos retrasara.

Ambos le daban la espalda, Maisse Blondegold sentada sobre una roca y el hombre de pie, a su lado.

—¿Qué sugieres? —le preguntó la elegida.

—En cuanto se pueda, enviarlo de regreso a su casa —respondió el hombre—. Como te lo dije antes. Ese chico no tiene madera de guerrero.

—Tambien dijiste que no conseguiría el arma.

—Sí, pero…

—Hector, es suficiente. Por ahora preocupémonos por la elegida por Naril.

«¿La elegida por Naril?».

—Mi señora, sobre eso —escuchó la voz del otro hombre, pero no alcanzó a ver dónde se encontraba—. No me queda claro aquello que Alfonse le cortó el brazo porque era de acero.

«Alfonse le cortó el brazo… Alfonse le cortó el brazo… ¡Alfonse le cortó el…!».

—¡¿Qué le pasó a Aura?! —preguntó Robert, levantándose.

Maisse Blondegold se volvió hacía él, viéndole con serena expresión.

—Recordaste cómo hablar —comentó con ironía, el hombre a su lado.

El otro hombre se dejó ver pasos más adelante.

—Señor Robert —saludó.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó la elegida.

—¿Qué le pasó a Aura? —volvió a preguntar.

Maisse se levantó de la piedra y caminó hacia él.

—Fue apresada por Alfonse Rovio, Señor de Cumbres del Retorno. Le quitó el arma sagrada.

Robert lo pensó un momento. Aura logró conseguir las cadenas. La primera en mil años. Mas no pudo evitar lo primero. Alfonse Rovio era el Señor de Cumbres, conocido por ser en extremo frío y calculador.

«¿Le quitó las cadenas?».

—¿Eso que dijeron de su brazo? —les preguntó.

—Se lo cortó —aseveró el hombre que se llamaba Hector—. Se dice que era de acero. ¿Sabes algo al respecto?

«Le cortó el brazo de acero. Se adueñó también de su brazo y de las cadenas».

—¿Está viva? —preguntó Robert, viéndose compungido—. ¿Aura está con vida?

—Hasta donde sabemos, sí —respondió el otro hombre que aún desconocía su nombre—. La tiene prisionera.

—Es por eso que vamos a liberarla —aclaró Hector.

Robert miró hacia el sol que salía en el horizonte. Miró a su alrededor y le fue difícil hacerse una idea de a qué distancia se encontraban de Camilia.

—Robert —dijo Maisse Blondegold.

—Debemos ir a ayudarla —comentó el chico.

—Es lo que dije —aseveró Hector.

Robert frunció el ceño.

—Estamos perdiendo el tiempo…

Se acercó a uno de los caballos dispuesto a subirse.

—Robert —le dijo la elegida por Evangeline.

—¡Debemos ir a ayudarla! —rabió con los ojos muy abiertos.

«No permitiré que muera, ella no».

—¡Primero escucha! —exclamó la elegida.

La autoridad que emanaba de Maisse Blondegold era innegable y más ahora con aquella cicatriz en su rostro. Recordó cuando la vio a las afueras de la cabaña y cómo sostuvo su espada con la mano desnuda. Se percató de los vendajes en su mano y apretó los puños.

—No quiero que ella muera. No quiero más muertes —comentó Robert, con la voz quebrada.

—Lo sé, Robert —Maisse le tomó de los hombros—. Escucha, hay un ser, un inmortal que va tras cada uno de los elegidos.

La imagen de Wender siendo decapitado vino a su mente. Y todo tuvo tal sentido que se sintió como un idiota por no haberse percatado antes. Leyó al respecto. Una leyenda sobre un inmortal que buscaba las armas sagradas.

—Me topé con él —dijo Robert con la mirada a un lado.

—¡¿Qué?! —exclamó Hector—. Y, ¿aún estas con vida?

—Yo me topé con él y aún estoy viva —aclaró la elegida.

—Sí, pero usted es usted…

Maisse Blondegold miró a Hector de reojo.

—Mató a Wender, mi maestro —murmuró Robert—. Me dejó ir…

—Sin tomar el arma sagrada, señor —comentó el otro hombre viendo el arco a sus espaldas —, eso es extraño.

—Muy extraño —dijo Hector.

—De cierta forma a mí también me dejó ir —comentó la elegida—, aunque me dejó un recuerdo —agregó señalándose la cicatriz en forma de x—. Robert, es posible que vaya por las cadenas. Ya tiene los Guantes de Pliseron.

«El arma de Kraster».

En ese momento comprendió porqué le fue tan fácil asesinar a su maestro.

—¡Entonces debemos ir a Camilia, de inmediato! —exclamó.

—No nos dirigimos a Camilia —le respondió la elegida.

—Pero dijiste que…

—Alfonse se dirige a la desembocadura del Regen—dijo el otro hombre y Robert se le quedó viendo.

—¿Qué? —se extrañó

—Al volcán Erick, señor —agregó.

Robert se sentó sobre el tronco al que estaban amarrados los caballos y meditó sobre lo que acababa de escuchar. ¿Qué razón tendría Alfonse para ir al volcán?, ¿qué había de especial en ese lugar? El volcán Erick era conocido por sus esporádicas erupciones, razón por la cual nadie se atrevía a vivir a sus faldas. También era conocido por ser el hogar de descanso de Danykeryos, el legendario fénix de las antiguas historias.

Levantó la cabeza con los ojos muy abiertos.

—Intentará despertar al fénix —sentenció.

—Así es —aseguró la elegida.

—¡Una afrenta a los dioses! —rabió Hector—. Un arma sagrada, es un arma sagrada. No puede ser desperdiciada en “despertar” a ninguna bestia mágica, por más poderosa que sea. No importa lo que digan las supuestas leyendas.

—Además del hecho de que atacó a una elegida —comentó el otro hombre.

Robert volvió a meditarlo.

—Las Cadenas del Juicio fueron forjadas a partir de la cola del fénix. Alfonse debe pensar que si lo despierta justificará su falta ante los dioses —miró a la elegida—. Debe pensar que la elección de Aura no fue para luchar contra los gigantes...

—Cree que está en lo correcto —meditó el otro hombre.

Robert recordó las palabras que dijo el enloquecido Dalton, después de haber asesinado a su familia.

“¡Hice el sacrificio!”.

Se le hizo un nudo en la garganta, pero buscó recomponerse.

—La arrojará al cráter junto con las cadenas—murmuró.

—Ahora mismo marcha con un batallón hacia el volcán —comentó Hector—. Hasta donde sabemos partió hace ya bastante tiempo.

«¿Marcha?».

Robert recordó los mapas que vio en la biblioteca de la ciudad. Miró a su alrededor y tomó una ramita que estaba cerca a sus pies.

—Desde Camilia tendrá que tomar el camino del norte —dijo dibujando un circulo y trazando una línea, serpenteante, hasta otro circulo—. El volcán está al lado de la desembocadura del Regen. Si alcanzamos el río y conseguimos un bote podríamos aprovechar la corriente favorable —terminó de dibujar y se irguió muy serio—. Podremos salvar a Aura.

Hector soltó una risilla.

—Chico, resultaste más inteligente de lo esperado.

—Entonces…

—Es al Regen a donde nos dirigimos —comentó la elegida, viéndose complacida con él.

—Bien...

Después de alistarse, continuaron nuevamente. Esta vez Robert no iba con la mirada perdida, ni era un muñeco que se negaba a reaccionar. Tenía un objetivo y era lo único en lo que debía

pensar. En el trayecto descubrió que el otro hombre se llamaba Alan y que era el hermano menor de Hector. Este le explicó que estuvieron en Literia por unos días, donde recibieron la información del estado de la elegida por Naril mientras lo esperaban a él. Robert preguntó si vieron a su madre y hermana. Alan le comentó que escucharon que, ya que la Barrera abrió, fueron a uno de los castillos cerca de la costa norte. Le contó a su vez que, en vista de que él no llegaba fueron a buscarlo al camino. Fue allí que encontraron el cuerpo de Wender y supieron que algo había sucedido.

—Wender era un gran guerrero, sería injusto no reconocerlo —aseveró Hector.

Le afirmaron que sepultaron su cuerpo, cosa que alegró a Robert. Alan le explicó que lo buscaron en las inmediaciones y fue gracias al incendio en la cabaña que pudieron dar con su paradero. Robert pensó en Merry y los demás y volvió a sentir un nudo en la garganta.

«No, debo enfocarme en Aura».

Faltando poco para el anochecer alcanzaron la ribera del Regen.

El Regen era un río angosto en su mayoría y torrentoso en gran parte de su serpenteo. Su cauce pasaba por las regiones de Bosque Dorado y Cumbres del Retorno y era fuente de recursos de muchos pescadores. Justamente llegaron a una aldea de pescadores donde, al parecer, les estaban esperando.

Hector y Alan se encargaron de coordinar los aspectos del viaje. Luego de ver por provisiones aseguraron que saldrían de inmediato.

«Aura, resiste un poco más».

*

Cuando Aura despertó tuvo que explicarle lo que sucedió. El cómo Wender se encargó de las bestias mágicas después que se cargaran a aquellos bandidos. Por exigencia de la elegida, regresaron para ver los cadáveres y lo que quedaba de la cabaña. Ella parecía algo acongojada por lo que pasó, pero Robert no supo bien el porqué. Lo seguro era que Aura era una extraordinaria guerrera. Aguantó lo que pudo luchando contra una veintena de hombres y Damballas caídos en bolas de fuego. Estaba claro que su elección no fue una casualidad.

Retomaron el camino y decidieron pasar la noche a la luz de una fogata, para alcanzar el cruce a la mañana siguiente. Wender dijo que iría a revisar los alrededores, dejándolos solos. Robert estaba nervioso, pero alcanzó a entablar conversación. Y hablaron de varias cosas, de los Damballas, de su brazo, de la magia prohibida del viejo continente, así como de la magia sagrada de los dioses. Robert estaba extasiado, pero había algo que le molestaba, algo que necesitaba decirle.

—Es sobre el señor de las Cumbres...

—El famoso Alfonse Rovio —respondió Aura—. Andrea me habló sobre él. Sé que no es alguien del que deba fiarme.

—Es un hombre ambicioso —aseveró el chico—. Es sabido que hasta la reina Willia tiene cuidado al tratar con él por las múltiples deudas que adquirió el reino. Pero, por sobre eso, Alfonse desconoce las hazañas de Naril. Es cosa de familia. Su castillo tiene quinientos años y lo construyeron cerca del templo de las cadenas porque estaban seguros que nunca habría una elegida. Los Rovio siempre adoraron al fénix. Algunos dicen que Alfonse le rinde culto, incluso por sobre los dioses.

Aura se acostó al lado del fuego.

—No me deja de sorprender lo mucho que sabes —comentó con las manos por detrás de la

cabeza.

—Solo digo que…

—Quédate tranquilo. No pretendo acercarme al tipo.

Robert bajó la mirada.

—Bien —musitó.

Aura se irguió apoyando los codos sobre la tierra.

—Robert, escucha —dijo—. Ambos conseguiremos nuestras respectivas armas y acabaremos con unos cuantos gigantes. ¿Te parece bien?

El chico, al ver aquella expresión de confianza, no pudo más que asentir.

—Sí, está bien.

—Bien —la elegida por Naril volvió a acostarse—. Ahora duerme. Nos espera el cruce. Nos esperan las armas.

Robert obedeció casi al instante y se acostó, como ella, al lado del fuego.

«Es una promesa».

*

Navegaron por varios días, siguiendo el cauce del Regen, viendo el paisaje cambiar de un espeso bosque a áridas tierras con poca vegetación. El bote era conducido por un viejo pescador que era lo suficientemente precavido para decir cualquier cosa. Por su lado, habló muy poco con Maisse Blondegold, cosa que le tenía ansioso. A Robert le carcomía las ganas de establecer una mejor comunicación con ella. Después de todo, se trataba de la elegida por Evangeline.

Y, de todas las cosas, era la cicatriz y el mechón blanco lo que le llamaba la atención. Cuando estuvieron en La Ciudad de los Héroes no los tenía y, por algún motivo, necesitaba conocer la historia detrás; claro, ella señaló que la cicatriz fue el resultado de su encuentro con el Vanomet, pero ¿el mechon también? Por ello la observaba mientras dormitaba a un lado del bote.

—¿Necesitas algo? —le preguntó con los ojos cerrados, cosa que tomó por sorpresa al chico.

Hector y Alan estaban en la parte posterior, dormitando también.

—No, yo solo… —encontró la serena mirada de la elegida y se armó de valor al considerar que nadie más podía escucharle—. Me preguntaba sobre, sobre tu cabello.

—¿No te gusta? —preguntó con la misma serenidad.

Robert sacudió la cabeza.

—No, no, no es eso. Es que…

La elegida se reacomodó en su posición.

—Robert, haz demostrado ser bastante perspicaz. ¿A qué crees que se deba?

El chico se tomó un momento para recordar lo que alguna vez leyó. No recordaba crónica alguna que hablara especialmente acerca del color de los cabellos de las elegidas por Evangeline. Aun así, era el factor común.

—¿Se puso de ese color cuando obtuviste el arma sagrada? —le preguntó.

Maisse dibujó una, apenas perceptible, sonrisa.

—No lo sé con seguridad —respondió—. Lo noté después que luché contra el Vanomet.

—¡¿Luchaste contra el Vanomet?! —se sorprendió debido a que consideró que huyó al toparse con él o, como en su caso, la dejó ir. Vino a su mente la imagen de Wender siendo asesinado por aquel ser—. ¿Cómo…?

—¿Sobreviví? —preguntó ella arqueando ligeramente una ceja.

—No, no intentaba…

—Lo sé —la elegida tomó aire y miró hacia el cielo—. Se puede decir que fue un milagro —regresó la mirada hacia él—. ¿Qué me dices tú?

—¿Yo? —Robert escondió la mirada—. Yo no luché contra él.

—Pero te dejó ir, ¿sabes por qué? —el chico guardó silencio. Dudó en ese momento si debía decirle o no. Temía que fuera a pensar alguna otra cosa—. Tranquilo, no te estoy juzgando —agregó ella.

Robert le miró y miró el Arco del Rayo a su lado, envuelto entre unas telas.

—Me dijo que lo busque cuando aprendiera a utilizar el arco —se decidió a contarle.

Maisse entrecerró los ojos.

—Ese ser —comentó y meneó la cabeza—. Tal vez espera que los elegidos se hagan más fuertes para tener una buena pelea. Tal vez esté tan seguro de vencer que no le importa. Como te dije, se puede decir que a mí también me dejó ir, posiblemente por la misma razón.

—Y, ¿puedes utilizar el peto? —se animó a preguntarle.

—Algo —respondió ella—. ¿Qué me dices tú?

Robert se llevó la mano al hombro, a la altura donde estaba la cicatriz en forma de estrella negra por debajo de la camisa. Al sentir su tacto vino a su memoria lo que sucedió en la cabaña.

—No lo sé —murmuró.

«Ni siquiera sé si fui yo».

—El arco es un arma difícil de utilizar, pero sé que lo conseguirás —aseguró Maisse.

Robert se vio sorprendido por aquellas palabras.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó.

—¡Mi señora! —dijo Alan Campbell, señalando con la cabeza hacia el horizonte.

Maisse se levantó por sobre el borde del bote, al igual que Robert, y contemplaron el volcán a la distancia.

El Erick se elevaba como un grano sobre la tierra, por ende, no era el volcán más alto -ese título lo tenía el Sierra en Paso del Gigante-, mas si uno de los más reconocidos por las leyendas que cosechó con los años. Su cráter tenía el tamaño de una aldea pequeña, lo que causaba estupor y admiración a quien se atrevía a asomarse. A su alrededor no había bosques, solo una gran extensión de cerros y más cerros de roca negra producto de las continuas erupciones a lo largo de milenios. Tampoco había mayores asentamientos. La ciudad más cercana estaba a un día a caballo, mas sí había una aldea de pescadores asentada al margen del Regen, justamente próximos a llegar.

El bote siguió hasta la entrada a la desembocadura y los dejó en el margen derecho, en las orillas, a las faldas del volcán. El sol comenzaba a descender por el oeste cuando emprendieron la cuesta. Alan se adelantó para reconocer el terreno y averiguar si el ejército de Alfonse ya estaba presente. Regresó un rato después, sudando y agitado.

—Mi señora, ya se encuentran en el volcán —comentó.

Robert contuvo la respiración.

—¡Debemos darnos prisa! —exclamó.

—La ceremonia debe hacerse de noche —le dijo Maisse con voz calma.

—Sí, pero…

—Tranquilo, chico —recalcó Hector—. Estamos a tiempo —miró a la elegida—. Lo mejor será tomar el sendero lateral para evitar el mayor número de guardias.

Maisse asintió.

—Llegaremos antes del anochecer —le dijo a Robert.

El chico trató de tranquilizarse.

—Está bien, pero, lady Maisse… necesito saber lo que haremos —miró a cada uno—. ¿Atacaremos?

Hector soltó una risilla que fue reprendida por una rápida mirada de la elegida.

—No Robert, no sería conveniente —respondió ella.

Robert se sintió como un idiota tan solo el pensarlo. Era lógico, serían cuatro contra un ejército.

—¿Entonces?

—Lo único que podemos —aseguró Maisse.

El chico lo pensó un momento. No estaba completamente seguro, pero comprendió las intenciones. Tomó el arco, quitándole las telas que le tapaban, y se lo colocó en la espalda.

Continuaron subiendo la cuesta, cada vez con mayor dificultad. El aire se enrarecía con cada paso y así mismo el cielo parecía tornarse más gris. Faltaba poco para que el sol se ocultase en el horizonte cuando alcanzaron un angosto sendero, entre las rocas afiladas a sus pies. Avanzaron por un rato más hasta que Hector hizo la señal para que se detuvieran.

—¡Quién anda allí! —exclamó con la espada en la mano.

Una serie de hombres, armados con arcos y flechas, se dejaron ver de detrás de las rocas.

—Nosotros somos los que deberíamos preguntar —dijo uno de ellos—. ¿Quiénes son ustedes?

Alan dio un paso al frente.

—Acompañamos a la elegida por Evangeline —dijo señalando a Maisse para pasar a señalar a Robert—, y al elegido por Layel.

Los hombres se miraron entre sí con los ceños fruncidos.

—¿Quieren que creamos que un par de elegidos vienen a aparecer de la nada? —vociferó el hombre—. ¿Es que están tomando un paseo?

Aquellos hombres rieron.

—Robert —murmuró Maisse, viéndole de reojo y el chico comprendió lo que deseaba—. ¡Mi nombre es Maisse Blondegold! —exclamó abriendo la capa para dejarles ver el Peto Sagrado—. ¡Fui elegida por Evangeline para proteger este mundo!

Robert se apresuró en enseñarles el Arco del Rayo, sujetándolo por sobre su cabeza.

—¡Yo, yo soy Robert Risco, elegido por Layel!

—Queremos hablar con tu señor —agregó Maisse.

Los hombres se mostraron sorprendidos, más que incrédulos, contemplando las armas sagradas y expectantes a lo que fuera a decir quien hablaba por ellos.

—Mi, mi señor no… no esperaba… —dijo con cierto nerviosismo.

—¡Y una mierda lo que esperaba! —exclamó Hector—. ¡Llévanos con él o pensaremos que te estas negando a la voluntad de la elegida!

El hombre paseó los ojos con nerviosismo para terminar de asentir.

—Está bien —dijo el hombre—, pero es nuestro derecho tomar sus armas.

Los hombres se acercaron con cautela. Hector sacó la espada y la giró para dejarles a mano la empuñadura, así mismo Alan, Maisse y Robert.

—Los cuchillos también —dijo el hombre.

Maisse, Alan y Hector sacaron los cuchillos de las botas y se las entregaron. Robert les indicó que no tenía más armas.

—El arco y el peto también —aseveró el hombre.

—¡¿Qué?! —se escandalizó Alan.

—Los elegidos no tienen nunca que entregar sus armas sagradas —comentó Hector—. ¡¿Es

que son unos putos ignorantes acaso?!

—Hector —dijo Maisse con voz serena—. Señores, lamento decirles que eso no será posible. Seguro comprenderán el porqué.

El hombre se fijó en el chico, después de todo se trataba de un arco, pero igualmente no tenía una sola flecha con él.

—Está bien —dijo el hombre y masticó un "mierda" —. Vamos.

Vieron las antorchas encenderse y dibujar una serpiente de fuego cuyo extremo parecía nacer a los pies del volcán y el otro alcanzar el cráter. A medida que avanzaban los hombres de Las Cumbres se les quedaban viendo, tanto incrédulos como sorprendidos, más por las armas sagradas que por su presencia en sí. Robert notó las tiendas que se establecieron en la zona más cercana al cráter y a unas sacerdotisas de túnica roja observándoles con atención en la entrada de una.

—Esperen aquí —dijo el hombre y se dirigió a la tienda más grande de todas.

—Son sacerdotisas del fénix —comentó Maisse, notando la curiosidad del chico hacía ellas.

—Entonces, allí se encuentra Aura —comentó Robert.

El hombre regresó junto a otro hombre de armadura impecable y ojos fieros.

—Lady Maisse, señor Robert, mi nombre es Jaime Once, primer capitán de nuestro señor Alfonse —se presentó—. Es un placer tenerlos con nosotros.

—Sí, sí —dijo Hector—. Apúrate y llévanos con tu señor.

El capitán le miró con desprecio.

—Mi señor les recibirá ahora —continuó—. Solo a los elegidos.

Hector chasqueó los dientes.

—Mi señora —dijo Alan.

—Estaremos bien —le respondió Maisse.

Robert caminó detrás de ella y pasaron al interior de la tienda. Dentro esperaban una serie de hombres y una sacerdotisa. Pero quien era el centro de atención era quien, sin lugar a dudas, era Alfonse Rovio.

Sentado en medio del salón, con ropajes de seda fina, obeso y rostro redondo. Robert nunca había visto al Señor de Cumbres, pero no podría ser otro.

—¡Lady Maisse! —exclamó y se puso de pie con los brazos abiertos e hizo una reverencia—. Qué honor el nuestro de gozar con su presencia. Aunque se ve diferente a como la recordaba —agregó aquel sujeto, fijándose en la cicatriz.

—Señor Alfonse —saludó ella con la cortesía que mandaba su nombre—. Le aseguro que sigo siendo la misma. Me acompaña Robert Risco.

—¡El elegido por Layel! —miró a Robert e hizo otra reverencia—. Señor Robert, qué privilegio…

—Vinimos por Aura —le espetó Robert, incapaz de contenerse.

Los presentes lucieron incómodos, mas el Señor de Cumbres les mostró una sonrisa.

—Veo que no quiere perder el tiempo —comentó.

—Señor Alfonse —intervino Maisse—. Pasaremos por alto el crimen que cometió si nos entrega a la elegida por Naril.

—¿Crimen? —preguntó aquel hombre, regresando a la silla—, ¿de qué crimen me habla, lady Maisse?

La sacerdotisa tomó la palabra.

—Durante mil años Naril no pudo tener una elegida. La única razón para que los dioses lo permitiesen sería para despertar al fénix.

—En ese sentido actué de acuerdo a nuestras leyes —aseguró el Señor de Cumbres y notó la mirada de Maisse sobre la sacerdotisa—. Ella es Raya. Raya, preséntate.

—Mi nombre es Raya, Santa de la Orden de la Llama del Fénix —se presentó la mujer e hizo una reverencia—. Es un placer.

Era una mujer alta, con los cabellos negros, así como los ojos y piel trigueña. Robert meditó en lo que dijo, “Santa de la Orden de la Llama del Fénix” y no recordó leer nada al respecto. A lo mejor se trataba de alguna Orden que existió alguna vez y, ante la elección de Aura, resurgió de las viejas costumbres. Lamentó que no haberse topado con nada parecido en la biblioteca de Literia.

—Los elegidos son llamados para luchar contra los gigantes —dijo Maisse con autoridad—. Eso está por encima de todo.

—Y, en cambio están aquí y no rumbo al Paso —respondió Alfonse—. ¿Es que acaso la Barrera Azul no abrió? —miró a sus hombres—. Corríjanme si me equivoco, pero, ¿la elegida por Evangeline no debía comandar al resto de elegidos? ¿No es esa su misión por encima de todo? —regresó a ella—. No parece muy consecuente con lo que dice, mi señora.

Maisse no prestó atención a los murmullos y risas solapadas, cosa que sí molestó a Robert.

—Es porque debo comandarlos que debo velar por todos —aseguró Maisse y entrecerró los ojos—. Y si alguien, quien sea, se atreve a quitarle a alguno el arma sagrada, lo mínimo que debo es intervenir.

Alfonse paseó los ojos de Maisse a Robert.

—Y, ¿cuál es tu excusa, elegido por Layel? —le preguntó.

Robert odió el tono en el que lo hizo.

—Vine por ella y no me iré de aquí sin ella —dijo sin pensarlo y la cicatriz en el hombro le punzó, por un momento.

—Esa no es una excusa, es una amenaza —comentó Alfonse Rovio y sus capitanes se pusieron en alerta.

Maisse les repasó con la mirada.

—¿En serio quieren hacerlo? —preguntó y los hombres parecieron titubear.

—Tranquilicémonos, por favor —comentó la sacerdotisa.

—Está bien —dijo Alfonse y se levantó de la silla—. Acompáñenme. Iremos a verla.

Salieron de la tienda, en una suerte de comitiva. Afuera esperaban unos impacientes Alan y Hector. Se unieron al grupo y se dirigieron a la tienda que era vigilada por dos sacerdotisas. Alfonse se paró en la entrada de la tienda e hizo a un lado la seda que fungía de puerta.

—Adelante —dijo con una media sonrisa.

Robert entró después de Maisse y sintió como si el corazón se le detuviese en cuanto la vio.

*

Llegaron al cruce después de cabalgar por media mañana. Wender iba delante, siempre vigilante y atentó mientras que Robert cabalgaba al lado de Aura. El Cruce del Cazador era precisamente eso, un punto en que el camino se dividía en dos. No había mayores asentamientos y la ciudad más cercana estaba a día de viaje. Robert se dirigiría al noroeste, rumbo al Monte del Arco y Aura tendría que ir directamente a Camilia, lugar donde deberían encontrarse el Templo de las Cadenas.

—Bueno —dijo ella—, aquí nos separamos.

—Sí —respondió Robert, con cierta resignación.

—Wender —le dijo girándose a verle—, gracias. Robert —miró al muchacho y asintió—, cuídate mucho.

—¡Espera! —se apresuró Robert.

—¿Sí? —le preguntó ella.

El chico escondió la mirada.

—Es que yo, yo…

—Lady Aura —intervino Wender—. Hoy es el cumpleaños del señor Robert.

«¡Mierda, Wender!».

—¿En serio? —preguntó ella y pareció sonreír

—S-si —balbuceó—. Catorce años.

Aura se giró hacía Wender.

—Maestro Wender, ¿nos darías un momento?

Wender miró a Robert y el chico asintió. Aura se acercó a él y le tomó de la mano.

—¿Recuerdas cuando Andrea nos presentó? Te tomé de la mano como lo hago ahora.

Robert revivió ese momento en su mente. La forma en que ella parecía tanto emocionada como avergonzada. Claro estaba que, aquella vez, estaba fingiendo.

—Sí, lo recuerdo —aseguró con cierta desazón.

—En ese momento no podía decirte que era la elegida por Naril —comentó ella.

—Lo sé. Sé que solo estabas actuando…

—A eso quería llegar —apretó con un poco más de fuerza sus manos—. Fui sincera cuando te dije que era un honor conocerte. Eras un chico de trece años que fue elegido por uno de los héroes. ¡Cómo no me iba a emocionar! Robert, de los trece elegidos, por encima de la elegida por Evangeline, el elegido por… no sé, Bravo o incluso yo, tú eres el más sobresaliente. A tus trece años fuiste elegido para portar el arma más difícil de controlar de todas. Ahora tienes catorce y estoy completamente segura que lo conseguirás —soltó su mano y posó el puño sobre su pecho—. Y, cuando cumplas quince, ya serás una leyenda.

—Una leyenda —murmuró.

—Recuerdas mis palabras —le regaló una media sonrisa.

Robert pensó en la *promesa* que se hicieron la noche anterior.

—Mataremos gigantes —comentó emulando confianza.

—Así será —puso su mano sobre su hombro—. No esperaba considerar a ningún elegido como compañero, pero será un honor. Hasta que nos volvamos a ver.

Aquellas últimas palabras terminaron por estremecerlo.

—Hasta que nos volvamos a ver —repitió como un mantra.

—Bien —afirmó ella—. Entonces no te atrevas a morir, eh —bromeó.

Robert se dejó llevar.

—Tú tampoco —le respondió en una sonrisa.

*

—No —balbuceó con terror.

Aquel cuerpo estaba envuelto en sábanas blancas, cubriéndole de la cabeza a los pies. Robert se negó a aceptarlo. Una parte de si rogaba que fuera mentira. Se acercó, con los ojos desorbitados, las piernas temblándole y el corazón acelerado hasta pararse a su lado. Levantó la mano y se detuvo a medio camino. La sacerdotisa ante él actuó por él y descubrió las sabanas a la altura del rostro.

«No, por favor no».

Era Aura quien estaba bajo esas sabanas. Era su cuerpo sin vida.

Maisse sacó un cuchillo de debajo del Peto Sagrado y lo colocó en el cuello de Alfonse.

Las sacerdotisas reaccionaron con espanto y los soldados se apresuraron a tratar de detenerla, pero rápidamente Alan y Hector se colocaron delante de ella, con cuchillas en mano, cuchillas que no entregaron al ocultar dentro de los pantalones.

—¡¿Quién será el primero?! —preguntó Hector.

—Mi señora —dijo Alan.

—¡Espera!, ¡espera! —se apresuró Alfonse a decir—. No ordené que la mataran y menos lo hice yo personalmente. ¡No adelante conclusiones, lady Maisse!

—Lo que dice nuestro señor Alfonse es la verdad —intervino la sacerdotisa Raya mostrándose impasible ante la situación—. Nosotras, de la Orden de la Llama del Fénix, nos encargamos de cuidar de ella y podemos dar testimonio de que es cierto. Durante la madrugada la elegida por Naril se quitó la vida.

—Es mentira —dijo Robert, con lágrimas en los ojos y apretando los dientes—. Aura no se quitaría la vida —contempló la forma en que las sabanas envolvían su cuerpo y como claramente se notaba la falta del brazo izquierdo—. La mutilaron —se volvió viendo a Alfonse con furia—. ¡La torturaste!

—Le cortamos el brazo por una razón —aseveró el Señor de Cumbres del Retorno.

—¡CÁLLATE! —exclamó Robert.

—Señor Robert —intervino nuevamente la mujer—. Fue necesario. Que tuviera un brazo de acero antiguo era prueba de que formaba parte del arma sagrada. Algo inaudito y único.

—¿Necesario? —Robert sintió como si fuera a lanzarse encima de ella. Estuvo a punto de hacerlo—. ¿La hicieron sufrir y me dices que fue necesario?

—Para el sacrificio —recalcó Alfonse—. Vinieron hasta aquí porque sabían que íbamos a sacrificarla para despertar al fénix. ¿Qué sentido tendría hacer todo este viaje para matarla antes?

—El ritual requiere que la elegida sea arrojada, viva, al cráter junto con el arma sagrada —aseveró Raya y bajó la cabeza, y cuando lo hizo el resto de sacerdotisas hicieron lo mismo—. Lamentablemente la elegida decidió…

—¿Cómo murió? —le interrumpió Maisse.

—¡La mataron! —exclamó Robert.

—Usó una pieza de metal suelta de la carroza donde la transportamos —respondió la mujer —. Se la hincó por debajo de la axila. Se desangró hasta morir.

—¡MENTIRA! —rabió el elegido por Layel.

—Señor Robert —dijo la sacerdotisa—, como sacerdotisas hacemos un voto de honestidad ante los dioses. No mentiríamos sobre algo tan delicado como la muerte de un elegido. No lo haríamos por hombre alguno. Así nos lo solicitara el Señor de Cumbres o la reina de todas las tierras.

—Así es —afirmaron el resto de sacerdotisas.

—Ya lo ves, lady Maisse —comentó Alfonse Rovio—. ¿Por qué mejor no retiras el cuchillo y nos tranquilizamos?

—Aun si fuera cierto —comentó Maisse Blondegold y apretó con mayor fuerza el cuchillo contra su cuello—, dame una sola razón para no matarte.

Alfonse hizo un gesto de dolor y un hilillo de sangre discurrió de donde se posaba el cuchillo.

—Porque —comenzó a decir—, irónicamente, la única razón que tenías se perdió cuando ella se quitó la vida. De haberla encontrado con vida hubieras tenido derecho a llevártela e incluso

matarme por mi supuesta falta, pero en cuanto murió por su propia mano me libró de responsabilidad. Matarme ahora no tiene justificación —el hombre entrecerró los ojos con una maldita sonrisa en su detestable rostro—. En el fondo lo sabías. Si la elegida siguiera con vida no les hubiese permitido acercarse a mí. Además, otros elegidos les están causando problemas. El elegido por Mondo amenaza con atacar Valle Sagrado y la gente de Rocasangre se ha declarado un reino independiente. Veo que eso también lo sabías, pero seguro no sabías que tu madre ha solicitado mi ayuda y tengo a mis ejércitos esperando la orden para partir.

—¡¿La reina solicitó ayuda?! —se sorprendió Hector.

Alfonse sacó un rollo de papel del bolsillo. Alan se encargó de cogerlo.

—Mi señora —dijo con los ojos muy abiertos.

—Cállate —murmuró Maisse con los fijos en el Señor de Cumbres. El cuchillo en sus manos comenzó a temblar y pareció a punto de hacerlo, de hundir la hoja en su cuello y terminar con su detestable vida. Pero retiró el cuchillo dejó al hombre respirar tranquilo.

—¡Maisse! —exclamó Robert.

—Tiene razón —dijo con resignación—. Si Aura siguiera con vida podría atestiguar y sería ejecutado. Hacerlo en estas circunstancias sería una falta contra las antiguas leyes.

—¡Pero la asesinó!

—Robert…

—¡La asesinó!

—Robert…

—¡ESTE MALDITO LA ASESINÓ!

Maisse se giró hacia él y le dio una bofetada. El chico se le quedó viendo, con la cara tanto roja como sorprendida. Seguidamente, la elegida le tomó de los hombros y le susurró al oído.

—Pagará, te lo prometo, pagará por lo que hizo, pero no ahora, no es el momento.

Robert la empujó y le miró con los ojos llenos de lágrimas. Miró a las malditas sacerdotisas y a ese despreciable sujeto que parecía disfrutar de la escena.

Y salió corriendo de la tienda y corrió para alejarse de cualquiera. Se detuvo con las antorchas apenas iluminando a sus espaldas y formando largas sombras delante de él.

Apretó los puños y gritó, gritó todo lo que pudo para dejarse caer de rodillas.

*

…Y, a su lado, estaba esa forma oscura, semejante a un hombre que ardía en llama negra, con los ojos como lunas plateadas y los dedos como dagas…

*

Sentado, abrazando sus rodillas, contempló la oscuridad que parecía tragárselo todo delante de él. Podía escuchar las voces de los hombres a sus espaldas, el barullo del momento y como las largas sombras parecían danzar a su alrededor.

—Robert —escuchó la voz de Maisse.

Su sombra se mostró a su lado izquierdo.

—Todo fue inútil —le respondió en voz baja. Sus ojos ya estaban secos. No deseaba llorar más.

—Me gustaría saber qué decir —dijo ella—. Me gustaría poder cambiar las cosas, pero esta es la realidad. Somos elegi…

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó con cierta brusquedad. La elegida por Evangeline se tomó un momento.

—Se realizarán los funerales —respondió—. La arrojarán al cráter junto al arma sagrada.

Robert dejó escapar un bufido.

—Al final será como ese maldito quiso.

—Naril está relacionada al fénix y Aura fue su elegida. Es comprensible que el volcán sea su lugar de descanso. Las cadenas le pertenecían. Deben acompañarla. Aun si nos negáramos, una vez que un elegido muere, el arma sagrada desaparece pasado un tiempo, eso seguro lo sabes. Y recuerda que existe la posibilidad de que el inmortal venga a buscarla. Si se hace con ellas será su nuevo dueño, no desaparecerá y no podemos permitirlo. Es lo mejor.

—Ya no importa —el chico se puso de pie—. Ya nada importa.

Se volvió para verla, con resignación.

—Robert —Maisse se acercó a él—. Ella fue una elegida. Lo menos que podemos hacer es presentarle nuestros respetos.

Robert miró hacia la cima, a las antorchas que rodeaban una suerte de altar al borde del cráter humeante.

—Sí, debemos hacerlo —comentó—. Luego de eso nos separaremos. Cada quien tomará su camino —pasó al lado de la elegida y se detuvo a sus espaldas—. Eso sí, mataré a Alfonse. No será hoy, pero será pronto. No me importa si es un aliado de tu familia.

Robert se unió a la caravana que subía la cuesta siguiendo el sendero de las antorchas. En la cima encontró el altar donde estaba colocado ya el cuerpo de Aura. Alfonse Rovio observaba desde un extremo y por detrás de él estaba Maisse junto a Hector y Alan. El altar estaba sobre una suerte de mecanismo que, al ser jalado con unas cadenas, empujaban lo que estuviera sobre el mismo para caer dentro del cráter.

Las sacerdotisas rodeaban el cuerpo, recitando las oraciones que se clamaban cuando un elegido caía en batalla. Cuando terminaron, las mujeres guardaron silencio y Raya se acercó con las Cadenas del Juicio y el brazo de acero envueltas en una fina y transparente seda con arreglos de oro. Las colocó a un lado del cuerpo de Aura y se volvió hacia la multitud.

—¡Aura Zeitum! —exclamó—, ¡elegida por Naril, portadora de las Cadenas del Juicio! ¡Es voluntad de los dioses que su nombre viva para siempre! ¡Ahora dormirá junto al fénix! ¡Atestigüen con regocijo su partida!

La mujer miró a Alfonse y este dio su visto bueno. Las sacerdotisas abandonaron el altar y unos soldados, portando armaduras de combate hicieron girar las ruedas para que el cuerpo comenzara a descender por el mecanismo.

Robert apretó los puños. Se prometió que no volvería a llorar. Que no lo haría hasta que hubiera cobrado venganza. Maisse se paró a su lado.

—No te equivoques —murmuró—. También quiero que pague —el cuerpo comenzó a descender—. Y pagará —agregó.

Robert contuvo el aliento. Odió estar allí, pero lo último que podía hacer por ella. Se quedó inmóvil y en silencio, esperando que terminase pronto.

Mas *algo*, una especie de humo negro se formó al lado del cuerpo que descendía. Y de aquel humo emergió una mujer. No, una mujer se formó de este.

Los presentes quedaron atónitos ante lo que veían. De cabello corto y blanco como la nieve de las tierras del sur, vistiendo un traje negro y con la mitad del rostro escondido tras una gruesa tela negra que le cubría hasta la nariz… la mujer paseó rápidamente la mirada. Robert sintió ser engullido por esos ojos, de un dorado intenso, que parecían brillar con luz propia.

Y, antes de que cualquiera pudiera reaccionar, la mujer posó las manos sobre el cuerpo de Aura, además de las Cadenas y el brazo, y estos fueron envueltos por el mismo humo negro, desapareciendo ante la sorpresa e incredulidad de los presentes.

Robert, atónito, tardó en reaccionar.

Las desesperadas voces de las sacerdotisas se dejaron escuchar. Alfonse les gritaba a sus soldados mientras que Maisse estaba absorta, con los ojos muy abiertos.

«¿Qué acaba de pasar?», se preguntó el elegido por Layel.

Epílogo

Viaj de Altur llevó a sus hijos al oeste con la excusa de que conocieran la Barrera Azul antes de que abriera y los gigantes pudieran cruzar; excusa algo forzada, pero que sus hijos no discutieron. Cabalgaron por semanas hasta que al fin llegaron a una playa lejos de cualquier poblado. La playa era hermosa, con arenas blancas como las nubes y olas que acariciaban la costa. Pero el mayor espectáculo era la Barrera Azul a la distancia, como un gran velo que se perdía en el cielo.

Siempre habían vivido en una pequeña aldea cerca de la frontera de Amanecer con Las Puertas de Elkes, por tanto, era la primera vez para sus hijos que veían el mar, motivo por el cual les permitió disfrutar del momento. Luego de ello organizó las tareas: los chicos armarían las tiendas para pasar la noche y las chicas se encargarían de preparar la cena. Él se relegó a sentarse en la playa con aquel antiguo libro en la mano, libro que nunca permitió que sus hijos tocasen. Aunque llevaba leyendo aquel libro toda la vida, no escatimó en esfuerzos para repasar cada frase entre sus paginas.

Por la noche el banquete estaba servido y la fiesta se llevaría a cabo.

Sentados alrededor de la fogata sus hijos rieron recordando anécdotas de su fenecida madre. Viaj se limitó a observarlos: sus sonrisas, la forma en que se bromeaban entre sí y lo bien que se llevaban. Siempre habían sido hermanos muy unidos y se cuidaban entre sí. Claro que hubo muchas veces que tuvieron discusiones y conflictos propios de hermanos. Era parte de su humanidad.

Llegado el momento, Viaj se sirvió el vino, que trajo personalmente, en siete copas que alcanzó a cada uno.

—Brindaremos —les dijo con una sonrisa—, todos, sin falta.

—En ese caso, padre, tú también debes brindar —le dijo su hija mayor y sirvió el vino en una octava copa, que le alcanzó.

Viaj sostuvo la copa entre las manos y observó el liquido rojizo para pasar a ellos y volver a sonreirles. Se puso de pie y levantó la copa.

—Hijos míos, ustedes son la razón de mi vida y mi orgullo. No se consideren comunes porque no lo son. No importa quién reine o qué Señor gobierne sobre la tierra, al final son títulos falsos, fantasías propias de almas corruptas, mentiras que se han repetido por miles de años. La única verdad que debe prevalecer en todos ustedes es que son importantes para el destino de este mundo —contempló a sus hijos, quienes parecían confundidos, y agregó—. Los amo, siempre los amaré.

—Y nosotros a ti, padre —respondieron en coro.

Viaj se llevo la copa a los labios observando con atención que cada uno de ellos hiciera lo mismo. Una vez seguro dejó la copa, con el líquido intacto, y se sentó sobre la arena.

Solo quedaba esperar.

Demino llegó a mitad de la noche. Bajó del caballo y se acercó vistiendo la túnica violeta, propia del Culto.

—Gloria a nuestro señor —saludó.

—Gloria a nuestro señor —le respondió como correspondía.

Viaj se volvió para ver a sus hijos, que yacían muertos alrededor de la fogata. Se puso de pie y sin decir palabras entró a su tienda. Sacó de una caja de madera la túnica que llevaba esperando

vestir desde que le fue revelada su misión, cuando solo era un chico, hacia treinta años.

—Es un hecho —comentó un efusivo Demino en cuanto Viaj de Altur salió de la tienda—, nuestro señor fue invocado. ¡Esperamos por tanto tiempo!

Demino era más joven que él, por tanto, comprendía su emoción.

—Lo sé, pero debes guardar la compostura —aseveró Viaj.

—Tiene razón —asintió.

Se dispusieron a la tarea de alinear los cadáveres sobre la arena, cada uno boca arriba con los brazos cruzados a la altura del pecho. Cuando terminaron Viaj trajo consigo el antiguo libro y Demino sacó siete sotrat, de la bolsa en su cinto. Las sotrat eran monedas de oro de incalculable valor que el Culto le alcanzó para llevar a cabo la ceremonia. Viaj se paró delante de sus hijos y comenzó a recitar las palabras sagradas, en aquel idioma que alguna vez dominó al mundo.

Terminada la primera parte del ritual se acercó al cadáver de su hija mayor.

—¡Liwya sas imensit! —exclamó y Demino colocó el sotrat sobre su frente. Pasó a su segundo hijo—. ¡Madai sas imensit! —exclamó y Demino colocó la sotrat sobre su frente. Pasó a su tercer hijo—. ¡Tsebal sas imensit! —a su cuarto hijo—. ¡Dispater sas imensit! —a su quinto hijo—. ¡Belgor sas imensit! —a su sexta hija—. ¡Amyra sas imensit! —y, por último, al menor de sus hijos—. ¡Lux sas imensit! —en todos Demino se encargó de ponerles las sotrat sobre sus frentes.

Ambos regresaron a su posición inicial y recitaron la última parte del ritual.

—¡Van o met ne greferot! —exclamaron en coro como oración final.

Las sotrat comenzaron a brillar, rodeando a los cuerpos con un halo blanquecino. La luz se intensificó sobrepasando el brillo de las antorchas y, cuando llegó a su punto máximo, se extinguió en un parpadeo.

Y supieron que estaba hecho.

Demino volvió a dejarse llevar por la emoción, pero al notar el serio rostro de Viaj de Altur buscó recobrar la compostura.

—El Culto estará contento —comentó el más joven de los dos.

—Sí —respondió Viaj con la vista fija en los cadáveres de sus hijos—. ¿Trajiste lo que te pedí?

Demino se dirigió a donde estaban sus cosas y regresó con un par de palas y una bolsa con sábanas. Envolvieron los cadáveres con las sabanas y comenzaron a cavar. Para el amanecer habían terminado de enterrar los cuerpos, formando siete cúmulos en la arena.

—¿Qué haras, Viaj? —le preguntó.

Viaj de Altur se sentó sobre la arena, con las piernas cruzadas y las manos sobre sus rodillas, frente a las tumbas de sus hijos.

—Cumplí —dijo.

Demino asintió y prestó atención a la Barrera Azul, a lo lejos.

—Tengo que ir a informar al Culto —comentó y no recibió respuesta. Le dio una última mirada a la espalda de Viaj—. Gloria a nuestro señor.

—Gloria a nuestro señor —respondió Viaj, en voz baja, sin volverse.

Demino se subió al caballo y se marchó sin mirar atrás.

Un día, dos… para el tercer día Viaj de Altur era golpeado por el agotamiento, por el hambre y por la sed, pero nada de eso importaba. Necesitaba estar allí, hasta que sus ojos se cerraran. Para el cuarto día se quedó dormido varias veces y en cada vez despertó súbitamente para regresar la vista a las tumbas de sus hijos. Para el quinto día su mente ya no era la misma. Para el sexto día se dejó caer sobre la arena esperando que fuera un viaje tranquilo.

Para la noche del séptimo día, acostado boca arriba. Dejó de tener sed, dejó de tener hambre, dejó de sentirse cansado. Dejó de sentir cualquier cosa salvo como la vida se le iba en cada respiración. Los sonidos regresaron: el sonido del mar, el sonido de las aves costeras y el sonido de pisadas en la arena. Hizo un esfuerzo para girar la cabeza, con los huesos marcándole el rostro, los labios resecos y los ojos amarillos.

Y observó como siete sombras venían hacia él. Los siete se pararon entre él y las tumbas, y cada uno era tan grandioso como siempre imaginó.

Había cumplido. Las Siete Manos habían sido invocadas.

Viaj de Altur sonrió antes de cerrar los ojos para siempre.

Proximamente el libro 02

Nota del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo **Memorias de Tierra Nueva: La décima elección**. Esta es la primera obra que publico por Amazon, como tal soy nuevo en este mundillo y te agradecería enormemente si consideraras dejar un comentario, aunque sea de un par de líneas. Estaré fascinado de leerlo. Gracias.

Esta saga está proyectada para completarse en el tiempo que sea necesario y según los dioses dispongan. Ten paciencia. Te aseguro que valdrá la pena.